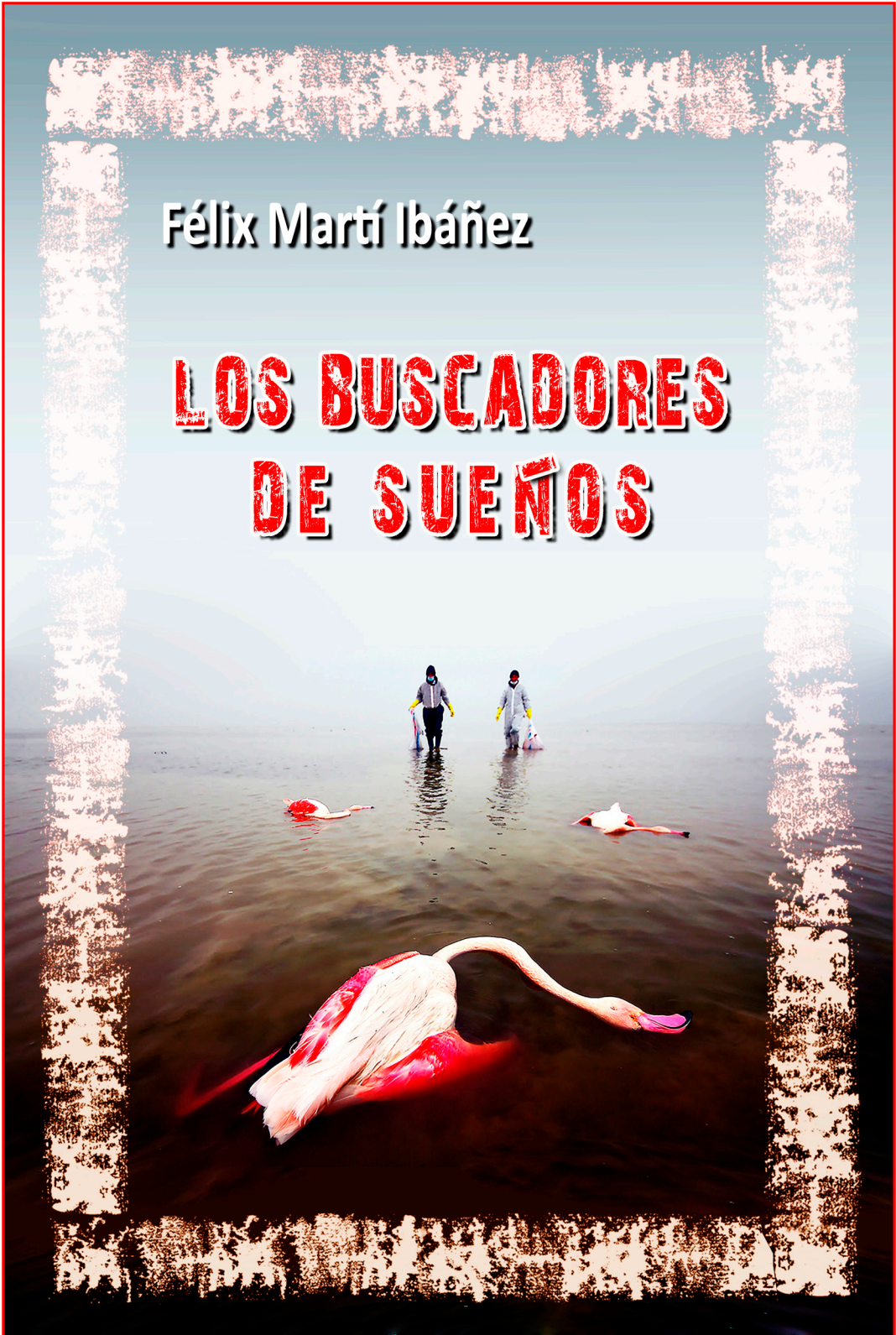


Félix Martí Ibáñez

LOS BUSCADORES DE SUEÑOS



La ficción que Martí-Ibáñez escribió en el exilio –al igual que sus ensayos– evita meticulosamente la referencia al anarquismo. Sin embargo, también podemos detectar una cierta negativa a abandonar el sueño libertario. “En nuestra vida apresurada”, escribe, “[nosotros] no soñamos lo suficiente, y soñar despierto es importante”.

Martí-Ibáñez enviaba relatos a revistas estadounidenses de ciencia ficción y fantasía. Son floridos, soñadores, llenos de una especie de exuberancia que es a la vez extrañamente melancólica. Un “tema recurrente”, señala Evelyn C. Leeper, es “el deseo de escapar de 'lo común sin esperanza'”

Si sus fantasías parecen puramente aparentes, sólo a modo de florituras literarias. Los principios organizadores del “mundo poético” son esencialmente los mismos que los de la CNT–FAI: cuando los individuos se unen para ayudarse mutuamente, su búsqueda egoísta del placer se convierte en un principio social.

Jesse Cohn: *Pasajes subterráneos*

Félix Martí Ibáñez

LOS BUSCADORES DE SUEÑOS

Trece cuentos de maravilla y prodigio



Esta edición ha sido preparada a partir de la edición en papel publicada por la editorial Victoriano Suárez en 1963

Ilustraciones de Teodoro Miciano

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

CONTENIDO

La canción sin palabras

Los buscadores de sueños

El paraíso enterrado

El amigo Heliotropo

Una tumba en Malacor

Entre dos sueños

La niña Sol

La caza de la estrella

La campana dormida

El umbral de la puerta

La Habana, sesenta grados de longitud Oeste y
setenta grados de latitud Sur

La pierna del senhor Zumbeira

¡Riquiquí, te adoro!

ACERCA DEL AUTOR

A la memoria de mi padre, Félix Martí Alpera –ilustre pedagogo– y en homenaje a mi madre, Josefina Ibáñez Sánchez, a quienes lo debo todo en la vida. A mi hermana Josefina y su esposo Antonio Barrera; a mis sobrinas Finita y Mari Paz, y a la Tata Antonia, porque todos ellos encarnan mi nativa patria del alma, la España de mis sueños que llevo en el corazón.

*Llevamos en nuestro ser todas las
maravillas que buscamos fuera de nosotros*

Sir Thomas Browne

LA CANCIÓN SIN PALABRAS



BAJO LA CLARA LUNA de mayo que flota en el cielo dormido de la pampa, me he lanzado una noche a seguir el eco de la canción sin palabras. Conozco mi camino y sé lo que busco. Quiero arrancar su secreto a una esfinge de ojos verdes y alma hermética. Por toda guía tengo la noticia del efecto de una canción sobre un grupo de personas. Mi herramienta de trabajo en la gran pesquisa es una tonadilla que voy silbando entre dientes, una melodía de sonido dulce y áspero a la vez, como el sabor de una mandarina verde. Voy a conocer las palabras de la extraña canción, unas palabras que han arrancado de su vida monótona a varios seres humanos, para hacerlos trasponer un umbral de misterio. Envuelto como en una capa bordada en la luna llena de mayo, marchó por los caminos de la pampa en pos de la canción sin palabras.

Desde niño me ha fascinado la luz de la luna. Cuando otros chiquillos la temían como a un fantasma, yo la amaba como a una hada buena. En Buenos Aires vivía con mis tíos en un arrabal. De día la vida era para mí gris y uniforme, pareciéndome estar encerrado en una serie de cajas puestas una dentro de otra, como las que venden en los bazares chinos: mi cuartito en la buhardilla, la casona vieja, la calle estrecha y la escuela solemne. Abría una puerta y pasaba de una caja a la otra. Mas al encender las estrellas el farolero

invisible de la noche, se abría la tapa de la última caja y entraba en un mundo de maravillas.

Mi cuarto, que era un pequeño desván, se convertía de noche, por la luna que entraba por un ventanillo, en reluciente bombonera de metal. Desde mi cama veía la luna ir cincelando de plata con su escoplo diamantino las sillas, la mesa y los barrotes de la cama. Más tarde, la luna entraba en forma de una gruesa barra de plata, y yo pensaba en lo hermoso que sería pasar los dedos sobre los bordes pulidos de un lingote de luna maciza. Otras veces deseaba poder congelar la luz de la luna en listones pesados y bruñidos, para con ellos hacerme una cama en la que poder dormir y soñar los mil cuentos que la luna contaría.

Desde mi infancia he coleccionado lunas en mi pensamiento. He visto la gran luna de color naranja que brilla en la pampa o sobre las colinas cercanas a Rosario, y la luna como medio limón que baña las soledades espectrales de los Andes, y he dialogado con el cuerno de rubí que es la luna nueva en la Tierra del Fuego. He viajado llevando a la luna prendida en las orejas de mi alazán como un cascabel plateado, y la he tenido colgando como un fanalito del palo de un balandro en Mar del Plata, o la he visto caerse, como un dorado queso de bola, en un charco del camino, al lado del automóvil. Mas nunca la vi tan hermosa como en esta clara noche de mayo.

A las dos horas de caminar por la carretera solitaria –solos la luna y yo– silbando una tonadilla, he visto brillar a lo lejos la colilla de un puro, rojo y encendido como un topacio. Acercándome en dirección del punto luminoso, se ha convertido en un gigantesco rubí y después en una ventanita alumbrada, para resultar al fin que era un escaparate iluminado. Sólo entonces me he dado cuenta de que es sábado y las tiendas del pueblecito adonde voy están abiertas hasta las diez de la noche. Un júbilo extraño y sensual me rezuma por todos los poros. Un pueblecito rural en sábado por la noche tiene siempre algo de verbena y festejo. La gente, libre de los quehaceres semanales, anticipa el goce del descanso dominical. Se aflojan los resortes que tuvieron el alma en tensión y se alzan revoloteando los pajarillos de la alegría. Como sé que la primera parada en mi averiguación es la tiendecita del escaparate encendido como un amable infierno, he dado un rodeo para bañarme antes en la atmósfera de fiesta del pueblo. Nada mejor para quitarse el polvo de luna de los caminos que ducharse con las claridades de sábado del pueblecito.

Una hora después vuelvo a estar ante la tiendecita del escaparate iluminado, cuyo reflejo deja ensangrentada de luz la acera. He recorrido las callecitas arremolinadas en torno a una plazuela central. Las casas, espolvoreadas de luna y guiñando el ojo luminoso de las ventanas; una chiquilla en una mecedora dando de cenar a su muñeca;

olor a carne asada en algunas puertas y en una pequeña fonda donde he devorado en unos minutos un bistec con patatas rociado con una botella de un vino sonrosado; grupos de mocitas del brazo paseando bajo los portales de la plaza; humo de cigarros y ruido de fichas de dominó en el casino, y por todas partes sonrisas amables para el forastero.

Ante la tiendecita, llamada La Buena Reina –dulces y pasteles–, un grupo de chiquillos aplasta las narices contra el cristal del escaparate. Las luces de colores les tiñen las caras. Hay pelos verdes, rostros azules, manos amarillas y blusas violetas. Los pies de todos chapotean en el charco escarlata que proyecta la luz del escaparate sobre la acera. Me he acercado yo también. El escaparate es grande y está recubierto de cintas y bombillitas de colores. En el centro hay un enorme castillo de mazapán dorado, con torreones donde flamean gallardetes y almenas de caramelo, un puente levadizo de crocante y cúpulas de tocino de cielo. Alrededor, un foso lleno de merengue rosado, y ante el castillo, un gran lago azul con olas de hojaldre. En las riberas del lago, pajes, damas, soldados, trovadores de pasta flora y almendras o de chocolate, mirando a los cisnes hechos de azúcar revestido de peladillas. Por entre los arbolitos y matas floridas de cabello de ángel y huevo hilado, cerditos de yema y patos de caramelo. Arriba, en la terraza del castillo, un príncipe y una princesa resplandecientes de dorado mazapán toledano y un principito angelical de

bizcocho con los brazos tendidos hacia un trono vacío, aguardando al rey o la reina ausente. He entrado en la tienda acompañado por la mirada envidiosa de los chiquillos y el tintineo de las campanillas de cobre prendidas a la puerta. La tiendecita es pequeña, inmaculada, alegre y luminosa como una pajarera de canarios. Las luces de colores, los estantes encristalados, llenos de pasteles, dulces, bombones y caramelos, el mostrador de mármol con las balanzas doradas, los pomitos de flores, el aroma a pastelería y cacao dan la impresión de estar uno metido dentro de un pastel de Navidad, y cómo deben sentirse esas figuritas de porcelana que antes iban escondidas en los viejos bizcochos de fiesta casera. Las manos de la muchacha pálida y rubia que está detrás del mostrador parecen un caramelo más entre los otros.

– ¿Cuánto vale el castillo de dulce y todo lo demás que hay en el escaparate? –he preguntado.

Ella me mira sin asombrarse. Bajo los ojos azules hay unos cercos como dibujados con un fino lápiz violeta. Seguramente que sus dedos se derretirían en la boca como un caramelo de limón. En su cuerpo frágil no parece haber el asombro.

– Eso no se vende. Ya han preguntado otros. Pero puedo venderle pasteles sueltos.

– Yo quería lo del escaparate.

Hay una pausa. Ambos miramos hacia el cristal tras cuyas luces nos miran las caritas rojas, verdes, amarillas y azules.

– Eso lo hizo mi tía hace tiempo con la ayuda del confitero. La idea fue suya. No quería venderlo. Mas quizá le gusten a usted los bizcochos de jalea, que son la especialidad...

Me siento en una sillita blanca, ante uno de los dos minúsculos veladores.

– Muchas gracias. De momento –le digo, oliendo el delicado aroma a caramelo tostado– le agradecería que me sirviera una copita de moscatel y un pastelito de crema.

El servicio tiene el ceremonial de un rito. De la botella panzuda de cristal tallado, me escancia con sus manitas de una blancura anémica el vino denso, oleoso, grave, filosófico, como oro derretido. Junto a la copa como un cáliz, en un plato con florecitas azules, pone dos pastelitos de crema y una servilleta blanquísima de lienzo bordado. Rechaza mi invitación con una sonrisa más dulce y suave que la crema.

– Sólo bebo en los cumpleaños o santos– y vuelve a su mostrador y a su novelón por entregas.

– ¿Es su tía quien ha adornado la tienda tan artísticamente? –pregunto sin mirarla.

En el silencio se oye la vibración de las bombillas eléctricas. El aroma dulzón de los pasteles pesa como si fuera palpable en el aire de este pequeño mundo de chocolate y caramelo. Se me ocurre que esta jovencita anémica debe tener en vez de huesos barritas de crocante y un corazón de chocolate. El moscatel es dulce y juicioso como el consejo de una abuelita.

– Sí – responde al fin ella –. Mi tía lo arregló todo. Ella puso la tienda y convenció a mi tío de todos los detalles. De ella han sido todas las ideas. Le gustaba tener una tiendecita de dulces para los niños. – Suspira a su pesar –. Eramos muy felices.

El solaje de vino en el cáliz de cristal es una lágrima de oro. En los dedos me quedan unos tiznajos de crema de los pasteles. Tengo calor y el olor dulzón me está embriagando un poco.

– ¿Qué ha sucedido? – le pregunto como al azar.

Me mira recelosa. Vuelve a suspirar. Acaricia la urna de cristal que encierra los cerditos de azúcar rosado.

– Mi tía es muy buena – responde –. Una santa. Es ya vieja y gorda, pero tiene un alma de niña. No hacemos dinero con los dulces por lo baratos que los da a los niños. Disfruta así y dice que eso no se paga con dinero. Llevamos aquí diez años. Yo me iré el año que viene, cuando me case, pero ella

y mi tío son felices en la tienda. Los domingos está llena de chiquillos y les reparte gratis los bombones que ella misma hace. Mi tío no quería derrochar tanta electricidad en el escaparate, pero ella insistió. Mi tía Amelia dice que sólo ver el escaparate como ella lo adornó es para los chiquillos un cuento de hadas.

– ¿Por qué se ha ido su tía? –le pregunto, sacando del bolsillo un paquetito envuelto en una funda de terciopelo rojo.

Nerviosamente se arregla el pelo pajizo.

– Me parece que se está usted metiendo en asuntos de familia...

Con toda calma he sacado la cajita de música. Una pequeña arqueta de madera tallada, con unas figuritas encima montadas en un disco de metal que gira con la música al tocarla. He apretado el resorte que pone en marcha el cilindro interior de donde sale la armonía, y ha parecido como si ese resorte hubiera lavado con una esponja el leve tinte carmín de las mejillas de la muchacha.

En el silencio de la tienda han sonado las notas dulces y nostálgicas... Rumor de pasos por una senda perfumada por violetas silvestres, campanitas de plata en un campanario de cristal, cantos lejanos en el puerto oídos desde la nave que se aleja, batir de alas angélicas sobre una cuna vacía...

– ¡Basta! ¡Basta! –grita ella. Sin color en sus labios, añade:
– ¿Cómo es posible que usted sepa? Esa fue la canción que se oyó la noche en que se fue. Nunca pude recordarla.

– Cálmese –le digo cerrando la cajita de música–. La desaparición de su tía ha salido en los periódicos. Mucha gente lo ha leído. Yo también. Quiero averiguar lo que le ha sucedido. Quiero encontrarla. Un azar puso en mis manos esta caja de música. Con ella y con lo que usted me cuente puedo hallar a su tía.

El relato ha sido simple y poco iluminativo. Hace un mes exactamente que la muchacha, que vive con sus tíos en el piso sobre la tienda, despertó a media noche sudorosa y sobresaltada. Aunque era una noche fresca, tenía la ventana de su cuarto abierta. El cuarto estaba bañado en la luna llena de abril. Escuchó conteniendo el aliento. Alguien estaba cantando en la carretera. Se asomó de puntillas a la ventana. La calle estaba congelada en la luz pura y fría de la luna. Unas pocas estrellas parecían como chispitas de hielo arrancadas del bloque lunar. En un rincón de penumbra alguien cantaba en voz suave. Le fue imposible entender las palabras de la canción, si es que las había. La melodía era extraña y nueva para ella. Se le metió en la sangre como una ráfaga de hielo, ¿o era de fuego? Un momento después, el misterioso trovador cesaba de cantar y ella lo vio alejarse de espaldas, una alta figura envuelta en una capa, marchando hasta desaparecer por la carretera. Al poco rato oyó ruido

en la casa. Alguien bajaba la escalera y abría la puerta de la calle. Asomada a la ventana, vio con asombro a su tía, completamente vestida, echar a andar hacia la carretera. La llamó a gritos. Su tía se volvió a mirarla y la luna alumbró una faz como jamás se la viera ella antes, transfigurada y feliz, con un sello de júbilo glorioso en cada surco del rostro y cada arruga convertida en una sonrisa.

- ¿Adónde vas? –gritó jadeante la muchacha.
- ¿No has oído la canción? –repuso su tía serenamente.
- Sí, he oído algo, pero no supe qué decían. Ni siquiera sé si había palabras.
- Yo las oí –contestó su tía– y debo irme adonde me llaman las palabras de la canción.

Lo demás del relato de la chica han sido lamentaciones, suspiros, quejas de la soledad en que están ella y su tío, de la inutilidad de las pesquisas de la policía para hallar a la desaparecida.

He tranquilizado a la muchacha. Hace un mes que sucedió la extraña fuga de su tía Amelia en pos de una canción sin palabras. Guiado por la melodía de una vieja cajita de música y las noticias que recopilé en los periódicos, estoy recorriendo el itinerario que un día siguió la canción por las rutas de luna y misterio. Sólo deseo un poco de ayuda y

podré acaso descubrir un día la clave del enigma. Ante la lluvia de preguntas, me he limitado a enseñar a la muchacha mi tarjeta de periodista, lo que es siempre un pasaporte mágico para justificar el meterse en cosas ajenas. He guardado la cajita donde se encierra la música que un día descubrí por azar y cuya letra arrancó a una mujer anciana hacia lo desconocido. Dejando pagado un kilo de cerditos de azúcar para repartir a los niños de la calle, me he marchado por la misma calle donde hace treinta días un trovador loco estuvo ladrando a la luna la canción sin palabras.

No hay nada más hermoso que caminar de noche por las carreteras. Tengo agudizado hasta la exageración el instinto del vagabundo, amortiguado en otros por la civilización, la inercia o la obesidad. De adolescente, habité una temporada en una casa de campo de mis tíos, una hacienda situada cerca de Rosario. Durante el día gustaba de correr a caballo por los pastos. Mas de noche era mi gran fiesta. Con mis primos y una vieja y rolliza criada de la casa, nos tumbábamos en las grandes pilas de heno perfumado, cogiendo puñados de él, hundiéndonos en su mullido lecho, hasta quedar echados boca arriba, cansados, mirando la gran luna, con su fijeza de ojo de cristal, y las estrellas, con su parpadeo de ojillos de gato. Desde entonces he seguido vagabundeando de noche siempre que he podido. Un camino cualquiera bajo la luna es una promesa de aventura.

El lápiz de plata de la luz de mi linterna penetra donde no llega la luna, dibujando una rana petrificada o un charco donde se quiebra el pincel luminoso. Al amanecer, el aire libre me embriaga. Hay un instante antes del alba en que todo se hace más oscuro, para después del último brillo de las estrellas difumarse todo en un color de hueso y cera y luego en carmín y oro, antes de llegar la mañana a teñir los campos de rosa.

Mi caminata esta vez ha sido de varias horas. Primero por carretera, más tarde a campo traviesa. Pastos, huertos, jardines. Puedo ver bien en la noche y el placer de atravesar en la semiluz lunar entre breñas, hortalizas, sembrados o flores, bien vale la pena de exponerse a un regaño o al balazo de un guardián receloso. No hay placer como el de coleccionar olores y aromas. Los prados huelen a seco; los sembrados, a húmedo; los huertos, a ácido; los jardines, a dulce. Cuando estoy cansado me echo sobre la hierba y, así tendido, miro las matas y flores contra la luna. El efecto es mágico. La luna resulta tan baja que parece un redondel de plata puesto a secar en un tendedero, y a contraluz, cada brizna de hierba se agiganta y parece un pararrayos, y cada flor es una campana de plata.

Al llegar a despoblado he atravesado la zona desierta que media entre los dos pueblos. Por espacio de unas dos horas he recorrido, sin más guía que mi brújula y la luna, un pedacito de pampa. Hondonadas, laderas, hierba menuda,

arbolitos, lagunas y un vientecillo suave que parece ir barriendo las estrellas. De madrugada, cuando ya la luna es un farolito de verbena descolorido y el lucero del alba funde sus destellos con el eco de los primeros gallos, he llegado al pueblecito que marca la segunda etapa de mi viaje. Aunque cansado, he aplazado mi reposo en el cuarto de la fonda para dar una vuelta al pueblo.

La noche cuelga todavía como un mantón pesado sobre los hombros del cielo. El pueblo está cerrado como una arca de aldeana. Tapias, casas encaladas, patios cercados, enredaderas, ventanas atrancadas y macetones de geranios con las hojas chispeadas de diamantes, perros soñolientos, ruido de cascos en las cuabras, una fragua lejana, los primeros humos desperezando sus volutas en el azul. En la quinta que finaliza al otro lado de la calle mayor del pueblo hay un hombre sentado en una hamaca con un gato gris dormido a sus pies.

He mirado al hombre a la cara. Si mi recolección periodística del suceso que motiva mi viaje es exacta, me hallo ante el hombre que busco. El cielo ya está de un pálido azul, pero en los ojos del madrugador vecino se congelaron dos pedacitos del cielo gris del alba. Le saludo y me contesta soñoliento. El gato es una esponja empapada de sueño. Huele el aire a cuero fresco. Mientras me paro con el pretexto de encender la pipa, le miro de reojo. Nuestros ojos se encuentran y ambos nos sonreímos.

– No hace falta ser tan misterioso –me dice él displicentemente–. Usted es el décimo policía o periodista que ha pasado por aquí esta semana.

– Yo no traigo una misión concreta –le replico–. Sólo quiero charlar un minuto con usted y seguir mi camino.

Me señala el poyo de piedra y me siento en él. Un solecito dorado me lame con su lengua tibia las rodillas cansadas. En el jardín invisible, al otro lado de la tapia, comienza la sinfonía pajarera.

– ¿Cómo sucedió? –le pregunto.

Se encoge de hombros. Mi pregunta debe ser un enojoso moscardón que desde hace un mes le revolotea en torno a la cabeza.

– Ya lo ha leído usted en los periódicos. Mi hermano y yo vivíamos juntos desde que murió mi madre. El y yo, y su esposa. No tenían hijos, ni los deseaban. Ella está ahora viviendo en casa de sus padres. Mi hermano lo dejó todo –el taller, la tienda– por la música. Ha habido muchos disgustos por ese motivo. Descuidó hasta a su esposa por componer su música. Había puesto toda su fe en llegar a crear algo nuevo y sorprendente. Su idea no era mala. Una sinfonía del amanecer, con el canto de los gallos como *leitmotiv*, repitiéndose en *ritornello*. Se pasaba las noches en el jardín con los ojos entornados escuchando la brisa entre las hojas,

el croar de las ranas, los relinchos, el murmullo de la llovizna, y por fin, con el alba, el canto de los gallos y los mil ruidos del amanecer. Así iba a llamarle: *El vals de los gallos*. Un gran vals sinfónico donde se contestaran todos los gallos de todos los amaneceres del mundo. Su ilusión era que esa pieza llegara por la radio y el gramófono a todas partes, que ese vals fuera un canto de gallos y un vals del viento, las frondas y la luna, despertando a todos los niños, todas las mujeres, todas las madres del mundo que viven en ciudades y no pueden oír a los gallos.

Calló unos momentos y saludó con la mano a un anciano cartero que pasaba con su fardo al hombro. La hierba azulada brillaba al sol chispeada de lentejuelas de rocío. Al olor dulce de la hierba se mezcló pronto el de carne asada en alguna cocina cercana. El gato fue constelándose de moscas reluciendo al sol como chispitas de metal coloreado.

– Yo tengo a mi cargo el taller y he ayudado a mi hermano a sobrevivir en esta crisis –prosiguió–. Además, él deseaba que yo escribiera alguna cosita poética como letra para su vals. La chifladura artística corre en la familia. Pero ésta no era vida para un hombre casado: noche tras noche escuchando al aire libre los ruidos de su sinfonía y acostándose solamente después de oír a los gallos. Por querer despertar un día a todos los niños y mujeres del mundo con un vals de los gallos, dejó dormir su propia felicidad demasiado tiempo. Ahora ella se ha quedado sola,

ni soltera ni casada, y él se ha ido a buscar el canto de los gallos por la Tierra.

– ¿Qué piensan hacer ustedes? –pregunté.

– Si las pesquisas policíacas no dan resultado, Catalina, mi cuñada, pedirá una anulación matrimonial por deserción.

– Y tratará de buscar su propia felicidad.

De un salto se puso en pie y enrojeció, avanzando hacia mí con los puños crispados.

– ¡Otra condenada insinuación! –me gritó–. ¿Qué le importa a usted ni a todos los malditos detectives o reporteros de la Argentina lo que ella o yo hagamos? ¡Nadie le ha matado ni secuestrado! Se fue por su voluntad. Mientras estuvo aquí, nadie le molestó ni le faltó al respeto. He sufrido en silencio, viendo sufrir a Catalina. Mas si él la ha abandonado, otro podrá hacerla lo feliz que se merece.

– Ha sucedido entonces –le repliqué suavemente– lo mejor que Dios podía haber dispuesto.

– Acaso tenga usted razón –responde, sentándose como si sus pensamientos se hubieran apartado de mí.

– Yo no trato –le explico– sino de unir los pedazos de un mosaico roto, las piezas dispersas de un rompecabezas.

Quiero averiguar lo que ni la policía ni los periódicos saben: la verdadera causa de la desaparición de su hermano.

– Nadie podrá saberlo nunca. Yo soy el único que estaba delante y aún no lo comprendo. Catalina se había acostado disgustada con él. Yo me quedé con mi hermano en el jardín, dormitando en una hamaca, mientras él, con la cabeza echada hacia atrás, parecía beber los murmullos de la noche, tomando algún apunte musical a la luz de la luna llena en el pequeño álbum que siempre usaba. Me desperté sobresaltado y vi vacía la hamaca a mi lado. Miré hacia arriba. En el balcón, tras los cristales, se adivinaba la forma blanca de Catalina. Alguien cantaba afuera, en la carretera. Mi hermano, de pie, inmóvil junto a la puerta del jardín, blanco de luna, parecía beber la extraña canción. Poco después oí pasos por la carretera y la canción sonó frente al jardín. Una voz de hombre cantaba una melodía sentimental. No entendí la letra; no podría jurar ni siquiera si tenía letra. Todo era extraño y vago como en un sueño. Mi hermano me detuvo con un gesto al ir yo a levantarme de mi hamaca.

– ¿Has oído la canción? –me preguntó con una voz lejana y ausente. Y ante mi gesto inexpresivo, prosiguió: – Naturalmente que no. La música no es nada, pero ¡las palabras de la canción!

Sin decir nada más salió del jardín, cerrando tras de sí el portón. A través de la reja le vi marchar, erguido y jubiloso,

tras una figura ya lejana en la carretera. Entre indignado y temeroso, subí a decirle a Catalina que algo le sucedía a mi hermano y que me iba a buscarlo. Hace de esto un mes. Ni yo ni nadie hemos podido encontrarle.

– Sólo habría un medio –le dije en voz baja–. Seguir la pista no de su hermano, sino de la canción que le arrancó de su vida y le lanzó por los caminos del mundo, acaso en pos de los gallos celestiales para su vals.

Sacando la cajita de laca roja de su funda de cuero repujado, hice sonar la tonada melodiosa. A los pocos compases, el hombre estaba a mi lado, con los ojos desorbitados y pálido como la cera.

– ¡Esa era la canción! –gritó–. ¿Cómo diablos...? ¿Qué letra tiene? ¿De dónde...?

Le contuve con un gesto y bajé la tapa de la cajita, encerrando en ella la extraña melodía. El gato, asustado por los gritos, corría sobre las madreselvas de la tapia con un halo de moscas brillantes a su alrededor. El silencio se hizo tan denso como el azul del cielo.

– Esta caja de música, de vieja fabricación europea, cayó en mis manos por azar en la tienda de un anticuario, en Buenos Aires –le expliqué–. Cuando emprendí la investigación del misterio de la canción sin palabras, pensé en que lo esencial era hallar la canción. Varias personas que

oyeron cantar al caminante han identificado la música como la de su canción. Un musicólogo eminente está tratando de identificar para mí su nombre y origen. Espero su información un día de éstos. Le dejé una impresión en un disco de gramófono. No me pregunte más, porque no sé más. Voy siguiendo el rastro de unas palabras que arrancaron a una anciana de su familia y a su hermano de su casa, para lanzarlos por una carretera en pos de un caminante que cantaba trovas a la luna bruja de abril. Cuando sepa algo, se lo comunicaré. Entretanto, voy reconstruyendo los efectos de la canción sobre un puñado de vidas.

– Pero usted debe dejar oír esa canción a Catalina –me pidió él con una sombra de color en sus mejillas–. Aguárdeme aquí que volveré con ella en cinco minutos. –De un brinco desapareció por la esquina cercana.

No podía permitirme el lujo de perder más tiempo en explicaciones. Le escribí una notita de despedida y la dejé prendida con una ramita a la hamaca, alejándome por el camino bajo la mirada fosforescente del gato.

Aquel mediodía almorcé en una huerta con unos labradores –pan, queso, dátiles, fruta fresca y vino tinto–; dormí en una era, a la sombra perfumada de un álamo, y me desperté ya entrada la noche para reanudar mi camino.

¡Ah, las gentes sin imaginación que necesitan leer cuentos y novelas para llenar los abismos desecados de sus almas sedientas de fantasía! Dadme una carretera bañada de luna y en ella tengo un libro mágico atestado de aventuras maravillosas. Un libro de hojas de plata y marfil y cubierto de terciopelo celeste, donde se atesoran cuentos y parábolas desde hace milenios. ¿Qué relato podrá compararse a escuchar el eco de unos cascos de caballo sobre una carretera helada de escarcha en una madrugada invernal? ¿Dónde hallar una poesía similar a la de una ventanita iluminada que parpadea a lo lejos, como el guiño amarillo de una posada amable en un crepúsculo invernal? ¿Qué puede compararse a un prado lleno de margaritas bajo una luna clara de primavera, reverberando sobre cada corola como en espejitos de plata? No; yo no quiero cuentos ni fantasías. Dádselas a los hombres sin imaginación. La luna me cuenta siempre más fascinadoras historias, ilustrándolas con sus sombras de oro y sus luces de plata. Caminando por las carreteras como ahora, mochila al hombro, en unas vacaciones deliciosas, tengo a la luna bañándome en sus chorros de poesía y leyenda. Mas la luna que yo amo no es la luna empolvada, con el pelo oxigenado, con lunares y ojeras, que adoraban Musset, Murger y los románticos del siglo pasado en París, borrachos de ajeno y de tabaco. Aquello no era luna, sino una lámpara de farol, sobre la que gustaban reclinar sus hombros cansados de amor y de alcohol. La luna que yo amo es la gran luna noble y aventurera, despeinada y morena, que alumbró a los piratas

de Stevenson y los navegantes de Conrad, los gitanos de García Lorca y los vagabundos de Jack London, los buscadores de oro de Curwood y los caminantes de Zane Grey. La luna andariega y temeraria que capitaneó a los conquistadores a través de las selvas y bruñó de plata el ensueño místico de los cruzados. La luna que hoy en las ciudades se asoma sobre los rascacielos y llora al verse empalidecer por los siete mil astros de colores de los anuncios luminosos. Esa luna a cuya luz acabo de llegar al tercer pueblecito de mi peregrinación en pos del rastro de la canción sin palabras.

Una viejecita que vendía en un cajón cintas de colores, peinetas y horquillas, me ha informado que la familia de Roldanito, el niño cuya desaparición ha hecho famoso a este pueblito en los periódicos, va aquella noche a una reunión. Son las diez de la noche. No tengo tiempo de dar más vueltas al pueblo si quiero enterarme de lo que va a suceder en esa reunión. De este remolino de callecitas blancas y empinadas no conservaré más memoria que la de que todo es limpio y ordenado. Hay un pájaro cantando, rezagado sobre un eucalipto. Unos niños sentados junto a una fuente, chapotean las manitas en el agua fresca, mientras la hermana mayor les recita algún cuento fantástico. En un estanco compré una hoja de aleluyas, un enorme papelón color calabaza donde se cuenta y se canta la desaparición

del niño Roldanito. Del campo cercano llegan los susurros olorosos del viento en la hierba. Las nubes arropan a la luna, sólita y tiritando en su desnudez de estrellas.

He llegado al Ayuntamiento, un caserón ya difuminado en la sombra, vencida su geometría por la oscuridad amorfa. El patio de la casona, que es a la vez Ayuntamiento y escuela, está desierto. Me deslizo entre los macizos floridos. Pronto me envuelve el aroma de los geranios. Cada paso mío hace enmudecer a un coro de grillos. Las ventanas del salón de reuniones están de par en par. Paredes desnudas, con alguna pintura descolorida, bombillas crueles acentuando con su luz violeta la lividez de los muros. Bancos, pupitres, sillones. Diez o doce personas sentadas en torno a una mesa. Desde mi oscuridad, las veo a pocos pasos de distancia, recortadas en el marco de la ventana. A las pocas palabras que he oído me felicito de mi buena suerte. Azar de periodista. Los familiares de Roldanito –un caballero enlutado y grave, de cara delgada como un cuchillo, las cejas muy negras y el pelo muy blanco, y una señora, dulce en su obesidad semicentenaria, con unas bolsas bajo los ojos como gajos de mandarina– y un grupo de personas a quienes la fuga del niño ha causado ciertas perturbaciones físicas, económicas o morales. Callo y escucho. Las palabras me llegan envueltas en el calor de la noche. Los rostros de los reunidos, a la luz de las bombillas eléctricas, parecen hechos de papel maché. Caras lívidas, blandas y húmedas. La historia va surgiendo a jirones. Un retazo aquí y allá. Cada

hilacha de conversación me da un trazo más de la silueta del niño. Con la imaginación voy rellenando ese perfil de vida.

Roldanito fue un modelo en su hogar, a juicio de su mamá y de los demás contertulios: nueve años de docilidad y ternura. Algo apartado de sus seis hermanitos, pero un santito de altar. Las preces y el besito antes de acostarse, respetuoso con el abuelo y nunca demasiado impertinente con las visitas, pocas indigestiones de dulces, y las pocas, solamente en los santos o cumpleaños. Dejando en paz las trenzas de su hermanita y no metiéndose con los canarios de su hermano, sometándose con humildad a la prueba del sastre, no protestando cuando se le mandaba a un recado, ni pidiendo más chocolate en casa de los amigos. En una palabra, un niño repugnantemente bueno y dócil. Mas esos nueve años de bondad se vinieron al suelo de un solo golpe y en una sola noche, como castillo de naipes, de un papirotazo del destino.

La relación de los crímenes de Roldanito fue tan sucinta como concluyente. Un caballero inició sus quejas y toda la reunión se atropelló por hacerle coro. Tal y como los hechos se fueron ensamblando en mi pensamiento, Roldanito, que se había acostado pacíficamente a las seis de la tarde, se despertó, según testimonio de sus hermanitos, unas horas después, en ocasión de hallarse los padres ausentes, asistiendo a una fiesta de feria en un pueblo cercano. Ante el asombro de sus hermanos, se vistió completamente, y sin

contestar a las muchas preguntas que le hicieron, salió de la casa con rostro jubiloso y silbando como un pájaro.



Los acontecimientos posteriores atestiguan que Roldanito se llevó de su casa un tirador de su hermano menor hecho con una liga vieja de la criada y amplia provisión de chinas,

así como el mejor cortapapeles de plata de sus padres. Antes de salir de casa, saqueó concienzudamente la despensa, atiborrándose de mermelada, haciendo con la que sobró artísticos dibujos en la blanca pared de la sala y limpiándose las manos en los finos mantones de Manila guardados en el armario de luna. Su rastro en la calle pudo seguirse por una cadena de bombillas y faroles que hizo añicos con su tirador de goma y las chinas. La primera parada tuvo lugar en el edificio de la escuela, que de noche quedaba abierto, como todas las casas del pueblo. Allí se entregó a la minuciosa tarea de volcar todos los tinteros de clase sobre los libros del maestro, dejando luego escrito en la pizarra un mensaje ilustrado con monigotes comentando la personalidad de los maestros, que hizo las delicias de los chiquillos a la mañana siguiente. Un hombre rubicundo, con el chaleco lleno de mil dobleces y en cada uno de ellos un depósito de ceniza, agregó que la segunda parada fue en su casa, donde cambió los alfileres de sitio en todos los trajes a medio hacer que tenía en su taller, con las consecuencias de rigor al día siguiente al venir a probarse los trajes los clientes. La tercera queja provino de una señora de ojos blandos y dentadura abominable, que relató las desastrosas consecuencias de la idea de Roldanito de cambiar el contenido de los recipientes de la sal, la pimienta, la harina y el azúcar y los ingredientes de los cacharros de tocador: polvos de arroz y talco. Los pasteles que al día siguiente salieron de su tienda hicieron época en la historia de las artes pasteleras.

El rastro, con profusión de cristales rotos a golpes de tirador, seguía así serpenteando por todo el pueblo, y abarcando una gama que oscilaba desde el pateamiento metódico de las begonias del alcalde, hasta el pintarles bigotes y barbas a todas las estampas y cuadros del Ayuntamiento. Finalmente, Roldanito, invisible hasta entonces excepto por sus obras, reapareció ante su casa una hora después, siendo llamado desde el balcón por sus hermanos.

Hacía luna llena y el niño se paró ante la casa, en el huerto desierto y lleno de claridad. Súbitamente una voz comenzó a cantar en la cercanía. Los niños no pudieron entender lo que decía, pero les dio miedo ver a Roldanito salir andando con toda calma del huerto. En vano le llamaron. Cuando venciendo el miedo le fueron a buscar en grupo, el niño ya iba lejos por la carretera, tras una figura que en la distancia cantaba una canción bajo la luna.

Al consultar el itinerario de mi viaje a la mañana siguiente, tras una noche de reposo completo y de sueño sin ensueños en una fonda, he descubierto que solamente quince kilómetros me separan del pueblo siguiente. He madrugado bastante y montado en la tartana, una pequeña galera tirada por dos mulitas tordas, que hace el viaje a Villa Tona, mi punto de destino.

Nada hay más agradable que un viaje temprano en tartana. El collar de cascabeles de las mulas rompe con su tintineo los límpidos cristales del aire matinal. De la tierra mojada de rocío sube el aroma de la hierba humedecida. Las orejas empinadas de las mulas parecen presentar armas a las nubes blancas y lentas. A los labios me llega la dulzura del perfume de los plantíos. Cada traqueteo de la tartana sacude mis vísceras y mis pensamientos. En este vehículo entoldado sobre el que la primera solana rompe sus lanzas de oro, me siento unido en humanidad al puñado de aldeanos mañaneros, cargados de cestos con frutas y legumbres, camino del mercado.

La conversación con mi vecina, una mujercita menuda de moño plateado y mejillas de cera, me ha revelado lo que deseaba averiguar. Hace cuatro semanas que Guillermina, la rubia mocita sobrina del profesor Teobaldo, director de la academia de oficios, se marchó súbitamente, abandonando su familia, su oficio y a su prometido. Mientras la tartanita corre como un canguro infatigable por el camino bordeado de verdes, me informo de las tres cosas que Guillermina ha dejado atrás al escapar hacia lo desconocido:

Una familia: el viejo Teobaldo, profesor desde la punta lustrosa de las botas hasta la coronilla desnuda, llevando en sus quevedos un reflejo del mundo visto a través de los libros de texto; el viejo Teobaldo, única familia de Guillermina, con una casa «muy antigua y de muebles muy

buenos» (puedo entreverla, con su reloj de pesas, los graves cortinones, fundas en los muebles, penumbra en las salas, visillos de encajes, ecos dormidos y rincones sombríos), donde Guillermina le cuidaba y atendía desde que se quedó huérfana; una casa cómoda, donde se comería olla los domingos y pescado los viernes, mientras el eco de las horas en el gran reloj se congelaría en goterones de eternidad en el silencio de las salas vacías; una gran casa, con todas las comodidades, pero sin un canario cuyo trino amarillo se fundiera con el perfume de claveles reventones en un búcaro azul.

Un novio: el recaudador de contribuciones del pueblo, según me dice mi vecina. Buen mozo, «con sus patillas y su cuello almidonado». Un «buen partido», con sueldo decente y «bien mirado», serio y digno, cuyos únicos vicios eran una partidita de dominó los domingos y de tresillo los jueves, aficionado a coleccionar sellos y orgulloso de ser miembro de todos los comités de caridad del pueblo. Un novio, pero no el novio, el novio dulce y ácimo como el pan moreno, vibrante y retozón como una cuerda rubia de violín húngaro, a veces jinete en caballo blanco y otras pícaro con un zurrón al hombro lleno de rosas, versos y cantares.

Un oficio: mas el oficio –«guardadora» de los niños de las vecinas atareadas– lo he observado directamente, al bajar de la tartana y despedirme agradecido de mi amable vecina. Guillermina, la muchacha sin familia, ni hogar, ni novio ideal,

eligió como oficio llenar de sueños con su vida monótona el vacío de sueños de los otros. En este pueblo aún subsiste la castiza institución de «la amiga», que ya citaba en un verso Moratín. «La amiga» es la mujer que en su casa tiene una a modo de guardería infantil donde atiende una docena o más de chiquillos de las vecinas que por sus quehaceres, enfermedades u otras causas no pueden cuidar sus niños durante el día. De noche, todas ellas pasarán a recoger sus criaturas. De día, una buena mujer cuida, entretiene y alimenta por un módico estipendio a los niños.

Guillermina destinó una sala del piso alto de su casa –según me cuentan, con oposición familiar– a crear su guardería. La entrada está separada del resto de la casa. Peldaños empinados y un pasillo oscuro. Después, la sala de la guardería, antes simple desván. Paredes blanquísimas, encaladas, macetones con flores, un pianito pintado de verde, estampas con escenas de los cuentos de Andersen, osos, patos y conejos de trapo multicolor, cajas de música, balcones de goma amarilla, roja, azul, mesitas y sillitas como de juguete, casas de muñecas. Bajo la mirada apacible de una anciana, una niña cuenta cuentos a unos diez niños sentados en corro.

– Están recordando siempre a Guillermina –suspira la anciana–. Les contaba cuentos tan bonitos que hacía vivir a los chiquillos como en un sueño. Todos estos juguetes y adornos los compró o hizo ella misma. ¡Disfrutaba tanto de

ver felices a los niños! Desde que ella se fue, no cesan los niños de contarse el cuento de su desaparición. Álvaro –su novio– está inconsolable. Iban a casarse en junio próximo. El dice que ella debe haberle engañado y haberse escapado con otro. Yo no lo creo, pero de esto no diga usted nada en los periódicos, por favor. Guillermina quería que los niños pasaran el día con ella –entre relatos, juguetes y música– como viviendo dentro de un cuento. Después de irse, los niños han seguido viviendo ese cuento. Para ellos, Guillermina es ya una hada de veras.

El sol pinta las vidrieras de colores de un fulgor subido. A una santa de cabello dorado se le enciende el manto en rubíes y las azucenas se hinchan de luz. Bordonea una abeja como un grano de oro volador. Huele el aposento a ropa limpia y a manzanas secas. Las paredes son tan blancas que todo es una fiesta de color: el pelo rojo de una niña y la trompa violeta de un elefante de trapo. La voz de la niña que hace de monitor me acompaña hasta la salida con el canturreo de su relato: «... entonces Guillermina se asomó a la ventana. Hacía mucha luna. Y un príncipe le cantó una canción que tenía palabras sólo para ella. Y Guillermina se fue detrás del príncipe por el camino, y la luna se quedó sola y contenta...»

A mediodía he reanudado mi camino, esta vez ya sin rumbo fijo. Mis vacaciones y mi voluntaria pesquisa de los

cuatro desaparecidos están terminando. Un autobús atestado de gente me lleva hacia la feria cercana, a unos treinta kilómetros. Por las caras alegres y la ropa nueva de la gente –lo mejor del arca– me doy cuenta de que es domingo. Son las tres de la tarde y el sol es un cascabel de luz prendido en el traje de raso azul del arlequín celeste. Las moscas zumban gozosas contra los cristales de las ventanillas. La carretera es una raya en medio, partiendo la verde cabellera campestre. Pájaros, vacas, caballos, acequias esmeralda. También el día tiene sus encantos. Hasta yo, noctámbulo empedernido, lo reconozco.

El pueblo es el límite entre otros veinte pueblos que se le agrupan en semicírculo a diversas distancias y la pampa. Antes del pueblo están las otras comunidades urbanas. Donde su última casa acaba –al otro lado de una amplia plazuela– principia abruptamente la pampa. Precisamente en ese límite inquietante de lo poblado y el desierto, en la frontera invisible de la ciudad y la pampa, está montada la feria a la que acuden gentes de todos los pueblos cercanos.

Antes de ver el gran círculo ocupado por los tenderetes y barracas de la feria, me avisa de su existencia la música de bombo y platillo que llena los aires. Después, al acercarme a la música, se agregan los olores: maní, aceite de freiduría, carne asada, aguardiente, chocolate y caramelos perfumados. Al doblar la última esquina, la feria se abre ante mí como un abanico chino de varillas multicolores.

Banderolas flamean en el azul como colas mordidas por los colmillos del viento, carromatos con carteles de colores, tambores batientes, más bombo y platillo, plataformas de madera con vistosas artistas. Payasos enharinados, bailarinas pintadas, un saxofón que al sol se convierte en una reliquia de plata. Gente, gente, gente. Un chiquillo extático ante el molinito de papel rizado y verde que el viento hace girar con sus dedos pálidos. Parejas jubilosas, con las manos enlazadas. Pañolitos de seda al cuello de los mozos, mantoncillos sobre los hombros femeninos. Un busto de mocita con toda la gracia de la primavera salpicándolo y un manojo de claveles sobre el corazón. Puestos de comida. Manos y bocas pringosas. Los chiquillos de manitas sucias levantando tolvánicas de polvo. Música de charangas. Caramelo en grandes madejas de hilachas rosadas y blancas. Manzanas vestidas de caramelo. Fenómenos de feria, la casa del miedo, los gimnastas, los bailes prohibidos, caballitos del tiovivo, columpios, tiro al blanco. Una humanidad alborozada y dominguera, brillando como abejas al sol en los confines de la pampa silenciosa.

El tenderete es un pequeño teatrillo de tablas pintadas de blanco. Una anciana obesa, de faz amable, sentada al sol en la puerta con un gato en la falda, explica la función y recoge las entradas. Conmigo entran unas docenas de chiquillos y algunas personas mayores. Dentro, en la grata y fresca penumbra pelada por las blancas lonas que hacen de paredes, un escenario chiquito y bancos para el público. El

griterío de los niños es ensordecedor. Circulan cántaros goteando agua helada y buñuelos azucarados, abanicos y maní. Al poco rato se alza el telón, donde han pintado un paisaje a la luz de la luna, y comienza la función.

La función ha comenzado con un concierto de piano por un mozo moreno de ojos ardientes y manos aladas. Mientras toca en un pianito diminuto, un niño ha ido proyectando sobre una pantalla de tela vistas de colores. Las imágenes bellas y las notas delicadas se han fundido durante unos minutos. En la pantalla sólo se ve una floresta donde palpitan ocres y esmeraldas en el follaje, mas en el piano, para deleite de los niños, cantan los pájaros, mugen los toros y las vacas y susurra el viento entre las hojas. Luego es el mar el que surge en mil vistas azules, blancas y verdes en la pantalla, y el piano el que tiene en sus teclas chapoteo de olas y rumor de resaca. Finalmente, una mocita dorada y fina como un ánfora griega, sale al escenario, y mientras las vistas de colores le dan un marco de hadas y gnomos, silfos y pájaros, y el piano toca quedo y suave como formando una polvareda musical, ella cuenta historias fantásticas con una embelesadora voz que es un hilo de plata.

Después de la función –una hora de sueños, fuera del mundo– y cuando salen los niños alborozados, me acerco al escenario.

– Magnífico –le digo a la muchacha, que está ayudándole al mozo a guardar el piano.

– Muchas gracias –me contesta sonriendo hasta con los ojos, azules y líquidos–. Hacemos lo posible para darle al público una ración de sueños que le dure toda la semana.

– Lo consiguen –replico–. Miren el brillo de los ojos de los niños.

Pausa. El muchacho me mira curiosamente mientras se limpia el sudor con un pañuelo de hierbas rojiblanco.

– ¿Qué ha venido usted a preguntarnos? –me interroga al fin, mirándome a la cara con una expresión de serena firmeza.

Me encojo de hombros. Estamos solos ellos dos, el niño y yo en el gran entoldado penumbroso.

– He venido a hacerles oír una musiquita –replico lentamente, sacando de mi bolsillo la cajita forrada de cuero rojo.

Las primeras notas de la melodía han traído adentro a la anciana que estaba en la puerta, han hecho acurrucarse al niño entre la pareja y han convertido en máscaras de cera los rostros de ambos.

Cierro la cajita de música, mas la melodía sigue flotando en el aire, tan fuerte y denso es su recuerdo en todos nosotros.

– ¿Quién es usted? –me pregunta la muchacha con voz temblorosa–. ¿Un policía?

– Nadie puede obligarles a volver a sus casas –les replico.

– Entonces ¿qué quiere usted de nosotros?

– Solamente saber qué hacen y terminar aquí mi averiguación –replico–. ¿Podemos después de la última función sentarnos a charlar un rato?

Así lo hemos hecho. Son las ocho de la noche. Todavía es de día. La feria cerró la mayoría de sus pabellones. Parpadea el primer lucero en un cielo de un añil lavado. Estamos sentados los cinco en la plataforma del carromato que usan como albergue y vehículo. Hierve un mate con amable bisbiseo.

Se oyen músicas y voces lejanas, ladridos de perros, collares de cascabeles en las mulas. Ante nosotros, sentados en silencio con el cielo como techo, se abre la pampa. Una llanura ilimitada y solemne con suaves ondulaciones cubiertas de verdura, albercas donde parpadea una estrella y siluetas de caballos en la distancia. El aire huele a alfalfa y a cabalgaduras. El cielo se va empurpurando y hay un gemir de tango arrabalero en las cuerdas de una guitarra invisible.

– Todo ha sido como un sueño –explica la anciana.

– Ya lo sé –contesto–. En el escaparate de su tiendecita de caramelos lo vi claramente. Usted creó la tienda para endulzar no sólo la vida de los niños, sino la suya propia. Con sus turrónes y mazapanes, hojaldres y chocolates, modelaba usted sus sueños no realizados. En el escaparate tenía un castillo, con una pareja principesca y enamorada, un principito, y un sillón de crocante vacío aguardándola a usted. Los acíbares de la prosa cotidiana le desaparecían de los labios al ver las caritas de los niños que entraban al pequeño mundo de maravillas. Mas aquello no era suficiente. Una noche, al oír un cantar en la carretera a la luz de la luna, sintió el impulso irresistible de salir afuera a buscar su felicidad. Luego...

Los ruidos y músicas de la feria iban apagándose como las brasas en el rescoldo de una hoguera. La pampa, con el crepúsculo, se hacía más amable y menos hosca. En el seno de la noche, las durezas agresivas de rocas y colinas, las angulosidades pamperas de varón se convertían en dulces curvas de mujer. Se oía cercano el chapoteo de una caballería bebiendo a grandes sorbos agua de un charco. Las estrellas acentuaban la soledad de la pampa azulada. Del suelo ascendían los olores de la hierba mojada por la primera humedad nocturna.

– Mi escapada –explicó entonces el muchacho– es imperdonable para quien no comprenda lo que sufre el pobre corazón del artista fracasado. Durante unos años he

vivido en un sueño monótono, atado a una oficina y a una esposa que se casó conmigo por conveniencia. Buscando una ventana de escape, me puse a componer mi sinfonía de los gallos. Como yo vivía dormido, quise despertar con ella a todos los durmientes del mundo. En vano traté de aprisionar en el pentagrama los mil cantos de la mañana. Hasta que una noche alguien cantó ante mi casa en la carretera y a la luz de la luna una canción, una canción cuyas palabras me hicieron marcharme para siempre de casa. Pero mi marcha no fue una fuga, sino un despertar... En el pueblo cercano hallé a la señora Amelia, aquí presente. No la había visto en mi vida, pero todo pareció como si ya estuviera escrito en un argumento y nosotros recitándolo. Nos acercamos, hablamos, y convinimos en seguir juntos, yo tocando el piano en los pueblos y ella haciendo pastelitos y caramelos. Pero sus manos han hecho algo más por mí. Me han dado el calor de madre que como huérfano no conocí. Y en todo momento, ambos hemos tenido la sensación de estar reviviendo algo ya conocido, ya sucedido, ya vivido hace muchos años. No crea que es ilusión. Y si no, fíjese. Cuando decidimos montar una barraca de feria ambulante e irnos por los caminos y oír cantar el gallo en el alba de los pueblos, anunciamos que deseábamos una cantante de cancioncillas. Cuando ella vino a vemos –y los dos jóvenes se apretaron las manos en silencio– yo le dije...

– Guillermina, pero usted no sabe cantar –le interrumpió ella con tono de cariñosa ironía–. Y yo le contesté: todo el

mundo canta, pero yo haré algo nuevo para su barraca. Yo contaré cuentos. Y en el acto nos juntamos los tres, mamá Amelia y nosotros, con la sensación de haber estado juntos toda la vida, o hace muchísimo tiempo, o quizá en otras vidas pasadas. Algo que jamás me pasó cuando vivía en la casa triste de mi tío, cerca de un novio a quien detestaba y sin otro rayo de luz que mi guardería infantil, donde quería crear un mundo de sueños para los niños del pueblo. Como ahora deseo hacerlo para los niños del mundo sobre las ruedas de esta carreta. Cuando una noche oí la canción de un desconocido ante mi ventana, la reconocí como la llamada hacia la libertad, y me fui a campo traviesa, bajo la luna, hasta hallar a mis amigos, a mi familia de hoy...

– La primera función que dimos –continuó la anciana– fue un éxito de público. Al terminar, se nos acercó un niño que en primera fila había escuchado ansiosamente todo el programa con ojos muy abiertos. –Acarició la cabeza del muchachito que había proyectado las vistas–. Nos contó su escapatoria. Todos tuvimos la sensación de haberlo estado esperando. Lo incorporamos a esta extraña familia que acabamos de formar. Desde entonces, lo hemos visto sosegar, comer y dormir tranquilo, volver la paz a su almita inquieta.

– ¿Qué piensan hacer ahora? –le pregunté.

– Reunir, dando unas funciones, el dinero suficiente para montar un localito en algún pueblo cerca de la costa –repuso

Guillermina-. Un verdadero taller de sueños, donde mamá Amelia pueda crear un paraíso de hadas en caramelo y hojaldre y Roldanito se inicie por el camino del arte, y Miguel pueda componer su sinfonía soñada. Tendremos una casa de paredes blancas, donde cada nota de color vibre y cante. Vamos en ese taller de sueños a crear una guardería infantil y un teatrillo, donde la música y el canto y los cuentos se combinen con un museo de figuras de caramelo. ¿Puede usted imaginarse eso? ¡Nada de museos de figuras de cera, trágicas, torpes, amarillas y sucias, perpetuando crímenes y robos, ejecuciones y sucesos espeluznantes! En su lugar, un museo de figuras de caramelo y crocante, con palacios luminosos, lagos dorados, puentes de plata, cielos de mazapán y bosques de huevo hilado. Un taller de sueños adonde vengan todos los niños de la Argentina a reír, a olvidar, a soñar en el mundo de la ilusión y el reino de la fantasía.

Se interrumpió bruscamente para mirarme con ojos duros y limpios como el cristal de roca.

- Ya todo esto, ¿quién es usted y qué quiere aquí?

Todos callaron. De la pampa llegó una oleada de rumores sutiles. Las curvas y ondulaciones del suelo fueron bañándose de luna, que por unos agujeros del toldo se filtraban en tensas bandas de plata. Sentí el deseo de tocar las cuerdas bruñidas de esa mágica guitarra de luna. Lejos,

el tango se diluía en la brisa cargada de heno. Cuando hablé, lo hice mirando el horizonte distante de la pampa.

– ¿Por qué –pregunté a mi vez– están ustedes aquí?

– Ya se lo dijimos –repuso Guillermina–. Alguien, un viajero desconocido, pasó de noche cantando una canción, cuyas palabras hicieron que nos marcháramos a lo desconocido.

– Yo fui el viajero que cantó la canción –agregué lentamente–. Yo la canté hace un mes –proseguí– ante la tiendecita cerrada de la señora Amelia, en el jardín donde Miguel componía su sinfonía, frente al estudio cerrado que Guillermina usaba de guardería, ante el dormitorio de Roldanito.

Nadie me contestó. El silencio era también una respuesta. La pampa se estremecía en oleadas de plata lunar.

– Hace mucho tiempo que amo el caminar por las carreteras a la luz de la luna –continué–. Desde niño he saboreado la intensa poesía de los campos bañados de luna. Mis días han sido solamente paréntesis de trabajo hasta la gloria de mis noches de libertad para pasear bajo la luna. Acaso ese excesivo desarrollo de lo lunar en mí fue la causa de todo. En la mayoría de la gente que conozco domina lo solar, lo diurno, lo consciente. En mí impera lo lunar, lo nocturno, lo subconsciente. Cuando otras gentes viven en el

hoy, yo sigo en el ayer. Si el hoy de tantos es el día presente, mi ayer tiene siglos. Pues, ¿qué vale el sol que tan sólo brilla unas horas hoy, en comparación con la luna que iluminó la noche de los milenios pasados?

No me pregunten quién soy, ni esperen de mí una revelación trascendental. Mi nombre no les diría nada, mi profesión de periodista tampoco. Soy un hombre anónimo entre millones de hombres, marcado por el dedo del destino para realizar una misión de sublime grandeza en su humildad: la de unir a una familia dispersa.

– ¿A una familia? –tartamudeó Miguel.

– Llámelo como quiera. Pero el hecho de que todos ustedes abandonaron hogares y familia para formar esta comunidad espiritual es harto indicativo. Acaso antaño, alguna vez, siglos atrás, fueron ustedes una familia: madre, hijo y esposa, nieto... ¿Quién sabe? Vean lo extraño del caso: hace meses soñé con ustedes. No vi sus caras, pero soñé que yo viví hace siglos en un pueblecito y que un día salí cantando al sol y mi canto les asustó a ustedes. Al menos, asustó a una familia como la que forman ahora, unos artesanos que ante las palabras de mi canto, salieron despavoridos de su hogar, se separaron, no volvieron a unirse jamás. No pude recordar al despertarme ni las frases, ni las palabras de mi canto, mas el remordimiento de mi mala acción me acompañó desde entonces. Leí, pensé, traté de hallar una explicación –¿indigestión o complejos

psicológicos?– a mi pesadilla. Inútil. Siguió torturándome la idea de si yo en alguna vida pasada tuve la maldad de romper con un canto lleno de insidias la dicha de un hogar. Un día, en una tienda de anticuario, hallé una vieja caja de música, ésta que ven aquí. Su tonada es una romanza castellana del siglo XIV. No sé cómo se me ocurrió la fantástica idea de que ésa era la canción de mi pesadilla, cuyas palabras separaron cuatro vidas.

Pensé en salir a volver a cantarla y esta vez a la luz de la luna para observar su efecto.

Como alucinado me fui una noche de Buenos Aires. Tomé un tren, no sé dónde, luego un autobús. Después seguí a pie por la carretera, bajo la luna llena de primavera. Cuatro veces me detuve en otros tantos pueblos cercanos a cantar la canción. No volví jamás la cabeza para ver el efecto del cantar. De madrugada regresé a Buenos Aires, a la redacción del periódico, agotado pero lleno de júbilo. Pocos días después leía en mi periódico las noticias aisladas, inconexas e insignificantes para todo el mundo excepto para mí, de cuatro desapariciones en los lugares donde yo había lanzado mi canción bajo la luna.

No pude resistir más tiempo la tentación. Al cabo de un mes, aproveché mis vacaciones para tratar de reconstruir mi recorrido de una noche. Con mil rodeos, extravíos y dificultades, volví a hallar los pueblos que buscaba, a reconstruir lo sucedido, a comprobar que mi canción esta

vez había sido un clarín de liberación para cuatro pájaros dispersos que han vuelto a hallar el calor de su nido. Cuatro personas que acaso hace siglos fueron una familia feliz, separados en esta generación, en esta vida, por otros intereses, otros lazos, y que han vuelto a reunirse por haber sabido escuchar la canción de un anónimo caminante que voceó ante sus ventanas la invitación a la felicidad y la aventura.

Ahora pienso en los millones de seres que viven una existencia prosaica y absurda, encadenados a un hogar odioso, una oficina repugnante, un amor estúpido, una posición imbécil, sólo por haber desoído en la noche la canción de luna de un caminante ante su ventana...

En la noche plateada de la pampa, se encendieron unos puntitos luminosos como las rosetas de fuego de cigarrillos en la distancia. Hogueras. Ladró un perro acentuando la soledad de las lejanías. El jadear de los caballos cercanos parecía el aliento febril de la propia llanura.

– ¿Y cómo la misma canción nos hizo este efecto fulminante a cuatro seres tan diferentes? –preguntó Guillermina.

– ¿Se han contado ustedes, uno al otro, la letra de la canción? –pregunté a mi vez.

Todos se miraron en la oscuridad. Los ojos de Roldanito reflejaban lunas como farolitos niquelados.

– No –contestó el chiquillo, y todos respondieron lo mismo.

– ¿Nadie de la familia o vecindario entendió tampoco la letra de la canción? –interrogó la señora Amelia.

– Naturalmente –contesté yo–. Nadie podía saber la letra de la canción. Ni ustedes. Ni yo. Porque la canción no tenía palabras.

– ¡Pero yo oí lo que usted cantaba! –gritó el niño.

– ¡A mí fue la letra de la canción la que me impulsó a fugarme! –clamó Guillermina.

– ¡Las palabras de la canción me hicieron ver cuál era mi verdadera vida! –exclamó Miguel.

– ¡La canción me habló al corazón! –dijo suspirando la señora Amelia.

– Usted lo ha dicho –repuse yo–. Mi única obra fue ir tarareando la música, llevando un compás y una melodía en los labios y el alma llena de fantásticas esperanzas. Lo que cada uno de ustedes oyó, y nadie más podía oír, fueron las palabras mudas que su propio pensamiento le puso a la canción. ¿Comprenden ahora? Yo, la noche, la luna, la

canción, disparamos en sus corazones un resorte de libertad, palabras de ilusión dormidas hace siglos, que sonaron tan alto que ustedes creyeron era ajena la voz interna y propia que se las cantaba...

– Ahora lo veo todo claro –musitó Miguel.

– Quédese con nosotros y complete su buena obra –me pidió Guillermina–. Porque nos dio felicidad, le haremos feliz.

Mas yo no les escucho. Me he puesto de pie de un salto, tenso como una espada toledana. Todos callan. Me palpitan gozosas las entrañas. Oigo cada vez más cercana una voz. ¡Ya viene, ya llega! En la pampa azulada que bruñe la luna, suena una voz cantando una canción. ¡Mi canción! La que yo sólo puedo comprender.

– ¿Escuchan lo que dice la canción? –les pregunto estremecido.

Callan y oyen en silencio. La canción se aleja ya en labios de un invisible caminante por la pampa metálica y sonora.

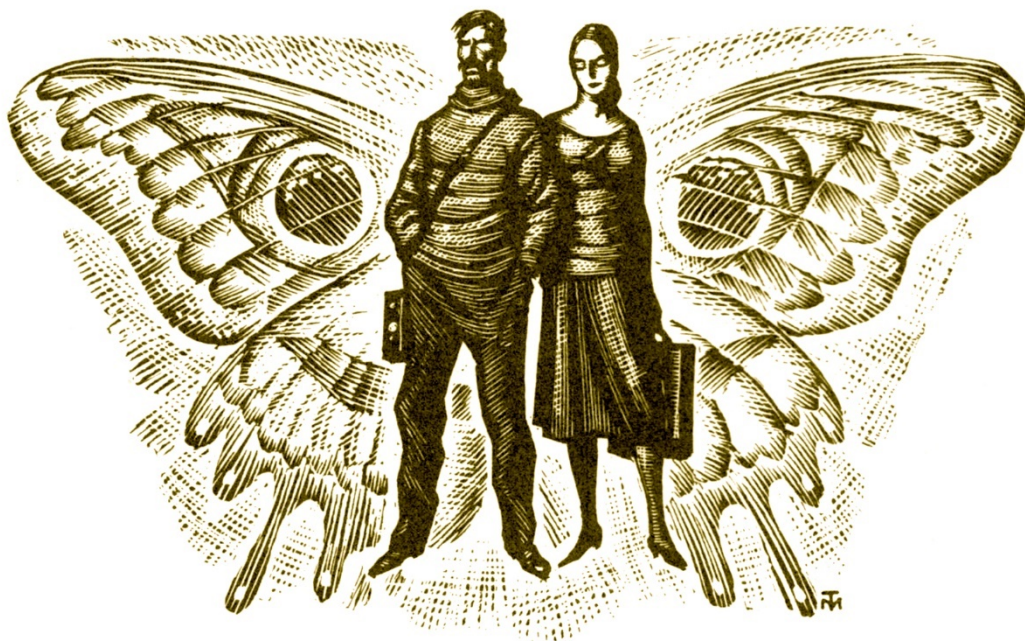
– Oímos la canción –respondió Miguel– pero no podemos oír las palabras.

– Sólo usted puede entenderlas, entonces –dice Guillermina.

Les estrecho las manos en silencio. Salto del carromato. La tierra es elástica bajo mis pies. A lo lejos veo una silueta que marcha. La canción sin palabras es ya un hilo de plata que se aleja. Tras ella me voy por la pampa en pos de lo imprevisto y de la felicidad. Sé que a su vez el misterioso caminante que me llamó oirá, como a todo el mundo sucede, alguna vez su canción. Como sé que en una clara noche de luna, la oirás tú, lector amigo, al pie de tu ventana, y que si tienes el valor de escucharla, llegarás, guiado por ella, a cruzar la puerta de oro que abre los caminos de la luz.



LOS BUSCADORES DE SUEÑOS



MI ANFITRIÓN, un hombre alto como una torre y tan apretado de músculos como los granos de una mazorca de maíz, alzó de la mesa la copa de champaña.

– Por ella –brindó enfáticamente. Y acarició tanto la palabra, que parecía pronunciarla con letras mayúsculas y una inicial miniada en oro y púrpura.

En silencio bebí un sorbo de mi copa. Era un buen champaña, pero tan caliente como un caldo de enfermo. Además, las dos de la tarde de un día de julio en Maritecas, cerca de la más enmarañada selva paraguaya, no es la hora más adecuada para beber champaña.

– Es una historia extraña, pero no lo bastante para ser fantástica –continuó diciendo.

– De todos modos –se disculpó–, es la hora de la siesta, y el calor que hace mataría a un toro. No puede usted hacer nada sino dormir o charlar; y lo que le voy a contar vale más que dormir, porque es un sueño realizado.

Bebió el resto de su champaña y volvió a llenar su copa. El sol iluminó una fina quebradura del vidrio. Arnaldo, mi anfitrión, permaneció unos momentos mirando a las burbujitas del champaña bailando al sol su danza de

casabeles. Sobre la mesa de madera, vieja y descolorida, y en el porche en donde estábamos sentados –entre sillones desvencijados, canastos apilados y sillas polvorientas–, la botella de champaña, con su cuello envuelto en papel dorado, era la gran dama rica visitando a sus parientes pobres.

El líquido en mi copa estaba ya tan caliente como el aire irrespirable, pesado y cantarín de moscardones. Las burbujas, ascendiendo en su ruta de oro, contribuían a dar la impresión de que la copa contenía un brebaje hirviendo. Frente a nosotros se abría un huertecillo raquítrico con legumbres descoloridas. Más allá, la valla de madera que separaba la casa de la granja, de las abejas. En el silencio de la siesta, el ronquido de un gato asmático, durmiendo al sol y cuajado de moscas verdes con brillo metálico de lentejuelas, se fundía con el zumbido suave de las abejas en sus colmenas.

– Esta copa –prosiguió Arnaldo, limpiándose el sudor con un pañuelo de hierbas– es la clave de toda la historia. ¿Ve usted que está rajada? Fui yo quien la tumbó de un manotazo. Me alegro de no haberla roto. Ahora contiene champaña, mas en su fondo brilla la historia de un ensueño.

A decir verdad, me sentí algo molesto. Mi anfitrión, a quien conocía desde hacía unas horas, no parecía estarme hablando, sino contándose algo a sí mismo en alta voz. Yo soy hombre de pocas palabras, como muchos escritores; un

mal conversador y un pésimo escuchador. En vez de un porche en donde el calor parecía haberse cuajado en un hálito de fuego, hubiera preferido mi cuarto en el piso alto de la casa, donde podría estar semidesnudo en la cama, durmiendo o leyendo. Mas, con Arnaldo no había opción posible. Sus palabras, como las piedras bien encajadas de una pared, no dejaban resquicio alguno donde introducir el cuchillo de una despedida.

Era un hombre de unos cuarenta y cinco años, con el pelo color de arena y los ojos tan descoloridos como un pañuelo de color azul abandonado al sol durante varias semanas. Sus ademanes eran tan generosos como abundantes sus palabras. Además, el champaña parecía haber levantado la tapa de un oculto pozo de palabras retenidas desde hacía tiempo. Como todos los hombres de vida solitaria, este granjero convertido en apicultor, que desde hacía diez años vivía solo con sus abejas, estaba ahora disfrutando de su ración periódica de palique. Me resigné a escucharle, decidido a no cerrar los ojos para no ofenderle. ¡Quién sabe! Acaso se durmiera él en su mecedora antes que yo.

Cuando me presenté aquí por recomendación de unos amigos, buscando una granja apícola donde documentarme para uno de los capítulos de mi novela, no me imaginé lo que me esperaba. Al llegar, después de dos días de viaje, me encontré con este coloso en un indecible estado de excitación y nerviosismo. Inmediatamente me ofreció que

me quedara unos días con él, para observar las abejas y su cuidado. No me preguntó siquiera por la salud de sus amigos –y míos– que me dieron la carta de presentación. Me ofreció compartir su almuerzo –una gallina frita–, a lo que rehusé, y luego el champaña, que, sorprendido, tuve que aceptar, sin saber que con la botella iba también la obligación de escuchar un cuento.

– Le enseñaré –dijo Arnaldo– los ingredientes de mi cuento.

Abrió una caja grande de madera de sándalo descolorida que tenía sobre la mesa, y extrajo de ella sucesivamente una carta doblada, un pedazo de barro seco, una cintita con adornos metálicos, una jaulita al parecer para grillos, un clisé fotográfico, un mechón de pelo y una bola de cristal rota. Cuando ya tuvo todos sus tesoros puestos en fila sobre la mesa, bebió un trago de champaña y me miró fijamente con ojos enrojecidos por el calor.

– Extraño museo –comenté sin interés.

No pareció oírme. Miraba fijamente, como si pretendiera radiografiar el misterio del bosque que dormitaba bajo el sol en la distancia. El zumbido de las abejas era tan suave como un roce de seda contra el suelo. Las grietas de la tierra reseca bajo el calor de horno eran fauces sedientas implorando al cielo una lluvia samaritana. Dos lagartijas se deslizaron lentamente por la baranda de madera del porche.

Las moscas parecían pegadas para siempre a las copas pegajosas. Súbitamente mi anfitrión extendió hacia mí su copa donde temblaba un soleaje de oro.

– Todo esto que ve usted aquí son las pruebas de cuanto le diré. Pero lo principal en mi historia es esta copa rajada.

Me sentí enojado sin saber por qué. Supongo que un loco puede ser tan molesto como un borracho. No obstante, no creía hallarme ante ninguno de los dos. El hombre cuarentón y ceniciento que estaba ante mí, parecía bajo el efecto de un extraño estupor. Su rostro me recordaba el de esas fotografías de pasaporte en que salimos como alucinados por un fantasma.

– No comprendo nada de cuanto me está diciendo –le repliqué malhumorado.

– Yo tampoco –repuso él lentamente–. Son cosas que nadie comprenderá nunca.

– ¿Vamos a dejarlo entonces?

– Acaso sea lo mejor. Pero debo hablarle a alguien si no quiero enloquecer. ¡Qué diablos! Yo no le pido que me crea; sólo que me escuche.

Bebimos en silencio el resto del ardiente champaña. Sentía el sudor correrme a chorritos por la espalda bajo la camisa

empapada. La cara de Arnaldo, cuajada de gotas de sudor, me recordaba una jarra toledana chispeada de rocío.

– Todo empezó –dijo Arnaldo– con esta carta. Yo estaba aquí, solo con mis abejas, cincuenta colmenas tengo que dan más de una arroba de miel, cuando llegó la carta. Puede leerla si gusta. –Me alargó el arrugado papelito azul, levantando al hacerlo una vaga oleada de perfume. Era una carta con escritura alargada y fugitiva, como una danza de patas de araña. Decía así, después de los saludos de ritual: «... En la lechería donde desayunamos cada día mi marido y yo en Asunción, nos han hablado de usted y su granja apícola. Hay gente aquí que usa la miel de sus abejas con el café, aunque a mí no me gusta nada tan dulzón. Mi marido está interesado en fotografía, que es su gran afición. Tiene algunas muy hermosas publicadas en revistas argentinas y paraguayas. Le encantaría retratar sus abejas para mandar una colección en colores a varias publicaciones. ¿Sería tan amable de permitimos pasar ahí una temporadita para que él haga su trabajo? No le causaremos molestia alguna. El piensa pasar el día al aire libre, y yo leeré o le ayudaré en su tarea. Nos basta con un cuartito con una cama, y una mesa para revelar sus placas. Nos han dicho que ya otra vez tuvo usted ahí por un mes a otros dos fotógrafos peruanos. Por eso me atrevo a rogarle que nos permita ir, pagándole lo que pida por el cuarto y por compartir sus comidas. Como no sé cocinar –ni ganas– no le criticaré lo que usted guise. Puede

contestamos a esta lechería, donde venimos a diario. Gracias anticipadas en nombre de los dos».

Firmaba: Dolores de Gaviria. Al pie de la rúbrica, llena de anillos como el tirabuzón de una colegiala, había una posdata: «Para no perder una eternidad esperando su respuesta, si es que responde, nos ponemos ya en camino hacia su casa».

– La carta llegó doce horas antes que ellos –continuó Arnaldo–. A medianoche se presentaron aquí, con gran estrépito, en un viejo automóvil. Al parar el coche, me rompieron la valla del huerto, me hicieron levantar de la cama, y, dándolo por hecho, se acomodaron en el cuarto que usted tiene ahora y que ocuparon hasta ayer, apenas unas horas antes de llegar usted. Cuando fui a darme cuenta, ya estaban encerrados aquí dentro con un puñado de maletas, y yo me había quedado con un anticipo de cien pesos y un fuerte dolor de cabeza causado por el despertar sobresaltado.

Por la mañanita temprano, me sacaron de mi cuarto. Gaviria era un hombre corpulento, de mi estatura, con el pelo gris y un bigote negro, tan grande como los cuernos de un toro bravo, de cara limpia y con unos ojos del color del agua turbia de una alberca. Su mirada era tan fija que molestaba. Su esposa me rogó enseguida que la llamara Dolores. Era una mujer de unos treinta años, representando ser por lo menos quince años menor que su marido.

Demasiado alta pero esbelta, con un tipo de bañista de Hollywood; el pelo largo, liso y negro, y los ojos de un pardo dorado como la miel de mis abejas. Los dos daban la impresión de ser gente de cultura y buena posición social, aunque algo excéntricos. Se alegraron mucho de saber que yo había sido estudiante de leyes antes de abandonar la carrera y encerrarme a cuidar abejas. Gaviria, aunque con un aire de desinterés hacia mí, mi granja y todo lo que no fueran sus chismes fotográficos, tenía esa familiaridad un tanto forzada pero agradable de los políticos o los curas. Hablaba mucho y bebía aún más de un baúl que trajeron lleno de botellas, sobre todo de champaña.

En el primer desayuno, celebraron mucho, sobre todo ella, los huevos fritos con tocino y las tortas de manteca que hice. Dolores me revolvió toda la casa, sólo por el gusto de hacerlo y porque era tan exuberante que necesitaba el movimiento y la charla, como necesitan las abejas obreras trabajar todo el día. Les enseñé la granja, lo que pareció interesarle a él muy poco, con gran sorpresa mía. Les expliqué los caminitos de las cercanías y les previne que no se alejaran por el bosque si no querían perderse.

Era delicioso escuchar las preguntas frívolas de Dolores. Desde que murió mi novia, no había vuelto a saber lo que vale tener alrededor una mujer con sus mil tonterías. Gaviria comenzó enseguida sus preparativos fotográficos. Su esposa le ayudó en todo. Por espacio de dos días tomaron varias

docenas de fotografías de mis abejas. Daba gloria ver a Dolores –él era más miedoso– acercar sus manos morenas y gordezuelas a los racimos de oro de las abejas. Después, y sin más explicación, él me anunció que ya tenía bastantes fotos de mis colmenas y que en adelante se dedicaría a sacar fotografías en el bosque. Al ir a decirle que entre la maleza no había nada que retratar, me volvió la espalda con la dignidad con que un señor feudal ofendido lo haría a su vasallo.

Aquella noche, al sentarnos a cenar los tres, Dolores en medio, con un vestido blanco que realzaba su cuerpo de diosa, por vez primera languideció la conversación. Gaviria se hallaba completamente absorto en sus pensamientos y yo me sentía ofendido por sus modales groseros. A la luz de la lámpara de acetileno, él devoraba el estofado y bebía en silencio del buen vino tinto que me traen en garrafas cada mes. Dolores dejó que se le enfriara el estofado, y después de mojar unas cortezas de pan en la salsa, las abandonó en el plato. Cuando salimos a tomar el fresco al porche, resolví decirles que al día siguiente se marcharan. Permanecimos en silencio, oyéndose sólo el balanceo de las mecedoras en la semioscuridad. Gaviria fumaba un cigarro habano cuya punta se iluminaba de vez en cuando en una rosa de fuego, alumbrando el bigote agresivo y la tensión en su rostro. Cuando rompió a hablar, su voz tenía un dejo maligno acentuado por el coro invisible de grillos y ranas.

– ¿Sabe usted, Arnaldo, qué hacía yo antes de venir al Paraguay? –me preguntó.

– Lo mismo que ahora –repose fríamente.

– Se equivoca, amigo. Díselo, Dolores.

Ella alzó la cabeza hacia el cielo negro de estrellas altas. En la penumbra, el óvalo de su cara parecía una máscara finamente modelada en cera virgen.

– Mi marido era contador de una firma de géneros de punto en Bolivia.

Lo fue durante doce años.

La interrumpió la feroz risa de Gaviria.

– Eres demasiado amable, querida. Dirías mejor que cumplí doce años de condena en un caserón comercial, haciendo el borrego diez horas diarias, y para poder comer malamente y dormir otras tantas horas bajo un techo con telarañas en una pensión asquerosa.

– Mi esposo heredó inesperadamente hace dos años –siguió ella– un pequeño capital que le permite viajar y ser feliz, dedicándose a su pasatiempo favorito: la fotografía. Pero yo compartí con él los dos últimos años de su vida de contador. Hace ya cuatro años que nos casamos.

Hubo una pausa. No se me ocurrió nada que decir, y él continuó hablando.

– Acaso esto le explique algunas rarezas de mi carácter que sólo Dolores puede comprender. Usted ha vivido siempre al aire libre y bajo el cielo abierto. Yo he pasado toda mi juventud construyendo montañas de números en los libros del debe y el haber de una compañía absurda. ¡Que vengan Kant y toda su parentela de filósofos a decir que las matemáticas son lo sublime! Yo me quedo con lo bello a secas. –En la penumbra, su mano buscó la de Dolores. A las gentes no se les ocurre que, en el alma de un contador miope, de traje raído, con caspa en el pelo y una tabla de calcular en la mano, pueda haber sueños e ilusiones–. ¡Doce años pasé siendo el «hombre práctico» que nunca falla en las cuentas! ¿Puede usted entender lo que es hacer eso, y no ser eso? Sí; hay que comer y falta trabajo... Pero fui un cobarde en no marcharme de allá a buscar dónde realizar mis sueños. Cuando llegó la noticia de la herencia y fui a despedirme del jefe, al revisar las cuentas descubrió un error de treinta y siete centavos. Me pidió que lo estudiara y arreglara antes de irme. Me quedé tarde en la oficina, como había hecho durante once años y trescientos cincuenta y nueve días. Tenía ya creado el hábito de ser exacto. Comencé mi último trabajo. Un organillo en la calle rompió a tocar una vidalita. Las notas entraban por la ventana con el aire tibio de mayo. Pensé en Dolores, que me esperaba. Pensé en los años llenos de números y vacíos de

sueños. Fría y metódicamente, rompí la máquina calculadora, volqué un tintero sobre la última hoja del debe, y con la hoja similar del haber hice una pajarita de papel. Y me fui a la calle, para oír de cerca el organillo que había ignorado durante tantos años.

– Aquel relato de Gaviria –prosiguió Arnaldo– me reconcilió con él. Me hizo olvidar mi decisión de pedirle que se fueran. Nos dimos las buenas noches y le deseé suerte en sus fotografías. Dolores se quedó atrás y me miró con ojos húmedos.

– Gracias –me dijo–. Si yo no supiera todo eso que le ha contado, yo tampoco tendría paciencia.

Desde entonces, durante varias semanas, volvió la armonía a la casa. Reanudé mi vida normal –cuidar la granja y leer– mientras ellos dedicaban el día entero, y hasta parte de la noche, a correr por el bosque. Según me contó Dolores, estaban buscando hacer fotografías al magnesio, originales e inusitadas, de pájaros e insectos sorprendidos en sus excursiones nocturnas. Todo aquello era extraño y ridículo, pero pagaban bien y además me agradaba sentir a Dolores bajo este techo. Pocas mujeres he visto tan devotas de su marido y de tan buen ánimo para llevarle la corriente. Si él era solitario, ensimismado y serio como un pino, ella era risueña, amable y bonita como una palmera.

La primera vez que volvieron de madrugada, me asomé alarmado por el ruido que hicieron. Estaban en el comedor, bebiendo café de un termo y hablando en voz alta muy excitados.

– ¿Han retratado a la luna retirándose a su casa? –les pregunté con voz soñolienta.

– Mejor que eso, Arnaldo –dijo Gaviria con tono misterioso y brillándole los ojillos minerales–. Hemos descubierto la trama, la urdimbre de que están hechos los sueños.

– Dicen Gaviria y Shakespeare –interrumpió Dolores, relamiéndose el café de sus labios carnosos y rojos.

No pude averiguar nada más. A la luz del amanecer, tenían ambos una palidez aceitunada. Al retirarse del comedor, se les olvidó sobre la mesa un objeto envuelto en papel. Al cogerlo para devolvérselo, se deslió y cayó al suelo. Era un pedazo de barro seco. Al acercarlo a la luz, vi algo curioso. Aún lo conservo. Mírelo usted.

Arnaldo me alargó el pedazo de un barro arcilloso, duro como la piedra, con cuatro marquitas en el centro, como hechas con la punta de un lapicero, aunque de forma triangular. No se parecían a la huella de ningún pájaro ni insecto por mí conocidos.

– Yo sabía –continuó Arnaldo– que este barro rojo no era de las cercanías, sino de muy lejos, al otro lado del lago Mariana. Curiosamente lo acerqué más a la luz, cuando Gaviria volvió a penetrar en el comedor y lo arrebató de mis manos. No hubo palabra alguna. Acaso yo estaba demasiado sorprendido y él demasiado indignado, o viceversa. No olvidaré nunca la mirada de sus ojos minerales. Fue la de un sacerdote que hubiera visto profanada por manos infieles su más santa reliquia.

Dos días después acaeció el segundo incidente en la serie de episodios de mi historia. Gaviria y Dolores habían regresado tarde, como de costumbre, y comieron la cena fría que les dejé preparada en la cocina, sin molestarse en recalentarla. Sentado aquí fuera, fumando mi pipa y mirando a las estrellas, les vi llegar y crucé con ellos unas frases amables acerca del tiempo. Desde el incidente del pedazo de barro, al que ni él ni yo habíamos vuelto a referirnos, nuestras relaciones eran otra vez tirantes. Creí notar que ambos estaban muy excitados, y oí que Dolores rompió un vaso en la cocina al ir a poner la mesa. Como empezaba a lloviznar, me fui a tender las lonas enceradas con que habitualmente protejo a mis abejas de la lluvia. Al regresar, entré a beber un poco de agua. Dolores y su esposo estaban en el comedor, discutiendo febrilmente agitados acerca de una de las cámaras fotográficas. Gaviria tenía un clisé –éste, que verá luego– contra la luz de la lámpara, y ambos parecían estarlo comparando con varios dibujos y

láminas de libros abiertos sobre la mesa. En los platos, la lechuga de la ensalada tenía un color rojizo, y el arroz estaba hecho una pasta como de engrudo. No parecieron darse cuenta de mi presencia. De reojo vi el título de alguno de los libros que tenían sobre la mesa: los cuentos de Grimm y Andersen en ediciones viejísimas, y una edición especial de Pulgarcito. Puedo asegurarle que cuando bebía el agua en la cocina me corría un sudor frío por la espalda. A nadie le gusta albergar dos lunáticos bajo su techo.

Sentándome en la mecedora, dejé apagar mi pipa pensando en cómo echarlos, con la mayor diplomacia posible, de mi casa. Inesperadamente, Gaviria salió al porche con un vaho de coñac envolviéndole la cabeza. Torpemente se sentó a mi lado. A Dolores se la oía trajinar en la cocina con la vajilla.

La mano de Gaviria, ancha y cálida, aprisionó mi rodilla. Con suavidad me moví en el asiento para evadir su presión.

– ¿Qué sabe usted –me preguntó– de esta región donde tiene su granja?

Yo ya estaba acostumbrado a las preguntas de Gaviria.

– Nada, excepto que es excelente por lo cálida para mis abejas.

– ¿Nada más?

Se rio despectivamente. El croar de una rana pareció hacerle burla desde su charco.

– ¡Abejas, abejas! ¡El mundo se limita para usted a las condenadas abejas!

– Hay que ganarse la vida –repliqué, conteniéndome.

– Eso pensé yo durante doce años. Pero hay que soñar también.

– Las abejas me gustan y me encanta cuidarlas.

– Hay que conquistar los sueños.

Me encogí de hombros. No quería discutir con un barril de «Fundación».

– ¡Ciego! –volvió a hablar él–. ¡Vive en un sueño realizado y no ve más allá de sus abejas!

Su tono me disgustó. Lentamente me puse de pie.

– Mi marido vive obsesionado por recuperar sus sueños perdidos.



No la había oído llegar, pero Dolores salvó un posible incidente desagradable. Su rostro risueño estaba endurecido, como si hubieran pasado un lápiz-carbón sobre sus líneas.

– Entonces –comenté malhumorado– que respete a quienes podemos soñar sin despreciar los sueños de los demás.

Hice entonces una retirada majestuosa y teatral, finalizándola con un portazo al entrar en mi cuarto. Por la ventana abierta ascendió largo rato el furioso cruce de frases de dos personas enfadadas. La voz de Dolores acabó por ser la única que se oía. Poco después escuché un berrido de Gaviria.

– ¡Arnaldo!

– ¿Qué quiere ahora? –repuse desde la cama.

– Que dispense mis palabras.

– No hay nada que dispensar, y no grite de ese modo.

– Quiero darle la mano.

– La doy por estrechada. ¡Buenas noches!

No pude dormirme. Volvieron a oírse voces. Después, ruido en el cuarto de ellos. Por fin, Gaviria salió de la casa silbando. Desde la ventana le vi perderse en el bosque oscuro. Un momento después llamaron a mi puerta. Con una indecible sensación de aventura, me puse una bata y abrí la puerta. Dolores, completamente vestida y muy pálida, me sonrió débilmente.

– ¿Qué estará usted pensando de nosotros? –me preguntó gentilmente.

– En todo caso –respondí evasivo, oliendo el perfume a violetas de su cabello negro–, no lo pienso de usted.

– Debe ser benévolo con mi esposo. – Me fijé en las motitas plateadas que brillaban en sus ojos–. Está excitado. Trabaja mucho. Está en el umbral de un hallazgo extraordinario.

– No conozco más oro en estas cercanías que el del cuerpo de mis abejas.

Un silbido estridente, que venía de la distancia, rasgó como una serpiente metálica el silencio. Dolores abrió los ojos como respondiendo a una llamada interior.

– Debo llevarle ciertos materiales a mi esposo –explicó–. Buenas noches, gracias por su paciencia.

La vi cruzar el claro de luna con paso apresurado, hasta desaparecer en la oscuridad. Me acosté con una vaga inquietud en el alma. Los pensamientos me zumbaban más fuerte que los mosquitos.

De madrugada, desperté sobresaltado. Acababa de oír claramente un tintineo metálico en el cuarto de al lado, ocupado por mis huéspedes. Un momento después volví a escucharlo. Era una especie de campanilleo suave, como

producido por pequeños pedacitos de metal. Escuché atentamente. No se oía ni siquiera la respiración de mis vecinos. Me asomé al pasillo oscuro. Silencio. Por la ventana podía ver, de través, la otra ventana abierta. Repentinamente oí caer al suelo una silla, un grito ahogado de Dolores y una exclamación de su marido. Algo cayó entonces desde la ventana, mas la oscuridad me impidió ver de qué se trataba. Claramente percibí en la oscuridad el ruido de cascabeles, aunque esta vez alejándose de la casa.

Salí al pasillo y llamé al cuarto de mis vecinos. Gaviria, gigantesco en su pijama a cuadros rojiblancos, entreabrió la puerta.

– ¿Qué pasa? –pregunté.

Nunca hubo tal brillo mineral en sus ojos, ni tanta ironía en la mueca de sus labios gruesos.

– Nada, por desgracia –repuso.

– ¿Y los ruidos que oí? Algo como... como una serpiente de cascabel.

Su risotada estremeció la frondosidad de su bigote.

– Aquí está una parte de la serpiente –y me mostró esta cintita colorada con lentejuelas y cascabeles que puede ver usted ahora–. Como puede darse cuenta, ni pica ni reptar.

Sin darme tiempo a contestarle, sonrió y cerró la puerta suavemente. Minutos más tarde les oía salir a él y a su esposa, viéndoles desde la ventana desaparecer en el bosque, con el hilo de plata de las linternas proyectado contra el suelo, como siguiendo un rastro invisible.

Ya no pude dormir más. Eran las cuatro de la madrugada. Me vestí y bajé al huerto, dando una vuelta alrededor de la casa sin poder hallar nada anormal. Decidido a terminar aquella situación, pasé el día cuidando las abejas y escribiendo una carta –de la que hice varios modelos– rogando a mis huéspedes que se marcharan antes de terminar aquella semana, o sea en un plazo de tres días.

A las seis de la tarde me senté en mi sillón favorito, mirando al bosque que tenemos enfrente en estos momentos. Llevo viviendo en esta granja muchos años y esos árboles oscuros, que por espacio de más de cien kilómetros cuadrados forman una selva espesa, son parte de mi vida. Al principio me inquietaban con su presencia. Después acabé por acostumbrarme al bosque, su silencio sonoro y su misterio, como se habitúa uno a tener un desván polvoriento y espectral en los altos de la casa. Mas esta vez comencé a mirar el bosque con ojos diferentes. Un hombre y una mujer estaban allá, en las sombras verdes, buscando algo inexplicable. Nervioso, me levanté para entrar en la casa. El bosque parecía esponjarse como un tremendo gato verde de arqueado lomo. En la cocina me serví una copa de

jerez muy seco y después otras dos más. Sentí tonificarse mis nervios. De un trago me bebí el resto de la botella. Cuando iba a abrir otra, sonó un portazo y vi entrar en la casa a Gaviria y Dolores hablando en voz muy alta.

Yo había dejado mi carta de desahucio en la mesa de su cuarto. Deseando conservar un resto de cortesía, salí a saludarles. Me encontré con dos desconocidos. El no era Gaviria, sino un hombre que en su mismo cuerpo llevara un alma diferente. ¿Ha visto alguna vez una estampa de los místicos indios al salir de su éxtasis? Así estaba Gaviria. Transfigurado, con la cara bañada en una luz de alegría tan intensa que tenía algo de demoníaca. A su lado, Dolores no era la mujer decidida y briosa de siempre, sino una sombra encorvada de rostro de cera y ojos de fiebre.

– Buenas tardes, Arnaldo –me saludó Gaviria con una alegría tan feroz que resultaba ofensiva–. Venimos rendidos y hambrientos, pero valió la pena. Hoy es el día más feliz de toda mi vida. Venga lo que haya de cena y destapemos unas botellas de champaña. Usted beberá con nosotros.

– La cena está en la cocina y no tengo ganas de beber –repuse fríamente.

– Vamos, no vuelva a encerrarse en su orgullo como una ostra en su concha –me dijo con el tono con que un perro de presa querría ser amable con una liebre–. Hemos de

brindar juntos, usted, yo y Dolores. A Dolores le gusta mucho el champaña. Es la bebida de los sueños.

Desde la escalera sonó la voz de Dolores, ya en camino hacia su cuarto.

– Tendrán que beber ustedes por mí y excusarme. Me duele la cabeza y voy a acostarme. Buenas noches.

En el silencio de unos momentos que siguió, sentí batirme la sangre en las venas de las sienas.

– Así son las mujeres –comentó despectivamente Gaviria–. ¡Aguafiestas! Pero usted y yo beberemos juntos. ¿Sabe qué traigo aquí? –me preguntó dando una palmada en un paquete mal envuelto en papel de estraza–. Una jaula como una ratonera. –Me acordé de haber visto antes rodando por la casa esta jaulita que tenemos aquí en la mesa–. Lo que demuestra que hasta los sueños pueden encerrarse entre rejas. ¡Bah! Esto no es asunto suyo. Vamos a beber champaña.

– No se moleste, Gaviria –le dije–. No quiero beber con usted. No bebería aunque me fuera la vida.

Me miró con sus ojos fosforescentes.

– ¿Qué es esto? ¿Una conspiración de usted y Dolores para disgustarme? Hoy no puede enfadarme nadie. Si cambia de idea, llame a mi cuarto y le invitaré a champaña.

Cogiendo el paquete que había sobre la mesa, se dirigió hacia la escalera y desde allí me volvió a hablar.

– No quiero cenar. Sería estropear el champaña. Dolores, ¿qué pasa?

En la escalera había tropezado con su esposa, que bajaba en bata y con una manta al brazo.

– Voy a dejarte el cuarto esta noche –la voz de ella era tan fría como la escarcha de la madrugada–. Pienso dormir en una hamaca aquí abajo.

– ¿A qué viene esto?

– A nada. Creo que es mejor que puedas hacer tu trabajo –y las dos últimas palabras silbaron como una serpiente– a solas.

– Perdone la intromisión –interrumpí– pero yo soy quien dormiré en la hamaca. Permítame nada más sacar mi ropa del cuarto.

Sin darles tiempo a contestar, subí cruzándoles en la escalera. Gaviria exhalaba un calor de fiebre; Dolores olía a violetas. Recogí en mi alcoba la ropa que necesitaba, una manta y un libro, y salí para hallarme en el comedor con Dolores sola, pálida como un cirio y con las manos crispadas sobre el respaldo de una silla.

– Mi marido se enfadó y se ha encerrado en el cuarto –anunció con voz opaca–. Creo que yo no debía privarle de su dormitorio.

Me acerqué a ella y le hablé con voz ronca.

– ¿Qué diablos está pasando? ¿Por qué no me deja que la ayude?

– No pasa nada. No puede usted hacer nada. Mi marido es muy feliz y su gozo es siempre agresivo. Yo lo comprendo, pero ciertas cosas duelen... mucho. –Suspiró, y el suspiro estuvo tan cargado de lágrimas cercanas como una nube de lluvia–. He leído su carta. La guardé para evitar más discusiones. No tenga cuidado. Nos iremos antes de tres días.

– Usted comprenderá, señora...

– No se disculpe. Demasiada paciencia ha tenido. Usted no comprendería... El y yo hemos sido muy felices, pero siempre flotó en nuestra dicha una sombra de angustia. Los doce años de su vida perdida le han amargado el alma. Tiene prisa por realizar muchos sueños. Yo ya no soy uno de ellos. Yo soy la realidad solamente...

Con un sollozo entrecortado salió corriendo hacia arriba. Me quedé solo en el comedor lleno de sombras. Unas mariposillas blancas bailaban en torno a la luz vacilante. Me

senté maquinalmente. El borde del cono de luz amarillenta de la lámpara me lamía las manos dulcemente, como la lengua de un perro. Al otro lado de la puerta, en la oscuridad, el bosque se adivinaba medroso y preñado de amenazas. De los cuartos de arriba no venía ruido alguno. Apagué la luz y me senté en la hamaca, tapándome con la manta. En el huerto se reflejaba un cuadrado luminoso desde la ventana del cuarto de Gaviria. Insensiblemente debí adormecerme. Me despertó un estampido como un cañonazo. Era el saltar del tapón de una botella de champaña.

Todo estaba callado y oscuro, excepto el débil reflejo dorado de la ventana de Gaviria. De su cuarto venía el tintineo de una botella aplicada con mal pulso a una copa. Poco después oí ruido de sillas y de cristal que se rompe. Por lo visto, tenía una orgía solitaria. Al poco rato, otro taponazo de champaña, más cristales rotos y risotadas que sonaban muy desagradables en la casa silenciosa. Me levanté de puntillas y a ciegas tanteé mi camino en el comedor. Todo estaba quieto, incluso el piso de arriba. Silencio. Un silencio mortal. Al llegar al pasillo, me sequé con la manga el sudor frío de la frente. Escuché un instante junto a la puerta de mi cuarto y creí oír sollozos ahogados contra la almohada. No se veía luz por la rendija de la puerta y no me atreví a llamar. Entonces me detuve junto a la puerta de la alcoba de Gaviria. Escuché conteniendo el aliento y envuelto en tinieblas. Se le oía rebullir por el cuarto como un cachorro

en su jaula, hablar entrecortadamente en voz apagada consigo mismo y tintinear la copa de fino cristal. El ojo de la cerradura, en la oscuridad del pasillo, brillaba como una pupila de gato. Me agaché y miré a su través al interior del cuarto.

La lámpara estaba sobre la mesa, casi en línea recta con la cerradura, y su resplandor, aunque ya más débil, me deslumbró. Al poco rato le vi, sentado ante la mesa, de espaldas a mí, con algo entre las manos que yo no podía percibir, hablando y riendo nerviosamente. Al ladearse un poco percibí tres botellas de champaña sobre la mesa, una de ellas sin destapar y dos ya vacías. Pude entonces divisarle de perfil, congestionado el rostro de un demoníaco júbilo, una copa vacía en la mano temblorosa. Abrió entonces la tercera botella, lanzando ruidosamente el corcho contra la pared del otro cuarto, donde su mujer lloraba en silencio. Se puso en pie y, dando una vuelta a la mesa, se sentó de frente, con el paquete semienvuelto en papel de estraza entre las manos. Puso a su alcance su propia copa llena de vino espumoso, otra vacía, y la botella, y sacó a la luz la jaulita. Como usted ve, es una jaula de las corrientemente usadas para pájaros no muy grandes. Pude ver confusamente que tenía uno dentro, de un tamaño algo menor que mi mano, blanquecino y moviéndose ágilmente dentro de la jaula. Antes de poder decidirme a levantarme de mi molesta postura, desilusionado por la ridícula escena de un hombre bebiendo mano a mano con un pájaro, le vi

meter la mano dentro y sacarlo, para ponerlo dentro de la copa vacía de champaña. Sólo entonces me di cuenta, al dar la luz de lleno a la copa y su contenido, que no se trataba de un pájaro, sino de una mujer... ¡Una mujer rubia, desnuda, sentada dentro de la copa, agitando los brazos al aire y pataleando con las piernas contra el dedo de Gaviria que la sujetaba!

En las novelas y cuentos se lee con frecuencia, al suceder algo extraño e insólito, que el personaje reacciona con gran serenidad, tratando de hacer frente a una situación y de dominarla. En las historias de Wells, los héroes, gentes del campo a veces, no se asombran de nada, y aplican su gramática parda y su sentido común a entenderse con lo inexplicable. En mi caso, ni pude pensar ni me asusté, ni creí que sufría una alucinación, ni que yo podía estar loco o borracho. Sabía desde el primer instante que aquello era cierto. Yo, un granjero apícola paraguayo, estaba viendo algo que jamás creí existiera más que en Las mil y una noches o los cuentos de chiquillos. Un prodigio a cuyo lado palidecían todas mis fantasías infantiles. Un hada, más pequeña aún que la «campanilla de cobre» de James Barrie, capturada por un fanático buscador de sueños.

Me puse de pie, clavándome las uñas en las palmas de las manos y con un extraño temblor en las rodillas. Todo seguía quieto y oscuro en la casa. En mi cuarto se oía un sollozo monótono y suave, como de niña castigada a acostarse sin

postre. El sudor me corría a chorritos por la cara, escociéndome en los ojos. Volví a agacharme y a mirar por la cerradura. La mujercita, al parecer, estaba más calmada o resignada, limitándose a dar vueltas en su cárcel cristalina, bajo los ojos ansiosos y la cara congestionada de Gaviria. Pude verla entonces perfectamente. Era una muñequita como de porcelana, del tamaño de mi dedo índice o algo mayor, y de proporciones perfectas. ¿Ha visto usted las cabezas humanas desecadas que preparan ciertas tribus en las selvas amazónicas, y que guardan al contraerse una perfecta armonía de proporciones? Pues la mujercita que yo tenía ante mis ojos era una mujer escultural reducida en vida al tamaño de un pajarito. La cabellera era abundantísima, de un amarillo que resplandecía con destellos metálicos a la luz. El rostro blanco parecía arrancado de una miniatura de Fra Angélico, brillando en él una boquita roja del tamaño de un cañamón pintado de púrpura, y dos ojitos cual dos chispitas de cielo azul resplandeciente de sol. Caída en la copa, el cuerpecito minúsculo de perfección absoluta era el de una diminuta Venus griega misteriosamente infundida de vida en el mármol sonrosado de su carne palpitante. Los brazos y las piernas, que seguían moviéndose, se apoyaban en el borde de la copa como en los brazos de un sillón de cristal. Al moverse la figurita, me di cuenta que de la espalda delicada y exquisita brotaban dos alitas nacaradas de una especie de gasa viva, plegaditas como las de un ruiseñor caído.

Gaviria, sin dejar de hablar incoherentemente, no cesaba de empujar con un dedo enorme, de un lado a otro de la copa, el cuerpecito de pétalos de rosa, sólo por el gusto de reírse excitado al ver a la muñequita agitarse asustada. Se me antojó que la figurita, amenazada por el dedo enorme de su captor, era una mariposa en riesgo de ser pinchada por un poste de telégrafo. Cuando la hubo examinado a su antojo, Gaviria cogió la botella de champaña y vertió un chorro del líquido dorado de espuma blanca sobre la figurita cautiva en la copa. La ducha de champaña cayó como una lluvia de oro líquido sobre la mujercita. Y vino lo más delicioso. A la mujercita pareció gustarle el chorro de líquido sobre su cabellera del mismo color, y el sentirse luego bañada en el vino espumante. Encogiéndose, quedó toda ella blanca y tierna dentro de la copa de fino cristal, chapoteando en un baño de oro con miles de burbujitas sobre su cuerpo como un capullito de rosa.

Deslumbrado y como un autómata, me puse en pie y abrí la puerta del cuarto. Gaviria saltó de la silla al verme, dando un verdadero rugido.

- ¿Cómo diablos se atreve...? –me gritó.
- Usted me dijo que si quería champaña viniera a verle. Aquí estoy.

Me acerqué a la mesa, fascinado por la muñequita de carne que, ajena a nosotros, seguía chapoteando en las espumas doradas.

Por un instante creí que Gaviria iba a agredirme, mas algo le contuvo. Su mano ancha se posó en mi hombro.

– ¡Mírela bien! El destino le ha hecho ser testigo de mi hallazgo. ¡He cazado un hada! Mírela bien y dése cuenta de que no está soñando. Es mía, mía, mía, para hacer con ella lo que quiera. Es mi esclava y mi prisionera, mi presa de caza. ¡Tengo sobre ella, sobre un hada, derecho de vida o muerte!

Bruscamente me apartó y, tomándola entre los dedos, la volvió a la jaulita chorreando champaña el cuerpo delicado. Después cubrió la jaula con el papel de estraza y con los dedos fue a abrir unos agujeros, mas cambió de idea y de un cajón sacó una caja que contenía una bola de cristal. Yo las había visto similares, llenas de líquido, con unas figuras dentro y mil copitos de nieve que formaban una nevada tempestuosa al agitar la bola de cristal. La de Gaviria estaba vacía y era una esfera incompleta enroscable por su base a un disco de madera verde. En la superficie exterior de la esfera había muchos agujeritos que traspasaban el cristal. Sin perder momento, sacó del pelo, entre los dedos, a la mujercilla desnuda y la pasó de la jaula de rejas a la esfera de cristal. Enroscándola a su base, la alzó a la luz. Nunca he visto nada tan bello como la diminuta Venus rubia tumbada dentro de la bola de cristal sobre la madera verde. Sin más

palabras, cubrió la bola con un pañuelo y la dejó sobre la mesa. Entonces me cogió del brazo y con la otra mano tomó la botella.

– Vamos abajo –dijo con voz ronca– a beber y hablar.

Sin apagar la luz, salimos del cuarto. En el de al lado se oían los pasos inquietos de Dolores. Tropezando llegamos a la cocina y nos sentamos en silencio. Terminamos de beber la botella usando vasos de agua. Después, sin hablar, nos bebimos casi entera otra de coñac que yo saqué.

– Por lo visto, usted –dijo Gaviria mirándome con maligna alegría– está tan excitado como yo. ¿Quién no lo estaría? ¡Imagínese! ¡He cazado un hada! ¡Un hada! Ahora la tengo ahí, en una bola de cristal como la que me divertía de niño; presa, esperando lo que se me antoje hacer con ella... Nadie lo creería. Parece un sueño. Pero es un sueño conquistado. Mi sueño. Mi conquista. El desquite de doce años de ser el contador prosaico a quien todos desprecian por creerle un Sancho Panza, que vive para enhebrar columnas de números en la calculadora. No sabían ellos ni nadie, ¡ni Dolores siquiera!, que para contrapesar la rutina diaria yo tenía una vida interior de sueños locos. No tan locos por lo visto. Siempre me fascinaron las leyendas y cuentos de hadas. Comencé por leerlos de niño; de mayor leí a los psicólogos que sostienen la realidad psicológica de los cuentos fantásticos. Me recreé en el psicoanálisis de los cuentos. El Gato con Botas era un felino de instintos sádicos

y criminales; la Bruja del Bosque, una proyección de transferencia; la Bella Durmiente, un símbolo de mecanismos patoplásticos de inmovilización y defensa. De ahí pasé a los hombres de ciencia que creen en la existencia real de los gigantes de un solo ojo, los cíclopes, como seres de una raza extinguida con hipertrofia epifisaria; de los gnomos, como un pueblo hipotrófico; de los duendes y brujas, como seres supernormales. Y de las hadas. ¡Ah, cuántas horas he pasado leyendo sobre silfos, trasgos, gnomos, náyades, willis! Desde Paracelso hasta las Noches florentinas de Heine. Sobre todo, Conan Doyle. El día en que en su artículo autobiográfico vi la fotografía por él conseguida de una muchacha con un gnomo, encontré mi camino de Damasco. Lo que el gran hombre, ya difunto, podía hacer, podía repetirlo yo. Ciertamente que criticaron aquel retrato, pero yo he creído en él. ¡Una muchacha, en un bosque, con un enanito al lado!

Apenas tuve dinero, decidí aprender fotografía e irme a cazar hadas con mi cámara. Dolores me ayudó por darme gusto, pero sin entusiasmo. ¡Cómo puede comprender ella lo que esto significa para mí! En Asunción, mis investigaciones buscando un bosque donde habitaran hadas y gnomos me llevaron a conocer este bosque. Supe que la suya era la única casa por aquí y vine con la excusa de retratar sus abejas. ¡Sus abejas! Lleva usted aquí tantos años sin saber que a pocos metros de su casa habita un pueblo de hadas y gnomos.

He tenido que venir yo para descubrirselo. Me ha costado unos años de estudio e investigación, y semanas de vagar por el bosque, persiguiendo mi sueño. Por fin, ayer noche descubrí el pueblo de las hadas.

Calló unos momentos. Oí entonces crujir las escaleras de madera, como si alguien estuviera reclinado sobre la baranda, en la oscuridad, cerca de nosotros. Gaviria, ajeno a todo, siguió hablando.

– Ayer noche, Dolores y yo los vimos. A la luna de mayo. En un claro del bosque, a los pies del árbol donde estábamos escondidos aguardando lo inesperado. En el códice donde leí la leyenda de este pueblo paraguayo de hadas, decía que data desde antes de fundarse Paraguay, habiendo sobrevivido un grupo de hadas y gnomos a todos los cambios históricos del país. Yo los vi llegar al filo de la medianoche, para reunirse bajo los hongos gigantes, el paraguas clásico de los gnomos. Parecían ratitas en la penumbra, pero al danzar en el claro de luna, podía ver las barbas blancas, el traje y caperuza escarlata y las botitas puntiagudas con cascabeles. Hacía días que había recogido un pedazo de barro seco con sus huellas. Yo les vi bailar a la luz de la luna y al son de sus violines diminutos. Dolores temblaba de miedo a mi lado. Yo, de gozo. Luego llegaron las hadas vestidas de lentejuelas de plata luminosa, con alas como de crisálida y alados pies de mariposa. La música de los violines era una sinfonía mágica. Allí, a mis pies, estaba

el pueblo fabuloso de hadas y gnomos, real y tangible, no un sueño, sino una realidad. El fogonazo de mi máquina los dispersó como por encanto. Mas aquí tengo, véalo –dijo, sacándolo de su bolsillo– un clisé con más de cien figuritas bailando. Una fotografía como nadie la hizo antes de mí. Ni Conan Doyle. Yo sabía que nos seguirían. Así lo hicieron. De madrugada, uno de ellos trepó hasta la ventana, entró en el cuarto y al ir a cogerlo huyó saltando, dejándose enganchado el cintillo de cascabeles que le enseñé antes. Era lo que yo deseaba. La curiosidad de gnomos le hizo revelarnos el camino de sus guaridas subterráneas. Todo el día de ayer seguimos la huella de sus zapatitos. No quiero decirle cómo, ni dónde, pero el resultado lo ha visto usted arriba. ¡He cazado un hada!

El aire era irrespirable en la cocina. El coñac me había calentado la cabeza. Una alba lívida y espectral se filtraba por la ventana.

– Y ahora ¿qué? –pregunté al fin.

– ¿Qué? ¡El mundo es mío! Puedo explorar el pueblo secreto de los gnomos, capturarlos, asomarme al mundo donde sólo atisbaron los poetas. Mas eso no es lo esencial. Arriba tengo lo que deseaba. ¡Un hada! ¡Mía, mía, mía! Para verla horas enteras, para acariciar con mi dedo su piel suave, sus alas rotas al cogerla con red como a una mariposa. Lo que fue una curiosidad es ya una pasión. Amo a mi cautiva. Amo un sueño real. No podría contentarme

sólo con Dolores. ¿Ha pensado usted en algo más noble y platónico que mi amor por el hada? Entre nosotros no puede haber la grosera barrera de la carne, los innobles apetitos carnales. Sólo ilusión y alma. Llegaré a entender su lengua y ella la mía. Estará en su bola de cristal mientras yo duermo, y el resto del tiempo, conmigo, dos enamorados en los que la carne se hizo luz. ¿Qué mujer terrenal podría crear un espectáculo de tanta belleza como mi hada, blonda, sonrosada y desnuda, bañándose entre las burbujas de una copa de champaña?

El ruido seco de vidrio roto en el piso de arriba nos hizo levantarnos a ambos. Al salir corriendo de la cocina, tropezamos con Dolores, de pie en el umbral de la puerta, un lirio empapado en lágrimas, con un reproche feroz pintado en cada línea de su rostro. Dejándola atrás, subimos al piso de arriba velozmente. En el cuarto de Gaviria, donde la última luz de la lámpara batallaba con el primer albor de la aurora, la bola de cristal estaba hecha añicos en el suelo. La pieza de madera, desenroscada primero, sin duda alguna, sobre la mesa. De la ventana pendían unos finos hilos plateados. Nos asomamos a la vez al alféizar de la ventana. Gaviria dio un grito señalando hacia abajo.

Al pie de la ventana, por el huerto y hacia el bosque, correteaba un centenar de figuritas a la débil luz del primer sol mañanero. Le juro que los vi perfectamente. De la estatura de un conejito, con barbas blancas y gorros y

juboncitos escarlata, tintineando alegremente todos los cascabeles de sus trajes. El grito de Gaviria aceleró la dispersión de la horda de diminutos gnomos que acababan de rescatar al hada. La vi, blanca y desnuda, el pelo suelto como una llamita de oro, corriendo tras sus amigos con las transparentes alitas rotas brillando irisadas al sol naciente.

Gaviria, lanzando maldiciones, se precipitó hacia la puerta enloquecido, y yo tras él. Al bajar la escalera derribó a Dolores, que subía lentamente. No se paró a ver si la había lastimado y siguió corriendo hasta llegar afuera. Ayudé a levantarse a la dulce esposa doliente.

– No me pasa nada –respondió ella a mi pregunta–. Para correr detrás de su loco sueño de amor tenía, naturalmente, que derribarme a mí en el camino.

Salimos ambos. No había ya ni rastro de los gnomos. Gaviria, congestionado, miraba ansiosamente hacia mi granja.

– La he visto correr hacia las colmenas –me gritó exasperado–. La matarán las abejas.

– Si es un hada, no pueden hacerle nada sus amigas, las buenas abejas –repuse con acre ironía–. Pero, ¿va usted a abandonarla?

Gaviria nos miró a Dolores y a mí un momento. Después, sin vacilación, hecho a correr hacia las colmenas. Dolores, aterrada, fue a seguirle para detenerlo, pero yo la retuve.

– ¡Es una locura! –le dije cogiéndola del brazo.

Gaviria había llegado ya al cerco de las abejas y como un poseído estaba dando patadas a una colmena. Luego a otra, y a otra. Lo que siguió fue tan rápido que tarda más en contarse. Una nube de abejas enojadas se apiñó sobre Gaviria. Le vimos correr enloquecido de una parte a otra. De una de las colmenas pateadas salió la figurita desnuda, blanca e incólume, rodeada por un halo de abejas como un nimbo de oro. Sin correr, majestuosamente, se fue alejando hacia el bosque envuelta en el zumbido de su escolta alada. Gaviria intentó seguirla, pero en aquel instante todas las abejas parecieron concentrarse en su acometida. Dando alaridos, corrió hacia otra parte del bosque, envuelto en la terrible nube dorada que zumbaba su tormenta de agujones. Dolores, deshaciéndose de mí, echó a correr tras su esposo y las abejas. Ambos desaparecieron en el bosque. No les volví a ver. No creo que vuelvan nunca. Si las abejas llegaron a tumbarlo en el suelo, no se levantó más. Lo que Dolores hizo después, sólo Dios lo sabe.

Arnaldo terminó su relato y se bebió el resto de la botella. No me sentí con ánimo para beber el champaña, tan ligado a la historia del cazador de hadas. El calor ascendía de la tierra seca en oleadas. Las colmenas dormitaban bajo el sol

implacable. El bosque parecía hervir en rumores entre sus frondas.

Sobre la mesa, el puñado de objetos se me antojó los restos de un tremendo ritual de sacrificio.

– ¿Qué va a hacer usted? –pregunté a Arnaldo.

Antes de responder acarició suavemente su copa de cristal rajado.

– Esperar. Acaso vuelva ella.

– ¿Dolores?

– No. El hada. Daría mi vida por verla otra vez bañarse, blanca y dorada, en esta copa de champaña.



EL PARAÍSO ENTERRADO



LA EXTRAORDINARIA historia de Roberto Udolín y su paraíso enterrado llegó a mis manos en la forma de un manuscrito de arrugadas hojas descoloridas. Convaleciente aún de mi primer encuentro con el «mal de puna» en La Paz, pasé la tarde en el patio del hotel, adornado con mosaicos, surtidores y macetas, charlando con Don Zenón, el geólogo. Nada más animador que su ancha carota rojiza como una luna de otoño, con los cristales centelleando a la luz o acaso al chispear de sus ojillos grises, y el sol reluciendo sobre su calva pulida.

– Es una historia extraña y fantástica –me dijo– acaecida hace un puñado de años cerca de La Paz. Accidentalmente llegué a adquirir el manuscrito donde se relata su comienzo. El resto de la historia lo he reconstruido personalmente paso a paso, o lo he imaginado.

Su mano, ancha como una pala, me alargó sobre la bandeja, con las copas de ron en nuestra mesita, el manuscrito de Roberto Udolín.

– El relato –agregó Don Zenón– tiene para mí un interés puramente geológico. Acaso para usted, como escritor, lo

posea psicológico y aun moral. No cabe duda de que el caso tiene su filosofía. Lástima que el estilo ramplón y pomposo y la excitación del autor hagan un poco confuso el relato. No hay que olvidar que fue escrito bajo el peso de una tremenda impresión.

Mientras mi amigo sorbía el ron, comencé a leer la más extraña historia jamás concebida por ser humano:

«Me llamo Roberto Udolín y desde niño me han fascinado la oscuridad y las profundidades. No extrañe a nadie que dé junto a mi nombre esta característica de mi mentalidad. Creo sinceramente que es la clave de todo mi ser, como un arco lo es de una bóveda, y el rasgo principal de mi persona, como en otros hombres lo es el pelo rojo o los ojos verdes. Quienes me conocieron recientemente se sorprendieron de que a mis veintiocho años lleve ya diez bajo tierra en su mayor parte. No se dan cuenta tales gentes de que las aficiones no brotan en nosotros con mayor rapidez o capricho que las flores en el almendro o los frutos en el cerezo. Hizo falta una semilla y un desarrollo para llegar al milagro anual de la primavera restallando en flores y frutas. Aunque ignoro, por haber quedado huérfano de niño, el papel que mis padres y abuelos tuvieron en la génesis de mi vocación, imagino que en mi subconsciente persiste la voz de miles de generaciones de antepasados que vivieron bajo tierra en Irlanda y en España, en Perú y en Alaska. Lo esencial es asentar que jamás soy más feliz que bajo tierra y

en las tinieblas o la penumbra, en el mundo amable de la sombra, donde la luminosidad, el color y el sonido son solamente recuerdos desteñidos del lejano mundo de la luz.

Es posible que bastantes personas cultas conozcan mi nombre y mis trabajos. En Buenos Aires se publicó mi folleto comentando los trabajos sobre Geopsicología de Techner y Henning. En varias revistas bolivianas han aparecido artículos míos interpretando los recientes estudios sobre las influencias telúricas y su efecto psicológico sobre las grandes emigraciones humanas. He sido uno de los sudamericanos jóvenes que más han contribuido a la espeleología o ciencia de la exploración de las cavernas y grutas subterráneas. Mi interpretación poética de los descubrimientos de Norbert Casteret al introducirse en una caverna de los Montes Malditos de Aragón, en el norte de España, para emerger en una caverna de Francia, precisando durante esta oscura jornada el verdadero curso de las aguas del Garona en tierras aragonesas, se comentó muy favorablemente en los círculos geológicos como un nuevo giro de la espeleología.

La modesta renta que mi padre me dejó me ha permitido tener un pisito en La Paz, donde guardo mis libros y herramientas, y dedicarme de lleno a buscar el perfume de la aventura en las exploraciones subterráneas, a ser descubridor y rapsoda del mundo de la roca y las tinieblas:

un universo enterrado y espectral donde a tientas se palpa con la piedra toda la historia del hombre y de la tierra.

Desde chiquillo me atraieron las cavernas subterráneas. El Viaje al centro de la tierra, de Verne, fue la Biblia de mis aventuras, y el cuento de Alí Baba relleno de poéticas fantasías el misterio de los viajes bajo tierra. Si me hubiera sido posible, habría vivido en una gruta subterránea, como los héroes de tantos cuentos que podría citar, o habría recorrido la tierra en un topo de acero, como Miráculas, el héroe de la novela francesa.

Mas contra lo que algunos pudieran creer, no hay en mí nada morboso ni siniestro. Aparento y actúo como cualquier otro hombre, gozo con la buena comida y la buena conversación y tengo o tenía una novia medio formal en la Plaza Murillo, de La Paz, con quien paseaba los domingos, y a la que mis exploraciones, de las que yo le hablaba, le parecían una romántica excentricidad de la que me curaría al casarnos. No creo que ningún psiquiatra hubiese podido ver otro complejo en mis aficiones que el que yo mismo reconozco: amo a la tierra en el sentido físico de la palabra, como a una madre. Dentro de ciertas cavernas me he sentido amparado y feliz. Tal y como se sentiría el feto, si tuviera conciencia, en el antro purpúreo del seno materno durante el solemne silencio de la gestación.

Puedo decir como pocas personas que amo a Bolivia de todo corazón. La amo como los buenos enamorados al

objeto de su amor, conociéndola y comprendiéndola. Porque en el imperio de las profundidades de esta tierra bendita que tiene la piel parda y gris de la puna recubriéndola, en sus entrañas de oro y plata, he pasado horas de éxtasis indecible. Que al visitante se le suba la altura boliviana a la cabeza; a mí me embriagan más sus profundidades.

No me dio jamás el mal de la puna. El mío ha sido el mal romántico, estar tumbado bajo la piedra boliviana, verdosa como el buen aceite andaluz, de que están hechas sus catedrales y sus montañas, en el corazón de la tierra surcada por los ríos Madera, Mamoré y Guaporé, donde crecen el maíz, el algodón, el cacao y la quina. Esto me llevó a explorar las entrañas de la tierra de Bolivia, a cientos de pies bajo los bosques de cedros, jacarandaes, lapachos o laureles. Lejos y por debajo de donde se anudan las raíces del quebracho y el palo santo, el ébano y el incienso o el tajibo negro, en las grutas situadas en una tierra surcada por venas de plata, estratos de estaño, cobre y de bismuto, de plomo y de antimonio. Allá abajo, lejos de las praderas donde pastan la alpaca, la vicuña y la llama, o de los ríos por donde navegan, vestidos con trajes de colores brillantes, los indios en sus balsas.

Esta tierra tiene para mí una fascinación mayor de la que inspirarían su historia y su leyenda. Más que las andanzas de Pizarro y de Almagro, y la lucha por los montes de plata del

Potosí, o el pintoresquismo de los pueblecitos indios con el colorido de sus mercados, las casas chatas y grises, y las danzas aimaraes al son de la tinya y el pincullo, prefiero bucear en el océano de roca y de desierto que se esconde en el vientre del país, en las oquedades situadas entre las vetas de mercurio, los salitrales, los terrenos de asfalto, los prados de lava. Allí he palpado con manos temblorosas la prehistoria de Bolivia esculpida en la roca viva. Porque toda Bolivia es roca. Lo es en la puna de las alturas, en la eternidad estoica del ayllu, en la palpitación del jaguar y en el vuelo del cóndor. De la roca descienden los indios bolivianos, que la prefirieron al sol, pues la roca es fuerte y resiste la tormenta, pero también bajo su costra es blanda como la cera. Melódica en las queñas –hueso como roca– y labrada en monolitos y estatuas en sus montañas.

No hace falta detallar aquí cómo llegué hasta el paraíso enterrado. Saliendo de Tiahuanaco en una de mis excursiones domingueras, bastón en mano y mochila al hombro, quise explorar una cadena de grutas ante cuya boca, custodiada por gigantescos monolitos, se extendían interminables praderas de hierba gris de un brillo metálico. No llevaba un plan preconcebido, sino el deseo de explorar nuevas cavernas, sentirme una vez más en las entrañas terrestres, palpar las rocas pintadas y grabadas donde se esculpe la vida del hombre de piedra y del cazador de fieras que las marcaron hace miles de años, notar cómo esa vida revivía en la roca helada al calor de mis manos, en minutos

sublimes en los que me sintiera extrañamente lejos de los humanos, comulgando en los supremos misterios de la tierra.

Mi exploración comenzó del modo habitual, pues todo en la vida, a fuerza de repetirse, llega a crear su propia rutina, y de esta ley inexorable no se escapan ni aun los ardores de la pasión. Con la simplicidad marinera de un cuaderno de bitácora, y puesto que no deseo que nadie sepa la ubicación del paraíso enterrado, diré que inicié mi aventura en la boca de una gruta cubierta de matorrales, como la boca de un pastor asirio por una cascada de pelo. El paisaje de afuera, al que di una última mirada antes de cruzar el umbral de la caverna, era un valle recubierto de una maleza rojiza con árboles como espadas oxidadas, saludando en alto a los dioses invisibles de un cielo de cobalto. Mi equipo era el habitual para estas exploraciones: una mochila con una comida ligera, fósforos, bujías, linterna, un pequeño pico, hacha y cuerdas.

Durante unas horas vagué por serpenteantes pasadizos abiertos en la roca. Después, como siempre, vino el descolgarse por las cuerdas a las profundidades, el reptar por pasadizos tan angostos que mi cuerpo tenía que convertirse en un gusano para poder introducirse por ellos, el abrirme paso por agujeros estrechos a golpes de pico para, al llegar al cauce de agua subterráneo que casi siempre se halla en el fondo de estas grutas, lanzarme a nadar por

las aguas frías y oscuras, dejando una bujía encendida en un saliente de la roca. Avanzando a nado por las aguas heladas y negras como el corazón de un malvado, salí al fin del cauce glacial y me encontré pisando roca firme cuando ya no quedaba del sol ni recuerdo en mi retina y las tinieblas eran tan espesas que, según la frase bíblica, eran palpables. En expediciones anteriores, pasada esta fase penosa, era cuando comenzaba la etapa más fascinadora de mi excursión por las arterias subterráneas de la tierra.

Un día algún rapsoda escribiría la litada magna de la tierra arcana y misteriosa. Yo, vagabundo de las profundidades, fantasma en un mundo de fantasmas, había recorrido así iluminado por el débil resplandor de fósforos, bujías y lámparas, los dominios del silencio eterno que existen bajo el suelo boliviano. Grutas fantásticas donde el hielo no se derrite jamás, antros donde el eco de mis pasos adquiría fragor de tempestad, pozos donde el silencio era tan denso que parecía estar turbando la paz de sepulcro del espíritu de las eternidades.

En una de esas excursiones, la llamita azulada y temblona de la bujía, lamiendo las paredes de una profunda cueva boliviana, me mostró una imagen en la pared de roca, una estampa de bestia rugiente, puma o león, con el cuello hinchado por su rugido, pintura prehistórica junto a la cual estaban las herramientas de piedra con las cuales un día, lejano ya, un hermano mío de humanidad trazara imágenes

sobre una roca que ahora me enlazaba en una mística comunión con mi lejano antecesor, el cazador-artista.

Esta vez mi aventura parecía no tener resultado digno de la fatiga y el riesgo dedicados. A las cinco horas de exploración me hallaba a unos doscientos metros bajo tierra, en los comienzos de un túnel de roca, estrecho y largo, cerrado al fondo por una pared de piedra. Avancé tanteando las paredes sobre las que mi linterna dibujaba líneas de luz como un lapicero de plata y al llegar a la pared que me cerraba el camino, me detuve en seco. Aparentemente no había paso al otro lado. Era preciso buscar otro corredor. Di la vuelta y al hacerlo, con esa sencillez con que nos pasan las cosas más trascendentales de la vida, giró la piedra y me hallé en el umbral de la que yo denominaría en adelante la gruta de púrpura.

De momento, desde donde estaba, no pude sino observar una inmensa caverna de elevada bóveda y paredes talladas en la roca bañada por una leve luz carmín. No era posible apreciar detalle alguno en la penumbra escarlata, sino que el suelo no era regular y estaba lleno de bultos que se dibujaban imprecisos en la oscuridad roja. El hilo de plata de mi linternita alumbró los escalones en la roca y paulatinamente fui descendiendo, pisando con cuidado la resbaladiza superficie. Al llegar al suelo en el hondo seno de la caverna, después de bajar dieciocho escalones, miré en derredor con ojos de pasmo.

Bañada en un vaho de luz carmesí, la caverna, con su alta bóveda catedralicia y sus paredes como de cristal, parecía la realización de un sueño de poeta. Podía ver al extremo opuesto otra salida de la caverna hacia nuevas profundidades. En la gruta púrpura mis pupilas dilatadas divisaban las maravillas de Las mil y una noches, todos los tesoros de la cueva de Alí Babá sin la amenaza de sus ladrones. Pilas de pesadas tapicerías amontonadas en bloques de tisú y damasco, cofres entreabiertos repletos de joyas que relucían en la penumbra con brillo de sangre, panoplias con espadas y arcos, montones de copas labradas, arquetas de tallas primorosas, divanes cubiertos de cojines bordados en oro, alfombras donde se hundían mis piernas hasta el tobillo, mesas cubiertas de vajilla de metales preciosos y sillones sobre los que colgaban mantos de seda y terciopelo.

En el silencio absoluto de la gruta y ante sus fantásticos carmines de luz, no acertaba a darme cuenta de que estaba despierto. La temperatura era deliciosa, agradablemente fresca, con una de esas suaves brisas que he hallado tantas veces en cavernas, que sin duda preservó del polvo a cuanto hallé. Asimismo, o la temperatura o alguna condición radiactiva de la roca en que estaba tallada la caverna, impedía toda vida animal. Por tanto, estaba en un paraíso enterrado, sin la amenaza de la sierpe o los insectos que habitualmente moran en las tinieblas.

La caverna, a la que llegué cruzando la gruta de púrpura, estaba algo más iluminada. Aunque no era posible ver de dónde provenía la luz, ésta era aquí una difusa luminosidad dorada parecida a la del sol cuando se filtra a través de la tupida bóveda de las copas de los árboles. Los muebles, armas, joyas, vajillas, pedrería y adornos de lujo se amontonaban aquí también con el abigarramiento de un bazar árabe y la magnificencia bárbara de un palacio oriental. En ninguna parte observé ni un solo insecto, lo que me confirmó en mi idea de alguna radiación y fosforescencia especial de la roca, acaso también causa de los colores y tonalidades de la luz. Allí, en la molicie sensual y fantástica de las grutas de púrpura y oro, estaba yo, único ser viviente, náufrago en un océano de riquezas.

No es posible describir una por una las siete enormes grutas formando cadena, que recorrí. Al extremo de la última me detuve en el comienzo de un nuevo corredor. Toda aquella riqueza había sido abandonada y dejada acaso por siglos. Sin embargo, daba la impresión de que el amo poderoso estuviera a punto de regresar a sumirse en su opulencia. El misterio del María Celeste vino a mi memoria. Sí, esto era otra nave de la roca, un barco cargado de riquezas, enterrado en el fondo de un océano de roca y abandonado por sus tripulantes, al que llegaba, al cabo de siglos, yo, buceador de la profundidad, buzo de la roca, a buscar la perla de la aventura. Y yo, un buzo en los vientres de la tierra, después de Dios sabe cuántos siglos de haber

estado allí tanta riqueza, he sido elegido entre todos los mortales para descubrir este tesoro digno sólo de los dioses. Yo, sin ser más que uno de tantos, he sido acogido a cientos de pies bajo tierra como únicamente otros pocos seres humanos lo han sido a través de la historia del mundo. Mis manos iban a ser las que abrieran las tapas de aquel libro de maravillas tantos siglos cerrado bajo la custodia de una titánica arqueta de roca viva, de miles de piedras.

Seguí mi exploración del mundo subterráneo. Los hallazgos extraordinarios se fueron acumulando como las conchas de colores en el cestillo de un niño andando por la playa. Narrarlos sería intentar desenredar un ovillo de hilos de oro y plata enmarañados por un gato travieso. Durante varias horas fui cruzando umbrales de maravilla y leyenda, aposentos como arquetas mágicas de paredes de roca repletas de fantásticas riquezas, alternando el lujo pesado y bárbaro como un salón del trono de algún déspota oriental y salas con la gracia fina y sutil de un patio de La Alhambra. La luz plateada, purpúrea, dorada, azulina, cambiante, a tono con el color de la roca por cuyas grietas se filtraba, contribuía a mantener el prestigio de lo irreal.

Cuando me cansé de cruzar salas –más de veinte– pude ver, desde un barandal de roca, una inmensa caverna, tan grande como una pequeña catedral, cuyo aire fresco y los riachuelos que surcaban su arenoso suelo habían permitido la formación de un bosquecillo de plantas y arbustos, flores

y arbolitos frutales, de una tropical y monstruosa exuberancia. Como ya no podía extrañarme nada, sólo vi el lado práctico de aquello. En aquel huerto-jardín de vegetación descolorida por la falta de sol, pero lozana y lujuriente, tenía alimentos vegetales en abundancia. En los mil pájaros que poblaban de batir de alas y cantos de cristal la penumbra del jardín edénico enterrado bajo la roca y que no se asustaban de mí, hallé el modo de subsistir indefinidamente. Como final del paseo, un pequeño lago, especie de piscina natural, de agua transparente y azul, bañado en una luz que era como un polvillo de oro. Allí me desnudé y bañé mi cuerpo cansado en un agua tan suave que me hizo el efecto de estarme bañando en una gigantesca ponchera llena de leche dulce y tibia.

Solamente al salir del agua y después de consumir el resto de mis provisiones, me di cuenta de que mi reloj pulsera, cuyos numeritos verdes brillaban en la penumbra, estaba parado. Llevaba por tanto en el mundo-sombra más de catorce horas, sin haberme enterado de que el tiempo pasaba, encerrado como una mariposa de seda en un capullo de miles de toneladas de piedra. Dejándome caer sobre la arena, cerré los ojos y procuré ordenar el enjambre tumultuoso de mis ideas.

Al cabo de unas horas tuve que cejar en el intento, fracasado y con dolor de cabeza. Como resultado de mi meditación, llegué a deducir una posible explicación de

aquel mundo mágico. Me hallaba en una tremenda tienda de antigüedades, en un almacén histórico de un fabuloso anticuario. Mis conocimientos sobre la historia y el arte bolivianos eran lo bastante completos para permitirme apreciar la mezcolanza y el abigarramiento imperantes en cada sala. Para dar una idea, diré que era como si en la sala de los tesoros de un castillo histórico, llena de filigranas, medallones, miniaturas, vitrinas con objetos de arte y tapices valiosos, pusiera el abuelo de la familia sus cuadros y retratos antiguos, sus trofeos de caza y sus bronceos predilectos; y entre ellos colocara su hijo, sus libros, sus pinturas y tallas y sus recuerdos de viaje; y el nieto, por fin, sus juguetes, mosaicos de colores, tambores y pelotas. Podrían después verse en una misma sala, superpuestos, los objetos que simbolizarían tres generaciones. Allí, en las grutas por nún descubiertas, se podían ver superpuestas las generaciones históricas de Bolivia como las capas en la corteza de un árbol, o como tapices superpuestos en una tienda oriental, o las plegaduras geológicas en un terreno.

Aquello daba la clave del misterioso antaño: en la noche de los siglos, los reyes quechuas habían acumulado en alguno de sus palacios sus riquezas en varios aposentos, el oro, las copas, las armas y las gemas. Sus sucesores, al conquistar el palacio, respetaron aquellas cámaras del tesoro, convirtiéndolas en pequeños museos vivos, y agregando a las viejas riquezas las suyas propias. A ellos siguieron otros que continuaron amontonando tesoros en

los mismos aposentos de paredes de roca, tan fuertes como las de la mejor cámara acorazada. Al venir los conquistadores españoles, un puñado de hombres ceñudos y vestidos de metal, de barbas hirsutas y caballos veloces, algún encomendero rapaz debió pensar en conservar en el fausto deslumbrante de aquel palacio sus riquezas y agregarle nuevos botines. De súbito, la tierra boliviana que tiembla, que ruge, que salta. La tierra todopoderosa y señora que se hunde y levanta sepultando en su seno los tesoros de los pueblos y el orgullo de los hombres. El cataclismo geológico debió ser considerable. En los temblores de tierra, en las sacudidas del terremoto, desaparecieron las salas fabulosas donde se habían almacenado los tesoros. Allá quedaron sepultados, protegidos por miles de toneladas de tierra y piedra, por una temperatura fría y seca que los defendió de la herrumbre y los insectos, durmiendo un sueño de siglos, como la bella durmiente del bosque, en espera del beso de la luz que los despertase. Tras la niebla de sueños y de siglos que los cubría, el destino me ponía en las manos la llave de diamantes capaz de abrir el secreto de aquel mundo subterráneo.

Me levanté presa de un febril entusiasmo. Sin saberlo, con mis exploraciones subterráneas había pedido a los cielos de rodillas una oportunidad para renunciar al mundo–luz por el mundo–sombra, y me la habían concedido. Podía ahora, lejos de los hombres, reorganizar mi vida en este mundo

privado de penumbra y soledad. Tenía ropas, alimentos, agua en manantiales y un puñado de siglos de poesía, misterio y aventura a mi disposición. Podía pasear, explorar mis dominios, y soñar teniendo entre mis manos la misma trama de que se hacen los sueños, como dijo Shakespeare. ¡Era demasiado bello! Al poner la nieve de mis manos sobre el volcán de mi frente, me di cuenta con espanto de que yo no podría resistir aquella soledad. Por paradójico que sea, yo, buscador de soledades, me sentía solo y perdido como un niño en el bosque. Solamente que mi bosque era de piedra y sus leones tenían miles de años, y yo era un intruso del siglo XX en un mundo enterrado, tejido con la poesía de varias civilizaciones perdidas.

Indeciso vagué por las grutas. El silencio era tan denso como pudiera serlo dentro de una lata de mermelada: dulce y espeso. La luz de la luna, al penetrar por las grietas invisibles que servían de ventiladores, lo había transfigurado todo al crear nuevos matices de color. El aire fresco estaba matizado por un suave aroma a cuero viejo y papel mustio, no desagradable. A la luz lechosa de la luna todo cobraba una apariencia fantasmal. Yo era lo único vivo entre tanta riqueza muerta. De una arqueta tallada entreabierta tomé distraídamente una piedra grande de jade verde unida a una pesada cadena.

El jade suave y untuoso como el jabón al tacto, estaba cubierto de inscripciones y engarzado en oro. Parecía un

collar sacerdotal que acaso presencié muchas escenas de magia y misterio. Con la solemnidad de un ritual místico me la puse al cuello. Su frialdad sobre mi piel ardorosa me trajo un soplo del enigma de los siglos.

Al sentarme sobre unos tapices cerca del umbral de la gruta púrpura, mis pensamientos tomaron un giro más terrenal. Sería magnífico, me dije, poder compartir esto con alguna mujer. Una compañera ideal, afín y enamorada, que amase este mundo subterráneo y quisiera ser conmigo la Eva de este paraíso enterrado.

Mi imaginación voló hacia La Paz. Frente a la pensión donde yo tengo mi habitación hay un taller de costura donde trabajan cinco aprendizas. Casualmente entablé amistad con una de ellas al ir a llevar un traje que me debían remendar. Eran cinco muchachas encantadoras, que pasaban todo el día con la aguja en la mano, una flor en el pelo y un cantar en los labios. El nombre de mi amiga me fascinó desde el primer momento: Lucilda. Un nombre de cuento de hadas para una muchacha con presencia de princesa disfrazada. Desde un comienzo me atrajo su lozanía garbosa, el pelo del color de las hojas del castaño, los ojos negros y brillantes como dos gotitas de café y el óvalo suave de su cara marfileña sobre un cuerpo de líneas suaves como las de un ánfora.

Más adelante, fuimos a pasear juntos algunas tardes, dejando que cayera sobre nosotros el gran crepúsculo

anaranjado de La Paz. Algunas veces fui a merendar a casa de la madre de Lucilda y su hermana, donde vivían también las otras tres primas. Siempre había rondando algún enamorado de las chicas, y la tertulia terminaba con música, refrescos de limón, pasteles de hojaldre y baile.

Insensiblemente me fui aficionando a la compañía de las muchachas, mas aunque Lucilda era mi predilecta, no logré nunca desligarme de la fascinación de sus hermanas y amigas. Bajo la mirada entre benévola y recelosa de la madre y de un tío anciano y sedentario, yo aspiraba el perfume de mocedad de las cinco muchachas como quien huele los aromas de un ramillete de flores. A decir verdad, fundiendo las cinco en una, hubiera resultado la mujer ideal de mis ensueños: con los ojos de Lucilda, la voz como un chorrillo de oro de María, el esbelto torso de estatua griega de Antonia, el pelo dorado de Rosalía y las finas manos, siempre ondulando como blancas palomas, de Pepita, habría podido crearse una mujer capaz de impedirme soñar jamás con un ideal superior a ella. Ante lo imposible, tuve, como siempre hacemos en la vida, que completar las perfecciones reales de Lucilda con las forjadas por mi fantasía. El resultado fue bastante satisfactorio. Yo, el hombre de las profundidades, pude así recoger toda la luz necesaria en mis domingos libres en el espejo negro de los ojos de Lucilda.

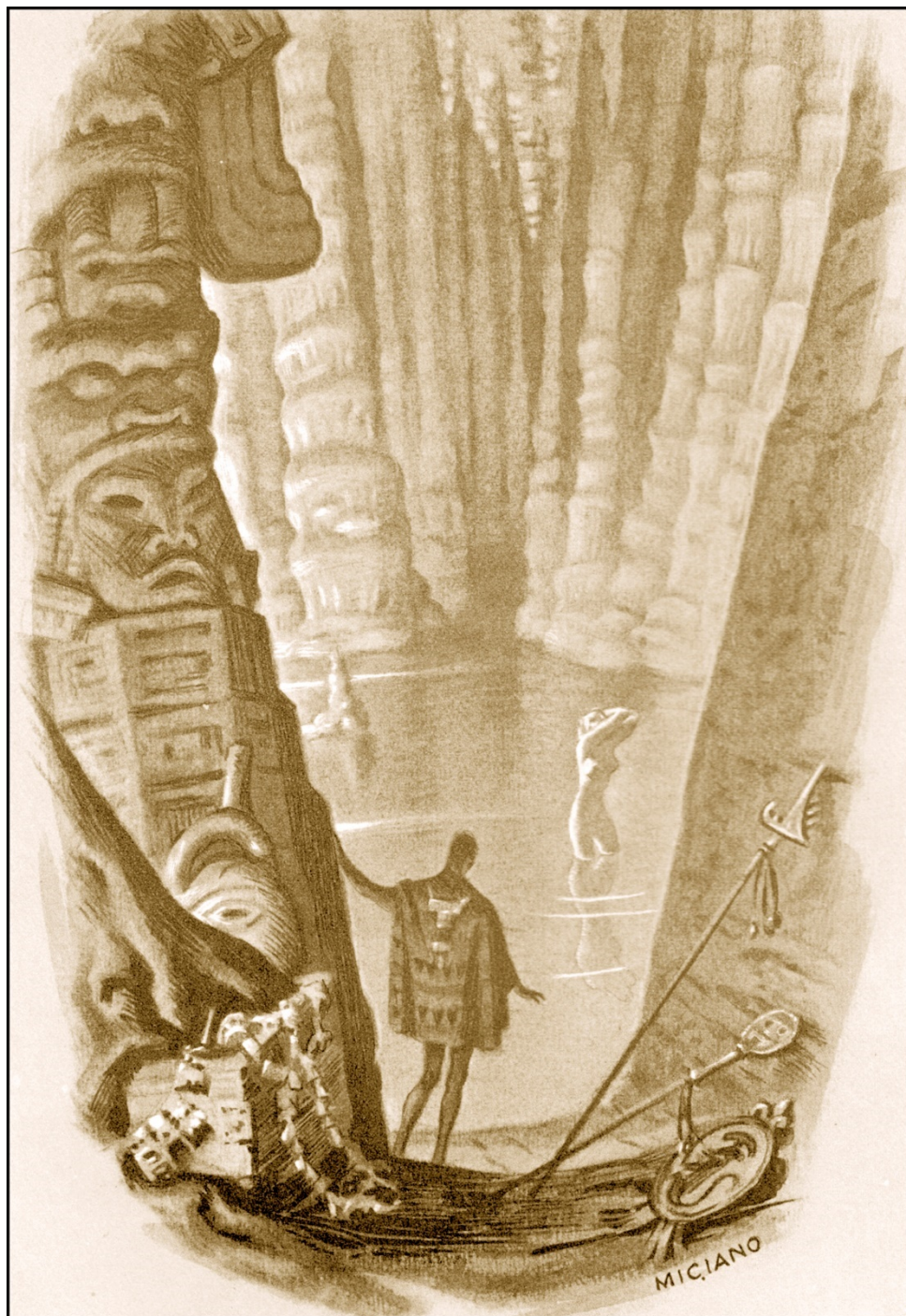
Ahora, solo, a cientos de metros bajo tierra, en el paraíso enterrado a que mi suerte me llevó, comenzaba mi soledad a pesar tanto que necesitaba desempolvarla con el plumero del recuerdo. Retorné a la gruta azul, y desnudándome del todo me bañé en el agua fresca y cristalina con fosforescencias plateadas. La luz tenía una suavidad crepuscular. Por entre mis piernas se deslizaban pececillos dorados, acaso ciegos. Una vez más pensé al salir del agua, chorreando por fuera, ardoroso por dentro, que el paraíso estaba incompleto sin Eva a mi lado.

En una de las salas, de paredes recubiertas por espejos de metal pulimentado, vi cruzar silenciosa mi silueta, pálido fantasma empañando las pulidas superficies polvorientas, y me estremecí. Aquello era mi ideal. Una soledad de soledades llena de la gloria y el misterio, la poesía y la solemnidad de los siglos pasados. Cada espada de hoja enmohecida, cada tapiz de colores desteñidos, cada arcón de guardas metálicas, cada vasija de cerámica pintada, cada tinaja panzuda, y los cofres entreabiertos repletos de pedrería, los sacos de tela reventada por las monedas de oro, todo contaba a gritos su historia en el silencio de tumba de las grutas. Sacudí un manto sacerdotal de tisú y cuentas preciosas y al dejarlo caer sobre mis hombros, me estremeció un frío como el de una neblina matinal. En el supremo silencio, las cosas hablaban con un murmullo majestuoso. Acaso en un momento aparecerían en un umbral los esclavos llevando encadenadas las vírgenes

cautivas dispuestas para el sacrificio, o un puñado de guerreros quechuas, o acaso un grupo de conquistadores con la cruz y la espada. Distraídamente entreabrí un cofrecillo de cobre martillado y acaricié mi cadena de oro viejo con la piedra grande de jade, cual maravilloso amuleto. ¡Sí; el silencio y la soledad podían oprimirme hasta a mí! Como una amante demasiado voluptuosa, la soledad estaba sorbiéndome el aliento de la vida. No es que fuera una sensación del todo desagradable. Era como estar encerrado en una tremenda arqueta de metal repleta de voces del pasado. En cierto modo me sentía, siendo la única vida humana en el paraíso enterrado, como una hormiga perdida entre las páginas de un viejo misal. Yo también estaba entre las páginas de un librote de piedra.

Me senté en un montón de tapices blandos y fríos como el aire de la gruta. Nerviosamente apreté en mi mano el talismán de jade verde pendiente de la cadena. Acaso un gran guerrero o un rey lo llevaron antaño ciñendo su cuello. Seguí apretando el talismán. De repente algo rompió a gritar en mi corazón. Sí; aquello era el paraíso, pero yo necesitaba a Eva a mi lado. Con Lucilda, esto cambiaría. Su presencia lo llenaría todo de ilusión y alegría. Porque el hombre es fundamental y cósmicamente soledad, como la mujer –aun estando sola– es compañía. Lucilda haría de la arqueta de roca un nido cálido, y bajo sus manos dulces se ablandaría la piedra y caldearía la hoja helada de las espadas y mi

corazón encogido y medroso volvería a cantar como un pájaro liberado.



No recuerdo cuándo me dormí. Calculando las horas imaginé que debía ser de noche en el mundo de la luz. Una claridad lechosa, más suave que la de la luna, lo difuminó

todo. Febrilmente se dispararon en mis horas de insomnio vertiginosas y fantásticas ideas. Más que nada en el universo deseé lo imposible. Seguir en el paraíso enterrado, pero con una acompañante que rompiera el círculo mágico de mi soledad. Mi mano sudorosa apretaba febrilmente el talismán de jade. Agotado debí dormirme de madrugada. Cuando abrí los ojos, lo primero que vi en el umbral de la gruta fue la figura y el rostro sonriente de Lucilda.

Al llegar a este punto de mi relato, me doy cuenta de que al lector debe parecerle lo que viene a continuación tan fantástico e irreal, tan absurdo e imposible, como a mí mismo cuando me sucedió. Confío que quien termine de leer mi narración se dará cuenta de que a pesar de tratarse de la historia de mi extraordinaria exploración subterránea, lo único a mi juicio verdaderamente de interés es el perfil psicológico de mi aventura. Al lado de la profundidad psicológica de la misma, son un cuento infantil todos los otros incidentes de este relato.

Lucilda no se mostró sorprendida. Al verme indeciso, mirándola con ojos enrojecidos a la luz plateada de la gruta, avanzó hacia mí con dulce sonrisa. Únicamente al aprisionar entre mis manos abrasadas las suyas tan frescas, y al oler el perfume a geranio de su cabello castaño, llegué a convencerme de que se trataba de mi amiga en carne y hueso. Recuerdo de un modo vago sus primeras palabras. Me habló de que había salido de excursión con un grupo de

amistades. Paseando, habían llegado a la boca de entrada de Las Cuevas de Vera, una cadena de grutas muy conocida de los residentes de La Paz, donde gustaban de pasear y jugar bajo amplias bóvedas de piedra los excursionistas. Por broma, la habían dejado sola en una de las cuevas, echando a correr sus amigos. Lucilda salió al exterior de las cuevas y anduvo un rato por los alrededores deseando esconderse y asustar a su vez a sus acompañantes. Fue entonces, me dijo, cuando tuvo de súbito la idea de escalar uno de los gigantescos pilares o monolitos de piedra esparcidos por la montaña. El traje de excursión que llevaba puesto, y su práctica en trepar por los montes, le permitieron ascender por los peldaños rústicamente tallados en la piedra. Al llegar a lo alto, con un gesto automático y como respondiendo a una llamada irresistible, apoyó la mano en el bloque de piedra que coronaba el monolito. Cuando, ante su asombro, la piedra cedió apareciendo ante ella los peldaños de una escalera, Lucilda descendió por ella. Así, del modo más absurdamente sencillo, se encontró una modistilla de La Paz ante la gran aventura de su vida.

El relato de Lucilda fue bastante deshilvanado y mi propio estado de confusión mental me hizo prestarle, a decir verdad, poca atención. Lo esencial era que el cielo me enviaba la Eva soñada para llenar de risas de cristal el silencio de mi paraíso. Lo demás, el cómo y el porqué, era secundario. A los milagros no se les busca explicación. Se los acepta como tales o se rechaza su existencia. Aunque quien

me lea pueda extrañarse de mi actitud, acaso la comprendiera mejor si hubiera estado dentro de mí y tras una noche de fiebre luchando entre el deseo de permanecer en mi paraíso y el temor a la soledad, hubiese visto aparecer a Lucilda. Ciertas cosas que son extrañas en el mundo de la luz pueden no serlas en el mundo-sombra en que yo me hallaba, propicio a todos los encantamientos.

Siempre he admirado la enorme vitalidad femenina. Donde un hombre apenas si tiene energía para afrontar un grave problema, una mujer, con un estupendo desprecio de lo grande, concentra sus energías en el detalle al que nosotros no damos importancia. A decir verdad, en mi estado febril, la presencia de Lucilda, por tan deseada, me siguió pareciendo imposible –porque no estamos acostumbrados a ver realizarse en la vida mágicamente nuestros deseos–, hasta que la vi hacer frente a la situación con un realismo inusitado. Aún no habíamos terminado de contarnos nuestra aventura y ya Lucilda, remangándose los puños blancos de su vestidito azul, estaba intentando ordenar algo la gruta y a ser posible limpiar su mobiliario. Por primera vez en muchas horas rompí a reír estrepitosamente, y el eco de varios siglos me acompañó desde las paredes de la gruta.

– ¿De qué te ríes? –preguntó Lucilda, sin cesar de frotar con una esterilla un enorme vaso de cobre martillado.

– De que estás tratando de limpiar en un momento el polvo misterioso acumulado en varios milenios.

– Si así es –replicó ella arremetiendo contra una arqueta–, razón de más para no dejar que aumente ni un día más.

De todos modos, media hora más tarde, Lucilda, sudorosa, venía conmigo, renunciando temporalmente a su tarea, a bañarse en el agua azul de la gruta semisumergida. Mas como huella de la entrada de una mujer al mundo de la sombra, quedaban los espejos de metal bruñido reflejando la imagen del interior de la gruta purpúrea, limpios del velo de polvo que antes los cubría.

No puedo ni quiero descubrir el resto de nuestra jomada en el mundo– sombra. Adán y Eva abandonados en un mundo–sombra lleno de maravillas acumuladas al correr de los siglos. En un instante comenzamos a crear nuestro propio paraíso. Sin reloj, sin noción del tiempo ni del espacio, nos bañamos semidesnudos en el agua tibia como la leche y azul como el lejano cielo. Lo más sorprendente y extraordinario del caso para mí fue el cambio psicológico operado en Lucilda –y presumo que también en mí–. Olvidando sus prejuicios y tímidos pudores del mundo–luz, Lucilda y yo nos acomodamos, sin una sola palabra para acordarlo así, a la ley de la libertad absoluta, única capaz de regir aquel mundo sin leyes. Tácitamente aceptamos ambos la idea de permanecer juntos en el paraíso, sin más pretender indagar sobre los móviles perseguidos por el

destino al unimos bajo tierra. El mundo de la luz fue olvidado con facilidad, y la fascinación del mundo-sombra pareció agotar con sus maravillas toda nuestra capacidad de asombro o inquietud por otras cosas. Como a un soldado herido en el vientre no le importa el rasguño en un brazo, o al jugador de lotería que ganó un millón le deja sin cuidado hallar en la calle una moneda de plata, así no extrañe que a dos personas arrojadas a un universo de poesía y misterio en las entrañas de la tierra, les dejaran indiferentes todos los demás diamantitos de sorpresa engarzados a la gema colosal de su aventura.

La jomada inicial de Adán y Eva en el paraíso enterrado se deslizó suave y gentil como una canción de adolescencia. Recordaré siempre el cuerpo blanco y rosa de Lucilda, como un pez de palpitante mármol bajo las aguas azules. Al ir a vestimos, cambiamos nuestra ropa por dos cotas metálicas de escamas azules y verdes, ligeras como si estuvieran hechas de lentejuelas de oro. En un arcón hallamos sandalias de cuero con cintas de plata, que una vez limpias y engrasadas con cera, nos dieron un calzado excelente. La fruta de los arbolitos en la gruta-huerta fue exquisita; en un manantial de agua hirviendo cocimos huevos de paloma, y de enormes tinajas salieron frutas secas y dulces en excelente estado y un licor de cerezas fortísimo pero de aroma inefable. El agua de las fuentes era pura y helada.

De la mano fuimos a recorrer la vastedad mitológica de nuestros dominios. No logramos hallar la entrada descubierta por Lucilda, ni tampoco insistimos mucho en ello. Como dos niños, en una mágica cueva de Las mil y una noches, recorrimos las grutas, salas, cavernas y pasadizos del paraíso enterrado. En la gruta púrpura, Lucilda, bruñida en carmín, parecía una estatua de fuego; en la gruta de plata quedó cincelada de luna, y en la de oro, de sol. La penumbra anaranjada, azulenca, violeta, de los corredores, era una promesa de misterio y peripecia. En el umbral de cada nueva sala, como en los linderos de una floresta encantada, palpitaba la aventura. Era una gloria oír la risa cascabelera de Lucilda al palpar cada collar de piedras preciosas, al sacudir cada túnica recamada de oro, al levantar la tapa de cada arquilla, al dejar caer las monedas en un chorro de plata menos argentino que su risa. Cuando ya las luces adquirían esa leve veladura que a mi juicio era indicio de la noche en el mundo-luz, nos dejamos caer ambos en los almohadones de cuero y de plumas, sobre los tapices bordados. Allí Adán y Eva, durante la noche, por el camino de los besos, llegaron al dintel florido del mejor de los paraísos.

Desperté sobresaltado, no sabría decir al cabo de cuántas horas. La gruta estaba bañada en una luz de color amatista. Por un instante temí haber soñado. Mas, no. Allá, dormida a mi lado, magníficamente semidesnuda, Lucilda, toda mármol y rosas como una estatua griega caída en la hierba,

me recordaba con su presencia los éxtasis de amor pasados. Me desperecé voluptuosamente. La penumbra era invitadora.

Revisé mentalmente los acontecimientos del día. Una extraña sensación de felicidad se me subió a la cabeza como un vino generoso. El destino me había concedido el don de realizar la más extraña aventura jamás ensoñada < por un ser humano. Me estremecí ante la dicha que se abría ante mí. Solo, con Lucilda en el paraíso enterrado, rodeados de alhajas, tesoros, riquezas como jamás las pudo imaginar Aladino, en una ciudad de grutas subterráneas iluminadas por fantásticos resplandores. La respiración de Lucilda a mi lado me inspiraba un sentimiento de plenitud y poder. Nuestros besos frenéticos, nuestros febriles abrazos, habían caldeado hacía unas horas la frialdad de las rocas dormidas. La carne cálida y palpitante fundida en un éxtasis de amor, derretiría las voces milenarias congeladas en un sueño de siglos. Testigos de nuestros arrebatos amorosos serían guerreros y sacerdotes, princesas y exploradores, siervos y capitanes, inmortalizados en sus bellas reliquias. A mi lado, Lucilda dormida era una rosa empapada en un rocío de oro. Soñé, soñé, soñé despierto. Yo sería el Adán del primer paraíso enterrado en la historia. Sultán de un imperio de maravillas. Vestidos con las sedas y tisúes de plata, ella y yo reviviríamos en un escenario de siglos y ante las candilejas de la historia una novela de amores legendarios. Yo podría ser el sultán de un palacio sepultado. ¿El sultán? ¿Y mi

harén? Ya mi fantasía estaba desatada y volaba en alas de la tormenta. Acariciando distraídamente el amuleto de jade verde colgado a mi cuello por la cadena de oro mate, soñé y deseé. El destino loco podría traerme más compañeras a mi paraíso. Las primas de Lucilda serían un digno complemento. Yo podía ser Adán con tres Evas en un paraíso donde mi voluntad fuese ley. Disparada mi fantasía, las imaginé a las tres en las grutas mágicas, vestidas de gasas y púrpuras. La belleza rubia, la belleza morena, la belleza pelirroja, danzando al son de su propio canto en la molicie azul de un serrallo al abrigo de todo otro varón excepto yo. Las vi con los ojos del deseo, bañando sus cuerpos de nácar y fresa en las aguas añiles, y corriendo luego ellas y yo por los pasadizos iluminados de amatista y de cobalto. Después pensé en las noches brujas sin principio ni fin, cuando Adán llegara al cielo por la escala de los brazos tibios de las tres Evas de su harén. Así ensoñé no sé por cuántas horas, hasta que un ruido extraño –¿voces?– me sobresaltó.

Sin despertar a Lucilda, me armé de una daga morisca y avancé inquieto y fascinado por los corredores en penumbra, en dirección a las voces. Anduve de una sala a otra, hasta que de súbito me detuve aterrado. Había llegado a una desembocadura del corredor situada sobre la gruta semisumergida, donde brillaba en escamas plateadas el agua tibia. Con los pies metidos en el agua, chapoteando alegremente, vi a María, Antonia y Rosalía, las tres Evas que deseaba incorporar a mi serrallo enterrado. No había duda

posible. Oí sus voces, escuché su charla y las vi tan reales, de carne y hueso, como a la Lucilda que unas horas antes estrechara entre mis brazos. Con un sudor frío empapándome la frente y la espalda, me aparté de mi observatorio por miedo a ser visto y las dejé con sus vestidos remangados jugando con el agua, como las viera hacerlo en los riachuelos en nuestras pasadas excursiones.

Di vueltas y más vueltas por los corredores y por fin en una pequeña gruta de paredes de mármol negro, me dejé caer al suelo, agotado por mis pensamientos. Una duda terrible acababa de dispararse en el fondo de mi corazón, enloqueciéndome de angustia. Pasé un rato con la boca seca y la piel chorreando sudor, pareciéndome que me iba a estallar la cabeza. Si lo que acababa de ocurrírseme fuera cierto... Pero no, era imposible. Frenéticamente intenté negármelo a mí mismo, sin conseguir convencerme. La visión de Lucilda dormida y de sus primas jugando en el lago azul se mezclaban a una idea tan tremenda que me hacía estremecer de miedo, tiritar de espanto. Sólo había un modo de salir de dudas. Mis dedos febriles apretaban aún la daga y con la otra mano el talismán de jade. Obsesionado me concentré en desear algo: ¡Que mi harén aumentase! Que la hermana de Lucilda acudiera también, para ser el feliz remate del serrallo. ¡Que trajeran también al perrito –Pardo– que siempre las acompañaba! Salvajemente las llamé con mi mente. Cinco Evas danzando a la luz anaranjada para complacer a un Adán del siglo XX, en un

paraíso de siglos y de leyendas. ¡Olvidarse del tiempo y del espacio, para vivir en un mundo de quimeras reales, mimado y feliz, en las cavernas repletas de gemas, pedrería y riquezas orientales!

Al correr de las horas, la exaltación inicial desapareció y en su lugar quedé aplanado bajo el peso de mi propio miedo. Un terror pánico, un miedo cerval, un espanto atroz ante la idea más horrorosa que jamás ha atormentado a un ser humano. Me explicaré. La llegada de Lucilda fue inexplicable, absurda y contra toda lógica. Era tal mi soledad que la acepté como un don celestial, sin querer pensar en su imposibilidad. Mas, que yo deseara a sus tres primas en una loca fantasía de serrallo y aparecieran también, acababa de darme la clave del misterio. ¡Lucilda no había venido, como tampoco sus primas ni su hermana! ¡Yo no había dejado de estar solo ni un instante! ¡Era mi mente la que, bajo el impacto terrible de mi hallazgo de las grutas, bajo el mazazo de miles de toneladas de roca encantada, había creado un grupo de fantasmas adorables!

Temblando de horror pude darme cuenta de la horrible situación: solo, en la séptima soledad, bajo tierra, mi cerebro no había resistido el golpe de las maravillas del paraíso enterrado. Mi mente vacilaba, y mi fantasía azuzada por el ambiente se había disparado sin poder sujetarla, como un caballo desbocado. Igual que una persona normal puede recordar con vivo realismo lugares y seres queridos,

mi cerebro, caldeado por un viento de locura, había dado vida, proyectándolos fuera, objetivamente, a un puñado de fantasmas. Con tal perfección y vigor los había creado, que tenían carne y huesos, habla-ban, corrían, reían, y hasta amaban... ¡Amaban! Me puse en pie de un salto. ¡Hacía unas horas había hecho el amor yo solo con un fantasma imaginario, y sintiendo en cambio todos los goces, como si se tratara de Lucilda, cuando en realidad sólo estuve con una loca proyección de mi cerebro enajenado! ¿Era ese mi porvenir allá? Como Frankenstein, había creado unos monstruos imaginarios que ya tenían vida propia. Soñé con un harén y ya lo tenía: un serrallo de fantasmas. ¡La noche siguiente volvería a hacer el amor estrechando entre mis brazos el aire tibio de la gruta y creyendo que era el cuerpo de Lucilda!

Horrorizado, me puse en pie de un salto. ¡No! Todo menos seguir por esa ruta de locura. Como un borracho, tambaleándome, avancé por el corredor hacia las grutas. Al volver el último recodo que me separaba de ellas, me paré en seco. A pocos pasos de mí, en la gruta del lago azul, Lucilda chapoteaba en el agua. ¡Con ella, en una orgía de fantasmas, estaban no sólo sus tres primas, sino también su hermana Pepita, la última por mí solicitada mentalmente, como complemento de un fantástico harén! Junto a ellas, el perro -Pardo- tumbado en la roca.

Sin duda debí hacer algún ruido en mi sorpresa, pues un instante después todas estaban mirando hacia arriba, en dirección a mi mirador, saludándome o llamándome a gritos. El espectáculo de cinco lindas mocitas invitando a un hombre a acudir a ellas me hubiera resultado encantador en otra ocasión, pero esta vez sabía demasiado bien de lo que se trataba. Cinco fantasmas creados por mi mente enloquecida con los que tendría que hacer el amor en las mil y una noches de mi serrallo monstruoso. Por toda respuesta a sus gritos –¿o a los gritos de mi subconsciente?– corrí locamente, corrí por los pasillos hasta caerme en un canal de heladas aguas, trepé, subí, bajé, nadé otra vez, empujé peñas, y como un sonámbulo seguí mi fuga durante varias horas, hasta que súbitamente me hallé en pleno sol. Había pasado del mundo–sombra al mundo–luz...»

La lectura del relato precedente me llevó el tiempo necesario para que atardeciese. Sobre los azules hombros del cielo de La Paz había comenzado a deslizarse un mantoncillo de estrellas cuando terminé. Mi amigo, el geólogo, que había permanecido silencioso, alzó la vista del libro que hojeaba.

- ¿Qué le parece? –me preguntó enseguida.
- No sé. Estoy algo confuso. La historia es de lo más rara que he leído. ¿Dónde la escribió el autor?

– Al parecer, en el cuarto que tenía alquilado en La Paz. Cuando huyó de las grutas, tal y como explica en su relato, encontró por azar el camino de salida desde el mundo subterráneo hasta la superficie de la tierra. Al llegar, febril y enloquecido a su cuarto, un impulso le llevó sin duda a escribir el relato de lo sucedido, dejando el manuscrito metido en un sobre en blanco, entre sus libros y en su mesa de trabajo.

– ¿Cómo llegó a parar a manos de usted?

– En una subasta pública que se hizo de sus libros meses más tarde para pagar el alquiler de su casa, que no había abonado en varios meses. Yo compré la mayoría de las obras de su excelente biblioteca, y entre ellas me regalaron –sin duda creyendo que se trataba de una obra técnica– el manuscrito.

Hubo una pausa. En los lentes de mi amigo se pintó un farolito amarillo. Las estrellas cubrían el cielo. El aire limpio de Bolivia llenaba los pulmones, creando en mí una deliciosa sensación de embriaguez.

– ¿Qué se hizo de Roberto Udolín? –pregunté.

Mi amigo se encogió de hombros. Sus ojos vagaron por la lejanía de las montañas azules.

– ¡Quién sabe! Por curiosidad reconstruí sus pasos, desde que terminó de escribir su manuscrito hasta su desaparición. Al parecer, torturado por la idea de haberse vuelto loco, salió de su cuarto y se fue a casa de la familia de Lucilda. Allá recibió su primer choque espiritual. ¡Lucilda había desaparecido desde hacía tres días, sus tres primas desde hacía cuarenta y ocho horas, y sus dos amigas desde el día anterior! La anciana madre, un mar de lágrimas, sólo pudo referirle que todas ellas fueron yéndose sin decir adonde y sin más ropa que la puesta. ¡Hasta el perro –Pardo– había desaparecido con ellas!

El vientecillo fresco de la noche me hizo estremecer. De un golpe me bebí mi copa de ron.

– ¿Quién más vio a Roberto Udolín?

– Un antiguo amigo suyo, un viejo historiador que murió hace dos años en La Paz. El fue quien vio por última vez a Roberto Udolín. Al parecer –así me lo refirió el anciano historiador–, el joven acudió a contarle su problema; en realidad a preguntarle si estaba loco o si todo era una coincidencia monstruosa. Aquí viene lo más extraordinario del caso. Al estar conversando, reparó el historiador en el amuleto de jade que aún llevaba Roberto Udolín colgado del cuello. Intrigado, le pidió que le dejara examinar los caracteres grabados en la joya. Se trataba de una joya mágica de tiempos de los quechuas.

Su texto, traducido por el viejo, decía que quienquiera la llevase encima de él y formulase un deseo lo vería realizado en el acto. El historiador recordó entonces haber leído acerca de tales piedras milenarias. La leyenda decía que se podía con ellas llamar a alguien con el pensamiento, y que acudiría impelido por el poder del talismán que concentraba el pensamiento del llamador y lo transmitía telepáticamente de modo irresistible a los llamados. Algo así como un micrófono de pensamiento, capaz de recogerlo, condensarlo, transmitirlo y amplificarlo.

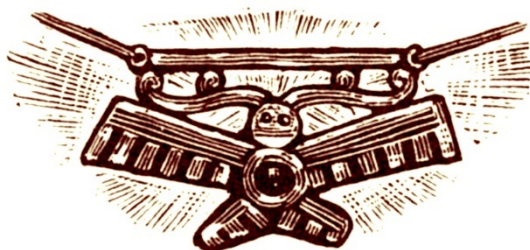
– ¿Cuál fue la reacción de Udolín al oír aquello?

– Su amigo me contó que dio un grito y exclamó: –«¡Santo Dios! ¡Todo era verdad! ¡No eran fantasmas! ¡Estaba en el paraíso y he huido de él por un miedo estúpido e injustificado!» –Luego gritó–: «¿Volveré a hallar la entrada alguna vez?» y sin despedirse, dando un portazo, desapareció de casa del historiador y del mundo, pues nadie le ha visto jamás desde entonces.

Mi amigo dio un suspiro. En el fondo de su vaso brillaba un solaje como una lágrima de oro.

– Me pregunto –dijo don Zenón– qué se hizo de él. Puedo imaginármelo sudoroso y febril, corriendo alocado por las calles de La Paz, con el goce en el corazón de no estar loco y el dolor del paraíso perdido. Le imagino luego corriendo peñas arriba, cuestas abajo, arañando la tierra, buscando

frenéticamente, con ojos, uñas, dientes y corazón, el camino hacia las grutas mágicas donde le aguardaban la poesía de miles de años y los brazos de seis lindas doncellas, su harén enterrado. ¿No pudo hallarlo y se perdió para siempre en los montes, víctima de su empresa? ¿Lo encontró y a estas horas aún está a cientos de pies bajo tierra –y dio una patada en el suelo– realizando el ensueño secretamente más codiciado de todo varón en el planeta? Nunca lo sabremos; pero si no lo encontró, pudo haberle quedado el consuelo de no haber sido el primer hombre que ha hallado, para perderlo después, su soñado paraíso.



EL AMIGO HELIOTROPO



A MEDIODÍA hizo alto la pequeña caravana. El paisaje no era gran cosa: la tierra árida y seca, apenas enjorada por unos álamos que parecían un anuncio de la hipovitaminosis vegetal. El cielo muy alto y de un radiante añil; la tierra baja, desnuda y parda. Unos alcores pedregosos cubiertos de polvo calizo, como panecillos espolvoreados de azúcar en el gran horno del desierto. En el repliegue de un vallecito, al pie de la colina, una venita de agua verdosa. Y el gran sol como un cascabel colgado del azul que en vez de sonido tintineara luz. Era suficiente. Eso y las casitas del pueblo de Santa Ana, blancas y de tejado carmesí, que en la distancia parecían un corro de niñas jugando a ser Caperucita Roja.

El Gran Floriani, amo del circo, guía de la caravana e ilusionista, alzó el brazo musculoso y gritó: «¡Alto!», brincando luego al suelo desde el pescante del primer carromato.

– ¡Descanso! –gritó alborozada Mamá Floriani, arrobas de peso y medio siglo de años hábilmente equilibrados para aún poder andar por el alambre.

– ¡Almuerzo! –comentaron con optimismo Pipo y Rico, los payasos que, por fuerza de la costumbre, hablaban siempre a dúo.

– ¡Siesta! –interpretó Sansón, el hombre más fuerte del mundo, que clandestinamente había devorado medio pan con sardinas por el camino.

Y Colombina, la *écuyere*, siempre romántica, abrió de par en par sus ojos del color de la miosotis y suspirando dijo:

– ¡Un río!

El resto de la caravana: Filipón, *jongleur* extraordinario; los Rossoffs, domadores; Cascabel, el hombre serpiente; las gemelas Dora y Rita; los perros, gatos, monos y pájaros amaestrados; y el trío Cóndor, las «águilas humanas», no dijeron nada, pero sus pensamientos derivaron por derroteros similares a los expresados. Es inaudita la semejanza que tienen a la hora del almuerzo y después de un día entero sin comer, las ideas de una troupe de circo.

En diez minutos los cuatro carromatos habían parado uno junto a otro, proyectando un semicírculo de sombra; los caballos –en días de viaje bestias de tiro, y en los de función alazanes árabes para Colombina– pastando en la poca hierba que había, y los animales en sus jaulas, recibiendo una ración extraordinaria de agua para compensar la infrarración de comida. Mamá Floriani y las hermanas Dora y Rita pusieron en el suelo, como manteles, unos hules amarillos, rojos y blancos; el Gran Floriani hizo un fuego con unas ramas secas, y el resto de los componentes del circo se

afanó en bullir como abejas laboriosas en la pequeña colmena humana.

El Gran Circo Floriani, después de una infructuosa tournée por Centroamérica, llegaba cargado de fatiga e ilusiones a dar su primera función en El Salvador. Aquél era –les dijeron– un gran país. Un pueblo arrogante y audaz en lucha contra una naturaleza hostil. El arte del Circo Floriani tendría sin duda un éxito grande de crítica y de taquilla. Buena falta hacía. De lo contrario, en pocas semanas desaparecerían hasta los monos, como sucedió con las gallinas amaestradas de Antonini. Dicho artista tenía un espléndido «número» que le costó años de preparación. Vino una racha de hambre para el circo. En cada función Antonini exhibía una gallina menos. De noche lloraba sobre los huesos mondos, para terminar repelándolos entre lágrimas. Un día salió Antonini a la pista sin gallinas, e intentó sustituirlas por una estupenda imitación vocal. Pero de donde salió al día siguiente fue del circo.

Mamá Floriani perdía peso cada semana, «lo cual –comentaba el Gran Floriani animosamente– es bueno para los alambres de tu número». Los caballos de Colombina estaban tan cansados, que al saltar resbalaban lamentablemente. El hombre serpiente enflaquecía de tal modo que temía un día hacer un nudo con su cuerpo y no poder deshacerlo jamás. Sansón rellenaba sus mallas con estopa para compensar –suspirando– los bíceps perdidos. Y

el oso feroz de pieles descosidas y hocico melancólico, que debía ser el número de fuerza del domador, se iba hacia los chiquillos del público con gesto de mendigo apenas olía el pan con salchichón. Mas ante el hambre, todos seguían unidos, apretujando las miserias individuales en una esperanza colectiva.

Pronto estuvo el parco yantar preparado. En la calígene del mediodía el cielo era todo sol. La venita de agua se convirtió en una cinta de plata. El aroma de las mazorcas asadas se mezcló con el bullicio de las conversaciones. Los monos se espulgaban al sol beatíficamente y los caballos, en su pereza, abandonaban su piel a las moscas. En la distancia azul, el pueblito blanco –como una paloma posada– era una promesa feliz. El Gran Floriani le dio cuerda al gramófono y pronto se prendieron en el aire seco y cálido las notas acariciadoras de la musiquita que desde hacía años era el símbolo y anuncio del circo: En un pueblito de España. Sobre los hules blanquirrojos, las mazorcas de maíz parecían barras de oro tostado. Adornaban una fuente de madera los tomates y cebollas cual si fueran de porcelana. Sansón trajo en su mano poderosa una lechuga como quien trae un ramo de gardenias. De la botella del aceite cayó un hilo líquido, formando una comba brillante y rubia. Las gotas del vinagre, al sol, eran lágrimas de amatista. La ensalada comenzó a oler a cielo. Fue entonces cuando se presentó el forastero. Nadie le vio llegar. El Gran Floriani fue quien primero, por encima del vaho oloroso de la comida, vio tenderse la sombra

alargada y sobre ella el cuerpo flaco del visitante. Una cara delgada y morena, y el pelo largo y enmarañado de color entre castaño y ceniza, le caía sobre la frente. Pero la sonrisa era tan blanca y alegre como los tallos de escarola en la ensalada, y los ojos azules acompañaban a la sonrisa.

– Hola –saludó con una voz empapada de miel. Y señalando a las mazorcas que se tostaban sobre el fuego añadió–: Parecen tiernas, y la ensalada está apetitosa.

Mamá Floriani hundió el tenedor de palo en el lebrillo de la ensalada y una nube de aromas sabrosos se levantó junto con salpicaduras de vinagre.

– Las mazorcas –explicó sin inmutarse– deben estar tostaditas por fuera, pero tener blando el corazón, y la ensalada es una bendición con este calor.

– ¿Quién es usted? –interrumpió el Gran Floriani vertiendo el agua para el café.

El recién llegado galantemente aligeró a Mamá Floriani de un montón de leña que levantaba del suelo.

– Me llaman Miguel y vengo de Cojutepeque. ¿Dónde pongo la leña?

– Ahí, junto a la otra hoguera –repuso Cascabel, el hombre serpiente, que llegaba con los cubiertos.,

El forastero depositó su carga y con ella un zurrón de paño anaranjado que llevaba a la espalda.

– ¿Puedo ofrecer algo a la comunidad? –preguntó gentilmente.

Sansón, que tenía entre sus dedos enormes un palillo microscópico, se rio con estrépito.

– Un jamón –pidió sarcásticamente, mirando el zurrón flácido y las sandalias polvorientas del caminante.

– Y unas botellas de vino tinto –gritaron las gemelas, que venían con las tazas de hojalata para el café.

El forastero sonrió alegremente y, sin decir palabra, desapareció detrás de los carros.

– ¿De dónde salió el vagabundo? –preguntó severamente Pipo, a quien el hambre ponía de mal humor.

Pero un instante después el clamor alborozado de sus compañeros le hizo acercarse al Gran Floriani, que atónito blandía un jamón gigantesco y una garrafa de vino.

– Siento no tener para completar esto en mi alforja –se disculpó el visitante– más que una lata de fruta en conserva.

Mamá Floriani arrebató el jamón a su marido y los besó a ambos amorosamente.

– Mientras no lo coma creeré que estoy soñando.

Ese era al parecer el criterio general. Minutos después, a una voz de Rico, el tropel de artistas sentados a la sombra atacaba ferozmente al jamón, dejando enfriar las mazorcas. El forastero, sentado entre ellos y tácitamente admitido en el grupo, picó como un pajarito en la ensalada, pero el pedazo de tomate se detuvo entre sus dedos a medio camino de su boca. Junto a la jaula donde los gatos y perros fraternizaban su hambre y sus insectos, se oyó una palmada y surgió Colombina. Cerca de ella, con un lado de la cara encendido, Filipón, el *jongleur*, procuraba, sin conseguirlo, disimular la bofetada recibida. Ninguno de los dos prestó atención al visitante, sentándose lo más distante posible el uno del otro. Mas durante todo el banquete el forastero ya no pudo comer. La cara de Colombina, blanca y pura como una cacerola de leche, flotando en ella la guinda púrpura de los labios, le siguió fascinando.

Al terminar la comida, el Gran Floriani miró por encima del humo de su cigarro a sus huéspedes hartas y felices. Sobre los hules de colores, manchas moradas de vino, granitos rubios de maíz, migajas, y los huesos mundos del jamón como una pieza para museo anatómico. De una jaula llegó un maullido de protesta.

– Dadles los huesos a los animales –propuso generosamente Sansón. Y, dando un suspiro nostálgico, añadió–: ¡Dichosos ellos que tienen hambre!

Como era de ritual, el grupo de gentes vestidas con las mallas viejas –usadas para viajar– de colores desteñidos, se fue al riachuelo a lavar la vajilla. Otros comenzaron a recoger los chismes dispersos. El Gran Floriani, beatíficamente sentado al lado de su exuberante mitad, se encaró con el forastero.

– Gracias por su regalo, amigo mío. Se me había olvidado el gusto del jamón.

El otro, sentado con las piernas cruzadas, alzó una mano pálida y fina al extremo de una muñeca tan delgada que parecía una varilla de marfil de las antes usadas para rascar la espalda a los chinos opulentos.

– No hay que dar gracias. Yo comí de su ensalada.

Eso no era cierto, porque su plato intacto era un festín público para un enjambre de moscas bulliciosas que relucían al sol como lentejuelas metálicas de mil colores.

Solamente al oír la voz de terciopelo, Colombina, mustia y abstraída durante toda la comida, se dio cuenta de su presencia.

– No ha comido usted nada –le dijo con tono de amable reproche–. Tome una almendra –añadió con el aire de quien salva de la depauperación a un pobre hambriento.

El forastero aceptó la almendra ya pelada, pero no se la llevó a la boca. Con los ojos parecía estar derramando polvo de lirios sobre la figurita redonda y rosada de Colombina.

– ¿Adónde va usted? –le preguntó ella.

– No sé. A ninguna y a todas partes. Adonde vayan ustedes.

– Nosotros vamos a Santa Ana –explico Mamá Floriani–. Mañana es el 3 de mayo, el Festival de los Árboles en este país, y debutamos en la ciudad.

– Yo voy allí con ustedes –explicó sonriendo el forastero.

– ¿Vendrá a ver el circo? –preguntó dulcemente Colombina, sacudiendo las migajas doradas de su falda blanca y poniéndolas al alcance de las hormigas.

– Voy con el circo –corrigió él, mirándola embelesado.

– Pero aquí no hay sitio más que para los artistas que trabajan en la compañía –protestó el Gran Floriani.

– Yo quiero trabajar con ustedes.

Sansón, que retornaba cargado de mantas, le miró con la dulce ironía del fuerte.

– ¿Y qué sabe hacer? –inquirió.

- Me temo que nada –fue la triste respuesta.
- ¿Dónde trabajó antes?
- En ninguna parte –aclaró el forastero-. En Cojutepeque intenté hacer cigarros, pero no supe; en Llobasco quise hacer vasijas, pero las rompía todas; en Ahuachapán bajé a las minas, pero necesitaba el aire libre y me marché. Me temo que no sé hacer nada –repitió gentilmente.
- Hace falta ser un gran hombre para confesarlo –comentó Colombina. Al ponerse en pie pareció que se le iba a la frente de azucena y al pelo rojizo toda la luz del cielo.
- Aquí todos hacemos algo –afirmó el Gran Floriani, ceñudo y a la defensiva. Al ver a Pipo, que ya roncaba bajo un carromato, rectificó-. Al menos, casi todos.
- Yo puedo aprender –imploró el forastero.
- ¿Por qué quiere venir al circo? –preguntó Mamá Floriani, cuyos instintos maternos insatisfechos estaban acentuados por dos tremendos pedazos de jamón y medio litro de vino.
- Porque me fascina. Esto es una verbena perpetua. La luz, el color, la música de las funciones, las marchas lentas por los caminos, o la llegada a las aldeas a la hora del atardecer, cuando las vacas por la carretera llenan el aire de

un polvo de oro, y las noches claras con el silbo del sapo en las charcas donde se cayeron las estrellas...

– El pobre está loco –comentó caritativamente Dora, la acróbata, al oído de su hermana.

– Pero es un loco simpático y dulce –replicó la otra.

Si el forastero las oyó, no les hizo caso.

– Dormir en los carros –prosiguió– oyendo repicar los tamboriles de la lluvia, y cuando hay función ver encenderse el sol en los ojos de cada niño.

– Está más loco de lo que yo creía –insistió Dora a su hermana. Pero la otra lo miraba con sus ojos de camero lánguido.

– Está loco –concedió– o es un poeta.

El Gran Floriani miró vacilante al forastero.

– Si fuera usted más gordo podría luchar con Sansón; si fuera más flaco «doblaría» con Cascabel como otro hombre serpiente; si supiera de juegos de manos podría ser mi ayudante.

– Me encantaría ese honor –repuso humildemente el forastero.

– Es difícil, joven, es difícil. Vea –la mano del Gran Floriani se estiró de súbito y aparecieron en ella tres cintas de colores–. Hasta esto me costó años de práctica. Ser ilusionista, amigo mío, lleva toda una vida.

– Así lo creo –dijo el otro convencido.

– De todos modos, ya que tiene tanta voluntad, podría estudiar a mi lado. Algún día puede llegar a trabajar solo. Entretanto, puede ser mozo del circo, ayudamos a todos un poco. Es lástima que no tenga ninguna habilidad...

– Nunca supe de nada –reiteró el forastero con ojos donde Colombina se pintaba chiquita y brillante–. Solamente un pequeño juego que vengo haciendo desde niño.

Se adelantó rápidamente y pasó los dedos cerca del pelo del color del maíz de Colombina y al retirarlos sacó un pomito de heliotropo.

– ¡Diablos! –gritó Floriani, que era muy mal hablado cuando se excitaba.

– ¡Caracoles! –coreó su esposa, que no lo era menos.

– ¡Eso es magnífico! –y Colombina se empinó de puntillas como hacía al saludar al público.

– ¿Dónde lo aprendió? –preguntó Dora mientras la boca de su hermana era una O mayúscula.

– No tiene importancia. –Los ojos del forastero tenían ahora el color de dos hojitas secas–. Lo aprendí de niño.

– Vuélvalo a hacer. ¡Y con flores naturales! ¿Dónde las guarda? –rugió Floriani.

Las manos pálidas se movieron al sol como dos alas de mariposa. Pomitos de heliotropo parecían surgir de todas partes, de la papada de Mamá Floriani y del bigote de Cascabel, de la rueda del carro, y hasta del rabo de Leal, el perro de los Rossoffs.

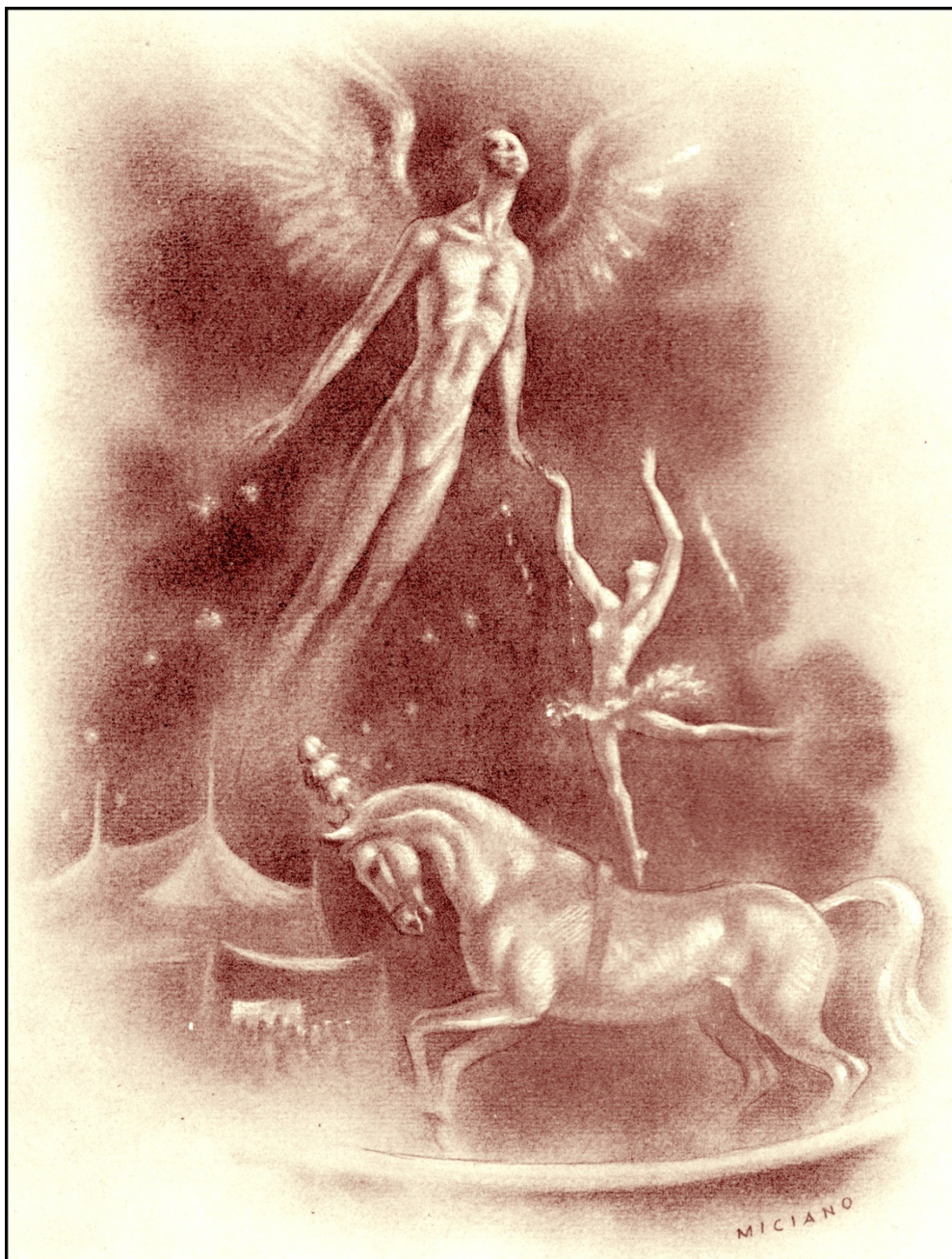
– Esto debe ser hipnotismo –aclaró desdeñosamente Filipón, que era un hombre culto.

– Será hipnotismo –repuso Colombina– pero las flores huelen.

– Usted viene con nosotros, amigo –concedió el Gran Floriani, palpando incrédulo un ramo de heliotropo–. Este truquito, que me explicará a solas, puede agregarse a mi acto. Además, ayudará en el resto del trabajo del circo. Será mi ayudante. Le pondremos un nombre, el suyo: Profesor Miguel. ¿Qué tal?

– Yo diría mejor: el Profesor Heliotropo –propuso Colombina.

– Ese será mi nombre –aceptó el interesado con su dulce sonrisa.



Y como el «Gran Heliotropo» debutó a la noche siguiente con el circo Floriani en la Feria del Árbol de Santa Ana. El circo paseó por la mañana a los acordes de su música típica: Linda casita pintada de blanco color... Las callecitas de Santa

Ana eran blancas de cal y de sol. El azul, en tiras lavadas, formaba una bóveda sobre las casas de tejado rojo. Los chiquillos gritaban al ver las jaulas, y los gallos en los corrales les acompañaban. Sansón, las mallas color violeta reventando de tanto guano, dedicó sus mejores sonrisas a las vecinitas hacendosas que desde los balcones les miraban con ojos garzos como palomas. El aire olía a jabón fresco y a lavanda. Sobre las tapias se encaramaban muchachos entre los tiestos floridos.

Fue una gloria ver montar el circo en la plaza con sus telas de colores y las banderolas flameando al blando viento de mayo. El circo quedó como un barco de velas desplegadas presto a zarpar por el azul. Heliotropo, vestido con un traje de mallas amarillas, parecía una espiga de trigo. Infatigable, estaba en todas partes y ayudaba a todos. Aún le quedó tiempo para reír con los chiquillos y admirar a distancia a Colombina, que cepillaba sus cabellos.

La función fue un éxito completo. El circo se llenó en cada una de sus tres funciones. Cascabel hizo ochos con su cuerpo; los Rossoffs arrancaron rugidos –sin duda de aburrimiento– a sus «fieras» amaestradas; las dos hermanas usaron una silla para hacer toda suerte de equilibrios, excepto el de sentarse; los payasos dieron un barniz de primavera a sus chistes invernales, y los demás brillaron en sus respectivos números. Heliotropo se multiplicó. Fue acomodador, mozo de pista, ayuda de cámara y anunciador;

sirvió de hombre bueno a los clowns y de silueta a Filipón para que le perfilara en una tabla con sus cuchillos. Finalmente, después de extasiarse viendo a Colombina dar saltos con su faldita de gasa y percal y su peluca de trenzas de plata sobre el caballote fiel y robusto, ayudó al Gran Floriani. El viejo maestro se lució aquel día. Olvidando sus sobresaltos al ver el alambre ceder bajo el peso de Mamá Floriani, escamoteó monedas, adivinó cartas, sacó un conejo de trapo de un sombrero, extrajo cintas de colores de la calva de un señor en la primera fila y, con la ayuda de Heliotropo, serró en dos pedazos a Colombina encerrada en una caja, entre los aplausos del público. Como final fue señalando una serie de puntos en el público, de donde Heliotropo, bajo su dirección, extrajo pomos de la flor de su nombre, que regaló luego a las niñas bonitas.

Al retirarse a dormir aquella noche, Mamá Floriani, dulce y mimosa, una bola de blanduras amables bajo las sábanas en el carromato caluroso, preguntó al Gran Floriani:

– ¿Cómo lo hace?

– ¡Que me maten si lo sé! –repuso el gran ilusionista con su crudeza habitual– ¿Pero aunque no ha querido decirme aún su secreto, me dará a mí toda la gloria. ¡Yo le digo de dónde y él saca el heliotropo! Eso es lo principal. No quiere gloria alguna, y entre ilusionistas –agregó ahuyentando a manotazos unos mosquitos grandes como aviones cuatrimotores– se respetan los secretos.

Lo que siguió fue para Heliotropo la realización de un ensueño. Sobre las lentas ruedas de los carromatos del circo recorrieron todo el mágico país. Se deslizaron los carros entre las plantaciones de índigo de La Libertad; plantaron la gran tienda de lona en La Unión, frente a la Bahía de Fonseca, donde Heliotropo regaló a Colombina una cajita de conchas de tortuga –una de las artes típicas del puerto– para guardar sus peinetas; en Santa Tecla, donde la boca del volcán de San Salvador hizo enmudecer de asombro la boca de Pipo; y en San Miguel, en cuya villa el brillo de la plata y el oro albergado en las entrañas de la tierra parecía reflejarse en el cielo en las noches de luna (¿dónde están las minas? –preguntaba Heliotropo– ¡plata en la tierra y diamantes en el cielo!); y luego Santa Rosa y San Vicente, donde Colombina se compró un sombrero de paja dorada. En Sonsonate, Heliotropo, cada día más parecido a una espiga de trigo, moreno y fino, compartió con su admirada amazona uno de los famosos quesos de crema. Acabaron con la cara empapada en leche de cabra pura y fresca.

– Comerse este queso a medias –dijo Heliotropo– es comulgar en la misma Eucaristía. –Y ella, más creyente, fingió asustarse de su profanidad.

Heliotropo no ganó un solo colón, ni aun siquiera un real, con el Gran Floriani. Ni le ofrecieron sueldo ni él lo reclamó. Con su truco mágico de hacer brotar de la nada pomitos de heliotropo conseguía regalitos para Colombina, que era lo

único que le interesaba. Ella, como el Gran Floriani y los demás, cansados de preguntarle en vano su secreto, acabaron por acostumbrarse, como a una rutina más, al número del heliotropo. Sin embargo, Colombina, una niña que jamás sería mujer o acaso una mujer que jamás dejó de ser niña, no perdió su fascinación por la habilidad de su amigo, que a cualquier hora del día o de la noche le ofrendaba un pomito oloroso de florecillas azules. Sobre esos ramitos comenzaron a hacerse húmedas las miradas entre el mozo flaco de la parla de poeta y los ojos de sueño y la mocita valiente de tobillo elástico y carita de luna.

En los días calurosos, a la sombra de los volcanes titánicos, San Miguel y San Vicente, el Izalco y el Santa Ana; sobre el espejo tembloroso de los mil ríos, el Lempa y el Paz, o de los lagos pintados, el Guija y el Llopango; entre las plantaciones de sisal y maíz; en los campos de trigo y arroz; en los bosques donde sacaban el «bálsamo del Perú» y el índigo, el pochote y los frijoles; frente a los bíblicos rebaños de ovejas y cabras, el circo –y con él Heliotropo y Colombina– fue rodando con la inexorable precisión de un acontecimiento astronómico. Mientras los compañeros de ruta les miraban con medias sonrisas y amables cuchicheos, y los Floriani ensoñaban con crear un lazo más en la familia del circo, Filipón devoraba en silencio su rabia. Hasta la llegada de Heliotropo, él había pretendido en vano los favores de Colombina. Pero su bigotillo rubio y sus modales de villano elegante de película, su cabello charolado con

brillantina y su arte de lanzar cuchillos, con los que silueteaba a Heliotropo, como antaño a un muñeco de trapo, fallaron por completo. Caían sus atenciones sobre Colombina como piedras en un pozo vacío. En cambio, el humilde Heliotropo con ella era como un buen artista con un violín, siempre capaz de hacer buena música. Así las cosas, una noche los carromatos del circo llegaron a una aldea en la frontera con Guatemala.

Era un pueblecito de pocas casas, apiñadas en remolino al pie de una verde montañona. Acordaron dar allá su última función en el país. Los carros hicieron alto al borde de un lago de aguas quietas y grises y forma de lira. En los árboles, que custodiaban solemnes el sueño del lago, piaban unos pájaros invisibles, como encantados. Un milano con las alas muy abiertas se balanceó en el azul crepuscular sobre los carros como un presagio de cuento. Las campanas en la lejanía de la ermita blanca, colgada como un nido en una loma, rubricaban la paz del atardecer.

El Gran Floriani, que estaba febril de un resfriado, se retiró pronto, pero los demás tuvieron comilona, vino añejo, fogatas y canciones. La noche no cayó, sino que se reclinó sobre las copas de los árboles, desmayada y voluptuosa como una odalisca enamorada. Los últimos carmines de la puesta de sol se fundieron con el perfume silvestre de la maleza mullida y el canto de plata de los grillos.

Al retirarse todos, excepto Filipón, que restó espiando entre las sombras, sudoroso y comido de celos y mosquitos, Colombina y Heliotropo quedaron solos frente al rescoldo de la hoguera. En la carita redonda de la muchacha ponía el resplandor de los tizones un velo de púrpura. El lago cercano era sólo una presencia oculta, que se anunciaba por blandos chapoteos y olitas suaves como un canto de madre sobre la camita del niño. Se ocultó la luna y chisporrotearon mil estrellas amarillas, aunque menos brillantes que las que surgían de la hoguera. Era la hora sensual y tibia de la medianoche. Colombina y Heliotropo se miraron largo rato en silencio, en los labios de los dos prendido un beso que no se atrevía a alzarse, como si fuera un pájaro tímido. Todo el mensaje romántico de las jornadas de sol, las noches de luna, las horas de función y las de insomnio y esperanza surgió allí sin palabras. Las manos, al estrecharse, transmitieron el mensaje que los labios no expresaban. El, ella, la noche, se fundieron en un mismo embrujo. Por fin, Colombina se levantó. El la siguió callado. Ella subió a su carro, donde dormía sola entre mil cachivaches y fardos. Arriba de la escalerilla volvió a mirarle, con un brillo de oro en los labios encendidos con temblores de púrpura.

– Ven –le dijo, y entrando en su carro cerró la puerta.

Heliotropo quedó solo e inmóvil. Filipón, que había visto la escena desde la sombra, se entró en el suyo ciego de dolor y de ira, con ansias de venganza royéndole el corazón.

Heliotropo, de pie, era una estatua bruñida en plata por una luna curiosa. Mas en vano le aguardó desvelada y jadeante Colombina. La puerta de oro no llegó a abrirse en toda la noche.

En un pueblito de España oía un canto de amor... La música chillona y llamativa anunció la entrada de Filipón. El circo celebraba su gran función de despedida en el pueblito serrano ante un público frenético de entusiasmo. Todos los números tuvieron un éxito incomparable. Colombina –una Colombina de ojos hinchados y enrojecidos, pálida como un lirio– pasó junto a Heliotropo sin mirarlo y realizó su acto con una cara de cera y sin labios, de tan descoloridos. Desafortunadamente, el Gran Floriani no podía trabajar. Tras una noche febril, entre toses y ahogos, bebía pócimas y se achicharraba en su camastro bajo las cataplasmas que le aplicaba sobre su pecho de sargentón fornido la implacable Mamá Floriani. Hubo un breve conciliábulo a su cabecera. Se acordó que Heliotropo entretuviera un poquito como pudiera al público con su único truco y poner como final el número siempre espectacular de los cuchillos de Filipón.

El Gran Floriani dio las últimas instrucciones a un Heliotropo tembloroso y lívido.

– Lo que puedas –le dijo tosiendo–. Por lo menos escamotea alguna moneda o cambia de color alguna cinta.

El redoble de tambores que precedía la gran salida del Gran Floriani habitualmente y que esa tarde le anunciaba a él, sonó a Heliotropo a preludio de su ejecución. El estrado donde debía subirse en el centro del ruedo tenía forma de guillotina, la arena parecía un cementerio, y el público la plebe que en Roma condenaba a los gladiadores con su griterío.

Saludó con torpeza, azorado al ver a Colombina mirándole en su debut con ojos de acero y sonrisa burlona. Las caritas ansiosas de los chiquillos en las primeras filas acabaron de asustarle. Intentó escamotear una moneda y se le cayó al suelo. Al ir a crear la ilusión de las tres cintas de colores, se le salieron por debajo de la capa roja las banderas azules de la suerte siguiente. Quiso sacar una llama de un sombrero y casi le prende fuego. Las risotadas groseras de Filipón se unieron a los gritos de protesta del público. Heliotropo, desconcertado, miró en derredor buscando la puerta, cuando algo que vio en los ojos de Colombina le hizo quedarse.

Sin vacilar, se acercó a un niño de los de más cerca y le hizo poner las manecitas juntas, que un momento después contenían un nido palpitante de blancas palomas. De allí fue hacia el centro de la pista y tomando un puñado de arena lo echó al aire, pero al caer ya no era polvo, sino una nube de lentejuelas de oro. El público comenzó a aplaudir. Heliotropo, pálido pero sonriente, estaba convirtiendo las

cuerdas del circo en guirnaldas de flores: los viejos caballos cansados, en cebras multicolores; y pelotas de papel arrugado que envolvieran cacahuetes y caramelos, en pardillos y canarios de vuelo amarillo y trino de oro. Nunca, jamás vio aquél, ni público alguno, ilusiones semejantes. Los artistas de la compañía, de pie y en grupo, le miraban embobados. Heliotropo gesticuló y cayó del techo de lona una lluvia de globos de colores, confeti y serpentinas. De entre las piernas de un mozalbete hizo surgir un caballito blanco enjaezado de terciopelos y tisú de plata. Del centro de la pista hizo brotar un surtidor de plumas y perlas, y de un sobre de papel, una palmera con cocos y monos subidos en ella. El público y los artistas, enrojecidos de tanto gritar, le ovacionaban enloquecidos. Heliotropo, entonces, como final del acto, hizo una señal a Colombina, que se introdujo en el cajón donde a diario la serraba por la mitad el Gran Floriani. Fue entonces cuando éste –que incorporado en su cama iba recibiendo, gracias a Cascabel que hacía, demudado y tartamudeando, de correo mensajero, las noticias de la función extraordinaria– dio un grito terrible.

– ¡Mira! –gritó a Mamá Floriani, que no se había separado de su lado y tenía las manos llenas de harina de mostaza para otra cataplasma–. ¡La sierra de goma pintada de purpurina que yo uso para hacer que corto en dos a Colombina está ahí! ¡Y en cambio vi a Filipón llevarse la sierra de cortar madera!

No hizo falta decir más. Mamá Floriani –que desde hacía semanas vigilaba los celos del *jongleur*– dio un brinco inaudito para su peso y salió del carromato hacia la pista del circo. El Gran Floriani, una momia viviente envuelta en bufandas y mantas, oliendo a mostaza y malvavisco, quedó bañado en sudor frío y aterrado. De un instante a otro se presentaría Mamá Floriani con la mitad sangrante de Colombina bajo el brazo. ¡Qué horrible venganza la del celoso Filipón! ¡Hacer que Heliotropo partiese en dos a su amada Colombina! El Gran Floriani se estremecía de espanto. Le parecía escuchar los alaridos de Colombina que Heliotropo confundiría con los gritos simulados que ella daba habitualmente cuando él fingía cortarla en dos con una sierra de goma pintada, exhibiendo luego al público unas piernas cortadas de cartón manchadas de pintura roja.

La puerta del carro se abrió de súbito. El Gran Floriani apretó los puños estremecido. Mas solamente era su esposa con una mueca de asombro pintada en cada arruga de su cara.

– ¡No puedo creerlo! –gritó sentándose en su azoramiento sobre una cataplasma de mostaza–. ¡Ese muchacho es el mejor ilusionista del mundo!

Ha sacado una jirafa de un sombrero de copa, está haciendo pasar maromas de barco por ojos de aguja. ¡Y pásmate, Florián! ¡Ha serrado de veras a Colombina y la ha recompuesto luego sin que le pasara nada! ¡No, no estoy

loca! ¡Y eso no es nada! La serró sin truco alguno, con una sierra de veras y creyendo ella que era un truco como siempre. Después se puso él para que Fili– pón le tirase los cuchillos. ¡Te juro que se los lanzó a matar! ¡Al corazón, le tiró! ¡Y Heliotropo, sonriendo, los fue convirtiendo en lirios dorados en el aire...!

Nadie durmió aquella noche, ni en el pueblo –excitado y febril con la fantástica representación presenciada– ni en el circo. Filipón, borracho, se marchó para no volver, castañeteándole los dientes de miedo. Los Floriani planeaban grandezas futuras, ensoñando con hacer a Heliotropo la estrella del circo. Los demás artistas aguardaban impacientes la mañana siguiente para expresar a Heliotropo su admiración. Colombina, blanca y enamorada, fragante y carnosa como un nardo, pasó la noche interrogando con ojos húmedos a los altos y claros luceros. Heliotropo, después de la función, echó a andar por el caminito hacia el monte, diciendo que deseaba pasar la noche solo. Todos habían respetado su deseo.

Al amanecer, Colombina no quiso esperar más. Con la primera luz rosada del alba llamó a la puerta del carro de los Floriani. Mamá Floriani la recibió vestida, desgredada y con las ojeras del insomnio rubricando la fatiga de sus ojos enrojecidos.

– Mamá Floriani –musitó Colombina–, vengo a que me acompañe a buscarle.

– ¿Adonde?

– A la ermita de la loma.

Dejaron al Gran Floriani reposando –un ronquido bajo cinco mantas– y emprendieron el ascenso a la ermita. El cielo teñido por los árboles de la aurora se bañaba en la brisa fresca del amanecer. Las primeras aves cantaban para espantar el último lucero. El olor a romero perfumaba el camino. Desde un charco les miró una rana rezagada. Gallos invisibles le daban con su canto la señal al sol para levantarse. Colombina, blanca y tibia, subía la senda junto a su exuberante compañera.

La ermita era pequeña, breve y triste, como un suspiro de niño llorón. Afuera, el sol, que ya pulía las tejas con su esmeril de oro. Dentro, bancos de madera, un santo de piedra, aroma de flor y un ermitaño amable y mañanero. Al ver las caras extáticas de las dos mujeres se acercó a ellas con gesto benévolo.

– ¿Admiran al Ángel San Miguel? Bella figura de santo varón. Y no crean, que también fue pecador en su mocedad. Hay una bella leyenda, una tradición, diría mejor, dulce y poética. En vida, Dios lo castigó por romper su voto de castidad con una moza. Su penitencia fue volver a la tierra incesantemente, desposeído de sus poderes milagrosos, de los que abusó un día sólo por ser grato a una moza. Dios dispuso que estaría errante por la tierra hasta que rechazara

la tentación del amor de una mujer. Sólo entonces volvería a recobrar la gracia de Dios y con ella su poder de hacer milagros. Únicamente le dejó el Señor en esa su peregrinación de expiación un milagrito amable. Podría hacer aparecer flores donde quisiera. Pero hasta demostrar que prefería la gracia divina a los brazos de una mujer, allá debía ir el mozo de la cabeza ligera y el corazón flaco por el mundo. Esa es su figura y ésas sus flores. ¿No huelen sus mercedes el perfume de las florecitas azules del heliotropo, las predilectas del Ángel San Miguel?

Otra vez la noche y el silencio sobre el circo dormido. Carromatos, ínulas, jaulas y gentes de sueño inquieto. Una luna tan grande como el cielo mismo, bañando el circo del cielo con su luz casta. Luego, el despertar con el lucero del alba de las gentes del circo. Y las huellas del paso de una presencia gentil: Cascabel, que despierta vestido con una malla de plata; los caballos con gualdrapas bordadas y arneses repujados; las hermanas, que hallan un encaje de oro en sus puntillas; Sansón, que al abrir los ojos encuentra sus pesas rellenas de pedrería; los Floriani, que se ven en su carro transformado en carroza de príncipes, toda de metal precioso, tisúes y brocados. Y Colombina, que al despertar de su bello ensueño percibiendo un vago batir de alas angélicas en su rostro, encuentra entre sus manos un ramito de heliotropo.

UNA TUMBA EN MALACOR



LA VILLA DE MALACOR es pequeña, desolada y gris, un remolino de casuchas de adobe y piedra en la altiplanicie, al pie de las altas montañas y a corta distancia de la explanada en donde de vez en cuando se posa uno de los grandes aviones que hacen el trayecto entre Managua y Guatemala. Los aterrizajes forzosos, por mal tiempo o averías en el motor o para dejar a un ingeniero u obrero de los que trabajan en las minas de plata cercanas, son el único motivo que justifica la existencia del pueblecito. En mi caso, fue la tormenta que se anunciaba al otro lado de las altísimas montañas lo que obligó al piloto a aterrizar en Malacor, pueblo feo y sórdido como una maldición de Dios estampada sobre la frente de granito del altiplano.

Eran las cinco de la tarde cuando aterrizamos. Descendimos un grupo de peones en ruta hacia las minas, los tres mecánicos del aparato, un piloto fatigado y maltrecho por la larga jornada, y yo. Una camioneta destartalada nos aguardaba en la explanada junto al grupo de hombres aburridos, de caras arrugadas por el sol, más ajadas aún que sus propios trajes. La parada del avión, único incidente que rompía la monotonía de la vida en aquel pueblo nacido de la flojedad de las alas de los Icaros de aluminio, ya no excitaba otra

mantel de una taberna pueblerina-. ¿Hasta mañana solamente y cuando mejore el tiempo al otro lado de las montañas?

- Así me ha dicho el piloto -respondí-. Saldremos, si no hay novedad, mañana por la mañana a las siete en punto. Haga que me llamen y prepáreme algo de cenar para eso de las ocho de la noche.

- ¿Había estado usted ya en Malacor? -me preguntó la mujer mientras me acompañaba escaleras arriba hacia uno de los cuartos.

- Hace muchos años -repuse-. Muchos. Diez años. Y solamente pasé otra noche, cuando aún no llegaban aquí los aviones. Fue en ruta a las minas de plata, en donde hice unos informes. Pero esto no ha cambiado mucho.

Entramos en el cuarto. Igual que abajo en el zaguán, no había sino los muebles estrictamente necesarios para un viajero que se sabe ha de aceptar por pura fuerza una hospitalidad indeseada. Una cama de hierro con una colcha anaranjada, una silla, una percha, un lavabo con un jarro vacío al lado. Las paredes de un gris herrumbroso, desnudas, acentuando su soledad un solo clavo en un muro, encorvado y oriniento, en donde algún viajero colgaría su sombrero o sus correajes, y en donde todos fijarían en algún momento una mirada de recelo y un pensamiento siniestro. Había una ventana que daba a la parte de atrás de la casa, por donde

se veía el final de la única calle del pueblo, que trazaba un absurdo semicírculo, y las laderas desnudas con manchones de verdura en las zonas resguardadas del sol. A poca distancia se alzaban unas colinas de un verde oscuro, amparadas por la sombra de las montañas, y sobre ellas flotaba un haz de sol filtrado desde la altura por entre los tortuosos picachos, como la espada de fuego de un arcángel vengador. Desde el pueblo hasta las colinas serpenteaba una senda cubierta de polvo calizo, en la que habían estampado sus huellas cascos de caballos.

– No –repitió la posadera, alisando la colcha sobre la cama–, yo vine aquí con mi pobre marido, que murió de disentería hace ocho años y, excepto la llegada de los aviones, nada ha cambiado. Es un pueblo que no crecerá nunca porque las minas tampoco han crecido y siguen estancadas como al principio, y porque nadie quiere quedarse aquí más que el tiempo que les obliga su trabajo o el de espera entre dos aviones. La gente de las minas vive curiosidad en el personal del improvisado aeropuerto que la de saber si llegaban cartas o paquetes para ellos o sus familias. La población de Malacor eran trabajadores de las minas de plata y sus familiares. Desde la altura, Malacor era un triángulo negruzco al pie de las altas cumbres; pero, ya en tierra, a la distancia de unos pocos kilómetros, Malacor era el resultado del juego de un chiquillo diabólico que, acumulando bloques de madera y de piedra, se hubiera

divertido en demostrar lo sórdida y vulgar que puede ser la vivienda humana.

Subimos a la camioneta los peones, los mecánicos, el piloto del avión y yo, sentándonos, entre fardos y equipajes, en el suelo del vehículo. En el cielo, de un brillante azul, unas nubes junto a los altos picachos estaban teñidas de escarlata, como si el sol se hubiera desangrado sobre ellas al herirse contra los picos afilados de las altas cumbres.

Olía el aire a tierra reseca, sin otra humedad en la brisa cálida que el agrio vaho del sudor de los hombres que me rodeaban. Sentía el zumbido del motor prendido a los oídos, como un invisible abejorro. No hubo conversación, excepto algunas preguntas y respuestas mecánicamente formuladas. Una nube de polvo dorado nos envolvió todo el camino. En la distancia brillaba al último sol el avión aterrizado como flecha de plata caída en el suelo al agotarse la fuerza que le imprimió el brazo que disparó el arco. Comenzaron a molestarnos los primeros mosquitos. Ahuyentados por el estrépito del vehículo, salían corriendo los grandes lagartos, reverberando al sol como esmeraldas vivientes.

El auto paró en seco a la entrada del pueblo. Hubo una dispersión rápida de los viajeros, sin saludos y sin bromas, como si el sol hubiera secado hasta las almas. Con mi maleta en la mano, entré en una casucha de piedra, de ventanas

pintadas de un verde que ya era solamente un recuerdo del color. La fresca umbría interior olía a guisote de fríjoles.

Me recibió la dueña de la posada, una mujer cuya obesidad no había sido desecada por los soles, con unos ojos que relucían como moscas metálicas tras los cristales de las gafas empañadas por el calor.

– Alfonso de Castilloblanco, ingeniero –leyó ella sobre mis hombros mientras yo escribía en el libro de registro de viajeros, tan grasiento como el allí, al menos los solteros, y los casados viven aquí con sus familias, y en cuanto tienen lo bastante, se van en mula o en avión a buscar trabajo al otro lado de las montañas. Es un pueblo maldito de Dios.

Una mosca metálica, gorda y lustrosa, se posó sobre uno de los cristales polvorientos de la ventana y relumbró al sol como un chispazo de rubí. La posadera la aplastó indiferentemente con el paño de limpiar que llevaba en la mano, y pasó luego el paño sobre la mancha escarlata que quedó en el vidrio.

– Un pueblo maldito de Dios –repitió lentamente.

– ¿Qué puedo hacer hasta la hora de cenar? –le pregunté, pues me horrorizaba la idea de quedarme encerrado en el cuarto.

Se encogió de hombros.

– Depende de lo cansado que se sienta. Si quiere esperar un rato, en una hora se abre el cafetín al extremo de la calle, y puede allí tomar unas copas si no le importa el ruido de los que juegan a las cartas. De lo contrario, puedo alquilarle un caballo, darse un paseo hasta las colinas y volver a la hora de cenar. Allí hay hierba y árboles.

– Prefiero que me alquile el caballo. ¿No vive nadie en las colinas?

– ¿Vivir? ¡Nadie! Pero podrá ver el cementerio.

Media hora más tarde, después de lavarme un poco, comencé a trotar en un caballón, enorme como un pequeño elefante, reflexivo y lento como un filósofo germánico, hacia las verdes colinas. El caballo conocía el camino y le dejé la brida libre. Entornando los ojos para protegerme del reflejo de la terrible solana abrasadora, a pesar de estar cercana la puesta de sol, pude mecerme en mis pensamientos.

En unas horas, al día siguiente, llegaría a Guatemala y comenzaría la anhelada vacación. Un mes de libertad para pasar revista a mi vida y tratar de enderezarla. Tengo cuarenta y cinco años, me dije, una carrera de ingeniero, un puesto en una buena compañía de petróleo y una casa con dos criadas en Managua. Dentro de varios años podré disfrutar de los beneficios del retiro obligatorio en esta compañía a la que he dedicado los mejores años de mi vida. Ese mes podré emplearlo en lo que quiera; y lo que quiero,

lo que he querido siempre, es escribir, y esa vocación frustrada me ahoga como un deseo insatisfecho, tan poderoso que día y noche me muerde el corazón. No he escrito una línea en mi vida, como no sean mis informes profesionales, pero he sentido siempre que tenía dentro muchas cosas que contar. Si es posible llamarse músico sin tener otra cosa que una melodía en el corazón, puedo llamarme novelista de las mil novelas que jamás escribí, pero que de un modo informe y confuso burbujan dentro de mí como un filtro mágico fermentando en un crisol.

Si fuera posible volver a vivir mi existencia, abandonaría la vida prosaica y árida de ingeniero, la tremenda sujeción al más prosaico de los deberes profesionales, para vivir una vida de aventura y poesía. Mas lo único poético que ha habido en mi vida es mi nombre: un sonoro y rotundo nombre español, que me dieron mis padres y que he estampado infinidad de veces al pie de informes técnicos, de referencias científicas, de dictámenes industriales, de peritajes agronómicos, de comunicaciones de ingeniería. He vivido una sola vida, pero de noche me atosigan las vidas no vividas, los mil senderos que mi pie hubiera podido hollar a no haber pisado siempre en la trillada dirección de mi carrera. He sido un escritor malogrado, un aventurero que sólo vivió sus aventuras en sus ensueños, una existencia frustrada, un barco que naufragó en el puerto antes de zarpar, un poeta sin poesía, que en vez de ritmos métricos se dedicó a manejar reglas de cálculo, y en vez de

amontonar sobre su mesa de trabajo perlas y plumas, nubes y estrellas, piedras preciosas, flores y trenzas, sedas y marfiles, para tejer con todos ellos una trama de hilos de luna en donde prenderlos, se dedicó a cuadrricular el universo con puentes y vías y a erizar la tierra de pozos metálicos. Quise llegar al cielo, no por el camino del incendio, como los poetas, sino que uní la tierra al cielo por el camino del surtidor de petróleo, el modo por el que los ingenieros hacen que la tierra escupa su suciedad al azul celeste.

Al pararse el caballo en seco al pie de la colina, se detuvieron también mis divagaciones. A la distancia, el pueblo se había convertido en un sórdido amontonamiento de bloques grises y negros. La senda restaba atrás como un látigo blanco abandonado, serpenteante como un reptil sobre la tierra. El límite del reborde del sol marcaba el comienzo del manchón de verdura. Ante mí se alzaba la subida a la colina, de moderada altura, cubierta de arbolitos bajos, islote de húmeda verdura en la aridez circundante. Amarré el caballo a un árbol y emprendí la subida por una senda tapizada de hierbe- citas pálidas holladas por el paso de algún viajero indiferente como yo. Era una bendición divina oler a tierra húmeda y bañarse los ojos en verdes, y poder tocar tallos verdes y troncos rugosos de árbol. La fatiga física de la subida fue adormilando mi capacidad de pensar. Cuando llegué a la cima de la colina, me paré al pie de unos árboles agrupados como varios centinelas en

conciliábulo y vi ante mí el cementerio. Era tan humilde como la colina misma. Un cementerio de aldea, cercado por mojones de piedra toscamente amontonados. Más que un cementerio, parecía un huertecillo de parcelas abandonadas. Conté hasta seis parcelas, que sin duda correspondían a otras tantas tumbas, a juzgar por las cruces de madera, que tenían el aspecto de extraños pajarracos en grotescas actitudes. No había más que grandes piedras planas hincadas sobre cada tumba, abandonadas y desnudas como un cuerpo caído en el campo de batalla. Al fondo de las parcelas, separadas por surcos como de labranza, había una tumba, una sola, esmeradamente cuidada. La tierra estaba suavemente alisada, limpia de hojarasca y de guijarros; la cruz de madera, pintada de blanco, no parecía un cuervo como las otras, sino una paloma, y su severidad estaba dulcificada por una guirnalda de flores amarillas reseca. Me acerqué, andando de puntillas sobre las otras tumbas. Junto a la cruz había una piedra a modo de lápida, rústicamente tallada y semienterrada en la tumba. La luz de la puesta de sol lo bañaba todo, lejano e ideal como un milagro. Me arrodillé ante la tumba para ver el nombre de quien reposaba allí. En la lápida, grabada a golpe de cincel, vi una fecha de nacimiento que me era familiar, la de 1905, y otra fecha semiborrada, la de la muerte, que no pude leer bien. Sobre ambas fechas, el nombre del muerto. El mío: Alfonso de Castilloblanco.

No recuerdo haber sentido asombro ni espanto, pero sí una tremenda sensación de irrealidad y desconcierto. Jamás he leído de nadie que sin esperarlo se hallara frente a frente con su propia tumba. Con febril celeridad comencé a limpiar de polvo la lápida para asegurarme de que lo leído no había sido fruto de una equivocación. Mas no; allí estaba mi nombre completo, mi villa natal, mi país, mi fecha de nacimiento. Y allí estaba aquella

en la cual, según la lápida, yo había muerto. Y la fecha, aunque no tenía día, existiendo solamente un espacio en blanco, tenía el mes y el año. El mes y el año en que yo estaba en Malacor en aquellos instantes.

Recuerdo haberme incorporado con lentitud, sintiéndome vivir en plena pesadilla.

Secándome el sudor de la frente con la manga, me senté en una piedra grande y gris, sobre la cual piaban invisibles unos paj arillos desmayados por el calor. Mi cerebro parecía haberse detenido repentinamente en su funcionamiento, rehusando hallar una explicación lógica al inexplicable suceso. Pasaron así muchos minutos, en una extraña soledad. Mas la oscuridad avanzaba a lento paso de vaca por el azul celeste; empezó a tender sobre mí sus cendales de sombra, y la oscuridad del cementerio se tragó la lápida que tenía mi nombre. Mas el zumbido de los mosquitos, el cercano relincho de mi caballo al pie de la colina, el sudor que me caía de la frente sobre los ojos irritándome, el

calor opresivo del aire inmóvil, me devolvieron la sensación de realidad, una realidad súbitamente destrozada por el clarinazo electrizado de una lápida hallada en un olvidado cementerio pueblerino. Con un llanto de angustia, me arrodillé sobre mi tumba y comencé a cavar en ella. Una piedra plana, un cortaplumas, una rama de árbol, me sirvieron de palas. La tierra era seca y dura. Varias veces vi teñirse el polvo dorado con gotitas de sangre de mis manos, pero como un autómatas seguí mi macabra tarea, ahondando cada vez más, hasta que llegara a verme cara a cara con lo que allí estuviera enterrado.

La noche cayó sobre mis hombros como una manta de grueso paño. Los pájaros cesaron de cantar, como si una mano invisible hubiera cerrado la llave de los trinos. La brisa empezó a refrescar. En las tinieblas, cada vez más densas, bajo un cielo limpio y sin luna, principiaron a brillar como estrellas caídas las lucecitas de Malacor.

Ciega, mecánicamente, seguí cavando. El hoyo, inmediatamente delante de la lápida y de la cruz, era ya de cerca de un metro de profundidad por otro tanto de ancho. Ya no podía ni siquiera verme las manos de tan oscuro, pero seguía cavando, esperando con pánico el instante en que la piedra que usaba como pala chocara contra algo metálico o duro, para entonces, con mano temblorosa, encender una cerilla. A su llamita azulada me vería cara a cara con el terror sin palabras.

Mi cuerpo ya no era sino una dolorida masa de músculos y calores apretujados en un miedo incontenible. Y en aquel momento una mano se posó en mi espalda.

No tuve tiempo de asustarme. A la luz de un gajo plateado de luna que acababa de asomar en el cielo, pude ver a contraluz una mujer. Una muchacha de ideal palidez y larga cabellera, como las vírgenes de los vitrales iluminados de una catedral. En la penumbra sólo podía ver el óvalo céreo de su rostro y adivinar los ojos de cuenca oscura, acentuada por la oscuridad.

– No busque más –me dijo con voz suave–. No hace falta. Está usted aquí y eso es lo principal. Le esperaba hace mucho. Temí que no llegara a tiempo. Levántese. Su cuerpo arde como si tuviera llamas en el corazón. Venga conmigo.

Me levanté, y esbozando un gesto de sacudirme el polvo de las manos, la seguí despacio. Paradójicamente, todo mi temor había desaparecido, como si la mujer del largo cabello y la voz aterciopelada fuera un ángel capaz de disipar los horrores de mi pesadilla. Avanzamos hacia un claro de luna en la colina. La quietud de la noche era aún mayor que la calma del cielo. Vi brillar al pie de los arbolillos el punteado de fuego de las luciérnagas. Mi guía era solamente una sombra oscura, cuya cabellera brillaba como un bruñido casco de valquiria bajo la plata lunar. Gentilmente se volvió hacia mí, y tomando mi mano ardiente entre las suyas, suaves y frías, me hizo sentar en una gran piedra plana,

sentándose a mi lado. Pude entonces ver claramente su rostro de palidez pura e ideal, como una cara de virgen en un cuadro de milagros, y su amplio ropón de seda clara, bajo el que palpitaba un busto de rosas de mayo, y adivinar la desgarrada herida roja de los labios en el rostro pálido, y ver el brillo de luna en los grandes ojos negros. El rostro estaba enmarcado por una cabellera partida a ambos lados de la cara, que descendía en suave y gentil cascada blonda sobre sus hombros delicados. Se llevó a la cara un pañolito que sacó de su seno, y, después, al ver brillar a la luna mi cara sudorosa, lo pasó por mi rostro. Era un pañolito pequeño y suave como un ala de golondrina, húmedo de lágrimas y que olía a violetas frescas.

– ¿Quién es usted? –le pregunté en voz baja.

– ¿Y tú me lo preguntas, Alfonso? ¿Tanto he cambiado en estos diez años?

– ¿Quién es usted?

– No puedes haber olvidado, o de lo contrario hubieras hallado mi tumba junto a la tuya.

Me levanté estremecido. La sacudí por los hombros y fue como agitar el tallo de un rosal que da perfume al sacudirlo.

– Dígame quién es usted. ¿Qué significa todo esto? ¿Por qué está ahí mi tumba? ¿Quién está enterrado en esa tumba?

Ella se levantó también y tomándome por los hombros me hizo sentar a su lado, con tanta dulzura como firmeza.

– Alfonso, mírame bien. Como me mirabas entonces. Háblame como entonces. Como sabes hablar a tu Amandina.

Di un brinco. El recuerdo relampagueó en mi conciencia, surgiendo de oscuros recovecos subconscientes, como el heraldo de una tormenta que se avecina.

– ¡Amandina!

– ¿Te acuerdas de mí, mi amor?

– ¡Amandina!

– Tres veces repetías mi nombre antes de besarme en otros tiempos. Decías que era como un conjuro ideal, antes de que se hiciera el milagro de nuestros besos.

Esta vez ella confundió su nombre en mis labios, con el mío en los suyos. Bajo la luz irreal de la luna clara, a unos pasos de mi tumba, recibí de sus labios, que sabían a miel y violetas, un beso fresco y limpio como un sorbo de agua en un arroyo de cristal.

Durante mucho rato permanecemos abrazados en el silencio entrecortado por sus suspiros húmedos de llanto. Y mientras que entre mis brazos aprisionaba el extraño presente, la cabalgata de memorias del pasado comenzó a cruzar los desfiladeros de la memoria.

¡Amandina! La recordaba ahora, como la vi hace diez años. En mi único paso por Malacor, cuando aún el pueblo era solamente un garabato negruzco de casuchas, trazado por el dedo de un dios burlón sobre la arena candente de los altiplanos. Velozmente recordé mi otra llegada al pueblo y mi encuentro con el ingeniero jefe de las minas de plata, en cuya casa me alojé una noche. Recordé una casa de madera con una terraza y un raquíptico jardinillo, en donde el ingeniero, Mr. Valcore, un hombre entrado en años y en dolores reumáticos, me prestó hospitalidad por una noche. Recordé su casa, solitaria y sombría como un museo abandonado, llena de porcelanas chinas, de abanicos de marfil y de puntillas y sedas, incongruentes en aquel desierto. Recordé a su esposa, una niña casi, una adolescente, de palidez de hostia, que nos sirvió en silencio, y casi parecía una nieta sumisa más que una esposa fiel. Recordé una breve sobremesa en una terraza bañada de luna, y mucha conversación con el viejo ingeniero, sobre minas, explotaciones, material, equipos y problemas técnicos. Y recordé luego, cuando él se fue a acostar impelido por los dolores de su reuma, que yo sostuve una conversación anodina e insulsa, sobre problemas técnicos,

lo único de que yo era capaz de hablar, con su esposa, silenciosa y atenta como una niña bien educada oyendo un sermón en la iglesia. Por fin le di las buenas noches, y me entré, dejándola sola y callada, y ya en mi dormitorio sentí una gran tristeza e insatisfacción de mí mismo, y una gran nostalgia de cosas que no me atrevía a formular. Al día siguiente, sin verla a ella, abandoné la casa con su marido, y ya no la volví a ver hasta ahora, en que la hallaba solitaria como una aparición vagando por la colina argentada de luna.

– Amandina –le dije, y ella separó la cabeza de mi hombro y me miró con unos ojos en donde parecía haberse derramado toda la dulzura de una noche estival–. ¿Dónde está tu casa y tu...?

– Todo está donde estaba. Más arriba, subiendo la otra colina. Hasta su muerte, hace dos años, mi marido no quiso acercarse a Malacor, que detestaba. Yo me quedé allá sola con la india vieja que siempre me cuidó como una madre. Todo está igual, todo lo que tanto te gustó en la noche inolvidable. La china en los testers, los abanicos de marfil, los sillones de raso, hasta las cajitas de música con un aire de Bouguereaus, y el piano en donde me hiciste sentar para que tocara una sonata de amor con sólo dejar que la luna pulsara las teclas en vez de mis dedos.

– Amandina, ¿qué has hecho todos estos años?

Me miró con la suprema sencillez de sus ojos inmensos y serenos como el mar en calma.

– Pensar en ti –repuso–. Y esperar tu regreso.

– ¿Cómo supiste que yo estaba aquí?

– No lo sabía. He venido todas las noches a ver la parcela de tierra que tantos recuerdos tiene para los dos. En esa parcela –me dijiste– quiero morir contigo. Igual que los dos morimos una muerte pequeña aquella noche. Y allí llevo flores, y allí rezo, y allí te he esperado todos estos años.

– ¿Quién puso la lápida? ¿Quién está... enterrado allí?

Un dedo suave como un tallo de lirio selló mis labios.

– No preguntes tantas cosas. No puedo, no debo responderte. Bástete con saber que te esperaba. Que tus palabras, que la llama que encendiste hace diez años han seguido dándome luz todo este tiempo.

– Amandina, yo casi no te hablé. Yo no dije nada. Yo no era, no soy, sino un pobre y prosaico ingeniero, que no sabe sino de máquinas, que huele a grasa y aceite, y que jamás oyó otra música que el chirriar de grúas y poleas o el taladro de las perforadoras.

– ¡Alfonso, Alfonso! Tú hablaste aquella noche. Déjame que sea yo quien recuerde. En nuestra casona grande y

solitaria, vivíamos mi marido y yo como guardianes de un museo abandonado y no como marido y mujer, sino como abuelo y nieta. Le quería por agradecimiento, pero mi vida era una espera continua. Cuando aquella tarde llegaste, con el último sol encendiendo tu pelo rojo, entró en la casa una ráfaga de pasión y de aventura. Recuerdo tu risa fuerte y sana, ahuyentando de los rincones las sombras de nostalgia. En tu mano fuerte cada tacita de porcelana se convertía en una palomita de buche delicado y frágil en la mano de un noble cazador. Tuviste la idea que he seguido desde entonces de levantar a la vez las tapas de las doce cajitas de música dispersas por la sala, y envolvemos en una oleada de música como una espuma de melodías. La cena, que era siempre desolada y monótona como un yantar en el refectorio de los monjes, se convirtió en un alegre festín. Trinchabas la carne como si acabaras de llegar a una vieja posada inglesa después de una larga jomada en diligencia o en silla de posta, y contigo entrara el son de trompas de caza y el chocar de los cascos de los caballos contra el suelo helado de escarcha en una carretera en una mañana de invierno. Algo puro y fresco, sano y sensual. Levantabas tu vaso de vino «rojo y caliente como la sangre de un cazador», como tú mismo decías, cual si acabaras de llegar a medianoche repiqueteando en las ventanas pintadas de verde con tu fusta, para entrar llevando escondido en una de tus botas polvorientas de caminos de aventura un mensaje secreto que entrañara el rescate de una princesa o una intriga para arrebatarse las joyas de un emperador. La

cena alumbró lo que tú llamabas tu vena de pirata. Hablaste, hablaste, hablaste. La magia de tu ilusionismo verbal alumbró leyendas y romances de aventura en tierras legendarias en las que tú habías estado, y en las que revivía la ilusión de bosques sin senderos, alfombrados de armiños de nieve; de torres en ruinas en las que velaban hombres armados junto a cofres repletos de joyas; de casas a oscuras en una playa desierta en donde tú habías jugado un escondite magnífico, con aventureros de cuchillo ligero y corazón audaz, en donde el precio era la vida; de paseos en canoa por ríos silenciosos alisados por la plancha de plata de la luna hasta no dejar ni una sola arruga de oleaje. Hablabas y tu palabra era la voz de un libro de estampas pintadas de los que de niño hemos descubierto en el fondo del arcón olvidado, en el desván polvoriento de leyendas.

Luego salimos juntos a pasear, enlazados del talle, y me dijiste que mi aliento era más dulce que el vaho de las violetas imperiales en el valle, y que mi talle era tan ideal como el de una rosa, y por fin sellamos con nuestros labios en una parcela perfumada, bajo una luna que me dijiste que tenía el color del rosicler, la plata roja que hallabas a veces en tus minas. Al pasar mis manos sobre tu pierna y notar la cicatriz que tienes bajo la rodilla y te llega hasta el pie, me revelaste que llevabas un hueso de platino, en sustitución del que perdiste en un accidente. Y me explicaste que hasta la anatomía tenía su poesía, y que ese metal mágico dentro

de tu cuerpo te unía a los misterios de los metales preciosos escondidos en las entrañas de la tierra.

– Amandina, yo no soy ése. Ese es el que yo hubiera querido haber sido. Yo casi no te hablé aquella noche. Yo fui un viajero que olía a grasa de máquina y tenía en vez de corazón una tabla calculadora.

– Cállate, Alfonso. ¿Hubiera yo podido vivir diez años a no ser por el recuerdo de aquella noche y por tu espera? Sobre la parcela de tierra en la

que te encontré esta noche te di cuanto podía darte, y con mi cuerpo te entregué mi alma llena por ti de luz clara. Sabía que ni la tierra podía retenerte, y que volverías a mí, lleno de savia y de vida como ahora.

– Amandina, yo tengo que averiguar todo esto. La cabeza me arde. Tienes que ayudarme a encontrar el verdadero hilo de mi vida, a saber qué hay en el fondo de mi tumba, y quién puso allí una fecha...

– Cállate, amado. Como tu santo paisano, «vestidos nos dejaste de tu hermosura» de alma a cuantos te conocimos. A nosotros vuelves, a darnos más de la belleza de tu alma y del calor de tu vida.

Un tañido de argentino son estremeció los límpidos cristales azules de la noche. Alguien estaba agitando una

campanilla en la colina, que aparecía a nuestra espalda como la mole de un castillo de nieblas.

Amandina se puso en pie lentamente.

– Esa es Concha, mi nodriza india. Debo volver y tranquilizarla, explicarle lo que sucede, para que no se alarme. Ella ha venido muchos días conmigo a traer flores aquí y a rezar de hinojos sobre la tierra. Debo prevenirla antes de que te vea, para que no se asuste. Tú me esperarás aquí, ¿verdad?

– Amandina, debo regresar al hotel, recoger mis ropas y equipaje, y volver a tu casa, si así lo deseas, para aclarar todo esto.

– Haz lo que gustes, mi amor. Esta senda que se abre frente a nosotros te llevará a mi casa. Estaremos en completa soledad una vez que tranquilice a mi ama india. Mejor todavía, te aguardaré aquí, en nuestra parcela, en donde mismo te encontré, en donde te he esperado todos estos años.

Sentí contra mi pecho la dulce presión de su busto ideal y en mis labios la dulce huella de los suyos, y la vi alejarse, esbelta y argentada de luna, por el sendero bordeado de arbustos en donde chisporroteaban las luciérnagas.

El trote lento de mi caballo, de regreso hacia las luces de Malacor, me devolvió algo del sentido de la realidad. Yo era Alfonso de Castilloblanco, ingeniero de minas, y estaba tan vivo como la cabalgadura que me devolvía hacia el pueblo cuyas luces parpadeaban en la distancia. Lo sucedido había sido una pesadilla sin explicación posible. Una tumba con mi nombre y la fecha del mes en que estábamos, una mujer espectral que decía recordarme,

pero que no recordaba al ingeniero prosaico que estuvo en su casa unas horas para hablar de negocios con su marido, sino a un aventurero audaz, galante y romántico, que se llevó en sus alforjas una noche de amor sin precedentes, y que había sido capaz de dejar tal siembra sentimental que diez años más tarde aún le esperaban con la alfombra de los recuerdos aguardando su paso. Sí; aquello era lo que yo hubiera deseado que sucediera pero que no había sucedido, desafortunadamente. Aquella mujer, la dulce Amandina, estaba confundida o demente. Como demencia era el hallar mi tumba, en la que reposaba sin duda un cuerpo desconocido. Me prometí regresar y terminar mi labor, que ella interrumpió, confrontándome con quienquiera que fuera que reposase en mi tumba.

Los puntos luminosos se trocaron en lunitas iluminadas, y más tarde en cuadritos de luz amarilla, para convertirse en ventanas cuando mi caballo, olfateando ya el pienso, aceleró espontáneamente su trote hacia las casas en penumbra que

se iban adelantando hacia nosotros. Con las luces se alzó el rumor de voces, ladridos y hasta de música de fonógrafo, sin duda de la cantina, que anunciaban el pueblo. Al llegar a la puerta trasera del hotel, dejé mi caballo en manos de un mozo indio, y sintiéndome sin ánimos de subir hasta mi cuarto, y menos aún de enfrentarme con una posadera malhumorada y una cena fría, me encaminé hacia la cantina.

Eran ya las once de la noche, y por la calle principal en semitinieblas, sobre las que a veces se proyectaba el tijeretazo de luz de una puerta que se entreabría, paseaban lentamente algunos indios, peones, unas familias, tan despacio como si la pesadez del aire, adhiriéndose a sus ropas, no les dejara caminar aprisa. De varias puertas entreabiertas salía olor a fríjoles y a guisos de carne. El aroma del vinazo barato me anunció que me acercaba a la taberna.

Una cueva iluminada por candiles, con muchos hombres de pie junto a un mostrador de zinc, y otros sentados ante mesas de madera, envueltos en la neblina azul del tabaco menos espesa que la música que, como un chorro denso, se desleía desde un altavoz desvencijado sobre los parroquianos de la taberna. Ruido de fichas de dominó. Olor a morcilla especiada y aguardiente fuerte. Sombras grotescas bailoteando sobre las paredes como en un juego de sombras chinescas. Me senté en la mesa más cercana a la puerta para no ahogarme en aquella atmósfera. Ordené

al mestizo fornido de cara de luna llena que se me acercó, pan, chorizo y vino. En todas las mesas había hombres blancos y mestizos, peones y trabajadores de las minas, sin duda alguna, jugando a las cartas o al dominó –cuyas fichas caían en cascada de sonido sobre las mesas–, hablando y riendo, y bebiendo el aguardiente del país en cubiletes de estaño o en vasos grandes de cristal. El olor a carne humana, a sudor agridulce, a ropas pegajosas, mareaba. Pero allí había gente humana, auténtica, real, lo que yo necesitaba para desvanecer la sensación de irrealidad que antes me acometiera. En aquella atmósfera no parecía tener verosimilitud alguna lo sucedido hacía unas horas. El pimentón del chorizo me mordió la lengua como si fuera un roedor furioso, y el pan áspero y el vino fuerte y espeso me infundieron el calor que necesitaba mi espíritu en donde parecía haberse quedado, como un jirón de niebla, algo del frío de las tumbas en la colina.

Procuré no pensar en nada, antes bien fundirme en el ambiente, pasar a ser parte del ruido, los olores y el sabor picante, como único modo de tomar a la realidad. Una voz ronca pero respetuosa, me sacó de mi distracción.

– ¿Sería tan amable el caballero de invitarnos a una copa?

Alcé la vista y eché atrás la cabeza, porque el aliento de mi interlocutor era tan irresistible como abrir la tapa de un tonel que ha estado cerrado demasiado tiempo y cuyo aguardiente se esparciera en forma de humos furiosos y

vapores ardientes. Eran tres mestizos que, por sus botas y correajes, parecían ser arrieros, de ropas relativamente cuidadas aunque remendadas y polvorientas, cubiertos de chapas de plata los cinturones, con botones y herretes argentados, con esa afición del mestizo a adornarse tan pronto como tiene unos pesos. El que me había hablado tenía una faz leonina y unos ojos pequeños y brillantes como granitos de mostaza. Los otros dos eran un indie- cito joven y tan flaco que su esqueleto parecía estar tratando de aflorar a la superficie de su rostro cadavérico, y un mestizo de cabeza plateada bajo la que había una gran cara impasible, como tallada en el basalto de una montaña rocosa, con unos labios invisibles y unos ojos que tenían la dulce blandura del bebedor empedernido. Los tres se apoyaban uno en el otro, y estaban tan estupendamente ebrios que era un milagro verles en pie. Conociendo las costumbres de lugares similares, y deseoso de evitar un escándalo, les hice un ademán afirmativo con la cabeza, y el tabernero, que parecía estar aguardando la señal, les puso en el acto en mi mesa una botella de aguardiente y tres copas, que llenaron cada uno de ellos hasta los bordes sin derramar una gota, y apuraron a mi salud un par de veces, antes de sentarse ante mi misma mesa. Me decidí a terminar mi frugal cena y salir de la taberna.

Vagamente les escuché hablar con lengua estropajosa de sus caballos, de los viajeros que llevaban, del aguardiente que habían bebido y del que pensaban beber. Las palabras

salían de sus labios como burbujas explosivas de sonido, y con ellas un vaho ardiente de alcohol incendiario. Mas, a los pocos minutos, el que se me había acercado y que cada vez proponía un brindis en mi honor, al que respondían los otros entusiásticamente, varió de brindis.

– Por la salud –dijo– del mejor guía a caballo que hay en toda la montaña. Por Simón –volviéndose al mestizo de cabeza plateada– y porque algún día revienten los condenados autos que van a esperar a los aviones, y vuelvan sus caballos a traer y llevar a los viajeros a las minas como hace veinte años.

Por segunda vez aquella noche, una lejana campanilla tocó a rebato dentro de mi espíritu: un guía indio que hacía veinte años llevaba y traía los viajeros a las minas. Le miré con atención. Detrás de la veladura de oro que los años y el alcohol habían puesto sobre su faz le reconocí en seguida.

– Simón –le dije–. ¿Te acuerdas de mí? Tú me llevaste a las minas de plata, a Los Pozos, una mañana muy temprano, hace diez años. ¿Te acuerdas de mí?

El mestizo se detuvo con el vaso a medio camino de la boca, como si le hubieran anunciado que iban a hacerle un retrato. Sus ojos de fruta madura trataron de enfocarse en mí, sin conseguirlo. Dulcemente movió la cabeza.

– No recuerdo, señor, no recuerdo.

Mas para mí, aquello era de gran importancia. Porque una mañana, casi de madrugada, hacía diez años, un mestizo llamado Simón, que ahora estaba sentado ante mí, me había recogido en casa del ingeniero Valcor, en la colina, y me había llevado en sus caballos hasta las minas. Fue la mañana siguiente a la que, según Amandina, había sido nuestra noche de amor, Y mi única posibilidad de comenzar a desentrañar el misterio era a través de alguien que recordara mi pasada estancia en Malacor.

El indio que me hablara en un comienzo, tomó por el brazo al muchachito indio, tan suavemente como si fuera un corderillo, y se inclinó hacia él.

– El caballero desea hablar con Simón. Vamos a dejarles solos un rato. Y saludándome ceremoniosamente y tomando del brazo al muchacho cadavérico, se alejó hacia otra mesa, llevándose la botella de aguardiente semivacia.

– Simón, Simón –le dije, haciendo seña al tabernero para que trajera más aguardiente–. Tienes que recordar. Has llevado muchos viajeros, pero a mí me llevaste hasta Los Pozos desde la casa de la colina con las ventanas de color verde. Fuimos solos durante varias horas. Me hablaste, todo el camino, de este lugar y de las gentes que conocías.

Simón trató, sin conseguirlo, de encender un cigarrillo, y, finalmente, recogiendo las briznas de tabaco sobre la mesa

húmeda de aguardiente, se las fue comiendo como si fueran migajitas de pan y él un pajarillo hambriento.



– No recuerdo, señor –insistió–. Pero recuerdo a otro compatriota suyo. Un ingeniero que pasó por aquí y vino conmigo a las minas.

– No me interesa otro, sino yo. ¿Te acuerdas de mí, de lo que hicimos aquel día?

– No señor. Usted es muy serio y Simón hoy día es como usted, pero entonces Simón era joven y alegre todavía, y aquel señor era un caballero alegre que cantó todo el camino.

Bebió otra copa y me miró, pero esta vez mi cara fue como un catalejo a cuyo través pudiera ver la lejanía del tiempo.

– Aquel señor era el caballero más alegre que he conocido. Le encontré en la casa en la colina, en donde hoy aún está la viuda del ingeniero, que dicen que no está bien del todo de la cabeza. Esa señora le despidió con besos, allí mismo, a espaldas del ingeniero, y echamos a andar, y el caballero estaba alegre como una mañana de primavera. ¡Qué de cosas dijo y qué canciones! Por primera vez logró que me gustaran mi oficio y mi pueblo. Sacó de su alforja un rico vino tinto español, y el chorro del vino brillaba al sol como si fuera un rubí. Así me lo dijo él, y aún lo recuerdo. A ratos trotábamos y otros galopábamos, y siempre el mozo galán cantando y bromeando y despertando a la montaña con sus canciones. Era moreno como el pan del centeno, y me contó más leyendas de estas montañas que jamás oí de mi padre.

Varios viajeros hallamos por el camino, y todos se nos agregaban en cuanto él les hablaba, y se reía con ellos con voz tan clara como el agua que cae en un hilo de entre las peñas. Por fin llegamos a la venta chica, a medio camino de Los Pozos.

– Simón, yo recuerdo eso. Llegamos juntos. Era temprano. La dueña salió con una hijita que tenía siete u ocho años nada más, y la nenita nos puso la mesa. Me miró extrañado.

– Yo recuerdo eso, señor. Pero la única vez que he parado de mañana con alguien en ese ventorro, fue con aquel caballero español a quien no he vuelto a ver.

– Simón, Simón, tienes que acordarte. Cuéntame de la venta.

– El caballero comenzó a bromear con la dueña de la posada. Por aquel entonces la Richola era una moza garrida y alegre, y el caballero le dijo muchas cosas y bromearon mucho, y se pusieron los dos muy alegres, tanto que tuve que llevarme a la niña a dar una vuelta al huerto y dejarlos solos a los dos. Cuando volví, estaba ella preparándole un ramo de flores para ponérselo sobre la silla de montar, y los dos brillaban como jarros de cobre recién bruñidos.

– Simón, yo estaba contigo, pero no pasó nada de eso. Sacaste a la niña a pasear porque la madre, que era bonita pero triste, quería pedirme algunos encargos para las minas.

– Señor, ¿cómo puede recordarlo usted si le estoy hablando de otra persona?

Se levantó con la suprema cautela del hombre que está tremendamente borracho.

– Simón, siéntate y dime: ¿cómo se va a esa venta?

– Como antaño. Pero está en ruinas y nadie para allí para un refresco, y la dueña está enferma, aunque la hija es una flor.

– Simón, quiero que esta noche me lleves a la venta. Que me reconozcas y me cuentes por qué me dices que yo hice todas esas cosas que no hice.

– Yo no le he dicho, señor, que las hizo. Le estoy hablando de otra persona.

– Estás hablando de mí, pero no te acuerdas.

– Señor, con todo respeto, le diré que acaso usted no se acuerda de lo que hizo.

Me decidí en el acto. Tenía que descubrir el secreto de aquella extraña y portentosa vida que siempre deseé vivir y que se me aparecía ahora como vivida, siendo así que sólo la vivía en mis sueños. Recordaba muy bien mi viaje con el mestizo Simón. Una cabalgata de diez horas bajo un sol de plomo, cociéndonos en el horno del desierto como dos

panes demasiado tostados, y la llegada a la venta, solitaria en mitad del paisaje desollado como las carnes de un mártir en una vieja estampa. La casucha del paradero, rodeada de un huertecito raquítrico y descolorido con matorrales que hacían las veces de hortalizas y con gallinas escuálidas como caricaturas de gallinas, el tejado de paja y adobe, la puerta como una boca sombría y una ventana con un visillo, y la otra sin él, como una cara de pirata con un parche sobre un ojo. Dentro, la pobreza limpia del indio del altiplano, con sus búcaros de barro en donde se desmaya un cacto, la alacena vacía, la estampa religiosa tan descolorida que parece un marco dorado con un papel amarillento dentro, esteras de fibra entrelazada, el único color en la casa, y los taburetes de esparto. Había una mujer mestiza, joven y lozana, alegre y parlanchina, de ojos sensuales y boca roja, con una niñita agarrada a las faldas, con la que hablé largo rato porque ella deseaba saber si podía interesar a su marido, que estaba en las minas, para que volviera a ella, pues la casa estaba sola sin un hombre. Recuerdo haber pensado en lo jugosa y fresca, como una fruta amable, que la mujer era, y en lo tímido de mi charla con ella, cuando deseaba decirle que en aquel desierto era ella un manzano de jugosas pomos. Pero de cuanto el indio me dijo, nada recordaba ni nada había sucedido. Era otra vez la extraña historia de una vida no vivida por mí, pero que el mundo en torno mío me atribuía haber vivido.

Las horas siguientes fueron una pesadilla. Casi a rastras conseguí que Simón ensillara dos caballos. Guiado por un indio borracho y un puñado de memorias tan vagas como una vela en la distancia marina de una mañana brumosa, emprendí la marcha hacia la venta y las minas de plata. Al principio Simón siguió contándome de las cosas que yo –o el otro según él– había hecho o dicho aquella mañana en que cabalgamos juntos hacía diez años.

Al insistirle que se trataba de mí, pero que yo no había hecho nada de aquello, me miró con ojos turbios y se enderezó en su cabalgadura.

– El señor se cree que estoy borracho.

A partir de aquel instante se encerró en el supremo mutismo, en la tremenda dignidad en que el silencio envuelve al hombre indio.

Al trote de los caballos bajo un cielo en donde manadas de estrellas venían a hacer compañía a una luna de afilada plata, seguimos la cabalgada en silencio. El desierto parecía muerto, y los ruidos de las alimañas se perdían en el eco de los cascos de nuestras cabalgaduras. De vez en cuando espoleábamos los caballos y corríamos entre nubes de polvo. La noche era desolada y triste como un presagio apocalíptico. A veces, a lo lejos, flameaba una hoguera. Nos ladraron en la distancia varios perros perdidos en las tinieblas. Vimos a lo lejos algunos tenues relámpagos que

acentuaron el aspecto yermo de la paramera, que parecía la vastedad de ceniza y arena propia de los libros de plegarias. Súbitamente emergió la visión de una casa, chica como un pedacito de noche congelada, para hacerse más oscura aún, en cuyo centro brillaba una luz, que a la distancia era como la punta encendida de un cigarro.

– La venta de la Richola –anunció Simón rompiendo su mutismo.

Desmontamos frente a la venta entre relinchos y aullar de perros. Sobre nosotros la luna estaba embozada en nubes emborronadas de tinta, como una pálida viuda está velada por negras mantillas.

Al aldabonazo respondió una voz femenina. Simón nos identificó. Aullaron más perros desde dentro de la casa. Asomó un rifle por una ventana, y tras él, un rostro pálido en donde brillaban unos dientes blancos. Finalmente se descorrieron cerrojos y se abrió la puerta dejándonos pasar al interior de la posada. A la luz de un candil una llamita temblona iluminó el rostro de una doncella tan fresca y lozana como un albaricoque en mayo. Los ojos anchos y húmedos eran más negros que la noche que habíamos dejado afuera, y el cutis tenía esa sutil veladura de oro que convierte a cada mestiza en una reina inca de mosaico.

Le expliqué que tenían que perdonar la intrusión a aquella hora, pero que deseábamos llegar de madrugada a las minas

de plata de Los Pozos, y que necesitábamos algo que beber, para ayudar a terminar la jornada.

La muchacha, que apenas si tendría la divina edad de dieciocho años, llevaba puesta una túnica blanca que al entreabrirse dejaba ver una pierna larga y dorada como una espiga de trigo. Gentilmente, sonriendo, nos acomodó ante una mesita, encendió dos candiles más, y cuando las llamas azules comenzaron a proyectar su bailoteo de sombras sobre las paredes encaladas, desapareció en la cocina al fondo de la pieza. Poco después salía de allí con botellas de vino, pan y queso de cabra, aguardiente y frutas secas, que fue depositando ante nosotros con el mismo cuidado exquisito y delicadeza con que un relojero coloca una pieza difícil dentro de un relojito. Cada vez que se acercaba me acariciaba el olfato el aroma fresco y dulce de su piel, parecido al del belfo de un corderillo recién nacido o al de la cabecita caliente y suave de un infante. Cuando ya estábamos bebiendo en silencio, se abrió otra puerta y entró una mujer arropada en un poncho de colorines.

La reconocí en el acto. Diez años habían cubierto el rostro de la Richola de adiposidades, y engarzado sus ojos en la montura de duro metal de las ojeras violáceas, pero allí estaba el negro cabello, la boca jugosa y el gesto gracioso, mitad de mujer y mitad de gacela.

No pareció conocerme en absoluto, y se limitó a saludarnos y sentarse en una silla cerca de la cocina, frente

a nosotros, como una de esas figuritas de barro que se ven en los pesebres de Navidad que hacen los niños. Junto a ella, a su espalda, como un ángel tutelar, quedó de pie su hija, dispuesta, según fuera necesario, a servirnos o a defenderla.

Hablamos de cosas banales. El tiempo parecía haberse estacionado dentro de la casuca, olorosa a Empieza como el interior de un arca campesina. Se oía hasta el rumor de un ratoncillo inquieto sobre el techo de la casa. Afuera silbaba suavemente el vientecillo nocturno, rumoreando leyenda de los desiertos.

– Yo la he conocido a usted, Richola –le dije por fin en voz baja–. Nos vimos aquí mismo hace diez años, cuando yo iba también hacia las minas. Entonces esta preciosa niña no era más que una chiquilla, pero nosotros hablamos, y usted me contó cosas de su marido, que trabajaba en las minas.

– Con una india se me fue para no volver, hace ocho años –repuso sombríamente.

– Lo siento en el alma. Pero usted tiene que recordarme como yo la recuerdo.

– Muchos viajeros han pasado por aquí. Un viajero fue mi marido. Por eso he procurado no recordar a ninguno de ellos. ¿Me oye? A ninguno. – Hizo una pausa y se arrebujo en el poncho–. Mis ojos están muy mal –me dijo–. La luz ha ido huyendo de ellos. Aunque quisiera no podría reconocer

a nadie, y para mí las voces son sólo sonidos de otro mundo al que ya no pertenezco. Pero recuerdo solamente a uno de ellos, que me enseñó, por hombre, lo bueno que era ser mujer.

– ¿Quién era ese viajero?

– Alfonso de Castilloblanco –me repuso, y oír mi nombre en aquella ocasión fue otro campanillazo estridente que a medianoche despierta ecos de terror en una casa de campo–. Un guapo mozo, andariego y galán. Venía camino de las minas de plata en donde decía que tenía un trabajo que hacer y un regalo que conseguir para la mujer de sus sueños. Pero su galantería se detuvo en esta posada por unas horas. Su presencia convirtió esta casa triste en el interior de un cascabel, todo música y alegría. Me dijo palabras más dulces que la miel de las abejas, y sus manos tomaron las mías, y eran anchas y fuertes y nobles, y las puso sobre su corazón para que yo sintiera cómo mi belleza hacía latir más fuerte el corazón de un hombre. No me prometió, ni me juró fidelidad, ni otra cosa que hacerme sentir mujer, lo que estaba olvidando ya en mis sufrimientos. Me devolvió la confianza en mí misma; cogió todas las flores que teníamos en los jarritos de barro y me hizo una corona, y me dijo que mientras yo estuviera aquí dentro, esta casa sería un altar de plata y que nada malo me sucedería, y que cuando mirase afuera y no viera sino la paramera desierta y azotada por el viento que avienta las

cenizas, mirase dentro de mí y lo vería todo lleno de luz. Acaso presentía que la luz se iría para mí del mundo de afuera, y él supo abrir con sus palabras un desgarrón en la cortina oscura que me tapaba el mundo de adentro. Por ese desgarrón sigo recibiendo luz a raudales. Mi hija es como yo, gracias a él. Fuerte y sin miedo a la vida, porque sabe dónde está la luz.

– Aquí –dijo la muchachita– guarda mamá la pipa del caballero, y aquí está la corona de flores que le hizo a mi madre.

Asombrado vi salir del fondo de un estuche de madera olorosa mi vieja pipa, que perdiera en estos lugares hace años, y en torno a ella un collar de flores prensadas, reducidas ya a una ceniza perfumada.

– Tienes que acordarte de mí –le dije a la niña–. Tú estabas también.

– Señor, yo no podría recordarle, pero sé que la vida de mi madre fue otra cosa desde que pasó el caballero. Pero no puede ser usted, o ella le recordaría.

– Caballero, gracias por recordarme estas cosas tan queridas –me dijo la Richola–, pero nadie podría ocupar el puesto de Alfonso de Castilloblanco. Pasó unas horas con nosotros, pero ha dejado años de rastro en nuestras vidas.

El resto de la jomada, después de despedimos de la madre y la hija, recatadas ambas y un tanto recelosas ante mi insistencia, fue fatigoso y sin incidentes. Simón volvió a encerrarse en su mutismo. Sin duda, a medida que la cabalgada disipaba los efectos del alcohol, comenzaba a pensar que se hallaba en compañía de un lunático peligroso. Seguimos por las llanuras inclementes e inhóspitas en dirección a las minas. Lo que esperaba hallar allí, ni yo mismo lo sabía. Para volver a recobrar la razón que me estaba arrebatando esta jomada a través del tiempo, en la que encontraba con la huella del yo que siempre quise ser y que nunca fui, excepto, al parecer, para estas gentes, me hacía falta ver a alguien que me hubiera visto en mi primera visita a estas minas hacía diez años, y que me reconociera en la actualidad. Apretando las riendas de mi caballo, luchando con la modorra que me hacía entornar los párpados, tratando de ver las hogueras distantes del primer campamento minero en la noche emborronada de tinieblas, intenté al mismo tiempo penetrar en las oscuridades del pasado.

Mi estancia en Malacor hacía diez años había sido de una noche tan sólo, yéndome al día siguiente a las minas y volviendo el mismo día para salir con rumbo a Guatemala. En las minas había hablado con un ingeniero que discutió conmigo su informe durante unas horas, y luego a caballo retomamos el guía y yo a la villa, ansioso por alejarme de aquel paraje inhospitalario. Mas recordaba haber hablado

con mucha gente, y especialmente con un anciano a quien llamaban el Guardián de la mina, porque había estado en aquellos contornos desde tiempo inmemorable. Recordaba su testa de pirata, con una barba plateada y una calva anaranjada, siempre parco en palabras y en ademanes, fuerte como un toro, servicial y adusto con los que intentaban bromear con él. Recuerdo haberle obsequiado con un cuchillo de caza por sus servicios durante el día, y haberme despedido en el mejor estado de ánimo el viejo minero. Acaso –porque un roble como él no podía morir– continuaba todavía en la mina, y era capaz de recordarme y de ayudarme a hacer recordar a Simón, y de venir conmigo a ver a cuantos me habían conocido por aquí, para desentrañar el misterio de mi vida que yo no viví, pero que los demás habían vivido conmigo.

Al dar la vuelta a una colina, se desplegó ante nosotros como un abanico medroso la última planicie antes del campamento. En vez de la tira de hogueras llameantes que yo esperaba, solamente vi el parpadeo de dos o tres fogatas en la distancia. El aire trajo la primera emanación de las hogueras. Espoleamos las cabalgaduras y nos hundimos en la noche, como se zambulle un nadador en las tinieblas submarinas de una gruta. Al detener las caballerías, surgieron de la sombra varias figuras envueltas en ponchos, caras ennegrecidas por el polvo y la sombra, y dentaduras que brillaban siniestramente en la oscuridad. Hubo un revuelo de voces y de ladridos de canes. Algunas figuras se

acercaron a los caballos y les tomaron de la brida. Desmontamos. Varios hombres volvieron al calor de las hogueras; otros, a sus ponchos. El viento trajo en unas ráfagas el olor noble y campesino del estiércol fresco de los caballos.

Unos peones, en frases secas, cablegráficas, me informaron que las minas estaban paralizadas desde hacía unos días. Había habido una acalorada discusión entre los patronos y los obreros, hasta con sangre. La mayor parte de los obreros abandonaron las minas y se fueron, a campo traviesa, en busca de otras minas al otro lado de la montaña. Sólo había quedado una docena de mineros que aún confiaban en que se llegara a un arreglo, y esperaban pacientemente a ver si los dueños de las minas retornaban con más gente y con herramientas. Desilusionados al ver que yo no era uno de los dueños, me abandonaron y reanudaron su muda tertulia ante la lumbre. Yo me senté también junto a una de las hogueras, decidido a aguardar el alba, mientras Simón se arrebujaba en un poncho y caía instantáneamente dormido. Poco después debí dormirme yo también, con la manta sobre la cara, y el parpadeo de una estrella vista a través de mis cabellos enmarañados.

Me despertó la palidez del alba y la sensación de que alguien me estaba mirando. Me incorporé bruscamente. Era el amanecer, y el cielo se había cubierto de pálida ceniza. Toda la tierra era un mundo monocromático, teñido de gris.

Junto a mí, mirándome con la curiosidad con la que un botánico examina el pistilo de una flor, estaba Asensio, el viejo guardián de la mina, casi tal y como le dejara hace diez años, con la calva de un gris naranja y el pelo de la barba en cascada de plata chispeando cada vez que la brisa se lo hacía ondular como una bandera argentada.

Hubo un reflejo de reconocimiento mutuo entre nosotros y un apretón de manos, y unas preguntas y respuestas un tanto superficiales. Por fin, me decidí a abordar el asunto. Me restregué las manos entumecidas. Los cerros cercanos se destacaban, negros y sombríos, sobre los celajes de un frío azul. Se añoraba el canto de un gallo, mal sustituido por el primer gañido de los perros hambrientos. Miré al guardián de la mina, que en esta madrugada estaba igual que diez años atrás, o que estaría diez años más tarde, con una boca de estatua, fría y desdeñosa, pero los ojos llenos de una lumbre nueva. En el cielo comenzaba a levantarse un sol joven y rubio como un doncel de cuento de hadas.

– ¿Qué sabéis de mí, qué recordáis de mi paso por esta mina? Soy Alfonso de Castilloblanco. ¿Recuerda? El ingeniero que tenía un hueso de metal.

Inmutable cual una vieja roca batida por los vientos, siguió llenando de tabaco su pipa añosa como un pequeño tronco de roble. Cuando la primera nubecilla azul de humo se elevó a buscar la nube más joven del cielo, me miró con sus ojos extrañamente juveniles.

– Soy demasiado viejo para recordar nada –contestó–. Pero he visto a mucha gente. Le he visto a usted como a muchos otros. ¿Hoy, ayer, mañana? Eso no tiene importancia. En mi vida, el pasado, presente y futuro son simplemente caras de una misma realidad. El presente, visto desde ayer, era el mañana; el hoy, visto desde mañana, será el ayer; el ayer llegó un día en que fue el hoy. El tiempo no existe, y los que viven en el tiempo, tampoco. Sólo vivimos cuando aprendemos a no vivir en el tiempo ni en el espacio, sino en nosotros mismos.

– Todo eso es muy interesante –le interrumpí impacientemente–, pero me interesa averiguar algo acerca de mí mismo, de mi vida, y eso sí que puede comprenderlo usted. ¿Recuerda mi venida a este campo? Pasé aquí hace diez años media jomada con otro ingeniero. Usted me atendió y yo le regalé una pipa y un cuchillo. Tiene que recordarme.

Algo en la angustia de mi voz sacudió su indiferencia. Me miró atentamente, como intentando decidir lo que debía decirme y lo que debía restar simplemente grabado como una inscripción egipcia en la roca milenaria de su espíritu.

– Don Alfonso de Castilloblanco –me dijo–. Usted vino aquí con unos planos en su mano y un canto de gorrión en su corazón. Eso me cautivó. Con los hombres blancos de la pistola al cinto y los planos de minas, habló usted de cosas que yo no entendía, pero luego se sentó a mi lado y me

habló de cosas que no olvidé jamás. Me habló de una mocita pálida como la luna de mayo, blanca como una rosa blanca, que le aguardaba en lo alto de una colina en un claro del bosque, que de día sería un paraíso como de noche fue un claro de luna. Me preguntó qué podía llevarle a ella como recuerdo de estas minas, y yo le dije que un imperdible de plata que yo mismo había labrado aquí en la mina, con plata arrancada de la tierra. Un simple imperdible de plata con dos corazones, uno para que ella lo llevara en su blusa y el otro para que usted lo usara como un llavero. Juntos ambos corazones, se completaba el contorno del uno con el del otro. Separados eran algo incompleto. Usted los tomó y le encantaron, pero cuando le volvieron a llamar a la mina, se dejó olvidado uno de ellos, precisamente el suyo, se llevó solamente el de ella. Cuando me di cuenta de su olvido, era ya tarde. Tuve entonces que ir hasta Malacor y llevarle a ella en persona el corazón de plata que le pertenecía a usted, para que ella se lo devolviera a usted, confiando que usted volvería a reclamarlo.

– ¿Me reconoce entonces a mí?

Agitó su cabeza añosa de sabiduría y plateada de nieves milenarias.

– Ya no conozco a nadie más que a mis recuerdos. Pero si desea llevarle a ella el corazón que le pertenece, debe hacerlo antes de que sea demasiado tarde.

– Yo no tengo ningún corazón...

Lentamente tomó mi llavero, en donde desde hacía años había ido yo coleccionando dijes de plata y de oro.

– Aquí está el de ella –me dijo–. Con sus iniciales, como usted me encargó.

Inesperadamente hallé en mi persona, entre un puñado de dijes diversos, uno con un corazón de plata endentado, y las iniciales A y A grabadas sobre el corazón. Lo apreté nerviosamente y me pareció que la fría plata pulsaba dentro de mi puño cerrado.

– Estoy seguro –me dijo el viejo– de que ella le ha devuelto el otro.

Miré en mi bolsillo, y hallé envuelto en un pañolito, el pañuelo con olor a violetas y frescura de lágrimas, otro corazón de plata con las mismas iniciales. Las endentaciones se correspondían perfectamente con el que acababa de darme el anciano guardián de la mina. Junto al corazón había un papelito doblado, acaso una carta, que no quise abrir entonces.

– ¿Y sigue usted diciendo que no me conoce, que yo no soy el mismo Alfonso de Castilloblanco que vino hace diez años?

– Yo no dije eso, señor. Mi memoria flaquea. Sólo dije que usted me parece un hombre demasiado equilibrado para sentir una pasión de amor, y que el hombre con quien hablé aquí mismo hace diez años era un poeta inflamado de mal de amores. Pero llévese el corazón y devuélvaselo a la mujer a quien le pertenece.

Se levantó con infinita lentitud, como si le pesaran diez mil años de sabiduría, y se alejó en dirección a una de las hogueras.

Los demás peones comenzaban a levantarse. La aurora iba poniendo un arrebol rosado sobre las caras sin afeitarse y los rostros aun torcidos por la mueca de fatiga del sueño. Los restos de las hogueras eran como un tiznado hecho sobre el suelo del desierto por el pie de un niño rebelde e impaciente. La raya del horizonte se tiñó de carmín, y el aire empezó a rayarse por el vuelo de las primeras aves, negras y raudas como presagios.

Sólo entonces pude darme cuenta de que a corta distancia del campamento había una rudimentaria pista, y en la misma, en el improvisado aeropuerto, una pequeña avioneta comenzaba a relumbrar al sol como una pajarita de plata.

– ¿De quién es esa avioneta? –pregunté a un peón soñoliento.

– Del ingeniero en jefe que ha quedado vigilando la mina –me respondió perezosamente–. El está por llegar del otro campamento.

El ingeniero llegó una hora después, un mocetón fornido, con barba cerrada, tan negra sobre su piel rosada como los cañones de un pollo después de chamuscados en la cocina. Me habló con respeto y afabilidad al presentarle mis credenciales. Le expliqué que sólo había venido como cortesía, por si había en la mina alguno de mis amigos, pero que precisaba regresar a Malacor, en donde debía tomar el avión y continuar mi viaje. Se quitó el sombrero y me mostró una cabeza de pelo gris empolvado, con una frente amplia de santo o de poeta.

– Esa es la excusa que necesitaba para apartarme por unas horas de este campamento. Si lo desea, puedo llevarle a Malacor y allí decidir lo que hago, si regresar o no a este agujero olvidado de Dios.

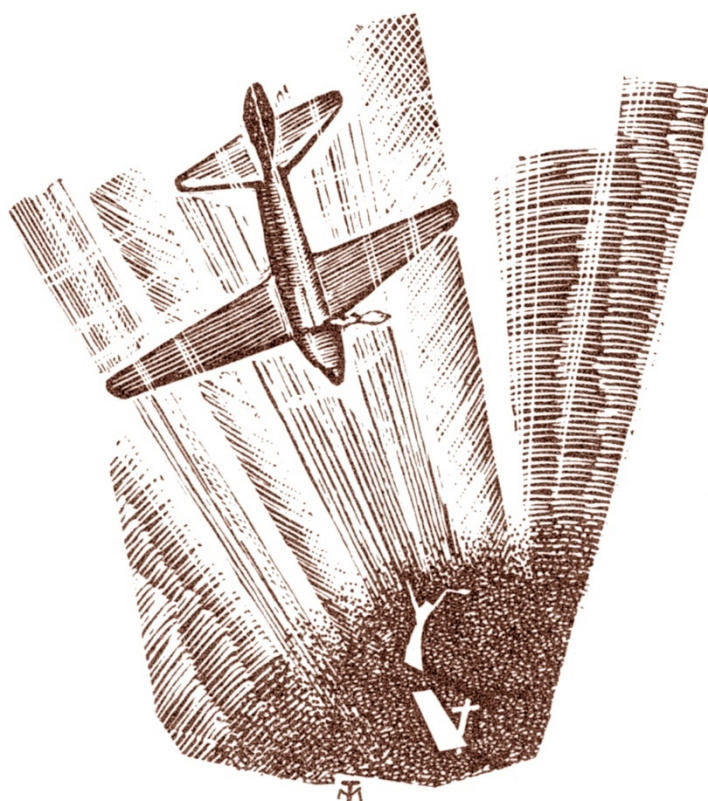
Minutos después, el ingeniero, Simón, un mecánico y yo subíamos al aparato. Era una mañana triunfal, y el sol se deslizaba sobre el cielo radiante y jubiloso como un balón amarillo lanzado por la mano de un niño juguetero. Brillaba el azul como si lo hubieran planchado durante la noche. Hasta la tierra olía dulce y sabrosa como una fruta recién cortada.

El avión despegó con la misma facilidad con que lo hace una mariposa. El aire de las alturas era fresco y puro como la leche recién ordeñada. Saqué de mi bolsillo el corazón de plata que iba a restituirle a Amandina. Desde la altura me pareció ver al guardián de la mina reclinado contra una roca mirando hacia arriba. No conseguí hallarle antes de marchar, para despedirme. Probablemente rehuyó encontrarse conmigo. Desde lo alto, el hombre parecía una roca más. Respiré con avidez el aire fresco. Ya era demasiado tarde para volver atrás en mi vida y averiguar el enigma. Un verdadero doble había ido viviendo mi vida por mí, haciendo las cosas que yo soñé hacer, llenando de amor, alegría y aventura los lugares por donde pasó. ¿Había muerto ese doble mío y reposaba enterrado en la tumba que yo descubriera? ¿Había sido yo mismo el que vivió sin saberlo esa vida magnífica, en la que el prosaico ambiente se llenaba de clarines de lirismo? ¿Cuál era el misterio de la tumba, de mi tumba? Me pareció oír la voz de Amandina: «Esa tumba está vacía, aguardando...» Me estremecí y me subí el cuello de la chaqueta, como si protegiéndome contra el viento me defendiera contra la tumba. Sabía que ella me aguardaba y sabía también que íbamos a reunirnos para siempre, que en aquel pueblo maldito de Dios, en Malacor, había tenido yo una cita con mi destino, con mi amor, con la eternidad, y que iba ahora a ser fiel a mi destino, acudiendo a la cita a la que no se falta. ¡Amandina! Me brincaba gozoso el corazón, como si quisiera volar, cual un pájaro enloquecido, más aprisa aún que el avión. ¡Amandina! Una doncella pálida y

ducal, una princesa de leyenda, de cuerpo estremecido por una llamada de pasión, mucho oro en las trenzas, mucha lumbre en el corazón. Una princesa que me aguardaba, como en los cuentos, sobre la colina, cerca de su casa, que en mi mente era castillo, abiertos los brazos y trémulos los labios, en espera de la cita que había tardado diez años en realizarse.

El avión comenzó a dar vueltas en la altura para iniciar el aterrizaje. En estos momentos termino de escribir estas notas con las que quise dejar testimonio del final feliz de una vida misteriosamente vivida, sin yo saberlo. En la distancia, a miles de pies por debajo, ya veo a Malacor, con sus casuchas horrendas, y la colina, con una casita blanca en lo alto y otra colina más baja, con las parcelas del cementerio. Me inclino sobre la portezuela del avión. Sí; ella está allí. La veo como una minúscula manchita blanca y dorada, reluciendo al sol como una mariposa tropical, sentada junto a la parcela perfumada, que una noche fue nuestro tálamo de amor, y que luego fue tumba de sus ilusiones y puente de espera hacia el porvenir. Allá está Amandina. Agito mi brazo con el pañuelo. Me ha visto y agita en la distancia el pañolito que ya conozco. Creo olerlo y sentir su fresca fragancia lágrimas y a violetas. Amandina y la tumba que fue tálamo. Mas, ¿qué sucede? El motor que tose y jadea, que ronca y ruge como una bestia malherida, el rostro lívido del piloto, el rostro impassible de Simón, el torbellino da mil piruetas en el aire, grotescas como volatines de un mal saltimbanqui de

circo. Por fin, el motor que cesa de rugir y roncar, y las primeras lenguas de fuego que asoman por detrás de nosotros y se extienden en un instante a todo el aparato. El azul que nos envuelve vertiginosamente, y yo que, de cabeza, como bajan los ángeles a cumplir sus misiones, me lanzo al encuentro de la cita de amor con mi destino. Hacia la colina en donde Amandina, que adivino estremecida de espanto, me aguarda con un ramito de flores, junto a la parcela en donde una lápida anuncia mi muerte.



ENTRE DOS SUEÑOS



QUE LA VIDA es un sueño, lo afirmó nuestro Calderón de la Barca, y que el sueño es la poética imagen de la muerte, lo demostró Shakespeare. Que los poetas no se equivocan, lo confirmo yo. Mi historia, única en todos aspectos, es la de un hombre que por el sueño está acaso en ruta hacia la muerte. Claro está que aún me resta una esperanza. La de que cuanto voy a escribir no sea cierto, la de que los sueños que voy a referir no sean más que eso... sueños; y que incluso lo que estoy haciendo ahora sea otro sueño. A no ser así, acaso no viva lo bastante para terminar de contar mi historia. El sueño que me ha hecho ser el enamorado más feliz pudiera ser el río por donde vaya a desembocar a la muerte. El más gentil poeta castellano lo dijo hace tres siglos: «Nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir...» Le faltó agregar que esos ríos son cauces de sueño, que van a dar al gran sueño final, grande como un océano y sin riberas de despertar.

Todo comenzó hace quince días, precisamente dos semanas antes de casarme. Mi boda fue hoy. Me he casado con la más bella criatura de la tierra, un ángel de bondad morando en una faz de Madonna y un torso de Venus. Combinación rara porque en general las almas bonitas se

esconden, como las violetas tras los matorrales del camino, parapetadas en rostros vulgares, como si Dios deseara conceder el triunfo de descubrirlas a aquellos caminantes a quienes llaman las faces sin atractivo. Mi Yolanda es un tesoro de virtudes y una camelia en su belleza. Es una «tica» cuya gracia de alhelí ha hecho rabiar a todas las Josefinas. Con ella podría ser el varón más feliz del orbe. Tengo una carrera, y un nombre acrisolado encuadra su persona y la mía. Todo el mundo nos envidiaría. Pero me temo que jamás llegaré a conocer la felicidad plena. ¿Por qué? Por un motivo extraordinario. Porque tengo sueño. Y el dormir puede ser la causa de mi muerte.

El azul se remansaba en las verdes copas de los palmerales. Al ponerse el sol, en el sosiego de la tarde campesina enmudecieron los gorriones. La plaza quedó íntima y callada como un arcón en la penumbra. Yolanda y yo habíamos terminado de dar el paseo cotidiano que marcaba el fin de nuestra jornada. Yo salto de mis tareas en el bufete donde trabajo de ayudante del primer notario de San José, en Costa Rica, para cenar con algún amigo o con un cliente en el Club La Unión y de allí paso a recoger a Yolanda, cuya casa está a cien varas de la Universidad. A veces nos acompaña su tía, para guardar las apariencias; otras nos escabullimos solos y damos un paseo por la alameda. Pasan deliciosamente, fugaces, una o dos horas. Yolanda me cuenta de las mil menudencias de sus clases de piano y yo le refiero los problemas de mi trabajo de

abogado, y ambos acabamos por embarcarnos en la aladana de nuestras fantasías, de la que nos hace descender a tierra de vez en cuando el saludo de algún conocido. Desde hace dos años la irregularidad de mi vida de solterón inquieto se ha trocado en la melosa uniformidad del noviazgo, y nada más dulce que un noviazgo de pueblo. Los días se suceden unos a otros con la rítmica regularidad de las cuentas de un collar, solamente interrumpidos por la cuenta de mayor volumen de una fiesta, una velada social, un concierto, alguna función teatral, una visita a las amistades o un corto viaje a Cartago.

Todo el mundo nos conoce en San José. Nuestra pareja es ya popular. Yo soy alto y corpulento como un pino, y ella esbelta y grácil como una palmera. Así nos llaman: el pino y la palmera. El símil es más profundo que acaso imaginan quienes lo inventaron, porque yo soy resistente y recto en mis asuntos como el pino, y Yolanda es una Josefina cuya belleza y esbeltez remata en la dulzura del rostro como la palmera en la de sus dátiles; y como la de éstos, su dulzura interior es lejana y difícil de alcanzar.

Yolanda tiene veinticuatro años y yo tengo treinta y cinco. No es mala la diferencia, solamente la necesaria para acompañar mejor la marcha por la vida. Ella es huérfana como yo, y se gana la vida dando clases de piano. Vive con su tía Elvira en una casa vieja y amable con un jardinillo que es un perfumado cesto de flores embalsamado de los

aromas frutales. Un corrillo de pájaros cubre siempre la copa de los árboles del huerto con la guirnalda de su silbo de plata. De noche nos sentamos en su terraza y mientras la tía cabecea vencida por los años y las horas, ella pulsa las teclas de su viejo piano con sus manos que son un marfil más, y a la luz de la luna su cara es la de una virgen de Botticelli. Envuelto en la mágica niebla azul de mi cigarro, la escucho muellemente arrellenado en mis ensueños y me parece que en una extraña relatividad la luna y Yolanda y las notas del imperio de Erio de Chopin se funden con la diamantina claridad de las estrellas.

Así, un día y otro, una y otra noche. Nos vemos siquiera sea por unos minutos durante el día, pues no importa adonde vaya en mi polvoriento Ford 1937, toda la geometría de San José tiene como centro inevitable el hogar de Yolanda. Íbamos a vernos aún más dentro de dos semanas. Un domingo de mayo nos casaríamos. Sería una fiesta estrictamente familiar, con la adición de dos íntimos amigos míos y de su mejor amiga. De momento decidimos vivir, hasta que las cosas mejoren un poco, en mi casa de soltero, que siempre fue demasiado grande para mí. Tenemos el ajuar, los muebles, la vajilla y las antigüedades recogidas de su familia y la mía. Ambos coincidimos en que lo esencial no es poseer en una vitrina costosos objetos. Es necesario vivir rodeados de belleza en los humildes utensilios de la vida cotidiana. Tenemos una cafetera de plata martillada digna de adornar la mesa de un virrey limeño; nuestra mantelería

blanca, espumosa, con puntillas de finísimo encaje, es suave como el plumón de un ánade y delicada como un cendal de tul; en nuestra sala hay unos almohadones cubiertos de cuero marroquí repujado en el que está todo el aroma bravío del África moruna; los sillones fraileros del despacho reflejan aún la sutileza de los buenos artífices castellanos, los de las tallas primorosas; y en nuestra modesta biblioteca brillan a la luz de las lámparas las encuadernaciones amarfiladas y sedeñas, con sus letras de oro que rebrillan a la luz como un sol crepuscular, formando un bello y vetusto tapiz. En ese ambiente de paz y sosiego decidimos vivir, amar y luchar juntos por crear un hogar y dejar un recuerdo modesto pero límpido de nuestro matrimonio y nuestra labor. En verdad que era afortunado.

¡Era afortunado! Porque cuando escribo estas líneas todo ese cuadro ha variado ya y estamos envueltos en la más asombrosa y trágica aventura que vieron los siglos, una aventura que solamente puede terminar con la muerte.

Todo comenzó quince días antes de esta febril jornada de mis bodas de amor y acaso de sangre. Al llegar a casa de Yolanda a las cinco de la tarde para dar un paseíto hasta el Conservatorio donde había una tertulia musical, me detuve un momento frente a la reja ornamentada. ¿Os ha sucedido alguna vez que un pensamiento enojoso os mosconeas en la cabeza como un abejorro irritado? Queréis ignorarlo, acaso porque no osáis mirarlo cara a cara o lo espantáis con el

fingido manotazo de otra idea, pero el enojoso huésped sigue alborotando vuestro espíritu, hasta que se cansa y va a refugiarse en el subconsciente, o acaba por lanzarse contra vosotros con su aguijón emponzoñado. En aquel momento, primero en que recuerdo haberme enfrentado con la obsesión, traté de ignorarla por completo y me limité a anotar que estaba preocupado por algo, sin declararme cuál era el motivo de mi inquietud. Saludé con un gesto a Zambo, el opulento gato gris de tía Elvira, que tumbado en el umbral rubricaba la pereza del atardecer y que me miró –como si no me conociera– con la líquida fosforescencia de sus pupilas doradas, y llamé a la puerta. Yolanda surgió enseguida, fresca como una rosa y blanca y rubia como un ángel, con la espesa melena de oro amasada en serpentinas alrededor de la frente y la hendida cereza de los labios acentuando la blancura de sus dientes de cachorro. Y en sus labios, que sabían a miel y a violetas, olvidé el zumbido de la desagradable idea.

Es muy difícil engañar a una mujer, sobre todo si está enamorada. En mitad de una conversación sobre si debíamos o no invitar a la boda a una pareja conocida, Yolanda me apretó el brazo suavemente. En la azulada penumbra de la noche, su rostro se volvió hacia el mío y sus ojos de aguamarina escrutaron mis pupilas.

– Fernando, ¿qué te pasa? –me preguntó con mal disimulada inquietud.

- ¿Qué me pasa? Nada. ¿Por qué me lo preguntas?
- Porque te pasa algo. Algo te preocupa. Estás distraído y distante.
- ¡Qué tontería, mi amor! Tú eres lo único que me preocupa en el mundo.
- No estás diciendo la verdad y ésa no es tu costumbre. ¿Te has disgustado con alguien?
- No. Te repito que no me preocupa nada.
- Estás pensando en otra cosa. ¿Por qué no me lo dices?
- Porque no sé de qué estás hablando. Lo que quieres son mimos.
- No quieres contármelo.
- No hay nada que contar, como no sea que te quiero más cada día.
- Está bien. Tú tienes derecho a tus secretos.

Ahí acabó la conversación. Intenté charlar por los codos para llenar los vacíos de silencio causados por los monosílabos con que en adelante siguió contestándome. La verdad era que aunque reconocía en mi fuero interno que ella tenía razón, no hubiera sabido a qué se refería. Era como ese vago malestar que os acomete antes de sentirnos

enfermos, indefinible, sin localización precisa, pero real. Aquella noche nos despedimos en silencio.

– Fernando –volvió a insistir cuando ya estaba yo en el umbral de la puerta para marcharme–, ¿quieres o no decirme lo que te sucede?

Esta vez, el sorprendido fui yo. Escuché mi voz como la de un extraño, tal y como si la vaga idea que salía mal envuelta en torpes palabras de mis labios la hubiera pescado de mi subconsciente una mano ajena:

– No sé, Yolanda, no sé –me escuché contestando–. No es nada serio. Es ridículo decirlo. Anoche soñé algo que me ha puesto de mal humor y tú sabes que no sueño nunca.

– ¿Qué soñaste?

– No lo recuerdo bien. Recuerdo vagamente unas montañas, un hombre muy cansado y una mujer india. Pero todo está tan oscuro como la noche. En conjunto sé que no fue agradable del todo. Sí... voy recordando... bosques en la noche y una pareja andando en la oscuridad. Eso es todo.

Me sorprendió que no me preguntase nada más. Nos besamos de despedida y me fui creyendo que acababa de ahuyentar para siempre de un manotazo el desagradable abejorro de un recuerdo.

Llegué a mi hogar y lo hallé más solitario que nunca. Di una vuelta por la sala, restablecí la simetría de unos búcaros de plata, tomé de la biblioteca mi lectura nocturna predilecta desde hace diez años, el Quijote, y encendiendo la pipa me senté en el austero sillón castellano, donde habitualmente leo un rato antes de acostarme. Por primera vez en mi vida el libro inmortal no consiguió cautivarme como de costumbre. Leía las palabras de majestuosa sobriedad, pero mi espíritu oscilaba como la llamita de una lamparilla de aceite. Me desperté al dar una cabezada y comprendí que estaba muy fatigado. Me desnudé rápidamente, apagué la luz y me quedé dormido apenas me estiré en la bendita frialdad de las sábanas.

Al despertar por la mañana me di cuenta, mientras por el amplio ventanal metía la mañana su hombro azul y dorado, de que había empezado a soñar apenas me dormí y de que mi sueño se había cortado al despertarme, sin transición alguna, como una película bruscamente interrumpida al encenderse la luz y borrarse de la pantalla las sombras iluminadas. Consumiendo en silencio la comida que yo mismo me preparé –frutas, tostada y café– decidí mirar cara a cara al moscardón del recuerdo y comprobé que recordaba el sueño con la misma viveza que si hubiera sido una película que me impresionara hondamente. Camino de mi bufete, reviví con exactitud el escenario y los actores de mi pesadilla:

Era una montaña cubierta de espesos bosques, en una noche fría y oscura. No había luna ni estrellas y las tinieblas eran palpables de tan densas. El cielo y la tierra se fundían en la foscuro helada. Las dos sombras que trabajosamente marchaban por entre las tinieblas abriéndose paso a tientas, como dos nadadores en un mar de sombras, no iban juntas. Una de las sombras iba delante y era un bulto grande, lento, vacilante y torpe. La otra sombra la seguía a gran distancia a través del bosque y era un bulto como una congelación de tinieblas, pequeño, ágil y furtivo. Sombras y chasquidos componían el escenario en el nocturno espectral. El cielo era una concavidad de plomo por donde parecía imposible que se filtrase el resplandor de una estrella. De vez en cuando se escuchaba el chocar contra un árbol del bulto que marchaba delante, o se le oía empujar un guijarro, resbalar sobre una piedra plana o palmotear contra los matorrales. Solamente los sonidos denunciaban el avance difícil y premioso del primer bulto. Lo que le faltaba de agilidad contrastaba con la del que le seguía a retaguardia, que, orientado por un sexto sentido, evitaba choques y tropezones, escudándose en su silencio para evitar que nadie se apercibiera de la cautelosa caza.

Durante horas y horas prosiguió en las tinieblas la marcha de las dos formas indefinibles. El paisaje era invisible, pero el sonido del cazador y su presa denunciaban la empinada cuesta de una montaña, por la que subía la forma grande como si fuera su calvario, oyéndose su jadear mal velado y

sus mil tropezones, y, cual si tuviera alas –tal era su grácil ingravidez–, el bulto seguidor.

Paulatinamente la oscuridad disminuyó su negrura. Comenzó a levantarse el perfil de la tierra como el lomo de un cetáceo gigantesco envuelto en una difusa luminosidad gris cual sudario de plomo. Me apercibí entonces de que el primer bulto era un hombre que a gran distancia –pues yo veía todo aquello como en los estereoscopios de feria se ven paisajes lejanos y lunares a través de las lentes– escalaba una montaña escarpada y agreste. No veía más que sus vestiduras de un extraño color metálico, un gris duro y acerado, bien diferente al gris ceniciento que matizaba el cielo. El hombre se tambaleaba como un borracho y cada vez eran más frecuentes sus caídas y resbalones. No podía divisar su rostro ni otra característica más que su extraña vestimenta, que semejaba la corteza de un árbol metálico. Por otra parte, además de cansado o embriagado parecía estar a la huida de un grave peligro. Continuamente miraba en derredor suyo, y sus movimientos y gestos tenían el aire inconfundible de un corzo acosado por la implacable jauría de los cazadores.

El bulto seguidor era una mujer con vestiduras indias, cuya policromía se adivinaba aun en la penumbra espectral del amanecer. Que seguía al fugitivo no cabía duda, y también que deseaba evitar que éste la viera a juzgar cómo se ocultaba tras cada árbol o se aplanaba contra el suelo detrás

de las rocas. Ella, a su vez, miraba también hacia atrás y alrededor suyo, lo que me hizo comprender que había otros perseguidores que venían en busca del fugitivo y que ella deseaba evitar. Era una triple caza en la que una presa iba huyendo de otra y ésta a su vez del resto de los perseguidores.

Cuando el alba sobrevino con rapidez tropical, el escenario se iluminó como la sala de un teatro a oscuras al hacer girar el conmutador de la luz eléctrica. Vi entonces al fugitivo, de espaldas a mi visión, mirar hacia atrás con gesto aterrado. El paisaje era una montaña altísima y empinada, cubierta de un manto de verde y espeso arbolado salpicado de rocas. El fugitivo, espantado ante el alba, echó a correr y luego se paró súbitamente. Lo demás sucedió con rapidez de relámpago. Como una fiera acosada, al ver cerca de él a la india que le seguía, se llevó la mano al costado como buscando un arma y la retiró con gesto de dolor. Luego, de un salto, se metió en una gruta, mal disimulada entre unas peñas por la maleza. La india que le seguía, sin vacilar, entró en pos de él en la gruta.

Ese fue mi sueño.

Al día siguiente reanudé mi vida normal: trabajé, comí, vi a algunos amigos y al atardecer cené sin gana, sintiéndome vagamente malhumorado. Aquella noche iba a ir con Yolanda al Teatro Municipal a un concierto de un pianista chileno. Debía haber sido una salida encantadora, ya que a

ambos nos parece el piano el instrumento por el que el hombre puede llegar a Dios con más facilidad, pero no me sentía de buen temple y la velada se deslizó tan lenta y penosa como un viaje hecho de mala gana.

Cuando llegamos de regreso a casa de Yolanda, tía Elvira se retiró enseguida y nos quedamos solos en la terraza, frente al jardinillo bruñido en plata por una luna clara. Hablamos de mil cosas relacionadas con nuestra próxima boda. Yolanda, en vez de sentarse como habitualmente, frente a mí, y ambos con las manos enlazadas, estaba dándome la espalda con la cabeza apoyada en mi hombro y la frente bañada de luna. No sé por qué, pero preferí no tener que mirarnos a la cara. Al ir a despedirnos, Yolanda me puso las manos sobre mis hombros y me miró a los ojos en la penumbra lechosa.

– ¿Has vuelto a soñar esta noche? –me preguntó sin disimular su ansiedad.

¿Para qué inquietarla?, me dije.

– No –le mentí–, he dormido como un angelito y pensando en una angelita que eres tú.

Y con ello me despedí, y retorné a mi casa, sintiéndome avergonzado de mi mentira. Al entrar en mi hogar, que sería el nuestro al cabo de unos días, hice una cosa impropia de mis costumbres. Fui a la alacena y busqué algo que beber.

Habitualmente yo no bebo si no es un poquito de vino con las comidas, pero esta vez tomé la botella de coñac y vertí unos dos dedos del dorado líquido en una finísima copa de cristal de Bohemia que había comprado para nuestra vajilla. Me senté en la biblioteca con una revista y el Quijote, pero no interesándome la lectura, me quedé mirando el reflejo de la lámpara verde sobre el pequeño océano de oro encerrado en la copa. Bebí por fin de un solo trago el ardiente líquido y me acosté enseguida, tratando de concentrarme en el caso sobre el que iba a trabajar al día siguiente en mi bufete. Mas no tuve tiempo de nada. Al meterme entre las sábanas, como la carta en un sobre, me quedé dormido en el acto. Fue como si la sábana hubiera sido el telón que caía sobre una obra –mi vida diurna– y dejaba ver otra, mis pesadillas nocturnas.

Al abrir los ojos en mi sueño, divisé al hombre cuya azarosa marcha por la montaña contemplara la noche previa, echado dentro de una gruta, sobre un suelo fangoso, tiritando de frío. Sin saber por qué, su suerte me era muy importante. Le vi agitarse sobre el suelo de cieno, no lejos de un sapo y unas sierpes, musitar palabras ininteligibles entre dientes, de las que no escuchaba sino un vago rumor, con la barbucha agreste y florida manchada de cieno. Dentro de la gruta había una suave penumbra cuando el hombre penosamente se levantó y a tientas fue a buscar la salida al monte. En su gesto dolorido comprendí que estaba hambriento y enfermo. Una de sus manos se posaba sobre

el abollado sector de la armadura que cubría su costado derecho, la otra le servía de guía sobre el paredón de roca para hallar la salida. No podía ver bien su cara, pero su gesto contraído, tenso, doloroso, fatigado, era la imagen de un ser atormentado y fugitivo que ansiosamente busca la libertad. Al parecer, como indicaba el hecho de salir afuera otra vez, había pasado las horas de sol internado en la gruta, y al caer la noche reanudaba su fuga. Le perdí de vista en las tinieblas de la noche, pero cuando desapareció entre el bosque montaña arriba, pude ver salir otra sombra de la gruta que cautelosamente echó a andar en pos suyo. Era la mujer india, que indudablemente había pasado la noche oculta en la cueva, acechando su sueño.

Cuando el hombre de la armadura abollada salió al exterior, un gajo de luna del color de la plata oxidada comenzaba a brillar sobre el horizonte. Mirando siempre hacia atrás, el guerrero fugitivo prosiguió su evasión. Un hacecillo de luna cincelaba las hombreras de su armadura. El airecillo fresco de la noche pareció reanimarle algo. Durante muchas horas el fugitivo siguió su ascensión, que más que tal era un verdadero Gólgota. La india, a distancia, parecía tan ansiosa de no ser vista por él como de asegurarse de que nadie les seguía. Mas el verdadero enemigo y verdugo de ambos era la montaña.

Hora tras hora presencié la lucha del hombre contra el escarpado monte. Plateada de luna, la montaña se estiraba

como un oso panza arriba, con las rocas y palmeras como arbotantes que sostuvieran el cielo. Con paso de borracho, el fugitivo proseguía su forzada ascensión; pero el hambre, el cansancio y quizá el dolor, pues con frecuencia se llevaba las manos al costado, iban vencién-dole de nuevo. El paisaje era espectral y medroso en la noche quieta. No había otro rumor que el viento en las frondas oscuras. Lejos, se difuminaban en la distancia unos picachos remotos. De cerca, piedra y tronco, guijos y árboles; piedras con las que luchar, resbaladizas, ariscas; troncos que rodaban bajo los pies o se erguían como centinelas del misterio de la sierra, adustos, firmes y hostiles como una inmóvil guarnición del monte feroz.

Cuando llegó la madrugada, toda la vida se había ido del fugitivo y su marcha era un continuo zigzag, un perenne caer y levantarse. La mujer india, cuya energía era inagotable, estaba ya muy cerca de él, como si no temiera que en su estado de agotamiento pudiera descubrirla. Al teñir el horizonte el primer resplandor rosado del alba, el guerrero de la armadura rota y el cuerpo exhausto cayó como fulminado por el rayo. Ella, de un salto, se le abalanzó encima.

El hombre estaba en completa inconsciencia. Ella, con extraordinaria energía, fue arrastrándole de los brazos hacia las peñas cercanas. Solamente la luna, ya de retirada, y yo éramos testigos de su esfuerzo. A veces se paraba, falta de

aliento, y en una de las paradas vi su faz, dulce, bellísima, de dorado bronce, con los ojos más brillantes que el lucero del alba. Llegó por fin a una gruta cercana semioculta entre los peñones y se dispuso a introducir al inconsciente fugitivo en la caverna. Para ello, le volvió de lado a fin de semicargarlo en sus espaldas. En aquel instante desperté, pero no sin antes haberme apercebido de la cara del hombre, ya que al moverlo se me apareció de frente. Pude darme cuenta de que el guerrero, maltrecho y fugitivo, era yo mismo.

Desde hacía varios años, todas las mañanas, al levantarme, me despertaba el trino de un pájaro que gritaba posado en mi ventana, como un vecino madrugador y parlotero. Era una avecica pequeña y alegre, del color de un limón y con un trino tan amarillo como el limón mismo. Acostumbrado a su canto, compartía con mi gentil despertador unas migajas de mi tostada. Recuerdo mi estupor, mi rabia, cuando una vez le encontré caído, sin vida, junto al alféizar de la ventana, víctima de una pedrada. No puede ser, no puede ser, me decía el corazón, mientras el cerebro apreciaba la tragedia. Una rebeldía similar me acometió esa mañana al despertar y hallarme en mi dormitorio, con los muros blanquísimos, frente al ventanal rubio de sol, teniendo al alcance de la mano los libros queridos en la estantería y unos cuadritos de Zurbarán y de Ribera. No; la pesadilla estaba tomando un cariz detestable. Ya no era espectador, sino actor del absurdo sueño y ello no me agradaba en absoluto.

El día siguiente estuvo lleno de ajetreo y trabajo, lo que fue una bendición de Dios. Tuve varios visitantes de Guatemala. Fui a la Audiencia. Almorcé con unos clientes de Nueva York, y tuve consulta con unos amigos del Tribunal Supremo de la ciudad. Durante el día telefoneé a Yolanda y su voz era tan dulce que ablandaba la mineral dureza del teléfono. Nada hay más frío, cruel y despiadado que ese artefacto que es capaz de robar a la voz humana todo su calor, pero Yolanda tiene bastante corazón para fundir todas las gelideces del teléfono. Nos dijimos unas lindezas y quedamos de acuerdo para ir esa noche a Cartago a visitar a unos amigos. Por la tarde, temprano aún, estaba yo tan inquieto que no pude aguardar más y fui a buscar a Yolanda. La encontré a la mitad de una lección de música. Sentado en la sala, veía la mitad del piano y una chiquilla horrible de rostro picado de viruelas, destrozando concienzudamente a Mozart bajo la indiferente dirección de Yolanda. Cuando terminó la ejecución, Yolanda acudió con su sonrisa de cielo. Llevaba un vestido blanco como la nieve, un collar de cuentas amatistas y el pelo en una radiante y trenzada aureola sobre la frente marfileña.

- ¡Femando! ¿Qué haces aquí tan temprano?
- He venido a ver si estabas libre y podíamos irnos antes de hora.
- Pero no nos esperan hasta las siete.

– No importa. Podemos pasear antes... Y sobre todo, hablaremos.

Me miró de reojo, sin duda para no turbarme. Pero, señor, ¿por qué pretenderemos engañar a una mujer? Sin decir palabra, cogió su chal y echó a andar conmigo hacia la puerta.

– Tía Elvira fue a ver al padrino y no volverá hasta media noche –me explicó.

La tarde fue agradable y tranquila. Paseamos, reímos, charlamos por los codos y finalmente pasamos una velada magnífica con los amigos de Cartago; cenamos lechoncito asado, ensalada de palmitos y vino tinto en abundancia; música de su)ing en el gramófono y canciones por la niña de la casa. Cuando emprendimos el regreso en mi auto era ya de noche. Al despedirnos, Yolanda me acercó su rostro y fue como oler una manzana madura.

– ¿Sigues aún con esas tonterías de pesadillas? –me preguntó a media voz.

– Sí –le respondí intentando bromear–, estoy soñando en episodios y ahora los dos héroes están juntos y ella va a salvarle la vida.

Por toda respuesta, Yolanda apretó mi mano con las suyas tibias.

– No me gusta que pases la noche teniendo pesadillas. Debes estar muy cansado. Voy a cuidarte mucho cuando nos casemos.

– Si eso es así, Yolanda mía, esperaré a terminar el cinedrama hasta estar juntos, sólo para que me cuides con más cariño.

Pero el tono jocoso de las voces no consiguió borrar la inquietud que había arrastrado yo todo el día. Al llegar a casa y sentarme en la biblioteca, a mis pies los libros favoritos que no llegué a abrir, me di cuenta, y necesité para ello beber dos copas de coñac, que había arrastrado mi tristeza todo el día, tan pesada y opresiva como el manto de terciopelo de un emperador.

Mientras los azules anillos del humo de mi pipa me envolvían en sus espirales mágicas, me apercibí de que con la febril actividad diurna había tratado de no enfrentarme con la verdad que me aterrorizaba. Jamás he creído en presentimientos, ni en sueños proféticos, ni en nada que se salga de lo real, de mi vida prosaica pero sólida y auténtica de ciudadano consciente de sus deberes y sus derechos. Hay quien dice que mi vida es monótona y rutinaria, pero a mí me encanta así. Dejo a diario mis libros en el mismo sitio, cuidadosamente cerrados y sin doblar jamás las páginas. Me gusta tener amigos leales y una reputación acrisolada. No sueño jamás y mis lecturas se limitan a libros profesionales y al Quijote, que para mí encierra todas las enseñanzas de

todos los libros del universo. El solo hecho de admitir que ya tres noches había tenido la misma pesadilla, es suficiente para desmoronar un universo que construí con sumo cuidado y que trato de conservar sujeto a las leyes, pesos y medidas que le impuse al concebirlo.

No intenté siquiera analizar mi pesadilla, ni aun teniendo en cuenta que recientemente y por la influencia de mi amigo el doctor Carlos Bancés, del Asilo Chapui, había estado leyendo las obras completas de Freud, que ni me convencieron ni me parecieron a tono con mi filosofía. Preferí renunciar a la lectura, anestesiar mis inquietudes con una copa más de coñac, aunque ello va en contra de mis principios, y meterme en la cama, no sin cierto recelo. No hice más que poner la cabeza sobre la almohada cuando me quedé dormido y la pesadilla se reanudó donde la dejara la noche anterior.

Esta vez el sueño fue radicalmente diferente. Hasta entonces yo había sido un espectador, altamente interesado en lo que sucedía, pero, al fin y al cabo, una tercera persona. Ahora era el actor principal y mis percepciones no eran las de una persona mirando por un estereoscopio, sino las de quien es protagonista de la función, y en una obra de la que no se conoce el libreto. Desde esa noche, mi sueño fue mío, y yo el héroe del misterioso drama del guerrero fugitivo en la montaña.

El sueño se inició recobrando yo la conciencia. Estaba echado en el suelo de una caverna. Cerca de mí crepitaba un fuego. Al volver la cabeza vi una hoguera, que llenaba de acre humareda la gruta. Las llamas de la hoguera acariciaban una ollita de la que se escapaba un vaho de delicioso aroma. Entre el fuego y yo, inmóvil, sentada en cuclillas, estaba una moza india.

Mi primer impulso fue huir, pero al intentar levantarme de un salto, el dolor en mi costado derecho fue tan intenso y lancinante que perdí el sentido. Al volver en mí al cabo de algún tiempo, el rostro de la india estaba casi pegado al mío. Un rostro como una máscara de bronce, animada por las líquidas esmeraldas de sus ojos, cuyo fulgor me llena de dulce calor. Sus manos de terciopelo y cobre me pusieron unas compresas en el costado y me apercibí de que tenía un boquete en mi armadura. Me incorporé como pude contra la pared de la roca y me di cuenta de que ella había cubierto la entrada de la cueva con unos ramajes para hacerla invisible, aun a riesgo de asfixiarnos con el humo de la hoguera. Un momento después llevó a mis labios un cuenco de metal lleno de la sopa que se había cocido al fuego. Me abrasé los labios con el ardiente brebaje, pero lo sorbí como si fuera la savia de la vida. Estaba hirviendo y sabía a ave de caza. Terminé de tomarme el caldo y después chupé los huesecillos que en él había. La india no cesó de acariciarme mi cabellera hirsuta y la barba agreste, de renovar las compresas calientes en mi costado y de mirarme con tal

dulzura que sentí que me hallaba ante una amiga y aliada. Al terminar, un suave y dulce sopor me invadió, pero apenas había cerrado los ojos cuando me desperté sobresaltado.

La india había estado espiando el mundo de afuera junto a la entrada de la gruta y lo que oyó no debió ser muy agradable, ya que retornando, comenzó a recoger sus compresas, metiendo la olla y el cuenco en un zurrón de cuero que colgó a su hombro. Finalmente me hizo señal de que iba a ponerme en pie. Le grité airado que estaba herido y no podía andar. Entonces ella me habló en una lengua india, tan suave y melodiosa que las palabras parecían piezas de a ocho, doblones u onzas de oro, gastadas por el uso que ha suavizado sus cantos y hecho que al caer en cascada aurífera sean una melodía de dulce metal. No entendía lo que me decía, pero sí sus gestos. Se puso en pie y pude ver que iba vestida con blusa y falda de cuero, cinto con perlas, y plumas sobre la aceitosa cabellera anudada en masas sobre la frente, y calzando mocasines de piel de gacela. Me señaló con el dedo la boca de la gruta y me dio a entender con el ademán que una multitud se avecinaba. Señalando la daga que yacía a mi lado, me comunicó la idea de que llevaban gran cantidad de armas, y su pantomima de matarme me hizo comprender el propósito de los que se acercaban. Después señaló hacia arriba, lo que indicaba que estando cortadas todas las retiradas –confirmado por su ademán circular en torno a nosotros– no quedaba otro camino que el de seguir escalando la montaña. Al

preguntarle por gestos por qué me estaba ayudando, puso sobre mi boca su dedo suave y sonrió con los labios y los ojos.

Así fue como, apoyado en su hombro, con la muerte en mi costado y el alma cansada, salí cojeando de la gruta donde aún flotaba el apetitoso humo de la sopa, y me enfrenté otra vez con la hosca montaña, los bosques y los peñascos. Atrás quedaba una floresta palpitante de sombras y acaso de enemigos. Arriba y adelante, picos, laderas escarpadas, colinas agrestes, pero acaso también la salvación. Un momento después, el primer rubor de la aurora tiñó el cielo y con ello me desperté.

Mi primera sensación fue la de sentirme infinitamente cansado, como si hubiese andado o ido de juerga toda la noche, cosa esta última que no he hecho nunca, ni aun siquiera de estudiante. Como quien arrastra un peso de plomo, salté de la cama. Vestirme fue una tortura. El espejo me reveló, mientras me afeitaba, el rostro ojeroso y macilento de una noche de insomnio, y ni siquiera el café cargado y espeso como la tinta pudo despertarme de mi modorra. Por fortuna, afuera brillaba el claro sol de mayo y sus rayos parecieron barrer algo de la fatiga que empapaba mis huesos.

El día transcurrió lento y nostálgico. Yolanda estaba con su tía visitando a unos parientes en Puerto Limón, de donde regresarían tres días más tarde. Estos tres días me darían la

oportunidad de componerme y, si era preciso, de buscar auxilio médico para mi mal, pues ya comenzaba a estar convencido de la anormalidad de mi pesadilla, y de que ésta era el fruto de un año de intenso trabajo profesional y arduas luchas económicas para abrirme paso en mi carrera. Por la tarde monté en mi cochecito y me fui a dar una vuelta solo, por las afueras. La tarde era límpida y las espadas del sol acuchillaban a placer el vientre añil del cielo. Una luminosidad vaga y brillante, como pulverización diamantina, se esparcía sobre los campos. Era una de esas tardes triunfales, de plata y rosas, que sólo se ven en mi Costa Rica. Fragante a verdor y a tierra mojada, se desperezaba el alma de los campos. Al cruzar un pueblecito vi un grupo de mujeres y niños sentados al sol frente a un caserón, parloteando y riendo, con cestillos de dorada paja repletos de uvas, picoteándolas al sol como gallinitas jubilosas, y los envidié con toda mi alma. Sus risas inflamaban el paisaje. Cené en un desierto merendero de las afueras, donde una pareja de novios se contemplaba silenciosa y embelesada. Cuando regresé, fresco, reposado y más animoso, una vaga neblina de plata arropaba con amor los campos de café cuyo verdor era ya más denso. Con las primeras sombras azules de la noche, cuando los castizos salen en San José a comer sus bocas de palmito en aceite y beber su aperitivo en los cafés, entré en casa y con el primer lucero, agotado de fatiga, después de leer el periódico y un capítulo del Quijote, me quedé dormido.

La risa de la muchacha india me despertó. Estaba en otra gruta, sin duda alguna nuestro refugio durante el pasado día. Hacía rato que un suave hilo de seda tendido en el aire por una invisible arañita me estaba haciendo cosquillas en el bigote y la barba, y en vano trataba yo de apartarlo como a un enojoso mosquito, a copia de torpes manotazos. Aunque dolorido y fatigado, no pude menos de sonreír también. La muchacha india púsose ante mí en cuclillas. La luz que se filtraba a través de los matorrales que cubrían la entrada de la gruta proyectaba triángulos de plata sobre su negra cabellera. El carmín de sus labios era del color de un pétalo de rosa desteñido. Con manos tan delicadas como el ala de una golondrina, lavó mi rostro con un pañito mojado en el agua tibia de un caldero que había sobre las brasas al fondo de la cuerva, peinó los agrestes matorrales de mi barba y cabellera, y finalmente me hizo beber de un cuenco de palo un brebaje oscuro que me calentó, más que el estómago, el corazón. El último ritual fue ponerme unas compresas calientes sobre mi contusión en el costado y ayudarme a ponerme en pie.

Observé entonces un fenómeno curiosísimo. Acababa (en mi sueño) de tener una pesadilla indescriptible. Había soñado que estaba en una ciudad bien diferente a las que había conocido hasta la fecha. Las gentes vestían extrañas ropas y no se veía una sola armadura reluciendo al sol. Yo sabía que estaba en Costa Rica y los paisajes y casas me eran

familiares, pero todo en las gentes, sus vestimentas y atavíos, era fantástico y ajeno a cuanto conocía.

Me recordaba vagamente, en mi sueño, sentado ante mesas de extrañas apariencias, conversando con gentes raras, y haciendo el amor con palabras extrañas a una moza como un sol. Finalmente la pesadilla me había hecho montar en un fabuloso vehículo, que pese a no tener caballos que tirasen del mismo, me arrastraba a una velocidad mayor que la del viento, con horroroso estrépito. Yo no tenía riendas, pero mis manos se aferraban a una rueda que parecía guiar al fabuloso coche, en cuyo interior rugían todas las furias del averno. Sueño raro, diferente y ajeno a cuanto viera hasta entonces. ¡Un sueño profético dentro de un sueño de evocación!

Al salir de la cueva, mi doncella india se bruñó en el acto de líquida plata. De su brazo inicié la ascensión a la montaña. Atrás quedaban los bosques y un cambio extraño comenzaba a operarse en el camino. La vegetación iba desapareciendo a medida que subíamos hacia los remotos picachos en nuestra fuga inacabable. El suelo iba pelándose como una piel de fiera gastada por los restregones. Los arbolitos eran cada vez más enanos; los matorrales, más raquíticos, y la roca y el peñón iban reemplazando a la vegetación a pasos agigantados. Era como si la mano de un gigantesco barbero hubiese ido afeitando la montaña de sus barbas esmeraldas. Era aún temprano, antes de la

medianoche. La luna brillaba, pura, dulce, serena, redonda y brillante como un fanal, en un cielo del que huyeron las estrellas. El aire era fresco y olía a tierra húmeda. Nuestros pasos resonaban con retumbante eco sobre la tierra que comenzaba a helarse bajo la escarcha. Ningún sonido fue nunca para mí más romántico que el de los pasos de una bota o los cascos de un caballo sobre la tierra endurecida de escarcha en el amanecer o en la noche invernal. La cabeza de la muchacha india me llegaba apenas al hombro. De vez en cuando tenía que apoyarme en ella y al hacerlo mis labios rozaban su cabellera suave, negra como la endrina y con el acre aroma de los matorrales. Yo ya no temía nada, pero ella seguía mirando hacia atrás continuamente, como atemorizada aún por el peligro invisible.

La ascensión continuó hora tras hora en silencio. Ya empezaba a fatigarme. Los picos parecían estar cada vez más lejanos. El cielo era ya un terciopelo de luna. Los arbolillos se alzaban minúsculos como un ejército de pigmeos. A la luz de la blanca luna, todo tenía la soledad, el silencio, el pavor espectral de un paisaje lunar. Cuando ya mis pasos empezaban a flaquear demasiado, mi acompañante principió a buscar cobijo, y no lo encontró hasta que ya el cielo empezaba la batalla entre los azules del nocturno y los grises del amanecer. Esta vez fueron dos peñas enormes formando una barraca de roca las que nos ampararon. Me dejé caer derrengado sobre la tierra helada de escarcha. Mi dulce guía india recogió broza de las

cercanías para que sirviera de colchón, y ramajes grandes como cortina para la gruta. Poco después me despertó de mi sopor el calorillo de la hoguera dentro de la cueva. Ella escurría en un caldero sobre el fuego unas bayas silvestres con las que compuso un brebaje ardiente y arrebatador que se me fue a la cabeza. Sentóse junto a mí. En sus ojos bailaban las llamas de la hoguera. Con sus manos ágiles como ardillas y gráciles como cisnes, dibujó en el aire las figuras de soldados y de indios en actitud airada. Comprendí que me recordaba que nuestros perseguidores eran soldados como yo, guiados por indios como ella. Imaginé que ella, por motivos para mí ignorados, les desertó para seguirme y salvarme. Yo estaba tan fatigado que al compás de sus últimos gestos me quedé dormido.

Al despertar unos momentos después, el primer sol teñía de rosa las peñas que nos amparaban. Cerca de mi rostro estaba el de mi adorable guía india. Me sentía ágil y descansado, acaso porque durante mi inconsciencia me despojó de mi armadura. Su rostro, pegado al mío, musitaba palabras armoniosas en una lengua extraña. La hablé en español, pero no me comprendió y su dedito de oro me selló la lengua. Sentía en la epidermis de mi rostro el calor del suyo, tibio y suave como un rescoldo de brasas mustias. En la penumbra de grana del amanecer su cara estaba encendida por el fuego de una rosa de lumbre. Se volvió un instante hacia la boca de la cueva y sus ojos reflejaron la luz del amanecer. Corrían sus dedos por entre mi cabellera

encrespada. Mis manos acariciaron su rostro y era como si pasaran sobre los pétalos de una rosa abrasada de luz. Cuando nuestros labios se encontraron, un sabor a miel y a violeta me inundó la boca. Estrecharla entre mis brazos fue como abrazar el tallo de una palmera estremecida por el viento estival. Caímos enlazados sobre el suelo de la gruta. Las ramitas secas y olorosas se metían entre nuestras caras. El rescoldo de las brasas daba solamente un recuerdo del calor. La piel de su torso desnudo reflejaba la luz de la hoguera. La luz del amanecer fue nuestro manto nupcial. Mi último recuerdo es el de sus ojos dulces vueltos al cielo, el de sus labios húmedos reflejando el oro de la aurora, el de su pálido gemir bajo el reflejo del lucero del alba en unas sublimes bodas de evasión y de sangre.

Me desperté bañado en sudor frío. Estaba en mi cuarto y reconocí en el acto mi habitación; mas algo me hizo erizar los cabellos: era de noche y no de día. Y no era la noche de mi sueño, sino la siguiente. Antes de comprobarlo por mi reloj parado, por la quietud de la calle, por una llamada telefónica que hice para asegurarme, sabía que estuve durmiendo veinticuatro horas.

Me senté en la cama aterrado, con el sudor frío del miedo corriéndome por la espalda. No hubiese tenido nada de particular haber dormido y despertarme a media noche, o haber dormido demasiado, aunque jamás lo he hecho, pero algo me decía que mi sueño había sido anormal. El verde

resplandor de mi relojito me hizo ver que eran las diez de la noche. Me había acostado a las once, luego no podían ser las diez del mismo día. Para asegurarme, me abalancé a la ventana y miré a la calle. En días de trabajo, hay a unas ochenta varas de mi puerta unos farolitos de colores que anuncian una cantina llamada El Arco Iris. Pues bien, todo estaba a oscuras. Recordé entonces que me acosté en sábado y que al parecer había dormido hasta la noche del domingo, única en la que El Arco Iris se apagaba. Había dormido casi veinticuatro horas. Mas lo aterrador del caso no era eso. En mi sueño, había soñado que dormía y soñaba. Es decir, había tenido un sueño dentro de otro sueño, como en esos cuadros modernistas en los que, imitando Las meninas, de Velázquez, se ve un cuadro dentro de otro, o en los que como en El retablo de maese Pedro, del Quijote, se ve en el retablo un cuento dentro de otro cuento, o como en esas cajas de fantasía chinas en las que hay una cajita dentro de otra. Eso me había pasado: soñé que soñaba, y mi sueño dentro del sueño había sido la realidad de mi vida diaria. En vez de dormirme y soñar cosas raras, soñé que me dormía y que mi sueño era la realidad diurna. O sea que al dormirme soñaba extrañas fantasías y las cosas que soñaba en esas fantasías eran mi realidad de cada día. Era para volverse loco.

Me levanté empapado en sudor y temblando. Fui a la alacena, tomé un sorbo de coñac y me senté junto a la

ventana entreabierta por donde, con el canto de un grillo, entraba el fresco de la noche. Me ardía la cara y tenía una

fragua en cada sien y un herrero implacable en el cerebro. Era para enloquecer. Estaba entre dos sueños. Ya empezaba a perder el sentido de la realidad. ¿Qué era lo real y qué lo soñado? ¿Eran mis días reales y mis noches sueños, o era mi verdadera vida el sueño y mi sueño lo que hasta entonces creí vida real? ¿Era yo un abogado costarricense que iba a casarse en unos días, o era un guerrero español en fuga a través de la montaña, enamorado de una muchacha india, con la que acababa de hacer el amor en una cueva, bajo el lucero del alba? ¿Era mi vida diaria, cotidiana, real, solamente un fantástico e irreal apéndice de una robusta vida de sueños, o... –y aquí sentí que mi razón comenzaba a flaquear– era yo un soldado español de hacía unos siglos, que tenía en sueños proféticos lo que hasta entonces creí mi vida real, en vez de ser un abogado de hoy día de Costa Rica que tenía sueños milenarios?

Durante horas y más horas me paseé torturado por las salas de mi casona solariega. Afuera se sentía la quietud bendita de la noche dominguera, el cielo con su trémulo de estrellas tapizando la noche que olía a invernadero repleto de rosas. Se terminó por fin el coñac, pero no mis desvaríos. No sabía qué hacer. Tres veces tomé el teléfono para llamar a Yolanda en Puerto Limón y otras tantas veces lo dejé, avergonzado de mi cobardía tan poco varonil. Y es que

realmente ya mi sueño tenía más vigor que mi vida diurna. Mis horas diarias de bufete, incluso –sacrilegio horrible– mis horas cortejando a Yolanda, no eran sino vagas y pálidas imágenes comparadas con aquella hora de amor que acababa de tener con una india bravía y enamorada, sobre el suelo de una cueva alfombrada con hierbas aromáticas, con el peligro de muerte a la espalda y las primeras luces del alba sobre la cueva que nos guarecía. Con vergüenza reconocí que amaba ya más a esa india misteriosa y enigmática, que hablaba una lengua extraña, que a mi Yolanda, que iba a ser mi esposa en unos días, y la existencia azarosa de fieras acosadas del soldado fugitivo, que la mía regular de respetable abogado. Mis días y mis noches ya no se diferenciaban. Ambos me parecían sueños, mas uno de ellos era mucho más romántico y placentero que el otro. Pero lo aterrador era esto: ¿Cuál era el sueño y qué la realidad? Todo me decía que era víctima de una inexplicable cadena de pesadillas, pero en cambio esas pesadillas eran más vigorosas y reales que mi vida diurna.

Vagamente recuerdo el día que siguió a una noche de insomnio, en la que recapacité sobre mi situación. Mi pesadilla iba consumiéndome. Mientras que de día vivía una vida, de noche vivía otra existencia. Lo absurdo del caso era que mis noches de marcha por la montaña equivalían a mis noches de sueño en mi casa, pero mis días de trabajo de abogado equivalían también a mis días de sueño en las cuevas donde me ocultaba de mis perseguidores. Era como

si tuviera dos vidas, dos personalidades, dos existencias. Una de ellas, la del soldado español fugitivo en una época que se remontaba a unos siglos atrás, comenzaba al dejar caer mi cabeza sobre la almohada. La del hombre moderno, al levantarme de esa cama. Mi pesadilla era doble, porque si bien de noche soñaba que era un soldado de los conquistadores, de día soñaba que era un abogado en una época futura y en Costa Rica. Mi sueño nocturno era fantástico y retrógrado, pero el sueño dentro de ese sueño era profético y futuro. ¿Cuál de los dos era el verdadero? ¿Estaba yo viviendo en el siglo XX y soñando con ser un soldado español de los conquistadores, o era yo un conquistador que al dormir soñaba que era un hombre del porvenir?

El lunes se deslizó atroz en su lentitud. Yolanda regresaba el martes y nos debíamos casar el jueves siguiente. Febrilmente traté de poner en orden mis asuntos sin conseguirlo, porque no podía reparar el desorden de mi cabeza. Entretanto, San José yacía alegre y plácido bajo el sol divino. Parloteaban los gorriones en los aleros de los tejados, había mendigos en las esquinas y beatas ante las iglesias, y el perro solitario mirando al cielo en una esquina, y una bordadora sentimental atisbando la calle entre los visillos de la ventana. La vida era dulce, calma, riente, bajo ese bendito sol de mi Costa Rica que pone fuego en las venas y luz en el cielo. El azul celeste era digno de un manto de emperador, resaltando contra las calles lisas, pálidas,

desiertas en la solana, con una palpitación de vida en las risas de los chiquillos y con el latido del agua en las fuentecicas invisibles y en el griterío de los pájaros en los árboles frutales, y el zumbido de las abejas borboteando como una olla al fuego entre las flores de los huertos o en ese abejorro que contra un cristal era el bordón de una guitarra persistente y rebelde tañida por una mano insomne en la mullida siesta de San José.

Me pareció que hacía años, aunque solamente eran horas, que me había acostado en la cama, a la que ya miraba como un extraño instrumento de horror y placer. Era la vieja cama de roble, con las sábanas de lino, que sería nuestro lecho nupcial en menos de dos días, pero para mí era una mágica alfombra volante que me llevaba a tres siglos de distancia, al amor, la pasión, la aventura y acaso la muerte. Traté antes de dormirme de analizar el comienzo de mi pesadilla, pero no pude. Apenas me eché sobre la almohada, me pareció abrir los ojos en el acto y hallarme en nuestra caverna, con el cabello fragante a hojas secas de la mocita india rozándome los labios.

Esta vez el sueño fue de intensidad y rapidez brutales en su concisión. Nos despertamos con un rayo de luna cincelandos en argentado perfil el rostro de la mocita india. Recuerdo habernos besado apasionadamente en furioso abrazo de amor, y fundirse en mi mente, en extraña comunión, sus labios de miel y violetas, la luna, la noche y la

brisa. Y haber luego salido al mundo medroso plateado de luna, donde ya los árboles habían desaparecido casi totalmente. En su lugar, colinas pedregosas, rocas abruptas y los picachos que remataban la montaña cada vez más cerca de nosotros. Atrás, monte pelado, lomas calvas, laderas bajo la plata lunar que las hacía más desnudas todavía, rocas tiritando en su argentada desnudez, y el paisaje lunar, mudo, espectral, sombrío, lleno de presagios y de ignorados horrores.

Cogidos de la mano, avanzamos con mayor brío que la noche anterior, como si el amor hubiese puesto alas en nuestros pies cansados. Yo sabía que huíamos de mis compatriotas y de los suyos, y que ella se había jugado su vida por salvarme, y que sin ella jamás hubiese llegado adonde estábamos. Sabía también que deseaba caminar indefinidamente y que no me disgustaba esta vida, espectral y fantástica, de dormir de día y marchar de noche. Marchar, marchar, marchar, bajo la luna pálida, bajo la luna clara, por los paisajes de miedo y de ensueño, camino de lo imprevisto, con mi mujer india al lado, firme, leal, con aroma de leyenda milenaria, y toda la fascinación de su raza hierática encerrada en sus ojos de uva pelada.

Lo que siguió fue tan brusco que no pudimos darnos cuenta de dónde vino el ataque. Al entrar en un paso estrecho bordeado de escarpadas rocas, siempre subiendo

hacia la cumbre, la noche abrió sus fauces y casi nos engulle en ellas.

Sonaron en la lejanía tambores, alaridos y aullidos guturales. Como dos ciervos acorralados buscamos donde guarecemos.

Recuerdo la angustiada búsqueda de una grieta en la roca donde ocultarnos. La noche que se hace más fría, y la piel que se vuelve ardorosa con la carrera. El sudor caliente en la cara y helado en la espalda. El miedo a la noche, a lo invisible, a los perseguidores implacables que nos cercaban, a lo extraño y medroso, los terrores milenarios que surgían a flor de piel en ambos. Finalmente, unas sombras que aparecen sobre un ribazo, el sonido de unas cuerdas tensas como abejas irritadas, un golpe en el hombro como un puñetazo, y la carrera loca por la montaña, tropezando ambos, cayendo, levantándonos, protegidos ahora por las sombras, traicionados luego por la luna, reptando bajo las rocas, trepando por las peñas, corriendo en zigzag por la planicie. Siempre hacia arriba, como si sólo el cielo pudiera ser nuestro refugio. Ya no éramos una pareja humana, sino dos fieras perseguidas por la inexorable jauría. Mi mano que va a mi hombro y se retira empapada en un líquido pegajoso y caliente, que a la luz lunar es oscuro y que huele acre y dulzón: mi sangre. Paso mi lengua por la mano como podría hacerlo un lobo fugitivo. Mi sangre. Mi vida que se me escapa por esta herida en el hombro causada por una arma

que aún está incrustada en mi carne y no me atrevo a despegar. Mi sangre derramada sobre la roca dura, sobre la arena pálida. Mi sangre derramada bajo la luna color limón sobre los roquedales de la montaña.

La persecución que amengua. La siento en mis entrañas, como debe sentirla el corzo perseguido por la montería. Mi mano que siguiendo la de la moza india me lleva a una gruta en la montaña. Nuestros cuerpos que caen rendidos sobre el suelo húmedo. Un listón plateado de luna baña el suelo de la caverna. Me revuelco dolorido. Sobre mí se inclina la joven india. Sus manos delicadas buscan en mi hombro, pero aunque son leves como plumas de cisne, me arrancan un gemido de dolor. Un instante después la veo blandir una extraña arma. Una flecha. La que estaba punzando mi hombro. Una extraña flecha, de punta triangular. Puedo ver mi hombro sangrando por la herida, por fortuna, superficial. Ella me coarta la sangre con un trapo. Solamente entonces puedo ver a la luz de la luna que ella también está herida. Su mano izquierda está atravesada de parte a parte por una flecha y el orificio es ancho y desgarrado como una boca ensangrentada. Nuestros labios se unen en un beso que sabe a tierra, y a sangre, y a sierra, y a luna. Y me despierto.

Por primera vez desde el inicio de mis fantásticas pesadillas, el despertar no fue claro ni tajante. Hasta entonces mis días y noches, mi vida diurna y la nocturna –pues no me atrevo a decir el sueño y la realidad– estaban

separados por el parpadeo del despertar. Esta vez era diferente. Abrí los ojos en mi cuarto de soltero y todavía algo me retuvo ligado a mi pesadilla. En vez de borrarse todo con el despertar, como hasta entonces sucedió, excepto el recuerdo, unos invisibles filamentos me tenían ligado a mi pesadilla. Me incorporé en la cama, medio inconsciente todavía, sin saber de qué se trataba, y al ir a pasarme la mano por la frente me di cuenta de lo que era. Miré a mi derecha. Mi pijama estaba ensangrentado, y mi hombro derecho tenía a la altura de la clavícula una herida triangular, cubierta con sangre fresca.

En este momento de mi relato se inicia mi verdadera pesadilla, mi atroz tortura. Recuerdo haberme sentido asustado como jamás ser humano lo estuvo. Salté de la cama dando un rugido de dolor y de pánico, corrí al cuarto de baño, me miré un rato en el espejo sin querer aceptar la realidad de las cosas, puse el dedo en mi herida, olí y lamí la sangre que lo empapaba. Solamente entonces me di cuenta de que acababa de ser herido por un sueño.

Con un gesto de delirio, angustia y horror, me vendé con un pañuelo. No sangraba mucho, pero me dolía bastante. Salí corriendo de casa. Era aún temprano y había poca gente por la calle. Tomé mi auto y me fui a casa del doctor Aunás, mi amigo, el cirujano. A medio camino cambié de idea y, torciendo bruscamente, me fui a casa del doctor Bancés, el que trabaja en el Asilo Chapui como psiquiatra. Si es que mi

herida había sido causada mentalmente, sólo un psiquiatra podía cerrarla.

En ruta hacia la casa de mi amigo, me aferré al volante tratando de no pensar, de no recordar, de no tratar de comprender, en una palabra, de no aceptar, o de lo contrario mi razón peligraba. Todo lo que me sucedía debía tener alguna explicación lógica. No; yo no estaba viviendo sino en San José de Costa Rica y hoy día, en el siglo XX. Todo era un sueño. ¿Un sueño? Eso era; pero un sueño como jamás imaginó Edgar Allan Poe, A ambos lados de mi viejo Ford pasaban las acacias con sus bolas en los jardinillos, los ventanales de las tiendas, las mujeres mañaneras y los perros presurosos camino de ninguna parte. Pero en mi cerebro una idea pulsaba más fuerte todavía que la herida mal taponada de mi hombro. No podía ser, no. Que una pesadilla se tradujera en la fatiga que me acometía los últimos días era comprensible, que me dejara agotado y sin fuerzas el ensoñar con interminables jomadas en fuga bajo la luna sobre la arisca montaña, también; pero que el soñar con que me disparaban un flechazo en el hombro me hiciera levantarme con una herida sangrante en el mismo sitio y del mismo tipo que la había soñado, era imposible.

Mi amigo Bancés me recibió enseguida. Adiviné, conociendo sus costumbres de sibarita, que estaba desayunando en la cama cuándo llegué, pero la amistad es la amistad en Costa Rica. Su obesa humanidad desbordaba

la opulenta bata de seda de bárbara y asiática suntuosidad en que envolvía su cuerpo. Estaba sin afeitar, mal peinado, y con los ojos todavía llenos de una espuma de sueño. En la solapa de su bata brillaban unas doradas migajitas de tostada y tenía el bigotillo húmedo y todo él estaba oloroso a café. El despacho, ancho, oscuro, de frailuna austeridad, pero rico en sus cuadros y sus estatuillas, estaba fresco e impregnado de paz. Sin decir palabra, me quité la chaqueta y le enseñé mi herida.

La examinó sin parpadear y, lo que agradecí más, sin comentarios. Me llevó a su cuarto de curas y la vi en el espejo, triangular, la sangre ya cuajada, pero rezumando una serosidad rosada. Sus manos diestras tantearon, lavaron, desinfectaron, aplicaron una pomada de cloramina y vendaron ágilmente. Después me ayudó a ponerme la chaqueta, me ofreció una copa de coñac que acepté y un cigarro puro que rechacé. Desapareció para volver enseguida con una bandeja de plata, sobre la que humeaba la cafetera flanqueada por dos tazas, cucharillas y un azucarero también de plata. Me sirvió, se sirvió él, encendió un cigarro y se sentó frente a mí en el despacho, ya totalmente despierto, como un Buda jovial y satisfecho.

Como hábil psiquiatra no me preguntó nada y por lo tanto su silencio me obligó a hablar. Se lo conté todo, detalladamente, desde un comienzo, pero, contra lo que yo esperaba, el contárselo no me alivió en absoluto.



Mi voz me sonaba como la de un ser extraño y mi relato como un cuento de hadas. Yo no lo creía y por tanto no podía esperar credulidad de nadie. Bancés fue discreto hasta el final. No me interrumpió y solamente cuando me callé, jadeante de tanto hablar, aguardó unos momentos y

después aplastó con aire decidido la colilla de su puro contra el cenicero de plata maciza. En su gesto adiviné el interés que le causara mi narración.

– Fernando –me dijo con su voz de bajo, timbrada de extraña emoción–, nos conocemos hace muchos años, desde que fuimos juntos a estudiar a Madrid, y somos amigos y hermanos leales, por lo que nunca podría tratarte ni como a un paciente ni como a un extraño. Lo que acabas de contarme es inaudito y fabuloso y si cualquier otra persona me lo hubiera referido, le consideraría un caso solamente: un paranoico, un esquizofrénico o un alucinado. Pero yo te conozco. El hecho de que en vez de irte a un cirujano para que te curase la herida, hayas venido a mí, un psiquiatra que apenas si sabe vendar una herida, indica que para ti la herida espiritual, la lesión psíquica, es más importante que la que hay en tu carne. Eso y la coherencia de tu relato basta para garantizar tu sanidad.

Temo que no voy a poder ayudarte mucho en tu problema, excepto en una cosa. Estás sano, tan sano como yo, si no es que yo, como todos los sanos, no estuviera loco de remate. Estás todo lo normal mentalmente que estamos cuantos vivimos en esta loca civilización. Tu temor a estar loco es tu certificado de salud mental. Pero eso no te basta. Aunque yo te pronuncie sano, tu sueño, tu problema, te declara perturbado.

Quisieras una explicación y ojalá pudiera dártela, pero, francamente, no sé qué decirte. Si fueras un enfermo, otro gallo nos cantara. A ti no sé qué decirte. Bajo la influencia de un exceso de trabajo y de la inevitable reacción emocional del que va a dar el paso trascendental de casarse, estás sufriendo una pesadilla que, por obra y desgracia de nuestra mecánica mental tan rutinaria, te ha agarrado en sus zarpas y se continúa como en episodios cada vez que duermes. Eso te da la sensación de estar viviendo una doble vida. Pero tranquilízate. Ahora estás despierto. Estás conmigo, con el gordo Bancés, y no dormido. Ya sabes algo, por tanto. Lo de la noche son sueños y esto es la realidad. Sin embargo, la realidad y la fantasía se han mezclado ya de tal modo en tu vida que dudas de cuándo estás despierto y cuándo dormido. Ya te dije que esto, por malo que sea, es lo real, y lo otro, la fantasía de tu sueño.

Pero, ¿cómo es que tu sueño se ha transformado en una realidad física? El contenido de tu sueño no puedo analizarlo ahora, en dos minutos. Estoy de marcha a Panamá, adonde me voy dentro de dos horas en avión a atender un enfermo urgente de la familia de un ministro. Estaré de vuelta en dos días a lo sumo y entonces podremos analizar y psicoanalizar tu sueño. No sé por qué has elegido esa fantasía histórica como tu lema. Pero lo esencial es saber por qué una pesadilla se ha traducido en una herida real, con sangre auténtica. Puedo ofrecerte dos explicaciones: una de ellas es el efecto de los sueños sobre nuestro organismo. Podría

citarte miles de casos, con los libros a mano, naturalmente, de gentes que al soñar algo se han despertado con el sueño realizado. Soñaron que se quedaron ciegos, paralíticos, sordos, mudos, y despertaron con la lesión. Claro está que sólo duró por cierto tiempo, hasta desvanecerse el efecto del sueño sobre la mente del individuo.

Sabemos que la mente puede crear estigmas. Teresa de Obermann sueña que está viviendo la pasión de Cristo y despierta con las manos y pies transfijos con heridas y llagas sangrantes, reflejando solamente que la mente es soberana y puede grabar en sangre sobre el cuerpo las imágenes impresas por un sueño o sugestión. Se han podido, por hipnotismo, originar llagas en la piel, enrojecer zonas cutáneas, paralizar individuos o crear zonas anestésicas al dolor y a los traumatismos. A la inversa, un sueño puede obrar sobre el cuerpo y originar lesiones corporales.

Por desgracia, no podemos dar esa explicación a tu sueño. Las llagas y lesiones cutáneas, los llamados estigmas, por analogía con los de Santa Teresa de Jesús, son lesiones de tipo amorfo, sin delimitación. Son llagas y úlceras, pero no heridas. Lo tuyo es una herida hecha por arma cortante, y de ello no cabe duda. Por lo que me has contado, es una herida de flecha. Puedo asegurarte, y cualquier cirujano te lo confirmará, que esta lesión –y su dedo macizo y abultado como una salchicha apuntó hacia mi hombro– no es fruto de un sueño. Esa lesión está hecha con un instrumento

punzante. Conozco bastante antropología para identificarlo. Estás herido con una flecha de las usadas hace tres siglos por las tribus de los indios que habitaban en la región cercana al volcán Irazú.

No, no te pongas pálido. No estoy alimentando tus terrores. Tengo otra explicación. Al dormir y soñar, tu pesadilla ha sido tan fuerte que bajo su efecto has querido subconscientemente dramatizarla en tu cuerpo. Si hubieras soñado que tenías úlceras leprosas, te habrías levantado con úlceras provocadas simplemente por tu propia mente sobre el cuerpo, que es cera moldeada por nuestro psiquismo, pero lo que soñaste es que te herían con una flecha. Mi explicación es que en un ataque de sonambulismo te has levantado, has ido adonde –solamente el diablo sabe adonde– hay flechas de ésas: acaso en algún museo, y te has infligido una autoherida, una automutilación subconsciente, de la que no te acuerdas, sólo por traducir en una imagen real la fantasía de tu pesadilla.

Hubo un silencio demasiado largo. Bancés, rehuyendo mirarme a los ojos, sacó de una caja de cuero un cigarro largo y negro y lo encendió con movimientos excesivamente lentos. Por primera vez me enteré por su tictac de que había un enorme reloj de péndulo en la estancia. El sol brillante lanzaba unas barras de oro dentro de la estancia por entre las persianas entornadas. El aroma del café se mezclaba con el del humo del tabaco. El hombro me dolía muchísimo.

Súbitamente me sentí hundido y a la vez indiferente. Todo me era igual. Miré a Bancés a la cara y él rehuyó mis ojos.

– Bancés.

– ¿Qué quieres? –me dijo sin mirarme todavía.

– Bancés, quiero que me contestes a esta pregunta.

– Todas las que quieras, Fernando.

– Quiero que me contestes con toda honradez, como lo harías ante un tribunal. De tu veracidad depende que yo trate de buscar un sentido a esta pesadilla.

– Pregúntame, Fernando.

– ¿Eres médico forense?

– Tú sabes que sí.

– ¿Puedes ser una autoridad en heridas autoinfligidas?

– Con frecuencia tengo que dictaminar sobre ellas.

– Dime entonces y dímelo delante de Dios. Has visto mi herida y su posición anatómica. ¿Es humanamente posible que yo, dormido o despierto, aun suponiendo que hubiera podido apoderarme de un tipo de flecha que ya no existe más que en museos, hubiera podido mutilarme de este modo?

Pausa. Silencio. Más humo. El tictac late como un corazón agonizante. Dios, Dios, Dios, ¡qué tortura! Al latido del reloj se unen, dominándolo, la triple pulsación de mi herida, mi corazón y mi cerebro.

- Contéstame, Bancés, y hazlo ante Dios.
- Fernando, tu herida no has podido hacértela tú. Es una herida hecha al parecer por una flecha, y una flecha lanzada desde una gran distancia.

El ser humano es una máquina tan maravillosa como estúpida. Dejé a Bancés a pesar de sus ofrecimientos de quedarse y atenderme, engañándole con mi promesa de visitar a un cirujano y de volver a verle en cuarenta y ocho horas, a su regreso. A duras penas me deshice de él y entonces, como una máquina bien educada, fui a mi bufete, vi clientes, atendí el correo, incluso almorcé sin que nadie se enterara de mi herida ni de mi estado mental de agitación y caos. Cuando cerré la oficina di un suspiro de alivio y otro de angustia. Ante mí se abría ahora la tragedia de otra noche de ensueños, de volver a sumirme de golpe en un mundo pavoroso y caótico, de terrores nocturnos y ansiedades supremas. Pero iba a ver a mi compañera india, a la que ya me unía una noche de bodas, de voluptuosidad y de sangre, sobre el suelo fangoso de una caverna bajo la luna fría de las alturas. Y aunque lo miraba como una traición a la mujer que en dos días sería mi esposa, el pensar en ver a mi amada

india era lo único que me hacía esperar la llegada de la noche sin demasiado terror. ¿Pero qué me sucedería?

Después de cenar en el club, solo y sin gana, pero bebiendo el suficiente coñac para calmar mi inquietud mental y sentir menos los latidos de la herida, emprendí el camino hacia casa. Lo fantástico de mi situación se me apareció repentinamente. Unos vecinos, camino del cine, me saludaron con afabilidad. ¿Cómo iban a imaginarse que apenas cerrase los ojos me vería arrancado de golpe de San José y lanzado, en un salto vertiginoso, tres siglos atrás, a un mundo atroz en donde los hombres eran cazados como ahmañas, donde se amaba, y vivía, y moría salvajemente, a manos de enemigos invisibles, y en donde el correcto abogado costarricense que en unos días iniciaría una vida respetable de hogar y familia, se convertía en un soldado barbudo e hirsuto, fuerte y recio, de sobrehumano vigor y tremendas pasiones, fugitivo por la alta montaña camino de ninguna parte, con una moza india de cuerpo ardiente y corazón de yesca, bajo la luna de pura y congelada plata?

En la soledad de mi estudio, telefoneé a Puerto Limón. Apenas sonó el timbre del teléfono, escuché la voz de Yolanda.

– Amor mío –me dijo, y su voz salía por el auricular como un chorrillo de plata, como una flecha de cristal–. Estuve esperando tu llamada ayer. ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo te encuentras?

¿Intuición de mujer? ¿Presentimientos de enamorada? Algo en su voz expresaba una ansiedad dolorosa.

– Estoy bien y todo va bien –le mentí descaradamente–. Pero si quieres tener una luna de miel, yo debo pasar ahora unas vísperas de hiel. Estoy liquidando asuntos, corriendo día y noche, para tener luego unos días despejados contigo, mi amor.

Pausa. Su silencio heló mi falsa elocuencia.

– Yolanda. ¿Estás ahí?

– Claro que sí. Pero tienes que decirme: ¿Estás bien?

– Tontísima. Claro que sí. ¿Por qué me lo preguntas? Un poco cansado, como es natural. ¿Cuándo regresas? ¡Te echo tanto de menos!

– Mañana vuelvo. ¿Me necesitas ahora, Fernando? ¡Dime! Quiero tu palabra de honor de que estás bien.

No cabía duda. Estaba presintiendo mis torturas.

– Palabra de honor que sí, Yolanda. Excepto que sin ti San José es un desierto y yo un caminante perdido.

Con unas lindezas más de ambas partes, terminó una conversación de ansiedades por parte suya y de mentiras por la mía.

Colgué el auricular y me acerqué a la ventana. La noche había venido dulcemente, casi de puntillas, como una doncella discreta. Afuera palpitaba trémula el alma del jardín dormido bajo el chispeado estelar. Se olían los jazmines y su perfume parecía ascender hacia las lejanas constelaciones. Una rana invisible ensoñaba con el astro azul y limpio que, como un farolito, colgaba alto y solitario sobre mi huerto. El susurro de una fontana era adormecedor. Me di cuenta de que ya no veía estrellas, sino marañas de luz, hilillos de plata, telarañas de oro, zarzas de colores, a través de las lágrimas que empañaban mis ojos. Entré y cerré las ventanas. Me desnudé lentamente, con el estoicismo de quien ya no teme nada porque lo espera todo. Me acosté despacito, anticipando la mezcla de terrores y dulzuras que se avecinaba. Apagué la luz y aguardé en silencio.

Lo inesperado. El sueño no venía. Sorprendido y contento, aguardé en vano. Me moví de uno a otro lado. Estaba tan despierto como si fuera de día. Me levanté y fui a beber agua, a fumar un cigarrillo, a hojear unas revistas. Me desvendé, examiné la herida y quedé satisfecho de ver que era solamente un rasguño, aparatoso y sangriento, pero superficial. Miré el reloj. Eran ya las dos de la mañana, y aquel día debía salir a las ocho para Cartago, donde tenía que hacer varias gestiones. Mi oficina estaría cerrada todo el día. De regreso iría a ver a Yolanda, que volvía al anochecer. Mi cerebro fatigado ya no trataba siquiera de

explicar mi fantástica pesadilla. Tomé el Pickivick, de Dickens, y me metí en la cama, a esperar el sueño. Mas apenas me tendí, sentí la oleada envolverse y tuve tiempo de apagar la luz.

Al despertar era de día y yo estaba en una de las muchas grutas donde me había ocultado en mis sueños anteriores. Estaba reclinado sobre un haz de ramas y la mocita india sentada como siempre a mi lado acababa de vendar mi herida. Sus manos delicadas me llevaron a los labios el cuenco lleno de una infusión de hierbas que bebí con delicia. La armadura yacía a mi lado, como un esqueleto de plata. El fuego era un montón de brasas como joyas inflamadas. Dentro de la cueva hacía una temperatura tibia y grata. Me sentía contento, relajado y beatífico, pese a mi fatiga. Ella se había despojado de su blusa y su falda de cuero y llevaba una túnica de hilo que modelaba su cuerpo escultural. Palpitaba bajo la túnica su busto florido, y al inclinarse se dibujó la silueta de sus caderas de ánfora y sus piernas esbeltas.

Aquel día transcurrió como un ensueño realizado. Recuerdo su dedo dorado trazando signos y monigotes en la arena del suelo mientras nos hablamos sin entendernos, yo en español y ella en una lengua melodiosa que yo no comprendía. Yo sabía que había tenido otra vez la pesadilla de verme en una ciudad extraña, montado en unos coches sin caballos que corrían como el viento y yendo a ver gentes

desconocidas en casas llenas de raros aparatos. (Cuando desperté me di cuenta de que mi sueño dentro del sueño había reproducido exactamente el día transcurrido antes de dormirme, incluso con la visita a Bancés y mi llamada a Yolanda.) La india pintó en el suelo una alta montaña y dos figuras que adiviné éramos ella y yo, e indicó con sus gestos que avanzábamos hacia arriba, subiendo siempre. Pintó luego un tropel de figuras, unas semejantes a mí y otras a ella. Nuestros enemigos, soldados como yo e indios como ella. Por qué huíamos de ellos no llegué a saberlo. Me bastaba saber que deseaban nuestra muerte y, según ella me dio a entender con sus gestos, nuestra tortura. Finalmente, con mímica dramática, me indicó las dos posibilidades. Al extremo de la montaña que escalábamos había un secreto pasaje hacia otro valle, donde el ademán amplio de su mano y el borrar a nuestros perseguidores me dio a entender que representaba la libertad. Le comuniqué como pude que sí e hice ademán de levantarme, pero ella señaló al sol que brillaba afuera de la cueva e hizo el gesto de bajar el sol y de andar entonces nosotros, lo que no necesitaba otra explicación. Finalmente, su dedo apuntó al extremo de la montaña, interpuesto entre nosotros y el pasaje, camino de la libertad, una corona de rayos en zigzag, acompañando el dibujo con gritos, muecas y finalmente yendo al fuego y haciendo una corona de brasas en torno a la cima de la montaña. Lo comprendí entonces todo claramente. Estábamos escalando el volcán Irazú, de Costa Rica, y jugándonos la libertad a una carta suprema. El pasaje

que íbamos a atravesar estaba a veces cubierto por las llamaradas, el fuego y la lava del volcán. Si teníamos suerte, nos salvaríamos de nuestros perseguidores. De lo contrario, nuestra fuga terminaría en la muerte. ¡Y qué muerte! En el cráter del volcán, en el abismo de fuego, entre llamas de infierno.

Con resolución apreté sus manos entre las mías y al dar ella un grito, me di cuenta y recordé su herida. Ella misma se la había vendado con unos trapos. Cuidadosamente la descubrí y vi la palma de su mano izquierda perforada de parte a parte por la flecha. La herida era limpia pero grande y la sangre ya estaba seca. Se la limpié como pude con agua de nuestra calabaza y la volví a vendar. Luego ambos nos sentamos uno junto al otro en la dulce tiburra de la cueva. Su rostro era cada vez más bello, un cobre viviente de ojos limpios y hondos, con una tristeza milenaria agazapada en el ángulo de la pupila. El cabello rotundo se anudaba en torno a la frente pulida y la boca se entreabría como una guinda madura que pide el picotazo de un gorrión. Unos instantes después nuestras bocas se encontraban y la llama de nuestra pasión volvía a renacer frente al rescoldo de la hoguera.

La noche cayó súbitamente y con ella salimos de la cueva, cansados pero con la firme determinación de realizar una larga jornada. Hacía frío y ambos tiritamos al recibir el bofetón helado de la brisa. Nuestro amor había sido

holocausto del alma y la carne a la tierra en silencio y al cielo estrellado, pero afuera la noche era despiadada y cruel, preñada de amenazas. No se oía un solo ruido, ni un grillo, ni el remover de hojas en los matorrales. Atrás quedaba la escarpada subida. El suelo estaba desprovisto de vegetación, como quemado, cubierto de una ceniza gris que brillaba como polvo de plata bajo la luna. Frente a nosotros se alzaba un escarpado macizo. Ella apretó mi mano y me di cuenta de que aquello era la penúltima etapa. Cuando poco después se puso la luna, un resplandor escarlata en el cielo negro me anunció que nos acercábamos al cráter del volcán.

Seguimos la ascensión cogidos de la mano. La fatiga nos hizo tirar parte de nuestros fardos. El paisaje cambió. La tierra estaba quemada por las cenizas voladoras. Todo estaba seco. Jadeábamos cada vez más. A nuestra espalda, silencio, tinieblas y soledad, llenos de amenazas. ¿Dónde estarían nuestros implacables perseguidores? Subir, subir, subir. Rocas volcánicas y árboles descarnados como esqueletos, de ramas crispadas como manos tendidas. Siempre arriba, a la conquista del beso de la tierra con el cielo. Subir con plomo en los pies y codicia de alas en las almas. Desolación. Subir, con el cabello de ella brillando junto a mí como un bruñido casco argentado. Subir hacia la libertad o la muerte.

De súbito, al trasponer el último roquedo, espectacular y dramáticamente, como traspuesto un biombo: el volcán. El

corazón me bailaba en el pecho. De momento nada más que un deslumbrante resplandor escarlata, una humareda acre y densa, que se metía en la garganta. Después, a corta distancia, la boca del cráter y el siniestro borboteo del lago en ebullición, y las llamaradas hondas, con nubes de humo amenazador y espeso. Cenizas, lava petrificada, mabuyas abrasadas, humo, silencio, como marco a la voz del Irazú. Y ella y yo, que de la mano avanzamos hacia el cráter, camino de las llamas, del infierno sin fondo, de la liberación o la muerte. Y un terror espantoso que se apodera de mí, el horror pánico del hombre al fuego plutoniano de esta fragua gigantesca donde Vulcano podrá consumimos de un solo golpe de llama. Ella que me mira, y luego mira atrás y adelante. Yo que comprendo. El beso ardiente y apasionado frente a la boca espantable del volcán. Y los dos, de la mano, que avanzamos a buscar entre las llamas el camino de la liberación o de la muerte.

No me sorprendió despertarme en las tinieblas. Otra vez sucedió lo mismo. Había dormido todo un día. Mi sueño había consumido también mi día. En mi doble vida, en la que ya no sabía lo que era sueño o realidad, cuando vivía de día una vida no podía vivir la otra, sino que la soñaba. En una palabra, dormía de noche y soñaba ser el soldado español fugitivo; y durante el día mi actividad diurna era lo que el soldado soñaba en la gruta. En mi vida moderna tenía sueños antiguos y en mi vida de hace siglos, sueños proféticos. Pero, ¿qué era lo real?

¿Qué vida era la mía auténtica? Ya había perdido la noción del tiempo. Acaso yo era un soldado español que anticipaba proféticamente lo que mi descendiente sería siglos después.

Me levanté trabajosamente. Eran las ocho de la noche. Me eché agua en la cara. La herida no me dolía, ni me importaba. Bebí agua fría a grandes sorbos. Me vestí, tambaleándome como un borracho. De repente tuve la intuición. ¿Cómo no lo había pensado antes? Febrilmente acabé de vestirme. Abrí la ventana de par en par y medité unos momentos frente al jardín dormido. Si mi sueño se refería tan concretamente a la vida de un soldado español en Costa Rica, ¿cómo no se me había ocurrido rebuscar entre los documentos antiguos alguno referente a la época de mi sueño que me diera una clave del problema? Seguramente que en la Sección de Indias del Archivo Municipal habría alguno que se refiriese a relatos de la época de los conquistadores, de sus andanzas, peripecias y costumbres, que me diera por lo menos alguna clave sobre quién era y en qué época vivía yo, o, mejor dicho, ese yo que revivía en mis sueños.

Llegué a una hora intempestiva a casa de Don Eusebio Amáez, el archivero mayor municipal y uno de los mejores historiadores centroamericanos. La mesa estaba servida en el inmenso comedor, y él, su esposa, su cuñada y su hermano se disponían a iniciar una cena pantagruélica. Se me recibió con cortesía, pero con abierta hostilidad. La

vajilla, la cristalería, la plata de los cubiertos, el finísimo lino de las servilletas, todo relucía bajo la lámpara como un cuadro de Pieter Brueghel. Las personas alrededor de la mesa, a punto de empezar con la sopa, y pensando ya en el succulento asado que la seguía, coincidieron en un gesto de desagrado. Se me ofreció una copa del Jerez que rutilaba como un rubí a la luz eléctrica. Luego, con mil excusas, me llevé a Don Eusebio a la sala para hablarle aparte.

Lo que le dije para convencerle de mi absurda pretensión no lo recuerdo bien. Solamente sé que lo invoqué todo, nuestra amistad, los favores que le hiciera cuando me ocupé del caso de su herencia, y el decirle que para un caso que iba a tratar al día siguiente en Honduras necesitaba unos datos urgentes que debía consultar aquella noche porque de mañana temprano salía para Tegucigalpa. En vano trató Don Eusebio de discutir, de negarse, de excusarse, de aplazar la satisfacción a mi demanda. No puede discutirse con un poseído. Lo que más le desconcertaba era la vaguedad de mi petición. Yo quería que me llevara al Archivo Municipal, abriese la biblioteca, todo lo cual estaba contra las ordenanzas municipales, y me enseñase documentos o libros sobre la primera ocupación española de Costa Rica. El resultado de media hora de discusión fue ponerse el sombrero, entrar al comedor a decir algo a su mujer que debió motivar verdaderos desmayos ante esta locura, y salir conmigo, con cara de perro, a sentarse en mi auto para ir al Archivo Municipal.

Dos horas después, Don Eusebio, agotado, sudoroso como yo, furioso conmigo, blandía ante mí la llave del archivo amenazándome con marcharse y llamar a la policía si yo no quería salir. Habíamos leído u hojeado cientos de volúmenes. Crónicas de la dominación española, documentos del Archivo de Indias, pergaminos amarillentos, viejas vitelas, libros de amarfilada encuadernación y cantos dorados, abultados mamotretos comidos de polilla, ratonados manuscritos. Todo eso bajo las bombillas eléctricas desabridas y flácidas como mustias mandarinas, con un enjambre de insectos zumbándonos en torno a la cabeza, con el sudor cayendo en gruesos goterones de mi frente sobre las páginas polvorientas donde dormían siglos de aventura y de leyenda.

El silencio en la sala municipal de lectura era absoluto. Estábamos a puerta cerrada para que nadie viese las luces desde afuera. El calor era sofocante. Me sentía congestionado. El polvo de los manuscritos hizo estornudar a menudo a Don Eusebio. Febrilmente me iba dando libros y papeles que yo hojeaba y rechazaba como un loco, sabiendo, aun sin saber por qué, que no era aquello lo que yo buscaba. A la luz de las bombillas, las paredes cubiertas de libros estaban como recubiertas por un sedero tapiz, doblemente fascinador por la suavidad de sus tonalidades. Cada vez que abría las tapas de un libro se podía oler la flor acre de la Historia. Al volver cada página, con el aire removido saltaban los años de pasados siglos. No olvidaré

jamás esa noche de pesadilla. Por fin, vencido, chorreando sudor, congestionado de agotamiento, me incliné ante Don Eusebio. Sin mirarme, enrojecido de calor y de furia, echó a andar hacia la puerta, pero su curiosidad de bibliófilo e investigador, o acaso su alma de buen amigo, pudo más que su hambre y sus remilgos de buen ciudadano.

– Solamente queda una posibilidad –me dijo ya al poner la llave en la puerta–. Hay un cajón con manuscritos de algunos capitanes y administradores españoles que dejaron a sus familias.

Apretándole el brazo ferozmente, retorné con él a la sala. Agachándose, abrió un cajón mohoso al pie de una de las estanterías. Me pareció escuchar el rumor de patitas acolchadas huyendo del rayo de luz que alumbro el cajón. Había allí un puñado de manuscritos de pergamino encuadernados. El cajón olía a moho y a ratones.

Sobre la mesa puso como una docena de libros encuadernados a mano. Con el pañuelo traté de limpiar la pátina de polvo que los cubría. Revisamos uno y otro, relatos de encomenderos, testamentos y encomiendas, libros de cuentas, breviarios, todo a mano, en papel amarillo como pétalos de rosa mustia. Cuando al abrir un libro vi en la primera página escrito a mano: «Relato del capitán de los tercios de infantería Don Femando de Mendoza, que éste deja a sus compatriotas y a su majestad Felipe II si algún

cristiano tiene a bien llevarlo a sus manos», y vi la fecha de 1567, comprendí que aquello era el fin de mi búsqueda.

Abracé a Don Eusebio y atropelladamente le prometí devolverle el libro por la mañana. Aquello que debía haber sido la última gota que hace estallar el barril, no tuvo más efecto que aplanar completamente a mi viejo amigo. El ser humano tiene una capacidad limitada para todo, para amar y para odiar, para alegrarse y para enfadarse. El disgusto de Don Eusebio había ya llegado a su punto de saturación y mi última infracción a las reglas que ordenaran su vida y su trabajo por veinte años fue tan grave que agotó su capacidad de disgusto. Probablemente pensó que era inútil enfadarse con un loco.

– Cuídelo bien y tráigalo por la mañana –me dijo débilmente, cuando yo ya corría hacia la puerta.

De regreso a mi casa, sin cerrar siquiera la puerta, fui a mi estudio y me senté bajo la lámpara azul con el libro apretado entre mis manos. Era un volumen de gruesas cubiertas doradas, con el lomo de piel de vaca ya desteñido, y entre sus tapas encerraba solamente unas veinte hojas manuscritas, de un papel amarillo y apolillado, escritas con una tinta que ya era solamente un recuerdo del color original. Ascendía a mí de sus páginas mohosas el olor a hojas dejadas en un charco hasta comenzar a pudrirse. Una tarjeta escrita a máquina por el bibliotecario sin duda, repetía el título y fecha de la obra y agregaba: «Relato

escrito por el capitán Fernando de Mendoza antes de desaparecer, y recogido por algún soldado español poco después. El relato original se halló encerrado en un canutillo de metal de los usados para guardar documentos en tiempos de la Conquista. El manuscrito se escribió con pluma de ave y tinta de las que acostumbraban llevar entre sus pertrechos los hombres de armas que a la vez eran de letras, durante la dominación española. El manuscrito fue entregado a los familiares del desaparecido, quienes lo hicieron encuadernar y lo fueron transmitiendo de generación en generación, yendo a parar al Archivo Municipal a raíz de la organización del primer Municipio en Costa Rica. No se duda de su autenticidad, pues la información coincide en todo con los relatos de los excompañeros de armas del capitán Mendoza».

Febrilmente inicié la lectura del libro. Una tras otra fueron devoradas las páginas por mis pupilas dilatadas por el estupor y asombro. Con ojos enrojecidos del esfuerzo fui descifrando el secreto encerrado entre los garabatos pálidos que bailoteaban en las páginas, que parecían deshacerse como harina entre mis dedos nerviosos. A través del tiempo y el espacio, una voz que sonó hace unos cuatro siglos me hablaba directamente a mí y solamente a mí, en la soledad y el silencio de la noche. Esa voz, la del capitán Mendoza, me estaba contando mi propia historia.

Me refería que hace casi cuatrocientos años había sucedido exactamente la tremenda aventura de fuga, pasión y sangre que yo había estado viviendo desde hacía unas noches en mis sueños. Que los sueños del capitán Mendoza durante su trágica huida habían anticipado proféticamente mi vida, mis acciones, mi persona en suma, durante estas mismas jomadas que yo había vivido últimamente. Aturdido, horrorizado ante esta tremenda revelación, fui avanzando todo lo rápidamente que pude hacia el final del manuscrito, anhelante por saber su desenlace, que sería el mío. Mas no pude terminarlo.

El esfuerzo de mis ojos había sido excesivo y el de mis nervios agotador. Un sudor frío me bañaba la frente; sentí una náusea que más que tal era la angustia de quien va a desmayarse, mis ojos se oscurecieron y comprendiendo que ya a través de la nube que empañaba mis pupilas era imposible leer una letra más, dejé el libro sobre la mesa, y tambaleándome me fui al cuarto de baño. Allí me desnudé como pude, y dando vuelta al grifo del agua fría, me senté en la bañera y dejé que el agua fresca bienhechora cayera sobre mí como riego bendito sobre tierra abrasada de sequía y de fiebre.

No sé cuánto tiempo estuve semiinconsciente. Cuando me sentí mejor, intenté levantarme y no pude. Volví a sentarme en la bañera y dejé esta vez que al agua fría se agregara la caliente. Por fin, en el agua tibia me quedé sin querer

pensar, ni sentir, ni moverme, en un estado de idiotismo pero de beatífica quietud, durante largo rato, más de dos horas sin duda alguna. Salí del baño y, vistiéndome, retorné ya compuesto y aclarada mi vista a terminar el manuscrito. Mas no habían terminado mis sorpresas. Al sentarme y reanudar la lectura donde la había dejado, llegué a la penúltima página y al volver la hoja, me hallé con una en blanco. Desconcertado examiné el libro.

Pude darme cuenta de que alguien había arrancado la última hoja del manuscrito.

Confieso que fue aquel golpe mayor que ninguna otra de mis sorpresas. En el torbellino de angustias en que me había visto lanzado desde hacía unos días por la mano implacable del destino, aquélla era la peor. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué aquella broma brutal del destino? La última página leída terminaba precisamente donde mi propio sueño de la noche anterior. La página siguiente, última del manuscrito en que el capitán Mendoza contara su aventura, había sido arrancada por una mano misteriosa. Pero, ¿cuándo, dónde, por qué? ¿Se arrancó la hoja hacía trescientos años, cuando se halló por un soldado el manuscrito, abandonado en la montaña? ¿Fue alguna de las muchas manos por las que pasó hasta llegar a las mías? Recordé las palabras de Don Eusebio al abrir el cajón de los manuscritos y advertirme de que muchos estaban incompletos y les faltaban páginas perdidas, arrancadas o quemadas, comidas de polilla o

pasto de ratones. ¿Por qué se arrancó la página? Lo primero que se me ocurrió fue una idea que me hizo estremecer. ¿Se había arrancado porque era tan terrible el sino del capitán Mendoza que sus descendientes no quisieron que nadie lo supiera? ¿Se arrancó para que nadie conociera su destino o su paradero, o fue acaso con la idea piadosa de enterrar en el misterio lo horrible de su muerte? ¿Había en esa página una anticipación profética de su futuro?

Cuando ya estaba con la mano en el teléfono para llamar a Don Eusebio y preguntarle, aunque sabía que sería en vano, lo sucedido al manuscrito, me detuve bruscamente. Mi agotamiento emocional era completo. No; dentro de mí agradecía al destino el evitarme aquella tortura. Era mejor no saber nada más. Que lo que fuera a sucederme sucediera, sin agregarle la tortura de la anticipación, el suplicio de la desesperanza. Era preferible que mi próximo y definitivo sueño llegase envuelto en el mismo misterio de los anteriores. Era mejor no saber de antemano lo que acaso fuera mi sentencia de muerte.

Unos golpes discretos en la puerta me sobresaltaron. Me levanté de un salto. Ante mí, con el vestido color cereza que tanto adoro, como una estatua de carne, los anchos ojos con un extraño destello de ansiedad, entreabierta en angustioso anhelo la boca roja y húmeda, estaba Yolanda.

Caímos uno en brazos del otro. Durante unos minutos la soledad del estudio se colmó de música de besos. La abracé

estrechamente, como si ella fuera lo único sólido, real, protector en la noche de mi pesadilla. Después nos sentamos en el sofá sin soltamos los brazos. Durante un rato nos abrumamos a preguntas, y pude olvidar en sus mimos mi conflicto.

Después de explicarme su regreso y su extrañeza al no recibir mi llamada, y su decisión de arrostrar las murmuraciones locales que la hizo venir con su tía Elvira hasta mi casa, convenciéndola de que la aguardase en la casa contigua charlando con unos amigos del vecindario, fue ella quien abordó de cara el problema.

– Fernando, ¿qué te pasa?

No podía ni debía callarme o tratar de disimular. Fingir una calma que no tenía me era imposible. Mi deber de caballero era además prevenirla a ella de que iba a casarse o con un loco que estaba viviendo una extraña pesadilla, existente sólo en su cerebro, o con un hombre marcado por el destino para ser actor de la más asombrosa situación en la historia.

– Yolanda –le dije, sintiendo que mi rostro estaba inflamado, sudoroso, y mis ojos cubiertos de un velo húmedo–, lo que voy a contarte puede hacerte creer que vas a casarte con un loco, o aterrorizarte de tal modo que huyas de mí para siempre. Pero es mi deber hablarte. Voy a contártelo todo, tal y como ha sucedido, y sólo con escucharme me ayudarás a llevar esta tre–menda

pesadumbre. Después de oírme, decide por ti misma si todavía quieres casarte conmigo, si es que dentro de una semana, cuando nos casemos, estoy vivo todavía y sigo conservando mi razón.

Durante más de tres horas le conté fielmente, con precisión fotográfica, lo sucedido. Mi voz me sonaba extraña y atroz, y el relato, al escucharme a mí mismo, tan fantástico y absurdo que ni yo podía creerlo. Pero mi herida en el hombro estaba para atestiguarlo. Yolanda no me hizo una sola pregunta, no se movió, no pestañeó. Sus manos enlazaban las mías cada vez con mayor fuerza y cada una de mis palabras iba robando el color a su faz hasta dejarla al fin del relato tan pálida como las teclas de un viejo clavicordio, y los labios se borraron de su rostro.

– Este libro –le dije mostrándole el manuscrito– me ha permitido saber quién era el capitán Mendoza y completar los detalles de su fuga, desconocidos para nosotros. Ya lo leerás. El relato lo escribió el capitán Mendoza para dejar un testimonio de lo que le sucedió, por si acaso hallaba la muerte en su fuga cerca de la boca del volcán. Escribió el relato amanecer, horas antes de iniciar la última etapa de su fuga. Sus perseguidores estaban acercándose, pero él dejó el testimonio para reivindicar su memoria.

Fue capitán de los tercios de Don Miguel de Ojeda, comandante de las fuerzas españolas que realizaron la primera exploración de Costa Rica. Al invadir un poblado

cerca de Cartago, se apoderaron de un rico botín que pensaron dividir entre los seis jefes de la expedición. El jura que no tuvo parte alguna en el hecho, pero una bolsa llena de esmeraldas y piedras preciosas que le quitaron al cacique de la tribu desapareció para reaparecer en su jubón. Hubo una disputa, y los otros jefes le encadenaron y metieron en una cueva, con la idea de matarle por la mañana. La bolsa hallada en su jubón estaba vacía. Sus camaradas de armas le acusaron de haber escondido las gemas para volver luego por ellas. Pese a sus protestas de inocencia, decidieron torturarlo por la mañana para que confesara el escondrijo de las piedras preciosas.

Aquella noche, una moza india –cuyo nombre no llegó a averiguar–, cuando todos dormían, se acercó al capitán Mendoza. Bajo la complicidad de una noche sin luna le cortó las ligaduras y le señaló el camino de una montaña que se alzaba en la distancia: el volcán Irazú. El capitán huyó a campo traviesa. Herido, agotado, hambriento, fue la suya una fuga trágica. Se escondía de día en las cuevas y seguía andando o corriendo de noche. Apenas si pudo hallar frutas y raíces para sustentarse. Una mañana casi le sorprenden dormido. Pudo escaparse por pies, pero le alcanzó en el costado una pedrada lanzada con honda por uno de los guías indios que estaban ayudando a sus camaradas de armas a capturarlo. La persecución siguió implacable, y en la noche en que comencé mis sueños, la muchacha india, que le salvara y que le había ido siguiendo fielmente a campo

traviesa como una sombra protectora interpuesta entre él y sus perseguidores, que le había acercado frutas mientras dormía y cubierto con ramaje la entrada de sus grutas-escondrijos y borrado sus huellas en el camino, se le acercó al fin y le salvó cuando se había caído de agotamiento. El resto ya lo sabes, pues el capitán Mendoza no hace sino contar lo que yo he vivido en mis sueños.

Cuanto a él le pasó me ha pasado a mí estas noches. Lo que entonces era su noche es ahora la mía. Cuando él dormía de día, tenía pesadillas que cuenta vagamente en su manuscrito. Se ve a sí mismo en extrañas ropas en el San José de hoy, conviviendo con gente forastera y amando una mujer desconocida de bella apariencia. Esa mujer eres tú, Yolanda.

Lo que por fin sucedió debe estar contado en la última hoja, arrancada del manuscrito. El capitán Mendoza y la muchacha india llegaron a amarse locamente y ya te he contado sin rubor las noches de pasión que tuvo, que tuve yo en mis sueños, con la extraña moza india de los ojos de fuego. El relato se interrumpe bruscamente en esta hoja. El capitán sabía que le aguardaba la liberación o la muerte en el volcán. Al parecer, ambos aceptaron su destino y momentos después de terminar de escribir desaparecieron del brazo por el sendero aureolado del fuego del volcán.

¿Qué pasó? ¿Qué decía la última página? ¿Estuvo escrita antes de ocurrir el desenlace y es una despedida de la vida?

¿O son unas líneas escritas después de hallar el sendero salvador y cruzarlo felizmente? No sé dónde se encontró el manuscrito, pues ello me hubiera dado la clave del misterio. No quiero saberlo tampoco. Sé que apenas cierre los ojos viviré el desenlace de mi pesadilla. Lo sé tan cierto como que ahora es de noche y como que te adoro a ti.

Antes de volver a dormirme, quiero que sepas que te amo, y que si me crees un loco o un alucinado terminemos en el acto nuestro compromiso. No sé qué hacer. Me veo tratando de evitar el sueño que puede ser para mí esta vez el umbral de la muerte. Si él murió, sé que yo moriré. Si él se salvó, me salvo. Estoy en la terrible situación de que si me duermo puedo morir en mi sueño, porque su destino de ayer es el mío de hoy. Me veo tratando de luchar contra el sueño, luchando con drogas para espantarlo, agotándome lentamente para estar despierto, hasta caer un día exhausto de fatiga y hallarme, no importa cuánto lo retrase, con que el sueño se reanuda y me encuentro cara a cara con mi destino. No voy a rehuirlo. Pero no tengo derecho a arrastrarte en mi caída.

Por primera vez en horas, Yolanda habló. Su rostro de cera se coloreó con un suave arrebol, como una cabeza de marfil bañada con el primer reflejo de la aurora. Su voz era tan firme como el apretón de su mano en la mía.

– Fernando, te amo. Eso lo dice todo. Te creo, eso lo explica todo. No puedo ni quiero intentar comprender lo

inexplicable. Vamos a casarnos y vamos a hacerlo hoy. Recoge lo que necesites. Ahora mismo. Combatamos una locura con otra. Vamos a casa. No nos separemos desde este instante. Nos hacemos falta el uno al otro. Vamos a la ermita del monte. Conocemos al ermitaño. Que nos case. Después, que venga lo que sea. Nada nos separará jamás. Nuestro amor es más fuerte que todo. No temas tu próximo sueño, porque dormirás estando yo entre tus brazos. Donde tú vayas iré yo. Nuestro amor no puede morir, porque es capaz de matar a la muerte.

Escribo estas últimas líneas al atardecer del mismo día –hace doce horas– en que Yolanda me dijo lo que precede. Siento una extraña paz. Todo se hizo como ella me lo propuso. Una nota en mi casa explicó a mi socio en el bufete que decidíamos casarnos en secreto y salir de luna de miel. Otra nota similar en casa de Yolanda sirvió para intentar tranquilizar a su tía Elvira. Del resto de San José, de Costa Rica o del universo, no nos preocupamos. Si regresábamos, si yo sobrevivía, ya explicaríamos. Si no, nada importaba.

En automóvil fuimos a la ermita, llegando de madrugada. Es una casita de piedra gris en la cima de una verde colina. Está rodeada de arbustos y florecitas. El aire allí huele a matorrales bravos y a flores montaraces. Hay un maravilloso silencio. Hasta las campanadas vuelan por el azul como aves que cantaran a media voz. El tañido de las campanas es un tañido de plata vieja.

El ermitaño es un viejo en cuyos ojos se refugió el azul celeste de setenta años. La barba le chorrea hasta la cintura. Viste sayal y usa bordón, como en una estampa iluminada de un misal de la Edad Media. Ya no se asombra de nada. Nos casó con la dulce sencillez con que debe decir sus plegarias. Mi anillo de familia pasó al dedo de Yolanda. Nos arrodillamos los dos sobre el suelo de piedra fresca. Una virgen de palo nos sonreía desde el altar. Yolanda llevaba un vestidito tan blanco como la cal de la celda del ermitaño. En sus ojos se reflejaban las candelillas del altar. La plegaria del ermitaño fue nuestra marcha nupcial.

Al salir de la ermita, desde la penumbra interior, nos empapamos la cara de azul celeste. La brisa blanda y perfumada a romero y tomillo estaba pespuntada de trinos. La paz campesina nos sosegó el corazón. Después hemos venido a esta granja donde he escrito este relato, a solas en el cuarto, mientras a través de la ventana veo a Yolanda, sentada afuera en una mecedora bajo el sol poniente, sumida en una dulce meditación.

Los dueños de la granja, una pareja de viejos labradores, que conocen a Yolanda desde niña y la quieren demasiado para que les asombre nada, nos han felicitado con lágrimas en los ojos, y dejado para nuestra luna de miel el piso alto, donde tenemos una sala llena de muebles macizos y grandes espejos, y un dormitorio inmenso con una robusta cama campesina, una mesa, dossillas, un lavabo, y olor en

el piso a lejía y jabón, y olor de las sábanas blanquísimas y almidonadas a las manzanas secas que se prensaron entre ellas en el arca de la ropa limpia. Todo es sano, fresco, puro, apacible. El silencio es divino.

Al quedarnos solos en el cuarto, apenas llegamos, le tomé las manos a Yolanda y la miré a los ojos. La felicidad que había en los suyos era tanta que parecía un éxtasis de santa. La tomé entre mis brazos y nos hablamos, abrasándonos el rostro de tan cercanas las palabras.

– Yolanda.

– Fernando.

– ¿Para siempre?

– ¡Para siempre, mi amor!

Cuando un amor es como el nuestro y una situación como la nuestra, lo que los labios callan el corazón lo canta en silencio. Cada palabra que se dice es un juramento, cada mirada, una fusión de almas.

Yolanda bajó a recoger unas ropas. Me quedé solo unos instantes. Al ir a poner su monedero sobre la mesa, se me escapó de las manos y cayó al suelo, abriéndose el cierre de metal. Se escapó todo su contenido de llaves, monedas, lápiz de los labios, espejitos y libritos de notas. Cuidadosamente lo volví a poner todo dentro. Lo último que

recogí fue un papel en muchos dobleces: la última hoja arrancada del manuscrito del capitán Mendoza.

Cuando en aquel instante entró Yolanda y me vio con la hoja entre los dedos y una expresión atónita, vino hacia mí y me puso las manos sobre los hombros. Jamás vi una expresión similar de dulzura en rostro humano.

– Fernando, mi amor. Llegué a tu casa alarmada cuando estabas en el baño echándote agua fría. La puerta estaba abierta. Entré a tu estudio. El libro me atrajo en el acto, como si mis manos fueran de metal y el libro un imán. Automáticamente lo abrí y lo leí de un tirón como pude. Tenía que leerlo. Yo también quería saber lo que pasaba. Al llegar a la última página me detuve con el mismo temor que tú sentiste después de saber una verdad que acaso fuera demasiado trágica para conocerla de antemano. Entonces arranqué la página. No quería saber ni que tú supieras lo que decía. Después de guardarlo en mi monedero, me fui a la calle y regresé apenas oí, al otro lado de la puerta, que volvías a entrar en el estudio. Pensaba decirte después que yo tenía la hoja, pero que no quería que tú la vieses. Y si tú no quieres, tampoco deseo verla yo.

Nos miramos en silencio. ¡Qué bien nos comprendíamos! Ninguno de los dos quería saber, anticipar lo que vendría. En silencio encendí una cerilla y ambos vimos arder con una llamita amarillenta y suave el papel doblado. Con la palma de la mano, suavemente, froté las cenizas sobre la piedra del

suelo hasta que sólo quedó una mancha gris. Entonces me volví hacia Yolanda, que me había estado mirando en enamorado silencio.

– Yolanda. ¿Por qué sabías que el libro era tan importante para mí? ¿Por qué presentías que algo me pasaba?

– No lo presentía, Fernando. Lo sabía.

– ¿Por qué? ¿Cómo?

– Como tú lo supiste. Mis sueños comenzaron el mismo día que los tuyos. Por eso me alteró tanto el oírte decírmelo el primer día que te pregunté. Desde entonces no necesité preguntarte. Sabía que soñábamos lo mismo y estábamos viviendo idéntica jornada de fuga, de pasión y de sangre. Tus noches azarosas han sido las mías. Cuando me sentí tan agitada que temí no poder ocultártelo, busqué un pretexto para irme a Puerto Limón unos días. Allá los sueños siguieron paralelamente a los tuyos.

– Pero, ¿tú eres en tus sueños un espectador de mi fuga?

– No, yo era, yo soy, en mis sueños, la muchacha india que te salvó, que hizo el amor contigo sobre el suelo de una cueva, y que ahora va a emprender contigo la última etapa de la jornada. Por eso tenía que leer el libro. Por eso quise que nos casáramos antes que sobreviniera el desenlace, sea el que fuere. Tu suerte es la mía.

Quitándose el guante de la mano izquierda, que hasta entonces tuviera puesto desde la noche antes, sin que yo en mi azoramiento me diera cuenta, me enseñó una ancha cicatriz rosada. La herida que en mi sueño recibiera de un flechazo la muchacha india el mismo día que yo fui herido en el hombro.

– Yo también –me dijo Yolanda dulcemente– me levanté un día, el mismo que a ti te pasó, con esta herida. Mas yo no he pretendido explicar lo inexplicable. He querido solamente acudir a ti y ser tu esposa en la carne y en el alma hoy, como lo fui hace unos cuatrocientos años. Ser tu esposa ante Dios como lo era ya en mi espíritu, porque siendo dos, venceremos lo que venga, y nuestro amor vivirá, como ha sobrevivido casi cuatro siglos.

Caí de rodillas ante ella, le besé las manos, apreté mi cabeza entre sus rodillas. Dentro de mí sentía que ella sabía ya el desenlace, que había leído la hoja del manuscrito, pero que prefería callarse lo que sabía, y respeté su secreto.

– Fernando. Sé que hay algo que deseas hacer para librarte de tu angustia.

– Y lo haré ahora, Yolanda. Aceptemos con sencillez nuestro destino.

He aquí el porqué he escrito este relato. Cuando estoy escribiendo estas líneas, Yolanda está sentada junto a mí.

Afuera cayó la noche en la cuenca de las montañas. Nos rodea un campo amable y silencioso, de húmedos verdes ahora dormidos. El cielo conserva aún su terciopelo azul, pero la luna es un fanal de plata sobre la paz campesina. A la luz de una rubia velita estoy terminando de escribir, como terminó Fernando de Mendoza hace unos cuatrocientos años su relato. Para que, pase lo que fuere, si desaparecemos, sepa la posteridad lo sucedido. Si así sucediera, que nadie nos compadezca. El cielo nos dio la fortuna de un amor como jamás existió otro. Un amor que por su fuerza perduró a través de los siglos y revivió en nuestro tiempo su florecer pasado.

Por la ventana entra ya una barra de plata lunar. Yolanda se vistió para nuestra noche de bodas como una vestal griega para un sublime ritual de sacrificio. Tiene suelta la cabellera como un bruñido casco argentado bajo la luna. Su cuerpo dibuja sus sublimes líneas de ánfora bajo una bata como una túnica de blanca seda. Está sentada junto a la ventana, mirando la misma luna que hace tres siglos presenciara nuestra otra noche de bodas. Apenas termine estas líneas, acudiré a su lado, apagaremos la velita que brilla como un lucero y nos abrazaremos sobre el ancho y puro lecho campesino, que huele a jabón y a manzanas. Como cobertor tendremos el finísimo cendal de plata de la luna. Y después de consumado el desposorio, como una santa misa de la carne, una carne que ya es en nosotros toda luz y toda alma, una vez que por el abrazo puro de la carne

santificada por el amor seamos los dos uno solo, abrazados aún, bajo la prístina pureza del manto plateado de la luna, nos dormiremos juntos y juntos emprenderemos la jornada, la última de la marcha. Lo que vendrá después, sólo Dios podría decirlo. Pero en ambos casos, será la vida o la muerte, que para nosotros será vida también. Y en este mundo de lo real o en el otro, más sublime aún, del misterio, estad seguros de que seguiremos amándonos tan eternamente como eternos son el brillo de la luna o la bondad de Dios.

LA NIÑA SOL



ACASO FUE EL SOL, o tal vez un balido de cabra, mas aquel día desperté antes que de costumbre. Por la ventana sin cristal la brisa fresca traía ya un mensaje de aromas otoñales. Al levantarme, observé con alegría que el «mal de puna» parecía estarse cansando de moler los huesos de mi cuerpo. Tres semanas de aclimatación en la altura me habían devuelto intacto mi ser, tras el tremendo proceso de la desintegración del cuerpo experimentado en los primeros días. Podía pensar libremente, gozar del juego de unas articulaciones sin chirridos, respirar sin sentir una fragua en cada pulmón. Y hasta mi corazón volvía a ser una roja víscera olvidada en su antro de purpúreos murmullos.

Me asomé a la ventana buscando ese pajarito mañanero de los cuentos. Sólo vi la puna, un pedazo de puna, una llanura en los altos, toda gris y oro –gris la tierra y la hierba, y oro el aire sutil–, con las llamas solemnes pastando en la distancia. Las llamas, el único animal a quien la suciedad no hace sino aumentar su dignidad. El cielo cercano era como una pálida presencia invisible. Respiré el aire, oliéndolo y soñándolo primero, como si fuera un *Lachrima Christi* y, ya vestido, salí de mi cuarto hacia el comedor de la casa.

No fue afición a lo pintoresco, sino el oculto destino del escritor lo que me llevó al Paradero de la Perrichoh. Mientras estuve en Lima, enojada y virreinal, con sus patizuelos, suspirosos y floridos, adornados por la gracia fina de las limeñas, estuve suspirando por el Perú de las alturas. Para un conquistador extremeño, Perú era la metrópoli, la Ciudad de los Reyes, con sus tesoros. Para mí, galeote de la pluma, Perú es todavía una leyenda junto a las nubes, la puna cósmica y abrupta, la vicuña en libertad, el cielo metálico de tan bruñido. De ahí mi itinerario. Una noche en Lima, lo bastante para enamorarme de la ciudad bañada en luna, pequeña, perfumada y voluptuosa como una señora criolla. De allí, a Juliaca y hacia Cuzco, y después, más arriba, para continuar en mulas hasta el cerro del Ara, cuyo nombre era una promesa de leyenda. Una casona, hospedería de turistas y poetas que caían por allá una vez al año. La casa de piedra aceitunada, verde de luna o aceite, con una sala grande que era hogar, comedor, hospedería de arrieros y almacén de semillas, arreos y forrajes. Un hogar grande, con su fogón. Junto al llar, el perro, que no ladra por los años, y el gato misterioso, pucheros, ollas, y siempre un rescoldo como pira alimentada por la vestal de turno. Dos ancianas con tantas faldas de colores como telillas tiene una cebolla, y un anciano tan viejo como ellas –¿padre?, ¿hermano? Olor de pasto, cuero, nueces, vino viejo. Una bruma nacarada surgiendo de la olla siempre al fuego, y murmullos –rezos o quejas– de las viejas sentadas junto a la lumbre.

Era cuanto deseaba: soledad, silencio, el tiempo congelado en la quietud de un día sin ayer ni mañana. Bajo mis pies, a miles de metros de distancia, en un brinco de abismo, Perú y su vida moderna, sus ciudades cosmopolitas sin perder su manto tradicional, las montañas de plata que un día presenciaron la gloria de Bolívar y San Martín. Y rodeándome, incorporándome a ella, la puna, una pradera titánica –hierba y roca– a miles de pies de altura. La puna –el misterio sin riberas– donde yo podría, libre de las pesadumbres de la ciudad, escribir y soñar, y empapar de soledad mis nervios secos y tirantes como cuerdas de violín de tanto pulsarlos los dedos de las grandes ciudades.

Con enojo vi sentado ante la mesa patriarcal –sin mantel, pero con una fina vajilla de plata martillada– a otro visitante devorando un pedazo de carne asada. Era un hombre en ese peligroso umbral de los treinta, con una espesa cabellera del color del maíz y un chispeo de aguamarina en los ojos de niño. Su ropa era sencilla pero cómoda, un equipo de montañés como el mío. Junto a su asiento, una caja de madera blanca manchada de todos los colores y pintura, pinceles y lienzos.

Me saludó sin levantarse, alzando la cara sonriente y un tenedor con una patata hervida clavada en sus púas. Su voz era tan cálida y amable como el vaho del café oloroso que se escapaba de la gigantesca cafetera de metal oscuro.

– Bienvenido. Perdona si me adelanté, pero llegué anoche tarde y hambriento y no pude cenar. Esta carne es excelente. El café huele a cielo. Siéntese conmigo, que hay para los dos. He invadido su retiro, pero no le molestaré mucho. Pienso estar todo el día fuera pintando. Los grises y dorados de este paisaje me tientan. ¡Qué patatas tan sabrosas! Puede llamarme Jorge. Jorge Martínez, me llamo. Algún día pagará usted por tener mi firma al pie de un paisaje peruano.

Hablaba tan rápidamente como devoraba el contenido de su plato. Su vitalidad eléctrica ponía una nota tan incongruente en el comedor bañado por la luz azul de la mañana, que tuve que sonreír a pesar mío. Me presenté. Le dije que no le había oído llegar la noche anterior por tener el sueño profundo. Le aseguré que si él pintaba, yo escribía, y que de mí no debía temer tampoco ni competencia ni enojo. La cuarta taza de café nos sorprendió charlando amigablemente. Después de un pugilato de finuras, nos dividimos la última patata.

– Como pintor, ¿qué le atrae de este paisaje? –le pregunté por cortesía y, además, para evitar que se creyera obligado a preguntarme sobre mis libros.

Por toda respuesta se echó hacia atrás en su sillón, y el sol, dándole de frente, le convirtió las pupilas en dos granitos de fósforo. Respiró hondo, como si quisiera beberse la luz de la mañana.

– Todo –repuso, sacando del bolsillo una pipa de espuma de mar–. El misterio de la luz, como a Rembrandt, si me permite la pedantería. He corrido Sudamérica trampeando como he podido. Jamás vi colores como

en la puna peruana. ¡Qué belleza! Sólo hay un color: el amarillo. Está en todas las tonalidades: amarillo–gris la hierba, pardo–amarillas las llamas, y el cielo amarillo desteñado, como un recuerdo del color. Quiero pintar eso. Una sinfonía de amarillos, un canto a la luz, para enseñarlo luego en las ciudades, en donde el gris sucio ha hecho olvidarse de los matices del color.

– Sería una gran obra –le dije, un tanto escamado de su entusiasmo– llevar al lienzo la poesía sombría y misteriosa de la puna. A mi modo, pienso intentarlo en un tomo de ensayos dedicado a...

– Sí –me interrumpió siguiendo el hilo de su propio pensamiento–: El secreto de la puna no es el silencio ni la soledad. Es todo eso, pero, sobre todo, la luz. Y voy a ver si encierro aquí –agregó golpeando presuntuosamente la caja de pinturas– la luz de la puna.

Nos despedimos con un apretón de manos; pero ni eso, ni su arrogante figura de mosquetero decidido a batirse él solo, como D'Artagnan, contra el reino de la puna, me aliviaron en mi sensibilidad herida por su petulancia de mozo atrevido.

Al salir de la casa al aire libre le vi caminando en la distancia, su pelo una mancha amarilla contra el azul lavado del cielo.

El Paradero estaba situado en lo alto de un cerro y a varios kilómetros de distancia del pueblito más cercano. Una suave pendiente conducía hacia una explanada donde pastaban rebaños de llamas, y de allí se pasaba a otro gigantesco escalón, y así sucesivamente se descendía en planicies escalonadas hasta el valle hondo y lejano, donde se apiñaban las casas como si las hubieran dejado caer a chorro desde la altura. El paisaje era de una sobriedad castellana. A uno y otro lado, mesetas y colinas recubiertas de hierba gris y verde, con unos pocos arbolitos y grandes peñascos. La vista podía saltar hasta la lejanía, donde la tierra, vestida de verdura y con manchones morados y púrpuras, ondulaba y ascendía en un estirón majestuoso hasta coronarse de nieve en las cumbres escarpadas. Olor de hierba mojada, balidos de rebaño y siempre un son de campanas del valle que se fundía con los dulces remolinos de brisa pura y fresca como un suspiro de las cimas.

El día se deslizó dulzonamente perezoso. Paseé, medité, leí y tomé algunas notas. A mediodía almorcé solo en el Paradero, servido por una de las ancianas melancólicamente amables. Dormí la siesta y luego saboreé el silencio de las horas interminables de la tarde en una soledad que sobrecogía, pero que no era triste por su misma enorme magnitud. Al retirarme a cenar oí un grito y vi asomar

súbitamente, emergiendo de detrás de un repliegue del terreno, al joven pintor. Venía empapado en sudor y todavía escupiendo pintura, pero sin haber perdido el glorioso fuego de su entusiasmo.

– ¡Qué país! ¡Qué luz! –me saludó blandiendo un pincel como por la mañana el tenedor–. He corrido leguas y leguas. Me olvidé hasta de comer. En todas partes, colores, siempre iguales y siempre diferentes.

– La puna me recuerda el mar –aventuré fríamente, pues aún recordaba su desaire de la mañana–. Es grande y puede ser cruel o amable, según las horas.

– Es cierto –concedió mientras encendía su pipa y se secaba el sudor con un pañuelo tan grande como una sábana–. Pero el secreto de todo es la luz. Aquí el paisaje no se mueve como el mar. Sin embargo, varía acorde con la luz de cada hora del día.

Estiró su metro ochenta de atlética estatura y me apretó el brazo con una mano caliente.

– ¿Quiere ver algo? ¿El comienzo?

Velozmente desenrolló dos de los lienzos y me los puso ante los ojos con el gesto con que un mercader chino debió exhibir sus preciosas sedas a Solimán el Magnífico.

A decir verdad, no había mucho que ver. Eran dos bocetos casi iguales, mostrando un océano de hierba con unas llamas sobre un alcor, y el cielo bajo y cargado de nubes de color de óxido de cromo.

- ¿Qué le parece? –preguntó arrogantemente.
- Pse... Bueno...
- ¿Solamente bueno? –respondió asombrado.
- La verdad es que he visto cosas mejores.

Me miró un instante y luego a los lienzos, y los enrolló con gesto desilusionado.

– Tiene usted razón. Falta algo..., la luz, la luz. No puedo aprisionarla. No hay colores en mi paleta, ni puede recogerse con una técnica académica. Este paisaje, esta luz, habría que pintarlos como Fra Angélico pintaba el cielo: de rodillas.

Cogiéndome del brazo, me hizo entrar con él en la casa bruscamente, pasando así de las inquietudes del pintor a la bienvenida del perro mastín y del olor a estofado de las ollas sobre el fuego inextinguible.

No volví a verle en varios días. Se iba antes de que yo me levantara y retomaba cuando yo ya estaba acostado. Como no había luz eléctrica, tomé la costumbre de acostarme

temprano, imitando a las gentes de la casa. Ni pregunté por él ni me dijeron nada. Le oía llegar antes de dormirme y, escuchando el ruido de los platos, le imaginaba devorando la cena tibia que le dejaban cerca del fogón. Después se encerraba en su cuarto, al lado del mío, y le oía hablar entre dientes, y rasgar sobre el papel a la luz de una candela hasta que me dormía.

Paulatinamente fui recorriendo todos los alrededores, terminé mi provisión de libros y vi llenarse de apuntes mis libretas de notas. Vagamente fui pensando en la necesidad de volver a la ciudad. Escribí a unos amigos en Lima y me contestaron que les indicara la fecha de mi regreso para ir a esperarme. Una noche, sintiéndome desvelado, encendí una bujía, cuidando antes de cubrir con un mosquitero la ventana, y me dediqué a responder la carta de mis amigos. Sólo llevaba unos minutos escribiendo, cuando oí llegar al pintor. Contra su costumbre, ascendió las escaleras hasta el piso de los dormitorios. Sus zapatones hacían trepidar el pasillo. Inesperadamente oí que se paraba ante la puerta de mi cuarto. A la llamada de unos nudillos contra la puerta, me puse de pie y la abrí de par en par.

– ¡Qué suerte tengo de hallarle levantado! Vi por primera vez luz a través de las rendijas y no pude resistir la tentación de hablarle. ¿Me permite sentarme?

Le hallé tremendamente cambiado; mucho más flaco, con un sello febril en sus ojos enrojecidos y sus manos

temblorosas. Cerré la puerta, y el cuarto antes bañado en calma se llenó de la nerviosidad que irradiaba por todos sus poros.

– Me alegro de verle –le saludé, mientras escanciaba dos copas de jerez de mi garrafa de cuero, que brillaron como dos pedacitos de sol líquido a la llamita rubia de la candela–. Ha debido usted trabajar mucho estos días. No se le ha visto el pelo por la casa.

Sólo al sentarme reparé en que no traía consigo su cargamento de pinturas y lienzos. Únicamente una cartera polvorienta de cuero y un pequeño rollo de lienzos. Bebimos el jerez, seco y áspero, que olía a nueces y cuero. En su copa quedó un solaje como un temblón charquito de oro. Por encima de la llamita de la bujía, que daba más sombras que luces al cuarto, me miró un rostro más macilento y enfebrecido que hacía unos instantes.

– ¿Qué le parece esto? –me dijo de repente. Tapando casi la bujía con ella, me enseñó una acuarela. Sólo la contemplé un instante y alcé la cara para mirarle a él a los ojos. En sus pupilas había un franco destello burlón.

– Le parece horrible y cree que estoy loco, ¿verdad?

Tuve en la punta de la lengua decirle que me había adivinado el pensamiento; pero la noche, el silencio y su aspecto febril me enmudecieron.

– Yo no diría tanto –repuse cautelosamente–. En todo caso, es diferente de cuanto he visto antes.

La acuarela eran sólo manchones amarillos, de un color tan fuerte que brillaban aun en la semioscuridad del cuarto. En un comienzo creí que no eran más que brochazos al azar. Fijándome más, principié a ver en las oleadas amarillas una serie de matices y contornos. Había múltiples tonalidades doradas. Acaso fueran mis ojos, pero en el deslumbrante oro del cuadro, en los borrones amarillos como hechos por una mano de niño, fui viendo sombras y perfiles extrañamente inquietantes. De súbito, sin más aviso, enrolló la acuarela con un golpe seco.

– Es usted muy diplomático –me dijo con tono sarcástico–. Claro está que no puede comprender, no puede.

– Olvida usted –repuse picado– que sólo soy un escritor, sin más que cierto barniz de sensibilidad para la pintura.

– Claro, claro –en la sombra azulada su cara parecía un grotesco capricho de Goya–, pero eso no le excusa de darse cuenta de lo maravilloso cuando, pasa a su lado.

Me encogí de hombros y vertí dos copas más de jerez, decidido a no enfadarme, pero también a no tolerar más impertinencias.

– Bebamos –le invité irónicamente– por sus lienzos.

– Bebamos –contestó él– por ella.

Detuve el ascenso de la copa cuando ya el aroma del jerez me acariciaba el olfato.

– ¿Quién es ella?

– La Niña Sol –respondió, y se bebió de un trago su copa–. La inspiradora de este cuadro.

–¿Y qué representa el cuadro? –pregunté con retintín.

– La luz de la puna –replicó con sencillez.

Apuré mi copa en silencio y encendí un cigarrillo en la llama de la bujía.

– Es toda una historia –exclamó Jorge como hablando consigo mismo – y necesito explicarla a alguien. Oígame. Algún día contará usted esto y no le creerán. Pero yo la he visto, he hablado con ella, la veré mañana y siempre. No, no estoy borracho. Si acaso, solamente de luz. Escúcheme.

La historia fue surgiendo entrecortada y vacilante, como la llamita de la vela. Jorge había venido a la puna buscando la luz y decidido a prenderla en su paleta. Durante algunos días intentó pintar lo que veía, pero sus pinceles sólo captaban la forma de las cosas, no su luz. Y él deseaba que el sol de la puna fuera el protagonista de sus cuadros, como el aire lo es de Las Meninas, de Velázquez, o la luz en los lienzos de

Rembrandt. Con los zapatones herrados llenos de polvo pisó todos los senderos del monte, sembrándolos de pedazos rotos de lienzos manchados de colores. Cada día ascendía a nuevos cerros, como si deseara estar más cerca del origen de la luz. Y una tarde...

– ... llevaba –me contó– todo el día de marcha, sin rumbo fijo, dando vueltas y más vueltas con los pies y el pensamiento. Descendí por una estrecha comisa al fondo de un vallecito. Por todas partes la hierba gris y un perfil de llama en el horizonte, bajo un sol tan luminoso que por ser todo luz ya no calentaba. ¡Ah, si pudiera prensarlo como un color más en mi paleta y mojar en él los pinceles! En la estrecha cañada al fondo del valle, entre dos murallas de roca, me detuve sudando con un zumbido en los oídos. Di más vueltas por la cañada y cuando ya me creía extraviado, hallé una escalera natural de roca que ascendía por la vertiente opuesta. Inicé la ascensión. A medio camino de la altura me detuve. La muralla de piedra estaba perforada como por una ventana en la roca, a través de la cual me encaramé para ver el pano-rama al otro lado. Con gran sorpresa vi que descendían las rocas hacia otro vallecito, oculto por el gran murallón de piedra. Al levantar la cabeza vi el cerrito del sol con la casa de cañas y, bañada en la luz, la Niña Sol.

El cerrito era uno de los muchos que se ven por aquí, con la sola diferencia de su color amarillo radiante, tanto que a

la luz del sol relucía como de metal bruñido. Sin embargo, nada metálico había en su apariencia y la hierba –de color de oro, no como la hierba gris que se ve por aquí– lo cubría completamente. La cima del cerro era una plataforma de unos treinta metros de diámetro, a la que se ascendía por un caminito serpenteante bordeado de guijarros amarillos, y en el centro de la pequeña meseta había una casita como de muñecas, con los muros y el techo de una gruesa caña pajiza y rodeándola un anillo como de mieses doradas. De momento no pude formarme una idea clara acerca de la muchacha. Creí que era una estatua de mármol con el pedestal roto, caída entre las flores del color del maíz maduro que formaban una alfombra en torno a la casita. Me sentía extrañamente deslumbrado por el sol que reverberaba como sobre un espejo en el cerro y la casa.

Poniéndome la mano de pantalla sobre los ojos, pude finalmente verla mejor. Era casi una niña, vestida solamente con un breve corpiño de finísima y tupida malla metálica, al parecer de oro, y una faldita corta del mismo metal. En el primer momento creí que llevaba un casco cubriéndole la cabeza. Después me di cuenta de que era su cabellera rubia, donde el sol se hacía chispitas de oro al estrellarse. Lo que más me llamó la atención fue su piel, tan dorada como el cáñamo rubio que veía yo tejer cuando niño en las cordelerías de mi tierra. La muchacha, tumbada cara al sol entre las flores amarillas, era solamente una mancha dorada, de un color más suave. No podría darle idea del

color de sus brazos, de sus piernas desnudas, de su cara encendida. Eran el mismo matiz del paraíso dorado que la rodeaba, pero con esa sabrosa madurez del pan tostadito recién salido del horno.

Al verme, levantó un brazo en el aire y el viento sacudió su melena de oro como una banderita de bienvenida. No mostró sorpresa alguna y su saludo fue la alegre aceptación del huésped a quien se esperaba. El viento me trajo los cascabeles plateados de su risa. Pero yo ya no era yo. Convertido en una estatua de mal disimulados estupores, me quedé a horcajadas en la ventana de piedra, sin poder moverme y respirando con dificultad.

No podría decir lo que sentía. Mi alma entera me empujaba hacia la casita de cañas sobre el cerro luminoso y la muchacha del color del pan de trigo. Mas el cuerpo no me obedecía, y mis ojos no hubieran podido nunca acercarse más al resplandor centelleante que exhalaba el cerro bajo el sol. Permanecí así no sé cuántas horas. La muchacha, de vez en cuando, volvía la cabeza para mirarme y me saludaba con blanda gentileza. Ni ella dijo palabra ni yo me sacudí de mi estupor.

Fueron transcurriendo las horas. Podía verla cara al sol y con los ojos abiertos. A no haberme dado cuenta de que me veía la hubiera creído ciega, pues durante horas y horas podía yo seguir el movimiento de sus ojos, a los que no parecía estorbar el sol. Al declinar la tarde se puso en pie y,

al hacerlo, un grupo de pajaritos hasta entonces invisibles, pero cuyo piar musical no había cesado un instante, alzó el vuelo. Durante unos momentos la vi como una estatua de oro pulida de sol, con la melena tan rubia como el más rubio champaña, envuelta en una bandada de pajaritos que de lejos parecían canarios. Se me antojó una llama de carne, sutil, esbelta, de líneas puras y brillo de oro, rodeada por mil mariposillas locas fascinadas por su luz. Después de volver a agitar su brazo en señal de despedida, un saludo al que yo no pude responder, desapareció en la casita de cañas.

Sólo entonces pude reaccionar. Con los ojos enrojecidos e inflamados y la cara ardiendo, retrocedí y hui velozmente. Mi instinto montañés me trajo de nuevo a esta casa adonde llegué de noche, febril y con todo mi cuerpo quemado por el sol. Era el principio de una aventura. Al día siguiente y al otro y por fin no sé cuántos más, seguiría volviendo al cerro del sol, como llamado por la voz de bronce del destino. Durante varios días todo volvió a repetirse y aunque cada noche, durante las interminables horas de insomnio, me decía mil veces que por la mañana descubriría el secreto de la muchacha de la piel dorada y el pelo de oro, al hallarme ante ella en la ventana de piedra, separados tan sólo por unos metros de distancia, volvía a acometerme aquella extraña parálisis, aquel extraño deslumbramiento.

Se interrumpió para volver con gesto maquinal a tomar su copa de jerez. La bujía semiconsumida había dejado el

cuarto en penumbra y nuestras sombras azuladas bailaban una zarabanda en las paredes. Por la ventana nos llegaba con el aire fresco de la noche un soplo de razón y realidad. Los ojos del pintor eran dos carbones encendidos en la sombra de su rostro. Su mano se alzó para reanudar su narración, proyectando una monstruosa sombra como de murciélago en la pared.

El relato prosiguió cada vez más incoherente. Jorge no me contaba a mí su historia. Estaba recitándosela a sí mismo, y yo solamente era un espectador casual de aquel misterio de su alma.

– En apariencia –continuó– todo seguía igual. La muchacha, esta vez envuelta en una especie de capa o túnica dorada y con un sombrero de paja, seguía tumbada en la hierba trenzando un cestillo de mimbre pajizo. Los pajarillos, la casita de cañas, todo estaba igual. No obstante, algo era diferente. Aunque el sol brillaba como siempre, no sentía aquella sensación de calor y quemadura que me acontecía al llegar allá cada día. Envalentonado, me atreví a descender al otro lado de la ventana de piedra, crucé el angosto desfiladero y, con el corazón en los labios, inicié el ascenso hasta la casita. Podía ver mejor todos los detalles y no experimentaba el habitual y molestísimo deslumbramiento. Fui subiendo por el caminito bordeado de lirios amarillentos y cantos rodados. Por fin llegué a la

meseta y pisé el blando césped de hierba dorada que olía a jazmines y estaba cubierto de margaritas gigantescas.

Con un gesto, la muchacha, siempre sonriendo, me indicó que me sentara en la hierba, a cierta distancia de ella. Sus deditos morenos trenzaban el mimbre con alada agilidad. Los pájaros no interrumpieron su aria. Me sentí en paz con el infinito. Unos instantes miré el bellissimo rostro bajo el gran sombrero de paja. Era una cara de niña, con unos ojos donde se había caído un granito de sol y una suave veladura de oro en las facciones enmarcadas por la rubia melena.

Ella fue la primera en hablarme, primero en una lengua que jamás había oído yo, y después en un español tan musical como jamás lo escuchara.

–¿Por qué está tan asombrado? –me preguntó con dulzura.

– No sé, me parece todo esto un sueño.

– ¿Por qué? –se rio, y su risa era un chorro de moneditas de plata–. Yo soy de carne y hueso, y su presencia aquí no tiene nada de extraño. Le esperaba.

– ¡A mí! ¡Me esperaba!

– Claro está. Lleva usted muchos días mirándome de lejos sin acercarse. Algún día debía decidirse. Aunque la culpa ha

sido mía. Sólo hoy me di cuenta de lo que le impedía acercarse, y lo eliminé.

Al ver mi cara de extrañeza varió en el acto de conversación.

- Esta usted abrasado por el sol.
- Eso no importa. Estoy aquí. No sé cómo ni por qué, pero doy gracias al destino por haberme traído.
- Yo sé por qué vino. Usted busca la luz. Y vino a ella.
- Señaló mi caja de pinturas–. Enséñeme sus cuadros.

Con manos temblorosas le mostré a la distancia que estábamos un par de paisajes. No hizo gesto alguno ni dijo palabra por la que pudiera deducirse su juicio sobre mi obra.

- ¿Oljé quería usted pintar? –me preguntó.
- No sé. Me fascina este paisaje, su color...

Otra vez su risa me corrió por el cuerpo como una flecha de cristal.

- ¡Color! En la puna hay poco color y en este cerro, menos. Solamente luz.
- Todo es amarillo o dorado aquí –aventuré.

– Todo es luz de sol –confirmó ella–. Usted lo ve amarillo porque ése ha sido siempre el color de la luz para los pintores. Mas aquí no hay colores. La casa, los pájaros, las flores, yo, solamente estamos empapados de luz.

– No podría definirse mejor. Aunque usted y cuanto la rodea son amarillo o dorado...

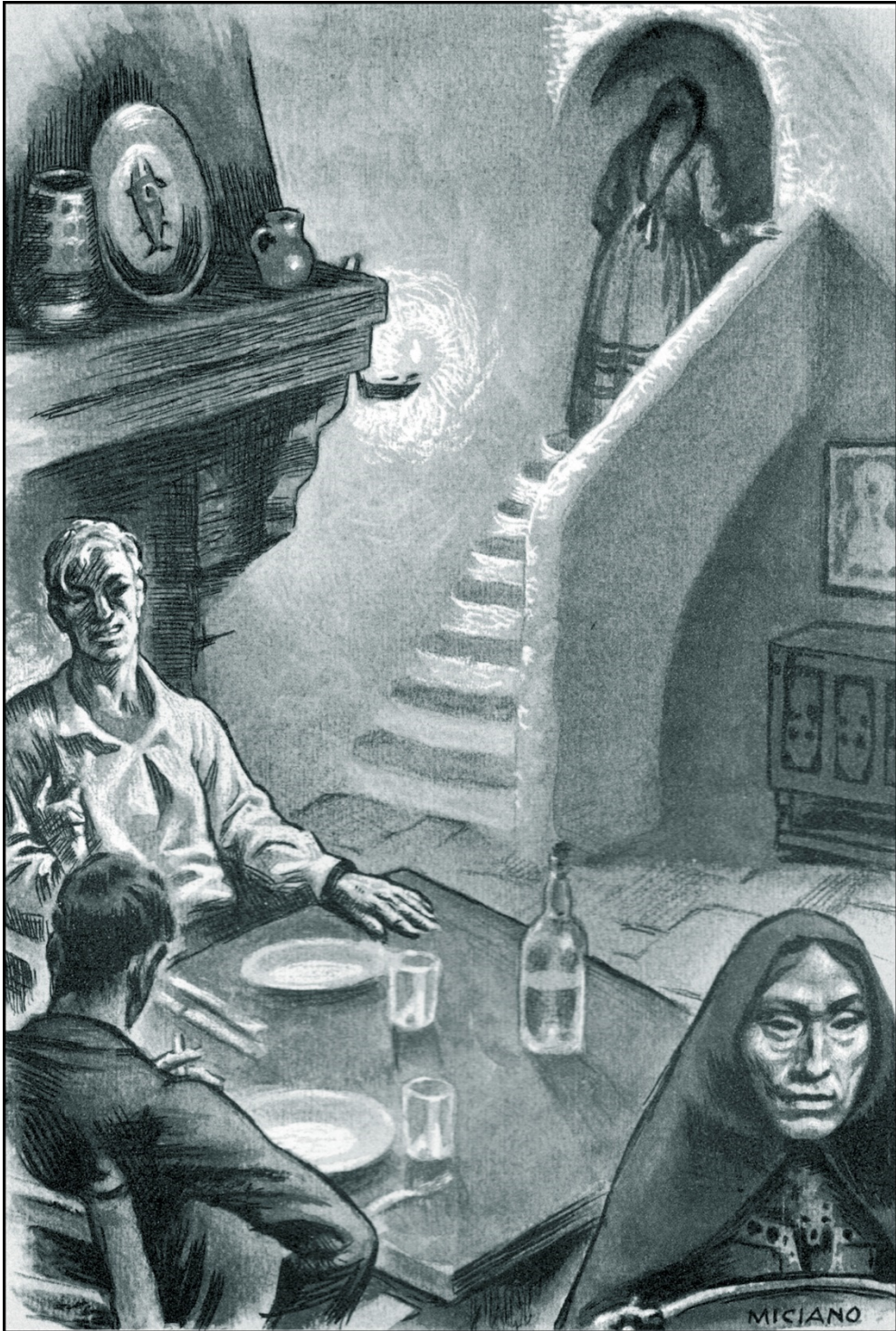
– No –repuso con su ingenua dulzura–. El color amarillo es la carne de la luz. En realidad, todo aquí es sol. Eso le trajo aquí, la atracción del sol. Como a los pájaros que vuelan millas para perseguir al sol. Como a los emigrantes del Norte que van hacia los trópicos hambrientos de luz y calor. Como pintor empezó usted buscando el color y ha terminado llegando al sol.

– Estamos en Perú, la tierra del sol, y en la puna, que es lo más cercano a él. Yo quisiera pintar el sol y su luz.

– ¿Por qué no lo intenta?

– ¡A mí! ¡Me esperaba!

– Claro está. Lleva usted muchos días mirándome de lejos sin acercarse. Algún día debía decidirse. Aunque la culpa ha sido mía. Sólo hoy me di cuenta de lo que le impedía acercarse, y lo eliminé.



Al ver mi cara de extrañeza varió en el acto de conversación.

– Esta usted abrasado por el sol.

– Eso no importa. Estoy aquí. No sé cómo ni por qué, pero doy gracias al destino por haberme traído.

– Yo sé por qué vino. Usted busca la luz. Y vino a ella.
– Señaló mi caja de pinturas–. Enséñeme sus cuadros.

Con manos temblorosas le mostré a la distancia que estábamos un par de paisajes. No hizo gesto alguno ni dijo palabra por la que pudiera deducirse su juicio sobre mi obra.

– ¿Qué quería usted pintar? –me preguntó.

– No sé. Me fascina este paisaje, su color...

Otra vez su risa me corrió por el cuerpo como una flecha de cristal.

– ¡Color! En la puna hay poco color y en este cerro, menos. Solamente luz.

– Todo es amarillo o dorado aquí –aventuré.

– Todo es luz de sol –confirmó ella–. Usted lo ve amarillo porque ése ha sido siempre el color de la luz para los pintores. Mas aquí no hay colores. La casa, los pájaros, las flores, yo, solamente estamos empapados de luz.

– No podría definirse mejor. Aunque usted y cuanto la rodea son amarillo o dorado...

– No –repuso con su ingenua dulzura–. El color amarillo es la carne de la luz. En realidad todo aquí es sol. Eso le trajo aquí, la atracción del sol. Como a los pájaros que vuelan millas para perseguir al sol. Como a los emigrantes del Norte que van hacia los trópicos hambrientos de luz y calor. Como pintor empezó usted buscando el color y ha terminado llegando al sol.

– Estamos en Perú, la tierra del sol, y en la puna, que es lo más cercano a él. Yo quisiera pintar el sol y su luz.

– ¿Por qué no lo intenta?

– No puedo. Se me resiste el color. Todo queda gris y monótono en el lienzo.

Me miró con una chispita burlona en los ojos claros.

– Yo le ayudaré –me dijo con una risita–. No sé nada de pintura pero puedo enseñarle el camino de la luz.

Inclinándose hacia mí, tomó mi caja de pinturas y la mantuvo abierta unos instantes. Después la cerró y la retuvo abrazada contra su pecho, como si fuera una muñeca. Cuando me la devolvió, me miró a la cara con sus ojos claros donde chispeaban motitas de oro.

– No pinte paisajes, ni figuras, nada de lo que pintan otros. Usted nació para pintar la luz, que lo es todo. Decir la luz es decir el sol.

Jorge desplegó nerviosamente otra vez sus lienzos.

– Esto –me dijo– es lo que he venido pintando desde entonces. Le parecerán manchas, borrones de color, pero yo sé que estoy en el camino de aprisionar la luz.

Hubo una pausa llena de zozobras inexpresadas.

– ¿Quién es ella? –pregunté al fin con tono escéptico.

– No lo sé todavía. Un día quise averiguarlo de sus propios labios. –Los ojos de Jorge adquirieron esa vaga mirada del que sueña despierto–. Ella se rio con su alegría habitual.

– ¿Se le pregunta quién es a una roca o al sol? –replicó–. Yo estoy como la luz y la piedra en la puna eterna, a miles de pies sobre el mar y las ciudades, cerca del cóndor, que también es un hijo del sol. La puna es gris y parda, como lo son la llama y la alpaca, los indios y la roca, la calabaza y el cazabe; pero yo estoy aquí para dar fe del triunfo del sol. Pachacámac dio vida al sol y el sol me la dio a mí, la Niña Sol. Mis hermanos quechuas, del mismo ayllu, adoraban al sol, y luego los incas tuvieron su corte de vírgenes, sacerdotisas del sol. Por espacio de siglos las gentes de mi raza vivieron administrando las leyes del Sol. ¡Qué tiempos gloriosos aquéllos! Se danzaba el kashua, y en los trajes, en los metales y hasta en el aguardiente en las copas de cobre, había un poquito de sol.

Después de la matanza, cuando hasta el sol se tiñó de púrpura bermeja, y los hombres de la espada y la cruz clavarón en sus picas las últimas cabezas de los incas, nació en los valles la Ciudad de los Reyes, pero perdimos el sol. Solamente este cerro quedó por voluntad del dios supremo, de Pachacámac, con un pedazo congelado de sol de donde renacería un día el imperio perdido.

Me puse de pie con un gesto tan nervioso y brusco que derribé una de las copas vacías sobre la mesa. La bujía era sólo un montoncito de cera gris y sucia con un pábilo torcido en cuya punta vacilaba una llamita suave y gentil como el alma de un niño. El aire olía a cera, y el jerez, a nueces y cuero.

– Ha encontrado usted a una lunática que está jugando a heroína de cuento de hadas.

El rostro de Jorge tenía una palidez de ostra cuando respondió.

– Eso hubiera creído yo también a no ser porque tengo como prueba estos lienzos en donde estoy aprisionando la luz, y a no decirme lo contrario, el corazón. Estoy yendo a verla varias semanas y al apartarme de ella todo se oscurece. A su lado el tiempo desaparece en una extraña relatividad, mezclado con las nubes y el sol. Es como si al pisar el cerrito donde vive entrara en un mundo extraño sujeto a otras leyes.

Se interrumpió un instante y sacó de su bolsillo un viejo reloj de plata.

– ¿Ve este reloj? Me lo regaló en Cuzco un viejo amigo de mi familia. Hoy lo saqué ante ella para ver la hora. Se rio de mí. Jamás había visto un reloj. Me lo pidió para verlo y lo puse en la hierba cerca de ella, porque jamás me ha dejado acercarme a ella a menos distancia de la que estamos ahora usted y yo. Lo tuvo un rato en sus manos y volvió por fin a depositarlo sobre el fino césped de oro.

«– ¡Qué extraño! –comentó la Niña Sol–, ¿ustedes miden el tiempo con esto? Llaman salvajes a mis antepasados –al decir esto la veladura dorada que pinta sus facciones se encendió hasta parecer su rostro una máscara de oro incandescente– y ustedes quieren aprisionar el tiempo en esta cajita de metal. ¿No saben aún que el tiempo no se valora por la duración, sino por la intensidad? Un instante de dicha o de dolor dura más que años de hastío. He ahí –señalando al sol– la medida del tiempo. Entonces –me dijo apuntando con su dedito rubio– ¡yo debo tener una edad marcada en tiempo por ese aparato! ¡Qué locura! ¿Es que el sol tiene edad? Recoja su cajita de metal y llévese con ella su miedo al tiempo.»

Jorge arrojó el reloj de plata sobre la mesa y retorció sus manos crispadas.

– ¿Por qué habré venido a contarle todo esto? Usted no me entiende. No me comprendería jamás. No me creería nunca. No puede darse cuenta de que no soy quien era. La Niña Sol ha cambiado mi vida... ¿Por qué le habré contado todo esto?

– ¿Quiere que se lo diga? –repuse lentamente–. Porque necesitaba hablar con una persona normal, convencerse a sí mismo de que no está loco y que cuanto me ha referido era sólo una pesadilla creada en usted por una pobre muchachita, probablemente una huérfana solitaria y lunática, que está jugando a ser la Ofelia de la puna, coronada de flores, y haciéndole creer que ella misma es un pedazo de sol.

Lo que sucedió entonces me hace aún estremecer al recordarlo. La bujía consumida chisporroteó levemente y se apagó, dejándonos completamente a oscuras en el cuarto lleno de humo. Metí la mano en el bolsillo buscando mi encendedor cuando Jorge me cogió frenéticamente el brazo y con voz ronca me tartamudeó al oído:

– Mire... El reloj... Sobre la mesa...

No hacían falta sus palabras. Mis ojos podían verlo perfectamente. En la oscuridad del cuarto había un globo de luz dorada, brillante como una ascua, que exhalaba una aureola de luz radiante cuyo resplandor bañaba las paredes

con una luminosidad amarilla. No era un reloj, sino un astro en miniatura, un diminuto sol con luz propia.

De un salto Jorge se acercó a la mesa y tomó el reloj en sus manos. La luz brillante emanada del objeto encendió sus facciones crispadas en un rictus casi vesánico.

– Ahora –me gritó con voz ronca donde campanilleaba un eco triunfal– ¿me cree usted? ¿La cree a ella? –Y, como hablando consigo mismo–: Comprendo ahora tantas cosas. La Niña Sol. En ella se ha acumulado el sol de siglos. En ella, en sus manos, su traje, su casita, sus flores, el cerro donde vive. Solamente un instante tuvo en sus manos este reloj, y véalo ahora convertido mágicamente en un pequeño sol con la luz que le dio el contacto de sus manos.

– Hay un modo de explicar esto sin duda alguna –repliqué con voz temblorosa–. Déjeme el reloj.

Lo tomé en mis manos con cierto recelo. Pero el reloj estaba absolutamente frío. La radiación de luz era uniforme en toda su superficie de cristal y plata. Era una luz amarillenta, fría y dorada, como la del sol en un día de otoño. Instintivamente lo froté contra mi chaqueta y luego contra mis manos, pero no se produjo fosforescencia alguna, lo cual eliminó la explicación que se me había ocurrido.

Jorge, iluminado en oro por la luz del reloj, acercó su rostro al mío. Sentí en mi piel la febril emanación de su cara ardorosa.

– Ella me lo dijo un día: «Llevo en mí el sol de siglos... Yo soy la luz..., la Niña Sol». Ahora lo comprendo. Y creo que el secreto de mis últimos cuadros, pintados después que ella tocó mi caja de colores...

Se interrumpió y, agarrando el rollo de lienzos que estaba sobre la mesa, se puso de espaldas a la luz del reloj y los desplegó uno tras otro, en un rincón oscuro del cuarto. Otra vez se repitió el fenómeno. Sobre los lienzos brillaban masas de luz radiante y pura. No era una fosforescencia suave y difusa, sino luz en pelotones, como si los lienzos estuvieran empapados en sol. Me acerqué y pasé mi mano sobre ellos, sin poder conseguir que se me pegase la fosforescencia. Entonces, Jorge cerró los rollos de tela y rio locamente. Cuando momentos después se fue sin despedirse, con el rollo bajo el brazo y el reloj en la mano, yo quedé en las tinieblas, bañado en sudor, y por las rendijas de la puerta vi alejarse, hasta que se borró del todo, un brillante resplandor de sol.

A la mañana siguiente me desperté tarde, tras un corto sueño precedido de largas horas de insomnio. El agua fría, el olor a patatas cocidas y tocino fresco fueron un saludable retorno a la realidad. La puerta del cuarto de Jorge estaba entreabierta y pude comprobar la ausencia del joven pintor.

Almorcé sin ganas y empleé la tarde paseando por la meseta de hierba cobriza, tratando de imaginar hacia dónde estaba el cerro del sol. A la luz del día todo parecía un sueño. Sin embargo, no lo era, y en vano me esforcé buscando una explicación real. Impacientemente vi llegar la noche. Junto al fuego, la familia de la hospedería mascullaba sus consejas. Pregunté. Ninguna de las ancianas conocía la existencia del cerro del sol ni de vivienda alguna en las cercanías, pero ellos mismos reconocían no haberse movido en muchos años más allá de la colina en donde pastaban sus llamas.

Me retiré pronto a mi cuarto y abrí un libro que no intenté leer siquiera, aguardando el regreso del pintor. Sentía que me pulsaban las sienes y con temor comprobaba que yo también me había envuelto en aquel sueño fantástico.

Apenas oí ruido en el piso de abajo bajé la escalera. Encontré a Jorge sentado frente al fuego, de espaldas a la mesa donde, cubierta por un paño blanco, le aguardaba su cena fría. Al verme me saludó displicentemente, con gesto incoloro, y siguió contemplando los troncos que el fuego pulía dulce-mente en el hogar.

– ¿Qué hay de nuevo? –pregunté sentándome a su lado.

Tuve que repetir otra vez la pregunta. Jorge parecía tan ensimismado que hasta a mí me llegaba la neblina de ensueños que le envolvía.

– Me marchó esta noche –repuso golpeando con su zapatón un tronco que se deshizo en estrellas de lumbre.

– ¿Adonde? ¿A Lima?

Cuando volvió la cara vi otra persona diferente de la que había conocido. Su rostro tenía a la luz del fuego una expresión extática y se habían borrado todas las arrugas que lo crispaban la noche antes. Era la faz serena y dulce de un iluminado.

– Me voy a reunir con ella para siempre, a vivir en el cerro de la luz con la Niña Sol. A bañarme en la luz de su cuerpo. A pintar los cuadros más estupendos que jamás soñó ningún hijo de mujer y que no verá nadie. Me voy por el camino de la luz con la Niña Sol.

No había en sus palabras exaltación maníaca alguna. Antes bien, una augusta serenidad. Intenté traer un poco de realidad al extraño diálogo.

– ¿Le explicó usted a la Niña Sol lo que anoche observamos en su reloj y sus cuadros?

Jorge Martínez sonrió levemente con el gesto de quien tiene que responder a un chiquillo una tontería sin importancia.

– Sí; se lo conté. Me dijo que sentía mucho habernos asustado. «Es natural –me dijo– que si sumergimos un

objeto en pintura, salga del color de ésta». Al tocar ella cualquier cosa le da para siempre su propia luz.

– ¿Y cómo –pregunté, esforzándome por hablar con naturalidad de este fantástico asunto– de día no se nota que su amiga brille como el sol?

– Porque su luz se esparce por la atmósfera como la del mismo sol –replicó él sin inmutarse–. Pero a mí –agregó impacientemente– no me importa lo que a usted parece preocuparle más en este asunto. Yo no ando a caza de maravillas de feria. Soy un pintor que sin saberlo anduvo toda su vida bus–cando la luz y que ahora acaba de hallarla en una mujer. Ella lo ha visto así también. Por vez primera tuve hoy entre las mías su mano adorada. No debió sentir mayor dicha Parsifal cuando alcanzó el cáliz milagroso del santo Grial. He vuelto a recoger mis utensilios de pintar. Me voy ahora mismo con ella al cerro de la luz, y jamás volveré al mundo gris y oscuro de las ciudades. La Niña Sol me acepta con y para ella. Juntos nos completaremos. Ella es la luz y yo soy la llama. La Niña Sol tiene en su carne y su alma la luz solar que antaño fue religión, ideal y ley de su raza. Dios me ha concedido lo que sólo rozó Rembrandt con sus pinceles: alcanzar el sol.

Se puso de pie con un gesto de decisión que me hizo enmudecer.

– Si usted –me dijo dulcemente–, pobre materialista incrédulo, hubiera tenido entre sus manos, como yo, una mano de la Niña Sol, se daría cuenta de que, aunque el universo se oponga, es un deber volver a ella, alcanzarla y ser uno con el sol.

Me volvió la espalda y se dirigió hacia la escalera. Al mirarle di un grito terrible. En la oscuridad de la escalera, adonde no llegaba el resplandor del hogar, sus dos manos brillaban con luz propia como bruñidas en oro solar. Las vi alzarse –dos estrellas de fuego con sus cinco –puntas rutilantes y doradas– en la oscuridad, como si su invisible propietario las estuviese contemplando. Su voz me llegó de las tinieblas, reposada y fría.

– ¿Le asusta? Ya le dije que tuve entre las mías su mano dorada. Cuando llegue a ella, la Niña Sol dará a todo mi cuerpo la misma bendita luz del suyo.

Un instante después le oía remover sus trastos en su cuarto en el piso de arriba. Mientras tanto, yo, sentado junto al fuego, mordiendo un cigarrillo apagado, oliendo el maíz almacenado en sacos, y escuchando el chasquido de los leños semiconsumidos, acorralaba ferozmente en mi imaginación lo sucedido, buscando unas astas de realidad por las cuales asir y voltear el problema. Sus gruesos zapatos pisando la escalera de madera me hicieron levantar de un salto. Jorge bajaba con su enorme mochila a la espalda,

asomando un puñado de pinceles como flechas en la aljaba de un arquero vagabundo.

– ¿Me permite que le acompañe un poco? –le pregunté cuando ya me tendía la mano.

Se encogió de hombros.

– La noche es fresca, pero, si no le importa, será un placer para mí. Aunque si piensa sermonearme...

Le interrumpí abriendo la puerta de la casa.

– No tema. He sido un espectador casual de su aventura y deseo acompañarle hasta el final.

Anduvimos largo rato en silencio, pisando la hierba que brillaba como hebras de metal mojado bajo la luna pálida. La noche era fría y pura, clara y misteriosa como una novia nórdica. Las estrellas eran sólo un polvillo plateado espolvoreando el azul oscuro del cielo. Dormida la puna, se oía jadear el viento como una alpaca cansada.

– Jorge –le dije al cabo de una hora de andar–. He estado pensando en que todo esto debe tener una posible explicación.

– Todo en la vida –repuso él burlonamente sin moderar el paso– tiene dos explicaciones. La material o científica, que es incompleta y falsa, y la poética, que llega a la verdadera

entraña de las cosas. Freud nunca ha sabido tanto sobre los sueños como Poe, ni los médicos sobre el amor como Bécquer. Yo he realizado mi sueño y no necesito colgarle explicaciones pseudocientíficas.

– He pensado –contesté, prescindiendo de su actitud– si hay algo de verdad en todo esto. Perú, la tierra del sol, y un cerro aislado de brillo extraordinario, ¿no podría tratarse de una colina cuyas entrañas están cargadas de un mineral radiactivo desconocido? Todo en esa colina, piedras, flores, pájaros, al correr de los años tendría su propia luz. Hasta una persona, al cabo de años de estarse cargando, como una batería eléctrica, de radiactividad, tendría, sin saberlo, esa luz como solar y podría comunicarla. Esa atmósfera de radiactividad podría haber perturbado la razón de esa muchacha. Si es así, no habría peligro para ella, pero sí –miré las manos enguantadas de Jorge que exhalaban una difusa luminosidad– para quien de repente fuera allá. Un peligro de muerte...

Se detuvo en seco y me miró enfadado.

– Todo eso es estúpido y absurdo. Usted prometió no hablarme del asunto. Nadie le ha pedido que hilvane teorías fantásticas.

– No son fantásticas. Hay un peligro real. Un rato de tener entre las suyas la mano de la Niña Sol le ha dejado a usted las manos iluminadas. ¡Falta saber si mañana estarán

insensibles y pasado se le caerán, quemadas sin llama, abrasadas en frío por esa fuerza demoníaca que ahora las ilumina! ¿Ha pensado en lo que le puede pasar al acercarse, al tocar, al abrazar a la Niña Sol?

– ¡Cállese! –rugió frenético. Pero no le hice caso.

– ¿Ha pensado en que ese abrazo a la Niña Sol o quien diablos sea esa muchacha, le puede costar morir abrasado de una muerte horrible?

Pensé que se me arrojaría encima, tal era el grado de su furia; pero repentinamente sus facciones se fueron dulcificando y cuando me habló, una vez reanudada nuestra marcha, su voz era casi normal.

– Piense lo que quiera –dijo lentamente–. Yo sólo sé que como hombre y como pintor he hallado en un solo ser a la mujer de mis sueños. Una mujer de luz. La superviviente de una raza maravillosa, hoy extinta. La vestal virgen del sol, que para preservarlo mejor lo ha guardado en su cuerpo y su alma. ¿Que me dará luz? Naturalmente, pero no sólo en mi piel, sino en mi corazón. Ella es la luz y a ella voy como la mariposa a la llama, sin importarme el riesgo del fuego. Amar a esa estatua de luz, estrecharla entre mis brazos, beber el sol en sus labios de oro. ¿Qué hombre en el universo no daría mil vidas por el amor de la Niña Sol? Aunque ese abrazo fuera seguido de la muerte. ¡Morir abrazado al sol! ¡Qué muerte para un pintor! Pero ella no es

la muerte, sino la Vida. Lleva la luz dentro, que es la Vida. Mi abrazo a mi Niña Sol me hará entrar por el amor en la inmortalidad de la luz.

Sólo entonces me di cuenta de que estábamos ante la barrera de rocas que Jorge me describiera. Subimos hasta ella y nos quedamos montados a caballo en la baranda de piedra. Me dio su mano, que estreché en silencio. La oscuridad era casi absoluta. La luna, aterida de frío, se arropaba con un rebozo de nubes. El silencio de la puna era blando y solemne como el de una cuna vacía. De repente Jorge me oprimió el brazo con tal fuerza que me hizo daño.

– Allá –gritó ahogadamente.

Frente a nosotros, en la colina situada al otro lado del desfiladero cuya mole se perfilaba vagamente, acababa de aparecer una estatua de luz. Era la Niña Sol. Una muchacha vestida con una túnica de gasa dorada, toda ella luz de oro, desde la cabellera rubia hasta los pies menudos. Nada había de fantasmal en ella. De esbeltez escultural, la carne pulida y firme acentuada por su paso elástico, relucía en el sol como una escultura de luz, como un bloque de sol tallado en una gloriosa figura de mujer.

– ¡Se va! –gritó Jorge–, Se va por temor a causarme daño. No sabe que yo lo acepto todo por ella, por abrazar su carne de luz, por besar su boca de sol.

La muchacha, con paso gentil y suave, desapareció en la oscuridad por la otra ladera de la colina. Jorge la llamó a gritos y luego de un salto se precipitó en las tinieblas. Le oí dejarse caer de roca en roca hacia el fondo del desfiladero. Sin vacilar me lancé tras él.

Toda la vida recordaré como una pesadilla la carrera en la oscuridad, dándome golpes con las rocas y desgarrándome las manos en los matorrales. A gatas y a bastante distancia de Jorge, a quien no veía, pero le oía llamar en la distancia a la Niña Sol, crucé el fondo del desfiladero y a tientas busqué el senderito de subida hacia lo alto del cerro. En la penumbra azulada lo hallé al fin bordeado de piedras luminosas como gemas. Me dio el aroma a jazmines como un beso perfumado de la tierra. Al llegar, resollando del esfuerzo, a lo alto del cerro donde se perfilaba luminosa la casita de cañas doradas, vi la sombra de Jorge, inmóvil en el borde del cerro, mirando ansiosamente hacia la ladera por donde se había ido la Niña Sol.

– ¡Jorge– –grité corriendo hacia él sobre el tapiz de florecitas cuyos mil colores brillaban como un mosaico policromo de cristalitos luminosos.

Al llegar a su lado me miró con ojos que brillaban como dos gotitas de fósforo en la oscuridad.

– ¡Ella tuvo el mismo temor que usted! –dijo con voz opaca–. ¡Temió consumirme en su luz! ¿O es que desea

probarme y ver si soy digno de encontrar el camino del sol?
¡Pues voy a seguirlo! ¡Mire!

Extendió el brazo y señaló en la oscuridad unas marcas de luz que brillaban en el suelo. Di un grito de asombro. Dondequiera se habían posado los piecitos de la Niña Sol había quedado una bella huella luminosa, la pisada chiquita como la de una niña, resplandeciente en su luz de oro. Me incliné al borde del cerro. Las huellas de luz, formando una estela bruñida en oro de sol, se perdían hasta ser puntitos brillantes en la distancia del valle oscuro.

– Adiós –murmuró Jorge–. Me voy con la Niña Sol. Si no la alcanzo antes del día esperaré a que vuelva la noche para seguir sus pisadas hasta el fin del mundo si precisara. Recuérdeme, amigo. Usted es el único testigo de mi extraña aventura de amor. En las noches futuras recuerde que estoy con ella, o que aún sigo vagando tras las pisadas de luz.

Y un momento después, el pintor inició su peregrinación en pos de las huellas resplandecientes que le llevarían a los brazos de la Niña Sol.



LA CAZA DE LA ESTRELLA



EN UNA MAÑANA de cielo color plumizo como el pelaje de un borriquillo, comenzó la aventura del modo más prosaico. Don Zoilo Fernández despertó con dolor de cabeza y preocupado con la idea de devolver un paraguas que no era suyo. A tientas, en la oscuridad del cuarto conyugal, buscó sus ropas, cuidadosamente dobladas sobre una silla. El reloj de bolsillo, grave y ornamentado como una pequeña catedral, marcaba las ocho. Era un domingo de abril y no tenía que ir a trabajar. Como no había aspirina en la casa, decidió ir a buscar una tableta a su propia botica, situada a unas manzanas de distancia. Después pasaría por la tienda de antigüedades de Liza, la gitana, y devolvería el paraguas recibido la noche anterior.

El lecho mullido le llamó todavía con voz perfumada y dulce junto al cuerpo cálido y blando de su esposa. Pero Don Zoilo Fernández tenía dolor de cabeza y no deseaba pasar enfermo el domingo. La noche anterior había jugado al ajedrez en casa de un amigo suyo, médico afamado, y al salir a la calle le azotaron la cara gruesas gotas de lluvia. La tormenta le sorprendió lejos de su casa. Se paró en el umbral de una puerta. Una joven sonriente le saludó desde dentro del establecimiento. Sólo entonces se dio cuenta de haberse parado en la puerta del almacén de antigüedades.

Aunque ya habían cerrado, en aquel momento salía alguien de dentro de la tienda. Al verle en el umbral, Liza, la gitana, pues de ella se trataba, retrocedió para reaparecer a los pocos momentos y con amable sonrisa le puso entre las manos un enorme paraguas azul. Ante las vagas protestas de cortesía de Don Zoilo, que apenas si la saludaba a veces, ella le insistió en que se lo llevara para no mojarse.

– Ya me lo devolverá mañana –le dijo con amabilidad.

Gratamente sorprendido ante la gentileza de la gitana –antecuaría, la del pelo aceitoso, a quien sólo conocía de vista–, esperó en el portal a que cesara el aguacero. El paraguas era de seda azul, con un enorme puño de concha representando una cabeza de águila. Le dio miedo abrirlo y que la lluvia destiñera la seda. Esperó un rato y cuando cesó el aguacero se fue por la empinada callecita hacia su casa, sin abrir el paraguas. Antes de meterse en la cama junto a Gertrudis, su esposa, alisó el viejo paraguas azul y lo dejó en el perchero. Durmió mal y despertó con dolor de cabeza y preocupado por devolver el paraguas. Terminó de vestirse y salió a la calle con el gesto audaz del nadador que se zambulle en el océano.

La mañanita temprana estaba llena de promesas. El aire húmedo olía a flores. Le saludaron varias mujeronas que iban hacia el mercado con cestos de paja dorada cargados de hortalizas. En las caras de barro cocido había un amable dibujo de sonrisas para el boticario que por veinte años les

vendiera pócimas para el catarro y ungüentos para los callos. Se oía resonar de cascos contra las piedras de la calle. Los arrieros tendrían un día atareado. Pasó junto a la Señora Clotilde, que sacaba al aire libre la jaulita verde de su canario. Un silbido estridente de carretero rasgó como un diamante el fino cristal de la mañana. Se cruzó con las hijas de Don Jacinto, limpias y frescas como dos hojitas de lechuga recién lavada, las caritas blancas aureoladas por dos trenzas altaneras sobre la cabeza como la cresta de un gallo. Don Zoilo, grave y solemne, andaba por el barrio familiar y querido, el paraguas azul bajo el brazo y un ligero dolor de cabeza correteando tras de su frente como un ratoncito travieso de patitas irrespetuosas. La aspirina le calmaría, sin duda; esa aspirina que él daba a sus parroquianos con el solemne ritual de quien les hace comulgar en un altar terapéutico.

Aunque el tomar aspirina, una de sus propias medicinas, le parecía tan irregular como a un ilusionista de circo entretenerse con sus propios juegos, no le desagradaba la idea de ver, tocar, oír y oler su botica, donde relucía el metal pulido, era suave la porcelana, y el reloj de cuco latía como un corazón sereno envuelto en el perfume gentil de las esencias. Porque Don Zoilo amaba su vieja botica, con la policromía de sus potecitos, con sus mil potingues y orzas, con sus bandejitas y frascos donde se encerraban drogas misteriosas de nombres musicales. Entraría a oscuras en la farmacia, que se sabía de memoria, llena de olores y

sombras familiares. Los tarritos de mayólica de colores, herencia de su abuelo, brillarían en la penumbra tibia y silenciosa presidida por la balanza de precisión en la cajita de metal y vidrio, como un pequeño santuario sobre el mostrador. El mortero, quieto como una campana dormida, ensoñaría en las horas de trabajo que marcó su mano de mármol– El tarro de la aspirina estaba en la tercera alacena a la derecha, entre la ipecacuana y el benzoato sódico...

Le interrumpió en su meditación un tirón de la chaqueta. Se volvió sorprendido ya casi ante la puerta de su botica. Era un chiquillo de unos diez años, de carita tan dorada y pecosa y pelo tan rojo que parecía brillando al sol un centimito de cobre nuevecito y bruñido.

– Oye –le dijo con muy poco respeto el chico–, ven conmigo a la lechería.

Don Zoilo le miró tan sorprendido como contempla un entomólogo una nueva especie de insecto alado.

– ¿Qué dices?

– Que vengas conmigo ahí al lado, a la lechería, y te contaré algo. –Se rio picarescamente y la lengüecita rosada se le asomó entre los dientes por una mella indiscreta, como un hociquito de gato entre las hojas de una puerta–. Además, tomaremos un pastel –prometió como un diablo tentador.

Don Zoilo, con suavidad y sin dignarse contestar, apartó la manecita sucia de su pantalón gris perla e hizo ademán de avanzar hacia la puerta de su botica.

«Centimito de cobre» de un brinco le cerró el paso, agarrándose esta vez a ambas piernas.

– No te vayas o gritaré mucho –le avisó con un tono decidido de amenaza que no borraba su sonrisita.

Lo que menos deseaba Don Zoilo era que le sorprendieran a las ocho y media de la mañana forcejeando en su calle con un chiquillo alborotador. Resignadamente capituló.

– Si lo que deseas es un pastel, vamos a comprarlo a la lechería.

Un momento después caminaban ambos juntos, la manecita del chiquillo, dura y carnosa como un melocotoncito, en la mano severa del boticario azorado. Apretando el paraguas azul bajo el brazo, y gruñendo por tener que demorar la ingestión de la aspirina, Don Zoilo entró en la lechería con el chiquillo.

Se sentaron tímidamente ante una mesita vacía en un rincón de la espaciosa sala. En otras mesas, señoras madrugadoras, con mantilla, carreteros, campesinos y vendedores del mercado saboreaban su desayuno. El ruido de las conversaciones y el aroma a café con leche y

pastelería convertían el lugar en un amable refugio contra la calle gris y húmeda bajo un cielo nuboso. No hubo conversación mientras «Centimito de cobre», su cara más rojita y risueña que nunca, devoró un sabroso pastel de hojaldre y se bebió un vaso grande de leche tan pura y blanca como una niña de primera comunión.

– Bueno –dijo al fin Don Zoilo, la mano en el paraguas azul y una mirada recelosa en torno suyo para cerciorarse de que nadie le reconocía–. ¿Quién eres y adonde vas solo a estas horas?

El chiquillo arrebató a las moscas con deditos ágiles una migaja de pastel, y se relamió los labios manchados de leche.

– Me llamo Antoñito, y venía de casa de mi mamá en la calle de Pichincha a comprar un kilo de azúcar en la tienda.

A Don Zoilo le pareció recordar entonces haber visto en alguna parte la carita del chiquillo.

– ¿Por qué se te ocurrió comerte un pastel?

– Porque me gustan mucho –fue la lógica respuesta.

Don Zoilo tamborileó disgustado sobre el puño de concha del paraguas.

– ¿A qué venía el desviarte de tu camino y hacerme perder el tiempo a mí? ¿No tienes miedo a que se lo diga a tus papás y te castiguen?

«Centimito de cobre» le miró a la cara con ojos limpios y llenos de extrañeza ante tales preguntas.

– Porque no quiero volver a mi casa. Ni a la escuela. Quiero irme al campo, a coger ramitos de flores y a escuchar los pájaros y ver las avispas al sol. Quiero tenderme en la hierba a ver las nubes.

A Don Zoilo todo aquello le pareció extraordinariamente indisciplinado y desagradable.

– ¿No sabes que los niños buenos –le preguntó severamente, mirando con cautela en torno suyo, pues no quería que ningún conocido le viese a aquella hora, en aquel lugar y con aquella compañía– no piensan esas diabluras si es que quieren ir al cielo?

La respuesta le confirmó a Don Zoilo de que intentar convencer al niño era querer lidiar un toro bravo con un pañuelito de mujer.

– Es que yo no quiero ser bueno ni ir al cielo. Sólo quiero irme a correr por el bosque y patear la hierba mojada y perseguir las mariposas.

– ¿Por qué –interrogó Don Zoilo, en quien iba ascendiendo una sorprendida indignación, como la lava en un volcán– has tenido que venir a mí a contarme todo esto?

La cara de «Centimito de cobre» era una imagen de inocencia convencida cuando le respondió con una voz que era un hilito de cristal.

– Porque creí que querrías venirte conmigo.

Don Zoilo, con el paraguas prestado en la mano y el ansia en su cabeza por conseguir la tableta de aspirina, que ya era de necesidad urgente, dio un brinco en el asiento.

– Ya ve usted, Don Zoilo, que no hay escapatoria posible.

La melodiosa voz a su espalda le hizo volverse azorado. La reconoció en seguida. Era una muchacha que vivía con sus padres casi enfrente de su botica. A veces habían ido a comprarle algo. Mas los ojos borrosos del profesional no habían reparado nunca en la belleza de sus facciones. Los ojos que le miraban ahora eran de un delicado color violeta, más subido de tono que los labios purpúreos que dibujaban un rojo corazón en el fino óvalo dorado de la cara.

– ¿Qué decía usted? –preguntó Don Zoilo descubriendo su escasa cabellera de un color ceniciento.

– Que al parecer –insinuó la muchacha de los ojos color violeta, limpiándose en la servilleta unos deditos

manchados de la fragante crema de un pastel– no va a tener usted otro remedio que hacer caso a su amiguito.

El chiquillo la miró con ojos donde acababa de encenderse una verbena de lucecitas risueñas.

– Lo que voy a hacer es irme ahora mismo –replicó indignado Don Zoilo– y dejar que alguien devuelva el chico a su familia.

Las dos manecitas sucias se agarraron otra vez a sus pantalones con frenesí de náufrago.

– No dé usted lugar a un escándalo –aconsejó la muchacha–. Yo puedo acaso ayudarle. Vamos a salir y llevemos juntos al niño a su casa.

Se inclinó hacia el chiquillo y cuchicheó a su oído hasta que el chico asintió satisfecho. Entonces ella levantó la cara hacia Don Zoilo.

– Antoñito está satisfecho si le llevamos a casa de sus abuelitos, que viven en las afueras de la ciudad, junto al lago.

Minutos más tarde, Don Zoilo, la muchacha de los ojos violeta y «Centimito de cobre» se balanceaban por las calles domingueras y soleadas de Quito sentados en un coche de alquiler. El trote del caballote pardo y blanco al compás de los cascabeles plateados, el aroma de los macetones floridos

resaltando en rojo, verde, azul y amarillo sobre la piedra olivácea de las viejas casonas, el bullicio inicial de la mañana, no lograron animar a Don Zoilo. Sentado en el borde del asiento, con el paraguas azul entre sus brazos en una postura de tocador de guitarra, el melancólico boticario vigilaba las calles temiendo que algún conocido le viese en tan extraña compañía, y daba vueltas en su mente a la soñada tableta de aspirina, que había ya adquirido las proporciones de una rueda de molino.

– ¿Por qué está usted preocupado? –le preguntó la muchacha, que sentada junto al chiquillo parecía divertirse de lo lindo.

– ¿Por qué? –Don Zoilo apretó el mango del paraguas como quien retuerce el pescuezo a un pollo–. ¿Qué diría mi mujer si alguien le contara este paseo?

Ella sonrió y a sus dientes parecieron asomarse todas las palomas del Ecuador.

– Yo, en su lugar, no me preocuparía.

– ¿Por qué?

– Porque no pueden contarle nada nuevo a su señora. Estaba en el balcón y nos vio pasar en el coche.

Un instante después, el boticario, en quien la necesidad de aspirina se agigantaba por momentos, retenido a duras

penas por sus dos acompañantes, hacía esfuerzos por saltar del coche. Vencido, se dejó caer en el asiento, y solemne como un cirio de funeral se dejó llevar por el coche hacia lo desconocido, a través de las calles risueñas de Quito la guapa.

La parla pajarera de la muchacha le hizo saber que se llamaba Margarita. Era modista, y a diario, mientras sus deditos ágiles bordaban filigranas sobre la seda con la aguja que en sus manos era una flechita de plata, miraba a Don Zoilo, misterioso como un alquimista, preparar sus potingues en la rebotica.

Después de lo que a él se le antojó un viaje interminable, se detuvieron en las afueras de Quito, cerca de la explanada del aeródromo. El coche se alejó con el caballote bañado en sol. La mañana radiante se abría como un tulipán bajo el impoluto azul celeste. Por el paseo cercano la gente marchaba hacia la alegre llamada de las campanas. Los arbolitos del paseo parecían sostener el cielo pesado y brillante sobre sus copas. Los tres pasajeros se detuvieron ante una mansión blanca bordeada de un seto florido.

– Aquí es donde viven mis abuelos –anunció «Centimito de cobre», reluciente y rojito de pies a cabeza bajo la solana.

– Pues adentro y adiós –sugirió conciso y ceñudo Don Zoilo, apuntando hacia la casa con su paraguas azul.

– Espéreme un momentito –propuso la muchacha–. Yo acompañaré al niño.

Don Zoilo les vio alejarse por la senda enarenada hacia la entrada de la casa, y sin aguardar más buscó en derredor suyo otro coche para regresar. Al ver a lo lejos un auto de alquiler, alzó el paraguas azul y vio acercarse al taxi obedeciendo dócilmente a su llamada como un animalote amaestrado. Casi al mismo tiempo y con gran sorpresa suya, vio aparecer de nuevo, saliendo por la puerta de la casa, a la muchacha de los ojos violeta y al chiquillo del pelo rojo con una caja –al parecer de zapatos– entre los brazos.

– ¿Qué pasa? –preguntó Don Zoilo.

No le respondieron. De un salto la joven subió al auto parado ante ellos e hizo montar al chiquillo. Después dio una dirección al chófer, un hombretón de pelo canoso y bigote tan grande y rasposo como la cola de una zorra.

– ¡Vamos, suba, aprisa! –le gritó la muchacha desde dentro del auto a Don Zoilo, que atónito les miraba desde la acera. De un tirón le cogió de la chaqueta y le hizo saltar dentro del auto, a tiempo que éste se ponía en marcha y que de la mansión salía un grupo de gente vociferando.

– ¿Se han vuelto locos? –rugió Don Zoilo, sentado en el suelo del auto, que corría velozmente.

– Todo lo contrario –explicó la muchacha alisándose el cabello suave y sedoso con una mano ducal–, usted estaría loco si se quedara.

– Mi familia viene detrás de nosotros –aclaró el niño, empinándose para mirar por la ventanilla trasera–. Mi hermano mayor trae la escopeta.

– ¿No te quedabas en tu casa? –vociferó Don Zoilo sentándose en el asiento, envuelto en las nubes de polvo que entraban por la ventanilla.

– No –repuso el chiquillo sonriente–. Sólo volví por Pablito.

– ¿Pablito? –gritó aterrado el boticario–. ¿Quién es y dónde está Pablito?

– Aquí con nosotros. –Al levantar la tapa de la caja de zapatos, las manitas rollizas sacaron un gato como el ébano, de ojos soñolientos.

– ¡Un gato! ¡Negro! ¡Lo que faltaba! –Don Zoilo se volvió hacia la muchacha buscando protección–. ¿Qué dice usted de todo esto? –preguntó con severidad.

– Que la familia del niño parecía de mal humor y me temo que a estas horas nos están persiguiendo ya. Claro, le harán a usted responsable por ser el mayor de nosotros –explicó ella alentadoramente.

- ¡Chófer! ¡Pare en el acto!
- ¡De ningún modo! ¡Eso sería exponerse usted a que, creyéndole un secuestrador de niños, le disparen sin oírle siquiera!
- Mi hermano –insistió con picardía el chiquillo– donde pone el ojo pone la bala.
- Descuiden que no nos alcanzarán nunca –intervino con naturalidad el chófer, que iba abrazado al volante como un náufrago al salvavidas.
- ¿Entonces –tartamudeó Don Zoilo sofocado de rabia y blanco de polvo– sólo volvimos a tu casa a recoger el gato? ¡Esto es demasiado!
- Hubiera traído también a Encarna, la tortuga –se disculpó el chiquillo–, pero no cabía en la caja.
- Y usted, señorita, ¿qué dice de todo esto? ¡Envolverme a mí, un ciudadano respetable, en la escapatoria loca de un chiquillo! ¿Qué dirá su familia cuando se entere de su participación en este incalificable...?

La muchacha estiró displicentemente su cuellecito blanco de colegiala. A sus ojos sólo les faltaba el aroma para ser dos violetas.

– Se olvida usted, señor, de que yo también me estoy fugando de mi casa.

– ¿Cómo?

– Claro. Por eso tengo que ver con simpatía que se escape el niño.

– ¿Estoy yo loco –balbuceó Don Zoilo–, o es una broma todo esto?

– ¿Una broma? –Súbitamente los ojos de la joven se congelaron en dos chispas de amatista–. No, no tiene nada de broma. Usted ha vivido pegado a sus morteros por espacio de veinte años. Su mundo es su botica y sus pucheritos. Su imaginación, los libros de farmacia. Sus fantasías, las recetas. Ni se había usted dado cuenta de la bordadora sentimental que pasa meses y años –tengo veintidós y llevo tres trabajando– sentada frente a la máquina de coser y viendo un pedacito de calle a través de los cristales de la ventana. Eso y una familia buena pero apática, se aguanta una temporada. De repente, un día, un minuto, salta algo aquí dentro, en el corazón, como un resorte. Ya no se puede aguantar más. Hay que salir de la jaula a cantar fuera o se ahoga una. La aguja no es un buen enamorado. Si se pincha una, que sea con una espina de amor y no con una de acero. Por eso me fui esta mañana para ser libre, a buscar la aventura, el amor...

– Pero ¿qué tengo yo que ver con todo eso? –imploró Don Zoilo–. Yo sólo había salido a devolver un paraguas que me prestaron y a buscar una aspirina.

– Si lo pilla mi hermano –aventuró el niño, que llevaba abrazado a Pablito, ya semidormido–, no le hará falta aspirina.

– No me va a hacer falta nada –tartamudeó el boticario– si este auto no modera la marcha.

– Once años estaba deseando algo como esto y al fin llegó –vociferó gozoso el chófer–. Un secuestro, una fuga, una persecución. –Miró de reojo a Don Zoilo con severidad–. ¡Y me pide usted que modere la marcha!

– No me diga que estaba usted también en el complot –protestó el farmacéutico, a quien los vaivenes del auto, que corría como un ciclón envuelto en una nube de polvo, hacían tambalear entre sus compañeros.

– Estaba, no –el chófer acentuó su gramática con un viraje cerrado–, ¡estoy!

– ¿Quién es usted? –preguntó con voz temblorosa Don Zoilo.

– Para usted, un desconocido. Jacinto, un chófer de Quito. Mi parada habitual desde hace más de diez años está ante el café Bolívar. Hoy me desvié para traer a un parroquiano

aquí cerca. Mi buena suerte lo quiso. ¡Ahora estoy con ustedes! ¡Antes nos estrellaremos que dejamos coger!

– ¡Yo no me estoy escapando de nadie! –protestó Don Zoilo.

– Sería una tontería no hacerlo –replicó el chófer–. Llevo años y años pegado a este volante como un galeote al remo. He traído y llevado pasajeros a todas partes: novios, banqueros, policías, recién nacidos y juerguistas. Nunca he ido más lejos para mí mismo que de mi casa al garaje, de ahí al café, y de ahí a casa otra vez. ¡Yo, un hombre nacido para lo extraordinario! Con ustedes voy a buscar esa aventura aquí, en el Ecuador de mis sueños, que quiero y no conozco, en la tierra más romántica del mundo.

Se retorció con una mano el mostacho gris mientras el auto cabeceaba:

– Detrás de estos bigotes ya canosos –anunció con aire melodramático– hay un aventurero que espera.

Dio un frenazo violento que arrojó a sus tres pasajeros unos sobre otros. Pablito dio un maullido de protesta al despertarse asustado. Cuando la nube de polvo se fue disipando, Don Zoilo pudo ver que se hallaban en las cercanías del aeródromo, en una explanada inmensa que, sin embargo, no le era familiar.

– ¿Dónde estamos? –preguntó tosiendo.

– En el aeropuerto Mariscal Sucre –repuso el chófer sacudiéndose el polvo de la gorra con un pañuelo de hierbas.

– ¿A qué hemos venido aquí?

La respuesta le llegó de dos hombres vestidos de aviadores con trajes de cuero y gafas oscuras que aparecieron al otro extremo del aeropuerto agitando los brazos en señal de bienvenida.

Al bajar del auto, los fugitivos pudieron ver, a través de las nubecillas de polvo, que tras los dos aviadores, al otro extremo del campo, relucía al sol un pequeño avión que a la luz brillaba como un cáliz de plata.

«Centimito de cobre», con el gato en brazos, dando un grito de alegría, echó a correr hacia la avioneta como una mariposa hacia la luz. Detrás, abandonando el coche como quien deja una maleta vieja, el chófer. La muchacha de los ojos violeta posó su mano suavemente sobre la manga de la chaqueta de Don Zoilo y le habló dulcemente:

– No puede usted quedarse aquí. Venga a guarecerse allá, en aquel grupo de gente. Si llegan los hermanos del chico que creen que usted lo ha secuestrado...

Los hermanos llegaban ya en automóvil, al otro extremo del aeropuerto, aullando ferozmente. Acometido súbitamente de un pánico terrible, el boticario echó a correr tras la muchacha en dirección a la avioneta plateada. Las sienes le pulsaban dolorosamente y el paraguas azul se le enredaba entre las piernas. Imaginaba con espanto, al huir, el espectáculo que debían ser él y la chica corriendo velozmente a lo largo de la explanada polvorienta, tostada por el oro solar de la mañana.

Todo acaeció con tanta rapidez que Don Zoilo, sudoroso y jadeante, no llegó jamás a saber cómo había sucedido. Al llegar junto a los aviadores, casi sin respiración, los brazos de alguien le elevaron haciéndole atravesar un portal metálico. A su espalda oía el motor del automóvil perseguidor. Cayó exhausto sobre el suelo de lo que a sus ojos llorosos le pareció un cuartito de metal. De súbito, el mundo entero comenzó a vibrar. Todo el universo se estremeció con zumbido de moscardón. El suelo pareció escapársele bajo sus pies. Miró en torno suyo. Sus tres compañeros estaban sentados junto a él, rodeados de fardos diversos. Por una ventana vio huir a la tierra. Así fue como, a las diez de la mañana de un domingo, se halló Don Zoilo volando por el azul lavado del cielo ecuatoriano en un avión que relucía al sol como un cáliz de plata.

– No me va a hacer falta nada –tartamudeó el boticario– si este auto no modera la marcha.

– Once años estaba deseando algo como esto y al fin llegó –vociferó gozoso el chófer–. Un secuestro, una fuga, una persecución. –Miró de reojo a Don Zoilo con severidad–. ¡Y me pide usted que modere la marcha!

– No me diga que estaba usted también en el complot –protestó el farmacéutico, a quien los vaivenes del auto, que corría como un ciclón envuelto en una nube de polvo, hacían tambalear entre sus compañeros.

– Estaba, no –el chófer acentuó su gramática con un viraje cerrado–, ¡estoy!

– ¿Quién es usted? –preguntó con voz temblorosa Don Zoilo.

– Para usted, un desconocido. Jacinto, un chófer de Quito. Mi parada habitual desde hace más de diez años está ante el café Bolívar. Hoy me desvié para traer a un parroquiano aquí cerca. Mi buena suerte lo quiso. ¡Ahora estoy con ustedes! ¡Antes nos estrellaremos que dejamos coger!

– ¡Yo no me estoy escapando de nadie! –protestó Don Zoilo.

– Sería una tontería no hacerlo –replicó el chófer–. Llevo años y años pegado a este volante como un galeote al remo. He traído y llevado pasajeros a todas partes: novios, banqueros, policías, recién nacidos y juerguistas. Nunca he

ido más lejos para mí mismo que de mi casa al garaje, de ahí al café, y de ahí a casa otra vez. ¡Yo, un hombre nacido para lo extraordinario! Con ustedes voy a buscar esa aventura aquí, en el Ecuador de mis sueños, que quiero y no conozco, en la tierra más romántica del mundo.

Se retorció con una mano el mostacho gris mientras el auto cabeceaba:

– Detrás de estos bigotes ya canosos –anunció con aire melodramático– hay un aventurero que espera.

Dio un frenazo violento que arrojó a sus tres pasajeros unos sobre otros. Pablito dio un maullido de protesta al despertarse asustado. Cuando la nube de polvo se fue disipando, Don Zoilo pudo ver que se hallaban en las cercanías del aeródromo, en una explanada inmensa que, sin embargo, no le era familiar.

– ¿Dónde estamos? –preguntó tosiendo.

– En el aeropuerto Mariscal Sucre –repuso el chófer sacudiéndose el polvo de la gorra con un pañuelo de hierbas.

– ¿A qué hemos venido aquí?

La respuesta le llegó de dos hombres vestidos de aviadores con trajes de cuero y gafas oscuras que aparecieron al otro

extremo del aeropuerto agitando los brazos en señal de bienvenida.

Al bajar del auto, los fugitivos pudieron ver, a través de las nubecillas de polvo, que tras los dos aviadores, al otro extremo del campo, relucía al sol un pequeño avión que a la luz brillaba como un cáliz de plata.

«Centimito de cobre», con el gato en brazos, dando un grito de alegría, echó a correr hacia la avioneta como una mariposa hacia la luz. Detrás, abandonando el coche como quien deja una maleta vieja, el chófer. La muchacha de los ojos violeta posó su mano suavemente sobre la manga de la chaqueta de Don Zoilo y le habló dulcemente:

– No puede usted quedarse aquí. Venga a guarecerse allá, en aquel grupo de gente. Si llegan los hermanos del chico que creen que usted lo ha secuestrado...

Los hermanos llegaban ya en automóvil, al otro extremo del aeropuerto, aullando ferozmente. Acometido súbitamente de un pánico terrible, el boticario echó a correr tras la muchacha en dirección a la avioneta plateada. Las sienes le pulsaban dolorosamente y el paraguas azul se le enredaba entre las piernas. Imaginaba con espanto, al huir, el espectáculo que debían ser él y la chica corriendo velozmente a lo largo de la explanada polvorienta, tostada por el oro solar de la mañana.

Todo acaeció con tanta rapidez que Don Zoilo, sudoroso y jadeante, no llegó jamás a saber cómo había sucedido. Al llegar junto a los aviadores, casi sin respiración, los brazos de alguien le elevaron haciéndole atravesar un portal metálico. A su espalda oía el motor del automóvil perseguidor. Cayó exhausto sobre el suelo de lo que a sus ojos llorosos le pareció un cuartito de metal. De súbito, el mundo entero comenzó a vibrar. Todo el universo se estremeció con zumbido de moscardón. El suelo pareció escapársele bajo sus pies. Miró en torno suyo. Sus tres compañeros estaban sentados junto a él, rodeados de fardos diversos. Por una ventana vio huir a la tierra. Así fue como, a las diez de la mañana de un domingo, se halló Don Zoilo volando por el azul lavado del cielo ecuatoriano en un avión que relucía al sol como un cáliz de plata.

Junto a sus narices se balanceaba una rodilla de la muchacha de los ojos violeta. «Centimito de cobre», la cara pegada a un cristal, miraba embelesado la tierra fugitiva, y el chófer aventurero parecía preocupado por el bienestar de Pablito, que les contemplaba con verdes ojos de dulce reproche. Alzando más la cara vio Don Zoilo a los dos aviadores. Uno de ellos, un mocetón recio y fornido, con la mano en la palanca de mando, le saludó con un gesto de su mano enguantada. El otro aviador no era un hombre como creyera el boticario al principio, sino una mujer cuyo pelo rubio se desbordaba bajo el gorro de cuero. Tenía la faz pálida, unos labios finos, y se parecía asombrosamente –a

juicio de Don Zoilo, apasionado del cine– a Greta Garbo, un poco mejorada en su volumen por una dieta de engorde.

Intentó hablar, mas el ruido del motor se tragó sus palabras. Las hélices volteaban con la furia y el brillo de espadas de arcángeles vengadores. Dentro del avión no había asientos más que para los pilotos. El aire era cálido. Por las ventanillas entraba una gloriosa luz azul bañando al grupo de aventureros con su resplandor.

El zumbido del motor impidió toda conversación. Apretujados detrás de los pilotos, los cuatro pasajeros se fundieron en un silencio de labios tras el cual palpitaba cada corazón en su propia aventura. Desde las mesetas ecuatorianas, la gente endomingada contemplaba las evoluciones en el azul de un avión resplandeciente como una mariposa de plata. Dentro del aeroplano y de su estruendo de motores, cada silencio individual labraba un camino hacia la luz. Las ventanillas, altas y estrechas, sólo les permitían divisar el cielo añil y espeso envolviendo por todas partes al avión, como un mosquito que se revolcara en un tarro de pintura azul. En el estómago vacío de Don Zoilo, añorando el succulento perdido desayuno de los domingos, cada cabriola del avión tenía dolorosas repercusiones. En una de éstas –pensaba el boticario– el estómago se me hará un nudo y se me pondrá por corbata. Mas el aviador, de cara sonriente y anchos hombros, así como su rubia acompañante que se parecía a Greta Garbo,

estaban disfrutando de lo lindo. A juzgar por sus caras, el avión era para ellos un obediente caballito de circo.

El aterrizaje fue perfecto. Las palmadas de entusiasmo de «Centimito de cobre» se confundieron con el último sobresalto del motor. Un clic metálico y los pilotos saltaron ágilmente hacia afuera por una puerta por la que la caja metálica del avión se bañó de luz clara. Uno tras otro bajaron a tierra. Sólo entonces pudo darse cuenta Don Zoilo de que había perdido la noción del tiempo durante el vuelo y que, aunque en tierra firme –¡parecía mentira! – y con los huesos sanos, algo extraño y temeroso le rodeaba. Con los labios apretados y la mano crispada sobre el puño del paraguas miró en derredor suyo. Bajo la cegadora luz solar palpitaba henchida una masa gigantesca, blanda y azul, a pocos metros de ellos.

– ¿Dónde estamos? –preguntó Don Zoilo aterrado sin dirigirse a nadie en particular.

El mocetón que había pilotado el avión soltó bajo su yugular la tira de cuero de su casco.

– Estamos –explicó gentilmente– junto a la línea equinoccial, a quinientas millas de la costa ecuatoriana y a ochocientas cincuenta millas de Panamá.



- Es decir -agregó la Greta Garbo sacudiendo su rubia cabellera-, en las Islas Encantadas.

- O si usted prefiere reemplazar esa poética denominación por otra más moderna -dijo el aviador

quitándose el chaquetón de cuero–, en una de las trece islas mayores del archipiélago de Galápagos.

Las piernas de Don Zoilo se le volvieron en el acto de algodón en rama.

– ¡Las islas Galápagos! ¡No, no es posible! –balbució con gesto melodramático, y no pudo seguir porque la lengua se le convirtió en un pedazo de estropajo seco.

Los demás no parecían sorprendidos en lo más mínimo. Hubo una aceptación entusiástica y general de la situación, el lugar y la compañía. A través de una bruma escuchó el boticario las presentaciones, y las explicaciones mutuas le llegaron mezcladas en el blando chapoteo azul de las olas.

En lo que alcanzaba la mirada, no se veía sino una extensión de tierra dura de color pardo, cubierta de cactus y arbolillos, replegada en suaves ondulaciones, cercando la explanada elegida como aeropuerto. El aterrizaje fue maestro, pues habían tenido que utilizar un terraplén de muy pequeña longitud, rodando luego sobre la pétrea tierra volcánica. Después el aeroplano había quedado leve e inmóvil, como un pájaro posado sobre la roca cercada de mar. Arriba, adelante, atrás, a los lados, el cielo y el mar confundían sus azules y su inmensidad. Era como estar en un tapiz volante de roca, súbitamente descendido al mar.

El grupo de viajeros cargó con algunos paquetes que los aviadores sacaron del aparato. Don Zoilo, anonadado, les siguió en dirección a unas suaves colinas, al otro lado de las cuales se veía ondular, todo azul y plata, el mar. Miró con cierta envidia –mientras a él le miraba con indiferencia– un enorme lagarto verde y oro que tomaba el sol sobre una roca.

Al otro lado de las colinas sus compañeros de viaje depositaban sus fardos sobre el arenal a la sombra de un parasol que el aviador estaba plantando sobre la arena. Vagos pensamientos surcaban como gaviotas errantes la mente de Don Zoilo: Las islas Galápagos, sobre las cuales leyerá de estudiante que dieron material de estudio a Charles Darwin para su «Origen de las especies»... Mi mujer debe estar creyendo que me he vuelto loco al verme escapar con un niño y una muchacha... Necesito aspirina... Tengo un paraguas prestado... Me está buscando seguramente la policía... Salió de su ensimismamiento al llegar junto al grupo de aventureros.

Arreglado el gran quitasol blanco y rojo, la muchacha de los ojos violeta y la Greta Garbo estaban disponiendo los víveres sobre un mantel a cuadros verdes y amarillos, mientras el piloto y el chófer abrían latas de conserva. «Centimito de cobre» y Pablito se revolcaban por la arena.

Don Zoilo, patéticamente, se dejó caer sobre la arena, a la sombra grata del parasol. El mar añil a unos metros de

distancia festoneaba de blancas puntillas de espuma el cuello moreno de la playa. El sol parecía ya estar muy alto y avanzado en su ruta de fuego por el cielo claro. Chillidos de gaviotas rasgaban el raso celeste. Comenzó a esparcirse el aroma del café con leche contenido en los termos. La playa desierta se combaba hasta perderse en círculo tras las colinas rojizas.

– ¿Estamos realmente en una de las islas Galápagos?
–preguntó el boticario al aviador, acometido por una secreta esperanza.

Antes que la contestación, llegó a sus manos un emparedado de foie–gras que alguien le alargó.

– Naturalmente –repuso el aviador–, en una de las sesenta islitas de este archipiélago a las que primero llegaron los españoles en el siglo xvi. No, no es Albemarle, ni Chatham, ni Hood, ni James, ni Charles. Aquí no llegaron los bucaneros ingleses. Por tanto, nadie les dio nombre. Tiene un cráter volcánico apagado en el centro y dieciséis kilómetros de radio aproximadamente. Detrás de esas colinas de lava, de los cactus y las zarzas resecas, hay bosques, y en ellos, cabras, cerdos, lagartos, iguanas, flamencos y cormoranes. Hay también, aunque no sé cómo llegó aquí, un burrito, que sólo he visto siempre de lejos, y una vez casi lo cogimos. ¿Recuerdas Marisa? –Se volvió hacia la Greta Garbo, que con deditos minúsculos despedazaba un gigantesco pollo asado.

– Oh, sí, Manuel –repuso ella–. Habíamos venido a ver si era posible observar una de las grandes tortugas a la luz de la luna. El borriquillo estaba sentimental y rebuznó a la luna llena por espacio de dos horas.

– Marisa y yo –explicó el aviador echándose más café en su taza– venimos a esta isla con frecuencia en mi avión. Por casualidad la descubrimos en uno de mis vuelos, y aquí realicé mi primer aterrizaje peligroso, sin otro trastorno más que un desgarrón en una ala de la avioneta.

– Pero después –completó ella– no hemos vuelto a tener otro accidente. Mi hermano –manifestó orgullosamente– es el mejor aviador del mundo.

– Modestia, Marisa –protestó él gentilmente–. Confío llegar a serlo algún día. El primer aviador acrobático del mundo. Desde la casa que nos dejaron nuestros padres en Quito, al ladito del aeropuerto, hemos volado sobre todo este territorio cientos de veces. Algún día haré una proeza acrobático–aérea y seré famoso.

– No lo dudo, señor –intervino amablemente el chófer parapetado tras su bigote y un alón de pollo–. El aterrizaje fue una maravilla. Se lo digo como mecánico.

– ¿Usted –preguntó la muchacha de los ojos violeta a la Greta Garbo que se desmayaba sobre un pastel de fresas– es artista, por lo que presumo?

Sí; la Greta Garbo era pintora. En pocas palabras explicó a sus acompañantes que desde hacía años, al quedarse huérfanos, era la compañera de su hermano en una carrera, él hacia la fama por la aviación y ella por el arte.

Sin cesar de alimentar a «Centimito de cobre» con pedazos de jamón y a Pablito, ya blanco de arena, con cortecitas de queso, expresó su anhelo de llegar a pintar algo que la llevara a una nueva concepción del arte. Las islas Galápagos la habían seducido como un mundo virgen donde pudiera nacer una nueva inspiración para el color. Allá flotaban las sombras salvajes de los bucaneros. La arena blanca contrastaba con la lava gris y el azul celeste. Los perros y cerdos silvestres no se apartaban al acercárseles ellos, mientras devoraban los huesos enterrados en la arena. En los bosques había hasta mil quinientas especies diferentes de pájaros, un cuarto de toda la avifauna sudamericana. Ecuador era hermoso, pero al marfil vegetal de sus palmas, a sus «toquillas» y sus plantaciones de café, cacao y bananos, superaba la selvática maravilla de los islotes del archipiélago. Quería pintar una de las tortugas que daban nombre a las islas Galápagos, uno de aquellos bellos ejemplares que en sus cuatro pies de concha gris y quinientas libras de peso encerraban cuatrocientos años de existencia.

Con el postre, la conversación se hizo tan voluble como la brisa fresca que soplaba desde el mar. Lo más extraordinario

del caso ya no era para Don Zoilo el encontrarse allí, pues el succulento almuerzo al aire libre le había puesto al menos en condiciones de aceptarlo todo con más estoicismo. Lo inexplicable era que nadie parecía extrañado de nada. Todos aceptaban como perfectamente natural la situación y el hecho de estar comiendo foie-gras seis personas –desconocidas todas ellas unas para otras hasta hacía unas horas– en las islas Galápagos.

Al terminar la comida se encendieron tres conversaciones y seis cigarrillos. El apuesto aviador y el chófer marcharon a revisar el motor del avión, charlando como viejos amigos; la Greta Garbo y la muchacha de los ojos violeta comenzaron a recoger los utensilios de la comida, hablando de sus mutuos proyectos; «Centimito de cobre» y Pablito iniciaron una conversación en la cual el gato no parecía estar interesado, pues se durmió instantáneamente sobre los restos del banquete.

Don Zoilo, pese a su reticencia y mal humor, fue objeto de la amabilidad general. El aviador y su hermana aceptaron naturalmente la idea de que el boticario, el chófer, la muchacha y el niño estaban huyendo de Quito para buscar una misteriosa aventura. Una incomprensible camaradería se estableció entre todos ellos. Alguien propuso seguir unidos en adelante y compartir sus aventuras. Otro dijo que los talentos de cada uno se completaban y que juntos conquistarían el mundo. Finalmente, cuando la Greta Garbo

gentilmente preguntó a cada uno su mayor deseo en la vida, se volvió hacia Don Zoilo. Antes que él, el chiquillo había expresado su anhelo de ser libre; el chófer, su afán de aventura; la muchacha, de amor; el aviador, de triunfo, y la Greta Garbo, de fama artística.

– ¿Usted qué desea? –interrogó al fin la rubia pintora a Don Zoilo.

– Yo sólo quiero una tableta de aspirina y devolver este paraguas que me prestaron.

Las risas de todos, amables pero no ofensivas, le envolvieron como un cortinaje de cascabeles. Aún sonaban en sus oídos cuando, cansado de estar en la playa, se alejó de las mujeres y del niño, que dormitaban la siesta a la sombra, y, dejando a su espalda un mar ya del color del vino bajo el sol en retirada, se fue hacia el avión, donde se hallaban los otros dos hombres.

Le saludaron alegremente. Tiznados y llenos de grasa, rezumaban esa felicidad de la que sólo disfruta el enamorado abrazando a su amada o el mecánico palpando un buen motor. Por las rocas cercanas se paseaban iguanas y lagartos de colores. El aire caliente traía el blando susurro de las olas y el olor dulzón del bosque cercano. Cada pájaro, un músico; el bosque era una orquesta de cámara.

– Parece usted preocupado –dijo el chófer amablemente, limpiándose las gotitas de sudor que le perlaban el bigote erizado.

– Ya les he dicho varias veces que mi esposa debe estar angustiada por mi ausencia. Además –insistió firmemente con el tono de quien recuerda un acontecimiento internacional– debo tomarme una aspirina y devolver este paraguas.

– ¿Quiere usted hablar por teléfono con alguien en Quito? –preguntó el aviador, limpiándose la grasa de las manos.

– ¡Naturalmente que sí! ¿Por qué no lo dijo antes? Pero ¿cómo es posible?

– ¡Oh, no tiene nada de particular! Me encanta todo lo nuevo. Tengo un radioteléfono portátil en el aparato. Un chisme estupendo. Lo usamos Marisa y yo para dar instrucciones a mi ayudante, Anselmo. Un viejo mayordomo de mis padres, que hace de mecánico y de jardinero en casa. El tiene otro receptor. Puede tomar el mensaje suyo y telefonar a su casa.

Aquello era providencial para Don Zoilo. Por lo menos daría señales de vida. Volvería a tender una hebra de normalidad entre su fantástica e irreal aventura y su vida cotidiana. Pero en su casa no había instalación telefónica. Se

le ocurrió que podían llamar a la tienda de antigüedades frente a su botica, a la señora anciana que le prestó el paraguas la noche antes. Ella no tendría inconveniente en mandar un mensaje a su esposa. Aunque era día de fiesta, él sabía que vivía en la tienda. Entrecortadamente explicó la dirección de la tienda y dio instrucciones para que avisaran a su casa que regresaría tarde y que ya explicaría luego qué le había sucedido. Cuándo sería ese tarde y qué explicaría era algo que sólo Dios podía conocer y no un pobre boticario con dolor de cabeza y un paraguas prestado que no había devuelto.

Siguió febrilmente con los ojos las manipulaciones misteriosas de los dedos fuertes del aviador sobre los botones y resortes de un aparato cuadrado, con asas para transportarlo cual una maletita. Hubo carraspeos, silbidos, zumbidos y rechinamientos en el aparato. Don Zoilo, a los diez minutos de sudar y torcer el cuello, acabó carraspeando también. Algunos pájaros de plumaje azul y escarlata acudieron a investigar al ruidoso competidor. Conseguida la comunicación y lanzadas las señales con que se identificaban, el aviador llamó por su nombre al ayudante y mayordomo. Anselmo, con una voz tan pastosa y suave que hubiera podido untarse con un cuchillo sobre una rebanada de pan, contestó claramente a varias preguntas y tomó el mensaje de Don Zoilo para la tienda de antigüedades, prometiendo llamarles para darles el recado de la esposa de

Don Zoilo. El aviador entonces cerró el aparato con aire resuelto.

– Estamos desatendiendo a las damas –exclamó poniéndose de pie de un salto, y el chófer le imitó–. Vamos a llevarnos el aparato a la playa y allá aguardaremos la llamada de Anselmo.

Ni él habló de regresar ni de los planes que tuvieran, ni Don Zoilo, en quien por momentos se acentuaba la sensación de estar viviendo un sueño, le hizo pregunta alguna. Al llegar a la playa se sentaron en silencio junto a las dos damas, el niño y el gato, sumidos ya los cuatro en un plácido sueño arrullado por las olas que lamían dulcemente el arenal blanco. La modorra de la hora se fue apoderando de todos ellos. Sólo la maleta negra de cuero y metal relucientes, que sobre la arena aguardaba la llamada, ponía al cuadro una nota de realidad. El mar se había vuelto de color verde oscuro y en el cielo empezaba la solemnidad del atardecer. Un cangrejo enorme asomaba sus palpos en un montículo de arena. El olor de las algas marinas vencía al aroma del bosque. La tarde se fue deslizándose entre modorra, suspiros, languidez e inexpresadas nostalgias.

Al despertarse las bellas durmientes se reanudó la conversación, con pausas a cargo de la fresca naranjada de los termos y por misteriosas añoranzas. Cada uno de ellos siguió hablando a los demás de sus sueños y proyectos. A

Don Zoilo le pareció que al callarse todos de vez en cuando, la conversación seguía más intensa aun en el silencio.

Por fin, la emoción de todos cristalizó en una proposición de la muchacha de los ojos violetas, que les hizo brincar de gusto en los asientos. ¿Por qué no –propuso con las violetas de sus ojos exhalando un perfume de luz– quedarse todos en la isla durante algún tiempo y vivir su aventura juntos? Allí, en una de las islas Galápagos, el chófer hallaría su aventura a la sombra de los navegantes y bucaneros que un día la visitaron; la pintora podría seguir persiguiendo los colores; habría libertad y ocio para el chiquillo; promesa de ratones para Pablito; una base de proezas acrobáticas para el aviador, y acaso –entornó ella los ojos mirando con disimulo al mocetón atlético– un sueño de amor para alguien. Todos aplaudieron excitados. Quedaron pendientes de una hebra sus vidas pasadas, como si las voces hubieran, a tijeretazos, cortado el resto del cable que les unía a su existencia anterior.

Las miradas se fueron posando en Don Zoilo, como si aguardaran a que él diera el último tijeretazo a la hebra de realidad. El podía –sugirió alguien tímidamente– estudiar las plantas medicinales de la isla y los peces; cazar y pescar –apuntó otra voz –; soñar –dijo alguien–, descubrir cuál era su aventura. Pero la voz del boticario fue reforzando con gruesos filamentos el último hilito de seda del que pendía la aventura. Ellos podían quedarse si querían. Él debía ya

interrumpir aquella loca aventura, volver a la vida real, dejarse de más locuras. Mas, al fin y al cabo, ¿qué falta les hacía él? Hubo una protesta general. Con gran asombro se dio cuenta de que el extraño grupo le consideraba ligado a su peripecia. Más aún, él parecía ser –aunque nadie lo expresara– el eje de la aventura. Si él se iba, todos se irían. Si él regresaba a la vida cotidiana, detrás se irían los otros. Don Zoilo no comprendía ni aquello ni nada. ¿Por qué aquellas almas románticas le habían elegido instintivamente capitán de su nave aventurera? ¿Por qué? ¿Por qué?

La noche azul cayó sobre el mar verde como un niño rendido sobre una cama mullida. Los pájaros fueron guardando sus instrumentos musicales. El cielo comenzó a derramar plata sobre la arena. La brisa venía mojada y salina. Sentados en corro, fueron paulatinamente fundiéndose en el silencio lleno de murmullos del atardecer. Súbitamente, como rompe a cantar un pájaro, sonó la llamada del radioteléfono.

Todos se agruparon junto al aparato. Previamente las señales, la voz de Anselmo, más untuosa que nunca, anunció que había llevado a Liza, la gitana, el mensaje de Don Zoilo. El boticario se enjugó el sudor que le bañaba el rostro. La señora de la tienda de antigüedades había insistido en acudir a casa del aviador, sin duda para comunicarle en persona a Don Zoilo algún mensaje urgente. Estaba allí –la voz de Anselmo sonaba apologetica–, a su lado, en aquel instante, e iba a

hablarle. Alguien hizo ademán de levantarse discretamente, pero el boticario les contuvo con un gesto maquinal de cortesía.

– Señora... –aventuró respetuosamente Don Zoilo, temiendo que le iba a reclamar el paraguas.

– Le oigo perfectamente –le contestó una voz femenina, pausada y musical como una campanilla argentina–. ¿Están los demás con usted?

– Sí, señora –contestó él extrañado.

– Me lo figuraba. Es mejor así. ¿Van a quedarse por ahí? –Las palabras goteaban en el silencio penumbroso, espaciadas y rítmicas.

– ¡Oh, no! –protestó Don Zoilo–, Mejor dicho, no sé. Yo, por lo menos, me vuelvo. Creo que los demás también.

Hubo una pausa henchida del rumor de las olas.

– ¿Conque regresan? ¿La idea fue de usted, verdad?

– Señora, yo sólo sé que no quiero quedarme aquí. La compañía es muy grata, pero tengo que volver a mi casa, mi mujer, la botica... Además, me duele la cabeza y debo devolverle a usted el paraguas que me prestó.

Esta vez la pausa fue mayor. El silencio podía palpase de tan espeso. Los ojos violetas brillaban en la penumbra.

– ¡Un sueño realizado! –repuso la voz con deje de amarga ironía–. La posibilidad de quedarse en una isla de cuento y vivir la aventura romántica con la que ha soñado siempre la humanidad. Un grupo decidido y gentil rodeándole, flores, pájaros, tortugas, leyendas, claros de luna y el mar. ¡Mas todo lo que le preocupa a usted es devolver un paraguas prestado y conseguir una tableta de aspirina! Debía haberlo imaginado cuando lo empujé a usted por el camino de la aventura.

– ¡Usted! –balbuceó él con el rostro encendido–. ¿Quién es usted? ¿Por qué habla así? ¿Cómo sabe...?

– ¿Cómo lo sé? ¿Quién soy? ¡Qué importa eso! –preguntó la voz con firmeza–. Me llaman Liza, la anticuaría. Claro que eso no dice nada. Le diría que soy la séptima hija de la séptima hija de la séptima... Pero dejemos mis asuntos de familia. El destino me eligió para orientar esta prueba. Ha fracasado. Sólo me toca volver a las antigüedades de mi tienda.

– ¿Quién le dijo que estaba alguien más aquí conmigo? –insistió Don Zoilo sudoroso.

– Lo sé y es bastante. Les conozco a todos. He visto a Margarita bordando en su balcón y soñando con la llegada

de Lohengrin, caballero del amor en su cisne blanco; he jugado con Antoñito en un jardín y le he oído suspirar por la poética libertad de los pájaros en los bosques; vi volar al bravo piloto que anhela rubricar su fama con la pluma de su avión en el cielo; escuché los suspiros de Marisa al intentar cautivar los colores del alma en sus lienzos; he viajado en el taxi de Jacinto, lleno de frustrados ensueños de aventura, y le he visto a usted año tras año vivir en el mundo minúsculo de los potingues de su botica.

– ¡Señora, que no es tan minúsculo! –comenzó a protestar él, pero la voz cálida y solemne le interrumpió.

– ¡Menos que minúsculo, microscópico! ¿Será posible, me preguntaba yo viéndole a usted, que ese hombre encerrado en la botica no sueñe mientras hora tras hora machaca en su mortero? Comienzo a comprender la respuesta a esa pregunta. Mire a sus amigos. Todos ellos viven para soñar. Cada uno ha soñado con realizarse a sí mismo por un camino diferente. Alrededor de usted los tiene buscando la felicidad por los senderos del amor, el arte, la fama, la aventura, la libertad. Todos ellos querían algo y no se atrevían a salir a buscarlo. ¿Sabe usted lo que buscaban, lo que quieren ahora?

El silencio era absoluto. La noche se había cerrado sobre el grupo, compacta y azul. El mar cercano parecía jadear como una bestia dormida. En el cielo chispeaban luminarias.

De la caja metálica brotaron las palabras graves y preñadas de profecía.

– Querían ¡cazar una estrella!

Inesperado fue el efecto de las palabras. Una oleada de suspiros, palabras entrecortadas y murmullos agitó al grupo, como el viento a una fronda rumorosa.

– Eso es. Querían su estrella. La vieron, acaso sin darse cuenta, con los ojos cerrados algunos de ellos. La vio el niño abrirse como una flor en el cielo; para el piloto fue una lucecita posada un día en el ala de su aparato, y para Marisa un color luminoso prendido en su paleta un instante. El chófer la vio una noche viniendo de frente, como una pupila amarilla guiñando en las tinieblas; y su resplandor celeste se le quedó en los ojos a Margarita. Desde entonces, sin saberlo, vivieron para cazar un día la estrella. Solamente ahora se están enterando. Sin embargo, todos vivían para cazar la estrella. Pero usted, Don Zoilo, si la hubiera visto pasar un día por su farmacia la habría machacado distraídamente en su mortero...

Pausa. Una nerviosidad densa como una bruma envolvía al grupo. No era una sensación del todo desagradable. Algo que se subía a la cabeza como un sorbo de champaña y que se quedaba en los ojos hecho burbujitas doradas.

– Esa estrella ha brillado sobre el Ecuador desde tiempos legendarios –siguió la voz–. En sus colores se inspiraron los artífices del oro y platino, cuyas joyas adornaron la cultura de las esmeraldas ecuatorianas, y la cultura Manabí, y la de los Andes. Se la cantó por los poetas en las viejas lenguas indígenas de los shyris, cayambes y puruhaes, de los mantas, huancavilcas y punaes. Es una estrella que sólo atisbaron los genios de la astronomía, Fabricius, Riccioli, Halley y Herschel. Se escapó de la vía láctea, abandonando luego en la galaxia a que pertenecía otros cincuenta millones de estrellas luminosas. No era una estrella roja, como lo son las más frías, sino blanca, del color de las estrellas más ardientes, y con parpadeos que en este caso no eran por interferencias de la luz, sino porque la estrella sólo era visible en ciertas épocas y para ciertas personas. Fue mejor así, o ya estaría catalogada entre Canopo, Polar, Sirio, Antares o Aldebarán. La estrella se escapó de apagarse en las Astronomías para poder seguir brillando en los cielos.

Ahora la voz iba haciéndose más metálica y vibrante. Con la cara al cielo, la muchacha de los ojos violeta parecía estarse bebiendo la claridad de los luceros en el cielo sin luna. El chiquillo, tiritando del fresco, escuchaba embelesado la voz que no entendía pero que le decía cosas sabrosas como el chocolate.

– El piloto de Pizarro, Bartolomé Ruiz, al llegar en 1526 al pueblito de Esmeraldas, descubriendo las costas

ecuatorianas en el Pacífico, la vio brillar sobre las cabezas de los indios empenachadas de oro y diademas de pedrería. Pizarro, el adelantado de esta región, tuvo un vislumbre de la estrella en 1532. ¿Por qué cree usted que Pedro de Alvarado subió desde Puerto Viejo a las cimas andinas, desde el oeste? Porque había visto parpadear la estrella como un farolito sobre las cimas. Cuando llegó arriba y vio que Benalcázar y Almagro se le habían adelantado, le dolió menos eso que no haber podido prender la estrella en su yelmo, como un diamante. Gonzalo Pizarro volvió a verla y cruzó tras ella el paso Guamaní, de los Andes, vagando luego muchos meses por las selvas ecuatorianas del este sin llegar a encontrarla. La estrella fue codiciada por virreyes y encomenderos que deseaban convertirla en un botón de brillante de sus borceguíes. ¡Quién sabe si a Espejo le iluminó su parla y a Bolívar sus sueños de unidad americana!

Después, años de luz y parpadeo y otros de oscuridad. Cuando los cielos la depositaron en un pequeño rehcarío de cristal, encerrado en otro de oro, un alquimista hace dos siglos la engarzó en un tubito de vidrio, y luego alguien, sin saber lo que contenía, lo recubrió de papel oscuro, creyendo que su brillo era de alguna sustancia química, y tirada en un rincón de una vitrina de mi tienda de antigüedades pasó por tres generaciones de mi familia, al parecer apagada. Hace años comenzó a parpadear otra vez, y su luz invisible para todos fue sólo vista por unos pocos privilegiados que recibieron la bendición del resplandor de la estrella: por el

niño, las dos muchachas y los dos hombres que le acompañan.

Pegados a la cajita de metal, todos sorbían las palabras de la mujer que había poseído la estrella.

– Yo no la he visto nunca –y su propia voz le sonó a Don Zoilo extraña y temblorosa–. Ni creo todavía que exista la estrella –aventuró audazmente, y sus compañeros le miraron con indignación–. Ni sé qué tiene toda esta historia que ver conmigo...

– ¡Ah! –la voz volvió a surgir tomando la forma de un enjambre de palabras con aguijón, como avispas alborotadas–, el eterno incrédulo. Le ponen la estrella ante sus narices y aún no quiere verla. ¡Todo lo que le pide usted a la vida es una tableta de aspirina! ¿Por qué cree usted que le siguen y rodean sus amigos? ¡Porque usted lleva la estrella! Se la di ayer, y desde entonces le envuelve el halo, que sólo usted no ve, de su luz. Los demás, que acaso no reciben aún el resplandor de la estrella, la sienten en las manos de usted y por eso le han seguido en esta gran cacería.

Lo que sucedió a continuación fue tan rápido como definitivo. La voz cesó de hablar y seis pares de ojos miraron a Don Zoilo, como queriendo en las tinieblas descubrir en su persona el parpadeo de la luz soñada. Mas la oscuridad era

casi absoluta. Y de súbito la muchacha de los ojos violeta dio un grito:

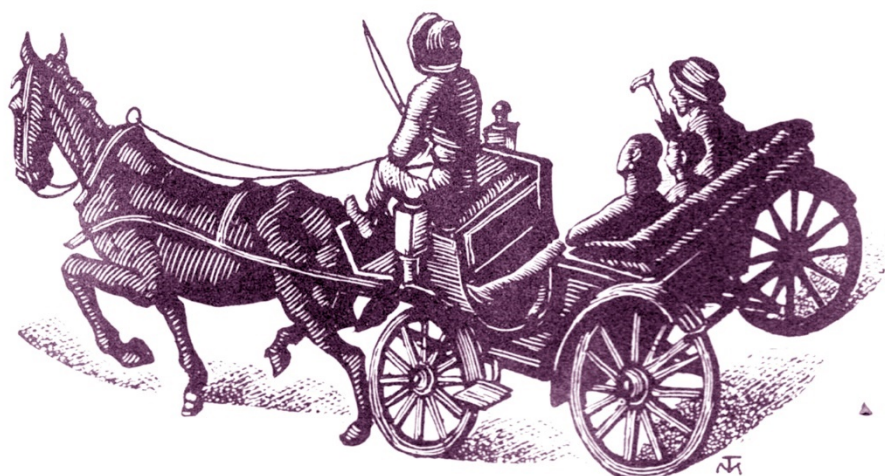
– ¡El paraguas!

Con manos febriles Don Zoilo lo tomó de la arena, donde yacía, mojado de la humedad, y trató de desenroscar el puño. Quiso hacerlo girar hacia un lado. En vano. Entonces probó hacia el otro. El puño de forma de estrella se fue desenroscando hasta llegar a un punto en que se atascó, resistiendo todos los esfuerzos del boticario para acabar de separarlo del paraguas. Excitado, tomó el artefacto por la punta y dio un golpe violento a la concha del puño contra el aparato de metal. Y salió la estrella.

Fue una claridad deslumbrante, una llamarada de siete colores, una explosión de arco iris, como si allí, entre las manos del boticario, acabase de estallar un universo de luz o se hubiera desgarrado con un dedo un agujero hacia un infinito de oro y plata. Con ojos deslumbrados, la vieron salir, veloz como un cohete, de las manos del boticario, ascender dejando atrás un chorro de oro luminoso, trazar una cometa gigantesca, un arco de plata por el cielo, y, finalmente, ir a quedar, hecha un puntito dorado y parpadeante entre sus millones de hermanas, en el firmamento tachonado de luceros.

Nadie habló nada más. Había que volver a iniciar la caza de la estrella, retornar a Quito y a la vida prosaica, y, no

obstante, nadie musitó una sola queja. ¡Quién sabe! La vida ya no podía ser aburrida ni monótona. El chófer podía seguir en su auto esperando a llevar un día de pasajera a la aventura, y la muchacha de los ojos violeta acaso pudiera buscar el amor y la estrella en la nave de ensueño del aviador, como el futuro de la pintora estaría lleno de colores, y el de «Centimito de cobre» de un recuerdo incomparable. Don Zoilo tampoco dijo nada. En unas horas estaría de vuelta en la botica y podría tomar su tableta de aspirina y devolver el paraguas roto. Pero sabía que cuando viniera gente por las tardes a visitarle a la botica le hallarían en la trastienda moliendo en su mortero y acechando a través de la ventana, en el cielo, el parpadeo de una estrella.



LA CAMPANA DORMIDA



AL LLEGAR a las riberas del río, tres horas después de dejar nuestros cansados caballos en el último pueblo antes de entrar en la selva, me paré en seco, decidido a no ir adelante hasta haber descansado. Un puñado de leguas entre ciudades puede ser motivo de un viaje delicioso en un cómodo pullman, con aire acondicionado, buena conversación, buenos libros, whiskey y soda. Mas, cuando se viaja a través de la selva colombiana, unas cuantas leguas son una tremenda distancia. Los mosquitos, el calor, la humedad de los trozos de bosque impenetrable, las arañas, la fiebre que palpita en las charcas, aun no siendo nuevos para mí después de veinte años de médico de explotaciones mineras, son extremadamente desagradables. Por añadidura, la Naturaleza y la experiencia me han enseñado a tomar la vida con la misma calma con que tejen las arañas su polvorienta arpa de filamentos de seda. Pero Felipe no comparte mis ideas.

– ¿Por qué descansar, Doctor Aldán? –me pregunta con su voz aterciopelada–. A este paso no llegaremos nunca.

Hay que tener paciencia con la juventud.

– No llegaremos nunca –repito, enjugándome con mi pañuelo blanco y rojo el sudor que me sale a caños– ¿adonde?

Felipe vuelve a impacientarse conmigo. Mira al guía indio, que, ajeno y majestuoso, encerrado en la solemne dignidad de su raza, mastica en silencio una raíz blanquecina. Luego pone sobre mi brazo, tan ancho como su cintura, una mano flaca y ardorosa.

– Adonde sea. A la Laguna de los Cirios. Al fin de este viaje. –Le brillan los ojos enrojecidos.

– ¿A qué viene este arrebató? –contesto dejando en el suelo mi mochila–. Ahí está el bote esperándonos. En cinco horas podemos llegar a la bifurcación del río, y en una hora más, otra vez a pie y a través de la selva, a la laguna. Estamos rendidos y hambrientos. Lo que sea puede esperar.

Por un instante se cruzan nuestras miradas. Felipe parece más alto y flaco, y, cubierto de perlitas de sudor, se me antoja una estatua juvenil de arcilla que se abandonó al rocío. Sobre su cabello leonado brilla al sol una aureola sibilante de mosquitos, como un halo de chispitas de colores. Agotado y febril, parece un santo arrancado de una estampa de las Cruzadas.

– Está bien, Doctor –y con gesto de rabia tira su propia mochila bajo el árbol a cuya sombra me estoy sentando.

Satisfecho de mi victoria, me tumbo con los brazos bajo la cabeza, boca arriba. Estamos en un altozano. Las ramas, tupidas de hojas verdes y lanceoladas, dejan que el sol forme un andrajo de oro sobre nosotros. Una monedita dorada chispea sobre la frente de Felipe. El cielo es casi blanco de tan pálido. A pocos metros de nosotros canta el río de aguas verdes y hondas, donde flotan troncos y pedacitos de cortezas de árbol. Al coro de los mosquitos se agrega como solista un pájaro invisible de trino de plata. El calor nos envuelve como una manta de lana. Al alcance de mi mano derecha hay un congreso de lagartos anaranjados gozando del sol. El aire huele agridulce, a verdura descompuesta, a flores secas, a nueces.

Pasan de mano en mano y en silencio la carne acecinada, los frijoles fríos, el pan moreno, la botella de vino caliente y rojo. Con los cigarros viene otra pausa de calma. Teodoro, el guía, con quien me unen quince años de amistad y un centenar de palabras arrancadas de su silencio a pura fuerza, se recuesta contra el árbol y se sume en la bendición de su siesta. Sólo entonces vuelvo a hablarle a Felipe, que fuma a chupadas furiosas su cigarro.

– Un poco de paciencia, muchacho. En media horita reanudamos la marcha.

Se encoge de hombros, pero el humo se le hace más blanco y espeso en torno a la cabeza, y la roseta de lumbre del cigarro brilla con intermitencia de faro.

¡Mi buen Felipe! Cuando yo no era sino un mediquillo fracasado en la ciudad, cargado de kilos y de deudas, su padre, jefe de la principal explotación minera colombiana, me arrancó de mi penuria simplemente por gratitud a mi padre, que fue antaño su médico, y me dio una vida dura pero digna como médico de sus zonas mineras. Nunca he sabido si estarle o no agradecido. La selva no es lugar para un médico. Sin embargo, ya no podría vivir en la ciudad. Esto se mete en las venas como un tóxico sutil. El médico de ciudad no comprenderá jamás el encanto de las alboradas aceitunadas o rosadas en el bosque, ni la música embriagadora de las orquestas sinfónicas de grillos y ranas en el nocturno selvático.

Felipe ha estado a mi lado muchas veces desde niño. Primero, como modo de dar un poco de variedad a su vida de huérfano y de libertad a la viudez paterna. Después, cuando el padre trató de infundir algo de robustez al delicado adolescente de los ojos pardos, lo envió a pasar largas temporadas conmigo. Aunque a Felipe jamás le interesó mi actividad profesional, me tomó gran cariño, acaso porque siempre he sabido respetar sus sueños. En este mocito pálido, de ojos grandes y tristes, ha habido siempre una tremenda vida interior tejida de sueños, como la selva de bejucos y lianas. Y solamente yo he sido confidente en las horas largas en que, tumbados a la sombra, ascendían ante mí los sueños de Felipe como azules volutas de humo de un cigarrillo.

– Felipe –insisto, porque la comida y el tabaco me predisponen siempre a la benevolencia–, ¿te das cuenta de que estamos andando desde hace tres días, intentando dar realidad a una fábula?

Me contempla con la extrañeza con que el patólogo observa un virus desconocido.

– Usted sabe, Doctor Aldán, que estamos sobre la pista de algo muy real.

– Como buen artista, aceptas como realidad las fantasías de los demás.

Se mete la mano en el bolsillo y saca un lienzo de hule que desdobla nerviosamente.

– Vea –y me vuelve a enseñar un revoltillo de hilos de metal dorado,

limaduras de oro, una áurea piedra redondeada, fragmentos de un rubio metal, reluciendo todo al sol como una arqueta de joyería–. ¿Es esto también un sueño?

– ¿Por qué no me cuentas de una vez las cosas ordenadamente, para ver si podemos interpretarlas? –le pido con la esperanza de ganar un rato más de descanso.

Las líneas de su rostro se hacen más suaves y, al borrarse la tensión, asoma la fatiga. Del río llega una brisa cálida cargada de murmullos y dulces chapoteos.

– Lo único que usted puede creer, incrédulo como buen médico, es que me han robado una estatua y quiero recuperarla.

– Eso no es lo que nos ha traído aquí.

– Eso es lo único que a usted le ha traído aquí.

– A ti no te importaría perder una estatua a no haber detrás de ella una historia y un ensueño.

– La estatua era de oro macizo y del tamaño natural de una mujer.

– No sabemos si era sólo de oro su revestimiento y el resto de bronce o cobre. Y aun siendo de oro puro, no te tomarías estos trabajos sólo por el valor material de algo.

– Era de oro.

– Aun siendo cierto, que no lo creo, nunca la hubieras vendido.

– Razón de más, si la aprecio tanto, para querer recuperarla.

No hay modo de discutir con estos mozalbetes. Siempre quieren tener razón. No respetan años ni kilos. Ni mis canas ni mis grasas.

– ¿Cuándo desapareció de tu tienda la estatua? –le pregunto con cierto interés, pues todavía no he oído la historia completa.

– Hace unas dos semanas. La misma noche de haberla conseguido. Usted recordará que habíamos cenado juntos. Yo llevaba ya tres semanas en el campamento minero, aprovechando su hospitalidad para seguir mis

correrías por los poblados cercanos recogiendo ejemplares de escultura y arte primitivos. A decir verdad, el comienzo fue poco prometedor. Apenas si pude obtener algunas figuras de cerámica primitiva, ciertos idolillos, una Venus indígena. Por fin, en el pueblo de Los Altos, casi milagrosamente, hallé la estatua. Dentro de una cabaña de una pobre familia india, que por cierto decían haberla hallado el día anterior arrojada entre la maleza, en un lugar donde juraron que no estaba hacía dos días. Cuando la vi no supe de qué metal era, de tan polvorienta y cubierta de barro que estaba. En la semi- oscuridad de la cabaña, parecía una muchachita de veras, cubierta por el polvo y fango de los caminos. La compré por todo el dinero que llevaba encima. Me ayudaron a cargarla en el Ford. No pesaba lo bastante para pensar ni remotamente que fuese de oro. Unos cincuenta y tantos kilos, lo que no es bastante

peso para ningún metal de fundición en una estatua de casi un metro y medio de altura. La dejamos dentro de mi tienda de campaña, junto con el resto de mi botín. Como por la noche estaba invitado por ustedes a cenar en la tienda de los capataces y directores de la explotación minera, apenas si tuve tiempo de examinarla unos minutos, extraordinariamente excitado por mi hallazgo.

Era una venus india, de facciones perfectas, aniñadas, y con un cuerpo vestido sólo por un peplo, que dejaba modelarse unas líneas suaves y puras como las de un ánfora. Con la uña raspé algo del barro de la cara y toqué metal. Lo froté con el pañuelo y relució a la luz de la lámpara de acetileno. Sólo entonces me di cuenta de que la estatua era de oro o tenía un baño de oro sobre su metal. Febrilmente la limpié toda con un paño mojado, y al alejarme unos pasos a mirarla me quedé sin aliento. Jamás vi nada tan bello. El metal, trabajado por manos divinas, tenía flexibilidad de carne. Desde la espesa cabellera, el óvalo fino, los ojos limpios y anchos, la boca como un corazón, hasta el torso dorado y leve, y los pies breves asomando bajo la túnica, se dibujaba el cuerpo entero no ya en cada curva o rincón, sino en cada una de sus palpitaciones. La llama de la lámpara bañaba en luminosidad a la Venus de oro. Una mariposilla comenzó a revolotear en torno a la cabecita linda, y por un instante pensé que iban a separarse los brazos, castamente cruzados sobre el pecho, para ahuyentar al insecto. Me sentí como completamente hechizado y difícilmente pude

separarme de ella. Acudí, sin embargo, a la cena, durante la cual apenas cambié palabras con usted. Tan pronto pude me despedí, pues no pensaba más que en la estatua y volví a la tienda de campaña. La estatua había desaparecido. La lona de la tienda estaba rasgada, y los ladrones no tuvieron más que salir por detrás, para desaparecer a pocos metros en la selva impenetrable, donde nadie podría jamás encontrar una sola huella.

– ¿Cómo crees que se llevaron la estatua?

– No lo sé. Pesa demasiado para poder acarrearla una sola persona. A la mañana siguiente había huellas de una sola persona en la hierba. Unas sandalias de indio, al parecer joven, de pie pequeño. Por inverosímil que suene, un solo muchacho –indio al parecer– robó la estatua y se la llevó a cuestas.

– Y si no tienes idea de adonde se la llevaron, ¿a qué hemos venido a este rincón olvidado de Colombia?

– A apurar la única pista posible... He hablado con toda clase de gentes indagando la procedencia de la estatua. Es una historia demasiado larga para contarla ahora. Al parecer, esa estatua estuvo antaño en una islita situada en el centro de la Laguna de los Cirios, que había sido santuario –de ahí su nombre–, en la cual había una imagen de oro, una Virgen hecha del precioso metal. Así me lo han asegurado varios indios ancianos. Mas todo esto es mitad fantasía o

leyenda y mitad realidad. Dicen que una vez hubo en esa islita, hoy cubierta de maleza, un santuario donde acaso estuvo también la Venus de oro que me robaron. Al irse extinguiendo la tribu que venía en botes a rendir culto a sus ídolos, consumida probablemente por la fiebre del pantano, los ídolos quedaron abandonados. Algún descendiente de los indios que antes iban en sus días de fiesta a rendir culto a sus divinidades, acaso trajo la estatua hacia los pueblos, para luego volver a llevársela al lugar de donde provino...

Se interrumpió bruscamente para consultar su reloj pulsera. Con gesto nervioso arrojó su cigarrillo.

– Llevamos aquí casi media hora –me dijo con un acento tan penetrante como el aguijón de una avispa–. ¿Cuándo nos marchamos?

– No has terminado de contarme la historia.

– En el bote habrá tiempo de sobra.

– Déjame al menos terminar mi cigarro.

Mas, cuando arrojé la colilla, cayó como fin de su comba de oro en las aguas verde–oscuras del río, por donde, en el bote del indio, emprendimos nuestra navegación. El cauce de agua, ancho y profundo, discurría entre dos verdes murallones de selva. Hasta donde alcanzaba mi vista de frente, por encima de la cabellera negrísima del guía, sólo

divisaba la serpiente esmeralda del río, encajonada en un túnel de verdura cuya bóveda fuera el cielo de un azul cobalto, pesado y bajo. Felipe y Teodoro remaban en silencio, convirtiendo el primero en un forcejeo febril lo que para el guía era simple y rítmico gesto sin fatiga. La selva exhalaba un vaho húmedo, caliente y pestífero, como el aliento de un febricitante grave. La vida pajaril se anunciaba invisible por aleteos y cantos entre las ramas, y del reptil y el mamífero llegaban a mis oídos ruidos entre la hojarasca y gruñidos hostiles. Nuestra barquilla por el río se me antojaba ir hacia infernales regiones, hacia un mundo de cosas húmedas y viscosas como el calor del aire, cosas nacidas de la entraña del sapo o del rastro de la sierpe.

Solamente al cabo de unas dos horas de remar, y cuando la barca sigue sola, llevada por el lomo blando de una corriente benéfica y guiada por la pértiga tutelar de Teodoro, ha reanudado Felipe su relato.

– Hay muchas cosas referentes a la estatua –me dice con los ojos brillando de fiebre– que no sé si contárselas. –Le reluce el sudor en la frente–. Son fragmentos de una historia loca, jirones de un cuento extraño.

Felipe no sabe que aquí, en la barquilla, que va llevada por los demonios del agua sobre el río plumizo bajo el plomo celeste, nada puede asombrarme.

– Cuando desapareció la estatua –prosigue atropelladamente–, tuve la idea de averiguar no sólo adonde podía haber ido, sino también de dónde venía. Retorné a la cabaña de los indios que me la vendieron. Pregunté hasta cansarme, pero los rostros oscuros e impasibles no quisieron o no supieron aclararme nada. Entonces volví a seguir a través de la selva el rastro de la estatua. A costa de horas de búsqueda angustiosa, llegué al lugar de la espesura donde los indios decían haberla hallado. No encontré sino la huella del cuerpo pesado de la estatua, unos matorrales aplastados, unas flores mustias, redondeando la huella de donde cayó el pesado cuerpo de oro. Conseguí mi guía y me interné en la selva, tratando de averiguar de dónde venían quien o quienes trajeron la estatua.

No quiero darle detalles de las jornadas abrumadoras que siguieron. Mas mi persistencia tuvo su premio. Un atardecer llegué a unas cabañas de indios. Era la hora de preparar la cena. Unas mujeres secas y calladas molían maíz a la puerta de las cabañas, mientras los hombres, tardos y mustios, acomodaban unos caballejos escuálidos en sus pesebres. En el aire se mezclaba con el olor a chicha mal fermentada la cantinela de una vieja, a la que pronto hicieron eco el croar de las ranas y el parpadeo de las estrellas. A mis preguntas respondieron con la estoica indiferencia habitual. Nadie sabía nada ni había visto nada. Un corro de chiquillos semidesnudos me contemplaba con ojos de asombro. Al

retirarme del poblado para seguir la infructuosa búsqueda, se me acercó una muchacha, morenita y menuda como una almendra y con los ojos como dos lunas. Me contó como pudo –hasta que vino la madre a llevársela– que unas noches antes, cuando estaba buscando ranas en los charcos, casi a medianoche, encontró a una mujer en el bosque. Parecía la Virgen de las estampas del cura, me dijo. La Virgen la besó y acarició dulcemente y le dijo cosas que no entendió. Al despedirse de ella, le dejó en la mano como regalo un haz de hilitos. La chiquilla lo guardó en el trapo que llevaba para envolver las ranas, que me enseñó. Al hacerse el día vio que era un hacecillo de hilos de oro. ¡De oro! ¡Yo los vi en su manecita sudorosa y sucia! Un verdadero cordoncillo de finísimos hilos de oro, dejados por una mujer extraña en manos de una indiecita harapienta. ¡Como en los cuentos de hadas! La chiquilla se me escapó, llevada por su madre, escondiendo antes su tesoro entre sus harapos.

El segundo episodio de este tipo me sucedió en una familia de pescadores, a orillas del lago. Allí fue un robusto angelote, querubín de oscura piel, el que recibió una noche, de manos de la misteriosa desconocida –¡una reina!, me dijo el chiquillo– «una piedra dorada». La tuve en mi mano. Era un jirón de metal. Unas tiras de oro purísimo, como arrancadas de un lingote.

La tercera pista la hallé en el borde ya de la selva impenetrable que estamos ahora cruzando por el río. Una madre india, que dejó a su niñita dormida a la luz de la luna sobre un lecho de hojas, para ir al río a traer agua, sorprendió a su regreso «un fantasma», una mujer que resplandecía a la luz lunar y lloraba en silencio, inclinada sobre la improvisada cuna. Al acercarse la india, «el fantasma» huyó hacia el bosque. Mas por la mañana la madre halló en el lecho de hojas, brillando al sol, un puñado de finísimas pepitas de oro.

Cuántos episodios más de este tipo sucedieron, no lo sé. Con esto tuve suficiente para decidirme a emprender este viaje y recuperar la estatua.

– ¿La estatua? –pregunté, sintiéndome cada vez más oprimido por el calor–. ¿Y qué tiene toda esta serie de cuentos fantásticos que ver con la estatua?

Felipe tardó mucho en responderme. Tuve la sensación de que su lengua, con testarudez de oruga, no quería seguir el vuelo de águila de su pensamiento.

– Tiene que ver –repuso cerrando una mano, cuyos nudillos blanquearon, sobre uno de los bordes de la barquilla–, porque alguien –¡una loca demoníaca!– ha ido paseando la estatua a través de la selva, no sé con qué intención. Pero cuando examiné yo a la Venus de oro, vi enseguida que le habían arrancado a cuchillo un mechón del

metal de los cabellos, jirones del oro de los muslos, del oro de los senos...

En este momento Teodoro dio la voz de alto. Mientras le ayudábamos a varar la barca, aún las últimas palabras de Felipe mordían mi mente como irritados gozquecillos el corazón. La piel del indio relucía como la de una imagen de santo barnizada. Atracamos el bote. Zumbaban en torno a nosotros nubes de acosadores insectos. La vegetación llegaba hasta el agua del río, y las raíces de árboles y plantas se hundían en el agua oscura en una súbita apetencia de frescura. La tierra restallaba frenética en llamaradas de verdura. El calor, como azúcar pegajoso en el fondo de una taza, llenaba la copa del bosque. El latido de mis sienes apagaba los ruidos de la selva.

Desde donde desembarcamos los ojos adivinaban un camino en la muralla de manigua. Emprendimos la marcha. Sólo mi cariño al padre de Felipe podía hacerme a mí, médico cuarentón y obeso, emprender este viaje sin propósito. Los mosquitos se cebaban en mis mejillas. Del cogote de Felipe parecía salir un vaho de fiebre. Las hojas y ramas que apartábamos para andar tenían viscosidad de reptil. El sol agonizante enviaba sólo una llovizna de luz a través de las frondas.

Súbitamente, lo inesperado para mí: Frente a nosotros se rompe el muro de selva y se abre un claro en el bosque. La tierra, seca y parda, cubierta de maleza, forma una plaza

inmensa que bordea la arboleda. Al otro lado, una trocha. Y a su extremo, blanco y fino sobre el azul celeste, como paloma a punto de vuelo, ¡un campanario!

No me cansaré jamás de admirar la gloriosa aventura de España en América. No soy hombre que lleve su religiosidad al fanatismo, pero dejando al margen lo que hay tras la cruz, me siento asombrado al pensar en los hombres de España, que, con el puño firme en el timón o la mano en la empuñadura de la tizona, llevaron la cruz tierras adentro y mares afuera, a todos los confines del planeta, desde California a Guadalcanal y desde Filipinas a la Patagonia.

Aquí, a cientos de leguas de toda civilización, estaba todavía la huella de su paso. Una iglesia abandonada, sin duda por la insalubridad del paraje, y adonde, sin embargo, llegó antaño el fervor misionero de España. Ceñida por un cinturón de selva, pantanos y maleza, azotada por vientos, tostada de soles, abrasada de fiebre, la iglesita se alzaba allá todavía, como símbolo indestructible de la eternidad del alma sobre la deleznable materia.

Semiderruida, invadidos los muros por la maleza, la iglesita tenía aún erguido su campanario. Una torre alta, desmesuradamente alta para iglesia tan pequeña. No un campanario, sino la atalaya de un castillo. En vez de la campana, cuyo bronce rojizo se hacía púrpura por el crepúsculo, cuadrara mejor allí una garita, desde la cual un vigía lanzara su alerta o un arquero sus flechas. El

campanario, alto como una torre de faro, parecía abrumar la iglesia con su peso. Y la campana era una tremenda proclama de heroísmo, arrogantemente lanzada sobre cientos de kilómetros de selva. Tan alta era que semejaba estar de puntillas, como para ir a sorprender a la pobre iglesita, arrodillada.

Felipe, hecho un manojo de nervios galvanizados a mi lado, miraba como en éxtasis hacia el campanario. Las sombras carmines del crepúsculo parecían irse concentrando en su rostro, encendido por un fuego interior.

– Ahí está la iglesia abandonada –me dijo lentamente–. El fin de mi viaje.

Me encogí de hombros. Estaba muy cansado y me dolían todos los huesos. Eché mi mochila al suelo y le hice señal al guía de plantar la tienda de campaña. Contra lo que me temía, Felipe no hizo objeción alguna. Dócilmente ayudó a desempaquetar nuestros menguados pertrechos. Media hora más tarde, la tienda de campaña estaba montada y encendido el fuego donde se cocinaría la cena.

No fue sino mucho más tarde, cuando ya las llamas de la lumbre declinaban y un resplandor escarlata acariciaba las mejillas de Felipe, que volvió a hablarme. Hasta entonces, durante la cena y los cigarros, no hice sino mirarle y, mientras él seguía ensimismado buceando en su mar interior, tratar de arrancarle a la esfinge su secreto.



- Es una leyenda extraña -refirió rompiendo voluntariamente su silencio, cuando ya la noche se ceñía oscura y medrosa en torno al círculo de oro del resplandor de la hoguera-. La recogí de labios de varios indios, la comprobé en un puñado de libros antiguos, la hallé deformada en el relato de un soldado de los que vinieron con los conquistadores españoles.

Cuando había aquí, hace cientos de años, una selva tan impenetrable que lo que hoy vemos es a su lado un jardín, fueron llegando al paraje varias tribus que lo eligieron para asentarse en él. Brotaron entonces cabañas y luego poblados. Alrededor de una laguna situada al pie de donde hoy está el campanario, surgieron casitas de adobe. Cientos de indios robaron a la selva sus derechos y crearon un punto de vida en el océano verde que les envolvía. Al parecer, el motivo de su venida aquí fue la llamada de la voz profunda de una tradición. Por espacio de muchos siglos ha flotado aquí la leyenda de una diosa de oro, una estatua labrada en oro macizo por los artífices de alguna civilización pasada. Los que primero llegaron encontraron esa estatua, bajo cuyo amparo mágico deseaban colocarse. Estaba caída en un pequeño islote de verdura situado en el centro de la laguna, con el cuerpo semibañado por el agua, reluciendo al sol como una brasa dorada. En vez de moverla, la dejaron allá, como una princesa vestida de oro y reclinada en un verde sofá de hierba. Construyeron un simple cobertizo de paja trenzada a su alrededor, le dieron la custodia a una familia de vestales, y se agruparon en torno a la protección de la diosa caída, sin atreverse a moverla. Cada luna llena, celebraban un gran festival en el lago, con canoas adornadas con guirnaldas de flores e iluminadas con antorchas de colores. Las canciones y músicas dominaban la selva. Desde el cobertizo bañado de luna, la diosa les hablaba por la voz de su vestal-sacerdotisa. Así, por espacio de siglos, se creó una casta de sacerdotisas encargadas del culto secreto de la

diosa de oro. Miles de ojos se acercaban con unción, una vez cada mes, para ver a la luz de la luna llena a la diosa de metal –toda plata en la noche, toda oro en el día– en su lecho esmeralda.

De súbito, la invasión del blanco. Los conquistadores. Caballos, espadas, barbas rubias, armaduras resplandecientes, arcabuces, lanzas y picas, y la cruz. La cruz que, con la espada, acaba con el paganismo. Los hombres centauros que, con mano de hierro, aniquilan parte de las tribus y dejan luego que la fe eleve una iglesia, con un campanario altísimo, como un alarido de reto y heroísmo lanzado en nombre de Dios contra las lujurias de la selva. Ya terminada la iglesia –que a la vez es fortaleza– vienen de España bronces para las campanas. El badajo de la gran campana que se pierde en el camino, hundido en el fondo del río con la barquita en que vino. Y entonces, la idea tremenda y sublime de convertir la estatua de oro, aún yacente en su islote, en badajo de la campana.

Podemos imaginar lo que fue el día en que por vez primera se hizo retumbar la campana. Para los conquistadores, el badajo bruñido que refulgía al sol como una ascua dorada era la sumisión definitiva del paganismo a la cruz. Para los indios debió ser un choque atroz ver a su diosa de oro batiendo el cuerpo metálico contra los bronces de la campana.

La leyenda salta luego desde la roca de lo que se sabe a un abismo de vaguedades. ¿Qué sucedió? ¿Cómo murieron los blancos? ¿A manos de los indios o por las fiebres abrasadoras que emanan de la laguna? ¿O fue la venganza de la diosa de oro? Lo cierto es que doscientos años más tarde la región ha quedado desierta, inhabitada, desaparecida la casta de sacerdotisas, muertos los hombres blancos, emigrados los indios, semiderruida la iglesia y, en el campanario, muda la campana. Muda y dormida, al haber desaparecido su badajo, la estatua de oro.

¿Comprende ahora el porqué de nuestra venida a este lugar? Si la estatua desapareció una vez del campanario para reaparecer en la selva donde la

encontraron los indios que me la vendieron, al desaparecer ahora de la selva lo natural es venir a buscarla al campanario...

Una hora después de habernos retirado a dormir, envueltos en las mantas y cara al fuego cuyo rescoldo tiene una palpitación escarlata, aún me persigue la obsesión de las palabras de Felipe. La hoguera, con sus llamitas tímidas, parece ritmar el croar de las ranas con mis propios pensamientos y la luz que pulsa en las estrellas dormidas.

¡Historia bárbara e increíble! La diosa de oro yacente en un diván de hierba, semicubierta de agua, las fiestas paganas. Luego, como en una leyenda nórdica, la estatua de

oro, maciza y abrumadora, hecha badajo de una campana cristiana. Las campanadas –oro contra bronce– llamando al despertar de una fe y tocando a muerto por la desaparición de otra...

¿Cuál es la idea de Felipe? ¿Su búsqueda le ha revelado que una vestal, descendiente de la casta que antaño cuidara de la diosa, vagaba a través de la selva? Una sacerdotisa loca que marcha arrastrando tras sí la estatua de oro, dando limaduras del metal precioso a los niños y destruyendo en limosnas principescas la estatua que debía custodiar. Acaso Felipe ha razonado más lógicamente que yo. Quizá la sacerdotisa ha traído aquí la estatua para reintegrarla a su culto primitivo. Si esto fuera verdad, nosotros podríamos arrancarle a la vestal loca su dorada rapiña y llevar la estatua hacia la civilización, lejos de este lugar de pesadilla.

En mi cerebro sopla una ventolera de fiebre, bullen confusamente todos los retazos, incoherentes e inconexos, que conozco de la historia. Intento unir una con otra todas las piezas del mosaico. Inútil. Puedo agrupar algunos, pero un gran vacío central me impide ver el cuadro completo. Un estremecimiento me hace ponerme en pie, sacudiendo la manta. A mi alrededor, soledad y silencio, brasas adormecidas, el ronquido sereno de Teodoro, la noche estrellada y Felipe que ha desaparecido.

No olvidaré jamás mi marcha alucinada, sonambúlica, por la selva. Me guían un instinto, una intuición, un

presentimiento. Pude verme a mí mismo, espectador de mi búsqueda ciega: Un hombre gordo y sudoroso –pero mi sudor es frío– yendo como un alucinado a través de la maleza, en una dirección vagamente orientada hacia el campanario, que en la noche se esponja

como un gato monstruoso. Lianas entre mis pies, espinas contra mis manos, mosquitos en mi rostro, serpenteos y maullidos y aleteos en mi derredor. Viento cálido en la frente, ardor en los labios, la oscuridad densa, maciza, muro de tinieblas. Tropezones, arañazos, caídas. El olor a charcas, a hojas podridas, a cuerpos animales; la boca reseca. Malezas, zarzales, la floresta cerrándome sus puertas defendidas por púas y agujas vegetales. ¿Cuánto tiempo? No sé. Minutos u horas. Y de súbito, la selva que se abre, y frente a mí, el lago y, a su vera, la iglesia semiderruida con su campanario pulido en plata lunar.

El lago es grande, de aguas espesas y profundamente dormidas. La luna se refleja en manchones temblorosos de luz acerada sobre el lago. De la orilla lejana asciende un vaho blanquecino y el zumbido y croar de miles de invisibles criaturas. Se huele, se adivina, se palpa la fiebre maligna que mora en las aguas traidoras. La calentura que antaño arrojara de allá sin distinción a blancos e indios, al paganismo y a la cristiandad.

Me acerco a los muros de la iglesia. Caídos los techos, las paredes alzan al cielo negro sus muñones de piedra.

Desprendida la cal, por los desconchados asoma como carne herida la piedra cárdena. Sólo el gran torreón se mantiene totalmente en pie, como un poderoso gigante que sobreviviera a todas las calamidades. Arriba de todo creo vislumbrar, bañado en luna, el bulto de la campana. Miro otra vez. La luna está limando en plata una figura de la que un cuerpo pende. Y al lado, una confusa sombra blanca, allá en lo alto del campanario, a treinta metros sobre el suelo: ¡Felipe!

Lo he sentido más que visto. Con la extraña sensación de hallarme en el umbral del misterio, asciendo a tientas por la estrecha y empinada escalera de caracol que lleva a lo alto del campanario. Uno, dos, cientos de altos escalones de piedra desconchada y resbaladiza. Un remolino de piedra por el que yo, como un gusano por un tronco hueco, asciendo hacia las estrellas. Las telarañas penden en tupidos cortinajes, rozándome la cara. Baten sus alas lechuzas y murciélagos. De vez en cuando unos ojillos fosforescentes me miran sin parpadear desde un rincón. Jadean como un fuelle mis pulmones. El olor a herrumbre y sequedad es intenso. El aire tiene calidez de horno. Resuenan mis pies sobre los escalones, despertando ecos dormidos hace siglos. Mas al llegar a lo alto, sin aliento, ante la puerta cerrada del cuarto de las campanas e ir a llamar a Felipe, se me ha quedado sin sangre el corazón. He oído la voz de una mujer. Sobrecogido por un súbito temor, al ojear por una rendija de la puerta, he visto a Felipe, de pie contra el barandal del

campanario, abrazado a una mujer semidesnuda, cuyo cuerpo brillaba en oro y plata a la luna de mayo.

Asombrado, sin respiración, permanecí no sé cuánto tiempo frente a la puerta. La mujer hablaba y hablaba sin cesar. Cuanto decía me dejaba embrujado. Por fin pude abandonar la puerta con la cabeza en plena revolución, e inicié el descenso escaleras abajo, pudiendo oír los besos apasionados y el terso susurrar del hombre y la mujer, que con unción de rito nupcial se abrazaban en el campanario.

Aún ahora me es imposible relatar con calma el trágico acontecimiento con que terminó nuestro viaje a la Laguna de los Cirios. Nadie puede discutir la veracidad de lo acaecido. Lo que he visto en el campanario es fantástico, increíble, lo sé muy bien. Mas ocurrió. Lo vi con mis propios ojos y lo oí con mis propios oídos.

Lo que la gente no sabe es lo que vi aquella noche en el campanario. Nunca se lo dije a nadie ante el temor de que pudieran considerar que estaba loco. Tengo el propósito de escribir algún día todo lo que presencié.

Lo que sabe todo el mundo, es que al amanecer del día siguiente a la noche de mi subida al campanario, el guía indio y yo buscamos a Felipe por todas las cercanías de la iglesia sin hallarle. La campana, resplandeciente de sol, no tenía el badajo de la noche anterior y colgaba muda como si le hubiesen arrancado su lengua de oro, la estatua pagana.

A Felipe lo encontramos al fin al otro lado del lago, tendido en la hierba, cara al sol, sonriendo y con los ojos abiertos y llenos de un gozo sereno y extraño. Sus ojos miraban al suelo, y entre sus brazos, apretada en un abrazo eterno, estaba la Venus de oro, con una extraña expresión de felicidad en su rostro de metal brillante, resplandeciente y como gozando del mismo éxtasis voluptuoso y mortal de Felipe.

Acaso una novela sea el mejor modo de revelar aquella escena. Así nadie podrá creer que estoy loco y se limitarán a atribuirlo todo a una imaginación desenfrenada. Contaré entonces el relato que oí a la Venus de oro referir a Felipe, en un español tan armonioso y puro como el son de mil campanillas de metal áureo.

Narraré entonces con detalle la vida de la Venus de oro: Primero, la leyenda que precedió a su nacimiento, cuando la selva era señora de toda Colombia y los aborígenes que vivían sometidos a su imperio comenzaron a acumular metales preciosos arrancados de las entrañas de la tierra. Con ellos, sobre todo con oro, fundieron esculturas macizas de un bárbaro esplendor, a las que sus descendientes rindieron culto, creando una casta de sacerdotisas y vestales elegidas de entre las vírgenes de la tribu y encargadas del culto de las estatuas. Al correr inacabable de los días, entre las estatuas y las vestales se entabló una relación de amor inextinguible. Tantas horas y meses y años pasados por las

vírgenes morenas de ojos garzos contemplando las esculturas de tamaño natural y oro purísimo, a las que el pueblo rendía culto, acabaron por obsesionar a las sacerdotisas. ¡Ah, qué hermoso sería ser la misma estatua, tener un cuerpo de metal y verse adorada por generaciones enteras, indiferente y eterna en su torso de metal bruñido! Aquel día, con el primer deseo reprimido de cesar de servir a las estatuas de oro para ser las diosas mismas, nació la primera estirpe de las vestales auríferas.

Leí hace tiempo que en la India y desde los tiempos de los Vedas, se creó una estirpe de sacerdotisas que desde la infancia eran alimentadas con arsénico. Tanto consumían, que al llegar a ser mujeres ya todo su bello cuerpo estaba tan emponzoñado de arsénico que envenenaban cuanto tocaban, incluso a los hombres que se atreviesen a amarlas. De modo análogo nacieron las Venus vivientes de oro en las selvas colombianas. Al cabo de generaciones de alimentarse espolvoreando de oro cuanto comían, llegaron a suprimir las estatuas de oro para ser ellas las estatuas mismas.

La Venus de oro que nosotros conocimos era –¡se lo oí decir a ella misma!– la decimocuarta en la serie. Alimentada desde recién nacida con oro molido espolvoreado sobre sus alimentos, tenía su carne y su sangre macizas del dorado metal. La última de su estirpe vagó mucho tiempo, al morir su madre, por la selva. Algunas veces el sol ardiente endurecía el metal de su carne, haciéndola maciza e inerte.

Mas en las noches de luna se derretía el metal en sus venas y otra vez volvía a ser una doncella de carne viviente y

corazón lánguido. Nunca olvidaré su alucinante relato. Cómo vagó por la selva, atraída y fascinada por los niños, a los que les daba mechones de su cabello, que con la luz del sol se endurecían para convertirse en hilos de metal aurífero, lágrimas de sus ojos que se trocaban en pepitas de oro y hasta jirones de su carne, arrancados de sus muslos con las uñas, que al sol se bruñían y se convertían en tiras de oro purísimo.

No explicaré ahora su vagabundeo por la selva, su caída entre el ramaje, donde el sol la hizo metálica y compacta, su hallazgo por unos indios y por Felipe, y por fin, al estar sola en nuestra tienda de campaña y darle un rayo de luna que deshizo su dureza, su vuelta a la vida y huida por los bosques hasta retornar al campanario, a la vieja iglesia donde antaño una antecesora suya, la verdadera estatua, hiciera de badajo de la campana. Allí, la tentación de la campana la llamó con voz irresistible. ¡Ah, la voluptuosidad de llenar el hueco existente en la campana dormida! La campana muda, sin su lengua de oro. La campana dormida, en donde ella podría introducirse, para con los pies voltearla y sentir el cuerpo vibrar contra el bronce, volando en cada campanada. ¡Ah, el placer de volar con cada campanada, desleído el cuerpo en mil vibraciones sobre los campos y los ríos, las selvas y los lagos!

Y cuando la Venus de oro estaba ya asida a la campana, listo el cuerpo dorado para vibrar contra el bronce, llegó Felipe. El encuentro febril y extraño del soñador poeta y la Venus de oro bajo la luna colombiana. La eterna historia del Edén que se repetía: Un hombre y una mujer, solos en un jardín. La carne de la Venus que palpita, que se baña en un sudor de oro, que finalmente estrecha en un abrazo extático de voluptuosidad y sangre al joven escultor y le musita en el oído la invitación al sueño loco. Al dar la medianoche, ambos van a volar por los aires con la primera campanada. Van a volar, fundidos en un abrazo inseparable, sobre el lago de plata y la selva tenebrosa, a volar al son de la campanada, cuando, desprendiéndose el badajo humano de carne y oro, fueran ambos a mezclarse con el viento y la luna, para volar hacia el horizonte invisible. Y la campanada que se los lleva a ambos, en un vuelo loco, sobre la selva y el lago, para caer finalmente, sin romperse el abrazo, sobre la hierba húmeda, en el final trágico de una voluptuosa noche de bodas donde el oro se hizo sangre y la carne se fundió con el oro.

Algún día lo contaré todo y nadie lo creerá. Entretanto, yo, un hombre gordo, prosaico y sensato, sólo sé que daría mi vida entera por una hora de amor abrasador con la Venus de oro, sintiendo su cuerpo de metal palpitar bajo mis besos. Que daría mi vida por volar luego con ella silenciosamente, por el cielo azul de la noche, envueltos en el eco dorado de la campanada que nos mandaría hacia otra vida. Pues

quienquiera que ame a la Venus de oro jamás puede morir,
porque amar a un ser inmortal es matar a la muerte.



EL UMBRAL DE LA PUERTA



ES MUY SENCILLO –afirmó mi visitante–. Todo se reduce a transponer el umbral de una puerta.

– ¿De qué puerta? –pregunté distraídamente.

Con su mano delicada pero fuerte como la de un cirujano o un escultor, señaló hacia la entrada de mi casa.

– De ésta –repuso con displicencia–. O, para el caso da lo mismo, de cualquier puerta.

Me sonreí sin ganas, pues la cortesía es un tanto forzada después de una noche entera en vela y conversando.

– ¿Es una broma?

– No –y su tono de voz era tan suave como el gris del alba que teñía las ventanas–. Lo que le estoy diciendo es que puede usted realizar todo lo que tanto desea con sólo cruzar el umbral de aquella puerta.

– ¿Sabe usted adonde da la puerta? –interrogué a mi vez, aplastando otra colilla en un cenicero erizado de ellas como un acerico de agujas–. A la calle.

Se encogió de hombros. Su cabello de aspecto cobrizo y sus ojos verdes eran lo único que tenía color en el cuarto ojeroso de livideces matinales.

– No –me contradijo pacientemente, untando de mermelada sus palabras–. Esa puerta da al mundo donde palpitan gloriosas las más insospechadas aventuras.

– Por lo visto, nos estamos refiriendo a dos puertas diferentes –repliqué, sintiendo mezclarse en mis labios el regusto del tabaco y el desvelo, el café recolado y la bilis matinal–. Por esa puerta he estado saliendo desde hace ocho años a diario para ir al trabajo.

– Por esa puerta –repuso mi visitante con un diablillo encaramado en las comisuras de los labios– puede usted o cualquiera evadirse de su prosa cotidiana y pasar al país donde es posible lo imposible.

Mi gesto, entre fatigado e irritable, le hizo proseguir aprisa sin darme tiempo a replicar.

– La gente no da valor alguno a las puertas. Una puerta, como una ventana, no es nada; un simple tránsito entre lo de adentro y lo de afuera, una invisible frontera entre dos cuartos o entre la casa y la calle. A través de la puerta o la ventana, nos limitamos a mirar, pero jamás nos molestamos en apreciar su valor y posibilidades. Así en todo el universo: el esquimal usa un agujero cortado en el hielo de su iglú para

entrar o salir; el árabe entra o sale en su tienda por una abertura de la tela; el occidental, por la puerta pasa de un cuarto a otro o se va a la calle. La puerta es un marco al que quitaron su cuadro. Y como marco que es, nadie lo mira. Si tiene el cuadro puesto, éste se lleva toda nuestra atención. Sólo nos fijamos en el marco si desentona con el cuadro. Cuando el marco está vacío, ese espacio sin nada nos resulta más dramático que el rectángulo de madera que lo cerca. Podemos recordarlo todo de una habitación, todo excepto el marco de las puertas. Lo mismo puede decirse de las ventanas. No obstante, la puerta es lo fundamental en todas partes. No es la casa la que tiene puertas, sino la puerta la que tiene una casa en torno suyo. Porque sin las puertas, sin el marco de madera que separa un rectángulo mágico en el espacio sin límites, no hay vida posible. El marco de la puerta es la victoria del hombre sobre el infinito. Mientras en la prehistoria vivió el ser humano al aire libre, en el espacio sin riberas, fue una parte minúscula del cosmos. Al aprender a delimitar un pedazo de infinito y encerrar esa nada en el algo de un marco de puerta, el ser se hizo hombre y afirmó su victoria sobre el universo. Claro está que la fuerza de la costumbre nos ha hecho olvidar el drama de las puertas y su papel mágico en la vida humana. Más aún, de noche, una puerta abierta y lejana dando a un cuarto iluminado se troca en un rectángulo de oro hechizado que nos llama a la aventura y al misterio.

El tono de irónica superioridad de mi visitante comenzaba a irritarme, y además sentía que todas sus ridículas paradojas no valían lo que una taza de buen café. Diplomáticamente me sacudí la ceniza del chaleco y me adelanté en mi sillón.

– Muy interesante –comencé a decir–, pero...

Implacablemente me clavó en el pecho el estoque de un dedo índice largo y huesudo.

– Lo peor del caso –continuó– es que pasamos por las puertas sin detenemos jamás en ellas. Cruzamos el umbral para ir de una rutina a otra, sin damos cuenta de que pasamos y repasamos mil veces por nuestro único contacto con el infinito. Solamente los poetas y literatos han intuido vagamente todo el poder que se oculta, la tremenda carga tensional de dramatismo y misterio acumulada en ese invisible cristal de infinito encerrado por el marco de las puertas. Así se habla del «umbral del misterio», de hallarse en el «umbral de la vida» al nacer o en el «umbral del más allá» al morir, del «dintel de una nueva era». Con todo, nadie se ha parado a investigar el enigma del umbral de las puertas. Es extraño, porque al estar en un cuarto, la puerta es una eterna interrogante y lo que sale por ella decide a veces nuestra vida. Usted sabe el amor, espanto, goce o esperanza con que ponemos continuamente los ojos en una puerta. Por ella entran o salen los azahares nupciales o los lirios mortuorios. Se habla de hallarse en el «umbral de la

fama» o a las «puertas de la victoria». Mas solamente cuando en un salón alguien queda parado en el umbral de una puerta, nos apercibimos súbitamente de que aquel simple acto ha investido a la persona de un tremendo voltaje dramático. El ser más vulgar resplandece incandescente de personalidad por el simple hecho de saber pararse en el umbral. Los románticos, que lo sabían hace dos siglos, se detenían en la puerta de los salones, convirtiéndose en imán de todas las miradas. Hoy al entrar a un salón lo hacemos aprisa, evitando ese pequeño escenario del umbral, donde somos actores únicos de un atroz drama esotérico. Antaño, las damas y los caballeros de la época romántica amaban los umbrales, porque estar en el umbral es no estar en ninguna parte y estar en todas, ser único habitante de una región invisible adonde llega en oleadas la emoción de los demás mortales.

Subconscientemente, todos sabemos esto. Si vemos a alguien que entra decididamente por una puerta, no le damos importancia. Mas si vemos a un familiar, amigo o desconocido detenerse en el umbral de la puerta, ese acto le reviste de un peligro imprevisto. En el umbral de la puerta se detiene el marido celoso que descubrió la infidelidad, el portador de la mala nueva, el amigo que desea sorprendernos gratamente, el enamorado que se ve ante su amada, el empleado despedido que retorna con su venganza. Sabemos al ver a alguien en el umbral de la puerta, que si eligió aislarse en esa tierra de nadie, es

porque lleva sobre sus hombros suficiente drama para que necesite elegir su escenario. Al umbral de la puerta acudimos sólo en los momentos críticos de la vida. No en balde las mujeres lloran con la cabeza pegada al marco de la puerta y los hombres apoyan en él su embriaguez de goce o su dolor. El borracho, que por el alcohol llega a ver el infinito, sabe todo esto. Por eso son tan amigos de apoyarse en las puertas los embriagados. Pero nadie sabe explotar al máximo la promesa del umbral. Quedarse en él, en esa rodaja de cosmos seccionada por el marco de madera. Pues si los arquitectos dicen dónde estará la puerta, es solamente el destino quien la unge de posibilidades maravillosas. Aprendamos a transponer ese umbral y entraremos en el mundo situado al otro lado.

Como el monólogo de mi visitante no había llegado a interesarme y su voz iba ascendiendo como el rumor de la resaca en el mar, interpose una observación irónica.

– Se está usted contradiciendo. Si cruza el umbral, pasa usted al cuarto de al lado o a la calle.

Se sonrió ferozmente, con el aire impertinente de un águila ante los aletazos de una gallina.

– Es que no se trata de eso –replicó, sorbiendo antes su última copa de amontillado y mirando melancólicamente la botella vacía y triste, anémica y desangrada de su oro–. Hay que saber transponer el umbral para no salir de él. Y eso

puede hacerse en cualquier puerta y por cualquier persona. ¡Hasta usted puede hacerlo! –agregó con manifiesta agresividad–. Piense, amigo mío, en que el umbral de la puerta pone en contacto dos mundos: el de lo real, donde usted vive y no pasa nada interesante, y el otro, donde no sucede nada vulgar ni monótono. Sólo en los umbrales coinciden ambos mundos. Se usan las puertas para entrar o salir al mundo poético cuyas ventanas son los umbrales de las puertas terrestres. ¿Me explico?

– Indudablemente –repuse algo picado–, pero yo no lo entiendo. ¿A qué está usted refiriéndose? ¿A que las puertas dan entrada a un mundo imaginario de la cuarta dimensión o algo parecido?

– No, no –me interrumpió impaciente–. Nada de eso. Se trata de mundos poéticos. Está usted hablando con un poeta cuerdo y no con un hombre de ciencia loco. El mundo adonde se llega a través del umbral de la puerta es tan real como el que usted habita. No crea que estoy inventando una fantasía a lo Wells o a lo Veme. El mundo poético se funde con el real por los umbrales de las puertas. Por allí se asoman a mirar a los humanos del mundo prosaico los poetas que viven en el otro. No son seres con un solo ojo y tres orejas y dos cerebros. No; son como usted, viven como usted, pero mucho mejor, y a veces hasta sienten la curiosidad o la nostalgia de visitarles a ustedes, y se escapan por un día para vivir veinticuatro horas la vida absurda del

mundo prosaico. El mundo ideal de lo poético está lleno de gentes que se escaparon del mundo terrenal al descubrir por casualidad el secreto que encierran los umbrales de las puertas.

– ¿Cómo sabe usted todo esto? –pregunté con soma.

– Muy sencillo –respondió, acariciando las rosas de té que languidecían pálidas en un búcaro de un azul desvaído–. Porque yo acabo de venir del otro mundo, de lo poético, a través del umbral de esta puerta– y señaló con gesto levemente cansado la puerta de mi casa.

– Naturalmente –contesté amoscado–. Como que por ahí se llega de la calle.

– Es que yo no vengo de la calle –repitió–, sino del mundo ideal, invisible para usted, donde habito. He venido para invitarle a usted a visitarlo.

– ¡Qué disparate!

Se encogió de hombros. El primer rayo de sol de la mañana le brilló sobre la roja melena planchada, las facciones tersas como velas de balandro en día de viento, los ojos azules.

– Ya esperaba su reacción. Al fin y al cabo, yo le soy un desconocido. Usted es un tendero. Yo, un poeta. No hablamos la misma lengua.

– Yo no soy un tendero –protesté–, sino el propietario de un almacén de objetos de prestidigitación e ilusionismo. En mi época, ya le conté, hace diez años, fui un ilusionista de nombre. Evasiones al modo de Houdini, malabarismo de la escuela de Fratelh. Cuando no alcancé el éxito deseado, establecí en Caracas mi tienda El Conejo Blanco, donde se surten, en persona o por correo, todos los ilusionistas de Sudamérica.

– Al fin y al cabo, un tendero –me interrumpió–. No, no se enoje. Ha tenido usted una paciencia de santo. Llegué anoche cuando iba usted a acostarse y me presenté como otro ilusionista. Mi conversación no le ha aburrido demasiado, pues hemos pasado una noche entera, «de claro en claro», de palique. Me ha contado usted toda su vida y ha sido lo bastante educado para no preguntarme sobre la mía. Hemos soñado juntos. Diez años de tienda –ocho horas diarias y seis días a la semana de vender a otros las ilusiones ya preparadas y los trucos del arte que usarán en el teatro– no han matado en usted la vena romántica que tuvo algún día. Por eso vine a usted con la idea misionera de salvar un alma aún no perdida del todo para la poesía.

– Si mi esposa le oyera –dije sonriendo–, no aprobaría que se calificara de ángel a un diablo tentador.

– Rechazo su calificativo –contestó con voz suave–. Yo vengo a iniciarle en un secreto que algún día será vulgar y del dominio público. Anoche entré por el umbral y usted

creyó que venía de la calle por la puerta entreabierta. Le invito a que pase usted un día en mi mundo y me deja a mí, en su lugar, en el suyo, por el mismo tiempo. Su esposa está de vacación en casa de su madre, según me dijo usted. Nadie va a notar el cambio.

Pensé en seguirle la broma.

– ¿Está usted proponiendo reemplazamos el uno al otro? Usted es un poeta, y yo, según usted, un tendero. Tiene usted arrogancia, lengua florida, es joven aún, esbelto. Fuera del pelo rojo y cierta lejana similitud de facciones, nuestro parecido sólo engañaría a un miope, y de noche.

– No estoy conforme –me contestó–. Además, tengo tanta curiosidad por pasar unas horas en su mundo como usted debía tenerla por conocer el mío. Tómese un día. Nadie lo notará. Yo contestaré sus llamadas. A las veinticuatro horas, cruce el umbral de la primera puerta que tenga cerca y regrese a su mundo. Venga conmigo, le enseñaré.

Pese a mi resistencia, me llevó ante la puerta del recibidor que daba a la calle y la abrió de par en par.

– Vea. Si cruza el umbral se va a la calle. Eso lo ha hecho usted miles de veces en diez años. Mas ésa, como todas las puertas, lo es también del mundo de lo poético. Basta con

cruzar el umbral de otro modo, y ya está en el mundo poético.

– ¡Sólo hay un modo de cruzar una puerta y es el que uso siempre! –le grité, pues me empujaba hasta ponerme en el umbral, pero de lado, mirando al quicio de la puerta.

– Se equivoca usted –me contradijo–. Hay otro que no usan más que los poetas. Consiste en pararse en el umbral y echar a andar de lado por él y no de frente. Así entrará usted...

– Así –argüí– me daré un coscorrón contra el marco.

– Es posible –me concedió– que se lo dé, si trata de cruzarlo con miedo y desviándose. Si echa a andar recto de frente hacia el marco, entrará tranquilamente en el mundo poético, sin dificultades. ¿Sabe por qué? Pues porque las puertas allí coinciden con las de ustedes, pero van al revés, es decir, cruzándose perpendicularmente con las verticales. Por eso, de frente no se pasa al mundo poético. Hay que transponer de lado el umbral de la puerta, con lo que se entra en la otra, invisible, que le corresponde en nuestro mundo. Y ya queda usted dentro de él. Para sahr, cruce de frente una puerta poética y entrará de lado en el mundo de ustedes.

– ¿Espera usted que le crea? –pregunté ferozmente.

– Espero que lo pruebe –contestó tranquilamente–. El temor a un coscorrón no debe impedirle realizar el experimento.

– Pero ¿y la madera del marco, si echo a andar de cara hacia ella? –protesté débilmente.

– Recuerde que está entrando en otra dimensión y que al decidirse a hacerlo se somete a las leyes de esa dimensión poética, donde hay un espacio libre invisible correspondiendo a esa madera visible.

– ¿Y después? –tartamudeé vencido.

– Después haga lo que quiera. Acaso le tomen por mí en ese mundo. Cuando se canse, cruce el umbral y regrese aquí. Yo le esperaré. Será curioso saber lo que contamos ambos.

No hubo más palabras. Al fin y al cabo soy un ilusionista y me tienta el misterio. Sin vacilar más le di la mano y, cerrando los ojos, me lancé de cabeza contra el marco lateral en el umbral de la puerta.

Abrí los ojos y me froté la frente dolorida. Mis predicciones se habían confirmado. Mi visitante había desaparecido tan súbitamente como arribó, sin duda aprovechando mi confusión para marcharse y reír a solas su broma pesada. Me hallaba donde antes. En mi casa y en el umbral de la

puerta. En mi mundo. Me llevé la mano a la frente donde ya comenzaba a brotar un chichón tan grande como un balón de fútbol.

Afortunadamente, Isabel pasaría toda la semana en casa de su madre y cuando regresara no quedaría huella de la noche de insomnio ni del coscorrón recibido. Unas colillas caídas del cenicero sobre el pañito blanco bordado por Isabel, parecían apuntarme acusadoras. Me decidí a lavarlo en cuanto pudiera, con el temor interior de que restaría una delatora manchita morena.

En el cuarto de baño me lavé con agua fría. Miré en el espejo al hombre cuarentón, de pelo rojizo, no mal parecido pero con algo flácido y fofo estampado en toda la cara. Ese era yo, Serafín Ventura, ex ilusionista y ex evadidor teatral, esposo de Doña Isabel de Vega y llevando veinte años casado, con dos hijas de dieciséis y dieciocho años internadas en el Colegio del Sagrado Corazón, de Caracas. Yo, propietario de El Conejo Blanco, respetable ciudadano de Caracas, que por ocho horas diarias, más de trescientos días al año, despachaba a mis clientes, tras un mostrador, cajas de doble fondo, sombreros con forro secreto de metal, pañuelos de seda de colores cambiables, chaquetas con bolsillos falsos y todo el arsenal completo del prestidigitador moderno. Yo, con mi rutina diaria establecida: el desayuno en el Café Vernal y almuerzo de mi fiambarrera en la tienda, cenando en mi hogar o invitado en otra casa. Yo, con mis

sueños frustrados de ser un día el Houdini hispanoamericano, con una colmena interior, zumbando en el alma, de ensueños reprimidos y fantasías locas no realizadas.

El cuarto de baño, pulcro y nítido, una caja aséptica como un quirófano y blanca como una cocina de película norteamericana, me devolvió a la solidez de mi mundo. ¡Mi mundo! Un mundo real, con baño importado (Made in U.S.A.) de cromo y acero, reluciente y de una frialdad familiar como la de un antiguo mayordomo, con las toallas azules y verdes puestas por Isabel –las verdes para los huéspedes solamente– y un espejo reflejando mi cara un tanto inquieta. Un mundo lleno de olores amables –el café con leche y las tostadas de Isabel, los sachéis de lavándula para perfumar mis pañuelos en el armario, el olor a limón del jabón en el lavabo–, de sonidos familiares –voces amigas en mi tienda, la hora de las sinfonías en la radio, el trino de oro dpi canario–, de visiones dulcemente enternecedoras –las fotos de las dos chicas con marco de plata, el edredón de plumas violeta y malva, la mesita r con el servicio de té de porcelana pintada que no se usaba nunca– y un espejo reflejando mi cara. ¿Feliz? Me encogí de hombros, decidido a olvidar la visita del bromista que había lanzado una piedra a las aguas dormidas de mi espíritu. Campaneando las ocho y media, salí a la calle.

El aire de junio me acarició las mejillas con dedos de gasa perfumada. La callecita bañada de sol tenía el amarillo de una acuarela de Van Gogh, tanto que se me antojó que las casas se estaban cocinando al sol como bollitos dorados en un horno. Un pajarito trinando en su jaula parecía enhebrar en el hilo de oro de su canto todas las estrellas perdidas en el cielo lechoso de la mañana. ¿Adónde irán las estrellas por la mañana? se me ocurrió. Seguramente que van desprendiéndose del cielo, como lentejuelas caídas de un traje de baile, para convertirse en las estrellas del rocío. De noche, al evaporarse, se vuelven a convertir en el rocío de las estrellas.

Andando por la calle del Corazón de Jesús, llena de faces conocidas, me divertí imaginando qué secretos nocturnos se aprisionaban aún entre los párpados de los paseantes. En un portal, Adela, la vieja cieguita que vende lotería, se esponjaba al sol que bruñía su moño de plata. Ella no podía ver la mañana espléndida. Se me ocurrió que podía olerla. Del puesto de flores cercano compré todas las rosas –seis docenas rojas y blancas– y se las dejé caer en la falda gris, alejándome luego, dejándola envuelta en el aroma de las rosas.

Autos, carritos tirados por mulas, gentes presurosas o lentas, balcones con ropa tendida, vidrieras y escaparates donde chispea el sol. Caracas me ofrenda su fiesta verbenera de cada día. Pancho el organillero, el del vientre

como un globo terráqueo de tamaño natural y el bigote como un doble chorro de hebras negras, hace salir de la caja de música un arrogante joropo.

– ¿Dónde tocas habitualmente, Pancho? –le pregunto.

– En esta calle y en la plaza mayor, Don Serafín –me contesta.

– Pues hoy dale serenata a las chicas de la tabaquería –le digo–. Mientras duren estos tres bolívares, toca valeses y boleros a las tabaqueritas.

El mozo del café me saluda sonriente. Con su paño mojado para limpiar el mármol de los veladores podría lavar todas las penas del mundo.

– ¿Lo de siempre, Don Serafín? –y me mira con ojos dulces y blandos como ciruelas hervidas.

– No, Antonio –le respondo–. El mundo está lleno de rutinas y hay que variarlas. Un hombre atado al café con leche es incapaz de crear nada nuevo. Los menús fijos de desayuno –«Núm. 2: jugo de papaya, tostadas con mantequilla y café con leche, 0,50 centavos»– son una cadena más pesada que la de cualquier sistema social. Un cerebro no puede dar nada nuevo bajo la tiranía del «menú fijo». Antonio, vamos a dar el primer paso para enriquecer la vida humana con un desayuno diferente cada día.

– Me parece muy bien, señor.

– Bien. Eres un hombre inteligente. Tráeme un plato de nata y fresas frescas, pan moreno, caviar y una botella de champaña.

Por encima del humo del café con tostadas en veinte mesas cercanas, me miran cien pares de ojos asombrados. Saludo con la mano a mis amigos e incluyo en la sonrisa a todos los parroquianos. ¿Por qué no hemos de sonreír a todo el mundo? Sonreír al amigo es un deber, pero sonreír al desconocido debe ser un derecho universal.

El amo del café –Don Gaspar, un viejo jovial, arrancado de un cuadro de Poussin– se me acerca.

– Antonio me ha dicho lo que usted ordenó para el desayuno –me dice gentilmente. Y agrega con dulzura: –Todo estará como desea. El caviar es de Esmirna, pero es tan bueno como el de Irán. El champaña es un buen Pommard del 53. Por supuesto que su teoría es excelente. En prueba de mi sinceridad, le ruego que acepte el desayuno como regalo de la casa.

Le doy las gracias. Zumba un moscardón de murmullos en las mesas. Don Gaspar me mira tímidamente.

– Si no es indiscreto, ¿de dónde le vino esta brillante idea?

Me encojo de hombros. Antonio viene con la bandeja de plata, cargada de manjares.

– No sé. Ahí tiene la respuesta. Es una sinfonía de colores. Las fresas rojas sobre la nata blanca son el pecado y la inocencia en amable armonía. El caviar negro sobre el pan moreno me trae la simplicidad de la tierra y el mar. Espiga y pescado. El grano que lleva la vida del pez y el grano de oro de la tierra. Es comulgar con la Naturaleza. En esa copa de champaña baila en cada burbuja la alegría de un cancán sentimental. Porque las burbujas del champaña son el polvo de oro que levantan unas piernas invisibles de bailarina encerrada en la botella.

Mi idea hace prosélitos. Con la boca dulce de fresas oigo a un señor que es prestamista, asmático y que colecciona sellos, pedir en voz baja un plato de trufas. Veo en otra mesa llegar un ponche de frutas y ron, donde tintinean gozosos los pedazos de hielo. El café con leche se enfría, miserable y odioso en su tristeza –¡qué color tan innoble, cielo santo!–, las tostadas se hacen de sogas y la vil pareja –café y tostadas– desaparece ante la oleada de brillantes colores y vivos aromas de los extraños manjares que están llegando a las mesas.

Al salir a la calle soy un hombre nuevo. En el jardinillo de hierba frente al Ayuntamiento le hablo al jardinero municipal. Es una tontería, le convengo, malgastar esa hierba preciosa como adorno. Sobre todo ahora, húmeda de

rocío. El hombre, que aún tiene un corazón con sangre bajo su uniforme verdoso, por toda contestación se quita los zapatos y los calcetines al mismo tiempo que yo. Pronto estamos los dos corriendo por la hierba soleada. Al poco rato acude la pajarera de los chiquillos. Allá dejo a más de cien, prensando la esmeralda de la hierba con piececillos morenos.

He llegado por fin a la parada del tranvía. El cielo se hizo de un azul pasmado. Seguramente que llega a las nubes el aroma de los jazmines y nardos. Monto en mi tranvía habitual minutos antes de las nueve. Frente a mí, como de costumbre, se sienta Maruja Allen, la encargada de la floristería frente al Cine Oriente. Tiene unos ojos grandes como soles, pálidos como lunas y lejanos como estrellas. El pelo en tirabuzones es del rojo de las vírgenes del Tiziano y la boca es un caracolillo carmín. Hace tres años que la veo cada mañana, la saludo ceremoniosamente y sueño durante los diez minutos del trayecto en idilios imposibles. Mas hoy es diferente. Voy con resolución a su lado y tomo su mano entre las mías.

– Maruja –le digo al oído, y su orejita es un rollito sonrosado de merengue y yema–, hace mucho tiempo que la amo en silencio.

A través de las pestañas, bello rastrillo que poda sus ojos de huerta –verdes y dorados–, me dirige un destello húmedo.

– Hace tiempo que lo sé y que estoy esperando a que me hable. ¿Por qué no lo hizo antes?

– Porque, incomparable Maruja, el mayor drama del hombre, según lo definió un filósofo, es enamorarse de esa muchacha que encontramos en el tranvía los días que, por ir de prisa, no tenemos tiempo de enamorarnos. Me explicaré: yo soy casado y no sé si usted lo es. No importa. El alma es siempre libre y el corazón un pájaro loco, eternamente en busca de pareja. Cada día, al sentarme frente a usted, he pensado en lo hermoso que sería enamorarnos y vivir en una felicidad sólo conocida en las novelas. Pero al llegar mi parada, me bajaba del tranvía y la vida me cerraba la puerta del ensueño para hacerme entrar a lidiar el toro de la realidad. Así, desde que era niño. Los principales amores en nuestra vida, Violante querida...

– Mi nombre es Maruja.

– No importa. Con esos ojos, para mí siempre serás Violante. Decía que los principales amores en una vida son los no vividos, los que aparecieron en nuestro espíritu como parpadeos de luz en la oscuridad. De niños, fue la amiguita inasequible o la opulenta vecina otoñal. De mayores, es el amor que sabemos podríamos sentir por la muchacha que esperaba el autobús a nuestro lado, o por la dama de quien vimos un retrato en una exposición de arte, o por la esposa del señor gordo, sentada en otra mesa del restaurante, a quien jamás dirigimos la palabra. Son mariposas de arco iris

que entrevimos revolotear a nuestro alcance en el paisaje gris de nuestra vida. Pero no nos atrevemos, tenemos prisa siempre, hace mucho calor, la familia nos espera, o somos demasiado cobardes.



La puerta de cristal que se entreabrió un instante, vuelve a cerrarse. Nos volvemos a quedar con la angustia del amor perdido, de la pompa de jabón que jamás salió de nuestra cañita, de oler el clavel que de lejos nos llamaba con su brillo de sangre, de salir de la playa de lo prosaico para zambullimos en el mar de lo poético.

– Está usted pintando mis propios sentimientos –replicó ella–. Sólo un poeta se atrevería a cazar el amor que de lejos le hace señas con la tristeza de no ser correspondido. Yo he vivido mis amores también, pero usted es el amor no vivido aún con el que soñé sin pensar alcanzarlo.

– ¡Violante! Quiero poner un ramillete de luceros a tus pies y escribirte un poema usando como papel el cielo y como pluma un águila.

Nuestro paseo en el tranvía, convertido por obra y gracia de mi gesto en carroza nupcial, se vio coronado por un nuevo episodio. El conductor, Braulio, a quien conozco hace veinte años, se nos acercó.

– Se han pasado de la parada, Don Serafín –me avisó cariñosamente.

– No importa, Braulio. Tengo planes mejores. ¿Eres un poeta?

– Soy un conductor de tranvía –aclaró él innecesariamente.

– Puedes por un día ser ambas cosas –contesté–. Este tranvía va a llegar en un instante a la plaza de la Merced y desde allí vuelve al centro de la ciudad. Pues bien, por una vez demuestra que un tranviario es solamente un poeta de vacaciones. ¡Sigamos adelante, cuesta abajo, por la calle de los Tilos!

– ¡Pero allí no hay línea! ¡No hay raíles!

– ¡Mejor! Es cuesta abajo y, como freno, al final tienes dos kilómetros de prados y flores en el parque. ¿Hay nada más bello que lo que puedes hacer ahora? Es la esencia de la rebelión poética de las cosas inanimadas contra el prosaísmo humano. Un tranvía evadido de la mortaja de su línea habitual que se va en busca del sol y las flores. ¡Y qué trayecto! Los niños de la calle de los Tilos, de casas pobres todos, que sueñan con ver pasar un tranvía bajo sus balcones, van a realizar su ensueño. Ya veo las caritas sonrientes, los ojos dilatados de asombro...

Fue todo eso, y palmas de aplauso, y gritos de gozo, y la chiquillería apiñada en los balcones como pardillos en un nido demasiado pequeño. El tranvía, empujado por la manivela, arrancó a todo gas, cuesta abajo, por la calle, con palmoteo de los pasajeros y despliegue de todos sus timbres y campanillas anunciando su aventura. Las ramas de los tilos

sacudían sus hojas mecidas por el viento de nuestro vehículo, como saludándonos. Cada bache de la calle provocaba nuevas risas y aplausos. El guardia de turno en la segunda bocacalle que cruzamos tuvo que dar un salto de lado ante el mastodonte que se le venía encima. De todas las tiendas salió la gente a vernos. Los niños gritaban enloquecidos de alegría. Al llegar al parque, el tranvía continuó aún medio kilómetro y después quedó parado muellemente en un lecho de madreselvas, como una bestia gozosa de haber vuelto a la naturaleza.

No contaré nada de mi paseo con Violante por el parque, ni de cómo convencí al guardián de la jaula de los pájaros para que los soltase a todos, con lo que una bandada de miles de alas multicolores enjoyó el cielo azul de la mañana. Tampoco referiré cómo Violante y yo nos dimos el beso ensoñado, montados sobre el cisne más grande del estanque, mientras que la orquesta del café cercano, a petición mía, tocaba *Lohengrin* a todo bombo y platillo. Mas como se hacía tarde y ella tenía que llevar un encargo a sus hermanas, nos despedimos prometiendo encontrarnos para cenar juntos.

Mi llegada a la tienda fue una apoteosis de frialdad y de dolorida sorpresa por parte de mis empleados, a quienes doy siempre el ejemplo de puntualidad llegando cinco minutos antes que ellos para obligarles a que estén allí a las nueve.

Sin decir palabra, descolgué el implacable reloj, que marcaba las once y media, y en su lugar puse un reloj de cartón grande, donde pinté las saetas marcando las nueve en punto.

– Nadie llegará tarde desde ahora –anuncié a mis jubilosos dependientes.

Procedí después concienzudamente a inutilizar todas las ilusiones ya montadas que vendo en mi tienda para los malos prestidigitadores. Con la ayuda de mis satélites dejé los sombreros de copa desprovistos de su doble fondo; eliminé de las jaulas de sorpresa el compartimiento secreto donde se oculta el canario; desanudé los pañuelos de colores que debían estar anudados y anudé los que debían estar sueltos. Finalmente, reemplacé la caja ya preparada para serrar en dos a una mujer por otra caja sin el truco.

– Si desean hacer ilusiones, que las creen de veras, como yo estoy haciendo –dije en alta voz.

Dando un portazo, salí a la calle, soleada y alegre como un cuadro de Sorolla, embebiéndome el sol que se derretía en el sudor del torso del picapedrero, el oro que rezumaba una naranja sobre la carita de un niño, la rubia melena de un caballo uncido a un cochecillo de laca roja.

A partir de este momento y hasta que se hizo de noche, en que mis recuerdos vuelven a adquirir súbita lucidez, hay un

período de confusión en mis recuerdos, algo así como si de un manotazo hubieran deshecho su estructura y convertido el castillo de mis memorias en un montón de doradas ruinas. Puedo, con un esfuerzo de imaginación, verme corriendo por las calles de una Caracas bañada en una suave luz de belleza y poesía, comprando todos los globitos de mil colores de una docena de vendedores, haciendo con ellos un gigantesco racimo de uvas irisadas, y lanzándome, cogido a ellos como al tallo del racimo, desde lo alto del Teatro Principal. La muchedumbre, que vio mi salto prodigioso y el afortunado aterrizaje en la lona del toldo de una tienda de frutas, me vitoreó y llevó en triunfo por las calles. Puedo recordar vagamente haber almorzado en un restaurante, en donde invité a sentarse y almorzar conmigo a los veinte camareros del establecimiento, sirviéndonos la comida otros tantos voluntarios de entre los parroquianos que formaban el público. Violante, sentada a mi lado, me sirvió la leche para el café directamente de una vaca traída, a indicación mía, hasta la mesa donde comíamos. Un tirador de rifle del circo que estaba en la capital, rompió a balazos los cuellos de las docenas de botellas de champaña que nos bebimos. Finalmente vino el beber esa gran bebida romántica, el ajenjo, inevitable en una jornada poética como aquella.

En unión de varias damas elegidas de entre aquellas de las que en mis días habituales soñaba con enamorarme sin hacerlo por falta de tiempo, y de una heterogénea compañía

de amigos espontáneamente surgidos como las setas en el bosque, montamos en varios coches de caballos y emprendimos una memorable jomada por las calles de Caracas.

Jamás he hallado tan bella la ciudad. Toda la gracia exquisita de un fino dibujo de Ingres estaba en los grises perfiles de las viejecitas haciendo calcetas tras los balcones; el cielo era del azul lavado de los cuadros verbeneros de Goya; cada dama era una maja regiamente enjoyada, opulenta como una Madonna de Rubens y con algo de esa gracia sensual tejida de son de violines y trompas de caza de Boucher y Fragonard; los manchones de color de las flores en las macetas tenían las brillanteces policromas de Degas y en cada parque se esperaba a cada instante ver salir ese cortejo campestre todo música y blancuras níveas de Corot.

Por la tarde, en un parque, creo que improvisamos un juego delicioso al que contribuyeron todas las sederías, joyerías, peluquerías, mueblerías y demás tiendas de la ciudad, encantadas de la idea. Mis amigas y amigos y yo representamos los más bellos cuadros del Museo de Arte de Caracas, en una plástica viva. Semidesnudos y coronados de pámpanos de viña y ramos de olivo, unos camareros, rodeados de jarros llenos de vino, representaron Los borrachos, de Velázquez, y con los vestidos adecuados pasamos al de La rendición de Breda y después a La gallina ciega, de Goya, para terminar después de muchos otros en

un desnudo colectivo, creo que de Corot. Al abandonar el parque, quedaron tras nosotros, como una estupenda reliquia romántica, como el contenido de un gigantesco joyero o arqueta volteado en el bosque por un hada, sedas, cestillos, cintas, pelucas empolvadas, espadines, flores de trapo, gasas, brocados, broches, bargueños, plumas, perlas, vasos cincelados y otras mil cosas bellas en un montón donde todo se teñía por los carmines del crepúsculo.

Fue entonces cuando alguien preguntó qué haríamos, y yo contesté que no era posible terminar un día romántico sin ir al mar. Al mar, donde lo terminaban siempre Shelley y Swinburne, Byron y Keats. Allá nos encaminamos todo el grupo y varias bandas de música que espontáneamente se agregaron. Apenas apunté la idea de que la música de órgano era la mejor junto al mar, un grupo de estudiantes desapareció, alcanzándonos ya camino de la playa con el órgano mayor del Conservatorio de Música montado en un camión. Envueltos en las oleadas de música del Mesías, de Haendel, llegamos hasta las olas del mar.

Elegí como lugar de la fiesta el gran faro de San Lázaro, esa torre inmensa, de treinta metros de altura, erguida sobre una tremenda roca, blanca y esbelta como un obelisco griego.

– ¿Por qué has elegido el faro como fin de este día inolvidable? –me preguntó Violante, todo el día colgada de mi brazo y dulce y mimosa como una gatita.

– Porque el mar donde es más mar es junto al faro. No es el faro lo que se hace al lado del mar, sino el mar el que acude junto al faro a celebrar sus bodas de sal y espuma con la tierra. El faro es la tierra que de día hace de centinela con la bayoneta de su pararrayos, para que no le roben al horizonte marino el oro solar. De noche, las aspas de luz del faro dan tijeretazos a las tinieblas y en la pantalla de plata del mar proyectan con sus haces de luz la película de los barcos llegados a puertos de coral en islas submarinas, de las algas rojas que flotan sobre mares de leyenda, de los cascos de veleros donde aún flamea la pañoleta bordada en sangre de la capitana pirata, de los cofres con el tesoro de las joyas y los doblones custodiados por mil jaurías oceánicas con dientes de espuma y garras de oleaje. Las gaviotas son los alados espectadores de esa película en el teatro marino...

Hubiera continuado hablando, pero Violante me cerró los labios con un beso más dulce que la miel de los panales. A todo esto, el ajenjo, la terrible diosa de los ojos verdes, había hecho sus efectos en todos nosotros, especialmente en mí. Las venas me ardían al circular por ellas el fuego verde y una gloriosa exaltación me impelía a superar mis proezas. Dejando a los centenares de acompañantes cantando y bailando en la playa, a la luz de la luna, al compás del órgano montado sobre unas rocas azotadas de mar, me encaramé por las piedras que conducían al faro.

Desde niño me han fascinado los faros, pero jamás pude verme dentro de uno de ellos. La neblina verde del ajenjo me hizo pasar por las saletas del faro solitario, con sus cubos, fanales, cuerdas y aparatos náuticos. Todo limpio, reluciente y abandonado por los torreros, que sin duda bajaron a la fiesta. Después, sintiéndome ya en los brazos verdes de la diosa del ajenjo, no sé cómo, subí, subí, subí, cientos, miles, millones de peldaños, hasta verme en lo alto del faro y, no contento con ello, abrí una portezuela y salí afuera, a la cornisa, y de allí me encaramé a la cúpula, y por fin quedé en lo alto de todo, abrazado al pararrayos.

Sí; allá estaba yo en plena culminación romántica de mis sueños, solo, subido sobre un faro, agarrado al pararrayos que lo coronaba todo, bajo el oscuro terciopelo chispeado de diamantes del cielo, por encima del mar que mugía y bramaba como una bestia azul de blancos colmillos de espuma a treinta metros debajo de mí.

Podía ver la luna trazando mil senderos de escamas de plata en las aguas hirvientes, y luego el festón de puntillas de espuma con que engalanaba el mar el cuello moreno de las rocas. Podía sentir en mi frente ardorosa el viento yodado y saño, y en los labios, el regusto de la sal mezclado al del ajenjo. Una sensación de poderío, de fuerza, de omnipotencia poética me acometió. A mis pies, las aspas de luz del faro trazaban cuatro inmensas cintas de plata amarilla, cuatro carreteras de luz en el negro campo de la

noche. No lo pensé más. Sentí el deseo de deslizarme en tobogán por aquella tensa aspa de luz que desde el faro bajaba hasta unas millas de distancia en el mar. Él ajeno me hacía sentir capaz de todo. ¿No era yo un poeta viviendo su propia poesía? ¿Qué hay imposible para un poeta?

Me dejé caer en el aire y quedé sentado de golpe sobre el aspa de luz. La sensación fue de estar sentado sobre una cinta metálica y flexible, que cedía elásticamente con mi peso. Vertiginosamente descendí como una bala, deslumbrado por el fulgor resplandeciente del tobogán de luz, hacia el mar. Desde la playa, mis amigos me ovacionaban entusiasmados. Envuelto en resplandores de oro, viendo girar a mi alrededor la luna y las estrellas, sintiéndome arropado en un huracán de viento, teniendo ora el mar encima de mí, ora el cielo como en una vagoneta de montaña rusa encantada, llegué sin novedad al fin del tobogán. Por mi mente cruzaban veloces las ideas, revoloteando como la bandada de alegres gaviotas blancas que me acompañaban en mi caída, batiendo las alas y chillando. Yo podía ensartar la luna como un queso de bola en el pararrayos del faro, coger con la mano las estrellas y sembrarlas en el mar, arrancar la plata que la luna derramaba sobre el agua y llevármela para empedrar las calles de Caracas.

Al llegar al fin del tobogán, no caí en el agua. Vi cerca de mí, entre las olas, lo que me pareció eran doradas sirenas

cabalgando dragones marinos, pero en aquel instante otra aspa de luz me cogió y, al variar de asiento, me alcé con su vuelo tan alto que creí iba a darme un coscorrón con la luna, y al voltear las hélices de luz descendí otra vez hacia el faro y así varias veces fui corriendo todo el cielo, en volandas, cabalgando sobre las aspas de luz hasta quedar otra vez montado en la cornisa del faro.

Entonces me di cuenta, jadeante aún, de que no estaba solo. Agarrado al pararrayos, a mi lado, había una sombra. La luz de la luna iluminó el rostro de mi amigo, el misterioso visitante que me enseñara el secreto del umbral de la puerta. Su cara junto a la mía sonrió sin inmutarse.

– Hablemos un instante –me dijo suavemente.

Miré hacia abajo. A treinta metros bajo nosotros, el grupo de compañeros de juega seguía alborotando alegremente en la playa al compás del órgano. El aire fresco me hizo tiritar. Me abracé fuertemente al pararrayos, que la luna convertía en una bayoneta de reluciente plata.

– Ya lo creo que hemos de hablar –dije yo–. Sobre todo usted. ¡Buena bromita me gastó con la historia de la puerta! ¿Sabe usted que por hacerle caso me di un coscorrón que aún se nota?

Me toqué el chichón con la mano un instante sólo, pues necesitaba agarrarme con ambas manos para no caerme.

– Eso no tiene importancia –replicó él, buscando con la mano izquierda un cigarrillo con olímpico desprecio de su vida–. Piense en lo mucho que se ha divertido hoy. Ha vivido y realizado cuanto no vivió y solamente soñó en toda su vida pasada.

– Es cierto –contesté–, pero eso no tiene nada que ver con su jugadita. Usted sorprendió mi buena fe.

– No es cierto.

– Mire qué chichón.

– Ya le previne. Se desvió usted demasiado. A muchos les sucede. Es necesario cruzar la línea del umbral exactamente de frente al marco de la puerta. Sin miedo. Parece que esté ahí, pero no está. Está en el mundo de la prosa. En el de la poesía es un espacio vacío. Mas al ladearse, creyendo esquivarlo, es cuando se topa con él.

– ¡Qué tontería! Me dijo usted que al cruzar el umbral iba a entrar al mundo ideal, a la cuarta dimensión de lo poético. Me encontré en cambio en la calle, al otro lado de mi puerta.

– No –respondió él–, se halló usted en el mundo de lo poético.

Hubo una pausa en la que me sentí tan confuso y mareado que casi me caigo de lo alto del faro. Era como si en las tinieblas hubieran abierto, con el dedo, un agujero de luz.

– ¿Comprende? –me preguntó suavemente, encendiendo cerilla tras cerilla para prender su cigarrillo con riesgo de su vida–. Usted ha creído que todo fue una broma, que se había quedado en su mundo normal, cuando no fue así. Usted pasó el umbral de la puerta. Se dio un golpe por ladearse demasiado, pero lo pasó.

– Entonces –tartamudeé–, todo lo sucedido, todo esto, estas gentes...

– Exactamente –contestó él, leyendo mi pensamiento–. Todo esto y todas estas gentes son el otro mundo que vive al otro lado del umbral de la puerta.

La cabeza me daba vueltas. Me así frenéticamente al pararrayos, como si con él quisiera cargar a bayoneta contra las estrellas.

– Pero yo estoy aún en Caracas. Conozco desde hace años a estas gentes, y ellos a mí...

– Es cierto, pero ésta es la Caracas del otro lado del umbral, y las gentes del otro lado. ¿Cómo, de otro modo, estaría usted aquí, en lo alto de un pararrayos, y le habrían pasado todas las cosas que le sucedieron hoy? No, amigo mío. Este no es su mundo. Es el mío. El mundo poético que vive oculto tras el umbral de la puerta. En su mundo cotidiano, es usted una rueda de la máquina y gira con ella. Aquí es usted el eje de la máquina y todo gira alrededor suyo. En este momento,

todos sus recuerdos giran en torno a su yo y en cambio las otras personas sólo son pálidas sombras. ¿Por qué cree que estas gentes le han hecho caso todo el día; le han dado, sin rechistar, caviar y champaña en vez de café con leche; han lanzado un tranvía por otra calle donde no hay línea; han aceptado su declaración de amor? Pues porque aquí usted tiene un mundo ideal centrado en torno a su yo.

– ¿Y las otras gentes?

– Cada uno de los que viven en este mundo del otro lado del umbral es rey y señor del mismo. Cada uno vive su vida sin inhibiciones, libre y poderoso. Si todos le han secundado en sus deseos y gustos, es porque ellos engranaban perfectamente en los de esas gentes. Usted creía vivir sus locos ensueños y en realidad estaba ayudando a los otros a realizarlos. Se creía usted gema central de la corona cuando en realidad todos lo son. Eso es lo maravilloso de este mundo. Los deseos de cuantos vivimos aquí se complementan felizmente. El camarero a quien usted pidió el extraño desayuno soñaba con servirlo algún día, y usted le facilitó realizar su ensueño. La muchacha de quien se enamoró tenía entre sus locos ideales secretos el de que usted se enamorase de ella. Así en todo. Este es un mundo donde sobreviven los deseos no realizados, los yos perdidos, las vidas no vividas. Cuanto usted hizo hoy tenía para usted un sabor especial de algo ya visto o hecho. ¡Naturalmente! Como que lo había hecho antes en su imaginación, lo mismo

que esas gentes que le acompañaron. Buscando en este mundo, hallaría usted hasta los deseos lejanos de su infancia: el caramelo que no le compraron cuando niño, el premio que no le dieron en la escuela, la novia que se le casó con otro, la lotería cuyo premio no le tocó. Al realizar cada uno de esos sueños perdidos, haría usted feliz a otras personas, cuyas vidas encajan en las vidas no vividas de usted como piezas en un mosaico o en un rompecabezas infantil.

– Entonces, ¿este mundo es como un depósito de las vidas no vividas, de los sueños no realizados de todo el mundo, que aquí se realizan y complementan?

– Exactamente. Algo así como aquella isla legendaria en el mar de los Sargazos adonde, llevados por corrientes submarinas, iban todos los barcos perdidos del mundo. Aquí confluyen todas las vidas no vividas, que son siempre lo mejor de cada ser humano, del oficinista y la modistilla, el labrador y la princesa, el fraile y la tiple de ópera. Son lo mejor, porque es lo más noble y bello, lo que por ser libre y poético no se atrevieron a realizar en el mundo de la prosa.

– ¿Cómo se unen ambos mundos? –pregunté–. ¿Hay algo aquí con lo que sueñan ustedes que yo no he conocido aún? –interrogué.

– ¿Desea usted ver lo que es el más íntimo secreto de este mundo? –preguntó a su vez–. ¿Se atrevería a pasar el

umbral de una puerta secreta que todos aquí sueñan en cruzar y que pocos se atreven a transponer?

– Sin vacilación alguna –contesté–. Quiero ver la otra etapa, el otro mundo que es el sueño ideal de cuantos viven en este mundo de sueños.

Cogiéndome de un brazo, me arrastró sobre la cornisa donde nos hallábamos. Al extremo encontramos una puertecita en la cúpula, hasta entonces invisible para mí.

– Esta es –me dijo gravemente–. Si se atreve, la cruzamos. Hay que pasarla de frente y no de lado, como en su mundo.

No repliqué. Febrilmente me lancé a través del umbral de la puerta. Me pareció caer en un abismo de seda. Al transponer el umbral de la puerta secreta del mundo poético, me hallé en la puerta del jardín de mi casa. Miré en derredor aturdido. A mi lado, mi compañero sonreía divertido ante mi azoramiento.

– ¿Le extraña? –me preguntó. Entonces observé que aún fumaba la colilla del cigarrillo que le vi encender en el pararrayos del faro.

– No sé –contesté sentándome en las escaleras del jardín en penumbra, y él me imitó–. Debí haberlo sospechado. ¿De modo que el mundo real y prosaico es el sueño de los habitantes del mundo poético?

Mi amigo disparó con el dedo su colilla, que trazando una parábola de oro y carmín cayó en el surtidor del jardín.

– No para todos, pero sí para algunos.

– ¿Y por qué no vuelven a cruzar el umbral de la puerta?

– Algunos lo hacen. Yo, por ejemplo. Por eso vine la otra noche a visitarle. Por eso he ocupado su puesto veinticuatro horas.

– ¿Puedo saber, con mil diablos, quién es usted que así me trae y lleva desde ayer?

Se sonrió y encendió otra cerilla que alumbró el óvalo moreno de su rostro y el cabello escarlata.

– ¿Usted me lo pregunta? –respondió lentamente.

Antes de apagarse la cerilla había comprendido ya. Me estremecí de tibia emoción. ¿Cómo no lo había visto antes? Después he sabido que, con arreglo

a la psicología moderna, nadie se conoce a sí mismo, visto desde fuera. Además, él era..., ¿cómo lo diría?, algo así como mi arquetipo, más que mi doble. ¡Era yo mismo, pero como yo quisiera ser! Era yo como yo debo ser en el mundo de lo poético: varonil, audaz, guapo, arrogante, atlético. Era mi yo ideal, como sólo en mis sueños lo vi antes.

En silencio le estreché su mano. ¡Mi mano!

- ¿De modo –interrogué– que esto es el fin de la jomada?
- Así parece –respondió displicentemente.
- ¿Cómo hemos venido a parar a mi jardín?
- De aquí partimos cruzando un umbral, y aquí regresamos cruzando otro.
- ¿Qué tal fue su jornada?
- Excelente. Plácida, discreta, dulcemente cursi. Lo que necesitan mis nervios algo sacudidos.

En mi cerebro comenzó a brillar una lucecita.

- Pero... ¿el faro, y las estrellas, y los dragones, y los caballos de mar, y todo lo que hace unos instantes fue escenario de mi apoteosis romántica? –le pregunté.

Se sonrió y encendió otra cerilla que paseó con el brazo extendido, iluminando el jardín.

- Ese surtidor de agua puede ser un faro en el mundo de la poesía; al brillar la luna sobre el lomo de las ranas de su estanque las convierte en caballos de mar; las estrellas son gusanos de luz; el mar, la balsa de su surtidor; la luz de una linterna, las aspas del faro. Un hombre prosaico diría que cuanto le sucedió a usted fue una borrachera de ajeno.

– ¿Entonces, todo lo que es tan hermoso y magnífico en el mundo poético son estas míseras cosas en la realidad?

– No –me corrigió–. Estas cosas de la realidad son las que se convierten en las otras tan bellas en el mundo de lo poético.

– ¿Un castillo de allá es sólo un montoncito de arena aquí?

– Al contrario –me volvió a rectificar–, es el montón de arena lo que es un castillo, pero ustedes no lo saben ver.

– Sí –dije yo–. Alguien lo vio una vez. Un caballero chiflado y romántico, valiente y puro, supo enseñarnos que las ventas eran castillos, los molinos, gigantes, y las fregonas, princesas.

– Ya lo sabemos –concedió él gravemente–Por eso nuestro patrón es el inmortal Hidalgo de la Mancha.

Pausa. Miradas. El jardín a oscuras nos envolvía en el aroma de los jazmines. Las ranas croaban infatigables a las lejanas estrellas.

– Amigo o hermano –le dije–, ¿qué puedo hacer?

– Volver a su rutina diaria y prosaica y tratar de olvidar esta jornada poética de hoy.

- ¿Y si no quiero, o si no puedo?
- Entonces vuelva a cruzar el umbral de la puerta y váyase al mundo de lo ideal, para quedarse allí siempre y seguir la ruta comenzada hoy.
- No puedo hacer otra cosa –dije levantándome–. Voy a cruzar el umbral de la puerta. Quiero volver a lo poético, al pararrayos, a sentirme montado en un rayo de luna y manchado de polvo de estrellas.
- ¡Adiós entonces! –me dijo, tendiéndome la mano.
- ¿Y usted?
- Yo me quedo ocupando su puesto. Será una especie de vacación. Quiero saborear los menudos encantos de lo vulgar. Le aseguro que nadie notará nuestro cambio.
- ¿Y no le teme a la prosa, a lo rutinario, a lo cotidiano? –le pregunté, ya de lado en el umbral de la puerta.
- No –me contestó cuando yo transponía el umbral para siempre–. Yo no temo a la vida. Soy un poeta.



LA HABANA

Sesenta grados de longitud Oeste

Setenta grados de latitud Sur



CAMINO DE LA REDACCIÓN recogí a Mr. Plum en la cervecería Las Maracas. El obeso británico, parapetado tras una batería de vasos vacíos, estaba mirando a las mujeres sentadas en las mesas cercanas, de reojo para que no le viesen los maridos, que a su vez hacían lo mismo con las mujeres de los demás.

Bebimos vertiginosamente un par de cervezas y después, a paso lento, nos encaminamos hacia La Estrella. Respiré con delicia al percibir el inconfundible aroma a redacción de periódico –olor a tinta fresca, grasa de aceitar máquinas y papel húmedo–, que era un perfecto acompañamiento de la sinfonía de los linotipos.

Saludé a los compañeros de turno, a la luz de las bombillas descoloridas como mustias naranjas mandarinas; escuché algunos chistes y presenté a Mr. Plum, «Don Jorgito el Inglés» como los intelectuales le llaman, parodiando el cariñoso mote que los gitanos pusieron a Jorge Barrow en España. Como aquél, éste es un inglés enamorado del sol y de los trópicos, que lleva veinte años naturalizado como ciudadano norteamericano y diez al frente de la Dirección de la Oficina de Turismo de Miami, desde donde viene cada fin de semana a La Habana.

Ojeé distraídamente los largos trozos de papel que, como rollos de música en una vieja pianola, iban saliendo del teletipo, tocando aún la misma monótona cantinela. Nada nuevo. Las titulares eran tan aburridas como una película muda.

Nos asomamos luego a la sala de televisión, en donde tres o cuatro compañeros con caras de aburrimiento jugaban a las cartas.

La noche cálida nos empujó en busca de la brisa. Bajo el oscuro azul, una humanidad risueña sentada en las terrazas de los cafés saboreaba sus aperitivos, piropeaba a las muchachas, reía y charlaba por los codos. Por fin fuimos a parar al Floridita, y nos tomamos seis daiquiríes helados, sin conseguir refrescamos. En una mesa cercana, Hemingway reía jovial y barbudo como un Enrique VIII tropical, rodeado de su inevitable corte de toreros, guitarristas y marinos. Otra vez salimos a la calle. Hay a quien le estorba el calor y siempre he sospechado que Mr. Plum es uno de ellos. A mí me encanta vivir en esta Habana tropical y jaranera. El sudar es un noble bautismo hacia afuera por el que el hombre se purifica de sus íntimas impurezas y refresca sus entrañables ardores. Pero aunque Mr. Plum ama el trópico, sin duda halla molesta para su británica pulcritud el agobio de homo del aire estival.

Cenamos suculentemente en la terraza del nuevo café La Guitarra, en el Malecón. Mientras duró la cena, Mr. Plum se

concentró en la comida como un impaciente Heliogábalo, pero al encenderse los cigarros y repantigamos sintiéndonos ambos dos dioses satisfechos en un Olimpo de la culinaria, hubo la pausa que inevitablemente precede a una conversación de sobremesa.

Aproveché el momento para contemplar a Mr. Plum. Era un hombre tan notable en su volumen como en la dignidad y dinamismo con que lo acarreaba. Vestido de immaculado dril blanco, con una corbata de nívea seda y blanquísima camisa de fino lino, todo él era una pulsación de alba candidez. Sus ciento cincuenta kilos se acumulaban sobre todo en su abdomen, sobre el que bailoteaba un dije de oro, y en la quíntuple papada que en suaves pliegues caía desde su cara de orondo Buda satisfecho. El pelo gris parecía reflejar el metal de sus ojos, inquietos como dos ratoncillos vigilantes tras los gruesos cristales de las gafas de concha. Impecable, risueño, epicúreo, era a sus cincuenta y pico de años la imagen del solterón británico, feliz y autosuficiente. Acrecentada su humanidad por la pantagruélica comida, semejaba una figura vista a través de un cristal de aumento.

Frente a nosotros parpadeaban las primeras lucecitas en el mar, y la silueta del Morro se perfilaba contra el azul y plata celestes. La brisa cálida refrescaba sólo en su evocación de yodos y sales. En vena de confidencias, charlamos sobre sus planes de propaganda turística de Miami. Al quedarme callado luego, Mr. Plum, que es un

psicólogo como muchos de sus compatriotas, me dijo en su vacilante castellano:

– Alberto, ¿y Cacha?

El nombre se me hincó en el corazón como se nos clava en el estómago la espina de un pescado.

– ¿Cacha? No sé. Hace tiempo que no la he visto.

– ¿Desde cuándo?

– Desde anoche, en que vi en La Puntería el último show a las dos de la madrugada.

– ¿Cómo estaba?

– Comestible, como siempre. Pero seguimos atascados y no progreso en nada.

– ¿Qué quiere con Cacha?

– No es difícil adivinarlo. Casamos o lo que sea.

– Y ella ¿qué dice?

– Que, o nos casamos, o nada.

– Y ¿por qué no se casa?

– Porque soy un hombre serio, Mr. Plum. Yo no soy un tenorio de callejuela. Tengo en Matanzas una novia formal, una medio novia en Cama– güey y unos arreghtos en La Habana. Y no puedo, así como así, echarlo todo a rodar y dejar tantas muchachas desilusionadas. Pero al paso que vamos, no va a haber otro remedio.

– ¿Qué le gusta de Cacha?

– Todo, pero especialmente, usted sabe lo artístico de mi temperamento, las piernas. Son dos columnas de alabastro, dos palmeras de marfil, dos bambúes de nieve, dos lirios de carne. Lo demás de ella es superior, pero las piernas son divinas. Ya sé que no es muy lista y que su principal talento es ser la mejor rumbera de Cuba, pero con esas piernas una mujer no necesita otro talento.

– Y si se casa con ella, ¿qué pasaría si se cansara de verle las piernas?

– ¿Cansarme? ¡Imposible! Año tras año admiraría sus divinas líneas en supremo éxtasis artístico, sin tener que compartir esa admiración, como ahora, con diez mil tíos lúbricos que van a aplaudirla con las peores intenciones. La rodearía de lujo y comodidades, y exigiría solamente que fuera mi diosa y se dejara admirar en un nirvana estético incomparable. Hasta ahora he vacilado en declararme en serio, por temor a que me aceptase en serio también. Usted sabe que estas tonadilleras tienen alma de colegialas, y yo

soy un hombre serio. Si a los treinta y cinco años no me he casado aún, es porque mi corazón ha sido lo bastante grande para estar lleno de amor por muchas mujeres y no podía empequeñecerse para albergar una sola. Es como renunciar a tener un castillo lleno de visitantes para meterse en la garita con el centinela.

– Alberto, ¿no está dispuesto a hacer eso por Cacha?

– Sí y no. Temo que no haya otro camino hacia la propiedad personal, intransferible y perenne de sus ebúrneas extremidades. Pero aún vacilo.

– Alberto, está usted lleno de contradicciones. ¡Ah, si yo estuviera en su caso! No vacilaría un instante. Claro está, eso suponiendo que ella me gustara a mí como le gusta a usted.

Traté de variar de conversación.

– ¿Cómo siguen sus estudios arqueológicos y cosmográficos?

– Bien, Alberto. Esta semana me voy de nuevo a Camagüey. De allí, al interior, a mi hacienda, si se les puede llamar así a unas ruinas cercadas por una empalizada.

– Tengo ganas de visitarla.

– En cuanto esté aquello presentable. Por ahora solamente es un montón de piedras y zarzales. Tengo una

mulata que me la cuida. Gran mujer. De mi mismo peso, poco más o menos, pero tremendamente atractiva. –Guiñó el ojo–. Bertica le llamo. Doscientos kilos de pasión achocolatada. Ya la conocerá algún día.

Para mí, la aventura de Mr. Plum con la mulata Bertica, que en mi imaginación aparecía como un acorazado con figura humana, era tan incomprensible como para él mi fascinación por las piernas de Cacha. A no ser que se tratara de una vieja mulata que ya tuviera valor histórico como pieza de museo, no comprendía el asunto. Pero al fin y al cabo, Mr. Plum era mi invitado, por lo que discretamente eludí seguir la conversación.

Poco después, ambos nos encaminamos hacia La Puntería, albergue de la dama de mis sueños. Todo el mundo conoce el establecimiento. Es un café cantante, donde, en un horrible escenario que simula un acuario y a una luz espectral y verdosa, se beben brebajes acuosos caprichosamente rotulados como licores diversos, se baila en una pista de las dimensiones del pañuelito de una enana y se admiran las contorsiones de media docena de coristas disfrazadas de peces. En las mesas podéis, si estáis solos, hallar enseguida amable compañía femenina. Pulula en aquel humano acuario una fauna singular de mocitas, mozas, matronas y ancianas de robusta senilidad, dotadas de una sed y una hambre insaciables, capaces de comer a cualquier hora bistecs con patatas y de beber champaña de

desayuno, que además fuman, encendiendo uno con la colilla del otro, cigarrillos turcos, pero cuya sensible viscera cardíaca late por vosotros, así que os conocen, con desenfrenada taquicardia. Yo, que soy un hombre serio, soporto todo eso a diario solamente por ver a Cacha a las dos de la madrugada bailar, disfrazada nada menos que de sardina, una rumba diabólica, eludiendo la persecución de un bailarín vestido de pescador que trata de cazarla con una red.

Conocí a Cacha hace dos años, la noche de su debut, cuando llegó a La Habana desde su provincia natal de Camagüey envuelta en la aureola que un buen agente de prensa le creó como «la rumbera supersónica». En aquella época, su rumba era la misma de ahora, veinte minutos de frenéticas contorsiones y demoníacos espasmos, de atómico efecto sobre la concurrencia, pero ella salía vestida con un precioso traje, que, según el programa, era el de una sardina, todo bordado en lentejuelas y escamas azul y plata. Ver pasearse el arco iris de los reflectores sobre sus esbeltas piernas, fue enamorarme de ella locamente, y sentir unas palpitaciones que me duran todavía. Al hacerle una entrevista periodística me declaré, respondiéndome ella con gran frialdad que no creía en amores fulminantes y que solamente me escucharía si le demostraba mi constancia. He respondido al desafío yendo a verla a diario desde hace dos años. Cuando recientemente la apremié de nuevo, me prometió responderme el 20 de julio, fecha en que ella

cumplía veintitrés años, o sea el día siguiente a aquel en que comienza este relato.

Mr. Plum y yo nos sentamos en mi mesa habitual. He conseguido esa mesa a fuerza de escribir artículos sobre Cacha y La Puntería; tantos, que el director de mi diario me amenazó con despedirme si volvía a mencionarla otra vez, después de que ya llevaba escritos más de cien artículos sobre mi amada. Nos sacaron la botella especial de ron, y cuando ya habíamos consumido entre charla animada y cigarrillos más de la mitad, la explosión musical de la orquesta anunció a Cacha. Cayó el teloncete de gasa que simulaba el agua del mar y salió el bailarín con su red de pescar. Es un tipo que no me ha inspirado celos nunca, porque sus preferencias amorosas se orientan decididamente en una dirección peculiarísima. Mientras la orquesta tocaba la rumba de moda, El vendedor de antibióticos, mi amada surgió en su espléndida semi-desnudez de joven diosa de la selva. No hace falta describirla, pues todo el mundo la conoce, y quien no la haya visto no podría imaginársela. Es de mediana estatura, esbelta y torneada, con una mata de pelo como la melena de un león, una cara encuadrada en el casco de su cabellera, donde los pómulos altos con la piel tirante sobre ellos reflejan siempre una luz dorada, con unos ojos verdes de pantera moteados de oro, y una boca que parece una cereza después del primer picotazo de un gorrión goloso. El cuerpo, ondulante y juncal, se enfunda en su vestido como un látigo

o una serpiente, y las piernas, largas y alabastrinas, dibujan su inverosímil perfección bajo el torso de odalisca. Su voz tiene esa profundidad que caracteriza a los temperamentos amorosos, y cuando baila, su cuerpo se enciende en una llama abrasadora de pasión y de fiebre que a los pocos minutos ha enardecido al auditorio. Ya se comprenderá cómo en dos años de pasar por esto todas las noches y verla solamente una hora todos los días –pues el resto del tiempo duerme o lee novelas bajo la mirada celosa de su tía y guardiana– he perdido quince kilos de peso como efecto de esta dieta de pasión y de celos.

Esa noche no fue excepción. Al terminar el baile y entre los últimos rugidos del público, Cacha se acercó a nuestra mesa.

- Alberto, deseo hablarte después de la función.
- Claro que sí. Voy a acompañarte a casa como todas las noches.
- No. Quiero hablarte aquí mismo. Lo mejor será que si te has de llegar al periódico vayas ahora y yo te aguardo aquí.
- ¿Pasa algo, mi vida?
- No, no, nada. Tengo que hablarte, eso es todo.
- ¿Recuerdas que mañana es el día de tu contestación...?
- Sí; pero esta noche es cuando he de hablarte.

- Encantado. ¿No has saludado a Mister Plum?
- ¿Cómo está usted, Mister Plum? Lo dicho, Alberto. Te espero aquí a las tres y media, antes de que cierren.

Como una sombra plateada desapareció entre las cortinas camino de su camarín, tiernamente acariciada por los ojos de cuantos paternales varones había en el establecimiento.

Me volví hacia Mister Plum.

- No sé qué le pasa. Disculpe si ha estado fría con usted también.
- Eso no importa, muchacho. Todos tenemos días así. Si quieres llegarte al periódico, yo entretanto he visto allí a mi amiguita y voy a invitarla.

Su amiguita era una enana absurda que recogía los sombreros en el guardarropa y apenas si se levantaba un metro del suelo. Decididamente, Mr. Plum tenía gustos de barraca de feria. La gorda de Camagüey, y ahora esta miniatura. ¡En fin! Apuré mi copa de Bacardí y me levanté. El calor dentro del establecimiento era espantoso. Estaba todo cerrado a piedra y lodo y hacía rato que, al no entrar nadie más, no se había abierto la puerta, por lo que el aire era casi palpable. Estábamos dentro los mismos que habíamos llegado hacía cinco o seis horas, unos veinte parroquianos, una docena de coristas y media docena de

camareras. En el instante de levantarme, la sala quedó súbitamente a oscuras.

– ¿Qué pasa? –preguntó alguien–. ¿La policía?

Se oyó barullo de gente al ponerse en pie, sillas que se derriban, vasos que se rompen, y en la oscuridad brillaron como estrellas los cigarros y cigarrillos encendidos.

– No es nada –gritó dominando el tumulto la voz de Pepe, el dueño–. Se han fundido los plomos, sin duda alguna por el calor. Paciencia que ya traen bujías.

Cuando vi asomar la primera bujía y a su luz tranquilizarse la gente, me fui a la puerta y salí al largo pasillo a cuyo extremo está la escalera que da a la calle, pues La Puntería está en un sótano. Al pie de la escalera me dio un escalofrío. Comprobé entonces que estaba algo mareado. Dando bandazos subí los escalones. Abrí la otra puerta y salí a la calle.

Diez minutos transcurrieron de andar tropezando, cayéndome, levantándome, maldiciendo mi borrachera y renegando como un chófer de autobús enfadado, antes de que me diera cuenta de lo que sucedía. Diez minutos de frotarme los ojos, pellizcarme, maldecir al señor Bacardí y su nefasta obra. Súbitamente me di cuenta de que lo que veía no era efecto de mi borrachera, y me paré en seco, la espalda cubierta de sudor frío, tiritando, solo en mitad de la

calle desierta. Miré en derredor y di un grito de asombro y de espanto. Hasta donde el ojo llegaba, se veía un tupido cortinaje de blancos papelillos que caían y giraban en torbellinos azotados por el viento glacial. ¡Nieve! ¡Nieve! ¡Nieve! La Habana entera era un mundo blanco, helado y silencioso. La Habana estaba sepultada bajo un manto de nieve de más de un metro de altura, y del cielo gris, azotado por un ventarrón atroz, caía una nevada copiosísima. Desaparecidos el cielo azul, la brisa tibia, la dulzura tropical, me envolvían el frío, el viento, la lluvia, la nieve, el hielo de un paisaje polar. ¡En La Habana y en el mes de julio!

La borrachera se me pasó en el acto y empecé a tiritar, no ya de frío, sino de miedo. Porque el tránsito era demasiado brusco para que una mente humana, rutinaria y metódica como la mía, pudiera aceptarlo. El fresco de la nieve disipó las nieblas del alcohol. Con cara de tonto miré en derredor y vi solamente nieve; con cara de imbécil miré al cielo y me cayeron copos en la cara; y con cara de idiota comencé a andar finalmente en dirección al periódico, en donde probablemente podría averiguar algo acerca del increíble fenómeno meteorológico.

Los copos de nieve caían con la precisión con que se suceden las cartas por un buzón comercial. Lo que más me sorprendía era el silencio, para mí inusitado. Siempre me fascinaron las estampas de Navidad en las que se ven ventanitas iluminadas en casas situadas en campos

cubiertos de armiño. Ahora veía en mi propia Habana esas ventanitas. Las calles estaban desiertas y me sentía como si me hubieran lanzado en un cohete a otro planeta gélido. Tropezando aquí y resbalando allá, llegué a la primera (esquina y en vano busqué un vehículo. El viento me azotó de frente, de espaldas, de lado, como si fuera un viento redondo. La borrasca de nieve era tan espesa que no podía ver más allá de unos metros de distancia.

Un poco amedrentado intenté sacar un paquete de cigarrillos y el ventarrón me lo arrebató de las manos. Me llevé un pañuelo a las narices y el viento me lo quitó tan aprisa como si tuviera más necesidad de sonarse que yo mismo. Con las manos en los bolsillos de mi Palm Beach, seguí avanzando, tambaleándome, con nieve hasta el muslo, por las calles solitarias y heladas.

El frío era espantoso, sobre todo para un cubano que jamás ha visto el hielo más que en los frozen Daiquiris. Tenía el bigote cubierto de escarcha, como si me lo hubieran espolvoreado de azúcar helado, y daba tiritones como el meneo de una rumbera. El universo entero parecía desintegrarse en copos de helada nieve sobre La Habana. Las fachadas aparecían difusas, como un cuadro de Seurat, con algunas ventanitas iluminadas y tras ellas rostros aterrados, mirando al loco que se arriesgaba por la calle. Comencé a ver bajo la nieve el bulto de vehículos parados, autos y más adelante montañas de mayor altura, autobuses

y tranvías abandonados en el arroyo. Al llegar a la plaza me detuve un instante, pues el cruzarla me parecía una proeza que no estaba seguro de poder realizar. De un portal surgió una voz cavernosa.

– ¡Eh!

Me volví asustado y vi un bulto acurrucado en el umbral, tiritando bajo una pirámide de mantas.

– ¿Quién es? –pregunté castañeteando los dientes.

– Nadie, mejor dicho, alguien que usted no conoce –respondió una voz amortiguada por las mantas–, pero le vimos pasar solo y helado y pensamos que acaso querría acompañarnos y calentarse un poco.

De las mantas surgió un brazo masculino enarbolando una botella de coñac. Sin perder momento, me abalancé a ella y le di un beso tan amoroso y lento que un brazo iracundo me la arrebató de la boca.

– Gracias, gracias –balbuceé sintiéndome revivir–. ¿Cómo agradecerle?

– De nada –repuso la voz varonil–. ¡Ay! –dio un grito–. Estate quieta, Consuelo, ya voy a decírselo. Oiga, caballero...

– ¿Qué quiere? –pregunté a la montaña de mantas.

- ¿Desea calentarse aquí hasta que se aclare todo esto?
- No, gracias –repliqué algo alarmado.
- No, no –protestó la voz masculina–. No crea nada malo. Estoy aquí con mi novia. Estábamos llevando parte del ajuar, las mantas, que compramos esta noche, a casa. Vamos a casarnos la semana próxima. Esto nos pilló en el teatro. Al salir nos refugiamos aquí, abrimos el paquete y sacamos las mantas.
- Pues no debían tener frío –repliqué con evidente grosería.
- Claro que no, pero aquí está Teresa, la hermana de mi novia, que nos acompañaba, y que se está aburriendo mucho.

Vacilé un momento, pero mi deber periodístico y un recelo natural hacia las hermanas siempre feas de las chicas guapas (y Consuelo debía serlo, o si no, no se casaría; como Teresa no debía serlo, o si no, ya se hubiera casado) me hizo declinar bruscamente.

- Gracias, pero voy a un recado. Dígale a Teresa que se entretenga en cualquier cosa mientras vuelvo y que no les moleste a ustedes, que deben tener mil cosas de que hablar estando tan cerca del tálamo. Que Teresa juegue al solitario, o escuche la radio. Yo vuelvo ahora.

Mas lo que volví fue la espalda.

Mi paso a través de La Habana fue la expedición de Peary al Polo Norte. Mi traje, mi Panamá de Guayaquil, mis zapatos blancos eran esponjas congeladas, y yo un pobre guiñapo de humanidad, tiritando y maltrecho. No se oía un solo ruido en la ciudad de la bulla. La nieve había convertido los lugares tan familiares para mí en estampas japonesas de biombo, embelleciéndolo todo. Cada tranvía, sepultado por la nieve, era una pequeña colina, los arbolitos del Prado eran blancos plumeros, las calles estaban cubiertas de immaculadas alfombras de armiño, y solamente los rectángulos de oro en las fachadas daban a entender la existencia de una humanidad aterrada y aterida oculta en las viviendas. Ráfagas heladas cargadas de nieve me azotaban el rostro. Debía hacer una temperatura de veintitantos grados bajo cero. La Habana estaba abotargada bajo la nieve. Los bancos eran macizos de mármol. De un reloj cayeron rodando blandamente sobre la nieve tres campanadas. Un farol, un quiosco y un jardinillo se convertían por la magia de la nieve en grupos escultóricos. Nieve, nieve, nieve de deslumbrante blancura sobre el suelo fofo y falso, bajo el cielo gris y húmedo como un paño de escultor, entoldando el alba estampa de La Habana nevada. Un pájaro fugitivo voló sobre mi cabeza, y me pareció ese cuervo que trae el presagio en los cuentos de hadas.

Tambaleándome entré en la redacción de La Estrella. Los compañeros redactores que habían llegado poco antes que yo, me recibieron con rostros tan grises como el mío; más sonrosados y alegres estaban los que no habían salido de allí en toda la noche. En la sala de máquinas, en la redacción, en la sala de espera, en el despacho del director ausente, Bacardí había establecido su bienhechor imperio y docenas de botellas vacías reposaban aquí y allí el sueño de soldados muertos gloriosamente después de derramar su sangre dorada. Antes de hablar, medio cegado por la nieve, chorreando agua por todas partes, temblando como si tuviera el baile de San Vito, me apoderé de una botella que el redactor jefe me tendía, y durante unos minutos toqué a diana con el mayor entusiasmo.

– ¿Qué pasa? –pregunté tosiendo al dejar la botella sobre la mesa.

– Nadie lo sabe, Alberto. Un inexplicable fenómeno meteorológico.

– Pero ¿qué dicen la radio, los cables, el teletipo, el teléfono, la televisión...?

– Todo absolutamente está estropeado. Cuba está incomunicada del continente y aun de los buques en alta mar. Nadie sabe nada.

– ¿Y el Servicio Meteorológico?

Todos los reunidos en torno mío, arropados con el periódico dominical alrededor del cuerpo, soltaron la carcajada.

– ¿Por qué no les preguntas tú mismo? –me sugirió con finura el redactor jefe.

Tomé el teléfono y marqué el número que me indicaron. Costó unos diez minutos y media botella de ron el conseguir la comunicación.

– ¿Para qué quiere el Servicio Meteorológico? –me preguntó una cansada voz femenina entre tiritones.

– Para qué va a ser, rica, sino para saber el tiempo. No es para preguntar sobre las corridas de toros en Madrid.

– ¡Ay qué gracioso! Se le ha subido la nieve al cogote. Pues que conste que es la última llamada. Yo me voy a la casa.

Se oyó otra voz masculina: –Y yo también.

– ¡Que aproveche, so impacientes! –les contesté.

La comunicación llegó después de varias interrupciones más.

– ¿Servicio Meteorológico? –pregunté tiritando.

Una voz tan temblorosa de frío como la mía, pero cargada de electricidad, me respondió.

– ¿Qué se le ofrece? ¿Quiere saber el tiempo que hace?

Tímidamente balbuceé:

– Yo solamente quería saber qué...

– Quería saber, ¡eh! –La voz estaba repleta de ira, soma y espíritus–. ¡Yo también querría saber! –La voz se hizo más débil, como si mi interlocutor hablara a otra persona.

– Escucha a este cretino, Catalina. Quiere saber qué tiempo hace –la voz volvió a sonar iracunda–. Naturalmente, querrá usted saber también por qué está pasando esto.

– No, no, yo no quería tanto –repliqué asustado–. Solamente...

– Oh, no se preocupe, yo se lo diré todo. Está nevando. Asómese a la ventana, so literato, y verá usted el suelo y el aire cubiertos por una cosa que parece algodón y no lo es. Eso se llama nieve, y lleva cayendo unas horas. Por qué y hasta cuándo caerá y cómo empezó, solamente Dios lo sabe. Hace varias horas que diez mil acémilas como usted han estado llamándome, sin pensar que yo estoy aquí, tan helado y desconcertado como ellos, y sin saber cómo volver a casa desde esta maldita oficina. Pero esto se acabó –anunció melodramáticamente. Lo último que oí fue un

estampido. Nunca supe si fue un tiro o un taponazo de champaña.

Colgué el teléfono y me volví a mis compañeros. Todos estaban muertos de risa abrazados a sus botellitas. El aire de la redacción estaba tan helado como el de la calle y no se oía el familiar rumor de las máquinas en marcha.

– ¿De modo –pregunté al cónclave periodístico– que ésta es la situación? Nadie sabe nada y el Servicio Meteorológico está borracho y desesperado.

– Esa es la situación general –me contestó un colega que había logrado improvisar con las secciones dominicales del periódico un verdadero traje de esquimal.

– El Palacio Presidencial nos ha llamado para ver si podíamos imprimir la proclama de un estado de alarma hasta que pase todo esto –me explicó otro.

El equipo periodístico trataba de mantener una apariencia de normalidad. Todos retomaron a sus mesas e intentaron hacer como que escribían; pero ¿quién escribía con los dedos helados? La sala de redacción iba convirtiéndose en una nevera de la mejor calidad.

Comenzaban a llegar llamadas para la edición de la mañana. La primera llamada comercial fue del Floridita, anunciando que al día siguiente ofrecería en vez de bebidas

heladas unos deliciosos ponches calientes de ron y de coñac. La segunda fue del Hotel Nacional, diciendo que su piscina tendría agua caliente tan pronto se deshelara la maquinaria de calentar el agua. Un instante después se recibió un anuncio del club nocturno El Meneo, informando que su estrella, la famosa rumbera La descoyuntada, presentaría la noche siguiente su nuevo número de rumba ¡Ay, papá esquimal! Ello me hizo recordar a Cacha. Aturdido por el fenómeno meteorológico, me había olvidado por completo de mi amada. Febrilmente me abalancé al teléfono, pero mis esfuerzos por comunicarme fueron infructuosos. Una telefonista que sonaba por el auricular como si todos sus dientes estuviesen bailando la rumba a la vez, unos contra otros, me informó que aquella línea estaba interrumpida por algún poste derribado por la tormenta.

Dos problemas se me planteaban: recoger a mi amada para conducirla a su casa sana y salva, y averiguar, como buen periodista, la causa de la nevada para escribir un reportaje interesante. Para resolver mi primer problema era forzoso volver a La Puntería; para lo segundo, no parecía posible nada más que tratar de hacer que los dedos de la imaginación le dieran un vapuleo a la máquina de escribir. Mas, cuando iba a salir y a enfrentarme otra vez con la tormenta, di un grito de triunfo:

– ¡Don Bartolo!

Todos se levantaron de sus asientos, pero les paré con un gesto:

– La idea es mía caballeros. Yo pasaré a recogerle en persona.

Por teléfono traté de comunicarme con él, pero fue en vano. Las líneas telefónicas iban sucumbiendo ante la tormenta. Si deseaba comunicarme con el famoso meteorólogo ganador del Premio Nobel, necesitaba ir a buscarle a su casa para conocer su valiosa opinión sobre este fenómeno inexplicable. Eché a andar hacia la puerta. De camino, metí en los bolsillos de mi empapado Palm Beach, que comprara por 22,50 dólares en Miami hacía un año, dos botellas semivacías de coñac, que mis amigos habían dejado en un momento de inconsciencia sobre sus escritorios. Y una vez más me vi en el mundo extraño, blanco, helado y amorfo de la nieve.

La Habana era para mí una ciudad desconocida. Había desaparecido la familiar geometría de mi ciudad natal, los restaurantes con mesas en la acera, las callecitas trémulas de suspiros y risas, enervantes de perfumes femeninos, de olor a frutas tropicales, de sones y rumbas cayendo en chorrillo espeso desde una pianola, la frescura de los trajes blancos de seda, y la niebla azul de los cigarros sobre las mesas de café donde cae la cascada de las fichas de dominó, la piedra colonial española que de noche enamora a la luna cubana y adquiere carnosidades de terciopelo. La Habana

era un universo céreo y congelado bajo una nevada copiosa, y azotado por el viento huracanado. Los copos seguían cayendo con la regularidad y disciplina de un ejército de minúsculos y blancos paracaidistas. En una esquina vi una estatua, que no reconocí por estar cubierta de nieve, durmiendo de pie, como solamente duermen las estatuas, y pareciendo la del Comendador en el quinto acto del Tenorio. Mis piernas, cada vez que las palpaba, empezaban a parecerme, por lo frías y heladas, dos macarelas a las varias horas de pescadas. Estaba tiritando con un miedo pánico a una pulmonía y un frío que mis frecuentes besos a las botellas no conseguían disipar. No se veía un alma, pero las risas, canciones y besos que se oían a puerta cerrada en muchos lugares indicaban que una nevada puede helarlo todo excepto el corazón de un cubano.

Mi camino por el mundo raro y misterioso de una ciudad sepultada bajo la nieve me llevaba hacia la casa de Don Bartolomé Peláez, Premio Nobel de Física y el mejor meteorólogo de América. Pero cada vez era más difícil orientarse con la escasa luz de los pocos faroles que restaban encendidos. El cielo era un paño mojado, de donde caían en chorro continuo bolsas enteras de helado confeti. Alguna ventana iluminada realzaba la oscuridad de los edificios, aletargados bajo la nieve. Me sentía el único habitante de un planeta lunar de nieves eternas. El instinto me hizo parar en una de las esquinas y un cierzo helado me enfrió hasta el bazo.

Más de cien aldabonazos en la puerta de Don Bartolomé no despertaron a nadie. Malhumorado y castañeteando los dientes, seguí mi calvario. Ya no se veía nada. Solamente más puntitos blancos que en un cuadro de Seurat. Un cortinaje azotado de viento, y el mundo haciéndose cada vez más uniforme, blando, suave y silencioso, frío y desértico. De súbito di un traspiés y casi me caigo por la escalera que desciende hasta La Puntería.

Contra lo que esperaba, hallé solamente en el club nocturno una media docena de chicas del coro, todavía vestidas de sardinas, arropadas con las cortinas del escenario, reunidas en torno a un fuego hecho con varias butacas y mesas del establecimiento. Un ponche de ron esparcía su fragancia por la gran sala a oscuras, dando los resplandores de las llamas al cabaret el aspecto de un cuadro de Macbeth. Sin saludar, porque el frío acabó con mi cortesía, me abalancé a un tazón de ponche humeante que alguien me ofrecía. Luego, sin hablar, porque los tiritones no me dejaban, me acerqué a la hoguera, me quité cuantas prendas pude sin ofender la decencia de las damas y me senté en el suelo frente al fuego. Un camarero amable me ofreció unos pantalones secos, que me puse encantado.

– ¿Dónde está Cacha? –fue mi primera pregunta cuando recobré el uso de la laringe.

– Se fue hace ya más de una hora –replicó bajo una pirámide de ropa la voz de una amiga del coro, con la que yo

tuviera un pequeño lío hacía unos meses-. Y no se fue sola -agregó caritativamente.

- ¿Qué quieres decir, Domitila? -le pregunté airado al montón de ropa.

- Que se fue con el gringo gordo que estaba contigo.

- ¿Con Mister Plum?

- Con ése mismo -confirmó el camarero volviéndome a llenar mi taza de ponche hirviendo.

- Pero... ¿cómo... cómo han podido irse? -le pregunté al mozo del café cantante.

- No lo sé -continuó él-. Cuando dieron la voz de alarma, él ofreció llevarla a su casa, y al poco rato de salir volvió a buscarle en un automóvil.

- ¿En un automóvil, él? -De un sorbo apuré el resto de la taza-. ¿Y quién puede esta noche ir en automóvil?

- Por lo visto, él -prosiguió despectivamente mi antiguo amor de una noche-. Dijo que tenía cadenas en las ruedas y que la llevaría a su casa.

Ya no hablé otra palabra. De un salto me fui hacia la calle, dejando a las coristas y camareros tiritando en torno a la hoguera. La nieve me saludó alegremente con una bofetada

de hielo, como a un viejo amigo. Tambaleándome, con la nieve hasta las rodillas, me dirigí hacia el Malecón. Llegué al cabo de una media hora de bracear por aquel mundo pavoroso de ráfagas heladas donde parecían librar una batalla de hiperbóreo confeti todos los ángeles invisibles del Polo Norte. En ningún sitio como en mi paseo predilecto pude apercibirme del cambio acaecido. Desaparecido el brisote salado, en su lugar el aire olía a cierzo húmedo. Ya no cabrilleaba el sol plateado sobre las olas azules, sino que una borrosa luminosidad como leche vaporizada lo invadía todo. En vez del azul espeso y perezoso, un cielo de aluminio, y desaparecidas las arañas de las palmas verdes, el Malecón era una estampa de Navidad en Siberia, con hileras de arbolitos de Noel nevados; y en vez de las gaviotas lentas que más que volar patinan sobre el añil pulido, el aullar del viento huracanado alborotando un océano que parecía querer tragarse al cielo. Era imposible que allá hubiera yo visto hacía horas un mar pasmado de calor y de sueño. En su lugar, adivinaba a través de la nevada una bestia brutal y encrespada que rugía azuzada por el látigo del viento. No más luces y aromas, sino la rígida uniformidad soviética del imperio del viento, la nieve y el frío, mordiendo con las uñas y dientes de sus jaurías invisibles.

Atontado de la ventolera, ensordecido del ventarrón, tambaleándome bajo el impacto de puñados de helados papelillos lanzados a mi rostro por máscaras mal intencionadas, iba a retirarme de aquel paraje cuando me

llamó la atención un bulto en la nieve. Era uno entre miles, siendo los otros palmeras, bancos, faroles y vehículos. Este bulto, aunque tan blanco como los demás, agitaba un palo largo en una de sus manos. Reconocí entonces a otro ser humano que, puesto de pie sobre un banco frente al mar, trataba al parecer de dar bastonazos al viento. Me costó otra media hora acercarme a él, arrastrándome por la nieve. El huracán cerca del mar era ya insostenible. Tuve la sensación de que La Habana era un barco en cuya proa azotada de tornados me hallaba en aquel instante. Mas, antes de arrastrar hacia mí aquel aspirante a sorbete, ya sabía que nadie más que él podía estar en aquel momento arrostrando las furias del huracán por amor a la ciencia. Cargué como pude con un Don Bartolo erizado de agujas de hielo y tras una agonía polar llegamos a la esquina de la primera calle, irreconocible en la tormenta. Se imponía buscar calor y celebrar un consejo de guerra. De un portal salía un hilo de luz dorada y se escuchaba rumor de voces y chocar de copas. Sin vacilar,forcé la puerta contra la resistencia del viento y me metí dentro con mi carga helada.

Estaba tan cálido por contraste el interior, que me sentí mareado. Reconocí el lugar como la antesala del Círculo de Periodistas. Había un corro de hombres y mujeres envueltos en mantas alrededor de un hornillo de gas. Circulaba de mano en mano en la penumbra de la sala, solamente iluminada por la azul llamita del hornillo, un enorme garrafón. Un periodista amigo mío, pegado al teléfono,

gritaba noticias a los demás. El frío, al rato de estar allí dentro, era solamente unos grados menor que afuera.

Me informé de la situación. La Habana estaba aterrorizada por la tormenta de nieve. No se sabía nada de los barcos en alta mar. No había comunicación con Europa ni con Hispanoamérica. Sólo funcionaban algunos teléfonos en la isla. Todo se había paralizado y únicamente los periódicos trataban bravamente de poder salir a la mañana siguiente. Los aviones estaban enterrados bajo la nieve en los aeropuertos; los tranvías y autobuses, congelados bajo montañas de hielo en las calles, y se buscaban desesperadamente cadenas para poder usar los autos al día siguiente. Se había declarado un estado de guerra, pero eso era una formalidad teórica, ya que los soldados, dispersados por el huracán, en su mayoría no habían vuelto a los cuarteles. Nadie sabía el porqué del inexplicable fenómeno sucedido. Todos abrumaron de preguntas a mi amigo al reconocerle; pero Don Bartolo, como reacción al calorcito y al ponche de ron, roncaba profundamente acurrucado en un sofá bajo una manta. Y no obstante, él era el único hombre que podía decir algo sobre lo que sucedía. La prueba de su deseo de averiguarlo era que, provisto de sus instrumentos, se había ido al Malecón a estudiar las corrientes del viento. Traté de comunicarme por teléfono con la casa de Cacha. Me respondió al cabo de un rato la voz alarmada de su tía.

– Cacha no vendrá esta noche –me dijo angustiada–. Me llamó hace largo rato para decirme que estaba con usted y Mister Plum y que se quedaría a dormir en La Puntería, no regresando hasta que la nieve lo permita.

Solamente entonces me apercibí de la magnitud de la traición.

– ¡Gringo traidor! –grité melodramáticamente.

De súbito todo se aclaraba. Mr. Plum me la había jugado bonitamente. A él también le gustaba Cacha e hipócritamente me lo había ocultado. Al caer la nevada y estar yo fuera, aprovechó la ocasión para escaparse con mi novia, diciéndole que la llevaba a casa. ¿Adónde la llevaba? Me corrió un sudor frío. El maldito gringo la estaba engañando. En todo caso, era muy fácil averiguarlo. El suyo debía ser el único coche circulando por La Habana aquella noche. Todo era cuestión de seguir desde el café sus huellas en la nieve. Pero como mi otro objetivo era averiguar lo que sucedía y escribir el mejor artículo en la capital sobre la nevada en La Habana, desperté sin miramientos a Don Bartolo. A fuerza de sacudirlo se puso en pie y me miró con ojos soñolientos.

Don Bartolo era un viejecito pequeño, flaco, endeble, con una cara apergaminada y un chorrillo de barba blanca, pero con unos ojos azules y metálicos que proyectaban una luz

penetrante. Al verme por entre los párpados entreabiertos, me abrazó emocionado.

– Alberto, hijo mío, me has salvado la vida.

De un brazo le llevé a un rincón, lejos del corro, donde nadie podía oírnos.

– Don Bartolo, ¿qué hacía usted en el Malecón?

– No sé, hijo, no sé. Me llevé allí mis chismes y aparatos para tratar de encontrar sentido a todo esto. Pero no se lo veo. Lo único... –vaciló–, lo único que sé es que esto no es una nevada pasajera.

– ¿Qué quiere usted decir?

– Es demasiado pronto para decir algo. Pero no me gusta esto, hijo mío. No ha caído una nevada que derretirá el sol mañana. Hemos entrado en un clima glacial que va a durar permanentemente.

– Don Bartolo, ¿está usted loco?

– Ojalá lo estuviera. Pero es como te digo. Mis observaciones revelan cosas asombrosas. Cuba va a ser un país polar. Ya lo es...

– ¡Don Bartolo...!

– Es prematuro decir nada. Comunícate conmigo mañana. O, mejor dicho, yo voy contigo adonde vayas. Veamos si entre el periodista y el hombre de ciencia puede averiguarse algo.

Cogiendo del brazo a Don Bartolo, eché a andar hacia la puerta. Antes de salir a la tormenta, me volví hacia el viejo.

– Don Bartolo, yo voy a buscar a mi novia, que ha sido secuestrada por un mal amigo, pero no puedo obligarle a usted...

– Soy yo quien le obliga –insistió enérgicamente el viejo, que no cesaba de darse palmadas en los hombros para calentarse–. Estoy tan intrigado por explicarme este fenómeno meteorológico como usted por explicar su problema amoroso. Vamos adonde sea, y entretanto yo iré recogiendo datos para mis cálculos. Pero hacen falta dos cosas: ropa caliente y combustible, para que no se hiele la máquina orgánica.

Lo segundo nos lo proporcionó, a precio de oro, Tomás, un portero amigo mío, quien me vendió una damajuana de ron de ocho litros, que con ayuda de unas cuerdas até a mi hombro como un zurrón, y Don Bartolo acudió a mi lado en unos minutos con un puñado de mantas de cama, calentitas todavía.

– Pero Don Bartolo, ¿de dónde ha sacado usted...?

– Cállese, hombre. La pareja a quien se las quité no necesita más calefacción.

Envueltos en las mantas, previos unos largos besos a la damajuana, salimos a la noche polar. El silencio era tan espeso como la propia nieve. No recuerdo cuánto anduvimos. La Habana se había esfumado y en su lugar había una blanca y muda estampa japonesa. Mi isla adorada, el escenario del más bello ballet tropical del mundo y su capital, blanca y fina, con sus verdes y sus añiles, habían desaparecido. Mi compañero y yo, con nieve hasta la cintura, estábamos envueltos en la furiosa e interminable nevada, que daba la sensación de estar dentro de un almohadón de plumas de ánade sacudido furiosamente por las manos de un titán. Borrados todos los colores, un blanco ominoso lo absorbía todo. El mundo era un infinito redondo y sibilante de heladas blancuras. Al principio pudimos ver las huellas del auto, ya que al pasar había ido apartando la nieve, y además el instinto del amor orienta igual en la nieve que entre cocoteros. Caminamos a paso de tortuga por la avenida abierta por el vehículo. Al cabo de un rato, me volví a mi compañero.

– Don Bartolo, no podemos seguir a pie.

– Pues no creo que encontremos un taxi ni un tranvía –me gritó tratando de ahogar con su voz el huracán de hielo y nieve.

– No sé. Haría falta un vehículo grande, poderoso, capaz de dominar la fuerza del viento y la alfombra de nieve que va creciendo.

Pero el frío era espantoso. Entramos en algún portal a calentarnos. Veinte minutos más tarde, con siete tragos de ron y treinta y tantos resbalones, llegamos a mi propia casa. Una gruesa capa de hielo cubría los cristales. En la portería vi a Paco, el portero, rodeado de su obesa media naranja y sus seis retoños, que habían encendido una fogata para calentarse.

– Paco –le grité a la momia humana envuelta en almohadas, mantas, alfombras y tapetes atados con cuerdas–, vas a prenderle fuego a la casa.

– No tendremos esa dicha –replicó entre tiritones la esposa, que estaba envuelta en un colchón.

Subimos corriendo las escaleras hasta llegar a mi piso. Con dedos entumecidos abrí la puerta. Hacía dentro algo menos frío que afuera. Encendimos velas y sin perder tiempo Don Bartolo y yo nos desnudamos en la sala, y antes de echarnos encima cuanta ropa había en la casa, nos dimos cada uno una fricción de colonia que nos hizo reaccionar. Cuando nos cansamos de frotar el alcohol por fuera, nos lo dimos por dentro, de la damajuana.

– Saque de mi alcoba la ropa que pueda, Don Bartolo, y nos lo echaremos todo encima –le rogué al sabio–. Voy a ver qué ropa podemos tomar de estos armarios.

Entró a oscuras en mi cuarto, desnudo y tiritando. Momentos más tarde se oían gritos de espanto.

– ¡Alberto, Alberto! –tartamudeó Don Bartolo–. Ahí, en su cuarto..., una mujer se me ha arrojado encima. Al parecer no tenía buenas intenciones.

– ¡Atiza! Me olvidé de que ésta es la noche en que Elena viene a jugar ajedrez conmigo –le expliqué brillantemente, alegrándome de estar casi a oscuras para que no me viera ruborizarme–. Una gran mujer. Si viera usted qué jaques mates me da...

A media voz tranquilicé a Elena con unas palabras, prometiéndola volver. Y lo que volvimos fue la espalda, apenas nos hubimos echado encima cuanta ropa interior, trajes y mantas pudimos encontrar.

Antes de salir nos asomamos a la ventana. Seguía nevando copiosamente, pero el viento había cedido y la luna parecía querer rasgar el cielo de plumiza plata. Los copos de nieve ya no caían con tanta furia como antes, como el arroz arrojado a puñados contra unos novios, sino ordenada y metódicamente. De súbito, algo que vi me hizo abrir la

ventana y casi caerme del primer piso, donde estábamos, a fuerza de inclinarme hacia afuera.

Una bestia mitológica avanzaba por la calle. Primero creí que era una casa con ruedas; luego, un acorazado; después, un monstruo antediluviano; finalmente vi que era lo que menos podía esperar. Un gigantesco elefante, con su palanquín y guiándole, envuelto en mantas, un indostano con su turbante. Era el elefante del Circo Kraken, que estaba en La Habana desde hacía dos días, y al que yo había dedicado ya una crónica. Como su guía era un indio de Benarés casado con una dominicana, le aullé a través de la cortina de nieve que nos separaba:

– ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

El hombre pareció despertar de su letargo. Con un largo palo a cuyo extremo había una púa, orientó su cabalgadura. Poco después aparecía ante mí una faz barbuda y semihelada, mirándome a nivel de mi ventana y como suspendida en el aire a seis metros de altura.

– ¿Qué decía usted? –me preguntó en una voz acentuada de tiritones.

– ¿Yo? ¡Oh, nada! Solamente dije: ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

– ¿Y para escuchar eso me ha hecho usted desviarme de nú camino? –me preguntó severamente.

y sus añiles, habían desaparecido. Mi compañero y yo, con nieve hasta la cintura, estábamos envueltos en la furiosa e interminable nevada, que daba la sensación de estar dentro de un almohadón de plumas de ánade sacudido furiosamente por las manos de un titán. Borrados todos los colores, un blanco ominoso lo absorbía todo. El mundo era un infinito redondo y sibilante de heladas blancuras. Al principio pudimos ver las huellas del auto, ya que al pasar había ido apartando la nieve, y además el instinto del amor orienta igual en la nieve que entre cocoteros. Caminamos a paso de tortuga por la, avenida abierta por el vehículo. Al cabo de un rato, me volví a mi compañero.

– Don Bartolo, no podemos seguir a pie.

– Pues no creo que encontremos un taxi ni un tranvía –me gritó tratando de ahogar con su voz el huracán de hielo y nieve.

– No sé. Haría falta un vehículo grande, poderoso, capaz de dominar la fuerza del viento y la alfombra de nieve que va creciendo.

Pero el frío era espantoso. Entramos en algún portal a calentarnos. Veinte minutos más tarde, con siete tragos de ron y treinta y tantos resbalones, llegamos a mi propia casa. Una gruesa capa de hielo cubría los cristales. En la portería vi a Paco, el portero, rodeado de su obesa media naranja y

sus seis retoños, que habían encendido una fogata para calentarse.

– Paco –le grité a la momia humana envuelta en almohadas, mantas, alfombras y tapetes atados con cuerdas–, vas a prenderle fuego a la casa.

– No tendremos esa dicha –replicó entre tiritones la esposa, que estaba envuelta en un colchón.

Subimos corriendo las escaleras hasta llegar a mi piso. Con dedos entumecidos abrí la puerta. Hacía dentro algo menos frío que afuera. Encendimos velas y sin perder tiempo Don Bartolo y yo nos desnudamos en la sala, y antes de echarnos encima cuanta ropa había en la casa, nos dimos cada uno una fricción de colonia que nos hizo reaccionar. Cuando nos cansamos de frotar el alcohol por fuera, nos lo dimos por dentro, de la damajuana.

– Saque de mi alcoba la ropa que pueda, Don Bartolo, y nos lo echaremos todo encima –le rogué al sabio–. Voy a ver qué ropa podemos tomar de estos armarios.

– Tiene usted razón, pero es que no tenía otra cosa que decirle. ¿A dónde va usted?

– A ninguna parte.

– Entonces no le he desviado –repliqué inteligentemente.

– ¿Tiene usted ron? –me preguntó castañeteando los dientes.

La damajuana pasó a través de la ventana y el indostano la besó amorosamente.

– ¿Adonde quiere que le lleve? –me preguntó después de limpiarse con una manga cubierta de nieve.

– ¿Adonde? –Una idea genial se me había ocurrido–. ¿Está usted haciendo de taxi?

– Claro que sí –repuso gravemente–. Hoy este elefante entrenado en Alaska es lo único que puede circular. Digo mal, he visto un solo auto, el que lleva las luces de siete colores.

Di un brinco. El auto de las luces en arco iris, el único en su género en La Habana, era el de mi amigo Mr. Plum.

– ¿Cuándo lo vio? –pregunté, anhelante por la emoción y el frío.

– Hace poco rato. Iba hacia la carretera de Matanzas.

– Pues ése es el auto que quiero que siga, aunque sea a paso de elefante. Le pago lo que sea.

– Veinte pesos la hora y ron en abundancia.

– Trato hecho. –Y volviéndome grite–: ¡Don Bartolo! –El viejo apareció muy colorado a los pocos minutos abrochándose un corsé de señora en torno a la cabeza.

– ¿Cree indispensable que le acompañe? –me preguntó tímidamente.

– Don Bartolo –exclamé severamente–, creí que para usted lo esencial era la ciencia, el aprender...

– La verdad es que su amiga debe ser profesora, por lo que enseña –repuso con dignidad.

Pero imponiéndose su amor a la ciencia, un instante después salimos ambos por la ventana e íbamos a sentarnos en el diminuto palanquín que oscilaba como un bote sobre el lomo cubierto de nieve de Archibaldo, el elefante blanco adiestrado en Alaska.

El indostano ya no hizo más preguntas. Manióbró diestramente su cabalgadura y poco después el elefante se adentraba con toda su posible rapidez por la autopista de Matanzas.

Montar en elefante en plena nevada es una de las más poéticas emociones existentes, y si yo fuera escritor trataría de describirla. No es ir en una cabalgadura, sino cabalgar sobre la tierra misma. Es un vehículo cósmico, es montar el lomo de los océanos o cabalgar sobre la propia redondez del

planeta. Los vaivenes eran dulces como el balanceo de una cuna y despertaban en nosotros agradables reminiscencias psicoanalíticas de la infancia. La damajuana circulaba velozmente entre los tres. Arropados en mantas, sentíamos la voluptuosidad de avanzar envueltos en la nevada por la altura sin principio ni fin. Borradas las casas, árboles, parques, tranvías, autos bajo el sudario de nieve, éramos los únicos habitantes visibles en un mundo extraño y fascinante de prístina blancura y gelidez hiperbórea. Nieve, nieve, nieve. Todo blanco y frío y curvo y blando, como el cuerpo de una opulenta sueca cuarentona.

No podría decir por dónde ni hacia dónde íbamos. Todo era igual en aquella estepa nevada. De vez en cuando nuestra balanceante mole esquivaba otra inmóvil, cubierta de nieve, que yo suponía era un tranvía, o doblaba una esquina. Eso era todo. Archibaldo trotaba alegremente y su trompa juguetona tomaba nieve de aquí y de allá, que luego soplaba alegremente hacia nuestras caras, en forma de ducha glacial. Su trompa oscilante y sus colmillos eran lo único que se veía. Su trote era uniforme y disciplinado, y las mantas que nos envolvían neutralizaban los golpes contra el techo del palanquín, como el mareo del ron neutralizaba el mareo de océano del trote del elefante.

Al doblar la última esquina, antes de llegar a descampado y enfilar una llanura tan blanca, helada y misteriosa como una estepa siberiana, me fui a dar una palmada en la frente,

pero el exceso de ropa que me envolvía me hizo dársela a Don Bartolo, que despertó del letargo inducido por el balanceo de Archibaldo.

– ¿Cómo puede ser esto? –vociferé y hasta el indostano se volvió a mirarme, y viendo que no me dirigía a él, se limitó a tomar prestada la damajuana–. ¿Se da usted cuenta, Don Bartolo? El auto que seguimos lleva cadenas en las ruedas. Así, como suena. ¿Sabe lo que eso quiere decir? Que en La Habana había un hombre ayer –Mister Plum– que ya sabía que iba a caer esta nevada y había tomado sus precauciones para ser él el único que pudiera viajar en automóvil.

El misterio iba complicándose.

Me interrumpió en mis meditaciones un frenazo brusco. El elefante se había parado en seco y casi salimos de cabeza, palanquín y todo. Ante nosotros se vislumbraba vagamente un gigantesco cobertizo, lleno de tremendas barricas de las usadas para transportar el agua, y rompiendo la corteza de hielo, Archibaldo estaba bebiendo ávidamente, hincando su trompa inquieta hasta el mismo fondo de los toneles. Momentos más tarde hizo un gesto de secarse la boca con la trompa lánguida, y reanudamos la marcha por la planicie nevada sin principio ni fin.

Hasta al cabo de algunos minutos no me apercibí de que lo irregular no era el terreno, sino Archibaldo. Al suave trotecillo anterior había reemplazado un abrupto vaivén

parecido al de un océano embravecido. El palanquín en un momento amenazaba escalar el cielo, y en el siguiente besar la tierra. El indostano, abrazado a la damajuana, que ya no soltaba a pesar de nuestros gritos, parecía concentrar la poca energía que le restaba en seguir la pista de nuestros fugitivos a través de un campo blanco y helado. Archibaldo, acometido de un súbito deseo de bromear, saltaba, brincaba, retozaba y danzaba como una colegiala en un concurso de jitterbug. Yo me sentía morir, con el estómago por corbata de lazo y los riñones como charreteras. Don Bartolo, aferrado a mí con una mano y con la otra a sus instrumentos, era la imagen de un físico a punto de investigar personalmente los secretos del infinito.

Archibaldo empezó a mostrar sus habilidades. Sin cesar de seguir la pista a través de las estepas nevadas y a la luz del amanecer, lívida, grasienta y gastada como un billete de banco muy usado, se divertía investigando cuanto hallaba a su paso, metiendo la trompa por las ventanas de las casas y girando en redondo otras veces como en un cósmico paso de vals.

La clave del misterio me llegó en forma de una de las duchas con las que la cabalgadura nos había obsequiado desde hacía rato. Esta vez la trompa bailarina se volvió y sopló sobre nosotros un chorro de líquido del que regurgitaba hacía rato dentro de Archibaldo. Y en el acto Don Bartolo y yo comenzamos a toser, estornudar y

restregarnos los ojos irritados. Porque la ducha era de ron y lo que Archibaldo había bebido hacía rato, los cientos de litros que subieron a su estómago aspirados a través de esa paja natural puesta en los elefantes por la Naturaleza, era ron de la mejor calidad, abandonado en las barricas por alguna destilería desprevenida.

Lo que siguió fue una pesadilla. Vaivenes al por mayor y sustos a granel. Perdida la noción del tiempo y el espacio, Cuba se convirtió en una inmensa pelota de hielo bañada en una lluvia de fino y níveo confeti con la que Archibaldo jugaba alegremente, botándola sobre sus patas. Cuando abrimos los ojos, sepultados hasta el cuello en un banco de nieve, y vi a mi lado a Don Bartolo recogiendo sus instrumentos y al indostano a unos metros ayudando a levantarse a Archibaldo, di gracias al cielo por la nevada y el mullido colchón de armiño que había salvado nuestros huesos del batacazo.

Liquidamos nuestra cuenta con el indostano, y enérgicamente nos negamos a seguir en el vacilante paquidermo. Allá le vimos alejarse, bailando alegremente al son de una rumba silbada por su guía y mentor, hasta desaparecer como un monstruo antediluviano, perdido en el cortinaje de nieve que nos aislaba del resto del universo.

No hubo tiempo de preocuparse por nuestra propia suerte al quedar solos, tiritando, empapados (sin fuego, ni ropa seca, ni ron), en mitad de la planicie helada, porque un

alegre tintineo de campanillas rasgó el aire frío. Como si se descorriese el cortinaje de nieve, apareció, como salido de la misma tormenta, un trineo tirado por ocho perros, con una figura envuelta en pieles dirigiéndolo.



– ¡Ito!, ¡Mai!, ¡Yuen!, ¡Ahuva!, ¡Rover!, ¡Kahin!, ¡Sevia!, ¡Ahusa!, ¡Margel!, ¡Csi!, ¡Ant! –gritó una voz que salía del fondo del envoltorio de pieles, y entonces me di cuenta de que con el entusiasmo el conductor del trineo estaba llamando a tres perros más de los que había.

– ¿Van en mi misma dirección? –preguntó la voz ronca y poderosa del corpulento conductor del trineo.

– Claro que sí –respondimos ambos sin vacilar.

– Pues arriba.

Momentos más tarde seguíamos a Mr. Plum, pero esta vez en alas del viento, llevados por una alegre jauría que parecía volar sobre la nieve bajo la tralla del conductor.

Era grato sentirse volar a través de la tormenta, la nieve en el rostro, el viento quemando los labios, envueltos en el aullido de los perros y los gritos rotundos del conductor, viendo el mundo blanco, ancho, frío, cruel en derredor desaparecer y aparecer en cada recodo, a medida que avanzábamos a una velocidad cada vez mayor. Comenzaron a verse árboles cubiertos de nieve, pero no tenía ni idea de dónde estábamos, aunque presumía que íbamos camino de Matanzas.

– ¿Y usted, de dónde ha salido? ¿Cómo va tan bien equipado? –le preguntamos al guía, un hombretón alto y

fuerte como una torre, que hablaba el español con un extraño acento.

– ¡Oh! –contestó modestamente– yo voy así todo el año.

Don Bartolo y yo nos miramos, y mi viejo amigo, con disimulo, se llevó el dedo índice derecho a la sien del mismo lado y lo hizo girar como una barrena.

No hicimos más preguntas. En el paisaje blanco y al ir cesando de caer la nieve, se veían claras las huellas de las ruedas del automóvil de Mr. Plum, endonde mi adorada iba secuestrada, no diré camino del deshonor, pero sí del cautiverio.

El trineo se detuvo bruscamente al volver unas colinas en donde la nieve alcanzaba la altura de un poste de telégrafo.

– Pueden seguir a pie –nos dijo el conductor amablemente–. Yo sigo hacia otro lado.

Nos dio la mano gravemente y además su tarjeta, que sacó de dentro de uno de los mitones. Un poco atontados del ron y el frío, le vimos llegar en la distancia a una grieta del terreno, en donde tras varias manipulaciones, convirtió el trineo en una canoa y se metió en ella, perros y todo.

– ¿Adonde va? –le grité, y mi voz pareció rasgar el aire puro y frío y el blanco silencio nevado.

– Allá –gritó en la lejanía–. A mi campamento–. Vimos entonces que al otro lado del río de hielo o lo que fuera, humeaban unos iglúes de nieve–, «Little America».

Miramos la tarjeta que nos diera el guía. Decía estas palabras: Sir Edmund Fuchs, Explorador polar.

– Córcholis –dije yo con mal humor–, estos ingleses son el diablo.

Ya se han enterado de lo que pasa aquí y han mandado a Fuchs a explorar las nieves de Cuba.

En vano gesticulamos a Fuchs. Su canoa había desaparecido en la distancia del río helado. Seguimos a pie la marcha. Al volver la colina nos detuvimos en seco. Las huellas del automóvil conducían a la entrada de una tremenda verja de hierro, la más alta que he visto en mi vida, hecha de barrotes muy juntos, de manera que apenas había intersticio alguno entre ellos. A ambos lados de la verja se alzaba un tremendo muro de piedra, tan Eso y resbaladizo bajo el hielo que lo cubría que era imposible escalar. Estábamos ante la fortaleza–albergue de Mr. Plum. Los árboles que se veían a través de la reja eran tan frondosos y estaban tan cubiertos de nieve que era imposible ver la casa, si la había, dentro del parque. Varias tentativas y otros tantos batacazos nos convencieron a Don Bartolo y a mí de la imposibilidad de escalar lo que parecía la gran muralla de la China.

Nos apartamos de la reja de entrada, y con el corazón –el mío, no el de Don Bartolo– devorado por los celos, celebramos consejo de guerra, resguardados del viento helado por unas palmas que parecían gigantescas borlas empolvadas de nieve.

– Reflexionemos –dije a mi amigo, cuyos dientes chocaban contra el gollete de la damajuana del ron–. Tenemos...

– Tenemos mucho frío –interrumpió Don Bartolo tiritando.

– Ya lo sé, Don Bartolo –contesté severamente–. Tenemos también la ropa mojada, y sólo otra damajuana de ron. Por aquí no podemos entrar y no deseamos gritar ni llamar la atención de los moradores de esta casa. Hay que asaltar la fortaleza por sorpresa. Propongo que sigamos dando la vuelta al parque hasta hallar algún boquete de entrada en el muro o un modo de escalarlo.

Nuestra expedición siguió dando la vuelta al parque entre tropezones, hundimientos en hoyos de nieve y temblores y tiritones.

– Allí, allí –gritó Don Bartolo súbitamente.

A unos cien metros se alzaba una cabaña de palmas, de las que salía una columnita de humo. El techo de la cabaña estaba semihundido por la nieve, pero al fin y al cabo aquello era un refugio contra el frío. Cautelosamente nos

fuimos acercando a la entrada. Al llegar junto a la puerta, cerrada por un pedazo de estera vieja, nos paramos y escuchamos un instante.

– Parece que dentro tienen algún animal feroz –musitó Don Bartolo palideciendo de miedo bajo la palidez del frío.

Se oía un ruido estremecedor, que comenzaba en un murmullo y terminaba en un estruendo como el rugido de un león.

Cautelosamente levantamos una punta de la estera y asomamos la cabeza. Y ambos respiramos.

Dentro del bohío no había sino unas esteras, mesas, unas sillas de palma, un catre y una mulata gorda roncando en una hamaca.

– Hola –llamé entre tiritones.

Me respondió un ronquido como un rugido de dinosaurio, si es que los dinosaurios rugían. Envalentonado avancé dentro del bohío, templadito en comparación con el exterior gracias al brasero que exhalaba un calorcito tan dulce como el regazo de una novia. Entre las brumas del brasero y el vaho del calor, una cara gorda y lustrosa, todavía atractiva, de mujer otoñal, sonreía beatíficamente en sus sueños.

Con cuidado le arrimé el gollete de la damajuana de Bacardí, y aguardé a que la bella gorda durmiente del bosque respirase el vaho bienhechor.

– Glu, glu, glu –cantó el ron al bajar por la faringe de la recién despertada.

Un cuarto de hora después Don Bartolo roncaba echado en una hamaca cubierto de mantas hasta la cabeza, y yo estaba mano a mano con la mulata gorda en un diálogo erótico–alcohólico que tendría graves consecuencias.

Pude enterarme de que se llamaba Robusta –abreviatura de Robustiana– y de que era la fabulosa amante de Mr. Plum, la invisible Mesalina, a la que llamaba Bertica, que distraía los ocios del obeso director de turismo. Entre sorbo y sorbo, y tiritón y castañeteo de dientes, me informó de que hacía dos años que vivía en aquel bohío, que estaba fuera de los muros de la residencia– fortaleza de Mr. Plum. Cuando el gringo venía a visitarla, ella entraba a su palacete–fortaleza y juntos pasaban un fin de semana henchido de ternuras y devaneos.

Robusta era Mae West después de sometida a una dieta de vitaminas y engorde. La cara era atractiva y sensual, con mofletes como los glúteos de un chiquillo, los ojos como dos lunas gemelas, una boca como una granada desgarrada y una dentadura como las teclas de un piano recién limpiado.

Al andar, toda ella era un flan envuelto en franelas, oscilante, sensual, tembloroso y torrencial.

– ¿Qué más quieres saber, mi vida? –me preguntó, media damajuana después.

– ¿Cómo se entra en la finca de Mister Plum, mi encanto?

– Mister Plum llegó hace dos horas y no os va a dejar entrar por la puerta –repuso ella–. Sólo hay otro modo de entrar, pero no te lo voy a decir, morenazo.

– ¿Te agrada que Mister Plum se haya traído una amiguita? –le pregunté, aunque al hacerlo me partía el corazón.

– No te creo.

– Pregúntale a ése, morucha –repuse señalando al fardo que roncaba en otra hamaca.

Robusta, con agilidad increíble, zarandeó el montón de mantas, del que emergió la calva reluciente de Don Bartolo.

Un cuarto de hora después, la persistencia nuestra convenció a Robusta de que su enamorado la engañaba. Enrojeció de ira hasta los nudillos.

– ¿De modo que ese gringo traidor me engaña?

– También me engaña a mí –repliqué yo con la tristeza de un perrete desvalido.

– Pues eso tiene un remedio –dijo ella enérgicamente–. Vamos a engañarle nosotros a él.

Lo que siguió no es para contado ni para creído. ¡Dante no vio nada!

Un bohío cubano sepultado en la nieve, el viento helado zumbando afuera y la nieve cayendo por entre los intersticios del techo de palma, Don Bartolo enterrado en mantas, roncando, y yo sepultado en aquella arroba de sebo humano, empeñada en hacerme el amor. Fui héroe a la fuerza. El resultado fue que cuando la bujía que nos alumbraba se apagó, y Robusta y yo nos apagamos también, pude arrancarle su secreto entre suspiros quejumbrosos.

– Hay un canal que va desde afuera hasta dentro de la casa y que no puede estar todavía cubierto por la nieve. Es grande, porque lo usaba él para venir hasta aquí y yo para ir hasta él, sin que nos viera la servidumbre. Está a la salida del bohío, y va a parar al sótano de la casa.

Abandonando a una Robusta feliz, agotada y suspirosa y a un Don Bartolo roncador, salí afuera del bohío. La noche había caído, cerrada y fría como una losa de mármol sobre un nicho. No había cielo, ni luna, ni estrellas, sino la copiosa nevada que implacable seguía sepultando la isla. El viento

era atroz y helado. Se escuchaba lejano el aullido de perros que semejaban lobos. Di un tiritón, y un suspiro se subió del pecho.

– Señor, ¡esto es Cuba ahora! Y pensar que sólo hace dos días aquí no se oían más que grillos.

En las heladas tinieblas busqué la entrada del túnel de que me hablara Robusta. No me fue difícil encontrarlo. Entre unos arbustos, protegido de un bloque completo de ramas, pude atisbar a través de la nieve el resplandor de una luz lejana. Sacudí los arbustos, y hallando la boca de un túnel, me dejé caer y a gatas avancé por el suelo helado.

Fue como ir avanzando por dentro de una gigantesca barra hueca de hielo. Todo a mi alrededor era cóncavo, pulido, resbaladizo y helado. Entre lo debilitado que me había dejado Robusta y el frío penetrante que parecía helarme el tuétano de los huesos, cuando llegué, después de avanzar unos cincuenta metros al extremo del túnel, estaba totalmente exhausto. Para mayor disgusto, observé que la vaga luminosidad que me guiara en mi gateo provenía de una luz eléctrica encendida al otro lado de la puerta que cerraba el túnel. Con gran sigilo me incorporé y miré por la ventanita de cristal situada en la parte más alta de la puerta.

Mi exploración reveló a Mr. Plum, cómodamente repantigado en un butacón, frente a una chimenea donde restallaba trepidante un fuego de leños, saboreando una

copa de coñac y fumando un veguero cuyo humo tentador ascendía en azules espirales, escuchando una radio colocada junto a la chimenea. Resignado a aguardar a que él saliera de la habitación para entrar yo, me acurruqué, junto a la puerta, reprimiendo los tiritones, y escuché las noticias, que me dejaron más helado que la nieve que, goteando del techo, me escurría desde la nuca hacia abajo, por dentro de la camisa.

«... Tres fabricantes más de hielo se han suicidado hoy en La Habana –continuó en la radio una voz entrecortada–. Siguen sin reanudarse las comunicaciones por radio o teléfono con ninguna parte y el servicio de trineos es todavía reducidísimo. Corre el rumor de que el almirante Fuchs ha sido visto explorando la Isla.»

Hubo una pausa en la que se oyó cómo el speaker se limpiaba las narices después de varios estornudos. Lo que escuché después me heló la poca sangre que aún me quedaba líquida en las venas:

«... Se confirman las noticias de nuestro servicio meteorológico. Esto no es una nevada pasajera, un fenómeno atmosférico transitorio. Las observaciones realizadas confirman que por algún extraordinario motivo, inexplicable para la ciencia, La Habana ha pasado súbitamente a un clima hiperbóreo, a temperaturas, precipitación, humedad, presión

barométrica y demás condiciones climatológicas similares a las existentes en la zona polar. ¡Oiganme, compatriotas! Esto va a quedarse así permanentemente. Cuba es un país polar. Prepárense, pues, para lo que venga, y dispónganse a abrigarse y a reorganizar la vida de acuerdo con el nuevo clima hiperbóreo.»

A pesar del frío, sentí que tenía la frente empapada en sudor. Al mirar por la ventanilla y ver a Mr. Plum, sonrosado y rollizo, frotándose las manos de gusto frente al alegre fuego que chisporroteaba en la chimenea, un relámpago iluminó mi cerebro. ¿Será posible...? Pero la idea era tan fantástica que la rechacé enseguida. No obstante, allí estaba la evidencia. Un automóvil equipado con cadenas en las llantas de goma para no patinar en la nieve. Una chimenea (¡en Cuba!) con un fuego encendido... ¿Sería posible que este gringo maligno, por algún método desconocido, hubiera desencadenado este cambio atmosférico sobre La Habana para satisfacer un rencor subconsciente? Pronto iba a salir de dudas. Mr. Plum se levantó del butacón con gesto resuelto, terminó su copa de coñac y salió de la estancia por otra puerta. Venciendo mis tiritones, abrí con la llave, que temblaba en mis dedos helados, y me introduje en la estancia.

Al principio el cambio fue tan brusco que me quedé como paralizado y se me empañaron no ya las pupilas, sino hasta las amígdalas. ¡Qué delicia la de estar en un cuarto

calentado como un horno! Me senté en el butacón de cuero, di un par de amorosos besos a la botella de coñac, y dejé que el calor fuera renovando la vida en mi cuerpo aterido. ¡Qué gran placer sentir la sangre subiéndome a oleadas por los miembros entumecidos! Era como emborracharse dentro de los huesos, en donde la medula debía estarme echando bendiciones al irse derritiendo otra vez.

Medio entontecido por el calor, miré en derredor. Butacones de cuero, paneles de madera, chimenea llameante, copas de barril para el coñac, una panoplia de corcho para echar dardos, alfombras hechas de pieles de animales feroces. Era sentirse transportado a un club del East Side, de Londres. Todo aquello, en pleno trópico cubano, representaba muchos meses de preparación, envíos, arreglos, planes secretos y misteriosos preparativos.

Sintiéndome normal otra vez, eché a andar de puntillas hacia la puerta por donde desapareciera Mr. Plum hacía unos minutos. Ascendí una escalerilla, crucé un corredor, subí otra escalera, recorrí un pasillo, y por fin me detuve ante una puerta tras la cual se oían voces.

– Cacha... Yo seré tu emperador que te traerá Cuba a tus pies, y tú mi emperatriz, que usará alfileres de diamantes como mondadientes...

No aguardé más. Como voy mucho al cine, creía saber lo fácil que es echar abajo una puerta con el hombro. Di un

empujón. No pasó nada. Otro. Nada, tampoco. Al tercer empujón, la puerta cedió, porque alguien abrió desde dentro. Era Cacha, que pistola en mano (según averigüé después, se la arrebató a Mr. Plum) me había abierto la puerta. Era tal mi ímpetu, que caí sobre la cama en donde momentos antes estaba sentada Cacha, y a cuyos pies, arrodillado y amoroso, temblara Mr. Plum. Por unos momentos miré la estancia, un dormitorio con una cama invitadora, candelitas amables, un tocador perfumado, Cacha todavía en el mismo traje de sardina que usaba para su acto en La Puntería, y Mr. Plum abotargado, congestionado y frenético, cínico y repulsivo, en batín, zapatillas y pañuelo de seda al cuello, echado sobre el sofá por el empujón de Cacha.

- Gringo mahgno –le escupí a la cara.
- Odioso escritorzuelo –replicó él con idéntico veneno.

Mi amor pudo más que mi odio. Abalanzándome a Cacha, la tomé en mis brazos y durante unos segundos, minutos o años, que aún no lo sé, ambos nos olvidamos del universo. Cuando abrimos los ojos, Mr. Plum había desaparecido.

- ¡Cacha linda!
- ¡Moníh!

Y todo volvió a empezar de nuevo. Pero Mr. Plum seguía misteriosamente ausente. La explicación que Cacha me dio entre suspiros entrecortados y besazos enardecedores fue bastante incompleta. Mr. Plum la había recogido diciéndole que iban a encontrarme. Por el camino Cacha se dio cuenta del cambio en la ruta y de las intenciones de Mr. Plum. Con frecuencia, el traidor echaba mano a los frenos del coche sólo para equivocarse y aprisionar una de las columnas de alabastro de Cacha. Divagaba con lamentable torpeza y en vez de hablar de mí, hablaba contra mí. Por último le dijo que Cuba iba a cambiar por completo y que sólo él estaría preparado para enfrentarse a la situación. Por añadidura, ella no pasó frío, pues Mr. Plum tenía en su coche un calentador (¡en Cuba!), mantas, un termo con café caliente y ron y escobillas limpianieves en el parabrisas.

Minutos más tarde, Cacha y yo, de la mano, nos lanzábamos a explorar los misterios del caserón campestre de Mr. Plum. De puntillas fuimos recorriendo salas y salones del pabellón de campo. Todo amueblado con elegancia y dignidad británicas. Suntuoso y señorial. Mr. Plum parecía haber desaparecido. Miré a Cacha intrigado.

– ¿Dónde diablos crees que...?

– Albertito... Yo no sé, pero antes de venir tú me trajo coñac en copas grandes, y por si acaso, le eché en su copa unas tabletas de las píldoras que Pepa, la «Rumbera electrónica», toma para dormir. A lo mejor está durmiendo.

Miré a mi novia, orgulloso de su malicia, ya que no de su sustancia gris, por no habérmelo dicho antes.

– Entonces, lo lógico es buscarle en su dormitorio.

En efecto, allí estaba. Echado en su cama, adonde se fue automáticamente al entrarle el sueño invencible como se va un conejo a su madriguera.

Congestionado, sudoroso, gordote, fofo, repugnante y cínico hasta en su modorra, con las gafas de concha caídas sobre la nariz, como si al cuadro de los ojos se le hubiera caído el marco en un terremoto individual.

– Exploremos la casa –propuse a Cacha, y abandonando a Mr. Plum, descendimos al estudio.

Después de rebuscar entre los centenares de libros de la biblioteca y de abrir todos los cajones de los escritorios, hallamos lo que yo buscaba sin saberlo: un diario. A medida que lo leíamos nuestras bocas iban asemejándose a buzones de correos.

«... Hoy es el gran día –leí en lo escrito en el día anterior–, el día de la venganza por la que he aguardado tantos años. Hoy lanzaré sobre Cuba la más grande catástrofe meteorológica habida en la Historia. ¡Y todo es tan sencillo! Se reduce a levantar el ancla... Lo que vendrá después son nieves eternas, frío glacial, temperaturas siberianas, vida

antártica. Nadie está preparado, nadie lo espera. Solamente yo lo estoy. Con mis recursos, seré el amo de la isla y mi dama lo compartirá conmigo, la mujer con quien tanto he soñado y tan sin esperanza, Cachita, la de las piernas esculturales...»

– Caramba –dije, sin poder evitarlo–, hasta ese bestia de gringo se dio cuenta.

– ¿Te crees que él es ciego? –me preguntó púdicamente Cacha.

«... Es el gran día. Todo irá conforme a un plan. De madrugada, a recoger el ancla. Luego, a la deriva. Después las corrientes harán lo demás. El final: frío polar».

– Esto es estúpido –exclamé.

– El frío es auténtico –repuso inteligentemente Cachita, con su aliento perfumado.

– Hay un medio de averiguarlo todo –dije siniestramente.

Lo que sigue es una pesadilla. Cómo levanté a puntapiés de la cama a Mr. Plum, cómo le obligué a ponerse botas, bufandas y abrigo, para que no pillase una pulmonía, y cómo le hice salir afuera para que el aire fresco le despejase, es algo para vivido y no contado. Dos horas más tarde, en la helada planicie bajo la nieve que caía implacable, aunque menos densa, Mr. Plum se sentía ya casi Ubre de los efectos del

narcótico, y bajo el cañón de la pistola con que yo le apuntaba, todavía algo atontado, comenzó a desbarrar. Estábamos solos en la llanura helada, blanca, desnuda bajo la nevada atroz, y los tres tiritábamos de frío.

– Dígame qué ha hecho usted para provocar esto –le exigí por última vez–, o le dejo más frío que estos témpanos.

Lo que me dijo me dejó a mí más frío que el hielo, y está comunicado en el informe de Don Bartolo que se publicará al mismo tiempo que este relato por las academias de Física, Cosmología y Geografía. Si lo resumo telegráficamente aquí, es sólo para no dejar incompleta esta narración, puesto que ya es del dominio de todos.

Mr. Plum había descubierto, por accidente, el secreto de la isla de Cuba. Cuba no fue nunca una isla fija, sino una de las muchas islas flotantes del Atlántico. Hace siglos flotaba cerca de las riberas del África y de allí derivan su vegetación e incluso algunos de los primitivos habitantes de color. Un día, alguna galerna atlántica desprendió la isla flotante de la costa africana. Hasta entonces, puentes de lianas, troncos caídos, raíces y maderas unían la isla al continente negro. Cuando se desprendió de él, la isla navegó por años a la deriva. Finalmente, ancló de modo natural en el Caribe. Las raíces y bañas de su base prendieron en el fondo de las rocas del mar Caribe y la isla quedó anclada en su posición conocida hasta hoy. Un nuevo clima tropical fue su bendición, y la isla errante volvió a asentarse y convertirse

en un paraíso tropical americano como antes lo fuera africano.

Un día llegó un navegante llamado Colón. Después de él, otros, y luego, el gran Hernán Cortés. Fue Cortés quien descubrió el secreto de Cuba. A 100 kilómetros de La Habana, sus inquietos soldados hallaron una grieta en el suelo que parecía no tener fondo. Se trataba de una especie de pozo de cuyo brocal pendía, como la cuerda que aguanta el pozal, un cable gigantesco, de unos tres metros de espesor, duro como el acero, trenzado de fibras vegetales. Era el cable labrado por las manos de la Naturaleza con los restos « de árboles, lianas, bejucos, plantas y arbustos, que por el único orificio que restaba en el suelo de Cuba aún se enlazaba con el océano. Al parecer era el punto más hueco y menos hondo de la isla: un antiguo cráter volcánico, hoy apagado, por el que caía la cuerda vegetal gigantesca, que como un ancla inmovilizara a Cuba al Caribe. Como estaba sobre una eminencia volcánica apagada, el nivel del agua no era nunca un peligro para inundar la isla, siendo siempre inferior al nivel geológico del suelo. Cortés vio estas posibilidades, aisló esta zona, la declaró peligrosa a sus soldados y pensó un día en usarla para cuando le conviniera, a su retorno de México, levantar el ancla vegetal y dejar que la isla se lanzara a la deriva hacia las aguas del golfo de México, en donde contaba con tenerla como una base-embarcadero para sus tropas. La Historia no le

permitió realizar sus planes. Retomó a España, murió y su secreto quedó olvidado.

De generación en generación quedó olvidada la finca con un pozo gigantesco en cuyo brocal se torcía una titánica soga. Nadie pensó que aquello era el ancla que ligaba a Cuba al Caribe. Hasta que un día...

Cuando Mr. Plum adquirió su finca en Cuba, no sabía lo que iba a hallar allí. Un día debió ver el pozo misterioso, asomarse a él, e intrigado, comenzar a hacer indagaciones, estudiar viejos documentos, revolver archivos, ligar viejas referencias, consultar geógrafos, geólogos, físicos, matemáticos y, por fin, averiguar que en su finca tenía el secreto de la vida tropical o de la muerte antártica para Cuba.

– ¿Por qué ha hecho usted esto? –le pregunté a Mr. Plum, pistola al pecho, tiritando ambos bajo el cielo sin luna.

– Vengarme –repuso lentamente–. No crea que lo he hecho por Cacha. Hace años que pensé en el poder que este hallazgo me daba. Trabajé, gasté, consulté a eminencias científicas, discretamente hice obras en mi finca. Por último, me hice construir la más grande garrucha del mundo, capaz de levantar esa soga que ata la isla de Cuba al fondo del Caribe. Fue toda una obra de ingeniería. Todos me creyeron chiflado, porque nadie que trabajó aquí sabía ni una palabra de la verdad del caso. Y el resultado fue fantástico. Cuando

terminó la obra, con un solo dedo podía mover una isla. Bastaba impulsar la palanca que hacía girar la cuerda vegetal para levantar esta ancla natural de las rocas oceánicas y dejar que la isla se lanzara a la deriva movida por las corrientes marinas que yo había estudiado tan cuidadosamente. Así lo hice ayer. Moví la palanca.

– ¿Y...? –pregunté, sudando a pesar del frío.

– La isla de Cuba empezó a navegar después de cientos de años de inmovilidad –repuso Mr. Plum fríamente–. Nadie se dio cuenta. Lo cierto es que con la velocidad de un meteoro, la isla fue navegando hacia el Sur, pasando, sin que nadie se diera cuenta, frente al golfo de México, la costa de Brasil, la de Argentina y finalmente asentándose en el Polo Sur, donde nos hallamos en este momento, anclados en un promontorio de hielo, a 60 grados de longitud Oeste y 70 grados de latitud Sur.

– ¿Que estamos... que... Cuba... ha venido flotando hasta el... Polo Sur...?

– Ni más ni menos –repuso Mr. Plum frotándose la nariz, que se le había helado–. Estamos en el hemisferio austral, a miles de kilómetros de lo que fue un día la situación de Cuba. Estamos en el reino de las nieves perpetuas. Cuba nunca más verá el sol.

– Gringo hiperbóreo –le insultó Cacha tiritando.

– ¿Qué piensa hacer usted ahora? –preguntó con soma Mr. Plum.

– ¿Qué pienso hacer? –repliqué y las palabras me silbaban entre los dientes plenas de rencor y de frío–. Devolver a Cuba a la luz del sol y al calor, que es lo que necesitamos. Cacha, apunta con la pistola a este barril de manteca y déjame las manos libres.

Cacha, valientemente, apuntó a Mr. Plum con la decisión de una heroína de película de episodios de hace veinte años.

– Cacha, por favor –le dije–, el revólver se apunta hacia allá –y se lo volví del revés–. Si se mueve, dispara –le aconsejé, sin poder dejar de estremecerme por mi suerte si disparaba.

Ciego de ira, me apoderé de un hacha que hallé en la caja de instrumentos junto al pozo, y comencé a cortar la soga vegetal, el ancla centenaria que retenía a la isla de Cuba en las latitudes del Polo Sur.

– Usted está loco –gritó Mr. Plum.

– Cuidadito, Mister Plum, que este chisme se dispara solo –le previno Cacha apuntándole.

– Estoy soltando a la isla de Cuba, para que vaya a la deriva adonde fuere, que siempre será mejor que esto –le repliqué.

Jamás olvidaré la escena. Noche cerrada. Nieve por doquier. ¡Nieve en Cuba! Necesitaba recordármelo para creerlo. Frío siberiano. Cacha, tiritando y apuntando con una pistola al gringo. Mr. Plum, lívido de frío, de ira y de miedo. Y yo, sudando la gota gorda, descargando hachazos sobre el tremendo cable de fibra vegetal que anclaba a Cuba a los fríos del Antártico. Todo parecía una pesadilla de la que esperaba despertarme en cualquier momento en La Floridita, sentado ante una batería de daiquiríes y mirando las pantorrillas de las chicas guapas.

Cada hachazo mío parecía hendir alguna circunvolución del cerebro de Mr. Plum. Al cabo de un rato perdí la noción del lugar, de la compañía y del propósito. Todo mi ser se concentró en el cable de fibra vegetal que tenía ante mis ojos, velados por la nieve que caía. En algunos momentos me parecía como si tratara de secar el agua del mar usando un cubito y una palita infantiles; en otros instantes, cual si tratara de cortar el nudo gordiano con una hoja de afeitar. Pero ciego de ira seguí machacando, y media hora más tarde vi que solamente restaba ante mis ojos un cabito de sogá. El resto estaba deshilachado o cortado por los golpes de mi hacha. Levanté la vista con aire triunfal antes de dar el hachazo definitivo, y con gran estupor comprobé que me hallaba solo.

No vacilé: de un solo tajo hendí el resto de fibra que restaba. Contra lo que esperaba, no hubo ninguna

explosión, ni conmoción terráquea, ni si-quiera un ruido indicador de lo sucedido allá, en las profundidades del océano. Miré hacia abajo, pero el inmenso boquete negro no me reveló nada. Miré arriba y solamente vi el cielo polar, que me aterrorizaba más aún ahora, después de saber dónde nos hallábamos. Y tirando el hacha, empapado en sudor frío, eché a correr hacia la casa.

Avanzando a trompicones por la nieve, llegué ante ella llamando a gritos a Cacha. Nadie respondió. Con el hacha en la mano iba a penetrar en la casa, cuando ella me salió al paso por la puerta de la mansión.

– Alberto, ¿cortaste el cable?

– Ya está Cacha. Estamos a la deriva. Cuba está navegando y en las manos de Dios.

– Pues corramos, Alberto. Mr. Plum está medio loco y ha ido a buscar una ametralladora que tiene escondida.

– ¿Una ametralladora?

– Y lo peor es que no sabe manejarla, lo que quiere decir que, si dispara, nos mata –agregó Cacha con implacable lógica femenina.

Sugestionado por su pánico, corrí junto a ella hacia el túnel de hielo por donde yo llegara a la casa. Febrilmente, en la blanca y helada niebla, nos arrodillamos ante el túnel de

hielo. Fue como introducirnos ambos dentro de un cucurucho de helado. Todo estaba frío y oscuro. Fuimos reptando con cautela por dentro del túnel. De repente ella dio un grito.

- Alberto mío. El túnel está cerrado.
- Es imposible.
- Sí; está todo helado. No hay modo de romper la pared.
- Prueba con las uñas, amor mío.
- No puedo, encanto de mi alma.

Ambos estábamos tendidos como sobre un colchón, uno detrás de otro, con una corteza de hielo de un metro de espesor arrollada en torno nuestro. Si no era posible avanzar, y era imposible romper la coraza de hielo del túnel, y además ambos estábamos helados, había que salir de allí a toda prisa. Intenté entonces arrastrar a Cacha tirándole de una pierna, tarea sumamente agradable en otras circunstancias, y retirarme yo hacia atrás. El túnel que nos rodeaba estaba tan ceñido como si estuviéramos metidos dentro de un rollo de esteras de hielo, lo que hacía muy difícil el moverse. Todo fue moderadamente bien, hasta que de repente noté que un objeto cilíndrico se proyectaba contra mi espalda.

– ¿Qué es esto? –me pregunté a mí mismo, pero en alta voz.

– Esto es una ametralladora –replicó la voz de Mr. Plum.

No hizo falta más. De un solo brinco resbalé varios metros sobre el hielo en dirección a Cacha.

– No te escaparás, bribón –me gritó Mr. Plum.

– No dispare, que se carga usted a Cacha también –le grité. El truco dio resultado. Oí un jadeo detrás de mí.

– Está bien. Tengo un puñal. Le voy a hacer rebanadas a usted solo –dijo la voz a mi espalda.

Rebanarme le hubiera sido muy fácil a Mr. Plum, teniendo en cuenta que mis brazos no podían levantarse del hielo y que éste me rodeaba por todas

35*3 partes, aprisionándome en un cilindro de helado acero. Como pude seguí reptando hacia Cacha en las tinieblas, sintiendo que me seguía Mr. Plum por el túnel arrastrando a duras penas su voluminoso abdomen por el estrecho pasadizo. Fueron instantes de angustia, pero por fin llegué de nuevo a tocar la maravilla escultural del tobillo de Cacha.

– Adelanta, nenita –le rogué tiritando.

– No puedo, Albertín –me contestó–. Tengo delante un muro de hielo. Estamos emparedados.

Un sudor frío me corrió por la espalda. A cada momento esperaba sentir en la parte más innoble de mi cuerpo el frío penetrante del acero empuñado por Mr. Plum.

– Os cogí en la ratonera –aullaba el gringo. Y yo oía el cuchillo rascando contra el hielo a medida que el obeso gringo se me acercaba.

– Adelanta, nenita –le rogué a Cacha.

– No puedo, Albertín. Tengo las narices metidas ya en el muro de hielo.

No cabía sino morir en aquella ratonera rebanado por Mr. Plum, cuando un gozoso grito de Cacha me devolvió la vida.

– ¡Alberto, Alberto, hay paso!

Lejos entrevi una leve blancura que rompía la oscuridad del túnel. Escuché también el ruido producido por alguien al romper a golpes la pared que cerraba el otro extremo. Cuando ya el puñal del gringo me rozaba, repté hacia la ansiada salida como jamás lo hiciera culebra alguna. Cacha me precedió con tal velocidad que, dejándose la manta que la abrigaba hecha jirones entre las aristas del hielo subterráneo, salió semidesnuda, y sus piernas sublimes brillaron un momento a la luz espectral del amanecer polar.

Con la cara llena de nieve me levanté y confusamente, a la entrada del túnel, entreví la figura titánica de Robusta, la colosal amante mulata de Mr. Plum, erguida, solemne y amenazadora como una valquiria, con un mazo de madera tan grande como un mástil en su puño poderoso.

– Robusta –le dije–, gracias, gracias. Nos ha salvado la vida.

– No he salvado la vida de nadie. Ha sido solamente –repuso ella con voz ronca– para poder vérmelas a solas con ese gringo traidor.

No aguardamos a ver el resultado de su espera, porra al brazo, junto a la boca del túnel.

Recogiendo a Don Bartolo, que salía medio adormecido del bohío, echamos a correr a través de la nieve a campo traviesa, por donde solamente hacía unas horas el calor era insoportable y la noche cubana, sensual y suspirosa, amparaba con sus aromas a la isla mágica. Mi último recuerdo de Robusta, al volverme una vez, fue verla porra en alto aguardando el instante en que Mr. Plum asomara la cabeza por el extremo del túnel para descargar sobre ella toda la furia amorosa, mal contenida, de doscientos kilos de pasión achocolatada. Corrimos locamente y por fin nos paramos jadeantes. Nos envolvía la noche polar. Viento atroz, nieve por doquier, la blancura infinita, el cielo de borrasca, el frío glacial. Estreché entre mis brazos a mi amada.

– Cacha. Por tus piernas acabo de salvar a Cuba.

Y nos fundimos en un abrazo de amor que debió derretir las nieves polares en un kilómetro a la redonda.

Lo que sigue ya lo sabe todo el mundo. Nuestro regreso a La Habana, parte a pie, parte a caballo y el resto en automóvil, y los extraños días siguientes, en que los cubanos presenciaron toda clase de extraordinarios fenómenos meteorológicos. La nieve cesó, para quedar la existente derretida en cuarenta y ocho horas. Las comunicaciones por radio se hicieron más confusas que nunca. La incomunicación con el mundo era absoluta. Los astrónomos, físicos y meteorólogos vivieron una semana de completa esquizofrenia tratando de averiguar qué le pasaba a la isla. Los diarios publicaron observaciones fantásticas como jamás las soñaron Veme, Wells o Poe. Visiones extrañas de costas, barcos, islas, puertos, panoramas jamás sospechados, que aparecían y desaparecían ante los cubanos hacinados en el Malecón, como imágenes en una pantalla cinematográfica. En unos días volvió el calor tropical.

«Cuba entera parece ser un barco que estuviera navegando a la deriva» decía un día *El Mundo*. Sólo yo sabía que efectivamente Cuba era un barco a la deriva, lanzado por mi propia mano. De Mr. Plum no volví a acordarme por el momento. Cacha estaba en cama cuidándose el resfriado que sufría. Yo, estornudando y tosiendo, seguía febrilmente

el curso de las noticias. Don Bartolo, con sus observaciones, me iba diciendo lo que nadie en Cuba sabía: la longitud y latitud por donde navegábamos. Y yo estaba viviendo sobresaltado pensando si la isla de Cuba, al parecer falta de su ancla vegetal, empujada por las corrientes, había enfilado a la costa sur del Pacífico o se iría hasta el Polo Norte y se repetiría el problema. Entretanto, comenzaban a llegar a la isla cables de barcos, aviones y yates que, camino de Cuba, se habían hundido, naufragado o desorientado, buscando la isla sin hallarla. La escuadra norteamericana en pleno, más de dos mil Constellations y otros aviones, en vano buscaban sobre el mar el lugar en donde debiera estar la isla de Cuba.

No hace falta contar el resto. Todos recordaremos por muchos años el topetazo que, considerado como un terremoto por los geólogos, derribó varios edificios y provocó millones de contusiones en cuantas personas fueron testigos del choque. De todo esto hace ya años y huelga recordar cosas harto sabidas. Cuba se detuvo en su navegación, aunque nadie hasta el momento en que escribo estas líneas ha sabido por qué sucedió todo eso.

Este documento revela la verdad del más inaudito cataclismo en la Historia. Teniendo por móvil inmediato las piernas de una mujer, una nación cambió de posición en el mapa. Porque si a Mr. Plum no le hubieran gustado las piernas de Cacha, no la habría raptado, ni yo les habría

seguido y descubierto su secreto, y aún estaríamos helados de frío en el Polo Sur.

Es una gloria ver de nuevo la isla en plena normalidad, sentir la gloria del sudor, gozar de calor todo el año. Ayer pasé por la zona tabú de la isla, frente al bungalow de Mr. Plum, donde el obeso gringo reposaba su siesta bajo la mirada ferozmente posesiva de Robusta, su esposa. Entre ambos pesan hoy día quinientos kilos, doscientos ochenta de los cuales pertenecen a Robusta. Pero da gloria verla con su sarong de flores rojas, abanicando al dulce esposo durante la siesta. Tuve por fin el valor de preguntarle a él lo que me había estado aguijoneando la curiosidad por tanto tiempo.

– Mister Plum, ¿por qué hizo todo aquello? Usted hubiera podido intentar raptar a Cacha, si tanto le gustaban sus piernas, y llevársela a Florida. ¿Para qué arruinar la isla condenándola a las nieves eternas?

Me miró con sus ojillos de cerdo caprichoso, como si no entendiera mi estupidez.

– ¿Por qué? Muy sencillo. Desde que me nombraron Comisionado de Relaciones Públicas y Turismo en Miami, vi que nadie venía a Miami. Todo el mundo iba a Cuba. Quise enviarles a ustedes al Polo para quedarme libre de competencia turística en Miami.

Lo singular del caso es que la competencia ahora, a miles de kilómetros de distancia, es mayor que nunca. Hoy lo pensaba mientras, al echarme en la hamaca a dormir la siesta, miraba a mi Cacha que, con nuestros retoños, tejía palmas en la terraza del bungalow, el delicado *lei* sobre su busto opulento. Por cierto, que las piernas que tanto me encantaban han engordado un poquito, pero con el sarong largo, casi no se ven. Lo cierto es que por esa mujer salvé a mi patria de su frígido sino. Y que Cuba, hoy día, en su nuevo emplazamiento, longitud 170 grados y latitud 15 grados o, si usted quiere más detalles, exactamente al Este de Samoa, en el corazón de los mares del Sur, es centro del turismo mundial. Todo ha vuelto a la normalidad, excepto los fabricantes de trajes de seda cruda y guayaberas, que han sido reemplazados por los fabricantes de sarongs. Cuba promete llegar a ser el París de la Polinesia, como antaño lo fue del Caribe.



LA PIERNA DEL SENHOR ZUMBEIRA



SI MIRÁIS EL MAPA DEL BRASIL, de preferencia un buen mapa, observaréis que a unos ochenta kilómetros al sur de Sao Paulo hay un pueblecito llamado Zumbeira. En el papel no es más que un puntito negro como un centinela de guardia entre el azul del océano y el verdor de la tierra brasileña; mas toda persona culta sabe que Zumbeira es famoso por su industria de piernas artificiales y que lleva el nombre del fundador de tan laudable artefacto que conciba el milagro científico de la ortopedia y el de una benéfica obra de humanidad y asistencia.

De toda la redondez del planeta acuden cada año a Zumbeira las gentes a quienes el destino privó de una o ambas piernas, seguros de hallar la prótesis soñada y bienhechora que reemplace, con ventaja a veces, el miembro natural perdido. No hay tamaño, forma, material, ni color que no se puedan encontrar en Zumbeira. El muestrario oficial que se enseña al comprador es deliciosamente turbador. Sólo al verlo puede el visitante darse cuenta de que así como Miguel Ángel esculpió titanes en heroicas actitudes que eran superiores al hombre real, así la industria de la pierna artificial en Zumbeira confirma la paradoja de Oscar Wilde de que el arte es superior a la Naturaleza.

El fundador de la industria y del pueblo comentados, y actual propietario de la gigantesca empresa, es Dom Armando Luis Adolfo Silveiro Zumbeira, y el episodio de su vida que originó su fortuna es el que vamos a narrar, aunque acaso sea una historia demasiado conocida para interesar a nadie y hartó común para merecer ser impresa. Mas los relatos de la vida cotidiana tienen cierta fascinación para el hombre de la calle y, aun a riesgo de aburrir, vamos a contarla.

En la vida del señor Zumbeira había hace unos años una pierna de menos y un hijo de más. La falta de aquélla y los excesos de éste eran constante motivo de dolor e inquietud para el noble anciano. Plantado sólidamente en la vida –como un pino en la tierra negra de un bosque nórdico– a los cincuenta y tantos años de edad, el señor Zumbeira era un hombrecito dotado de esa envidiable cualidad de no diferenciarse físicamente en nada de los hombres de su edad, ni tener rasgo saliente alguno, lo que le dotaba de una espléndida facultad de disolución en su contorno. Acaso su cara estaba un tanto recargada de cosas, como ciertos salones de costura femenina lo están de muebles y adornos. Cejas como bigotes y un bigote como una ceja, gafas de concha, verrugas, patillas, una barbita en escobilla, lunares y una nariz ganchuda se apretujaban, como pasajeros en un tren atestado, en la cara del señor Zumbeira. En compensación, al señor Zumbeira le faltaba la pierna izquierda desde la mitad del muslo. Cómo sucedió aquello,

no importa al caso. Las opiniones en el pueblecito donde vivía divergían tanto como las versiones del interesado. Si éstas adoptaban en general un tono heroico –duelos, batallas, descarrilamientos–, las otras iban más a ras de tierra y oscilaban desde un callo infectado hasta haberla consumido moviendo excesivamente el pedal de las máquinas «tragaperras» de juego instaladas en el casino.

La vida del señor Zumbreira, viudo desde hacía años y con una rentita paterna que le evitaba toda preocupación de trabajo, estaba reglamentada y era dulce y pacífica. Habitaba una casita blanca de rojo tejado, con un jardincito siempre florido y perfumado, en las afueras de la población. Una carretera blanca bordeada de cafetales conducía al pueblo. Al pie de la colina donde edificaron su hogar, una bahía armoniosa de aguas añiles y risueñas reflejaba el sol, como brilla la luz de una candela en unos ojos azules de mujer. El aire, siempre blando y cálido, tenía una palpitación voluptuosa, y en él los chillidos de las veloces golondrinas se fundían con el aroma dulzón de los cafetales. Por la tarde, el son de las campanas sorprendía a la fértil tierra adormecida y al cielo de pálido añil francamente dormido sobre el verde almohadón de los árboles. El señor Zumbreira sorbía sensualmente por todos sus poros la quietud del paisaje y vivía feliz, excepto por la doble preocupación de su retoño filial y de su pierna.

Silveiro, el hijo del señor Zumbeira, un mocetón de veinticinco años, fornido y de piel aceitunada, con unos ojos de jeque árabe y un cabello negro más ondulado que las aguas de la bahía, heredó la doble cualidad paterna –centuplicándola– de la admiración por la belleza femenina y el desprecio olímpico por cualquier tarea cotidiana y envilecedora. Educado en la escuela estética paterna, el joven Silveiro no dijo jamás que no a una invitación amorosa, ni que sí a un ofrecimiento de trabajo. Fiel continuador de la tradición paterna, Silveiro se enardecía tanto al oír el taconeo rítmico de un firme tobillo femenino como se estremecía de espantó ante toda posibilidad de malgastar su vida trabajando. Semanas hubo en las que intentó, sin resultado, colocarse de probador en una fábrica de camas y mecedoras. Ante su fracaso, decidió no flaquear otra vez y, adhiriéndose amorosamente a su padre, prometió superarlo en la gloriosa realización de una vida contemplativa dedicada al culto de la belleza femenina en todas sus formas, colores, edades y tamaños.

Al problema que las tendencias de su hijo le planteaban, se agregó pronto para el señor Zumbeira el de conseguir una pierna artificial. La primera que usó, hecha de madera en el pueblo, por un aficionado, se consumió en una hermosa llamarada un día en que el señor Zumbeira, meditando sobre la cantidad de oro solar encerrado en una botella de coñac Fundador, se quedó dormido junto al fuego. La segunda pierna, hecha por el mismo aficionado a

base de un caucho sintético de su invención, desapareció de un modo que aún inquieta a varios hombres de ciencia que conocen el caso. Al ir de paseo hacia el casino, disfrutando de su nuevo miembro y ensoñando con las curvas de una dama recién llegada al pueblo, el señor Zumbeira observó cierta dificultad en la marcha. Al llegar al casino comprobó con sorpresa que no podía colgar su sombrero de la percha por haberse elevado el nivel de ésta unos centímetros. Mirándose al espejo, vio con inquietud que su hombro izquierdo estaba unos centímetros más bajo que el derecho. Un amigo médico de la tertulia le tranquilizó observando que bajo la influencia del sol la pierna iba encogiéndose a tal velocidad que el señor Zumbeira temía no poder llegar a su hogar. Cuando, ya a salvo en su cuarto, desatornilló la pierna, tenía ésta un tamaño algo mayor que el de un lapicero de bolsillo. Aún podéis verla hoy, como una curiosidad científica que inquietaría al mismo Ripley, en el museo de las oficinas del señor Zumbeira.

Unos días después, mientras provisional y heroicamente usaba otra pierna hecha por el mismo aficionado, decidió el señor Zumbeira enviar a su hijo a Río de Janeiro a conseguir una pierna nueva de buena fábrica. Acaso si el buen Silveiro hubiese sido algo más psicólogo, se hubiera preguntado qué motivo secreto había para que su padre se decidiera a turbar la dulce ociosidad del mozo enviándole a la gran ciudad con dinero en la cartera. Mas los dones celestiales hay que aceptarlos como vienen. Silveiro, sin más pregunta, besó a

su progenitor en la mejilla, le dio unos golpecitos cariñosos en la pierna de palo, y se marchó con el dinero para el viaje y la prótesis en el bolsillo, y una nube de proyectos en la cabeza que hubieran inquietado mucho a su padre de haber podido conocerlos. Entretanto, el señor Zumbeira se quedó solo en la casita soleada, aromada a jazmines y ruidosa de cigarras, saboreando un buen habano y con un brillo dorado en sus ojos soñadores.

Silveiro olvidó bien pronto el enigma del porqué su padre deseaba con tanta urgencia una pierna elegante y de lujo. Su mano hacía sonar alegremente los cruceiros en su bolsillo y sus ilusiones pasaban más veloces que los campos de café al otro lado de la ventanilla de su compartimiento. Era joven, guapo, conquistador, y el tren le llevaba hacia la ciudad donde, lejos de la tutela paterna, podía tratar de progresar unos grados en sus estudios para descifrar el enigma femenino. Con una pajarera cantándole en el corazón, llegó a la estación de Río, y como un pescador en el océano, se zambulló en las avenidas bulliciosas para bucear en busca de la perla de una aventura.

Mas como sus instintos de buen hijo pesaban todavía demasiado, consultó en un libro de teléfonos de un estanco la dirección de un establecimiento ortopédico –mirando de reojo entretanto a una dependienta guapa–, y se fue camino de la tienda. Era una mañana de sol radiante. La brisa tibia de la bahía acariciaba las mejillas de Silveiro. El gozo de vivir

le penetraba por todos los poros. En sus entrañas sentía el cosquilleo sutil de la aventura. En el cristal de un escaparate se ajustó la corbata parda, roja y amarilla. Sus zapatos, bien lustrados, reflejaban el sol. En una esquina le llegó el aroma de las violetas que en manojitos vendía una anciana. Llevado de un súbito impulso sentimental, compró un pomo de violetas, que escondió en seguida entre los guantes, avergonzado de su sensiblería. En tal estado de ánimo llegó a la tienda de aparatos ortopédicos.

Entre cientos de brazos y piernas colgados del techo o clasificados en anaqueles, Silveiro solamente tuvo ojos para la dependienta, una rubia toda piernas, subida a lo alto de una escalera buscando algo en una estantería.

– ¿Qué desea? –le preguntó ella con voz melodiosa.

Silveiro, como atontado, continuó mirando a la dependienta, que a un metro sobre su cabeza le mostraba una carrera en la media izquierda.

– ¿Qué quiere? –repitió ella, volviéndose de lado en la escalera y enseñando la otra media.

– Piernas –balbuceó Silveiro–, digo, una pierna.

– ¿Quiere usted una pierna sencilla o un modelo de lujo? –le preguntó ella desilusionada.

– De lujo. Es para mi padre.

– ¡Ah! –suspiró ella–. ¿Ve usted lo que desea?

Los ojos desorbitados de Silveiro le dieron la respuesta.

– Puede alcanzarlo si gusta y simplificará mi tarea.

Silveiro obedeció encantado.

– ¡Cuidado! –protestó la rubia balanceándose peligrosamente en la escalera y cerciorándose de que la tienda estaba desierta–. Esa es mi pierna. ¡No diga que eso es lo que desea!

– No..., digo sí... Bueno –protestó Silveiro–, es para mi padre.

– ¡Oh! –replicó ella indignada bajando de la escalera y demostrándole las colosales posibilidades de un sweater bien ajustado–. ¿Usted quiere mis piernas para su padre?

– No, senhorita. Mil perdones. Yo quiero una pierna para él, pero no las tuyas. Esas...

– Vamos, no sea pícaro –contestó la rubia mirándole con unos ojos de color cobalto–. Lo de la pierna es una excusa para llegar a mí.

– ¿Cómo lo adivinó usted? –preguntó audazmente Silveiro, a quien le halagaba pasar por un Don Juan.

– Por las violetas que me ha traído.

Arrebatándolas de la mano, hundió en el pomo un hociquito carmín y una naricilla de leche merengada.

– ¿Hace mucho tiempo que usted me ama? –le preguntó ella suspirando tiernamente.

Por toda respuesta, el impetuoso Silveiro abrazó a la rubia, comprobando así que el sweater no estaba relleno de estopa, y besó los morritos, que olían a violetas y estaban frescos de rocío.

– Después de esto –suspiró ella recobrando el aliento– tiene usted que venirse de vacaciones conmigo. Precisamente yo las comienzo esta tarde y voy a la playa de Copacabana.

Así lo hicieron. Pero a las dos semanas de besos, amor apasionado, ojeras, baños, solana, cock-tails, y de descubrir que amaba a la rubia Roxana a pesar de ser teñida, Silveiro tuvo la debilidad de mandar una postal a su padre, a la que replicó éste con un telegrama:

QUE DIABLOS ESTAS HACIENDO EN UN BALNEARIO PUNTO

QUIERO MI PIERNA PUNTO

Y APRISA

A lo que replicó Silveiro con estupenda desfachatez:

ESTOY BUSCANDO AL FABRICANTE DE PIERNAS QUE ESTA
DE VACACIONES PUNTO

TENDRAS LA MEJOR PIERNA DEL BRASIL

Aquella misma tarde habló a Roxana cuando ambos tomaban el sol en Copacabana y el cuerpo moreno de la rubia se confundía con la arena de oro.

– Roxana, necesito ocuparme de la pierna de mi padre.

Ella le amenazó con un dedito dorado.

– Ya no te gustan mis piernas –le dijo con típica incongruencia femenina.

– No es eso, Roxana, pero mi padre sin esa pierna no es feliz.

Ella hizo unos pucheritos mimosos y continuó haciéndole ricitos a Silveiro en el vello de las piernas.

– No te vas a separar de mis piernas en tu vida –le anunció–. Eres como tener al lado a un Rodolfo Valentino de carne y hueso. Pero te voy a ayudar. Pasado mañana terminan mis vacaciones. Necesito una semana de trabajo para cancelar mi contrato. Después elegiré la mejor pierna de la casa y nos iremos juntos a llevarla a tu padre.

Aún le duraba a Silveiro el eco de aquellas palabras cuando, tres días más tarde, en el casino de la playa, mientras trataba de distraer su dolor por la ausencia temporal de Roxana intentando imaginar cómo serían sin el bañador ciertas señoras que saltaban en la arena, le llegaron dos telegramas. El primero era de Roxana:

TE ADORO PALOMITO PUNTO EL ALMACEN SE QUEMÓ
DURANTE MI AUSENCIA PUNTO

NO QUEDO NI UNA PIERNA ENTERA PUNTO

UNA QUE HABIA Y YO RECOGI SE ME ROMPIO EN PEDAZOS

PERO TE LOS GUARDO PUNTO TE VERE EN SEIS DIAS
PUNTO

BESOS PUNTO

NO MIRE A LAS MUJERES

El segundo era del señor Zumbreira:

SITUACION INSOSTENIBLE PUNTO

MANDAME LA PIERNA PUNTO

ESTO NO SE HACE CON UN PADRE DECENTE

Silveiro se azoró tanto al recibir los telegramas, que necesitó pedir otros tres Martinis dobles para reponerse.

Cuando estaba sumido en su amargura –ni pierna ni dinero–, dos damas luciendo microscópicos trajes de baño se detuvieron ante su mesa.

– Usted perdone, caballero –dijo una de ellas, alta, pelirroja, esbelta y fina pero fuerte–. ¿No nos hemos visto antes de ahora?

Silveiro no desperdiciaba jamás una oportunidad.

– Naturalmente que sí, senhorita. En mis sueños la he visto a usted como a una camelia que jugase al tenis.

– ¡Qué bonito! –dijo la interesada, sentándose y cruzando unas piernas como un compás de alabastro–. ¡Camarero! Un coñac con gotas de vermouth.

– ¿Y yo, adonde quedo a todo esto? –preguntó su compañera, una morenita menuda, de pelo castaño y con más curvas que un cesto de naranjas.

– Senhorita –repuso Silveiro, a quien los cock-tails y las damas se le subían siempre a la cabeza–, usted era la película en technicolor en el programa de mis sueños.

– ¡Es un poeta! –insistió la pelirroja, mientras por señas ordenaba otro coñac.

– Entonces, si así lo creen, acepten ustedes –ofreció el galante Silveiro– un Martini doble cada una, con un corazón en el fondo en vez de una oliva.

La noche le sorprendió a Silveiro paseando del brazo de la pelirroja y la morena por la playa, chapoteando en el agua tibia puntillada de espumas. Resultó que la morena era la maestra de un colegio de niñas cerca del pueblo de Silveiro. En cuanto a la pelirroja, era piloto de aviación en un aeropuerto civil de Río de Janeiro. El crepúsculo escarlata tiñó de púrpura las confidencias de amor de los tres. Las primeras estrellas brillaron sobre un triple relato autobiográfico y la luna clara alumbró juramentos y promesas. Del resto de la noche, empapada en Martinis y en rocío, Silveiro guardó sólo un recuerdo muy vago. Cuando dos días después salió hacia Río en busca de una nueva pierna para su padre, sólo recordaba que dos nuevas mujeres le amaban locamente y que él las amaba a ambas; que la piloto era fuerte como una valquiria y la maestra frágil como un lirio, y que ambas ofrecieron reunirse con él en tres días en la estación para ir juntos a llevar a su padre las piernas que ambas prometieron comprarle.

Al regresar a Río de Janeiro, le sorprendió otro telegrama de su padre en respuesta a uno que él enviara el día antes:

¿ESTAS LOCO? PUNTO TE MANDO EL DINERO PEDIDO
PUNTO RECUERDA QUE NO ERES MARCO POLO SINO QUE
VIAJAS SOLO PARA BUSCAR MI PIERNA PUNTO PREPARATE

CUANDO VUELVAS PUNTO CON MIL DIABLOS MANDAME LA PIERNA

A lo que Silveiro contestó:

PIERNAS AGOTADAS EN RIO POR CONVENCION
INTERNACIONAL DE COJOS PUNTO TRATO DE CONSEGUIR
ALGO BUENO PUNTO

¿QUE VITAMINAS RECOMIENDAS PARA EL
AGOTAMIENTO?

En verdad que el hijo olvidadizo no podía imaginar las tribulaciones paternas. Mientras él gozaba de los dones de Eros, el señor Zumbreira estaba subiendo un Gólgota de amarguras. Porque, digámoslo ya, el señor Zumbreira estaba enamorado. Sucedió con la naturalidad de las grandes conmociones de la historia. Un día, al levantarse, el señor Zumbreira se encontró con que el cuartito oscuro y vacío que había en su corazón tenía el letrero de «alquilado». De pronto no lo creyó. Su alma estaba tan seca como una hoja otoñal y no daba crédito a inesperados verdores. Mas al salir al aire libre y parecerle que los pájaros eran una invisible sinfónica, y el sol un cascabel de luz, y los jazmines una nevada olorosa, y el mar en la bahía un vino purpúreo llenando un copón de oro, comprendió. ¡Estaba enamorado! Enamorado de la linda viudita recién llegada, la de la ropa negra y las carnosidades blancas, la del pelo

cobrizo y los ojos metálicos, con manos cual palomas y unas codiciables exuberancias pectorales.

Dos días después de abrirse para el senhor Zumbeira los pórticos del enamoramiento, comenzó el cortejo. La viuda –la senhora viuda de Minga– habitaba una preciosa quinta en los linderos de la población, a dos kilómetros por carretera de la casa del senhor Zumbeira. De mutuo acuerdo, él y la viuda estimaron que el noble anciano la visitaría todas las noches para proseguir la romántica costumbre de «pelar la pava» a través de la reja del cuarto de la dama. Mientras ella se sentaría dentro, el senhor Zumbeira, sentado afuera, le diría dulces lindezas a la luz de la luna. Alentado por su amor, decidió con repugnancia y temor probarse la nueva pierna recién confeccionada por su amigo el cerrajero, el de las aficiones ortopédicas. Era un artefacto de aspecto sombrío y amenazador, hecho de una nueva variedad de goma artificial, invención del cerrajero. El senhor Zumbeira, en alas del amor, se puso la pierna y su mejor traje, se roció de colonia de lilas, y emprendió la marcha hacia la casa de su amada escoltado por una caravana de rubias estrellas y un orfeón de grillos.

Dos horas más tarde, sentado junto a la reja en una silla previamente puesta por su amada, le vertía en la orejita sonrosada un chorro de poesía. Ella –la senhora viuda de Minga–, pequeña, curvilínea, toda encajes perfumados y blanduras amables, cincelada de luna, escuchaba a su

caballero embelesado, tamborileando entretanto cariñosamente arriba y abajo de la pierna de goma a través de la reja. Hasta las ranas en el estanque cesaron de croar como para oír la voz susurrante que entonaba la eterna salmodia. Súbitamente la senhora viuda de Minga dio un gritito.

- ¿Qué pasa, amor mío? –preguntó él, inquieto.
- Tu pierna... Está blanda y dura a la vez.
- Claro que sí, encanto de mi alma –repuso el señor Zumbreira ruborizado-. Como que la que estás tocando es la natural. Es que he variado de postura para que me tamborilees también en la de carne y hueso.
- ¡Pícaro! Da la vuelta otra vez y ponme la de goma, que me asusto con la otra.
- Palomita de pico de marfil, así lo haré.

Más el nuevo grito fue doblemente agudo.

- ¿Qué pasa ahora, terroncito de azúcar?
- Tu pierna postiza. ¡Ha crecido! ¡Te estás volviendo todo pierna!

Con espanto comprobó el señor Zumbreira la veracidad de la afirmación. El caucho sintético usado esta vez por su

amigo se había hinchado, sin duda por la humedad, y crecido monstruosamente. Ya no era una pierna, sino una bala de obús.

El senhor Zumbeira era hombre sereno en los trances difíciles. Tranquilizando a su amada, se despidió de ella y comenzó el regreso al hogar. De momento, con cierta dificultad, podía andar, mas al rato la pierna, que seguía hinchándose y creciendo como un hongo gigante, le obligó a brincar y poco después a saltar como a la garrocha, con la desagradable sensación de irse elevando sobre la tierra por momentos. A la mitad del camino ya podía el senhor Zumbeira agarrarse a las copas de los árboles para ir saltando a pata coja sobre su gigantesca pierna artificial. La última parte del camino fue una ruta de agonía. Por dignidad, desenroscó la pierna, que ya era casi como un poste de telégrafo, y abrazado a ella, usándola como un báculo de peregrino, avanzó penosamente hacia su casa. Un vecino que oyó sus pasos se asomó a la ventana.

– ¿Quién es? –le preguntó desde dentro su esposa–. ¿El senhor Zumbeira?

El hombre miró aterrado al mártir que adelantaba abrazado a algo colosal, como un mástil de barco.

– No –repuso atónito–. ¡Es una pierna y pegado a ella el senhor Zumbeira!

Mientras al día siguiente un grupo de niños que la encontraron proyectaban hacer una canoa de la pierna caída, el señor Zumbira mandó otro telegrama a su hijo:

QUIERO UNA PIERNA PERO QUE NO CREZCA PUNTO

ERES UN SINVERGÜENZA PUNTO

YA TE ARREGLARE

Con el papelito azul en las manos, que le dejaba en duda sobre el estado mental de su progenitor, Silveiro se dirigía al centro de Río de Janeiro. El trayecto desde Copacabana había sido un continuo fluctuar entre un brutal dolor de cabeza, sintiendo un estropajo en vez de lengua, y los deliciosos recuerdos de los días pasados con las dos amiguitas en la playa. Especialmente la noche antes de marcharse, cuando ambas le ofrecieron una cena de despedida en el Golden Room del Copacabana Palace. Silveiro recordó toda su vida aquella noche. La maestría morena se presentó con un vestido de noche, de seda roja, tan ceñido que Silveiro creyó que venía desnuda y con una erupción de escarlatina en el cuerpo. En cuanto a la piloto pelirroja, venía con dos pañuelitos verdes cubriendo las más espléndidas prominencias de su exuberante anatomía. Las dos amigas ofrecieron de despedida a Silveiro una cena principesca. Se sentaron los tres en un velador en la terraza y ordenaron Martinis –tres «triples» para cada uno y después tres copas de Martini pero sin Martini, sino llenas

de aceitunas, un sueño de Silveiro, y luego, para compensar, Martinis servidos en vasos de cerveza, cuatro en cada copa-. Después entraron al salón y mientras la orquesta perlaba la magia de una samba acuarelada, atacaron los entremeses con una buena manzanilla de Sanlúcar y luego una langosta al salpicón, con un excelente Marfil de Barcelona, pues Silveiro era parcial por los vinos españoles, y en seguida la regó con un buen Rioja que relucía en las copas como un rubí, y a continuación vino la pierna de cordero aderezada con pollitos tomateros alrededor. Fue entonces cuando sobrevino el incidente. Al ver la pierna Silveiro palideció:

- ¡Llévese eso! -le gritó desencajado al camarero.
- Antes me matan -gritó la maestraita clavando los blancos dientecillos a la sabrosa pierna.
- Tome al menos un muslo de pollo -ofreció conciliador el camarero a Silveiro.
- Ha dicho un muslo de pollo -protestó la pelirroja arrancando las manos de Silveiro de bajo la mesa.

A la hora de los postres, cuando la nube mágica de los cigarrillos se elevaba sobre las copas de barril donde brillaba el dorado Fundador, Ja pelirroja anunció, subida a la mesa, que solamente ella iba a pagar la cuenta. A lo que Ja maestraita replicó que si creía que eso le iba a dar ciertos

derechos sobre la última noche de Silveiro estaba equivocada, pues ella no iba a separarse de él hasta que se marchara. Como la discusión aumentaba en intensidad, Silveiro anunció que, como buen caballero brasileño, él estaba dispuesto a distribuir entre ambas equitativamente sus últimas horas, a lo que contestaron ambas que en premio le dejarían pagar la cuenta.

Estos recuerdos acompañaron a Silveiro durante todo su regreso a Río de Janeiro, desapareciendo al llegar a la avenida de Rio Branco, cuando se decidió a ir inmediatamente en busca de la pierna de su padre. Mas el destino había dispuesto que antes sobrevendría la gran aventura del audaz conquistador.

Aún no había salido del hotel donde se alojaba para dirigirse a la mejor casa de productos ortopédicos, cuando sus recuerdos sentimentales se le agolparon de tal modo que tuvo que salir disparado para uno de los cafés de lujo de la avenida de Rio Branco a tomarse un coñac doble, porque Silveiro todo lo hacía a pares.

Mientras sentado ante su segundo coñac luchaba mentalmente entre sus escrúpulos filiales y el deseo de mirar de reojo las pantorrillas de una beldad cercana sin que se diera cuenta su marido, comenzó a pensar cuál de sus tres amores recientes haría la mejor esposa. Súbitamente tuvo la sensación desagradable de que alguien le tenía los ojos

clavados en el cogote y al volverse vio por primera vez a la maharaní de Kapurthala.

De momento, sólo apreció que era una mujer morena y gorda, pero de esas gorduras que rezuman cachondez, una dama otoñal toda opulencias de Rubens, vestida de púrpuras recamadas, con inmensos aretes de oro macizo, unos ojos como una noche nublada de agosto –negros y cálidos–, con un turbante de tisú de plata arrollado sobre el moño arquitectónico, sentada ante una copita de licor verde y escoltada por dos individuos barbudos, solemnes, oliváceos y sultanescos, que tomaban sendos ponches espolvoreados de canela.

– Hola –le dijo ella en mal portugués, envolviéndolo en una mirada que le abrazó a Silveiro hasta el bazo.

– Hola –repuso él, que era muy ingenioso para las respuestas.

– ¿Sabe usted una cosa? –preguntó ella melosamente con los labios manchados de licor verde.

– ¿La saben éstos? –preguntó cautamente Silveiro, apuntando a los dos caballeros enturbanados de barba frondosa que apuraban su ponche a grandes tragos.

– Estos –dijo ella desdeñosamente– son mis eunucos.

– ¿Cómo? –preguntó él–. ¿Sus únicos?

– No. Los eunucos. Usted sabe...

– ¡Oh! ¿Qué es lo que yo sé?

Ella sonrió picarescamente.

– Que se parece usted a Gregory Peck.

– No sea usted adúladora.

– No sea usted tan modesto.

Ella entonces dejó en el velador de mármol la copita pringosa de licor verde.

– ¿Usted me conoce?

– Sólo la he visto en mis sueños –anunció Silveiro con evidente monotonía.

– Soy la maharaní de Kapurthala.

– ¡Una maharaní! –Silveiro tuvo que pedir aprisa otro coñac doble para reponerse de su emoción, pues sólo había visto sultanas en las estampas de Las mil y una noches.

– Sí, senhor. De pura cepa. El maharajá está hoy enseñando Río de Janeiro a sus concubinas y yo tengo la tarde libre. Y usted, Gregory Peck, ¿qué va a hacer?

– Yo tenía que buscar una pierna... –comenzó.

– Pues ya la encontró. Con otra al lado –repuso la maharaní.

Alargó unas monedas a sus dos acompañantes.

–Aquí tenéis, para caramelos y para el cine, eunucos. Voy a tener la tarde ocupada. Muy ocupada. ¡Con Gregory Peck!

La entrada de la maharaní en la vida de Silveiro fue la salida de éste hacia un verdadero cuento de Las mil y una noches. Las piernas de la maharaní eran un tanto macizas y adiposas, pero estaban envueltas en los velos plateados del misterio y bastaron para hacerle olvidar a Silveiro la pierna de su padre.

– ¿Adonde vamos? –preguntó el mozo entusiasmado cuando salían del café juntos él y la maharaní de Kapurthala.

Ella sonrió y en sus dientecillos blancos relampagueó todo el misterio del Oriente con sus luces y sus sombras.

– Adonde podemos estar solos, Gregory Peck. El maharajá no regresará al hotel hasta las siete. Tenemos por delante ocho horas para hablar de amor.

– ¿No cree usted, senhora –aventuró tímidamente Silveiro–, que son demasiadas horas?

La maharaní le tapó la boca con un dulce de menta de los que llevaba en una bolsita dorada.

– No, adorado Gregory, porque el maharajá sólo me habla de amor un par de veces al año, y siempre con prisa y tosiendo.

El cuarto adonde la maharaní y Gregory Peck fueron a charlar de amor –uno en la cadena de habitaciones alquiladas para el maharajá y su harén en su visita de vacaciones al Brasil– fue la realización de un sueño fantástico para Silveiro. La amplia cámara nupcial –pues tal era– había sido redecorada por el rajá. En profusión bárbara se amontonaban las sederías, tinajas, arquetas y copas labradas.

La maharaní, vestida con un manto azul constelado en su seda de perlas, rubíes y diamantes, se sentó en un sillón a modo de trono de plata maciza recubierto por un manto de tisú de oro. Doce esclavas negras, vestidas solamente con un turbante en la cabeza, en cuyo seno desnudo bailaban el reflejo de las antorchas y los ojos de Silveiro, custodiaban a su soberana. Gregory Peck, sentado en un almohadón de cuero repujado cubierto por un tapiz a los pies de la maharaní, acariciaba los pétalos de una tremenda orquídea encerrada en un vaso de jaspe y ágata. En otras copas de nácar y cristal a su alrededor, flores extrañas de color escarlata exhalaban un perfume embriagador. Mientras las pequeñas esclavas tañían arpas de oro arrancándoles sonos dulcísimos, una sirvienta rubia, de cuerpo estatuario, depositó entre los enamorados bandejas de metales

preciosos repletas de frutas y dulces perfumados. Después, otra les sirvió nueces, pasas, dátiles, avellanas y, en cubiletas de oro, un vino rojo y caliente como la sangre. La maharaní llevaba con sus dedos gordezuelos los mejores bocados a los labios de Gregory Peck. Luego bebieron del mismo vaso y se lavaron en aguamaniles de cristal incrustados de pedrería y llenos de agua de rosas. Entonces la maharaní, con un gesto, hizo enmudecer a las arpistas, salpicó sobre su rostro esencia de flores de un pomito y abrió los brazos:

– ¡Ahora –ordenó imperiosamente–, háblame de amor!

Al parecer, la conversación que ella deseaba era de las que prefería Silveiro: sin palabras y con los ojos cerrados. La boca carnosa de la maharaní olía a golosinas y a almizcle y estaba dulzona y pegajosa de los caramelos.

Súbitamente, como la maharaní diera inequívocos signos de excesivo apasionamiento, Silveiro, apartándole las manos, protestó jadeante:

– Yo no hablo de amor delante de éstas. –Señaló a la docena de esclavas negras que, firmes como soldados y mudas como estatuas, los contemplaban con ojos impasibles.

La maharaní de Kapurthala sonrió desdeñosamente, mientras se aflojaba la faja, que la encorsetaba demasiado.

– No te preocupes. El maharajá siempre me habla de amor delante de ellas.

Todos los pudores de Silveiro se sublevaron.

– ¡Oh, no, princesa! Sería darles mal ejemplo. Sobre todo a las joven- citas. Además, yo soy algo tímido. El ver tanta pierna me trae ciertos recuerdos.

La maharaní, condescendiente, las hizo salir con un movimiento de la mano y se volvió hacia él.

– Gregory Peck de mi vida...

Una hora después, la esclava favorita entró en la cámara para anunciarles a una maharaní gozosa y feliz y a un Silveiro pálido y asmático, que el maharajá había adelantado su regreso y estaba en la antesala.

El brinco de Silveiro, que en un instante se vio decapitado, castrado y empalado, contrastó con la calma de la maharaní.

– Que pase el maharajá –ordenó displicente.

Precedido de su corte palaciega, entró un hombrecillo obeso, vestido con una túnica de colores y con la barba florida de diminutos diamantes.

– Que Alá te guarde princesa.

– Y a ti, maharajá –repuso ella alzando su copa de oro llena de vino–. Os presento a Gregory Peck. –Señaló a las piernas de Silveiro, que asomaban por entre las tapas de un cofre entreabierto.

– Señor maharajá –balbuceó Silveiro, levantándose con un raro temblor en las piernas.

– Ni una palabra, señor Peck –atajó el maharajá–. Comprendo y exijo una reparación.

– Mi nombre es Zümbeira –tartamudeó Silveiro.

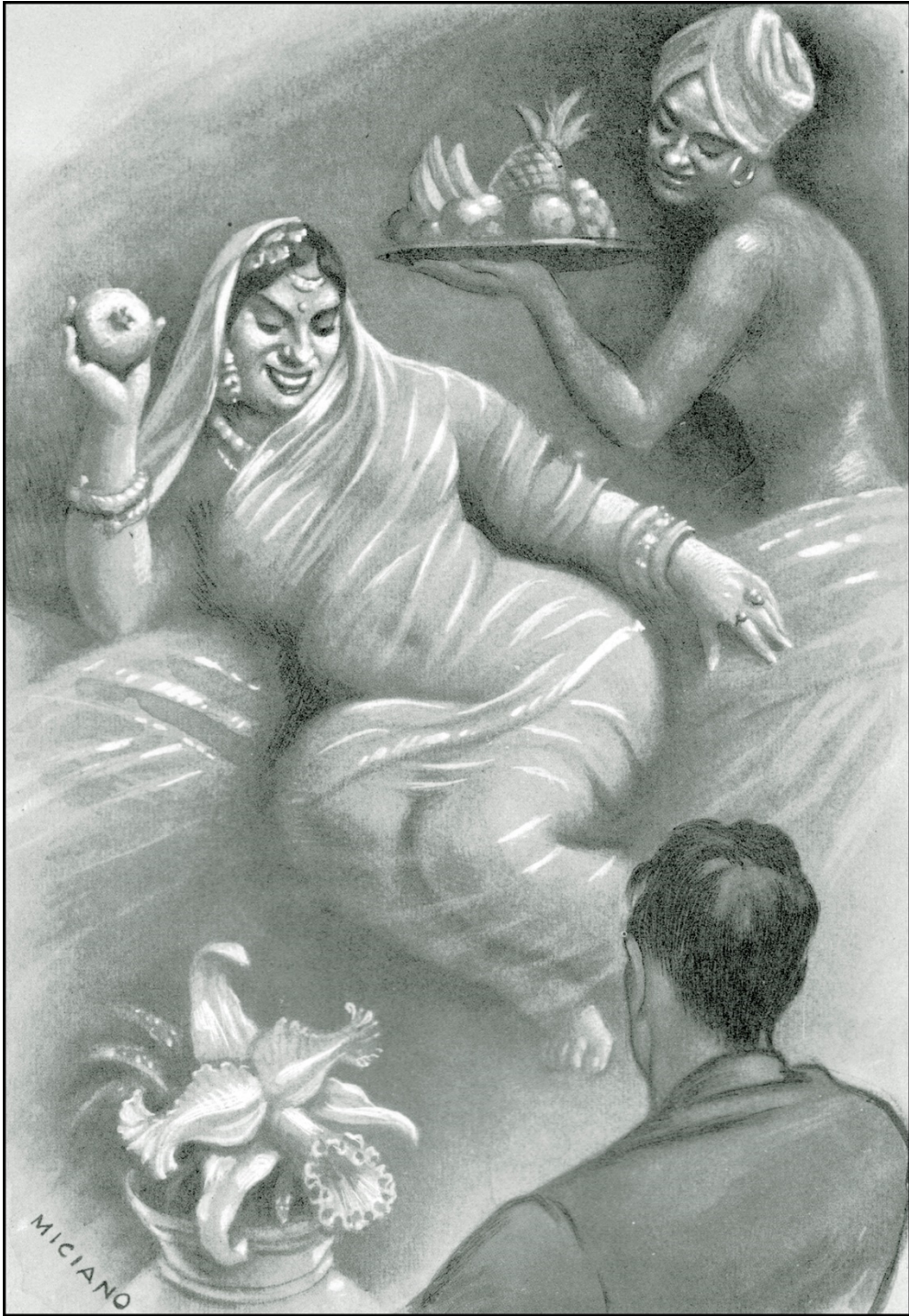
– Es lo mismo. Después de lo sucedido, sólo me queda darle muerte precedida de tortura o aceptar una reparación.

– La verdad es que después de lo sucedido –musitó Gregory Peck, mirando de reojo la mole carnosa de la maharaní– si algo necesita repararse soy yo... Pero acepto lo que usted diga.

– Entonces, ni una palabra más. Sé toda su historia por mis espías. ¿Cuándo regresa usted a su pueblo?

– En cinco días debo tomar el tren. Eso, si es que encuentro una pierna que buscaba...

– Señor Peck –repuso severamente el maharajá–, no encontrará usted mejores piernas que las de la maharaní. La reparación que exijo es que se quede usted con ella.



- ¿Yo? -dijo aterrado Silveiro-. ¿Toda para mí? ¿Para siempre?

- ¡Oh, Gregory! -terció ella con la boca llena de dulces de naranja-. ¡Qué dicha!

Silveiro, sintiéndose desmayar, asintió a las últimas preguntas y detalles requeridos por el maharajá, y concertó un lugar de cita a la maharaní, para regresar juntos a su pueblo.

– Gregory –le gritó ella cuando él iba a salir–, ¿puedo llevarme mis dos eunucos conmigo?

– No –respondió él asustado–. ¡Eso no!

– Bueno, no importa –condescendió ella–. Estando a tu lado no los echaré de menos.

La última visión que de la cámara oriental tuvo Silveiro fue la pierna de la maharaní balanceándose desnuda sobre un tapiz escarlata.

Otra pierna se balanceaba en aquellos momentos a más de mil kilómetros de distancia. La del señor Zumbeira, que sentado sobre su cama consideraba gravemente un tremendo problema planteado; sin pierna postiza disponible por el momento, con Silveiro recorriendo los siete mares y los tres continentes buscando una pierna tan inalcanzable como El Dorado, con el dinero agotándose tan rápidamente como su paciencia, e incapacitado para ir aquella noche a cortejar a la señora viuda de Minga. Pero en las situaciones críticas es donde se aprecia el temple de los grandes hombres. ¡Si a él le faltaba su pierna postiza, era posible usar las de carne y hueso de sus amigos!

Dos llamadas telefónicas solventaron el asunto. Al anochecer, con su traje verde a cuadros, el bastón de puño dorado, una gota de heliotropo en el pañuelo de seda y una lluvia de ilusiones en el corazón, el señor Zumbreira emprendió la marcha. Diríamos mejor que la emprendieron sus amigos, dos primos hermanos que tenían un gabinete de callistas en comunidad y que habitaban cerca del señor Zumbreira. Los dos primos hermanos –Oswaldo

y Sebastiao de Melba– eran dos mocetones fornidos, solteros oficialmente, aunque con un «arreglito» formal con dos de sus mejores dientas, joviales y ansiosos siempre de hacer un favor al señor Zumbreira, cuyos callos de la pierna derecha se ocupaban de cortar, curar, raspar, pulir desde hacía años. La idea de llevar en brazos al noble anciano a su cita de amor se les antojó extraordinariamente romántica.

A las siete en punto acudieron a recogerlo con una nubecilla aromática de ginebra y ron en torno a sus cabezas y en el ángulo de la pupila el brillo de la aventura. El señor Zumbreira abrazó los cuellos robustos de los primos De Melba y los tres –uno en el aire y dos en tierra– iniciaron la marcha escoltados por una estrella que parecía saltar de rama en rama. En un comienzo la expedición fue un éxito. El señor Zumbreira, a media voz, ensayaba su canto de amor de aquella noche y los dos primos le escuchaban embelesados. El gracioso balanceo de las piernas de ambos tenía la gentileza de un mecimiento de cuna. Un pájaro

rezagado se quedó flotando un instante en el cielo oscuro y meloso, como un presagio de cuento. Se cruzaron con unas carretas tiradas por mulas que levantaban un polvo de oro. En la hora azul hablaba el alma del bosque perfumado. Luego se oyeron sonos de campanas, cánticos lejanos, y por fin las ranas enhebraron el paisaje en la verde cadeneta de su croar.

Mas el balanceo de cuna poco a poco se convirtió en un trotecillo inquietante; luego, en galopar desesperado, y por fin, en movimiento de bote azotado por el oleaje. Cada bandazo lanzaba a los primos de una cuneta a la otra en un estupendo zigzag y con ellos al alarmado senhor Zumbeira. Para evitar caídas le habían atado sus hombros con las correas de un portamantas a los hombros de los primos, lo que ligaba la suerte del valeroso anciano a la de su humana cabalgadura. La situación empeoraba por momentos. Los primos empezaron a cantar a voz en grito canciones picarescas. Cada zigzag de un lado a otro de la carretera sobre las piernas vacilantes de los Melba despertaba en el senhor Zumbeira la agonía de una posible caída mortal. Por fin les interpeló a gritos:

– ¡Oswaldo, Sebastiao! ¡Párense! ¡Quiero bajarme!

A lo que respondió Sebastiao Melba sin cesar de correr:

– Imposible. Esto es como una bicicleta. Para estar de pie ha de estar corriendo. De lo contrario, al pararse, se cae.

Y Oswaldo, que por ser algo más bajo obligaba a su primo a ir galopando de lado, agregó alentadoramente:

– Si nos caemos, nunca podríamos volver a levantarnos.

– Ustedes han bebido –acusó sin aliento el señor Zumbeira.

Sebastiao dio un alegre brinco que los lanzó a los tres como una bala por espacio de tres metros.

– ¡Ahora se da usted cuenta! ¿No lo había oído? Pues ni que tuviera usted sinusitis.

– Basta ya –rugió el señor Zumbeira, que se tambaleaba sobre los hombros de los primos como sobre un madero en una tromba marina–. Tiren esa botella de cachaza que les asoma por un bolsillo.

Oswaldo obedeció, vaciándola antes en su garganta.

– Sebastiao –le gritó entonces a su primo–, a ver cuál de los dos llega antes.

Entre ambas fuerzas, el señor Zumbeira, unas veces de lado y otras de espalda, ahora viendo el cielo, ahora el suelo, aterrizó por fin milagrosamente ileso ante la reja de la viuda, que sentada adentro, en la penumbra violeta, aguardaba a su enamorado.

Cubiertos de sudor y de polvo, la ropa en jirones y despeinados, la saludaron los tres hombres. El señor Zumbreira explicó el caso. Ella, siempre gentil, sonrió. Sentáronse los tres en la hierba fresca y olorosa del jardín, al lado de la reja, intentando desatar las gruesas correas que les sujetaban por los hombros. Empresa inaudita. Después de los tirones de la carrera, ni las manos temblorosas del señor Zumbreira, ni las manos agitadas por el alcohol de los Melba, lograron nada. A través del encaje de hierro de la reja, intentó la señora viuda de Minga ayudarles. Era conmovedor ver sus manecitas blancas forcejeando con las tremendas correas. Después, probando a cortar las correas, torció las tijeritas de plata de su costurero, mas era como pretender cortar una maroma de las que atan el ancla de un barco con la espada de caña de un niño.

– Tendrán que quedarse ahí –dijo la señora viuda de Minga renunciando a todo otro esfuerzo y apreciando de reojo las estupendas posibilidades físicas de los primos De Melba–. Por la mañana, Heitor, el lechero, les desatará.

Ambos primos aceptaron alegremente la sugerencia. La noche era clara y tibia. La hierba mullida y aromática. Daba gusto ver el blando escote de la señora viuda de Minga destacándose como un blanco camafeo en la penumbra al otro lado de la reja. El señor Zumbreira, resignado a tener auditorio, comenzó, ante la expectación de los primos, a hablar de amor a su adorado tormento. En un comienzo

todo fue bien. Los primos De Melba parecían admirados de la fogosa elocuencia del anciano. Mas, un tanto excitados por el efecto de la cachaza, pronto comenzaron a demostrar un tremendo espíritu crítico. Sebastiao, en alta voz, se quejó de la monotonía de sus imágenes, y Oswaldo, cuando el senhor Zumbreira habló de su afán de acompañar a la viuda al altar, agregó que él la acompañaría gustoso a otra parte. Como el anciano enamorado tratara de ignorar las críticas de los dos primos, éstos principiaron a jugar a las cartas a la luz de la luna, acabando por querellar e insultarse. El senhor Zumbreira, a gritos, describió a su amada las glorias del hogar, pero Sebastiao y Oswaldo le interrumpieron solicitando de la viuda una botella de ron o que saliera la criada a acompañarles.

Cuando el senhor Zumbreira fue a llevarse a los labios la mano de su amada, que hacía rato estrechaba amorosamente, descubrió que era la mano de Oswaldo, y cuando después, picarescamente, fue a pellizcar una pierna de la viuda, fue Sebastiao quien dio un grito.

A medianoche se ensombreció el cielo y cayó un diluvio sobre ellos. La senhora viuda de Minga anunció que, como estaba sola en la casa, no podía dejarles entrar. El senhor Zumbreira se opuso enérgicamente a volver a su casa cabalgando sobre los dos primos. Decidieron entonces, mientras les envolvía un cortinaje de líquidos flecos de plata, esperar allá hasta que, con el alba, llegase Heitor, el lechero.

La viuda sacó mantas y la tabla de planchar, y como pudieron improvisaron una tienda de campaña, intentando en vano encender en ella una hoguera para calentarse. Por fin, extenuados, se durmieron los tres al son de una aria de Lohengrin cantada por Oswaldo con el acompañamiento de los ronquidos de su primo.

Una aria de Lohengrin estaba escuchando Silveiro a miles de kilómetros de distancia en el gran Teatro de la Opera, de Río de Janeiro, donde acudió a olvidar en la maravilla de un programa de ballet sus muchas penas y problemas.

Al día siguiente debía encontrarse en la estación con Roxana, la rubia dependienta, la maestra morena y la piloto pelirroja, además de la maharaní; con cuatro mujeres que confiaban casarse con él, y volver a su pueblo, sin pierna y sin dinero, a enfrentarse con la justa cólera paterna.

Los primeros acordes del ballet inicial no lograron disipar de la mente de Silveiro el recuerdo del último telegrama paterno, de un laconismo espartano:

O MI PIERNA O TU CABEZA

El teatro estaba sumido en una sedante penumbra. En el escenario, bailarinas de blanco y un cisne femenino, una vedette de piernas esculturales que hizo olvidar a Silveiro la pierna paterna. Como decorado, un mar de gasas azules y espumas de encajes. Encaramadas en el filo musical de los

rubios violines, un conjunto de coristas blancas y dulces como merengues. Silveiro, único ocupante de un palco penumbroso y cálido en el segundo piso, se sintió fuera del mundo. Era grato ver abajo el público de cabelleras charoladas y pecheras de almidón, moños dorados y espaldas desnudas, y estar solo, envuelto en las amables cortinas de terciopelo que le protegían discretamente. Como era un hombre prevenido, abrió un termo gigantesco de acero cromado, regalo de la maharaní, y vertió en un vasito plateado un Martini doble de los dos litros preparados por él en sabia anticipación en su hotel. Delicadamente lo sorbió, mientras en el escenario el cisne envolvía en plumas divinas el cuerpo sonrosado. Fue entonces cuando llegó a sus narices una vaharada de perfume tan embriagador que tuvo que volver la cabeza, y al hacerlo vio asomar muy cerca de su rostro una carita angelical entre los cortinajes escarlata que le separaban del palco de al lado.

Era una carita como arrancada de un bajo relieve egipcio. El moño de laca negrísima hacía resaltar el rostro con una leve veladura de oro, los ojos almendrados y la naricilla de capullo sobre una boquita roja, dulce y menuda como la cereza de un Manhattan.

– Caballero –le dijo ella con una voz que era un hilito de plata.

– Senhorita –replicó él extasiado, intentando ocultar el termo que tenía en la mano.

– Tengo mucha sed –explicó ella–. ¿Podría usted buscarme un vaso de leche? –le pidió con tanta naturalidad como si él tuviera una vaca en el palco.

– Con gusto, senhorita –titubeó él–, pero no sé si la hay en el teatro.

– ¿No es leche lo que bebía usted? –le preguntó ella inocentemente. Silveiro enrojeció hasta los párpados.

– Oh, no, senhorita. Eso era... es otra cosa. Es un tónico vitamínico. Algo que se llama cocktail.

– Nunca oí hablar de eso –replicó ella enseñando una tira de perlas por dentadura.

– Dicen –intentó él explicar– que también es rico en aminoácidos.

– ¡Oh! –repuso ella inteligentemente–. Entonces es un Martini.

– Así le llaman, senhorita –confirmó Silveiro–, pero no le quitaría la sed.

– Puedo probar a falta de leche –concedió ella graciosamente–. Echeme un vaso lleno.

Silveiro, galantemente, escanció el líquido dorado en el vasito de plata. Ella alargó un brazo escultural y mórbido, cubierto de braceletes de oro y rubíes imitando dragones y serpientes.

– ¿Y las olivas? –preguntó ella severamente.

– ¡Oh, perdone! Esas las traigo aparte, en una bolsita.
–Del bolsillo las extrajo echando dos en el vasito.

La jovencita apuró de un trago la bebida.

– No está mal –comentó–. Algo pesado.

– Pues lleva ginebra importada –aclaró él molesto.

– No; si me refiero al ballet. A ver, déme otro vasito lleno.

Dos vasos después ella hizo ademán de retirarse a su palco y cerrar los cortinajes.

– Espere –suspiró enamorado Silveiro–. ¿Cómo se llama usted?

– Princesa Tsin –fue la respuesta antes de correr las cortinas.

El alegre carnaval de Petrushka con sus saltimbanquis, pastoras, vendedores y soldados danzando en una orgía dionisíaca, sorprendió a Silveiro acariciando con los dedos el hueso de una oliva de su sexto Martini, y con el

pensamiento, una nueva ilusión. ¡Estaba enamorado! La dulce inocencia de la princesa Tsin –cruce perfecto del Oriente milenario y el Occidente moderno– le hacía cosquillas en el corazón.

Al ir a tomar el termo encontró en su lugar un brazo suave y a su extremo el rostro de su nuevo amor revestido de solemne gravedad.

– Me tiene muriéndome de sed –le dijo ella con una voz que era un surtidor de campanillas.

El le alargó el vasito suspirando. Ella se había quitado el corpiño granate que llevaba y Silveiro veía un palpitante cuello de alabastro y un reluciente busto por entre los cortinajes.

– Nada de olivas –rechazó ella enérgicamente, arrojando a la platea del teatro las dos que él le ofrecía–. Por el olor veo que hay demasiado vermouth.

– ¿De dónde es usted? –preguntó Silveiro con perfecta incongruencia.

– Del Asia del Sur –replicó ella tras el tercer Martini–. Usted es guapo y me gusta –anunció resueltamente.

– Gracias, princesa Tsin –replicó él, agregando luego–, tiene usted unos nudillos preciosos.

– Es un cumplido original y poético, pero mi nombre es Gah. –Y las cortinas volvieron a cerrarse.

A Silveiro acabó de fascinarle la compleja personalidad de la princesa asiática, sus variaciones de humor y aun de voz. Con ojos empañados por un velo húmedo, miró a la danzarina rosada que en un escenario lila bailaba El espectro de la rosa. Gozosamente pensó en lo feliz que sería estando toda la vida junto a la mocita de los dientes de perla y los labios de fresa. Acaso podrían irse a vivir a la tierra natal de ella. Una serie de visiones deliciosas de festines pantagruélicos en salas repletas de sedería, tapices y ánforas, al son de los panderos tañidos por bayaderas, deleitó a Silveiro unos momentos. Nuevamente le envolvió la oleada de un perfume que hacía pensar en un sendero tapizado de violetas marchitas bajo la luna otoñal. Silveiro volvió la cabeza y al ver el óvalo delicado del rostro querido, automáticamente alargó el termo con el resto de los Martinis a su sedienta adorada.

– ¡Qué horror! ¿Alcohol? –La boquita de guinda se frunció en un gesto de asco–. ¡Jamás lo pruebo! ¿Cómo se atreve usted...? –Su voz era un canto de violines de marfil.

– Pues lo que antes bebió usted no era leche, princesa Gah –protestó él.

– Mi nombre es Dah –rectificó ella–. Usted me parece un Don Juan alcohólico e imprudente.

- Senhorita..., digo, senhorita princesa –balbució Silveiro.
- Vamos, basta de bromas –dijo otra voz cascabelera.

Por el cortinaje asomó otra carita idéntica a la que le estaba hablando.

– Caracoles –exclamó Silveiro, que a veces era muy mal hablado–. Estos Martinis deben ser potentes.

– No lo crea usted –y una tercera cabecita idéntica a las otras dos asomó sonriente junto a ellas–. Somos tres en realidad, pero idénticas.

– ¿Quiénes son ustedes? –tartamudeó Silveiro. Como era un hombre muy culto, agregó–: ¿Las McGuire Sisters?

– No –repuso una de ellas–, somos las princesas Tsin, Gah y Dah, actualmente residiendo en una finca brasileña con nuestro séquito y cortejo.

– Pero yo me había enamorado de una de ustedes tres y ahora no sé cuál es –exclamó angustiado Silveiro.

– No importa –contestó una de las cabecitas–. Yo le adoro ya.

– Y yo –añadió su hermana– le amo ardientemente.

– En cuanto a mí –terció la última–, acaso sea por la influencia de mis hermanas, pero creo que pudiera quererle.

– Senhoritas princesas –repuso Silveiro poniéndose en pie–, en mi corazón hay cabida para las tres. Vamos a salir y abajo las aguardo en un taxi para invitarlas a cenar en Casablanca.

Aún no había terminado Silveiro de darle instrucciones al chófer, cuando ya las hermanas entraban en el auto. Silveiro, completamente envuelto en la influencia dorada de los Martinis y de sus ilusiones, las vio pasar como una bruma azul perfumada. El taxi se puso en marcha. Silveiro quedó graciosamente sentado como un niño sobre las faldas largas de gasa de las hermanas. Galantemente ciñó a una por la cintura con su brazo.

– ¡Ay! ¡Qué cosquillas! –gritaron las tres.

– Caramba –dijo Silveiro–. Creí que solamente había abrazado una cintura.

– Claro que sí –le contestaron–, pero esa cintura nos pertenece a las tres. Por algo somos tres en una, las famosas hermanas triamesas. Seis piernas, seis brazos y una sola cintura que nos une. ¡Pero tres corazones para amarte!

Mas la lluvia de besos cayó sobre un Silveiro desmayado de terror.

En el pueblito, escenario de sus aventuras, el alba sorprendió al senhor Zumbeira y a los primos De Melba.

La noche transcurrió apaciblemente. El señor Zumbeira, después de apaciguar a uno de los primos De Melba que deseaba a viva fuerza mostrarle una colección de pulgas que siempre llevaba consigo, acabó por dormirse. Le despertó el amanecer, que llegó prendido a la falda celeste con la costura entrecortada del canto de los gallos. Incorporándose sobre ambos primos, que aún estaban atados a sus hombros, apartó aquel montón viviente de carne sacudida por ronquidos alcohólicos y miró en derredor. El jardín, fresco y verde, saludaba a la aurora desde la corola perfumada de cada flor. Cuando el cielo empezaba a teñirse de rosa y el último gallo del coro invisible terminó de aclararse la garganta, el señor Zumbeira vio tenderse a través de la reja un termo por las blancas manos de la señora viuda de Minga. La dulce viudita tenía en las mejillas estampado un doble arrebol como el que exhibía de carmín el cielo. El aroma de café despertó a los primos. Con lenguas de trapo y ojos de vidrio empañado, saludaron a la viuda y bebieron el estimulante brebaje. El señor Zumbeira suspiraba lánguidamente. Al convencerse de que, para colmo de desdichas, Heitor, el lechero, no venía, se resignó a seguir sentado en la hierba atado a sus acompañantes. Era su cumpleaños, recordó con amargura, el día en que Silveiro debía regresar con su pierna artificial. Mas ¿quién sabe dónde andaría Silveiro en aquel momento? Despilfarrando, sin duda, con alguna pelandusca, los últimos céntimos enviados por su padre. Suspiró otra vez y, por contagio, suspiraron todos. Los primos volvieron a dormirse al solecito

mañanero, limpio y tibio. La viudita sacó junto a la ventana su cestillo de costura y el señor Zumbeira, con el codo de un primo en su estómago y una pierna del otro en el riñón derecho, quedó en éxtasis viendo las manitas ágiles doradas de sol perderse entre sedas y agujas, hilos y dedales.

Fue entonces cuando apareció una sombra en la puerta del jardín. Era una moza de un rubio que daría envidia al lirio, con un paquete cuadrado bajo el brazo. A su lado, pálido y ojeroso, pero elegante y digno, Silveiro.

– Fuimos a casa, pero al no encontrarte me indicaron los vecinos que estarías aquí –explicó Silveiro con naturalidad. Señaló a los primos–: ¿Qué es eso?

– Eso –repuso severamente el señor Zumbeira, apartando las piernas de Sebastiao– son las consecuencias de no tener aún mi pierna.

– ¡Ah! –contestó Silveiro como si ya lo comprendiera todo, aunque no entendió nada.

– ¿Quién es ésa? –preguntó celosa la viuda señalando a la rubia de curvas pantagruélicas.

– Mi prometida –aclaró Silveiro.

– Esto –interrumpió la rubia Roxana, la ex dependiente, alargando el paquete al señor Zumbeira– es la pierna prometida. Acaso esté algo rota del viaje...

Febrilmente comenzó el anciano a desenvolver el paquete. Silveiro sonreía maligno. Sin dinero para comprar una pierna nueva, había hecho que Roxana envolviera la única –hecha pedazos– conseguida. Con explicar al anciano que., sin duda, se les había roto con el traqueteo del viaje, quedaba todo arreglado. Mas el senhor Zumbeira, al abrir el paquete, dio un grito de indignación y Silveiro creyó desmayarse de terror. ¡En un exceso de finura, Roxana había envuelto cada pedacito de la pierna hecha añicos en papel de seda!

– ¿Qué pasa aquí? –preguntó en aquel instante crítico una voz a sus espaldas.

Todos se volvieron a mirar. Apoyada en la magnolia, resaltando su cabellera roja donde se quebraba el sol en chispitas de fuego, estaba una hermosa pelirroja y a su lado una morenita vivaracha de torso escultural.

– Estoy haciendo las presentaciones –exclamó Silveiro, gozoso de salvar una situación difícil–. Papá, te presento a las dos mujeres de mis sueños, con las que debería casarme.

La viudita, al oír aquello, se pinchó un dedito con la aguja, manchando con una gotita roja el pañolito blanco que bordaba.

– ¡Zambomba! –comentó irrespetuosamente el senhor Zumbeira–. Este chico está loco.

– ¡Qué tío! –dijo Oswaldo incorporándose–. Vaya ingenio que se gasta.

– Alguna quedará para nosotros –apuntó esperanzadoramente Sebastiao, arreglándose la corbata.

Abriéndose paso entre las dos amigas avanzó majestuosa y maciza la maharaní. Su túnica púrpura apagaba el color de todas las flores del jardín y su perfume de almizcle dominaba el de los jazmines.

– ¿Ahora qué? –preguntó sarcástico el senhor Zumbeira–. ¿Has traído una echadora de cartas para saber con quién te vas a casar?

– Papá –anunció gravemente Silveiro–, la maharaní de Kapurthala acaso sea la futura madre de tus nietos.

– ¡Ay! –gimió el senhor Zumbeira a punto de desmayarse.

– ¡Mis nietos! –suspiró la viudita solidarizándose gozosa con Silveiro.

En los ojos dilatados del anciano se pintó un interrogante con un punto como un balón de fútbol. Tembloroso señaló a otras tres mujeres recién llegadas.

– Es la primera vez que el café me hace ver triples las cosas.

– No es eso, papá –repuso Silveiro, dando la mano galantemente a las tres princesas ataviadas de seda y tisú de plata–. Estas jóvenes, aunque parecen una, son tres en realidad, mas no puedes considerarlas como tres porque sólo son una. Las hermanas triamesas, con una cintura, tres cabezas, seis brazos y seis piernas. Con ella, o con ellas, debo casarme.

– ¡Seis piernas! –musitó entristecido el señor Zumbreira–. Seis piernas para ti y para mí ni siquiera una de palo.

– Esos tres –preguntó la princesa Tsin señalando a los atónitos primos De Melba y al señor Zumbreira– ¿son también triameses?

Sólo entonces Silveiro cayó en la cuenta de que debía auxiliar a su padre. Con mano firme desató las correas y comenzó, al separarlas, a darle masaje a los entumecidos miembros paternos.

– Hijo mío –preguntó en voz baja el anciano–, ¿has prometido casarte con las cinco, digo, con las siete?

– Sí, padre –replicó modestamente Silveiro.

– ¿Las has podido traer juntas a las siete hasta aquí sabiéndolo ellas?

– Claro, papá.

–Hijo –comentó orgullosamente el anciano–, eres todo un Zumbeira. ¡Digno hijo de tu padre!

Entonces comenzaron a oirse los primeros cánticos en la lejanía. Por la amplia entrada del jardín que daba acceso a la enorme explanada cubierta de hierba frente a la casa vieron el increíble espectáculo.

Cientos de niñas vestidas de blanco venían en procesión interminable cantando un himno dulcísimo y agitando en alto cada una de ellas una pierna artificial. Hasta donde alcanzaba la vista se veían niñas, niñas, niñas con albas túnicas y cada una con una pierna artificial al hombro. Al acercarse a la casa, pudo ver el señor Zumbeira que las piernas estaban floridas de perfumados azahares y cubiertas de banderitas de colores. Algunas niñas comían naranjas, y las manecitas pringosas goteaban sobre las piernas artificiales el zumo de oro. La procesión, toda sonrisas y cánticos, al desfilar frente a la casa, fue amontonando las piernas adornadas con cintas de colores, guirnaldas floridas y banderas frente al jardín.

– Las niñas de mis colegios –explicó ruborosa la maestra morena–. Y todo por mi amor a Silveiro. Cada familia ha contribuido con una pierna artificial como regalo de bodas, para que tu noble progenitor tenga dónde elegir.

El señor Zumbeira, lloroso, apoyado en los Melba, dio un púdico beso en la frente a la maestrita. Mas en aquel instante alguien dio un grito.

– Apartad a las niñas, ¡que no las pisen los camellos!

Hubo una confusión general. Las niñas gritando, más divertidas que asustadas, se desparramaron como los ratones al oler al gato. La caravana majestuosamente desembocó en la explanada. ¿Cientos, miles...? ¿Quién podría decirlo? Camellos, camellos, camellos cargados de piernas artificiales de todos los tamaños, formas y colores. Junto a los camellos, esclavos nubios de turbantes escarlata y con ajorcas de plata en los tobillos. Sobre la carga de cada camello, piernas en haces y montones con bandas de raso y oro con inscripciones: «Al señor Zumbeira, con nuestro deseo de que las use todas».

«Las mejores piernas para el mejor caballero». «No hay pierna bastante buena para el señor Zumbeira».

Los esclavos fueron descargando entre el griterío alborozado de las niñas centenares de piernas en la llanura, mientras sonaban címbalos y flautines, panderos y tambores, y flameaban gallardetes de colorines al sol triunfal.

– No es sólo mi regalo –murmuró púdicamente la maharaní–. El maharajá me prestó su séquito y los camellos para traerlas...

No pudo acabar de hablar. Un esclavo, jefe de marcha de la caravana, voceó nuevas órdenes.

– ¡Aprisa! Descargad y seguid la marcha. ¡Otra caravana de elefantes acaba de aparecer!

– Ese es... –sonrió Tsin...

– el regalo... –continuó Gah...

– de las hermanas triamesas –terminó Dah.

La nueva caravana desplazó a la anterior por peso y fuerza. Los famosos cien elefantes blancos de Siam, recubiertos de gualdrapas bordadas, con palanquines de marfil y torrecillas de nácar, guiados por esclavas enjoadas, avanzaban majestuosamente por entre los asombrados camellos abiertos en dos filas. Al son de tambores de piel de serpiente y con banderas al viento, los elefantes blancos fueron descargando su colosal carga: piernas, piernas, piernas. Los modelos más exóticos y costosos. Piernas con música, piernas de hueso, de maderas del Líbano, de ébano y concha, piernas perfumadas, piernas con incrustaciones de oro y pedrería se amontonaron en pirámides.

Cuando el elefante blanco que hacía de guía –un coloso como una catedral– se encabritó y pateó en el suelo, todos absolutamente, niñas, camellos, elefantes, Silveiro, los primos, las siete novias, la viuda de Minga y el señor Zumba alzaron la vista al cielo. Al zumbido de los motores reemplazó pronto la visión en el azul de uno, cinco, cien puntitos negros, y finalmente diez escuadrillas de diez aviones cada una, volando en perfecta formación sobre la explanada.

– Creía que nunca iban a llegar –suspiró tranquilizada la piloto pelirroja–. Todos mis amigos y compañeros de trabajo han puesto sus aviones a mi servicio para traer las piernas que yo regalo, suscritas por ellos mismos como regalo de boda.

Instantes después volaban miles de piernas sobre las niñas, camellos y elefantes. Cayendo graciosamente, cada una con su paracaídas de colores: verde, rojo, azul, violeta. Sobre las caravanas y los camellos, los elefantes blancos y el grupo despavorido en el jardín, caía un diluvio de piernas atadas con cintas policromas entre el voltear de las hélices. Algunas de ellas, desafortunadamente, no abrieron su paracaídas y pronto el grupo tuvo que refugiarse bajo los aleros de la casa, contra el bombardeo de piernas que llovía sobre el jardín, una de las cuales pasó rozando la cabeza del señor Zumba. Cuando todo terminó y pudieron salir al

exterior otra vez, ya los aviones se alejaban por las rutas del añil y las niñas, camellos y elefantes emprendían la retirada.

– Hijo mío –dijo lloroso el señor Zumbeira–, con todas estas piernas puedo solucionar mi problema y además crear –y sus ojos soñaron un instante– la más grande industria de piernas artificiales del mundo. Una ciudad de piernas que se llamará Zumbeira.

No sabía en aquel momento el señor Zumbeira que sus palabras serían proféticas y que así nacería el pueblo que hoy conocemos todos.

– Yo –dijo púdicamente la viudita– podré usar una de esas piernas para sustituir la mía, que está muy gastada.

– ¿Tiene usted una pierna postiza? –preguntó extrañado el señor Zumbeira.

– Sí, amor mío. Creí que ya la habías tocado. La derecha.

– Pero yo... yo... le di a usted unos pellizquitos una noche a través de la reja y las dos piernas eran de carne y hueso –tartamudeó ruborizado el señor Zumbeira.

– Es que a quien pellizcabas en la oscuridad no era a mí –repuso ella–, sino a Juana, mi camarera, que estaba a mi lado.

El señor Zumbeira meditó un instante. Le seducía el imaginar las posibilidades voluptuosas de tener ambos una pierna postiza.

– No importa, amada mía. Te amaré igual... Además, conservaremos con nosotros a Juana.

Silveiro intervino.

– Mi misión ha terminado, papá. Me voy.

– ¿Solo?

– No, con mis siete prometidas. Las amo a todas. Sólo hay una solución. Resucitar la más noble costumbre de todos los siglos. La poligamia. Me voy a vivir a Salí Lake City y trataré de reavivar con mi ejemplo el mormonismo.

El señor Zumbeira le abrazó con envidia. Al oído le preguntó:

– ¿Cómo te las arreglas con las hermanas triamesas?

– ¡Oh, papá! Muy fácilmente... Las otras dos juegan al ajedrez entre–

» tanto.

Seguido por sus siete mujeres, Silveiro se alejó por el sendero teñido de sol, mientras el señor Zumbeira y su

viudita les despedían agitando como pañuelos sendas piernas artificiales.

Esta es la historia de los orígenes de la industria y del pueblecito de Zumbeira. Ya os habréis dado cuenta de que es una historia vulgar y conocida, que por lo corriente no valía la pena de referirse. Pero ya os lo previne al principiar la narración.



¡RIQUIQUÍ, TE ADORO!



YA SALIÓ EL SOL, y el paisaje está teñido de oro. Para otros comienza un día de trabajo. Para mí va a empezar la gran jornada. En la barraca abandonada donde pasamos la noche, Riquiquí duerme profundamente. En realidad, fue ella sola quien durmió. Yo estaba demasiado excitado para poder conciliar el sueño. Apenas la vi reposando plácidamente sobre unas pajas, hecha un rollito de dorados marfiles, salí al aire libre a velar su sueño como antaño Don Quijote a su princesa. A velar su sueño bajo las azules estrellas.

Una noche en vela no me ha dejado con fatiga. A cada rato me asomaba por la ventana y me consolaba la visión de los bucles de Riquiquí barnizados de luna, de un brazo o una pierna bruñidos de plata. Nunca olvidaré esta noche, que ha precedido a nuestro gran viaje. Me divertí asustando a ranas y grillos con mis pataleos en la espesura. El bosque, de noche, se llenó de leyendas. Un vientecillo sutil, acariciándome el pecho desnudo, me traía cuentos. Las memorias de mis aventuras me llenaban el corazón de emociones, apretujadas como un rebaño en la majada. La noche se hizo por fin tremendamente oscura. De súbito la oscuridad se oxidó de una herrumbre verdosa. El cielo se veló de luz de cobre. Al llegar tras el alba, fina y sutil, la aurora toda redobles, clarinazos, llamaradas y charangas de

un alegre desfile celeste, me bañé en el río. Después me he secado revoleándome en la hierbecita fresca y dulce, y he comenzado a escribir este relato, como despedida final, antes de que despierte Riquiquí.

No me hago ilusiones en cuanto a mis dotes de escritor. Mas por malo que sea, no hay otro en mi género. Lo que voy a contar podrá creerse o no, mas para mí tiene el valor de ser cierto y de haber cambiado mi vida. Comenzó mi aventura hace una semana. No sé de dónde vengo ni quién soy. No es que me haya acaecido un ataque de amnesia. Si no fuera porque me siento perfectamente adulto, diría que es más bien como si acabara de nacer y, claro está, en el mundo verde y luminoso en que me hallo, no recordara el antro purpúreo y tenebroso de donde salí. Al principio, la libertad se me subió a la cabeza. Mi primer recuerdo es el de un prado ancho y amable. Me veo allí, solo y libre, bajo un cielo de cobalto y sobre la esmeralda en hebras de la hierba. Creo evocar vagamente un objeto blanco echado sobre el césped no lejos de mí. Un libro o un pañuelo donde se reflejaba el sol. No me detuve a examinarlo. Con alas en las piernas, salté y corrí por la pradera, comí fresas silvestres y moras, bebí de un hilito de agua pura y fría que salía de entre unas peñas y emprendí la marcha hacia un caserío que se dibujaba en el horizonte.

Mis experiencias en el caserío no pudieron ser más deprimentes. Sintiéndome sociable y lleno de amabilidad,

me interné por las calles soleadas del pueblecito. Era sábado por la mañana, todavía muy temprano, y la poca gente que había por las calles llevaba en los ojos el sello inconfundible del sueño. A mis sonrisas e inclinaciones de cabeza observé que respondía la gente con indiferencia absoluta o con miradas de extrañeza. Me di cuenta también de que las mujeres se alejaban de mí con sus chiquillos, y que una criada apartó de mi paso con cara asustada su cesto de legumbres y frutas. Pensé que debía llevar mi pelo sin cepillar y que mi cara estaría llena de manchas del zumo de las fresas y moras silvestres con que me desayunara. Deseando buscar compañía, me interné en un jardinillo precioso lleno de macizos de flores, con un parral de amarillentos pámpanos. En el porche, sentada en una hamaca, dormía una anciana semirresguardada del sol por la parra. Curioso, me acerqué a mirarla. Era una gloria verla, tan gorda y hermosota, sonrosada y grasienta, durmiendo plácidamente con los carrillos floridos de felicidad. Le espanté suavemente algunas moscas de la cara. El sol, chispeando por entre los pámpanos, la cubría de un andrajo dorado. Zumbaba un moscardón acentuando el silencio. El agua de una acequia estaba pasmada en la calma matinal. Hubiera podido pasar allí horas y horas, paladeando la paz y el silencio. Repentinamente la anciana abrió los ojos y me vio. El grito debió oírse en todo el continente. Tal fue su pánico, que me asustó y me hizo salir corriendo perseguido por sus voces.

Al ir por la calle y observar otra vez frialdad o extrañeza ante mi paso, pensé por un instante si estaría tan manchado y sucio que me tomaban por un mendigo o un malhechor. Las gentes volvían la cabeza para mirarme. Solamente los niños – ¡benditas sean sus almitas confiadas!– no parecían asustarse de mí, antes al contrario, me sonreían o decían adiós con sus manitas ante la severa mirada de las madres.

A todo esto, ya era media mañana y el sol calentaba fuertemente. Vi abiertas de par en par las puertas de un taller sumido en grata penumbra, y allí me introduje. Por el olor, antes de que mis ojos se acostumbrasen a la oscuridad, reconocí que era una carpintería. Para mí es el taller más grato y noble que existe. El olor a maderas frescas y limpias es delicioso, las virutas doradas, las tablas cepilladas, los muebles a medio hacer tienen una pureza digna del Cristo que con su tarea inmortalizó para siempre las carpinterías. Como pude, me acomodé en una mecedora a medio hacer, y empecé a abanicarme con un periódico que hallé abandonado. Me hubiera quedado adormecido en el ambiente todo penumbras frescas y olores suaves, cuando me alarmó el griterío levantado en la puerta del taller. Los tres operarios que retornaban de alguna casa cercana, al verme sentado en su mecedora, alborotaron la calle con sus gritos y desaparecieron corriendo, para volver al minuto armados de estacas. No aguardé más. Como una exhalación pasé entre ellos y corrí hasta doblar la primera esquina y perderme en otra calle solitaria.

Sin aliento todavía, confuso y entristecido al notar con qué poco entusiasmo se me recibía, intenté asomarme por la ventana de una tiendecita blanca, de la que salía un aroma exquisito. Esta vez la reacción fue más enérgica y agresiva. La tienda era una confitería pequeña, dulce y amable como una bombonera. Pero, sin duda, yo era un intruso, porque el confitero, un mozalbete apoplético y pelirrojo, sin vacilar me arrojó a la cara lo que tenía en la mano, que por fortuna sólo era un pastel de crema. Estupefacto, y con un ojo tapado por el pastel, le vi echar mano a una pesa del mostrador. Relamiéndome la crema que me chorreaba por la cara, eché a correr viendo de reojo los uniformes de dos policías que desembocaban por el otro extremo de la calle.

Al parecer me hallaba en el límite del pueblo. Ante mí se abría una carretera polvorienta y desierta. A mi derecha vi un pajar solitario. Cautelosamente entré por la puerta entreabierta. El dulce olor a heno recién cortado me acarició suavemente. Extenuado me dejé caer en la fina paja y procuré enterrarme en ella para esconderme y meditar sobre mi situación. Al estirar una pierna, rocé una mano que salía de entre la paja. Era una mano pequeña y blanca, tan delicadamente modelada que sus dedos parecían las puntas de una estrella. Al acercar mi cara a la mano, sin duda mi aliento sobre ella delató mi presencia. La manecita se agitó, giró en todas direcciones y finalmente me tocó la cara, dándome en ella unas gentiles palmaditas.

– ¡Hola! –me saludó entonces una voz apagada por la paja.

– ¡Hola! –repuse yo hundiendo más aún la cabeza en el heno perfumado.

Hubo una pausa. La paja me hacía cosquillas en las narices y el calorcito del heno me tenía adormecido.

– ¿Qué haces aquí? –me preguntó la vocecita enterrada en la paja.

– Esperando a que la gente del pueblo se tranquilice para marcharme –repuse a mi invisible interlocutor–. Quiero irme lejos de aquí.

La paja volvió a rebullirse.

– ¿Por qué le tienes miedo a la gente?

– Porque tres veces seguidas han intentado pegarme.

– Algo malo habrás hecho.

– No. Solamente quise ser amable.

Se oyó una risita ahogada y vi sacudirse la paja.

– Siempre sucede así –me contestó–. ¿Cómo te llamas?

Miré en derredor atontado. El pajar estaba atravesado por un rayo de sol, tenso como la cuerda solitaria de una guitarra de oro. Moscas de colores metálicos danzaban sobre la cuerda de sol como bailarinas de un circo en la cuerda floja. Me di cuenta con angustia de que no podía contestar la pregunta.

- No lo sé. No creo que tenga nombre.
- ¡Qué tontería! Todo el mundo se llama de algún modo.
- Seguramente. Pero yo lo he olvidado.
- ¿De dónde vienes?
- Tampoco lo recuerdo.

La paja cercana a mí se agitó impacientemente.

– Necesitas comer rabos de pasas para mejorar tu memoria. Dime: ¿hay algo que recuerdes?

Brevemente le conté cuanto recordaba desde mi paso por el prado a que me referí al comenzar este relato, hasta explicarme mi fracaso al intentar hacer amigos en el pueblo.

– ¿Recuerdas qué era aquel objeto blanco que dices viste cerca de ti en el prado? –me interrogó.

– No sé. Podría ser un pañuelo o un libro, a juzgar por el sol que brillaba sobre su superficie blanca.

– Lástima que no lo sepas. Presiento que allí estaba la clave del problema. Sin embargo, no debes apurarte. Yo te ayudaré a descubrir tu identidad.

– ¿Quién eres tú? –pregunté, estimando que mi turno de preguntar había llegado.

Suspiró y varias pajitas doradas ascendieron por el aire cálido.

– Riquiquí. ¿Cursi, verdad?

– Al contrario. Es un nombre precioso.

– Menos mal que te gusta. Eres la primera voz amable que oigo desde que salí a pescar la perla.

– ¿Qué perla?

– Una perla divina con todos los colores del arco iris. Es necesario para cogerla zambullirse sin miedo.

– ¿En dónde?

– Pues en la ciudad, en los pueblos, en los caminos.

– La gente no se zambulle ahí, sino en los lagos, los ríos o el mar.

– Razón de más para que si ellos zambulléndose en el agua no hallan la perla, yo pruebe a zambullirme en tierra, donde hay más probabilidades y menos competencia.

Reconocí la lógica de tal razonamiento.

– Cuéntame la historia –rogué.

Solamente entonces, abrumada ya de calor, salió Riquiquí de entre la paja del henar.

Se ha podido decir que en una gota de agua caben el ancho cielo y el mar con sus misterios. En Riquiquí se resume la evolución de la belleza humana. Al saltar de entre la paja, vi a una mocita de unos dieciséis años, con el pelo como una llamarada de cobre, la cara un delicado óvalo de marfil arrebolado por el calor y con dos ojos verdes, limpios y hondos como dos lagos de agua cristalina, moteados de puntitos de oro. Iba vestida con una pintoresca túnica blanca con florecitas bordadas en azul y en oro. Pequeña y de líneas suaves como las curvas de un ánfora, hubiérase dicho que acababa de escaparse de un cuadro de Rafael.

Con gestos finos y precisos como los de un pájaro, acudió a sentarse a mi lado mientras yo me sacudía la paja de todo el cuerpo.

– ¿Te gustan las historias? –me preguntó con una voz que sin la sordina de la paja era un flautín de plata.

– Mucho. Sobre todo si no son reales.

– A mí también. Ahí comienza la mía, que es tan auténtica como un texto de Geometría. Mi afición son los cuentos. Desde chiquilla he adorado un buen cuento. No recuerdo a mis padres, pero allá donde yo vivía, Casilda, mi madrina, decía que...

– ¿Dónde vivías?

Señaló con un gesto vago hacia la puerta.

– Allá, al otro lado de las montañas. No recuerdo dónde porque era muy chiquita cuando nací, y luego nadie se preocupó de decírmelo. Mas, como te estaba contando, Casilda, mi madrina, me refería cuentos dulcísimos e interminables a todas horas. Verás; vivíamos ella y yo solas en una casa preciosa. Era diferente de otras en que no tenía tejado. Ahora pienso que debían ser las ruinas de un viejo palacio. Columnatas de mármol blanco, rosa y negro, bancos de alabastro, sillones de jaspe, mesitas de jade. El techo se debió caer con los años, con lo cual podíamos disfrutar del palacio y estar a la vez al aire libre, con la bóveda azul del cielo como techo durante el día y el dosel de las estrellas como candiles de plata por la noche. El bosque se metía dentro del palacio. Pámpanos con uvas dulcísimas colgaban como guirnaldas de las columnas. Unas golondrinas hicieron su nido sobre el tocador de mármol y oro. Para verme en el espejo necesitaba descorrer las cortinas de madre selvas en

flor que lo cubrían, y mientras me bañaba en una pila de ónix con incrustaciones de pedrería, las ardillas se perseguían por los bordes de la pila y los vencejos y petirrojos acudían a mojarse el pico en el agua fresca de lluvia que la llenaba.

¡Qué días más felices! Casilda, con su manto de tisú de oro y su varita de plata, me despertaba en mi hamaca, colgada entre dos columnas a la sombra de un albaricoquero, cuyas flores, cayéndome encima, me servían de colcha durante la noche. Desayunábamos miel de los panales silvestres, fresas, moras y uvas, cuando ya el sol comenzaba a despertar al bosque y sonrosaba los mármoles del palacio. Luego, a nadar en la alberca cercana con los cisnes blancos y negros, y después el secarse corriendo por el bosque, hacer ramilletes de flores, ver los pájaros de colores, observar las abejitas doradas, y en las horas perezosas del día escuchar las bellas historias de Casilda. La noche, con los vientecitos suaves, las canciones de las frondas, la gran hoguera adonde acudían también nuestros amiguitos de la selva, terminaba un día deliciosamente repleto de cosas lindas. Cuando ya los ojos se me empezaban a llenar de sueño, Casilda con su varita de plata me acariciaba la frente hasta dejarme dormida para seguir ensoñando bellas estampas y viajes.

Un día, ebria de cuentos, le pedí a Casilda que me dejara vivir uno a mí. Se sonrió y me dijo que los cuentos que yo

podría vivir eran cosas fantásticas y que sería preferible limitarme a escucharlos. Le insistí. Me fascinaba la idea –soñada mil veces– de hallar un cofre repleto de monedas de oro y una perla con todos los colores del arco iris, cuya posesión me confiriese el poder de conseguir cuanto deseara. Cuando Casilda me vio empeñada en mi deseo, me enseñó a hacer unos cuantos trucos o juegos de prestidigitación. Con ello –me dijo– no pasarás hambres, pues siempre encontrarás un público que quiera ver tus trucos. Dándome un beso en la frente se despidió de mí, dejándome solita entre los linderos del bosque y la ciudad, después de varias jornadas de marcha.

Cuando llegué a las primeras casitas del pueblo cercano, el corazón me saltaba en el pecho como pez en un mar embravecido. Me sentía heroína de cuento. Iba a realizar mis soñadas fantasías. A buscar la perla mágica de colores de arco iris en el océano sin fondo de las ciudades. Me zambulliría en las calles y en las vidas de otras gentes, como las de los cuentos de Casilda, y surgiría como los pescadores de Ceilán, cubierta de simbólicas algas y misteriosas fosforescencias, llevando entre los dientes la perla de arco iris.

Durante varias horas anduve por los alrededores del pueblo, admirada de cuanto veía: casas, gentes, flores, perros, luces, todo era una fiesta de los sentidos para mí. El mundo de donde yo venía tenía aromas tan finos como una

evocación del olor, colores tan tenues como un recuerdo del color, sonidos tan suaves como una ilusión. Este otro mundo era ruidoso, chillón, estridente, con violentos y salvajes colores, bañado en luces deslumbrantes y olores que intoxicaban de tan fuertes. Horas y horas estuve atisbando por las ventanas el interior de las viviendas, que se me antojaban estampas como las de los libros de Casilda. Este mundo lo conocía yo a través de aquellos libros llenos de relatos maravillosos. Ahora iba a ser la heroína de un cuento vivido, de un ensueño realizado.

Riquiquí calló unos instantes. Por la entreabierta puerta del pajar entraba con la luz solar el paisaje rubio de los campos inflamados de calor. El zumbido de las moscas sobre el océano de la paja dorada tenía el rumor del viento en las eras. Caliente, la mies madura exhalaba un perfume agridulce. Me estiré voluptuosamente. No hay pereza como la de los pajares a la hora de la siesta. Los párpados comenzaron a cerrárseme. La vocecita de plata de Riquiquí me llevaba hacia el castillo de niebla del sueño. Vagamente volví a escucharla hablar. La interrumpí preguntándole:

– ¿Cuál fue tu aventura?

La risita de Riquiquí era como el chapotear de un pececillo en un charquito de agua cristalina.

– ¿Aventura? –prosiguió contando–. ¿Mi aventura? ¿Mi...? ¡Peró si no me ha pasado nada! ¡Nada! ¿Lo oyes bien?

¡Nada! Verás, escúchame «. sin dormirte todavía. Principié por decidir aprovecharme de los trucos de

magia que me enseñó Casilda para interesar a estas gentes y poder así incorporarme a la vida de la ciudad. Uno de mis números favoritos, del repertorio de mi madrina, es hacer como si me volviera muy chiquita. Así: como de * tres o cuatro palmos de estatura. Podría haberme hecho parecer más chica

aún, pero temí que me pisara alguien. Bueno, pues me puse como una muñequita y eché a andar hacia un cobertizo grande al otro extremo del pueblo. Llego a la puerta y doy una voz, relamiéndome ya de pensar en la cara que pondrían quienes estuvieran allá al verme. ¿Qué sucede? Sale a recibirme una pareja. ¡Y los dos eran más chiquitos aún que yo! Debí quedarme con la boca abierta. Entonces el hombrecito –tres pies, pecas y mal genio enfundados en un traje a cuadros– me señaló con el pulgar hacia atrás y me dijo: «–Ya somos demasiados. No hay trabajo para nadie más». Sobre su cabeza vi al fondo una docena de personas de mi estatura, sentados a una mesita como de juguete, comiendo un arroz con pollo con cucharitas microscópicas. ¡Si todo el mundo era así, mi ilusión era un fracaso!

Salí a la calle y viendo una casa aislada de las otras por una tapia altísima, 4 me encaminé a ella. La piedra ocre y las persianas verdes de las ventanitas mitigaban algo la severidad de la construcción. Atravesé un jardín

abandonado y pensé en remediar mi falta anterior, preparando otra de mis mejores ilusiones. No te diré cómo, porque es un secreto de Casilda y mío, mas lo cierto es que por un método nuestro me froté el cuerpo hasta hacerlo invisible y lo mismo las piernas y brazos. Así, con solamente la cara al aire, entré en la casa por una ventanita que habían dejado abierta. En el piso de abajo, panoplias, armaduras, sillones frailunos, tapices, almohadones de cuero, silencio y soledad absolutos. Todas las salas en la oscuridad. Pensé si no habría nadie en la casa, al verlo todo atrancado a piedra y lodo. Del otro piso llegaba un sordo murmullo. Subí la escalera en penumbra y guiada por los susurros llegué a una habitación, donde me introduje sin hacer ruido. Estaba tan oscura que era imposible ver a nadie, mas yo oía los cuchicheos de diez o doce personas sentadas en torno a una mesa y veía el blancor de las manos puestas en cadena sobre aquélla. Durante un rato aguardé en silencio. Cuando ya me cansé de oír golpecitos sobre la madera de la mesa, que una señora de voz de rata traducía en palabras, creí llegado mi momento y de un salto me planté sobre la mesa, con sólo mi cara visible en la oscuridad. Contra lo que yo esperaba, hubo un momento de penoso silencio. Después escuché una tempestad de protestas: «-¡Qué imprudencia! -¡Un elemental! -¡Yo creía que sólo acudían a estas sesiones espíritus serios! -¡Si siguen los elementales perturbando las reuniones, me daré de baja de la asociación!». Y así por el estilo. Como alguien me estaba pellizcando

despiadadamente la pierna, tuve que bajarme de la mesa e irme indignada del salón entre una lluvia de insultos.

En la calle reflexioné. Era preciso hacer algo mejor y diferente. Tenía hambre y me dolía la cabeza. Recobrando mi figura normal, me encaminé hacia una gran plaza del pueblo. Había un gran edificio blanco en el que entraban y salían personas como hormigas, laboriosas y apresuradas. Sin vacilar crucé la plaza. Mi túnica blanca despertó cierta curiosidad. Sentía en el estómago el cosquilleo del hambre. Entré en el edificio, del que surgía ruido de voces. A uno y otro lado de un pasillo había muchas habitaciones encristaladas, con hombres fumando y escribiendo en papelotes sobre sus mesas, y gentes esperando a que los escribanos se dignasen alzar la cabeza. Todo era frío, vasto, gris, prosaico, inhospitalario, indiferente. Oí a una aldeana quejarse en alta voz de que los empleados del Gobierno civil no se apuraban por nada en aquel pueblo. Me imaginé que todo aquello era una pecera gigantesca de peces grises mágicamente congelados en una inmovilidad eterna. Pensé que ningún local mejor que aquél para experimentar otra de las ilusiones de Casilda.

Rápidamente me adelanté a las gentes que me precedían y, mientras los dos empleados seguían con la cabeza baja revolviendo papelotes polvorientos y fumando, comencé a andar por una de las paredes hasta llegar al techo y quedarme cabeza abajo, colgando del techo de un solo

dedo, el dedito pequeño. Una mujer se desmayó y el resto del público en la oficina huyó aterrado y dando alaridos. Como los dos empleados todavía no levantaban la cabeza, comencé a balancearme como un péndulo del dedo que tocaba el techo, cantando una cancioncilla al mismo tiempo. Solamente entonces levantaron ambos funcionarios la cabeza.

– ¿Crees que está borracha? –preguntó uno de ellos con la colilla en los labios.

– ¡Quia! –repuso el otro rascándose la nariz con el palillero–. Está haciendo eso para llamar la atención. Cuando venga el ujier le diremos que la eche.

Y sin más, volvieron a la rutina de sus papelotes.

Después de este fracaso vinieron varios más. Cuando puse en práctica la ilusión de Casilda de estirarme y parecer que tenía tres metros de estatura, un chiquillo me gritó algo que no entendí, señalándome un gran cobertizo al extremo de la calle, del que salía música. Me encaminé allá, mas apenas asomé la cabeza por la enorme puerta cubierta de lona me retiré desilusionada. Dentro del cobertizo había una docena de hombres y mujeres con trajes de colorines y dando cabriolas. ¡Todos eran más altos que yo!

Desilusionada, con hambre y fatiga, me vine a descansar a este pajar y a pensar en cómo poder usar mis dones en este mundo que no parece sorprenderse de nada.

Hubo un silencio en el que parecieron acentuarse el calor y el aroma de las mieses. Como soy ante todo partidario de la acción, me puse en pie de un salto.

– Riquiquí. Vamos a salir de nuevo. Esta vez, juntos. A introducir tus habilidades entre esta gente prosaica.

Palmoteo de gusto. Al ponerse de pie, sacudió su cuerpecito todo oro, marfil y rosa, y quedó envuelta en el polvillo dorado de la paja. Agachándose, desplegó como una bandera escarlata su cabellera, donde lo dorado, lo cobrizo y lo rojo se fundían en una cascada de tirabuzones. Bajo su túnica de seda blanca vibraba el cuerpo esbelto de clásicas líneas, todo promesa y capullos.

– ¿Cómo te llamas? –volvió a preguntarme mirándome con sus ojos de aguamarina.

– No sé. No recuerdo.

– ¡Qué extraño! Todo el mundo tiene un nombre. Pero no importa. Te llamaré Ariel, que según me explicó Casilda era el espíritu del aire y de las ideas.

Salimos a la calle, que se cocía bajo el fuego solar en la caldera de sus piedras. Del pueblo, el viento cálido traía una

música retozona. Guiados por el hilo de la melodía, anduvimos hasta llegar a una plaza atestada de gente que se apiñaba frente a un gran cobertizo de lona. En sus puertas había músicos cuyos instrumentos brillaban al sol como bañados de oro, mujeres pintadas con faldas de colores chillones y hombres subidos en una plataforma de madera, que vociferaban tan aprisa que no pude entenderlos. Instintivamente, dimos la vuelta a la gran tienda de lona esquivando la muchedumbre. El aire olía a pasteles azucarados, almendras tostadas, caramelo fresco y a claveles. La música y el sol rivalizaban en intensidad. Finalmente, hallamos una puerta trasera, donde no había gente, sino solamente unos hombres vestidos con trajes blancos y negros. Aleccionado por mis experiencias previas, me quedé rezagado y Riquiquí se adelantó a pedir que nos dejaran entrar a cambio de ofrecer nuestro talento, o diría mejor, el suyo.

Echado en la hierba a la sombra de un álamo raquítico, vi a Riquiquí hablar con aquellos hombres. Primero observé indiferencia; luego, enojo; después, aburrimiento; finalmente, interés en sus caras. Al parecer, Riquiquí estaba ofreciéndoles lo que ella podía hacer. Alzando en el aire sus manitas rosadas, hizo salir de ellas un chorro de refulgentes monedas de oro que cayeron como un caño de sol metálico dentro de un cubo semilleno de agua. Después fue tocando todo lo que estaba a su alrededor y en apariencia haciéndolo oro: un látigo, unas espuelas, cascabeles,

listones de madera, manzanas, unas alpargatas. Todo parecía solidificarse mágicamente en oro al contacto de sus deditos. Los hombres vestidos de camareros comenzaron a interesarse de veras. De momento sonaron timbres dentro de la gran tienda de lona y los hombres corrieron hacia dentro. Uno de ellos dijo algo a Riquiquí y desapareció por la puertecilla dejándola sola.

Sólo entonces me acerqué a la niña. Los ojos le brillaban de excitación y su cara era una manzanita teñida de arrebol.

– Óyeme, Ariel –me dijo, arrimando su boquita de guinda a mi oreja–. Esta casa grande hecha de tela se llama un circo y hay aquí gentes de todas partes, gigantes, enanos, caballos, elefantes y mujeres, que hacen cosas maravillosas y raras para que los vea toda aquella gente que hay al otro lado de

la plaza. Los hombres que hablaban, conmigo son los que lo dirigen todo. Ahora va a empezar la función, y aunque les interesó lo que yo podía hacer, no podrán decidir si les interesan mis trucos hasta después de la función.

– ¿Qué hacemos entretanto?

– Tengo mi plan. Vamos a meternos dentro y, cuando menos lo esperen,

les haré una de mis mejores habilidades de prestidigitadora. Si les gusta, acaso nos dejen quedarnos con ellos.

Entramos por la puertecilla sin que nos dijera nada el viejecillo que estaba de guardia. Por lo visto creyó que éramos artistas del circo, lo que me llenó de orgullo. Quedé unos instantes deslumbrado por las luces y aturdido por los la pista y al son de un vals vienes, diez elefantes dirigidos por muchachas hacían toda clase de piruetas. Las luces, más brillantes que el sol, y la atención del público se dividían, yendo del aire a la tierra, de los ángeles en las cuerdas a los elefantes en la arena. Fue entonces cuando apareció Riquiquí.

Un sentido interior me avisó su presencia. Alcé la cabeza cuanto pude. Efectivamente. Allá, en lo más alto del circo, alta y brillante como esa estrella de plata que hay arriba del arbolito de Noel, Riquiquí parecía un pajarito dispuesto a volar. No podía ver bien, porque me deslumbraban los reflectores y además los trapevistas se interponían en la trayectoria de mi visión. Mas, por entre una maraña de cuerdas, escalas, maromas y trapecios, podía atisbar a Riquiquí como un querubín sonrosado, agitando sus bracitos cual si fuera a lanzarse a nadar en el aire iluminado del circo.

Conteniendo el aliento, aguardé lo que presentía. En la banda de música sonó un redoble de tambor enervante y monótono, que fue en crescendo. Las luces de colores se

concentraron en los trapecionistas. Los elefantes quedaron congelados en una pose de baile. Un caballero con sombrero de copa anunció que los artistas iban a realizar el número más difícil. El silencio se abrió en el público como un abanico. Cinco haces de luz multicolor se fundieron en la altura. Riquiquí desapareció de mi vista en la lejanía oscurecida. Sentí un cosquilleo como de abejas en la barriga. Me temblaba en el estómago el presentimiento de las grandes calamidades. Por un instante cerré los ojos. Cuando estalló el griterío del público volví a abrirlos y se me dilataron como ruedas de molino.

Riquiquí se había lanzado en el momento crítico de la función. No pude verla bien hasta que cruzó ante uno de los reflectores, mas entonces comprendí que había usado su mejor ilusión. Una gigantesca mariposa revoloteaba velozmente por los aires del circo. El cuerpecito de Riquiquí parecía haberse envuelto en escamas de plata y rosa y sus brazos se expandían en dos alas gigantes, llenas de arabescos en oro y carmín. Podía oírse en el silencio que sobrevino tras el griterío inicial el suave batir de las alas sobre las que reverberaba la luz. La rubia mariposa volaba en torno a los trapecionistas aterrados, sobre las cabezas del público atónito y de los chiquillos que palmoteaban.

R ascendía hasta la cúpula de la lona para descender vertiginosamente y pasar rozando la trompa de los elefantes.

A mi lado, uno de los dueños del circo dio un rugido de rabia.

– ¡Maldita sea! Coged una estaca o una escopeta y parad a esa chiquilla que con su truquito nos está desbaratando la función.

Al oír esas palabras le di un empujón que le hizo caerse y me lancé hacia la pista para prevenir a Riquiquí. Demasiado tarde. Los elefantes, asustados, se desbandaron hacia el público. El griterío debió escucharse en la luna. Un elefante aplastó la puerta de la jaula de los leones. Los domadores empezaron a gritar que nadie se asustara, que las fieras eran mansas como corderillos, pero nadie les hizo caso. La música siguió tocando heroicamente para atenuar el pánico hasta que un elefante con toda delicadeza tomó con la trompa al conductor y lo introdujo en una cuba de agua. Apartando a patadas a los mozos de la pista, llegué a tiempo de recoger a Riquiquí, que descendió grácilmente en vuelo planeado cayéndome encima. Los chiquillos, que eran los únicos no asustados, nos ovacionaron. Un garrotazo del domador me alcanzó en la cabeza. Llevando a Riquiquí en brazos, me abrí paso entre jaulas, cuerdas, elefantes, leones, mozos, pértigas y bancos, y por una desgarradura de la lona salimos al aire libre, cara al sol radiante.

Cegado de sol, me paré un instante con los ojos cerrados. Un grito de Riquiquí me hizo abrir los ojos. Frente a nosotros, una docena de robustos mocetones con estacas

nos rodeaban en semicírculo. Los mozos y guardianes del circo venían a buscar su revancha. La sangre me hirvió en las venas. Nadie tocaría a Riquiquí. Con voz de trueno les amenacé:

– ¡Atras, malandrines, u os haré morder el polvo!

El efecto de mi imprecación fue asombroso, especialmente para mí. Asombro y temor se pintaron en todos los rostros. Las estacas descendieron lentamente. Se abrió paso en el arco de los mozalbetes. Pasamos entre ellos, Riquiquí abrazada a mi cuello, entre un silencio de tumba. Cuando volví la cabeza para mirarlos, a un kilómetro de distancia, aún estaban en la misma postura, estupefactos y aterrorizados.

No pensamos más en el asunto. Mis piernas son fuertes y Riquiquí era tan leve como una perfumada guirnalda de flores alrededor de mi cuello.

Hicimos alto en pleno bosque. El crepúsculo malva se nos vino encima como una capa de raso. Nos tumbamos en un prado de hierba fina, bajo las copas frondosas de una arboleda esmeralda. Del cercano arroyuelo ascendía un frescor delicioso. Cenamos berros silvestres, fruta abundante y agua cristalina. Sin platos que lavar, nos echamos en la hierba y escuchamos la sinfonía de los grillos y las ranas bajo el parpadeo de las estrellas.

Riquiquí me habló largo rato con su vocecita como un hilo de plata. La pobre chiquilla no comprendía nada de cuanto le había sucedido. Su voz me hacía ensoñar. Su cara, a la luz de la primera luna, era una nueva maravilla sobre la que descendían entre las sombras de los árboles los besos del cielo pálido. Desde que abandonó a su madrina Casilda y su poética vivienda, había estado corriendo por un mundo de cuento desventurado. Todo le salía al revés. Las gentes sin duda estaban habituadas a cosas más fantásticas y las ilusiones que ella ofrecía no interesaban a nadie. Trató de zambullirse en la ciudad buscando la perla de arco iris y se empotró de cabeza en un suelo de fango. Yo era su único amigo y protector. No nos separaríamos. Me sentí estremecido por el vientecillo como las hojas cercanas y embriagado de poesía como los charcos en que flotaban los cánticos. El corazón me empezó a bailar con la misma mágica danza que bailaban las hojas y los grillos. Me sentí uno con Riquiquí y con la música del bosque.

Riquiquí anunció que por la mañana seguiríamos nuestra exploración del mundo de cuento en que nos hallábamos y que estaba segura de que todo terminaría bien. Con la alegría de lo que vendría se levantó, descalcita sobre la hierba, y quedó bruñida en plata.

– ¡Mira! –me dijo–. La luna y las estrellas son mis amigas. Que ellas me den un manto de tisú con lentejuelas.

Con ello desplegó su túnica, que se volvió de argentada tela, y no sé si fue ilusión mía, pero al verla danzar sobre la hierba con pies como camelias, creí ver millones de luces de colores sobre su túnica, como si el cielo se hubiera quedado oscuro sólo por prenderle los luceros en su capa.

Desperté con un rayo de luna cosquilleándome la punta de la nariz, que es la parte más finamente sensible de mi cuerpo. Riquiquí dormía acurrucada a mi lado, la cabeza de ángel en un macizo de flores. Unas abejitas como chispas de oro danzaban a su alrededor. Al ir a espantarlas, abrió los ojos y sonrió. Y la noche se hizo más luminosa.

– No las espantes. Son mis amigas. ¿Sabes lo que son las abejas al hacer su panal? ¡Alegres mujercitas doradas que construyen cantando una casita de oro!

Nunca fue la miel tan dulce como las palabras de esta Riquiquí, que puede abrir una ventana de fantasía en todo lo cotidiano.

Fui al arroyo a traerle agua en unas hojas grandes de palma. Vi flotando en el arroyuelo un barquito de papel color azul, chiquito y airoso, de papel satinado, que parecía impaciente por llegar en aquel arroyo a todos los puertos del mundo. Al levantar los ojos, vi a un chiquillo al otro lado del riachuelo mirándome muy atento.

– Hola –salude.

- Hola -respondió.

Era un rapazuelo de unos doce años, vestido sólo con un pantaloncito blanco y sandalias. Tenía los ojos del color de las castañas cocidas y la cara espolvoreada de sal y pimienta: granos y pecas.



- ¿Qué haces aquí? –le pregunté.
- Probando el Invencible. El barquito.
- ¿Y de dónde vienes?
- De Shantiniketan.
- ¿Cómo?
- Shantiniketan. No seas tonto. Es fácil de recordar si te fijas. Quiere decir la Morada de la Paz y es una casa de niños para pasar las vacaciones de la escuela.
- ¿De dónde viene ese nombre?
- De Rabindranath Tagore, que la fundó en Calcuta. Lo sé porque nuestra instructora me lo enseñó día tras día hasta que lo aprendí.

Se me ocurrió una idea.

- ¿Nos daríais de cenar a mí y a mi amiguita, que viaja conmigo?
- Claro que sí, tontísimo. ¡Vamos en seguida! La instructora te dará de comer.

Minutos después y tras regresar adonde estaba Riquiquí para explicarle el caso y decirle que siguiera el arroyuelo al

cabo de un ratito –para ir yo antes y explorar la situación–, proseguí con mi guía hasta la Morada de la Paz.

En un claro del bosque se alzaba el gran pabellón de madera anaranjada, con una blanca columnata alrededor y una parra cargada de racimos y adornada con gallardetes, flores, guirnaldas, cintas y banderas como en vísperas de una fiesta. Por todas partes, eco de canciones y niños de blanco, laboriosos como abejas en una colmena, tejiendo guirnaldas, entrelazando cintas y ornando de flores las columnas. Se oían campanillar las almas. Flotaba un aire de fiesta.

De la escalinata se levantó una dama al verme llegar. Alta como una palmera y bella como un lucero. La piel blanquísima y el pelo de oro cayéndole en cascadas sobre un manto de seda azul. Me miró con ojos como estrellas antes de hablarme con una voz que era un cascabel de plata.

– Debes estar cansado y hambriento. Come antes de hablar.

Devoré a la luz de los farolillos, y entre la expectación general, tres fuentes llenas de avena y leche, que sabían a gloria.

La dama –la instructora según colegí, por ser la única persona mayor entre los cincuenta niños– me habló cuando me vio repantigarme, satisfecho, sobre la hierba.

- ¿Dónde está ella?
- ¿Quién?
- Riquiquí.
- ¿Cómo sabe usted...?
- Hay muchas cosas que yo sé y ésta es una de ellas. Sabía que llegaríais esta noche. La fiesta es para vosotros.
- ¡Para nosotros!
- Esta es la menor de tus sorpresas. Espérate y verás. –Se dirigió a los chiquillos–: ¿Está todo listo?
- ¡Todo! –replicaron cincuenta voces.
- Riquiquí pasará por aquí esta noche y debe ser tratada como lo que es: como una princesa.

Miré en derredor mío, boquiabierto.

- ¡Una princesa! Pero no me extraña. Debí haberlo sospechado.
- Riquiquí –explicó dulcemente la instructora– es algo más que una princesa. Ya te aclararé luego todo esto. Lo esencial es que va a venir esta noche en su hora predilecta, cuando las estrellas están de verbena y el prado se enciende con la fiesta de las luciérnagas. Vendrá con su flotante túnica

de lino, una sonrisa de luz, la mano blanca como una paloma y el corazón lleno de poemas. Con la carita pintada de dorados resplandores oliendo a violetas frescas y a fresas silvestres, brillando en oro como un panecillo recién salido del horno. Los banderines y guirnaldas vibrarán con más entusiasmo, los cánticos alborotarán los pájaros dormidos, y el alba lanzará a medianoche un prematuro resplandor de rosa.

Las hogueras despedían una humareda de nácar olorosa a sándalo. Se amontonaban las fuentes para la cena, llenas de miel, quesos, manteca fresca, higos y dátiles, frutas, jarrones de leche espumosa y zumos dulcísimos. La instructora echó sobre sus hombros un chal de colores. De un árbol cercano llegaba un arrullo de tórtolas. Los niños cantaban a media voz una melodía de nostalgia infinita. El tiempo, la noche, parecían retener su aliento para no quebrar la paz de cristal de la escena. La colonia infantil de vacaciones parecía una pintura de libro de cuentos. En mi corazón tañía una campanita de paz.

– Esto es maravilloso –le dije a la instructora, que sentada en la escalinata hacía capullos de loto con papel de seda y flores naturales, depositándolos en un cestillo de mimbre–. Ha logrado hacer algo de cuento de hadas. Que estos niños vivan en plena poesía... Pero yo debo regresar por Riquiquí.

Se sonrió misteriosamente y encendió otra lamparilla de aceite de cedro.

– Riquiquí está ya en camino. La veo avanzando a lo largo del riachuelo.

– ¿Cómo es posible?... Entonces debo ir a acompañarla para que no pase miedo.

– En los bosques, las princesas no pasan miedo. Los buenos espíritus del bosque las protegen y acompañan.

– ¿Cómo sabe usted que Riquiquí...?

– Porque yo soy Casilda, su madrina.

Un niño depositó un fardo de ramas verdes y hojas escarlatas en la escalera del pabellón. Sobre mi cabeza se balanceaba un cordón de capullitos rosados. Subía y bajaba la marea de las canciones de los niños junto al fuego.

– Cuando la dejé ir a enfrentarse con el mundo –continuó Casilda al observar mi silencio–, sabía ya que tendría muchas sorpresas desagradables y que nadie podría llegar a entenderse con ella. Pero me arriesgué. Su destino era salir un día a buscar la perla de arco iris. Para encontrarla contigo.

– ¿Conmigo?

– Sí. Tú figuras en su historia. Contigo se realiza su mejor capítulo. En ti tengo depositada toda mi confianza. Tú eres el elegido para llevarla adonde está la perla de arco iris. Yo, su madrina, Casilda, sé que así está escrito.

Entretanto a nuestro lado unos niños colgaban de unas guirnaldas de flores un espejo grande con moldura de oro y marfil, para que en él se mirase Riquiquí su hermosura.

En aquel instante llegó ella. Salió de la espesura con pasito majestuoso. Frente a frente quedaron la princesa Riquiquí y su madrina, en la plazoleta central, ambas con sus túnicas resplandecientes cinceladas en plata lunar. Casilda hizo un gesto y su capa cayó, dejándola ver envuelta en una tela fosforescente como el sol. Se llevó las manos a la frente y le nació otro fulgor sobre las sienes. Entonces abrazó tiernamente a Riquiquí.

Caí de rodillas, jadeante.

– ¡Un hada! –balbucí–. ¡Casilda es un hada! Estoy viendo en la vida real a un hada. ¡El hada madrina que yo creí que sólo existía en los cuentos! ¡Debía haberlo comprendido antes! ¡La princesita al cuidado de un hada madrina!

Los chiquillos, alborozados, rodeaban ambas figuras palmoteando y gritando de gozo. Riquiquí hablaba y acariciaba a los niños. Me acerqué tímidamente.

– Princesa... –comencé. Mas ella me interrumpió tapándome la boca con su manecita.

– No seas bobito. Para ti soy Riquiquí solamente.

Con su bracito perfumado alrededor de mi cuello avanzamos hacia la escalinata. El espejo grande colgado de cordones floridos nos devolvió nuestra imagen. Mejor diría, devolvió la de Riquiquí. Creí estar soñando. ¡En el espejo solamente se reflejaba ella! Yo no me veía, como si fuera el hombre invisible de los cuentos. En cambio, el espejo reflejaba algo que no existía: un espléndido caballo alazán junto a Riquiquí.

Atónito busqué en vano mi imagen en el espejo y finalmente le di la vuelta. No había duda alguna. Yo no estaba reflejado en el espejo. Una esponja invisible parecía haber borrado mi imagen. Angustiado volví a mirar. El caballo alazán reflejado en el espejo alzó también la testa poderosa y me miró con ojos inteligentes. Era un magnífico animal, un alazán de crines blanquirrubias, cuello altanero y ojos garzos. Alargué una mano hacia el espejo y el caballo extendió una pata simultáneamente. Aterrado balbuceé algo a Riquiquí. Con su manita blanca me acarició la cabeza sin decir palabra. Comprendí la terrible verdad.

– ¡Soy un caballo! –grité aterrado.

Ignoro si alguno de mis lectores ha pasado alguna vez por esta experiencia, pero de no ser así no creo que pueda comprender lo que sentí en aquel instante. Vagamente recuerdo que nos sentamos en la escalinata y comenzó en seguida la fiesta a indicación de Casilda. Acaso deseó hacerme olvidar mi terrible situación, mas si así fue, no lo

consiguió. Como alucinado escuché los címbalos y flautas, el desfile de farolitos, el repique de campanillas de plata, las danzas, el eco de tambores y arpas, el flautín imitando al jilguero y el oboe al dulce mugir de las vacas. Ardían pebeteros y sonaban cánticos. Mas nada conseguía sacarme de mi estupor. En mi mente martilleteaba la idea:

– ¡Soy un caballo!

Ni por un instante parecieron Casilda y Riquiquí preocupadas en lo más mínimo por lo que yo acababa de descubrir. Claro está que ellas lo habían sabido desde que me vieron, pero ello no debía impedir que se dieran cuenta de cuál era mi estado en aquellas horas angustiosas. Las ideas más extravagantes revoloteaban como alocadas mariposas en mi cabeza. ¿Había yo sido un caballo toda mi vida? ¿Me había convertido en caballo recientemente?

Pero si me hubiese convertido hace poco tiempo, ¿cómo no me había dado cuenta del cambio que ello implicaba en mis costumbres? Si es que siempre fui un caballo, ¿por qué pensaba y sentía como un hombre?

Hice un esfuerzo mental. Traté de recordar. Las memorias fueron alineándose en correcta formación como soldados a la voz de mando. Todo se explicaba ahora. Mi exaltación en la pradera a que me referí al comienzo de este relato. Mi gozo al correr por la hierba. La placentera sensación de tener alas en mis pies. ¡No eran alas, sino cuatro patas

robustas y ligeras! La mala recepción que por todas partes me dispensaron en el pueblo. Naturalmente. ¿A quién va a gustarle despertar y ver un caballo hablándole, o hallarle sentado leyendo el periódico en una carpintería, o metiendo la cabeza por la ventana de la confitería donde me tiraron un merengue a la cara? Ahora comprendía cómo pude, al gritarles, asustar a los veinte mozos del circo que armados de estacas acudían a vapulearnos a Riquiquí y a mí. ¡Un caballo parlante! ¡Lo más ridículo, grotesco y fantástico del mundo! Me explicaba también por qué en nuestras fugas Riquiquí se me colgaba del cuello –se montaba a caballo–; y mi súbita afición a las comidas vegetales, la fruta y las raíces, mi velocidad al correr y mi resistencia física. Sí; todo eso tenía explicación, pero ¿y lo demás? ¿Desde cuándo era yo un caballo? ¿De nacimiento o por accidente? Si era de nacimiento, ¿por qué no relinchaba en vez de hablar? ¿Por qué no pensaba como piensan los caballos? Si era por accidente, ¿cómo no recordaba mi vida humana anterior?

El segundo gran enigma eran Riquiquí y Casilda. Ninguna de las dos parecían darle importancia a mi forma equina. Ambas me trataron en todo momento como a un ser humano. Ellas –y los niños de la colonia– fueron las únicas personas que no me maltrataron como a un caballo. ¿Por qué? ¿Qué misterioso destino juntó sus vidas y la mía? ¿Era posible tener la esperanza de volver a tener la figura de un hombre? Acaso Casilda pudiera responder a mis preguntas.

Mas no fue sino cuando la fiesta comenzó a declinar y los niños cansados fueron sentándose –después de tantos bailes y canciones– en torno a las hogueras, que pude comenzar a interrogar a Riquiquí y su madrina.

– Estás triste –me dijo la niña.

– ¿Quién no lo estaría? –repliqué mirándome las pezuñas.

– Eres el caballo más guapo del mundo –me contestó.

– Soy el caballo más desgraciado del universo –le corregí.

– Me gustas como eres: un caballo hermoso.

– Preferiría ser el hombre más feo del mundo.

– No debías sentirte así. Hasta ahora fuimos muy felices en nuestras aventuras.

– Todo eso acabó ya. Hasta ahora estuve inconsciente de que era un caballo. ¡Tú no me lo dijiste! Pero ahora –y con mi larga cola espanté una mosca– ¡me siento tan... tan caballo!

Suspiré y ella se echó a reír.

– No seas tontín. Abundan los hombres que relinchan al hablar. Tú eres el único caballo que habla.

– ¡Bonito consuelo! En todas partes me tratan a pedradas o me tienen miedo. Además –y agaché las orejas– ¡tenía tantas ilusiones sobre nosotros!

–Puedes tenerlas. Siempre seguiremos juntos.

– Eso es imposible. Si fuera un centauro mitológico, quizás. Pero soy todo caballo, excepto mi alma. No podríamos ir a ninguna parte. La gente nos miraría como a fenómenos.

– La gente no comprende. Lo maravilloso pasa ante ellos y lo rechazan

por fantástico. No quisieron ver que mis supuestos juegos de magia eran en realidad milagros. No comprenderán nunca el alma ni las palabras de un caballo. Eso no importa. Ese es su mundo. Gobernado por leyes, números, pesas, medidas. Un mundo sin color, ni música, ni aromas, ni cuentos. ¡Sólo los niños saben! Ellos ven el mundo de la fantasía, viven con un pie en cada mundo, mezclando lo real y lo fantástico. Y los mayores, tan serios, tan juiciosos, tan formales, ¡tan imbéciles y presuntuosos! les corrigen y castigan por sus sueños. Por eso mi madrina Casilda ha fundado esta colonia infantil donde los sueños son libres.; Viste cómo no se extrañaron de oírte hablar?

Para ellos un caballo que habla es algo normal y de cuento.

Una luz se hizo en mi cerebro. Encogí el músculo del hombro para rascarme.

– ¡De cuento! ¿Entonces...? –balbucí.

– Lo adivinaste –intervino Casilda suavemente–. No perteneces al mundo de lo real. Estás en él como un turista visitante. Eres un caballo de cuento. Como Riquiquí y yo, tú también vienes del mundo de lo fantástico y estás en el de lo real temporalmente. Estamos los tres de paso. Con estos niños, que son el puente espiritual entre ambos mundos.

– Eso no es posible –tartamudeé, escarbando en la tierra nerviosamente con uno de mis cascos delanteros–. Yo no soy una ilusión ni un caballo fantasma. Vosotras, como yo, sois tan de carne y hueso como estos niños que nos rodean.

– Ese es tu error. En el mundo de lo fantástico todo es real también. ¿Comprendes? Tan real es allí un caballo parlante o un dragón volador, o un gigante o una bruja, como es real aquí la hierba, las moscas, los niños o los pájaros. Lo que sucede es que los habitantes de este mundo terrenal nos pintan a nosotros en sus cuentos como algo inexistente y fantástico. Igual hacemos nosotros. En nuestros cuentos lo real es lo fantástico. Si queremos imaginar algo extraordinario, pintar un personaje en situaciones fantásticas, no lo situamos entre hadas y enanos, hipogrifos y duendes. Eso es nuestra realidad diaria. Lo pintamos

viajando en el mundo de lo real y prosaico, y viviendo allí su aventura.

Hizo una pausa. La noche estaba tan quieta como una gruta. El sudor me corría por las ancas.

– Por ejemplo, una vez alguien en el mundo nuestro escribió un cuento sobre un príncipe que se convirtió en un caballo...

Di un grito que despertó a los chiquillos que cabeceaban soñolientos junto

– ¡Ese soy yo! ¡Ese cuento es mi historia! ¡Saber ese cuento es saber lo que pasará en mi vida! ¿Quién lo contó o lo escribió? ¿Dónde está?

– Yo lo escribí –replicó Casilda dulcemente–. Por eso estamos reunidos ahora. Quiero verlo terminar. La diferencia entre nuestros cuentos y los de la gente en este otro mundo que estamos visitando, es que los nuestros suceden de veras. Me basta con imaginar algo para que se realice. Todos los cuentos que narré a Riquiquí de niña han ido desarrollándose de veras. Un día tuve la idea de crear un cuento donde figurase la propia Riquiquí. No lo recuerdo.

Mis cuentos se borran dentro de mí apenas los hago vivir. Con el pensamiento lo grabé en mi gran libro de cuentos, el de las tapas de oro labrado. Desde aquel instante el cuento

vivió solo. Había puesto en marcha –el gran privilegio de las hadas– una aventura de dos vidas. Vagamente recuerdo que Riquiquí era una Princesa en busca de una perla de arco iris y que su compañero de aventura era un caballo que antes fue un Príncipe. Ambos saltaban de nuestro mundo al de lo real, de lo que esas gentes llaman real. Lo que sucedía después, no lo sé. El cuento cesó de estar en mi memoria para quedar en mi libro mágico. Solamente allí podría verse cómo termina.

Súbitamente entreví la luz.

– El libro mágico –interrumpí–. ¡Ahora lo comprendo! Mi primer recuerdo es un prado donde me veo corriendo al sol. Cerca de mí, un objeto blanco, brillando a la solana. ¡El libro!

– Cierto. De una página os escapasteis Riquiquí y tú para venir al mundo de lo real. El libro mágico es, por decirlo así, la ventana por donde se pasa de lo fantástico a lo real. Tú te saliste de una de las ilustraciones para venir aquí.

– ¡Hay que encontrar el libro! –grité–. ¡Inmediatamente!

No fue inmediatamente, sino varias horas después cuando lo encontramos. Todos los chiquillos, movilizados al efecto, tomaron alegremente parte en la búsqueda. No hicimos sino iniciar la idea cuando ya estaban todos en pie cantando alborozados. Durante unas horas el bosque oscuro se vio invadido por una horda feliz de niños con farolitos de

colores, buscando el libro mágico de los cuentos reales. Con Riquiquí y Casilda cabalgando en mis lomos, ayudé a la busca. De lejos, los farolitos rojos, azules, verdes, amarillos, anaranjados y los cánticos infantiles, convertían el bosque en un escenario de verbena. Al punteado de farolitos de colores hacían eco las luciérnagas en la tierra y los luceros en el cielo. Riquiquí y Casilda cantaban a la luz de la luna tan gozosas, que a no ser porque me veía mi hocico gigantesco ante los ojos hubiera creído que todo era parte de un cuento feliz.

Cuando un chiquillo vino inesperadamente con el enorme libro bajo el brazo, di una cabriola, sin acordarme de que un caballo bien educado no debe darlas cuando tiene gente encima. Casilda y Riquiquí rodaron por la hierba riendo a carcajadas. El libro fue depositado en manos del hada madrina.

Era un libro gigantesco, encuadernado en cordobán escarlata con arabescos dibujados en oro y plata, embutido de piedras preciosas. Al ir pasando páginas Casilda, tuve una gran desilusión. ¡Las páginas, de una seda traslúcida, estaban en blanco! De vez en cuando había una preciosa ilustración: jardines bellísimos, acuarelas marinas, cielos estrellados, paisajes submarinos y huertos floridos. De todo ese telón de fondo tan vivido, policromo y brillante, que más que ilustraciones parecían ventanas abiertas a un paisaje real, faltaban los protagonistas de cada cuento. En su lugar,

los espacios en blanco, llenando las siluetas desaparecidas. Por el contorno se podía adivinar a la pareja que antaño, en aquellos escenarios de maravilla, amó, sufrió o triunfó. Las parejas brillaban por su ausencia. Como si al terminar cada escena se hubieran ido del lugar donde acaeció a vivir la siguiente.

– No te sorprendas –explicó Casilda, mientras a la luz de un fanal dorado seguía pasando páginas con sus dedos de marfil–. A medida que mis cuentos se van viviendo a sí mismos, el texto se esfuma y los personajes saltan de una a otra escena, hasta llegar a la última, después de la cual desaparecen en la dirección que su destino les llame. Me explicaré. Mi libro comienza por ser un boceto ilustrado de mis fantasías. Al compás del desarrollo real de cada cuento, las escenas van sucediéndose en mi libro, como se verían en un aparato de televisión. Después de cada escena, resta el escenario de la misma –lo que ves aquí–, pero los actores pasan al escenario siguiente y por fin dejan de estar en el libro.

Con mi cabeza entre un conjunto de veinte curiosas cabecitas infantiles, asistí con fiebre en mis venas al desarrollo de mi cuento. Las páginas del comienzo, en blanco, con bellas ilustraciones de un palacio de mármol y cristal, de cuyo trono faltaba la silueta del Príncipe –la mía–. En otras páginas ilustradas reconocí las románticas ruinas donde Casilda crió a Riquiquí, con las siluetas de ambas

vaciadas en blanco. Más adelante, las escenas del puebló adonde llegara Riquiquí. ¡La historia que me contó, por lo tanto, era verdadera y a la vez el cuento de su vida! Luego, la pradera donde yo me recordaba por vez primera, y junto a mí, la silueta de una hada –Casilda–, que fue acaso la que me encantó, convirtiéndome en caballo. Después, todo lo contado anteriormente. Y al llegar en el libro al pasaje y momento a que me refiero ahora –o sea nuestra búsqueda y encuentro del libro–, Casilda puso un dedo entre las páginas y lo cerró bruscamente.

– ¿Qué preferís ahora –nos preguntó con ojos húmedos–, seguir paso a paso viviendo el cuento o llegar al desenlace suprimiendo las etapas restantes?

Riquiquí me acarició las crines.

– ¡Quemar las etapas! –repuso–. ¡Ya hemos visto demasiado del mundo de la realidad! Un mundo donde lo único bueno y bello que hay son los niños. Queremos retomar al país de la leyenda. Quiero a mi Príncipe conmigo, para siempre, sin que nada nos separe. No me importa si se queda hecho un caballo.

No tuve tiempo de objetar. De un tirón Casilda arrancó un puñado de páginas y las hizo pedacitos que se llevó el viento. Tuve la sensación de que me arrancaban un puñado de tiras de piel. Miré en derredor. Era de madrugada, mas el paisaje no era el mismo donde me hallaba hacía un instante.

Solamente Casilda estaba conmigo. De los niños y Riquiquí no quedaba señal alguna. El alba avanzaba sobre un prado esmaltado de margaritas y amapolas.

– ¿Qué ha sucedido? –pregunté.

– Que habéis adelantado el final de vuestro cuento.

Me puse en pie de un salto enarcando el lomo. Casilda, sentada en un lecho de mimosas, sonrió dulcemente.

– Allá está Riquiquí –y señaló un cercano pabellón tan cubierto de hiedra y madreselvas en flor que yo no lo había visto–. Está escrito en la última página del cuento que ella dormirá ahí su última noche en el mundo de la realidad y que mañana, o mejor dicho, hoy, regresaréis juntos al mundo de lo legendario. Para llegar hasta aquí habían de suceder muchas cosas, que no pasaron por haber arrancado las páginas intermedias de vuestro cuento. Riquiquí seguía buscando su perla de arco iris por valles y ciudades, sin hallarla. Tú descubrías tu linaje como caballo. ¡Todo un linaje! En línea directa con el caballo de Don Pedro de Valdivia, el capitán español que descubrió y conquistó Chile...

Con gesto resentido masqué un poquito de hierba dulce.

– ¿Qué más?

– Como final, Riquiquí halla su perla. Tú recobras tu forma humana. Y vivís eternamente felices, como sólo viven las parejas en los cuentos.

– ¿Dónde halla Riquiquí la perla y yo mi figura de hombre?

– En el mismo sitio. En el lugar de donde salisteis. En el mundo de lo maravilloso, del que se sale por un cuento, pero al que sólo se entra por un solo camino. El camino del arco iris.

Al cesar de hablar Casilda, comencé a oír los primeros pájaros del alba rosada.

– ¡Qué sencillo! ¿verdad? –prosiguió ella–. La perla de arco iris sólo puede estar en el arco iris. Allí, por ese camino con el que sueñan los poetas es donde tú puedes hallar lo que deseas.

Se levantó bruscamente. Brillaban sus ojos como luceros de la mañana.

– Se acabó el cuento. Retomáis a lo invisible. Al mundo donde lo fantástico es lo real... Mira allá. Por la noche llovió al otro lado de las montañas. Allá está vuestro camino.

Su dedo dorado señalaba a la madrugada malva y carmín y a las lejanas montañas azules de las que partía la comba brillante de un gigantesco arco iris.

Me volví para llamar a Riquiquí, mas no fue necesario. Desde la puerta del pabellón me miraba, vestida con un ropón bordado de pétalos de flores en oro y plata. Su cabello rubio era una cascada donde se derretía el sol.

Me montó de un salto. ¡Ah, el goce de sentir tan cerca de mí su menudo cuerpecito, calentito y suave! Casilda la besó, y luego a mí en el testuz.

– Adiós –nos dijo–. Yo todavía me quedo con mis niños.

Solamente a los pocos minutos me di cuenta. Casilda nos despedía a lo lejos, convertida en una figurita bruñida de sol. ¡Pero estaba debajo y no detrás de nosotros! El viento nos azotaba blandamente en todas direcciones. Riquiquí, abrazada a mi cuello, dio un grito jubiloso:

– ¡Eres un caballo volador!

En efecto. Esa era la gran sorpresa del cuento de Casilda. A miles de pies sobre Chile, por encima de sus picos andinos y sus cóndores, volaba llevando conmigo a mi princesa por el límpido azul mañanero hacia la brillante curva irisada que se pintaba en la distancia.

Riquiquí abrió los brazos e hizo un gesto amplio como si deseara abrazar las muchas nubes blancas del cielo.

– Todo ha sido un parpadeo de realidad entre dos sueños –me gritó al oído–. Al revés que en la tierra, donde las gentes

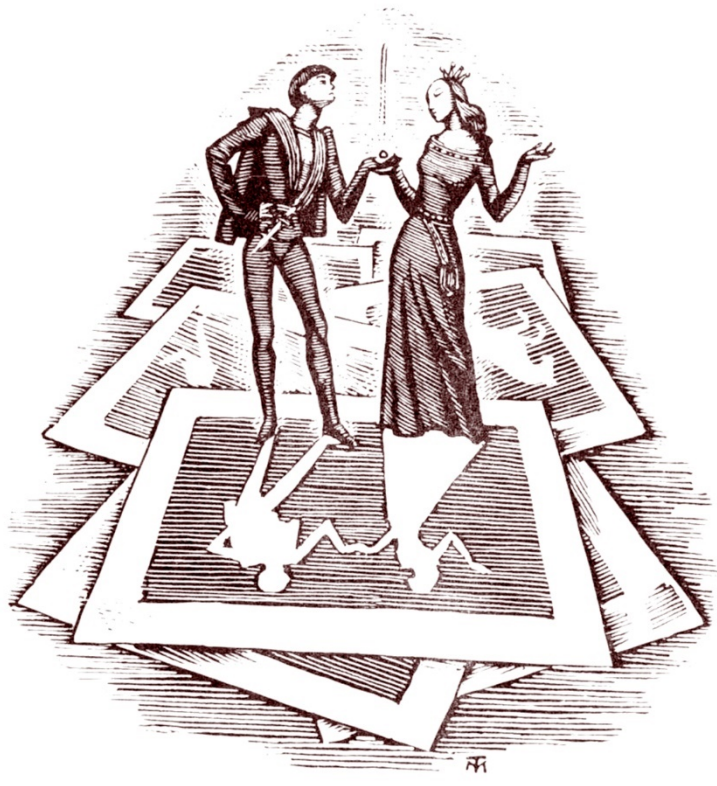
viven un simple parpadeo de sueños entre dos realidades demasiado largas.

Claro que el aire mañanero estaba demasiado embriagador para estas filosofías. Allá abajo quedaban los verdes cuadros de los campos, los cuadros grises de las ciudades, los galones de plata deshilachada de los ríos. Perdida entre todo aquello, la gente hambrienta de sueños, ignorante del que volaba en aquellos instantes sobre sus cabezas. Con inmodestia reconozco que debe haber sido todo un espectáculo el verme. Un caballo alazán, volando por el añil como raso planchado, llevando de jinete a una princesita de cabellos como el lirio.

Escribo estas últimas líneas a medio camino. Estamos casi en el punto más alto del arco iris. ¡Ah! ¡El gran placer de galopar, de volar por la ruta de arco iris, sintiendo los cascos patear el suelo cristalino del arco y arrancarle chispazos diamantinos y multicolores! Con la carita jubilosa de Riquiquí pegada a la mía y su aliento perfumado mezclándose a mi jadear anhelante. ¡Ah! ¡El ver como suelo al arco iris, sentirse dentro de él, fundido con sus colores, ahora subiendo y luego bajando, ascendiendo siempre, viendo teñirse mis patas de púrpura, de esmeralda, de violeta, de bermellón, de amarillo! Sintiéndome envuelto en relámpagos de luz solar teñida de colores, volando por entre gasas gigantes tejidas con gotitas de agua coloreada, como brumas de perlas nacaradas. Llegar a emborracharse de

vuelo, de colores, de sol, de viento. Sentirse que es uno mismo un color más en la sinfonía del arco iris. Ya estoy casi en la cúspide. Lo que resta es descenso. El arco iris se abre ahora como una rampa cristalina a cuyo final está el pote de oro, el arca del tesoro soñada de niños y poetas y en ella la perla de arco iris que brillará sobre la frente de Riquiquí, y con ella el mágico poder de darme forma humana. Aunque no sé si la deseo ya. ¿Cuántos de vosotros a los que llegue este cuento que arrojaré desde lo alto del arco iris no desearíais dejar de ser oficinistas aburridos, obreros cansados, notarios entumecidos, mecanógrafas tristes, para ser un airoso caballo volando por el arco iris con una princesa en la grupa?

¡Adiós, adiós! Vamos a terminar el viaje. Volvemos al mundo de lo legendario por el camino del arco iris. ¡Mirad la gama de colores, ved las luces como brochazos solares de siete pinturas en la paleta celeste! ¡Adiós, adiós! ¡Siempre adelante por el camino del arco iris! Siento no tener mejores palabras con que despedirme de vosotros. Pero yo no soy un escritor. Soy solamente un humilde caballo. Un caballo que habla y que vuela. Pero, al fin, un caballo. Eso sí, soy un caballo enamorado.





ACERCA DEL AUTOR

MARTÍ IBÁÑEZ, FÉLIX. Cartagena (Murcia), 25.XII.1911 – Nueva York (Estados Unidos), 24.V.1972. Médico y divulgador científico.

Hijo del pedagogo valenciano Félix Martí Alpera, Martí Ibáñez realizó estudios de secundaria en el instituto general y técnico de Barcelona y se licenció en Medicina en la Ciudad Condal. Realizó el doctorado en Madrid bajo la dirección de Eduardo García del Real con una tesis titulada Ensayo sobre

la Historia de la Psicología y Fisiología místicas en la India (1934) y estableció contacto con Gregorio Marañón, a quien consideró su principal maestro.

En 1934 inició una intensa colaboración con la revista cultural libertaria de más difusión, *Estudios. Revista Ecléctica* (1928-1937). En sus páginas publicó artículos sobre reforma sexual, eugenesia, homosexualidad, control de natalidad y divulgación sanitaria, al tiempo que mantenía una sección fija que llevaba por título “Consultorio-psíquico-sexual”. En esa etapa Martí Ibáñez se definía como médico psicólogo, dedicado a las enfermedades nerviosas y mentales. En 1935 empezó a colaborar también con *Hygia. Revista mensual d’Higiene i Divulgació Sanitaria* (1935-1938) y publicó una monografía sobre *Higiene sexual* (1936) y una novela titulada *Yo, rebelde* (1936). En esa etapa de gran actividad política y divulgativa, Martí tomó parte en el X Congreso Internacional de Historia de la Medicina (Madrid, 1935) y colaboró con revistas culturales, principalmente de ideología libertaria: *Tiempos Nuevos* (1934-1938), *Solidaridad Obrera* (1930- 1939), *Mi Revista* (1936-1938), *Ruta* (1936-1938), *Umbral* (1937-1939).

Al entrar la Confederación Nacional del Trabajado (CNT) en el gobierno de Cataluña, tras el triunfo del Frente Popular, Martí Ibáñez ocupó la Dirección General de Sanidad y Asistencia Social, desde donde estableció un proyecto de

reorganización de los servicios sanitarios y aprobó el decreto que legalizaba por primera vez el aborto en España.

Al concluir la Guerra Civil se desplazó a Estados Unidos. En Los Ángeles fundó Ariel. Revista de Hechos e Ideas (1939) y se incorporó a diversos laboratorios farmacéuticos. En 1950, ya en Nueva York, fundó la editorial MD Publications, que puso en marcha varias colecciones, entre las que destaca la revista de divulgación cultural y médica MD, *The Medical Newsmagazine*.

Alcanzó un gran éxito social en Estados Unidos. En 1955 recibió la Orden de Carlos J. Finlay y en 1956 fue nombrado profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Nueva York.

Obras: Ensayo sobre la Historia de la Psicología y Fisiología mística de la India. Estudios de psicología religiosa, Madrid, Imprenta M. Minuesa, 1935; Higiene sexual. Fisiología e higiene de las relaciones sexuales y del anticoncepcionismo, Valencia, Biblioteca de Estudios, 1936; Yo, rebelde. Novela juvenil y de inquietudes, Valencia, Biblioteca de Estudios, 1936; El sentido de la vida, Barcelona, Ediciones y Reportajes, 1937; La reforma eugènica de l'avortament, Barcelona, Generalitat de Catalunya, 1937; Los grandes

retos históricos a la medicina y los hombres que han respondido a esos retos, Madrid, Instituto Farmacológico Latino, 1961; De noche brilla el sol, Madrid, Alfaguara [1966]; Viaje alrededor de mí mismo, Madrid, Alfaguara [1967]; La flecha de cristal. Ensayos sobre literatura, Viajes, Arte, Amor y la Historia de la Medicina, Madrid, Alfaguara [1970]; El barco en la botella y otros ensayos, Madrid, Alfaguara [1972].

Bibl.: R. Llavona y J. Bandrés, “Psicología y anarquismo en la Guerra Civil española: la obra de Félix Martí-Ibáñez”, en *Psicothema*, vol. 10, n.º 3 (1998), págs. 669-678; J. V. Martí Boscà y A. Rey González, “Félix Martí Ibáñez: aportación biográfica a su etapa española (1911-1939)”, en *Medicina e Historia*, 2 (2001), págs. 1-15; J. V. Martí Boscà y A. Rey González (eds.), *Antología de textos de Félix Martí Ibáñez*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2004; VV. AA., *Actas del I Simposio Internacional Félix Martí Ibáñez. Medicina, Historia e Ideología*, Valencia, Biblioteca Valenciana, 2004; J. L. Barona, “Félix Martí Ibáñez: los dos rostros de un triunfador”, en J. V. Martí Boscà y A. Rey González (eds.), *Antología de textos de Félix Martí Ibáñez*, op. cit.

Josep Lluís Barona Vilar